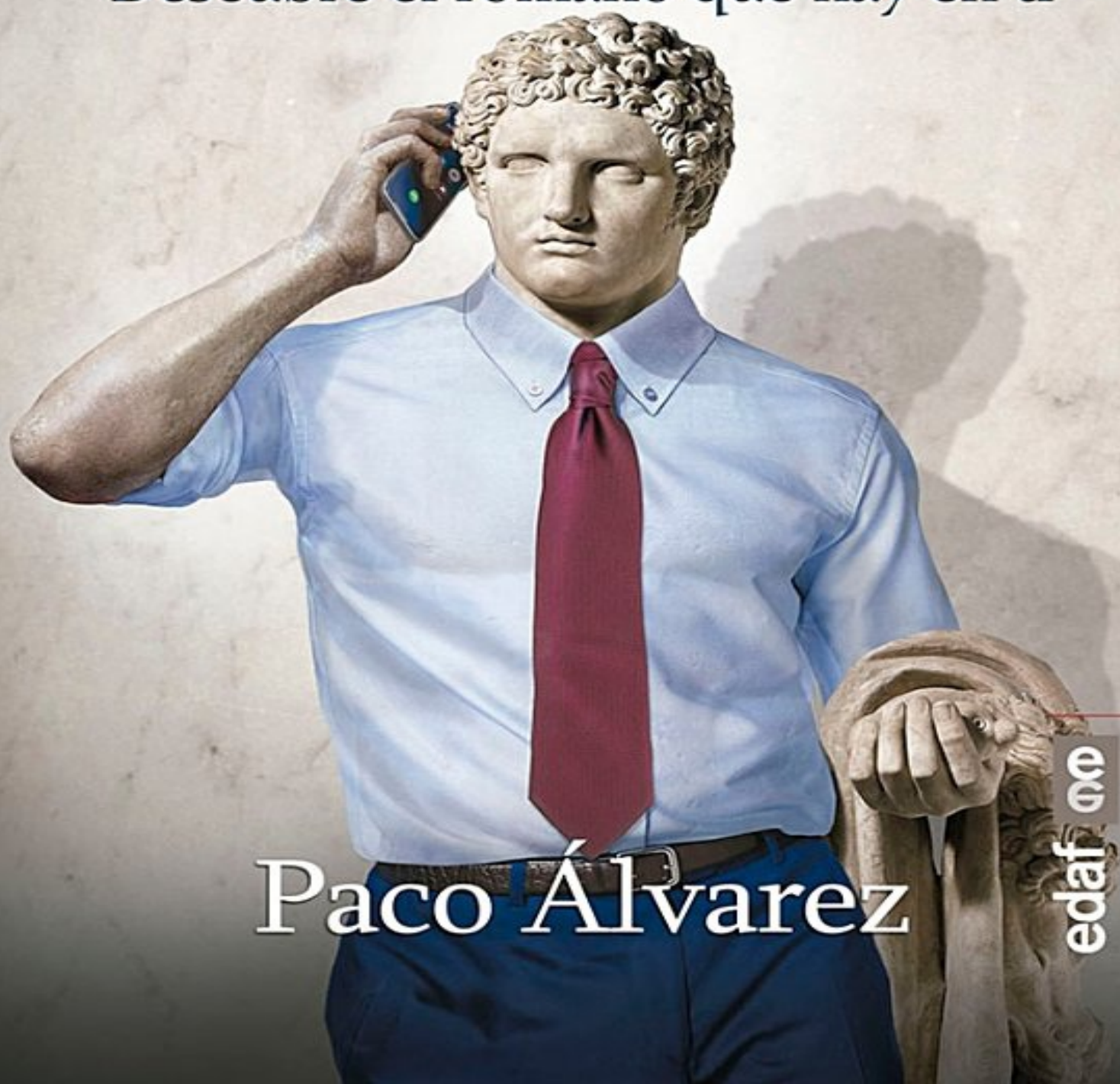




SOMOS ROMANOS

Descubre el romano que hay en ti



Paco Álvarez

edaf 00

SOMOS ROMANOS

Los hombres prudentes suelen decir, y no lo hacen impulsivamente ni sin
buenos
fundamentos, que aquel que quiera conocer lo que será debe reflexionar
sobre lo
que fue, pues todo cuanto sucede en el mundo en cualquier época guarda
genuina
semejanza con lo sucedido en tiempos antiguos.

Nicolás Maquiavelo

PACO ÁLVAREZ

SOMOS ROMANOS

edaf



www.edaf.net

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SANTIAGO
2019

ISBN de su edición en papel: 978-84-414-3874-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© 2019. Paco Álvarez

© 2019. Editorial EDAF, S.L.U., Jorge Juan 68. 28009 Madrid (España) www.edaf.net

Diseño de cubierta: Ricardo Sánchez

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo 2019

ISBN: 978-84-414-3953-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Ulzama Digital

INTRODUCCIÓN

Están locos esos romanos.
Obélix

YO AÚN DIRÍA MÁS, en palabras de Hernández o Fernández: «Somos romanos». No es una cuestión simplemente de que seamos herederos de Roma, es que somos muy romanos. Más romanos que una peli de gladiadores. En cada día, en cada derecho, en cada gesto o frase, en nuestras calles, en nuestras casas, en nuestros ritos. Hay tanto de Roma actuando diariamente en nuestra vida, en nuestro idioma y en nuestra cultura que no nos damos ni cuenta. Los árboles del progreso no nos dejan ver el bosque. Lo curioso es que ese bosque está lleno de árboles romanos que todavía siguen en pie y que seguimos usando todos los días, saltando de liana en liana.

Para empezar por alguna parte, me gustaría proponer que la misma historia de nuestra vieja Europa es un intento continuo de rescatar a Roma de su caída, al menos a la Roma «ideal». La *Restauratio Romani Nominis* que pretendía el bárbaro ostrogodo Teodorico mientras arrasaba Italia alrededor del año 488; o la *Recuperatio Imperii* del bizantino Justiniano a mediados del siglo VI; o los esfuerzos del emperador Carlomagno, quien en el año 800 intentó resucitar bajo su mando el Imperio romano de occidente y que por algo fue coronado gobernador de un territorio que no casualmente se llamó Sacro Imperio Romano Germánico, y que, a través de los siglos, sobrevivió hasta la época de Napoleón, son solo algunos ejemplos. Las palabras káiser y zar, significan César, como se llamó por ejemplo a nuestro emperador Carlos V.

Por otra parte, ¿qué fue el Renacimiento sino la búsqueda y recuperación de las formas clásicas romanas (y griegas) para la ciencia, la literatura, arquitectura, pintura y escultura? Renacimiento que comienza cuando, tras la caída de Constantinopla a manos de los bárbaros del este islamizado, el Imperio romano de oriente desaparece finalmente, triste y definitivamente abandonado por los demás reinos cristianos. Obedientes, por cierto, al papa de Roma.

También el Neoclasicismo, tras el oscuro paréntesis barroco, de nuevo

rebuscó y encontró en Roma las fuentes de las que nacería la Ilustración (las Luces) e incluso el urbanismo moderno. Las revoluciones del XVIII y el difícil retorno a la democracia en nuestro hemisferio tienen un componente romano claramente visible, por ejemplo, en la Constitución de los Estados Unidos y en el movimiento que impulsó a cada revolucionario francés. Napoleón y su apropiación de los símbolos imperiales romanos, como el águila, o incluso la estúpida aventura mussoliniana, beben, con mayor o menor calado y fortuna, de lo que fue, al menos idealmente, Roma.

Nuestra historia es un continuo intento de volver la vista atrás para recuperar lo que se perdió en el camino de la Edad Media, la edad oscura que se extendió entre Roma y el Renacimiento, e intentar reconstruir nuestra cultura, nuestro arte y arquitectura, nuestra sociedad entera, partiendo y recomenzando desde los cimientos pétreos y sólidos de Roma; porque en el fondo siempre hemos sido y siempre hemos querido volver a ser romanos.

¿Cuántas películas hay de romanos? Desde Cabiria, una muda de 1914, hasta Pompeya (2014), pasando por La legión del Águila (2011), Centurión (2010), La última legión (2007), con menciones especiales a Gladiator (año 2000, con 5 premios Óscar) o a la película más oscarizada de la historia (junto con Titanic), Ben-Hur (en 1959 obtuvo 11 premios de la Academia), y su infumable remake de 2016. Además de series como Yo Claudio, Roma, Espartaco: sangre y arena, Britannia o la comedia española Justo antes de Cristo (2019). En total, centenares de títulos de nuestras pantallas (y creciendo cada año) están inspirados en Roma. De los cómics de Astérix, cuyas aventuras transcurren como todos sabemos durante la época de Julio César, se han vendido más de trescientos veintiún millones de ejemplares en todos los hemisferios. En el tiempo que tardamos en leer esta frase, otro álbum más se ha vendido ya en algún lugar del mundo; a lo mejor en un sitio donde ningún romano antiguo puso jamás su huella.

Todo esto sin olvidar, por supuesto, que ya en el siglo XVII, el mismísimo Shakespeare, posiblemente el mejor autor de todos los tiempos, dedicó algunas de sus inmortales obras a Roma: tanto en Titus Andronicus, como en la archiconocida Julio César, o en Coroliano y Antonio y Cleopatra Roma nos habla —incluso en inglés antiguo— desde los escenarios de los teatros «modernos».

Pero no nos pongamos tan serios ni tan trágicos. Para saber lo romanos

que somos, basta con leer lo que dice Carlos Goñi en el prólogo de su imprescindible libro *Una de romanos*, sobre la escena de la película *La vida de Brian* (Monty Python, 1979) en la que el líder de los rebeldes del frente popular de Judea le pregunta a la asamblea rebelde reunida: «¿Qué nos han dado los romanos?». Y los congregados van respondiendo: el acueducto; el alcantarillado; las carreteras; la irrigación; la sanidad; la enseñanza; el vino; el orden público; los baños... A lo que el líder contesta: «Bueno, bueno, pero además del acueducto, el alcantarillado, las carreteras, la irrigación, la sanidad, la enseñanza, el vino, el orden público, los baños... ¿qué nos han dado los romanos?».

Creo, personalmente, que muchas cosas. Incluso diría, con perdón por la exageración, que Roma nos ha dado casi todo lo que está presente en nuestro día a día y no solo lo que compone nuestra civilización. En ese sentido, este libro propone repasar y completar esa lista, no planteándonos la «clásica» herencia latina, ya sea en el idioma, en la religión, en el patrimonio o en el paisaje, sino lo más importante y lo menos conocido, pero más singular, lo que hoy sigue vivo y vigente, lo que seguimos usando y lo que nos sigue haciendo romanos sin que lo sepamos.

Proponemos un paseo, si no científico al 100 %, ya que el 100 % de seguridad no existe en Historia, al menos un vistazo veraz y curioso con el que espero lleguemos a la misma romana conclusión y que a la vez aprendamos mucho más sobre quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos, como decían los de *Siniestro Total*.

Juntos, nos daremos cuenta de que sí sabemos latín, que el año empieza el uno de enero por culpa de unos rebeldes hispanos, que el grafiti era ya un problema en las ciudades romanas, conoceremos el por qué y la procedencia de los pasos de cebra, el origen y sentido de la palabra «tocayo» o por qué nos echamos la siesta, quién inventó los SMS y muchas más cosas demostrativas de lo romanos que todavía somos, sobre todo en lo más habitual.

Este compendio no pretende ser un ensayo histórico ni mucho menos etimológico. Si hay algún error es solo *mea culpa*. Como dijo el poeta Horacio hace algo más de dos mil y pico años: «Prefiero pasar por necio, con tal de que mis faltas me den placeres o ilusiones, que ser sabio».

El tratar de definir costumbres de una época que abarca desde el 753 a.C. hasta el cuatrocientos y pico de nuestra era, es, evidentemente, imposible.

Sería como intentar explicar la sociedad del último milenio como si fuera una sola y la misma, cuando poco tiene que ver nuestra cultura y forma de vida actual, con la del tiempo de las cruzadas; y, aun así, esa distancia temporal es menor de la que separa la Roma legendaria de Eneas de la del gobierno de Trajano, por ejemplo. Del mismo modo, la Roma que según el mito fundó Rómulo no tenía nada que ver con la Roma cristiana de Teodosio I, emperador de finales del siglo IV, 1100 años más tarde, y ninguna de las dos se parecía demasiado a la Roma de la época de Julio César.

Por eso, normalmente, y para evitar ese clásico error de considerar una y la misma a toda la civilización romana, en este libro pretendo que, cuando nos comparemos con la Roma antigua, nos refiramos generalmente a la época clásica; más o menos, desde el último siglo de la República hasta el reinado de Adriano: a grandes rasgos, desde el año 100 a.C. hasta los ciento y pico primeros años de nuestra era. Aunque siempre se apuntarán, cuando sea oportuno o llamativo, rasgos o datos anteriores y posteriores.

Se me puede acusar de escoger solo aquello en lo que nos parecemos a los romanos clásicos, obviando las grandes diferencias que existen entre ambas sociedades, que también las hay, pero, aparte de que sea «esa» precisamente la intención del libro, pienso que en lo más general y básico, un romano del siglo I trasladado a nuestro mundo, vería más similitudes entre nuestras culturas que las que aquí se enumeran, y escribiría un libro mucho más gordo sobre aquello en lo que su civilización y la nuestra se parecen, ya que son una y la misma.

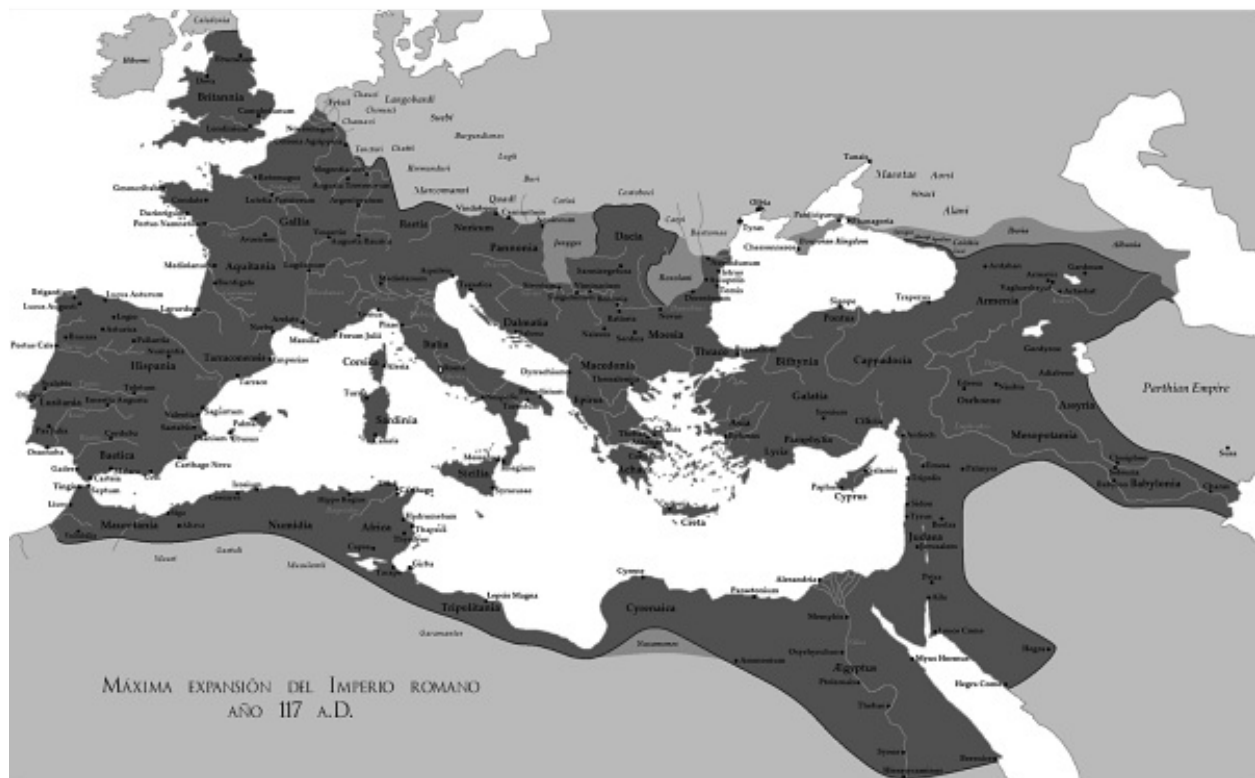
El libro está lleno de citas, antiguas y modernas extraídas de textos, canciones o incluso de películas, que creo ilustran de manera más eficaz y desde luego más elocuente bastantes de las similitudes de conceptos entre la antigua Roma y nuestra época, como cuando te encuentras una frase de Boecio (480-525), idéntica a otra de una estrofa de una canción de U-2, por ejemplo: El amor es la ley más fuerte (que aparece en la canción One-U2 de 1991 y en un poema del siglo V).

He pensado en recorrer este trayecto de la mano y contando con la sabiduría de Groucho Marx, Woody Allen y Marco Valerio Marcial, tres romanos de Nueva York, Brooklyn y Calatayud, respectivamente, que nos ayudarán a sonreír por el camino, mientras descubrimos que es verdad que somos romanos. Espero que los dioses nos sean propicios.

Si crees que sabes más de Roma que lo que está escrito en este volumen, que no parece ni es serio ni académico, te pido entonces que seas tan cortés como proponía Chesterton (1874-1936): «Es una prueba de cortesía escuchar disquisiciones sobre cosas que se conocen bien, de quien las ignora en absoluto».

En cualquier caso, todo lo escrito ha sido comprobado en las fuentes a mi alcance y en muchas obras de Historia, todas escritas por gentes más sabias y cualificadas que yo. Cum supra dixit, si me equivoco, solo es que me he equivocado. Lo siento, la Historia no tiene libro de instrucciones. Para los que les haga gracia el proyecto y quieran profundizar en él, un solo consejo romano: Solo hay que leer más para saber más.

Paco Álvarez



I

AL PRINCIPIO DEL TIEMPO

El calendario, los días de la semana, los meses y los años,
inventos romanos todavía en uso.

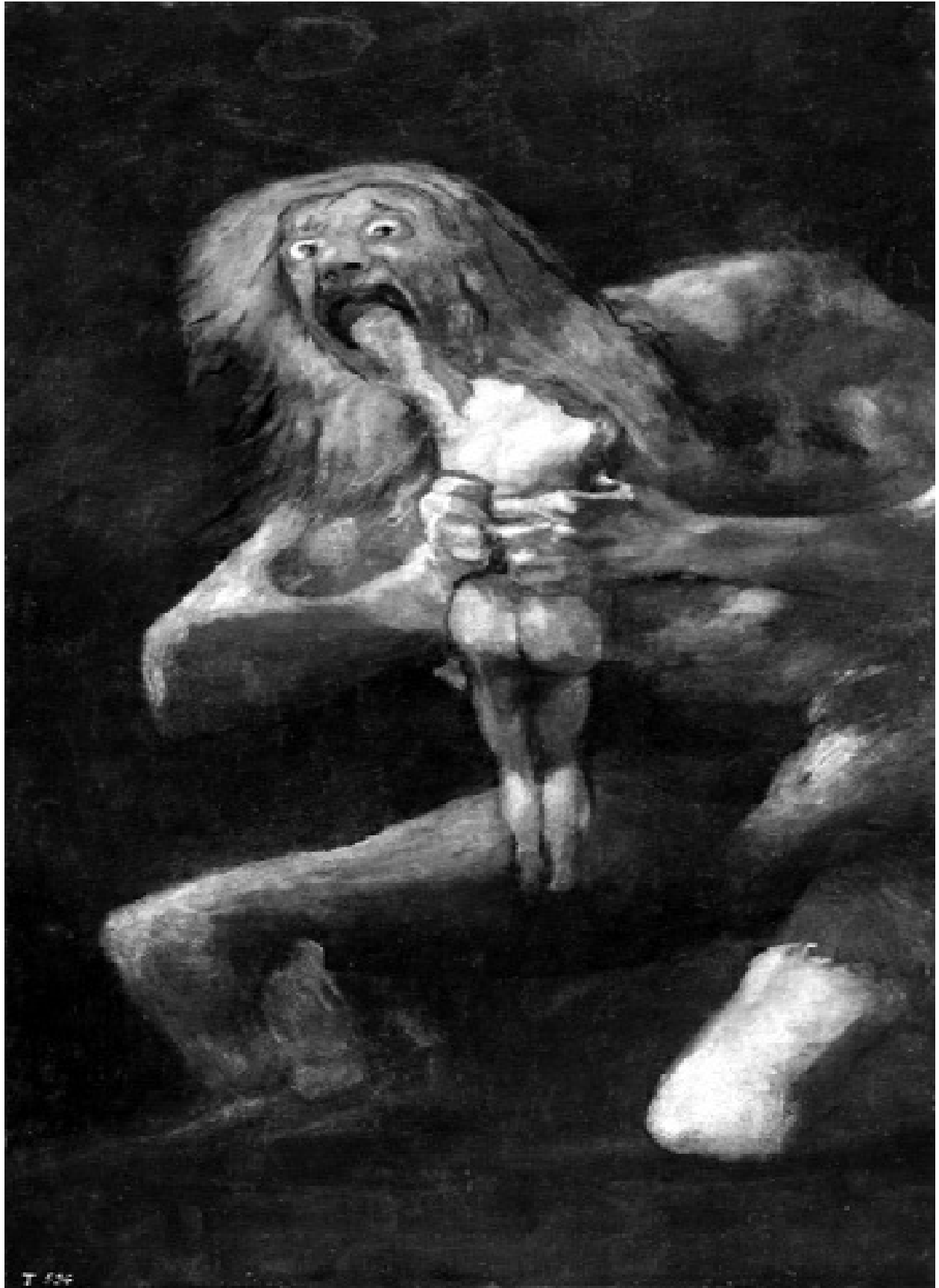
El tiempo descubre la verdad.
Marco Aurelio, siglo II

No tengo tiempo.
Azul y Negro, 1984

EMPECEMOS POR EL PRINCIPIO: al principio, todo era un caos. Más que ahora. De hecho, y según la mitología, al principio de todo, solo existía el propio Caos. Como el Big Bang, vaya, solo que en mitológico y poético. Según esto, el primer hijo del Caos fue, después del cielo y la tierra, curiosamente, el tiempo. A este tiempo, los antiguos griegos lo llamaron Cronos, como nuestros cronómetros, que todavía miden el tiempo. Rapidito, pero tiempo.

Es una figura metafórica bonita y muy perfecta esa de que el tiempo, cuando nace, sea quien acabe con el caos, ya que, a partir de entonces, el hecho de que no pase todo a la vez, sino que haya sucesión de momentos, de días y de noches, hará posible, poco a poco, con mucho cuidado y buena letra, el orden. Por eso no es casualidad que lo primero que hace una civilización cuando prospera sea ordenar y medir el tiempo, cada cual a su manera. El calendario azteca, el judío, el egipcio o el mesopotámico son muestras de cómo medía cada civilización el tiempo. Su tiempo. Pero el tiempo es un padre que devora a sus hijos, que se los come enteritos, tal y como figuradamente podemos ver en el lóbrego cuadro de Goya en el que Saturno, que es como llamamos los romanos a Cronos, engulle con ojos de loco a uno de sus vástagos. Así de corta y oscura habría sido la historia del mundo, de no ser porque Júpiter escapó de ese cruel destino ayudado por su madre Rea, la hija de la Tierra, quien le dio a comer un pedrusco a Saturno en vez de a «su retoño Júpiter», y pudo esconder y salvar al que luego sería

rey de los dioses. Gracias a que sobrevivió oculto de su padre caníbal, el dios Júpiter pudo liberar a sus hermanos, que vomitó su progenitor, y encerrar para siempre al tragón de su padre y a unos amigotes suyos muy malos a los que llamamos titanes, que fueron condenados a estar presos eternamente en el Tártaro, en el inframundo. Ovidio (43 a.C.-17), poeta romano que nos acompañará a menudo en este repaso de nuestra romanidad, expresó el comienzo de la historia, obviamente, de manera mucho más perfecta y poética:



Saturno devorando a su hijo. *Obra de Francisco de Goya realizada entre 1820 y 1823 directamente sobre una de las paredes de la Quinta del Sordo, su domicilio en la capital de España.* Museo del Prado, Madrid.

La naturaleza al principio era una masa confusa
Y desordenada, donde giraban revueltos los astros,
La tierra y el mar; después el cielo se elevó sobre la
Tierra y esta quedó ceñida por las olas del Océano y
Surgieron del informe Caos los diversos elementos.

Para saber más, basta incluso con ver la película *Hércules* (1997), de Disney, película que, por cierto, debería llamarse *Heracles*, porque habla más bien de la «leyenda griega» de la historia del héroe. De todas formas, no todos los titanes fueron condenados para siempre al Hades. Atlas fue castigado en cambio a sujetar sobre sus hombros la Tierra (su tocayo, el también mítico rey de Libia Atlas, es por quien los libros de mapas del mundo se llamen casualmente «atlas»), hasta que Hércules le mató y sus huesos formaron la cadena montañosa del norte de África que todavía hoy lleva su nombre.



Prometeo roba el fuego a Zeus para que el hombre pueda ganarse la vida. Obra de Heinrich Füger realizada en 1817. Colección privada del palacio de Liechtenstein, Viena.

Otro titán que se salvó fue Prometeo, quien, junto con su hermano Epimeteo, se había mantenido neutral en la guerra entre dioses y titanes. Según algunas leyendas Prometeo creó más tarde al hombre del barro (Minerva dio vida a esta creación) y luego robó el fuego del Olimpo para dárselo al primer hombre y que pudiera, entre otras cosas, calentarse el almuerzo, lo que le costó al pobre ser castigado por Júpiter a que un águila le devorara cada noche el hígado, órgano que le volvía a crecer durante el día, una vez tras otra. En cambio, fue el dios Hefesto, a indicación de Júpiter, quien creó a la primera mujer, a imagen y semejanza de las diosas, lo que de paso explica por qué la naturaleza femenina es más divina. El problema es que a la mujer, los dioses le dieron un regalo «envenenado».

La primera mujer se llamaba Pandora, y fue obsequiada con una caja o jarra cerrada que recibió con instrucciones estrictas de no abrir nunca. La curiosidad femenina hizo el resto, y un día Pandora abrió la caja, donde resulta que estaban encerrados todos los males, como la enfermedad, la vejez, el trabajo, el hambre, la guerra, etc., que salieron volando, porque los vientos también estaban encerrados en ella. Esta es la razón por la que unos cuantos siglos más tarde, el romano Allan Stewart Königsberg, más conocido como Woody Allen, dijo eso de que: «La vida está llena de miseria, de soledad, de sufrimiento y de tristeza, y lo peor es que se termina demasiado pronto».

Dándose cuenta de la maldición y de la fatalidad, Pandora cerró la caja lo más rápido que pudo, pero dentro quedó solo la esperanza, lo único que mantiene en pie a nuestra pobre raza humana. Ya que la esperanza fue lo último en quedar guardado, todavía decimos que «es lo último que se pierde».

Pandora y Eva, mitos similares en distintas orillas. Se les prohibió solo una cosa: probar el fruto o abrir la caja. Una prohibición que encerraba una trampa. Una condena. La mujer, la primera mujer, sería así el motivo «mitológico» por el que el hombre sufre «penalidades», pero, por muy machistas o misóginos que fueran los que escribieron las antiguas leyendas, se les escapó que la mujer también es la razón por la que el Hombre vive. El hombre con mayúsculas o con minúsculas, capaz de todo por una mujer, como dijo el dramaturgo asturiano Alejandro Casona (1903-1965): «No hay

nada que un hombre no sea capaz de hacer cuando una mujer le mira».

O como dijo el poeta americano Roman Payne (nacido en 1977), en sus preciosos versos sobre la mujer:

Cuando toqué su cuerpo,
Supe que ella era dios.
En las curvas de su forma
Encontré el nacimiento del Hombre,
La creación del Mundo
Y el origen de toda vida.

Y es que la mujer mueve el mundo, como cantaban Presuntos Implicados en el 2001:

La mujer que mueve el mundo con sus manos
No descansa, no tiene calendario
Y hace girar el día a su compás
Y hace feliz de tanto como da.

Vale, muy bonito lo de Pandora, pero volviendo a Saturno/Cronos, aunque encerrado en lo más profundo del infierno, el tiempo seguía (sigue) existiendo, porque es inmortal. Por eso, el ser humano, que nace en cambio con fecha de caducidad, también está sometido a esta maldición de ser devorado por el tiempo. En el siglo I a.C. Cicerón (106-43 a.C.), el gran político y orador, ya había dicho y con razón: «Tiempo, el devorador de todas las cosas».

Para intentar dominarlo, o por lo menos medirlo y manejarlo, desde que la humanidad se constituyó en sociedad y civilización intentó ponerle orden; dividirlo en partes que pudiéramos medir y así prever cuánto falta para que haga frío, cuándo hay que sembrar, cuándo se desbordará el Nilo otra vez o cuándo habrá luna llena. Nosotros, los romanos, al tiempo lo dividimos en años, meses, días y horas, gracias y a través, primera y primordialmente, del calendario, que, como veremos, es bastante parecido hoy al que usábamos hace ya dos mil años.



Romántico retrato de Pandora realizado en 1877 por el francés Jules Joseph Lefebvre. Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires.

Lo primero es decidir cuándo empezar a contar. Cuál es el principio de nuestro tiempo. Cada civilización lo hace a su manera. Roma lo hizo desde su fundación (para nosotros en el 753 a.C.) y en España, como hijos de Roma, empezamos a contar desde el 38 a.C., una fecha que suponemos fue determinada precisamente por el emperador Augusto (no está claro si por el fin del triunvirato o por la paz en Hispania), inicio del calendario que se llama Era Hispánica y que estuvo en vigor en Castilla hasta 1383 (en Navarra hasta el fin del siglo XV).

Resulta que la misma palabra calendario es, por supuesto, romana. Nuestros abuelos romanos lo llamaban kalendarium, ya que el primer día de cada mes, se llamaba calendas o kalendae. Además, cada mes tenía otras dos fechas importantes: las nonas, que podían ser el día cinco o siete, según el mes; y los idus, que eran el día trece o quince, también según el mes. Originalmente los días del mes no se llamaban por sus numerales, sino por la relación que tenían con cada una de esas fechas, lo cual era bastante lío, y mejor será que no nos metamos en ese charco.

Los griegos no tenían calendas, por lo que los romanos para expresar que algo no iba a ocurrir nunca, decían que sucedería en las «calendas griegas», igual que nosotros decimos «cuando las vacas vuelen» o «cuando los sapos bailen flamenco», como cantaba Ella baila sola en su tema del mismo nombre de 1996:

Me alegra tanto escuchar tus promesas mientras te alejas,
Saber que piensas volver algún día,
Cuando los sapos bailen flamenco.

Parece que lo de las «calendas griegas» lo decía mucho Augusto, el primer emperador (63 a.C.-14), y todavía en el siglo XVI, cuentan que en una carta que la reina Isabel de Inglaterra envió a nuestro rey Felipe II, le decía (y en latín): «En las calendas griegas, buen rey, cumpliremos tus mandatos».

Los mandatos del rey Felipe eran, entre otras cosas, que se restaurara la religión católica en las islas británicas. Así están los católicos de Inglaterra, esperando todavía las calendas griegas. Y eso que Felipe II podía haber restaurado la religión papista él mismo si hubiera tenido más tino y tiempo,

ya que había sido de joven, y antes que de España, rey de Inglaterra. Pero claro, cuando se es joven parece que tenemos todo el tiempo del mundo por delante, y por eso no lo medimos tanto o no nos importa que pase rápido. Como dijeron los de Pink Floyd en su canción de 1973 Time, la que empieza con un montón de despertadores sonando:

Eres joven y la vida es larga y hoy hay que matar el tiempo,
Y entonces un buen día te das cuenta que otros diez años han quedado detrás de ti,
Nadie te dijo cuándo empezar a correr. Te perdiste el pistoletazo de salida.

Párrafo que tiene el mismo sentido que lo que dijo Ovidio, el poeta romano, precisamente en el cambio de era:

Es precioso aprovechar el tiempo de la vida; el tiempo pasa con pie rápido, y por muy feliz que sea el venidero, es menos dichoso que el que ya ha pasado.

El escocés Rod Stewart, en su tema Jóvenes turcos, del año 1981, cantaba con el mismo sentido eso de:

Porque la vida es tan breve y el tiempo es un ladrón mientras te decides,
Y como un puñado de arena, se te puede escapar entre los dedos.

Una estrofa más allá decía que hay que aprovecharse mientras el tiempo esté de nuestro lado, o de nuestra parte, como ya habían expresado los Stones en 1964 en Time is on my side. Amy Macdonald, todavía en el 2007, en su tema Mr. Rock & Roll cantaba:

Ojalá te hubiera conocido antes,
Ojalá te hubiera conocido,
Ojalá te hubiera conocido cuando el tiempo todavía estaba de mi lado.

Así que la conclusión es que no hay que dejar pasar el tiempo, porque un día deja de estar de nuestro lado para siempre. Ovidio, de nuevo, nos recuerda que la juventud se va rápido:

Ya que se os consiente por
Frisar en los años primaverales, no malgastéis el
Tiempo, pues los días pasan como las ondas de un
Río, y ni la onda que pasa vuelve hacia su fuente, ni
La hora perdida puede tampoco ser recuperada.
Aprovechaos de la juvenil edad que se desliza silenciosa.

Si no nos damos prisa, nos puede pasar como a la chica a la que canta Serrat en su tema de 1975 Piel de manzana:

A esa muchacha que fue Piel de Manzana
Se le quebró el corazón de porcelana,
Se le bebieron de un trago la sonrisa.
La primavera con ella tuvo prisa.

Canción, por cierto, cuya última estrofa sigue siendo, como las de Ovidio de hace dos mil años, una advertencia para vivir la juventud:

Muchachas tristes
Que florecisteis en mis aceras,
Bien poco ha escrito
En vuestros cuadernos
La primavera.....y llega el invierno.

Y es que, como también dijo Ovidio, efectivamente: «La belleza es un regalo frágil».

Las civilizaciones, cuando alcanzan a crear ciudades, se dan cuenta de lo importante que es medir y aprovechar el tiempo. El abastecimiento o, mejor dicho, la falta de él puede destruir una civilización, como ocurrió con los mayas o con los nativos de la isla de Pascua, que agotaron los recursos de su entorno como llevamos camino de hacer nosotros. Julius Enrique Marx, más conocido como Groucho, romano de nombre romano, como Julio César, fue quien dijo en el siglo XX: «Debo confesar que nací a una edad muy temprana».

No creo que se refiera a una «Edad», sino a la que tenía él cuando nació, aunque tenga sentido de todas formas. No sé..., Groucho era, como sabemos, un poco lunático.

Casi todos los calendarios de la historia del mundo también empezaron siendo lunares, porque es muy fácil distinguir que nuestro satélite cambia de forma cada día y repite un ciclo. Así que, habitualmente, los hombres empezamos midiendo el lapso entre luna llena y luna llena, que es de 28 días más o menos, parecido a lo que dura un mes. Si estamos el suficiente tiempo en el mismo lugar, en el mismo hemisferio, también veremos que hay otras cosas que se repiten. La primavera, con su exuberancia, o el invierno, con su frío, son ejemplos obvios, así que si medimos las lunas que pasan de primavera a primavera, tendremos otra medida, palabra que por cierto en

latín se dice metrum.

Medida que nos será útil para saber cuándo hay que recoger leña porque viene el invierno, o cuando podrás encontrar de nuevo hierba fresca para que coma la pobre oveja, que cada día está más flaca. A esa medida, mayor que una «luna» o un mes, la llamamos año (annus), que también quiere decir círculo y es de donde viene la palabra «anillo», por ejemplo. Como todos sabemos es el tiempo que tarda la Tierra en dar la vuelta alrededor del Sol.

Los antiquísimos mesopotámicos habían calculado su duración en 365 días, equivalente a trece y media lunas; no porque pudieran medir lo que tardaba la tierra en su órbita, sino porque, si observamos el cielo al año siguiente el mismo día, veremos exactamente las mismas constelaciones en el mismo sitio. Los sumerios, asirios, babilonios y demás mesopotámicos tenían en la docena su medida «estándar», así que doce lunas, con una luna de sobra, podía servir para medir un año; pero, curiosamente, en nuestra Europa, en la época de la fundación de Roma, al año se le dieron menos meses.

Los muy antiguos romanos originalmente tenían en efecto un calendario de diez meses sin nombre, simplemente numerados del uno al diez. Septiembre, octubre, noviembre y diciembre eran los meses séptimo, octavo, noveno y décimo, cuyas denominaciones conservamos igual que en la antigua Roma en todos los idiomas occidentales. Especialmente han sobrevivido tal cual en inglés, donde todavía incluso se escriben en latín o casi: September, October, November (más exactamente Nouember) y December. Así se llaman en ese idioma desde el mismo día que Rómulo fundó una aldea junto al Tíber o cuando el emperador Claudio (10 a.C.-54), el de Yo Claudio, conquistó la pérfida Albión y fundó Londinium a orillas de un río que luego se llamaría Támesis (en latín Tamesis) y que los ingleses llaman Thames por llevar la contraria, que les gusta mucho. Como lo de conducir al revés.

Entonces estamos en que los romanos primitivos organizaron el año en diez meses numerados del uno al diez. Hasta aquí todo muy claro y ordenado, aunque inexacto y tampoco muy parecido a lo nuestro. Pronto empezó el lío, porque los cuatro primeros meses fueron, según pasaban los años, consagrados a distintos dioses y cambiando su nombre numérico (y ordenado) por otro divino, poético y más desordenado, aunque más bonito: martius (marzo), que era el primer mes (sí, el primer mes del año), se bautizó

así por Marte, el dios de la guerra, ya que con la primavera podía comenzar la temporada bélica (de bellum, guerra en latín) y también se iniciaría en ese mes a partir del 509 a.C. el periodo de gobierno de los dirigentes y magistrados de la entonces flamante República. Aprilis dicen que se llamó así por Venus (en etrusco Apru). Maius, recordaría a los «mayores» o antepasados, aunque también podría ser por la diosa Maia, y iunios, mes de la diosa Iuno (Juno), mujer de Júpiter, el dios máximo de los romanos. Después venían quinctilis, sextilis —quinto, sexto— y, a continuación, september, etc.

Es evidente que ocho de esos diez meses se siguen llamando casi igual dos mil setecientos y pico años después, pero ¿qué pasa con los otros dos que nos faltan para llegar a doce? Pues muy fácil; resulta que los romanos primitivos tenían como vemos el grave problema de que su año duraba ¡menos de un año! y el desfase entre los meses y las estaciones era tan grande que, con el paso del tiempo, hubo que añadir dos meses al final de cada año, tras el décimo, para arreglar el desaguisado calendaritico y que las estaciones y la época del año coincidieran un poco más o menos mejor. Así que hicieron para ello que el año tuviera doce meses, como el día tenía doce horas (volveremos a esto), demostrando de esta forma el dominio de la civilización sobre el tiempo. Parece que esta revisión se le atribuye al segundo y posiblemente legendario rey de Roma, Numa Pompilio. Sea como fuera, los meses «nuevos» se añadieron al final del año, sumándolos a los diez de siempre, para mantener el sentido en el número de los meses numéricos quinto al décimo (quinctilis a december).

Uno de los nuevos y flamantes últimos meses del año, sí, últimos meses, se dedicó al dios Jano (en inglés también se conserva mejor su nombre: January), y es nuestro enero. El siguiente se dedicó a Februus, dicen que dios de las purificaciones, y evidentemente es febrero (en inglés February, casi igual al februarius latino), que pasó a ser el último mes del año, lo cual tenía además sentido, porque a finales de ese mes se celebraban las fiestas Terminalia, dedicadas a Terminus, el dios de las fronteras y las lindes, de donde viene nuestro «término», desde el término del año hasta el término municipal.

La cosa iba mejor con estos nuevos meses, pero todavía, con el paso de los años, se vio que, a pesar de tener 12 meses el año, seguía habiendo errores graves en el calendario (cada mes tenía 30 días más o menos), así que, cuando

las estaciones y los meses no coincidían, el pontífice máximo (pontifex maximus), que era el sacerdote vitalicio y supremo del colegio sacerdotal romano, ordenaba, normalmente cada dos años, que se intercalara un mes en medio de febrero con 22 o 23 días (llamado mercedonius) para procurar esa coincidencia y así ir tirando, más o menos, con un año de casi 380 días y el siguiente de 360. Pero algunos pontífices perezosos a veces no intercalaban el mes, porque no les daba la real gana, y las estaciones se desfasaban de sus meses más a menudo de lo que era deseable. Por ejemplo, cuando Julio César cruzó el Rubicón el diez o el catorce de enero de, posiblemente, el año 49 antes de Cristo, en realidad puede que fuera noviembre.

Esta histórica fecha sirve para ilustrar el cuidado que debemos tener cuando se habla de hechos sucedidos en la antigüedad, ya que lo único que realmente sabemos es que nada de lo que sabemos es totalmente seguro, o como decía el gran naturalista romano Plinio el Viejo hace un rato (vivió del año 23 al 79): «La única certeza es que nada es cierto».

Para empezar, no es que no sepamos cuándo, es que nadie sabe ni siquiera dónde está el lugar por donde la XIII Legión, con César al mando, cruzó el Rubicón, que, aunque fuera el vado de un arroyo, se supone que era la frontera de Italia en un día y lugar históricos. Por lo tanto, su ubicación, en buena lógica, debería haberse conservado. Por otra parte, la frase que según el historiador Suetonio (70-122) pronunció Julio César justo antes de cruzar el río (o tal vez mientras lo cruzaba, o a lo mejor justo después), *Alea iacta est*, o en romano de hoy «La suerte está echada», no la dijo nunca en opinión de muchos estudiosos, sino que más bien diría en griego otra del autor dramático ateniense Menandro, *Anerriphtho kubos*, que vendría a significar «Que rueden los dados». Esta sería la cita correcta según el historiador Plutarco (46/50-120). Pero ¿cuándo cruzó César el río? Según unas fuentes, por la noche; según otras, al amanecer. La fecha, por consenso, ya que realmente no la sabemos, se considera que fue el 10 de enero, pero podría haber sido cualquier día entre este y el 14 del mes, que, como ya dijimos, sería enero o noviembre.

Y todas estas dudas, para uno de los momentos más importantes de la historia del mundo, o por lo menos de Roma. Este es el manejo, delicado y con pinzas, que hay que tener cuando se habla de datos antiguos si no se quiere ser dogmático y caer en el error de pensar que sabemos a ciencia

cierta algo; porque cualquier cosa que se diga que pasó, puede no ser del todo cierta ni falsa. Lo que sí es cierto es que, desde entonces, y fuera cuando fuera el momento en que César lo hiciera, «cruzar un Rubicón» es, todavía y mientras dure nuestra civilización, enfrentarse a un paso trascendental.

Este Julio César (que, entre otras cosas, también fue pontífice máximo) ordenó en el año 46 a.C. que se corrigiese de una vez y para siempre el calendario, haciendo que todos los meses pares tuvieran 30 días y los impares 31, excepto febrero que tendría 29 días (sí, 29). Cada cuatro años se añadiría un día, parece ser que entre el 21 y el 22 de marzo, que al ser el sexto día tras los idus (mediados) de marzo se llamaría dos veces sexto o, mejor dicho, bisiesto (bissextili, tal y como sospechábamos). Esta reforma, conocida como calendario juliano, sigue más o menos todavía en vigor tras una ligera corrección de la que hablaremos, realizada 1628 años después de que César organizase por fin el año y lo dejase ordenadito, aunque con un día de desfase cada 128 años.

Pero por el camino nos hemos dejado sin explicar algo de los meses; si enero y febrero eran los últimos del año, ¿cómo pasaron a ser los primeros? ¿De ahí viene el dicho ese de que los últimos serán los primeros?

No, más bien no. El dicho viene de la Biblia, que desde el siglo V y hasta hace cuatro días se leía en misa en latín, exactamente hasta que lo dictaminó el Concilio Vaticano II en 1965. Concretamente, del Evangelio según san Mateo (20:16), que dice: «Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos».

Y, por supuesto, no tiene nada que ver con los meses.

La culpa de que los meses enero y febrero, que eran los últimos del año, pasaran a ser los primeros, y de que por lo tanto y desde entonces los años, todos los años, empiecen el 1 de enero, fue, según parece, de las revueltas que tuvieron lugar, cómo no, en Hispania, más de 100 años antes de la reforma de Julio César. Según nuestro calendario actual, esto ocurrió en el año 153 a.C. Según el calendario romano, exactamente en el año 600 desde la fundación de Roma.

Veamos: los romanos del tiempo de la República, mucho antes del Imperio, elegían y nombraban a sus dos cónsules —algo así como presidentes— (ver capítulo de política), para que gobernaran un año, tomando posesión el primer día del mismo, es decir, el uno de marzo de cada año; pero hete

aquí que ocurrió que en ese año fatídico de 154 a.C. (599) ambos cónsules murieron en las guerras hispanas y Roma se quedó sin sus gobernantes, que también, y a la vez, eran los jefes del ejército. Para conseguir que dos flamantes cónsules llegaran a tiempo a Hispania a vengar la afrenta al comienzo de la siguiente primavera, es decir, en marzo del 153 a.C., se nombró a los dos nuevos con el fin de que ejercieran su cargo desde el 1 de enero, es decir, con dos meses de antelación (dándoles esos dos meses para organizar los nuevos ejércitos y llegar a Hispania a tiempo de empezar la guerra en marzo) y, simple y llanamente, por ese motivo todavía en nuestra época, y cada año, el nuevo en nuestro hemisferio y en casi todo el mundo comienza el primer día de *januarius*.

El mandato de los cónsules duraba un año y, si empezaba en enero, terminaría desde entonces en diciembre y duraría lo mismo en meses, pero el cambio les daría tiempo a hacer mejor las cosas de la guerra. Al fin y al cabo, los combates ya no tenían lugar un par de valles más allá del foro, sino en el extremo occidente, en Hispania, lejos. Esto de que el año empiece el 1 de enero por culpa o gracias a los hispanos no cae muy bien a los sajones, por lo que no suelen mencionarlo mucho, pero es un hecho que se puede comprobar fácilmente a nada que se rebusque en la historia, incluso en internet. Yo lo aprendí en el magnífico manual de historia de Roma escrito por el profesor, doctor y académico don José Manuel Roldán (nacido en 1942), posiblemente el español que más sabe de Roma desde los tiempos de Trajano.

Con respecto al porqué del comienzo del año el 1 de enero, junto a la explicación real, que es la que he transcrito, encontraréis incluso en español, en internet y en muchos libros —somos así, qué le vamos a hacer—, otras versiones que dicen que fue Julio César quien cambió la fecha de comienzo del año —lo cual es una barbaridad— o que el año se inicia el 1 de enero porque antiguamente se pensaba que Jesús había nacido ese día —lo cual es otra barbaridad, pero mayor— o que es por el solsticio de invierno, que en buena lógica es el 21 de diciembre, no el 1 de enero, once días más tarde.

Algo más sobre el tema se puede leer en un magnífico artículo del astrónomo y académico doctor Rafael Bachiller, director del Observatorio Astronómico Nacional, publicado por *El Mundo* en 2011¹.



Moneda romana. En el anverso, Jano, el de las dos caras. En el reverso, la proa de una embarcación surca los mares.

Realmente el 1 de enero es una fecha muy oportuna para comenzar el año desde el punto de vista romano, porque Jano, el dios que le da nombre al mes, Ianus, es el dios de los umbrales y las puertas y se representa con dos caras, una mirando hacia delante y la otra hacia atrás como vigilando el pasado por un lado y encarando, en este caso el nuevo año. En cambio, por ser un mes dedicado a un dios pagano, el año en la Edad Media empezaba en cada reino en una fecha distinta, normalmente más cristiana. Por ejemplo, en Aragón y hasta el año 1350, Nochevieja era el 23 de marzo y Año Nuevo el día de la Encarnación, el 24 de marzo, con lo que el consenso para que se iniciara el 1 de enero vino a partir de la popularidad o de la implantación del calendario juliano con el paso del tiempo.

Jano también encarnaba a un dios guerrero y, si Roma estaba en guerra, su templo permanecía con las puertas abiertas. Cuando la guerra acababa, se cerraba el templo con pompa y parafernalia, como muy solemnemente hizo el César Augusto tres veces durante su principado, entre los años 27 a.C. al 14 (antes de él, solo se cerró en otras dos ocasiones). La palabra «jamba», pieza vertical que sostiene el dintel de una puerta o entrada, proviene muy posiblemente del latín *ianua*, de Jano, pasando hasta nuestro idioma por el italiano *gamba* (pierna) y el francés *jambe* (también pierna), con lo que un cóctel de gambas es etimológicamente un cóctel de piernas, vamos, como el

Pasapoga en sus tiempos buenos. Del templo de Jano no queda casi nada, pero se conservan monedas y alguna estatua con el dios de las dos caras mirando el pasado y el futuro a la vez. Dos mil años después, más o menos, Mecano, el grupo musical español que vendió más de veinticinco millones de discos, en su canción de 1988 *Un año más* nos recuerda el sentido de «mirar hacia delante y detrás a la vez» que tiene Jano, y el paso de un año a otro:

Y en el reloj de antaño, como de año en año,
Cinco minutos más para la cuenta atrás.
Hacemos el balance de lo bueno y malo,
Cinco minutos antes de la cuenta atrás.

También la canción habla de que echaremos de menos a los que ya no están. Recordar a los que ya no están, costumbre también de nuestros abuelos romanos, como veremos en el último capítulo. Por cierto, que el verbo recordar viene del latín *recordari*, que se deriva de *cor*, palabra esta que quiere decir corazón. Así que, recordar o acordarse quiere decir en romano, y en realidad, guardar en el corazón. Ovidio, que sale mucho en este capítulo, deseaba «el año próximo será alegre y feliz», frase que parece sacada de alguna de nuestras felicitaciones de Año Nuevo, pero que se escribió hace dos mil.

Los fines de año son propicios también, y lo eran ya por entonces, para consultar vaticinios, horóscopos, videntes y adivinos variados, y es que el arte de *Rappel* ya era más que popular en tiempos de nuestros abuelos romanos. De hecho, era habitual que de vez en cuando fueran expulsados de Roma por charlatanes. También, durante siglos, fue delito preguntar a un adivino sobre cualquier tema relacionado con el emperador y la duración de su vida o mandato, considerándose como traición hacerlo. Incluso según el historiador Plutarco, el propio Julio César fue advertido de que iba a ser asesinado en los idus de marzo (el día 15) por un adivino:

Lo que es más extraordinario aún es que un vidente le había advertido del grave peligro que le amenazaba en los idus de marzo, y ese día cuando iba al Senado, Julio César encontró al vidente y riendo le dijo: «Los idus de marzo ya han llegado»; a lo que el vidente contestó compasivamente: «Sí, pero aún no han acabado».

Todo esto de querer conocer el futuro y las artes adivinatorias me recuerda dos chistes y una verdad sobre el futuro y el arte de la adivinación.

Uno de los chistes cuenta que llaman a la puerta de casa de un adivino y él pregunta: «¿Quién es?».

El otro chiste, creo que mejor, es aquel que dice:

—En el pueblo hay un ciego que le pasa la mano por el lomo a los caballos y dice: este es bayo, este blanco, este negro...

—¿Y adivina?

—Nunca, ni de broma.

La verdad la dijo Woody Allen, y es el motivo por el que siempre queremos saber lo que nos deparará el mañana: «Me interesa el futuro porque es el sitio donde voy a pasar el resto de mi vida».

A finales de diciembre, los romanos celebraban la Saturnalia, que era una fiesta que ensalzaba la llegada de la luz con el solsticio de invierno, punto que marca el momento a partir del cual los días van siendo más largos. Además, en el festival de Saturno (el nombre del tiempo, como recordarás), las casas se adornaban con velas y plantas y se celebraban todo tipo de fiestas, más parecidas al Carnaval que a nuestra Navidad, en las que también había banquetes e intercambio de regalos. Hasta nuestro vecino de Córdoba, el serio y estoico filósofo Lucio Anneo Séneca (4-65), disfrutaba de estas fiestucas, tal como le cuenta en carta a su amigo Lucilio, al que le pide consejo sobre si sumarse al lío o mantenerse estoico:

Es ya el mes de diciembre, cuando la mayor parte de la ciudad está bulliciosa. Las costumbres se han relajado oficialmente; por todas partes se oye el sonido de los grandes preparativos, como si hubiera diferencias reales entre los días dedicados a Saturno y los días aptos para los negocios... Si estuvieras aquí, me encantaría que acordáramos nuestro plan de conducta, si vamos a comportarnos como si nada o si, para evitar habladurías, nos libramos de la toga y tomaremos una cena más especial.



Representación de la Saturnalia, obra realizada por Ernesto Biondi en 1909. Grupo escultórico con figuras de tamaño natural. Jardín Botánico. Buenos Aires.

Por su parte, el sabio naturalista Plinio el Joven (63-113) cuenta que, cuando venían estas fiestas, él se refugiaba en lo más profundo de su casa, para evitar el ruido y poder seguir estudiando. Cicerón, dos siglos antes que Plinio, solía escaparse a alguna de sus muchas villas campestres por el mismo motivo. En cambio, el poeta Cátulo (87-57 a.C.), contemporáneo de Cicerón, según cuenta, lo pasaban bomba:

Los días saturnales,
Los mejores de los días.

Los regalitos se solían dar el 19 de diciembre, no cuando los damos nosotros, y se procuraba que no fueran costosos para que todo el mundo pudiera agasajar con algo. Muchas veces consistían en figurillas de arcilla, parecidas tal vez a las que todavía esconden nuestros roscones de reyes. Estas fruslerías, que por cierto, según se comenta, le encantaban a Augusto, se combinaban con otros regalos mejores para los más allegados. Marcial regalaba sus libros, lo cual, en una época en que se copiaban a mano, era más bien un presente caro. En un epigrama en el que se disculpa por regalar solo sus ejemplares, enumera algunos otros obsequios típicos y de más caché:

Porque en este mes de diciembre, en que vuelan las servilletas, las hermosas cucharas de plata, los cirios de cera, los rollos de papel, y las jarras puntiagudas de conservas de ciruelas de Damasco, no te he enviado nada fuera de los libros de mi propia cosecha, quizás te parezca un avariento o un maleducado (...).

El caso es que, a finales de diciembre y durante unos cuantos días, antes de que se acabara el año, los romanos antiguos se regalaban cosas, se juntaban en cenas de más lujo, se bebían lo que no está escrito y festejaban lo que desde el reinado de Constantino se convirtió en la fecha de nacimiento... del Sol (25 de diciembre) y más tarde la fecha de la «Natividad» o Navidad, que seguimos celebrando más o menos igual, porque seguimos siendo romanos.

Para los abuelos romanos, lo único malo, después de la Saturnalia y la resaca, era que ese intento de organización de los meses, colocando enero y febrero al principio en vez de al final del año, dio como resultado que los ordinales de los meses que iban desde quinctilis hasta el antiguo mes décimo (December en inglés y en latín) quedaban descolocados, pasando el quinto a ser el séptimo; sextilis pasaba a ser el octavo mes, y así sucesivamente hasta el décimo, que se convirtió en el duodécimo. No se le cambiaron los nombres a esos meses porque, entre otras cosas, los romanos antiguos eran muy supersticiosos y muy amantes de las tradiciones y de sus costumbres, mejor dicho, de las costumbres de sus mayores (mos maiorem). Al fin y al cabo, los meses se llamaban así desde hacía siglos. Muchos más años más tarde, tras el asesinato de Julio César, el antiguo mes quinto (quinctilis), entonces y ahora todavía séptimo, cambió su nombre a solicitud del Senado en honor a César, y pasó a llamarse Julio, tal y como sospechábamos.

Unos años después de este bautismo mensual y tras la muerte de Augusto, el octavo mes (sextilis) se renombró a su vez por el Padre de la Patria (Augusto-agosto, August en inglés). Para evitar que «su» mes tuviera un día menos que el de Julio (que por ser impar tenía 31), se le quitó un día a febrero, que pasó desde entonces a tener 28, por lo que julio y agosto tienen 31 días y tenemos que recurrir a trucos, como contarnos los nudillos, para saber qué mes del año tiene 30 y cuál 31, pues ya no era tan fácil —par, impar— como lo había dejado Julio (el César, no el mes).

Sobre el tiempo y otras cosas, la poetisa y presentadora Mónica Carrillo (nacida en 1976) ha escrito un precioso libro de título *El tiempo. Todo. Locura con pequeños y perfectos poemas como este*, que es de mis favoritos:

Ni rápido, ni despacio
Solo lento
Ni respiro, ni suspiro
Solo aliento
Ni remo, ni mar
Solo viento
Ni mañana, ni noche
Solo tiempo

Bueno, resumiendo y volviendo a nuestra medición del tiempo, a principios de nuestra era, el calendario anual ya se asemejaba casi casi al actual, con doce meses, empezando en enero y terminando en diciembre y con un día más cada cuatro años. El único cambio más o menos importante que ha sucedido desde entonces en la manera de contar el año lo introdujo en 1582 el papa Gregorio XIII (otro pontífice máximo, aunque este católico) a indicaciones, entre otros, de científicos de la Universidad de Salamanca, que ya lo habían propuesto en 1515. Destaca en sus apuntes al nuevo calendario el insigne Pedro Chacón (1526-1581), quien corrigió las mediciones de otros matemáticos, escribió el *Compendium* y definió lo que sería el definitivo calendario, basándose en la duración del año fijada bastante antes por nuestro rey Alfonso X el Sabio (1221-1284), en sus *Tablas alfonsíes*; es decir, que el año duraba según esto 365 días, 5 horas, 49 minutos y 16 segundos. La labor de Pedro Chacón, que falleció un año antes de la entrada en vigor del calendario que todavía usamos, fue fundamental para su aplicación, pero en España no creo que haya ni una miserable plazuela con su nombre, aunque espero de corazón equivocarme.

La corrección al calendario consistió en restar diez días ese año, ya que el cálculo de Julio en el 46 establecía la duración del año en 365,25 días, cuando el año trópico dura realmente (mejor dicho, aproximadamente) 365,242189 días, según los cálculos modernos, realizados un porrón de tiempo después y con otros medios e incluso con otros números, los hindúes, que usamos actualmente en vez de los incómodos «letranúmeros» romanos. Para cuando se hizo la reforma, llevábamos aproximadamente diez días de adelanto sobre la realidad (1 día de desfase cada 128 años) y el equinoccio de primavera, fundamental para calcular las fechas de Semana Santa, cayó el 11 de marzo. Así que, para corregir todas las fechas, el día siguiente, el 4 de octubre de 1582, pasó a ser 15 de octubre de ese mismo año, y hubo diez misteriosos días

que no existieron. Lo mismo sucedió paulatinamente en todos los países donde nuestro calendario fue implantándose y sustituyendo al juliano, o a otros más raros.

El calendario, ahora llamado gregoriano en honor a ese pontífice (aunque es el mismo de Julio, salvo por 0,01 días y porque los años múltiplos de 100 no serán bisiestos nunca a menos que sean divisibles por 400) se adoptó, poco a poco, en los países de nuestro hemisferio. Curiosamente, esta reforma del calendario coincidió con el Cisma de Occidente, así que en algunos sitios no se implantó, y por entonces se decía que algunos países preferían estar en desacuerdo con el Sol, antes que de acuerdo con el papa. Grecia fue el último país europeo en adoptarlo, hace poquito, en 1923. China lo hizo en 1949. Por cierto, pontifex, quiere decir, más o menos, constructor de puentes, en el sentido figurado de tender puentes entre los dioses o Dios y los hombres.

Para cerrar el tema de los años, faltaría intentar explicar por qué no tenemos año cero y cómo se calculó el año del nacimiento de Cristo, de manera que ese fuera nuestro año 1 consensuado. Para empezar, el «número» cero, aunque conocido desde la antigüedad, no era utilizado por los romanos que, como sabemos, indicaban los números con las propias letras del alfabeto. El cero, como concepto en el sentido moderno, parece ser que fue inventado por los hindúes, y no aparece escrito hasta fecha tan tardía como el año 683 (1436 desde la fundación de Roma) en una inscripción de Angkor Wat, en la actual Camboya. Por ese motivo a nuestro año primero antes de Cristo no le sigue el año cero, le sigue el año primero después de Cristo, y por eso nuestros milenios, siglos y décadas empiezan también con el «uno», siendo el reciente año 2000, como sabemos, el último del siglo XX, no el primero del siglo XXI, que fue, lógicamente, el año 2001. Por cierto, ¿alguien recuerda el supuesto efecto 2000?

Hay quien dice que en el anterior milenio la cosa fue peor, porque pensaban que el mundo iba a terminar, pero como lo del efecto 2000, o como lo de los mayas y el 2012, todo fue nada. También por el mismo motivo (no tener año ni siglo cero), el primer número de la centena del siglo II es el 1, el del XV el 14, el del XXI el 20, y así sucesivamente, para «mayor» facilidad.

Con respecto a la decisión de cuál sería el año 1 realmente, parece ser que el papa (otra vez otro pontífice máximo) Hormisdas, ya en el siglo VI de nuestra era, fue quien encargó a los sabios de su época que se calculara

cuándo había nacido Jesucristo, para así contar desde esa fecha la era cristiana. El «científico» Dionisio el Exiguo (su apodo le casaba bien) calculó malamente con sus exiguos medios y luces la fecha que ahora se corresponde con nuestro año primero, pero hete aquí que se equivocó al hacerlo en, al menos, de cuatro a siete años, ya que, para datar el nacimiento de Jesús situó incorrectamente y más tarde de cuando había sido realmente el reinado en Judea de Herodes el Grande. Por culpa de este fallo garrafal, si contáramos nuestra era desde el año «real» del nacimiento de Jesucristo, deberíamos aumentar hasta siete más aquel en el que nos encontramos (si estamos en 2019, a lo mejor debería ser el 2026). Pero a pesar del error y de que se supo en seguida que los exiguos cálculos del exiguo Dionisio estaban fatal hechos, así nos quedamos, comenzando a contar nuestra era desde donde un monje del siglo VI, en una Italia arrasada por siglos de saqueos y que era parte del bárbaro reino ostrogodo, calculó malamente la Natividad de nuestro Señor Jesucristo. El remedio, cambiar todas las fechas, supongo que sería peor que la enfermedad.

Dos siglos después del Exiguo, ya en el 731, el monje inglés Beda el Venerable (otro apodo «difícil») escribió una obra sobre la historia de la Iglesia en Inglaterra en la que utilizó la expresión Anno Domini o año del Señor, para datar y nombrar los hechos sucedidos después del nacimiento de Cristo; para situar el «año uno», se basó, cómo no, en los escritos del exiguo Dionisio, a pesar del error. Por entonces, se calculaba que la Tierra había sido creada unos 4000 años antes del siglo VIII, cuando nuestro planeta realmente tiene unos 4500 miles de millones de años, así que, total, todas las mediciones estaban bastante mal hechas, qué más da...

Más tarde, el emperador Carlomagno, a finales de ese siglo VIII y siguiendo la recomendación de Alcuino de York, su consejero inglés, que evidentemente había leído al puede que venerable pero seguro que equivocado Beda, adoptó esta forma de contar los años en el territorio de su imperio y, poco a poco, esto de Anno Domini fue popularizándose y adaptándose a todos los países europeos y a los que Europa descubrió. En Castilla, por ejemplo, esta numeración se adoptó definitivamente a partir de 1384, y en Portugal en 1422. Hasta entonces, en la Península el calendario comenzaba, como se dijo, en el 38 a.C. —una medida temporal conocida como Era hispánica—. También fueron los visigodos, y después Carlomagno,

quienes empezaron a contar los días por su número, ya que normalmente se nombraban por su santo; así, por ejemplo, para el 25 de julio se decía: «en el día de Santiago del año tal».

Finalmente, y un carro de años después, para poder contar y datar correctamente hechos sucedidos con anterioridad al nacimiento de Jesús, el teólogo francés Dionysius Petavius, en su obra *De Doctrina Temporum*, del año 1627, popularizó el uso ante Christum (antes de Cristo o a.C.) para identificar esos años y siglos anteriores a la mal calculada venida de Jesús. Por cierto, que los sajones siguen usando A.D. por Anno Domini (así, en latín, con dos narices) en vez de nuestro d.C. «después de Cristo». En cambio, sí que dicen B.C. (Before Christ, antes de Cristo) en inglés, para los años anteriores. En fin, qué se puede esperar de bárbaros del norte a medio romanizar.

En el Concilio de Nicea, en el año 325, se fijó cómo obtener la fecha de la Pascua cristiana cada año, fecha que depende, entre otras cosas, del día en que haya luna llena en relación al equinoccio de primavera. Se utilizaron tablas y complejas fórmulas para calcularla, siendo la más común la desarrollada por el famoso matemático Carl Friedrich Gauss (1777-1855). Al cálculo de la fecha de la Pascua (es decir, del Domingo de Resurrección) desde siempre se le llama computus y es de donde viene «computadora», «cómputo», «computación» y todo eso. «Ordenador» es un galicismo proveniente del más cursi pero cómodo ordinateur, que de todas formas viene de «ordinal», que a su vez proviene de ordinalis —relativo al orden, en latín—. En resumen, que todos los caminos, incluso los de la computación, llevan a Roma.

Vale, esto en cuanto al año y los meses, pero ¿y los días? Como dijeron los argentinos Los Fabulosos Cadillacs en su canción de 1988 Vasos vacíos:

No sé ni en qué día estoy,
Solo sé que te vi salir
Y en cinco minutos perdí
Las letras para hablar de amor.

Pues saber en qué día estás, resulta que no puede ser más romano. Como los antiguos solo conocían siete planetas (o cuerpos celestes), dedicaron un día a cada uno de ellos; por eso, entre otras cosas, la semana tiene siete días todavía hoy. Empezando, aunque sea mal, por el lunes (en latín vulgar dies

lunis), dedicado a la Luna (Luna); el martes, dedicado a Marte (dies martis), obviamente; el miércoles, dedicado a Mercurio (Mercurii, mejor conservado en el francés mercredi); jueves, por Júpiter (Jovis en latín); viernes por Venus (Veneris, de ahí venéreo, en latín venereus); sábado por Saturno (mejor conservado en el inglés saturday) y, finalmente, domingo (dies solis), que en inglés y alemán —entre otros idiomas, aunque en sus letras no parezca romano— también tienen en su «fondo» su sentido original: Sunday/Sonntag o día del Sol, que era el «planeta» al que se dedicó esa jornada.

En nuestro idioma cambiamos por motivos religiosos los nombres antiguos del sábado (sabbath judío) y del domingo, pero en este último caso, hasta el nombre se varió por otro también romano, aunque ahora católico y apostólico: Dies Dominicus o día del Señor. Día que muchos, de todas formas, pasamos al sol cuando podemos. Así que, como dijo Horacio, Carpe diem, aprovecha el día, y yo, como Hernández y Fernández, aún diría más: aprovéchalo, sobre todo si es domingo. O como dijo nuestro querido Woody Allen: «Disfruta el día hasta que venga un imbécil y te lo arruine».

El rapero español Arce Perroviejo, nacido en 1990, tiene una canción, publicada en el 2016, que precisamente se llama Carpe Diem, porque seguimos siendo romanos todos, hasta los raperos. La letra dice:

Vamos a disfrutar los días porque un día se acaba,
Me da vértigo mirar atrás
Puedes ser rico, creerte más que el reloj no se para
Seas quien seas serás uno más.

Estrofa con la que Horacio, desde luego, habría estado de acuerdo.

La semana de siete días, de todas formas, no fue un invento romano; no está claro si los babilonios, o más probablemente los egipcios (Herodoto, en el siglo v a.C., así lo afirma) fueron los primeros en adoptar el sistema de siete días para dividir en cuatro el periplo lunar de 28. Los judíos, desde su exilio en Babilonia, también adoptaron la semana de siete días, tiempo que, según ellos, tardó Dios en crear el mundo (exactamente seis; el séptimo descansó); solo que para ellos el primer día es el domingo y el último de la semana el sábado, como originalmente también era en Roma y hasta hace poco ocurría en nuestro vecino Portugal (y Brasil), donde el lunes por algo se llama segunda feira.

En cualquier caso, desde antes del asesinato de Julio César, la semana de siete días convivía en Roma con la medición tradicional del mes en calendas, nonas e idus y con los nundinae, que eran periodos de ocho días tras los cuales había mercado el noveno, como si fuera una especie de fin de semana. Finalmente, parece que fue el emperador Constantino quien fijó definitivamente que el tiempo se midiera única y exclusivamente en semanas de siete días, pero ya en el año 321 de nuestra era. También Constantino fue quien ordenó, como veremos, que el domingo no se trabajara.

Los romanos, por otra parte, dividían los días entre fastos (*fastus*) y nefastos. Fastos eran aquellos en los que la vida pública se desarrollaba con normalidad (tribunales, negocios, Senado, etc., estaban abiertos) y, en cambio, los días nefastos estaba prohibida toda actividad, salvo la religiosa, aunque no se celebraban bodas por ser esos días de mal agüero. Evidentemente hemos perdido el sentido original de fasto, pero no el de nefasto, que es cualquier día terrible en que «nuestros negocios» o asuntos no salen bien. Cervantes sabiamente dijo: «Confía en el tiempo, que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades».

Lo que quiere decir que, tras un día nefasto, puede venir uno que solucione, más pronto o más tarde, nuestras cuitas. El mismo Cervantes por eso dijo también: «Después de las tinieblas espero la luz».

Ya que hablamos de días y de fastos, falta señalar que «fiesta» no viene de *fastus*, sino de *festus*, que casualmente quiere decir «festivo» —festival, festejo, festín, etc., también provienen de la misma palabra latina—. *Feria*, en cambio, es latín de pura cepa que seguimos pronunciando y escribiendo tal cual, y que en latín clásico quería decir, nada más y nada menos, que fiesta. Así pues, cuando en ciertas poblaciones (por ejemplo, en la Mancha), se dice de un pueblo en fiestas, que está en ferias —Daimiel en ferias—, o «me voy a pasar las ferias a mi pueblo», directamente se está diciendo en latín, aunque no necesariamente seamos conscientes de ello. *Verbena*, por su parte, viene, curiosamente, del latín *verbena*, y es como se llamaban los ramos, fueran o no de la planta del mismo nombre, que portaban en las festividades los sacerdotes romanos. Al igual que en Madrid hasta hace poco las «verbenas» eran fiestas a las que se acudía con un ramito de verbenas en la solapa o el vestido, motivo por el que estas fiestas son todas de primavera-verano, cuando la planta ha florecido. Por eso se dice castizamente: «La primera

verbena que Dios envía es la de san Antonio de la Floría».

Se celebra en torno al 13 de junio cerca de la ermita del mismo nombre. Allí, las mozas casaderas meten la mano en la pila bautismal, llena ese día de alfileres, y, al sacarla, se dice que tendrán tantos novios a lo largo de la vida como alfileres se les hayan quedado clavados. Los frescos de Goya del interior de la ermita bien merecen una visita, sea o no momento de verbena, cuando el tiempo y los días son buenos. Romería, en cambio, viene del ramito de romero que sustituye a la verbena en ciertas fiestas.

En español, y a ambos lados del Atlántico solemos decir «buenos días», mientras que los franceses dicen «buen día» (bonjour) y los ingleses «buena mañana» (good morning), esto se explica simplemente porque «día» en latín se dice, como vimos, dies, y al desarrollarse nuestro idioma se adoptó el plural en «buenos» parece ser que para mantener la concordancia de número que no existe realmente, salvo en la pronunciación: «Buenos día» quedaría raro y, como somos de natural generosos, qué mejor que desear muchos y buenos días a quien saludamos de buena mañana aunque solo sea una vez.

Ya tenemos el porqué del año, de los meses y los días, e incluso podemos irnos de fiesta y verbena. Va siendo hora de que hablemos precisamente de las horas. Como dijo el filósofo cordobés Séneca a finales del siglo I: «No es que tengamos poco tiempo, sino que perdemos mucho».

Las horas también guardan algo de romano, pero para ellos tanto el día como la noche tenían siempre doce horas, sin importar la estación, lo que era un poco lío, ya que estas horas no duraban lo mismo siempre. Es decir, las horas del día en verano eran obviamente más largas que en invierno, al revés de lo que sucedía con las horas nocturnas. No se ha inventado reloj capaz de funcionar en esas condiciones, salvo los de sol, que tampoco funcionan de noche (aunque los días de equinoccio las horas romanas duraban lo mismo que las nuestras, ya se sabe que hasta un reloj que no funciona acierta dos veces al día), así que, a pesar de que nuestras horas ya duran todas igual, nos quedamos con las 24 horas romanas (doce y doce) para componer el día. Marco Aurelio (121-180), el emperador filósofo, magníficamente representado por Richard Harris al principio de la película Gladiator, dijo sabiamente (en la realidad, no en la peli): «Cada día trae sus propios regalos».

Que es comparable a la frase del Evangelio (Mateo 6:34) que viene a significar lo contrario: «Así que, no se afanen por el día de mañana, porque el

día de mañana traerá su propio afán. Basta a cada día su propio mal».

Obviamente, suponemos que el nuevo día romano empezaba al finalizar la duodécima hora nocturna, que era al amanecer, pero como cada día amanece cuando quiere, y no es poco, resulta que nuestro día comienza a las doce de la noche, igual que el de Roma, solo que a nuestras doce p.m., es decir, a nuestras cero horas, pues como que, en efecto, es de noche. También es cuando se inicia, tras las campanadas, nuestro año nuevo, en plena Nochevieja. De noche, vaya.

Somos más exactos que los romanos, pero nuestro día empieza de noche, lo cual, si lo piensas, no tiene ningún sentido; pero tampoco lo tiene, al fin y al cabo, medir el tiempo que ha pasado cuando no sabemos nada sobre el tiempo que nos queda; los romanos lo expresaban en una frase muy trágica sobre las horas: «Todas hieren; la última, mata».

Por lo general en los cuadrantes de los relojes romanos de sol, en vez de la marca, ponían frases simpáticas de ese estilo o:

- Largas para los tristes, las horas pasan rápido para los felices.
- Con alas misteriosas, la hora resbaladiza vuela.
- Tu hora se aproxima.
- Mientras me miras, envejeces.
- Una sombra que huye gobierna nuestras horas, una sombra gobierna las sombras, nosotros somos polvo y sombra.

Maneras «muy alegres» de recordarnos que el tiempo vuela, que pasa veloz (del latín *velox*) y que, como dijo Virgilio (70-19 a.C.): «Mientras el tiempo vuela, vuela para no ser recuperado jamás».

O como dijo Ovidio: «Ni la ola que ha roto puede repetirse ni la hora que ha pasado retornar».

De todas formas, hay que hacer caso al consejo de nuestro vecino cordobés Séneca: «Infeliz es el espíritu atormentado con el futuro», que en una versión más moderna, Woody Allen «traducía» así:

¿Por qué no dejo de destrozarme mi vida buscando respuestas que jamás voy a encontrar y mejor me dedico a disfrutarla mientras dure?

Hay una frase, creo que americana, que dice: «La mala noticia es que el tiempo vuela. La buena noticia es que tú eres el piloto», y todos los autores antedichos seguro que la suscribirían. En la película *Casablanca* de 1942, con

Bogart y Bacall, el pianista Sam, interpretado por Dooley Wilson, inmortalizó la canción *As time goes by* también interpretada con el paso de los años por cantantes como Bing Crosby, Louis Armstrong, Nat King Cole, Natalie Cole, Frank Sinatra, Rod Stewart y muchos más:

Es todavía la misma vieja historia
Una lucha por el amor y la gloria
Un caso de vida o muerte
El mundo siempre acogerá amantes
Mientras pasa el tiempo.

Y mientras pasa el tiempo, se nos va la hora. Las horas (*horae*) se llaman así por las, ¡oh casualidad!, doce Horas de la mitología griega, que eran las diosas menores encargadas y guardianas del tiempo del día. Según parece, se llamaban: *Auge*, la primera luz; *Anatole*, el amanecer; *Música*, la hora matutina para la música y el estudio; *Gymnastica*, la hora matutina del ejercicio; *Nymphes*, la hora de las abluciones; *Mesembria*, el mediodía; *Sponde*, la de las libaciones tras el almuerzo; *Elete*, la primera de las horas de trabajo de la tarde; *Acte*, la segunda de las horas de trabajo de la tarde; *Hesperis*, el atardecer; *Dysis*, el ocaso y *Arktos*, la última luz.

Los romanos, más prosaicos y menos poéticos que los griegos, tenían antiguamente para las horas nombres del tipo *gallicantus*, cuando canta el gallo, o *media nox*, medianoche (que serían las seis de la noche). Con el paso del tiempo llamaron a las horas como luego nosotros, numerándolas del uno al doce, así: *duodecem u hora duodecima* sería el anochecer. La noche se dividía en tres vigilias de cuatro horas cada una. Las «vigilias», evidentemente, tenían origen militar, correspondían a las guardias nocturnas que en mi época se llamaban «imaginarias» vete a saber por qué. Cuando en tiempos de Augusto, a finales del siglo I a.C., se instauró el cuerpo de bomberos y policías de Roma, se organizó según las mismas guardias nocturnas, y por eso se les llamó *vigiles*. Toda nuestra vigilancia, nuestros vigilantes y vigías, vienen de la división nocturna que hicieron nuestros abuelos romanos, aunque, por ejemplo, el poeta satírico Juvenal, que vivió entre los siglos I y II (60-128), ya se preguntaba: «¿Quién vigila al vigilante?».



Reloj de sol romano de bolsillo. Descubierto en el siglo XVIII en la Villa dei Papiri, en Herculano. Igual que la cercana Pompeya, la ciudad fue destruida por la catastrófica erupción del Vesubio del año 79.

Para medir las horas nocturnas o en los días nublados, se utilizaban las clepsidras, que eran relojes (horologium) de agua. Estos artilugios se hicieron tan populares con el paso de los años que en el apogeo del Imperio todas las casas de los ricos tenían su reloj de agua, dándose el caso de que algunos de estos «carrillones» incluso emitían sonidos al paso de las horas, como los

relojes antiguos de casa de los abuelos. Los relojes de arena no se hicieron populares hasta el siglo III, pero eran más complicados para calibrar con las distintas duraciones de horas del día. Los romanos, como nos muestra la arqueología, incluso llegaron a tener relojes de sol de bolsillo, algunos tan pequeños como los hallados en Herculano, de solo tres centímetros de diámetro y que son lo más parecido, si no a nuestros relojes de pulsera, sí a los de bolsillo de los caballeros elegantes del siglo XIX.

Aún en nuestros días, las horas de las esferas de muchos relojes, las secuelas de películas (*Rocky IV*), los años inscritos en monumentos y los ordinales de los reyes (Felipe VI), por ejemplo, se escriben en números romanos; pero hay todavía algo más en lo que seguimos siendo un poco romanos con respecto al tiempo y a las horas.

Ellos, como hemos apuntado, medían las horas del día utilizando relojes de sol. La hora en que la sombra del gnomon es más corta es el mediodía, en latín *meridies*. El eje grabado en la base del reloj de sol en el centro, se llamaba *meridianus* (¡oh!, de nuevo casualidad, como nuestro meridiano, que es el semicírculo máximo sobre la Tierra que sirve para calcular la hora, como el de Greenwich), así que las horas anteriores se llamaban *ante meridiem* y las posteriores *post meridiem*. Los sajones, y en muchos lugares de Latinoamérica, por ejemplo, siguen usando a.m. y p.m. para indicar si se habla de horas anteriores al mediodía o al meridiano (nuestras 12 horas) o posteriores. Woody Allen, en el siglo XX, dijo con respecto a los relojes: «Hay quienes estropean relojes para matar el tiempo».

Por otra parte, y para terminar este capítulo, ya que hemos visto que el tiempo vuela o huye (*tempus fugit*), resulta que los antiguos romanos acostumbraban a tomar un almuerzo alrededor de su mediodía, ingesta tras la cual solían descansar y tumbarse un rato. ¿Cuál era su mediodía?: la hora sexta, o, simplemente, la sexta, de donde nos viene, como nombre y como costumbre, casualmente, nada más y nada menos que la siesta.

¹ www.elmundo.es/elmundo/2011/12/26/ciencia/1324904754.html

II

LA FAMILIA BIEN, GRACIAS

Los lazos familiares, similares antes y ahora.
Cuñados y primos, ¿qué hacer con ellos?

Estos son malos tiempos. Los hijos han dejado de obedecer a sus padres y
todo el mundo escribe libros.
Cicerón, siglo I a.C.

Los mosquitos son como la familia, no dejan de picarte, pero llevan tu sangre.
Anónimo, siglo XXI

LA FAMILIA EN LA ANTIGUA ROMA podría ser definida como el grupo de las personas dependientes de la autoridad de un *pater familias*, o padre de familia, que al principio de los tiempos tenía derechos absolutos sobre su mujer e hijos (y animales y esclavos) para, con el paso de los años y la mejora y avance de las leyes y de la civilización, terminar siendo un padre normalito, aunque conservando la última palabra y la *patria potestas* (literalmente «poder del padre» y equivalente a nuestra «patria potestad») sobre su familia. Este poder solo se perdía por motivos muy serios o mientras un hijo estuviera ejerciendo un cargo público. Es decir, el padre no podía ordenarle nada a su hijo mientras este fuera, por ejemplo, alcalde. ¿Por qué? Pues para evitar abusos de autoridad y que, es un suponer, el padre solicitara de su vástago el alcalde la recalificación de unos terrenitos de nada al lado de casa de la abuela...

El poder del padre, que heredamos a través de Roma y también de la religión paternalista judeocristiana, casualmente también made in Rome, era el fundamento de la sociedad romana. Nosotros, los romanos de hoy, decimos madre patria o lengua materna, pero ellos, nuestros abuelos romanos, decían lengua paterna y patria (*patriam*), a secas, palabra que viene de padre (*pater*), como patrón, patricios (nobles, descendientes de las familias primitivas romanas), patres (senadores o padres de la patria), o Iuppiter (*Iu-Pater*, Padre Iove, Júpiter), el padre de los dioses. Por cierto, que en inglés «patria» se dice,

literalmente, «tierra del padre» o fatherland, todavía en el más puro sentido romano de la palabra.

Para dirigirse a un pater/padre, sus criados le llamaban domine, que quiere decir, como Quevedo bien sabía, «señor» (como el domine Cabra) y no «Dios», como a veces nos figuramos por las referencias al Señor, con mayúsculas, en el latín de misa. Pero, además del padre, también estaba la señora de la casa, mater familias o domina (señora), madre de los hijos —futuros ciudadanos— esposa del padre y directora de los asuntos domésticos. Aunque hubo muchas mujeres romanas profesionales, como veremos, las que podían permitírselo se dedicaban más bien a «sus labores». Groucho Marx, con respecto a su madre, comentaba: «Mi madre adoraba a los niños. Hubiera dado cualquier cosa por que yo hubiera sido uno».

Exactamente, el núcleo familiar lo completaban los hijos, o descendencia, es decir, la prole, del latín proles, que ya daban tantos problemas entonces como ahora (del latín problema, palabra que se conserva igual que la nuestra, lo que demuestra que los problemas siguen igual, estando ahí), y algún otro familiar más o menos directo, desde la suegra hasta algún primo o no tanto.

En nuestra época la familia es una sociedad cambiante. En principio, está formada por la pareja (da igual de qué sexo), que tiene derecho a constituirse en matrimonio, pero que también tiene derecho a no casarse. Una pareja ya es una familia, en la que además y, por supuesto, no manda nadie. Como dijo el dramaturgo asturiano Alejandro Casona (1903-1965): «En el verdadero amor no manda nadie; obedecen los dos».

No es necesario por tanto que la pareja tenga hijos para ser una familia, pero, por otra parte, un padre o una madre con un hijo también es ya una familia. En España y en la Unión Europea, por supuesto, no hay discriminación entre los hijos por razón de su filiación y, por otro lado, la «patria potestad» en la concepción moderna es, básicamente, el ejercicio de la tutela en beneficio de los hijos.

Un soltero o soltera que decida adoptar un hijo también es, por supuesto, una familia, con lo que ni siquiera el acto biológico de dar a luz es condición necesaria para formarla. El divorcio, denostado hace no muchos años como el fin de la familia, también puede ser, en casos concretos, origen de dos nuevas familias: por un lado, uno de los progenitores, con una nueva pareja, compone una familia; y el que mantenga la patria potestad de los hijos, con

estos, y/o con su nueva pareja, conforma otra nueva. En este siglo, hay más divorcios que bodas, por lo que parece que por fin se está cumpliendo lo que denunciaba hace 1800 años Tertuliano (160-220), importante escritor y padre de la iglesia: «El divorcio estos días es casi un voto religioso, como si fuera la lógica consecuencia del matrimonio».



Retrato de una familia romana realizado sobre piedra caliza en el siglo III o II a.C. Museo de Arte Metropolitano, Nueva York.

La familia del siglo XXI, como vemos, puede ser tan moderna como la de Modern Family. Puede haber dos padres, dos madres, ninguno o como sea; pero, nos pongamos como nos pongamos, en algo sigue siendo la familia de hoy idéntica a la de la antigua Roma, y, por más modernos que seamos, hay algo, terrible a veces, que tenemos en común todos. Me refiero, cómo no, a los parientes.

Por cierto, que primo realmente quiere decir «primero», y en nuestro idioma esa palabra viene de la frase latina consobrinus primus, que,

literalmente, quiere decir «primer hijo de mi tía materna», en el sentido más primitivo de la palabra. Por eso, primo segundo no tiene ningún sentido, porque es como decir «primero segundo». Más sentido tendría decir «consobrino segundo», pero el idioma es así de caprichoso. Poco a poco, lo de consobrino se fue perdiendo y nos quedamos solo con el primo o prima o haciendo el ídem (en latín *idem*), significando primo, como sabemos, hijo de la tía (o del tío).

Gemelo se decía *gemellus* y mellizo *gemellicius*, que es como más exacto. También en latín clásico, sobrino o nieto se decía *nepos*, de donde viene nuestra palabra «nepotismo» que, literalmente, sería algo así como favorecer a los sobrinos o enchufar, vamos, a algún pariente, algo que jamás hemos oído que haya sucedido en la historia. Y menos en la nuestra.

La familia formada por todos los parientes consanguíneos directos se supone que pertenecía a un grupo superior, legendariamente fundado por algún antepasado común más o menos histórico, con el que todos compartían apellido. A este grupo se le llamaba *gens* (de donde proviene «gente» y «gentilicio»), cuyas funciones genéricas, aparte de dar nombre a una rama de ciudadanos, patricios o plebeyos según su antigüedad, no están muy claras. Se supone que eran miembros de la misma *gens*, y por eso eran llamados gentiles (tal cual en latín), aquellos que compartían el apellido o *nomen*, pero no sabemos de ninguna red de solidaridad especial entre ellos; del mismo modo que ahora te hace gracia encontrarte, por ejemplo en el trabajo, con alguien que comparte apellido contigo, pero no por ello vas a dejarle tu coche.

Los que compartían el *cognomen*, que era el tercer nombre de los romanos, se consideraban además miembros de la misma *stirps*, de donde, obviamente, deviene *estirpe*. O sea, que todos los García, por ejemplo, eran entre sí gentiles, es decir, familiares más o menos lejanos. Los que también fueran García Pardo, por ejemplo, eran, además de gentiles, de la misma *estirpe*, como si dijéramos de la misma rama.

Ovidio, sobre estos lazos familiares extensos y sobre cómo nos enorgullecemos a veces de lo que nuestros abuelos hicieron, dijo en el siglo I: «Los hechos de la raza y de los antepasados, y lo que no hicimos nosotros mismos, nos lo atribuimos como nuestro». Del mismo modo que cuando suspendemos un examen decimos que «nos han cateado», pero cuando España gana el Mundial, resulta que «hemos ganado». Seguimos siendo

iguales.

La familia, tal y como la entendemos nosotros, la formaban sobre todo los cognati (como veremos, del singular de esa palabra y traído por los pelos viene nuestro «cuñado»), que eran originalmente los parientes de sangre familiares de la madre, junto con los agnati, los familiares por parte de padre (y que, por tanto, tenían el mismo apellido). Por debajo del cuarto grado de parentesco, se tenía el llamado *ius osculi*, o derecho a beso (al saludarse), y se consideraba incesto un matrimonio si era entre cognati o agnati por debajo de ese grado. Las personas relacionadas solo por matrimonio, como una esposa y los cognati de su marido (o viceversa), se llamaban *adfines* (de donde se originan nuestras palabras: «afines», «afinidad», etc.) y eran «los postizos», como dice mi suegra, o, más propiamente, los parientes políticos. Las mascotas de la casa eran muy queridas, como ahora, pero, aunque «parecieran como de la familia», realmente no lo eran ni lo son, salvo en sentido cariñoso.

El lugar que cada uno ocupa en la familia era más importante o estaba mejor definido para los romanos antiguos —al menos en tiempos de la República— que para nosotros, como demuestra la cantidad de denominaciones de parentesco que tenían ellos y que hemos perdido, tal y como nos recuerda Harold W. Johnston en su obra maestra de 1903 *La vida en la antigua Roma*. Teníamos entonces nombres para denominar, por ejemplo, el parentesco entre dos hermanas casadas con dos hermanos (*ianitricēs*), o sea, que la película musical de 1957 *Siete novias para siete hermanos*, que por cierto está basada en una leyenda romana (el rapto de las sabinas), si la hubieran hecho en la antigua Roma se habría llamado *Las siete ianitricēs* (y ese título, como que suena a otro estilo filmográfico más picaresco y sicalíptico). Tío materno se decía *avunculus*; *patruus* era tío paterno; *matertera*, tía materna; *amita*, tía paterna; *patruelis*, primo hermano paterno; *atavus*, abuelo del abuelo del abuelo del abuelo, o *tritavus*, abuelo del abuelo del abuelo, o lo que es lo mismo, abuelo de nuestro tatarabuelo. Para definir estas familiares y romanas palabras, nosotros, si acaso, usamos frases.

Según dice el Instituto de Política Familiar, en su informe *Evolución de la familia en Europa*, publicado en 2006:

La familia es considerada hoy como el primer núcleo de solidaridad dentro de la sociedad, siendo mucho más que una unidad jurídica, social y económica. La familia

es, ante todo, una comunidad de amor y de solidaridad.

Evidentemente la reciente crisis se ha podido capear por los lazos de solidaridad familiares y también porque es verdad lo que dijo Antoine de Saint-Exupéry (1900-1944): «Amar no es mirarse el uno al otro, es mirar juntos en la misma dirección».

Las familias del siglo XXI miran juntas en la misma dirección, normalmente hacia donde está la tele, y a veces ni eso. De todas formas, a lo mejor lo que da sentido a una familia, en la antigua Roma y hoy, es la confianza. Como dijo Julio Enrique Marx, también conocido como Groucho: «Bob, ya sabes que en ti yo solo tengo confianza... y muy poca».

O como le dice Nicholas Cage a John Cusack en la película *Con Air* de 1997: «Solo hay dos personas en este mundo en quien confío. Una soy yo y la otra no eres tú».

También sobre la confianza, en muchos bares más bien tradicionales podemos ver el clásico azulejo con la frase: «Hoy no se fía, mañana sí», que está inventada por el primer director que tuvieron las bibliotecas públicas de Roma, el caballero Marco Terencio Varrón (116-27 a.C.). En algunos sitios de Norteamérica tienen, en vez de ese azulejo, un cartelito que pone: *In God we trust; All the rest must pay cash*. Que quiere decir: «En Dios confiamos, el resto debe pagar en efectivo». *In God we Trust* es el lema nacional de los Estados Unidos, y aparece en casi todos sus billetes.

Hay quien dice que la confianza nace de la rutina, pero también hay que tener cuidado con la rutina, que puede, evidentemente, acabar con una pareja/familia. Como dice el chiste anónimo:

—Cariño, quiero que todo vuelva a ser como antes.

—¿Cómo cuando nos conocimos?

—No, antes.

En esto de la pareja como unidad de familia mínima, se suele decir que el amor es la máxima ley; Paul David Hewson, más conocido como Bono, que aunque muy celta e irlandés es también romano, como su propio nombre artístico indica —bono es una palabra romana que en latín significa «bueno»—, lo decía con su grupo U2 en la canción de 1992, *One*:

Tú dices que

El amor es un templo

Tú dices que
El amor es la máxima ley.

Que se parece bastante a lo que escribió Boecio (480-525), el filósofo conocido como «el último romano y el primer escolástico», quien en su época dijo: «¿Quién le dará una ley a los que aman? El amor en sí mismo es la máxima ley».

Aunque ya antes san Pablo, en su carta precisamente a los romanos, es decir, a nosotros (Rom. 13:8), manifestaba: «No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo ha cumplido la ley».

Y después, en la misma carta (13:10): «El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor».

Además de a los miembros consanguíneos o políticos como los cuñados (que en latín aparentemente vendría de cognatus, que quiere decir nacido conjuntamente o, como hemos visto, pariente consanguíneo, así que el cuñado es realmente un adfin muy pesado), se consideraba parte de la familia a la servidumbre, de siervum, esclavo, y a las mascotas, que solían ser perros o gatos. Parece ser que Calpurnia, la tercera esposa de Julio César, era especialmente aficionada a los felinos, incluso a lo mejor su gato se llamaba Félix, como el antiguo dibujo animado Félix el gato, de 1919; felix es una palabra latina que significa «feliz» y que como nombre de gato puede ser un juego de palabras entre felix y feles, termino este último que significa «felino». La palabra española «gato» incluso podría provenir del latín cautus (astuto), algo que para los especialistas no está tan claro, aunque el cat inglés se le parezca bastante.

Perro en latín se dice can y parece ser que Fido (digno de confianza) era un nombre común y habitual para un perro. Las islas Canarias no se llaman así por los pajaritos cantores, sino porque se creía que en ellas vivían muchos perros (canis). Según la Wikipedia, el historiador José Juan Jiménez, del Museo de la Naturaleza y el Hombre de Tenerife, sostiene que: «Canarias debe su nombre a los cannis marinus, (literalmente perros marinos), una especie de foca monje de gran tamaño que pobló las costas del archipiélago hasta el siglo xv». Woody Allen, con respecto a esto de las mascotas de la familia, dijo esta tontería, allá por el siglo xx: «De pequeño siempre quise tener un perro, pero mis padres eran pobres y solo pudieron comprarme una hormiga».

Nuestro paisano Columela, autor gaditano-romano que vivió entre los años 4 al 70 del siglo I de nuestra era, famoso por ser el más importante escritor agrónomo de su siglo como poco, nos aconseja en uno de los libros que escribió sobre el campo y que afortunadamente se ha conservado a través del tiempo, qué tipo de nombres poner a los perros. Recomendación que sigue siendo práctica y muy usada todavía:

Los perros deben ser llamados con nombres que no sean muy largos, para que obedezcan cuando son llamados, pero no deben tener nombres más cortos que los que se pronuncian en dos sílabas.

Es decir, un nombre ideal para un perro, según nuestro compatriota, es aquel de dos sílabas, como Pluto (además de ser el del perro de Mickey, Pluto es la denominación del planeta Plutón en latín), Goofy, Milú, Pongo (el de 101 dálmatas), Niebla (el de Heidi), Golfo (La dama y el vagabundo), Lassie, Laika, Snoopy, Patán (el perro de Pierre Nodoyuna que se reía entre dientes) etc., etc., etc. Es decir, que seguimos cumpliendo, lo sepamos o no, las recomendaciones que para darle nombre al perrito real o de dibujos animados hizo el paisano Columela hace casi dos mil años.

Esto en cuanto a los nombres perrunos, pero los nombres de los antiguos romanos, vamos, los de las personas, se parecen también algo a los nuestros y, normalmente (desde luego durante el Imperio), solían ser siempre tres:

- El praenomen, que sería el nombre propio.
- El nomen, que sería el apellido o el nombre de la gens/familia.
- El cognomen, que definiría la estirpe/familia y que podía deberse al mote o sobrenombre de un antepasado.

Extrañamente, los romanos tenían poquísimos nombres propios. Nunca hubo más de treinta de varón, y 100 años antes de Cristo parece que solo persistían entre los romanos de pura cepa unos 18, de los que además, y como sucede todavía, algunas familias tenían y usaban solo sus favoritos, por lo que resulta difícil distinguir padres de abuelos generación tras generación. Así, los Julios varones solo se llamaban Cayo, Lucio o Sexto generación tras generación. Julio César, el importante, se llamaba, por ejemplo, Cayo Julio César, igual que su padre, y en la familia de Cicerón, su padre, su abuelo, su bisabuelo y su tatarabuelo se llamaban exactamente igual: Marco Tulio

Cicerón. Esta equivalencia de nombres suele volver locos a los historiadores, que para identificar a algún romano concreto necesitan no solo el nombre escrito en un documento, sino un contexto, para saber de quién demonios se habla. Por cierto, que en la familia Antonia, se prohibió a partir del principado de Augusto el nombre de pila Marco, para que nadie más se llamara Marco Antonio, que había sido enemigo de Augusto.

Del mismo modo, durante la Primera Guerra Mundial, la familia real inglesa era prima de la del káiser alemán Guillermo II y, puesto que sus países estaban en guerra, cambiaron su apellido Sachsen-Coburg und Gotha por el que tienen ahora y que queda como muy inglés: Windsor. La reina Victoria de Inglaterra, de hecho, fue la última monarca de la casa real de Hannover, su familia. Era nieta de Jorge III de Inglaterra, quien a su vez ejercía de príncipe elector de Hannover, príncipe de Verden, duque de Brunswick-Lüneburg y duque de Bremen, vamos, inglés, inglés, como el bratwurst. Cuentan que durante la guerra, el káiser, enterado del cambio de apellido de sus primos, comentó irónico tras acudir a una representación de teatro de la obra de Shakespeare *Las alegres comadres de Windsor*: «Venimos de ver *Las alegres comadres de Sachsen-Coburg und Gotha* y nos ha gustado mucho».

Sobre esto del cambio de apellidos, y criticándolo más en serio, Andrés Calamaro, en su canción *Enola Gay* del año 2000 decía:

Judíos que se cambian el apellido,
Algo huele a podrido,
Debería estar prohibido.

Darle nombre al niño —nosotros diríamos «cristianar»— era una fiesta que tenía lugar el noveno día tras el nacimiento del muchacho, jornada especial que se llamaba *dies lustricus* en la que el padre le otorgaba nombre propio y oficial a su hijo, elegido de entre los que se usaban en la familia, tras purificarle (*lustrarle*), sostenerle en brazos y realizar un sacrificio. A continuación se le imponía una medalla (*bull*) destinada a la protección del infante ante el mal de ojo y la envidia. La ceremonia terminaba con un convite a *tutiplén* al que asistían la familia y amigos y en el que se entregaban muchos regalos de baratijas y sonajeros para el recién nacido. (Si la descripción del *dies lustricus* te recuerda a la del bautismo, espera a ver el tema del matrimonio). A las niñas se les ponía nombre al octavo día, con las mismas ceremonias. Lo de que fuera un día antes para las niñas que para los

niños lo explica el ensayista Plutarco: «Es un hecho que la hembra crece y obtiene madurez y perfección antes que el varón».

Y tal vez por ello, aunque no tenemos ni idea, su día especial tenía lugar uno antes. Por otra parte, el nomen o apellido, parece que común para ambos sexos, no era elegido, sino que era el del padre, como entre nosotros, salvo que ahora en algunos países en el momento de registrar a un recién nacido podemos elegir el orden de los apellidos según nos parezca a la madre y el padre. A veces por motivos de cacofonía merecería la pena ese cambio, aunque algunos no se escapan ni así. Recuerdo haber conocido hace años a un chaval que se apellidaba el pobre «Porrero Bastante» y, que no, que cambiando el orden de sus apellidos, el tema no mejora tampoco. El cognomen también se heredaba del padre y originalmente era indicación de linaje antiguo y de pertenencia a una subdivisión de la familia (estirpe) acaecida hacía bastante tiempo. La fama o la gloria podían dotar al ciudadano de un cognomen, si no lo tenía aún, o incluso de un cuarto nombre honorífico, como en el caso de Publio Cornelio Escipión Africano, llamado así por haber derrotado a Aníbal en Cartago, que estaba en la actual Túnez, en África. Sobre Cartago y las guerras, el romano de Francia nacido en Argel, Albert Camús (1913-1960), dijo:

El gran Cartago lideró tres guerras: después de la primera seguía teniendo poder; después de la segunda seguía siendo habitable; después de la tercera ya no se encuentra en el mapa.

En lo que respecta a los nombres de las mujeres, la investigación histórica, como muchas veces pasa, está muy atrasada. Lo normal sería que su nombre de pila viniera dado por la feminización de su apellido, como en el caso de Julia, la hija de Cayo Julio César, o de Tulia, la hija de Marco Tulio Cicerón, pero aparte de que su dies lustralis se celebraba al octavo día desde su nacimiento, que se añadía a menudo un ordinal a su nombre, como Tertia o Minor, para distinguirla de sus hermanas o un diminutivo para la más pequeña —Julia Tertia, Julia Prima, Julilla—, y que la medalla que recibía ese día la conservaban hasta casarse, mientras que el varón lo hacía solo hasta su mayoría de edad, nada está muy claro. Por cierto, cuentan que Servilia, la amante de Julio César, tuvo tres hijas y que la tercera era de Julio, no de su marido. Las tres se llamaban Junia, ya que ese era el apellido del marido, Décimo Junio Silano. Para distinguirlas las llamaban Junia Prima, Junia

Secunda y, a la supuesta hija de Julio César, Junia Tertia.

Unos años más tarde, durante la guerra civil entre César y Pompeyo, muchas propiedades de los enemigos de Julio fueron subastadas, y parece que Servilia, que hacía mucho tiempo que era ya solo la ex de César, se benefició bastante de las subastas, obteniendo fincas interesantes con pujas pequeñas. Cicerón (106-43 a.C.), el gran político y abogado, quien nunca perdía la oportunidad de decir una frase ingeniosa, parece que comentó al respecto: «Para que lo sepáis, la compra ha resultado más ventajosa para Servilia, pues Julio le ha deducido “una tercia” del total». Evidentemente, haciendo referencia al nombre Tertia —tercia— de la supuesta hija de César.

El amorío entre Julio y Servilia se había llevado por parte de ambos con mucha discreción, hasta el punto de que sus hijos respectivos, Julia y Bruto (uno de los asesinos años más tarde de César), habían estado prometidos mientras sus padres eran amantes, sin que nadie sospechara. El escándalo saltó durante las sesiones del Senado en el año 63 a.C. cuando se discutía el intento de revolución que se conoce como la Conspiración de Catilina, en la que este, un noble un poco colgado y con deudas a cascaporriño, pretendía matar a los cónsules del año (uno era Cicerón), condonar todas las deudas y hacerse con el poder como dictador. Al final, gracias entre otros a Cicerón, todo quedó en nada: los conspiradores fueron descubiertos y ajusticiados.

En pleno debate senatorial sobre quién estaba implicado, un mensajero le llevó una carta a César. Era de Servilia, pero nadie lo sabía. Entonces Catón, que estaba en medio de uno de sus discursos y que era enemigo declarado de Julio y bastante plasta, le acusó de haber recibido un mensaje de los sublevados, de los que, según el histórico, y por cierto, medio hermano de Servilia, nuestro Julio sería cómplice. César respondió que la carta no era nada, que no era importante, pero Catón, gritando le dijo algo así como: «Pues si no es importante, léela en alto, para que todos (entre esos todos estaba el marido de la señora) podamos escuchar lo que dice». César insistió en que no era importante, pero al rato, harto de escuchar al pesado de Catón, hizo una bolita con la carta y se la tiró. Parece que en la misiva, Servilia, entre ciertas lisonjas, le emplazaba para solazarse juntos más tarde, ya que la sesión estaba alargándose, pero no sabemos qué ponía exactamente. Catón leyó la nota, se puso más histérico todavía y le devolvió la pelota tirándosela mientras le gritaba: «¡Toma, degenerado!».

El caso es que la bola de papel no llegó al sitio donde estaba César, sino que la recogió otro senador, quien la leyó, se partió de risa y se la pasó a su compañero, hasta que casi todos los senadores (menos el marido de Servilia, obviamente) se liaron a carcajadas. Finalmente Cicerón, quien presidía la sesión y se moría de ganas de leer la dichosa notita, llamó al orden a tan serio y sesudo cuerpo legislativo romano.

Esta anécdota, que nos llega a través de Plutarco en sus *Vidas paralelas* (Catón-24), no cuenta las consecuencias, el obvio escándalo que siguió al tema y que motivó que la gente de Roma tuviera algo más jugoso para hablar en la pelu que la aburrida sublevación de Catilina.

Servilia, que por supuesto era patricia, aristócrata perteneciente a las familias más antiguas de Roma, se llamaba así porque su padre había sido Quinto Servilio Cepión. Su madre, divorciada de este, se casó en segundas nupcias con Marco Porcio Catón, y eran los padres del Marco Porcio Catón enemigo de César.

Parece que las mujeres, al menos las patricias que se casaban por el rito antiguo, perdían su apellido, por pasar a depender legalmente de su marido, como en los países sajones todavía sucede. Por el contrario, en los matrimonios comunes de la época que tratamos y posteriores, la esposa mantiene aunque se case su nombre y apellido de soltera, como sucede en España desde y gracias a Isabel I la Católica, quien ordenó que las mujeres de los reinos hispanos mantuvieran su apellido siempre, casadas, viudas o como fuera.

Esto de que a la familia no se la escoge parece que era problemático allá por el siglo I a.C., cuando Publilio Siro (85-43 a.C. aprox.), escritor y poeta, dijo aquello de: «Ama a tus padres, si son justos y honestos; en caso contrario, sopórtalos».

Porque la cosa es que no tenemos más remedio que aguantar a la familia en la que nacemos. Nos guste o no. Peor suele ser la familia de la pareja que escogemos, dicen.

Aunque existía el censo desde el siglo VI a.C., no fue sino hasta la época de Marco Aurelio (emperador desde el 161 hasta el 180) cuando se instituyó un Registro Civil donde era obligatorio apuntar en el plazo de treinta días desde el nacimiento, la filiación, es decir, el nombre del recién nacido, nombres de los padres, etc. En España, por ejemplo, no volvió a haber Registro Civil

hasta mil setecientos y pico años más tarde, definitivamente allá por el año 1871. Por la misma época, entre 1870 y 1920, se instauraron los registros civiles de las naciones latinoamericanas. Registros civiles que siguen todos vigentes.

Obviamente, en la antigua Roma los hijos registrados tienen los mismos derechos que sus padres. De hecho, el matrimonio es la «fábrica» de ciudadanos de pleno derecho. Hoy todos los nacidos en suelo español, por ejemplo, tienen, se supone, los mismos derechos y deberes, hayan nacido en Madrid, Andalucía o Cataluña, independientemente de que sean hijos de un matrimonio, de una mujer soltera o adoptados. Del mismo modo, cualquier nieto de italiano puede pedir la ciudadanía italiana aunque haya nacido en Argentina, etc. En tiempos de Caracalla, por el edicto del año 212, pasamos todos los habitantes libres del Imperio a ser ciudadanos romanos, independientemente de dónde y con qué derechos hubiera nacido nuestra familia, con lo que el matrimonio entre libres dejó de ser imperativo para mantener el estatus (*status*) de los hijos, y se desvirtuó de alguna manera su necesidad para cohesionar la sociedad. Pero del matrimonio, ya hablaremos. Cicerón, en su libro *De Officiis* (1.54), en el siglo I a.C., definía la importancia de la familia en la sociedad partiendo de que en su época, desde luego, su base era el matrimonio:

Como por la naturaleza es común entre los animales el deseo de procrear, la primera sociedad está en el propio matrimonio, la siguiente en los hijos. En consecuencia: una casa única con todas las cosas en común. Este es el principio de la ciudad y casi el semillero de la República.

En nuestra sociedad, es la voluntad de cada persona la que organiza libremente, según la decisión de cada uno, su matrimonio o no y la forma y composición de la familia, pues no hay un modelo fijo de institución familiar. De hecho, y volviendo a lo que decía Cicerón, él ponía el matrimonio como consecuencia del deseo de procreación; hoy, obviamente, el sexo no tiene necesariamente nada que ver con el matrimonio (y a veces menos aún) y la procreación tampoco. Incluso le hemos dado la vuelta a la tortilla y ahora usamos métodos de reproducción asistida, tanto dentro como fuera del matrimonio. También nuestros métodos anticonceptivos, más eficaces que nunca en la historia, nos otorgan el poder de decidir sobre el aumento o no de la familia, sea esta mono o biparental, salvo en lo que respecta a parientes

lejanos y primos políticos, que cuanto mejor te vaya en la vida, más te aparecerán.

Dentro de las funciones que ha ido adquiriendo con el tiempo el Estado con respecto a la familia, tal vez la más importante sea la de la educación. En la antigua Roma, se educaba a los niños y niñas, si se podía, en casa, y por parte del propio padre. Aunque hay padres y madres. Por ejemplo, Homero Simpson, no es una buena muestra de padre educador cuando dice: «Niños, lo intentasteis con todas vuestras fuerzas y fracasasteis miserablemente. ¿Qué habéis aprendido?: Nunca os esforcéis».

Claro que en una ocasión en la que creía que decía a un amigo sus últimas palabras, estas fueron: «Educa a mis hijos... si eres valiente y te atreves».

Con lo cual parece que recomienda lo que era más común en la Roma antigua, educar a los hijos, si la familia podía permitírselo, contratando o «comprando» un pedagogo (pedagogus). Normalmente los pedagogos solían ser griegos de cultura amplia y suficiente que se habían preparado estudiando mucho desde jovencitos para un día ir a Roma o a una ciudad romana y venderse a sí mismos como esclavos. Un pedagogo era un miembro privilegiado del servicio familiar, que contaba con un capital —el que le había generado su propia venta— y que, además de cobrar un sueldo, como todos los esclavos familiares, normalmente era manumitido cuando ya no había niños en la casa, adquiriendo entonces la condición de liberto y ciudadano romano. Por cierto, que «párvulo» en latín se dice parvulus y significa pequeño, así que en la canción Piensa en mí, de 1935, de Agustín Lara, inmortalizada en la peli de 1991 Tacones lejanos del manchego Pedro Almodóvar y cantada por Luz Casal, lo que se quiere decir en una de las estrofas es que la protagonista de la copla tiene la boquita pequeña, de piñón, vaya:

Ya ves que venero
Tu imagen divina,
Tu párvula boca
Que siendo tan niña,
Me enseñó a pecar.

Los y las niñas romanas estudiaban juntos bien con el pedagogo, con algún familiar o en las escuelas, que no eran edificios permanentes sino instalaciones temporales en la calle, en un buen rincón sombreado, donde el

maestro recibía una cantidad económica semanal por cada estudiante. Los niños acudían ya en aquellos años con su tablet (tabella) a las clases, solo que era de pantalla de cera, y en ella se podía escribir y borrar con una especie de lápiz puntiagudo llamado stylus, de cuyo nombre vienen las «estilográficas». Sobre estas tabletas y su uso ya hablaremos más en el capítulo que describe las casas de los antiguos romanos. Lo importante para lo que nos ocupa ahora es que servían para hacer los deberes, aprender a sumar y a escribir, hacer dictados, etc.

El maestro se sentaba en una silla con respaldo y los alumnos en el suelo o en bancos. Las escuelas ya eran ruidosas por aquellos días, sobre todo porque los maestros solían tener un chorro de voz para ser entendidos por los niños, gritos que no gustaban a todo el mundo, como le ocurría a nuestro paisano de Bilbilis (Calatayud-Zaragoza) Marco Valerio Marcial, escritor y humorista romano nacido en el 40 y fallecido en el 104 de nuestra era, quien se quejaba:

¿Qué tienes tú conmigo, criminal maestro de escuela, persona odiosa para niños y niñas? Todavía los gallos crestados no han roto el silencio y ya estás tronando con tu espantoso sonsonete y tus palmetas.

La palmeta era, como todavía recoge el diccionario de la Real Academia de la Lengua, un instrumento maldito que empleaban los maestros para golpear a los alumnos que no prestaban atención. Se entiende más en la acepción «palmetazo» como golpe dado con una de estas.



Relieve que representa a un maestro romano con tres discípulos, realizado entre los años 180 y 185. Museo Puskhin, Moscú.

El educador romano nacido en Calahorra, La Rioja, Quintiliano (35-100, aprox.), de quien, como es español, en España no sabemos nada, reconoció la importancia de comenzar la educación lo más pronto posible (pero no se refería a la hora, sino a la edad de los alumnos) porque: «La memoria no solo existe ya en los niños pequeños, sino que es especialmente retentiva a esas edades».

Quintiliano es el profesor romano por excelencia. Entre sus alumnos encontramos figuras tan importantes como Juvenal el autor de Sátiras, o el escritor y científico Plinio el Joven (61-112). Su influencia fue importante todavía trescientos años después de su tiempo y es visible en san Agustín (354-430), padre y doctor de la Iglesia, y en san Jerónimo (342-420), también padre y doctor de la Iglesia, recopilador y traductor de la Biblia al latín, la famosa Vulgata, que fue la Biblia oficial de la Iglesia católica hasta el año 1979. Las teorías sobre educación de san Jerónimo están claramente basadas en las de nuestro Quintiliano.

El poeta Petrarca (1304-1374) le dirigió a Quintiliano una de sus Cartas a los más ilustres varones de la antigüedad, en la que le dice que para muchos ha sido «la inspiración de una nueva filosofía humanista de la educación».

Tras el paréntesis medieval, el humanista Poggio Bracciolini encontró en 1416 un manuscrito enterrado en un monasterio que contenía la obra de Quintiliano, cuyo descubrimiento celebró Leonardo Bruni (1370-1444), considerado el primer historiador de la era moderna, diciendo (en una carta a su amigo Poggio):

Después de liberarlo de los calabozos de los bárbaros, lo transmitirás a Italia y todos los países darán la bienvenida a Quintiliano, un autor del que no dudo en afirmar que sus trabajos son un objeto del deseo para los instruidos, quizás solo comparables con la disertación *De Republica*, de Cicerón.

Martín Lutero (1483-1546), el reformador y fundador de la Iglesia luterana, dijo de Quintiliano que lo prefería a casi todos los autores antiguos, en el sentido de que «educa y a la vez demuestra la elocuencia». Nuestro romano de Calahorra también influyó decididamente en los trabajos del gran humanista Erasmo de Rotterdam (1466-1536), quien es el mismo Erasmo que

da nombre al proyecto educativo europeo, casualmente llamado en latín Erasmus.

Tomás de Quincey, el famoso ensayista inglés (1785-1859), comparó la elocuencia de nuestro Quintiliano con la de Aristóteles. El intelectual inglés tal vez más influyente del siglo XIX, John Stuart Mill (1806-1873), dijo de la obra de Quintiliano que era «Una especie de enciclopedia sobre lo que pensaban los antiguos en los campos de la cultura y la educación».

Los trabajos y disquisiciones de Quintiliano sobre los «tropos» y demás figuras retóricas son los cimientos de las obras contemporáneas sobre el lenguaje figurativo, también para las teorías formalista y posestructuralista. Los trabajos del filósofo Jacques Derrida (1930-2004) sobre los fallos del lenguaje para transmitir la verdad de los objetos que representa, no serían posibles sin las teorías elaboradas por nuestro calagurritano compatriota dos mil años ha. Jacques Derrida es el inventor del análisis semiótico llamado deconstrucción, que antes de ser una forma de cocina moderna y superguay, era pieza fundamental para la fenomenología de la llamada filosofía posestructuralista y posmoderna.

Todas estas líneas eran solo para que nos hagamos una idea de la importancia de nuestro compatriota, que, como otros hispanos que iremos conociendo, ha sido ocultado de nuestra vista y nuestro conocimiento, no sé con qué objeto ni interés espurio. Este Quintiliano, cuya única estatua en España no se erigió hasta 1970, y además por suscripción popular, tal vez haya sido el pensador más influyente en la educación y en el lenguaje del mundo de toda nuestra historia. Espero que algún día seamos lo bastante romanos como para reivindicarlo con la cabeza muy alta.

La educación romana era un sistema que de manera similar al nuestro organizaba las escuelas por niveles. La educación básica o principal, era impartida por un maestro llamado casualmente magister. La progresión dependía más de la habilidad de cada estudiante que de su edad. La escuela era rígida y poco dada al desarrollo del ingenium (inteligencia) del alumno, sino más dedicada a transmitir de memoria los conocimientos básicos, como me temo sigue ocurriendo todavía. Ya en el siglo I Quintiliano recomendaba:



Quintilien né en Espagne il florissoit
sous de Domitien l'an 81 de
notre salut.

Je suis Quintilien, dont les doctes écrits
Enseignent à toucher les cœurs et les esprits.
Sçavant maître en l'art de bien dire,
J'en prescrivois les justes loix,
Et par moy l'orateur obtint un double empire
Sur les peuples et sur les Rois.

à Paris chez Daumont rue St Martin.

Marco Fabio Quintiliano en un grabado del siglo XVIII realizado por Daumont en París. Biblioteca

Nacional, Madrid.

Merece la pena advertirle al profesor que la severidad en la corrección de las faltas puede hacer perder interés a la mente del niño en esforzarse.

Que es parecido a lo que decían Pink Floyd en su famosísima canción *Another brick in the wall*, p. II del álbum *The Wall* de 1979:

No necesitamos que nos eduquen
No necesitamos que controlen nuestros pensamientos
No al sarcasmo oscuro en el aula
Profesor, deja en paz a los niños.

El autor teatral Terencio (195-159 a.C. aprox.) ya había dicho en el siglo II antes de Cristo que: «Los niños deben ser guiados por el buen camino, no por severidad, sino por la persuasión».

Porque lo de «la letra con sangre entra», que ya viene escrito en el Quijote (II, 36), es una estupidez. En el mismo álbum de Pink Floyd, la canción anterior habla también de la época escolar. Su título irónico es *Los años más felices de nuestras vidas* y nos recuerda lo difícil que es la escuela para los que son, aunque solo lo sean ligeramente, diferentes:

Cuando crecimos y fuimos a la escuela,
Había ciertos profesores que,
Hacían daño a los niños de todas las formas posibles,
Haciendo llover sus burlas
Sobre cualquier cosa que hiciésemos
Exponiendo toda debilidad
Por cuidadosamente escondida que estuviera.

Y es que lo que ahora llamamos *bulling* siempre ha jugado con nosotros en el recreo. Y profesores que pegaban había en la antigua Roma, también muchos en mi generación y, por supuesto y muchos más, en la anterior. De la antigua Roma incluso conocemos para su eterna vergüenza el nombre de Lucio Orbilio, que fue maestro de Horacio (65-8 a.C.) cuando este era un chavalín y al que el poeta acusa de ser tan mal profesor como el de la canción de Pink Floyd y, además, demasiado generoso con los pescozones. En la catedral de Benevento (Italia) hay una escultura que, de acuerdo a esta descripción, lo representa en el acto de golpear a alguien, porque los brutos de nuestros congéneres medievales consideraban eso de «disciplinar» al

alumno un buen sistema educativo, obviamente.

Espero que el futuro le dé la razón algún día a Publilio Siro, quien en el siglo I a.C., y con respecto al sistema educativo, parece que ya dijo aquello de: «Nacimos príncipes y la escuela nos convirtió en sapos».

Porque eso del sapo al que se le da un beso y se transforma en príncipe azul podría haber sido un relato que ya contaban nuestras abuelas romanas, dos mil años antes de Disney, según parece confirmar la frase de Trimalción, el prota del Satiricón de Petronio (14-66 aprox.), cuando dice en el libro: «El hombre que una vez fue un sapo, ahora es un rey».

Lo que sí es seguro, entonces y ahora, es que el sistema educativo lo que busca es la uniformidad. No solo en que vistamos igual, que también, sino en que seamos todos tan mediocres como lo permita el nivel medio de cada clase. Ser diferente, como saben todos los que lo son o han sido, tiene un coste emocional muy alto a través de los años de la infancia y, a veces, la escuela, efectivamente, nos convierte en otro sapo más, o si no por lo menos en carne picada, toda idéntica, como les pasaba a los niños de la escuela en la versión cinematográfica de The Wall de Pink Floyd.

El poeta mexicano nacido en 1976 Andrés Castuera-Micher tiene muchos versos impresionantes y magníficos, entre ellos hay unos que a mí me recuerdan cómo debería ser la educación ideal:

Te estoy tejiendo un par de alas.
Cuando termine sé que te irás,
pero es que no soporto verte sin volar.

O como canta la norteamericana Nichole Nordeman (nacida en 1972) en su canción Slow down, de 2016:

Yo te señalé el cielo y ahora quieres volar,
Soy tu fan número uno,
Espero que sepas que lo soy,
Pero ¿no crees que de algún modo, podrías
Ir un poco más despacio,
Antes de querer marcharte?

En Roma, el recreo de las escuelas era en la misma calle y cada día de mercado no había clase, por lo que era una especie de pequeño fin de semana. Luego, como vimos, se instauró la semana de siete días y el descanso dominical obligatorio. También había vacaciones e incluso algo parecido al

día de la primavera, ya que según Horacio nos cuenta en sus epístolas: «Deberías aprovechar el disfrute de las breves dulces horas, como un estudiante hará en las vacaciones de Minerva».

Las vacaciones de Minerva, o su festival, que se celebraba cada año, del 19 al 23 de marzo, eran ese equivalente antiguo al día de la primavera. Calamaro en La parte de adelante, de 1999, canta todavía:

Qué más quisiera que pasar la vida entera
Como estudiante el día de la primavera.

O sea, que los estudiantes romanos seguimos celebrando las vacaciones de Minerva, aunque ya no nos acordemos. Calamaro nació en Buenos Aires y todos sabemos que es romano, uno de nosotros.

Normalmente, la educación básica romana se centraba en lo necesario para la vida diaria, comenzando por aprender a leer y escribir. Para ser admitido como legionario, por ejemplo, estos eran conocimientos fundamentales en la época clásica. Se empezaba, como todavía hacemos, por las letras, las sílabas, listas de palabras, dictados... No había exámenes como tales, sino que los deberes y ejercicios se corregían en clase, delante de los compañeros, para que sirvieran de ejemplo los fallos que pudieran haberse cometido. La aritmética básica también se enseñaba en esta especie de «primaria» que, como dijimos y como comentaremos más en el capítulo sobre la mujer, era una educación mixta para niños de ambos sexos hasta los 12 años, aproximadamente.

A partir de esa edad, los chavales combinaban otros estudios más avanzados, en su caso, con las prácticas de gimnasia y ejercicios militares en el Campo de Marte, que era una zona deshabitada al norte y fuera de las murallas, llamada así porque en ella había un templo dedicado al dios de la guerra. Aunque en tiempos de la República todavía era, en efecto, un campo entre las antiguas murallas y un meandro del Tíber, poco a poco fueron construyéndose edificios en el solar, ya que estaba muy a mano.

Entre los monumentos que se fueron izando en el Campo de Marte, destaca el llamado Reloj de Augusto, que era el reloj de sol más grande de la Antigüedad, erigido con un obelisco traído desde Heliópolis (Egipto). Mide 30 metros de alto y todavía podemos contemplarlo en la plaza de Montecitorio, donde se ha reconstruido. La «esfera» del antiguo estaba representada en el suelo, realizada en mármol travertino con incrustaciones de bronce, y era tan

grande que se podía pasear por ella. Hace unos años se descubrió parte del meridiano, que es todavía visible en el suelo de Roma. En sus cercanías se hallaba la vía Flaminia y el más famoso Ara Pacis o Altar de la Paz, dedicado también por Augusto, y del que afortunadamente todavía podemos contemplar en la ciudad eterna su increíble estatuaria en alto, medio y bajo relieve, un conjunto que puede considerarse como una «foto» de familia de la Roma del final del siglo I a.C.



El Reloj de Augusto, en la plaza de Montecitorio, delante de la sede del Parlamento italiano. La meridiana actual se reconstruyó en 1998.

El reloj estaba construido de tal manera que cada 23 de septiembre, cumpleaños de Augusto, la sombra del obelisco se alineaba con la vía Flaminia y caía sobre el Ara Pacis. Eso es urbanismo paisajista y no lo que

reinventamos en el Barroco.

Volviendo al tema de los estudios, mientras los chicos hacían ejercicio y se preparaban para ser legionarios de Roma, derecho fundamental de un ciudadano, a las chicas cuyas familias podían permitírselo se les enseñaba modestia y virtudes romanas, griego o a tejer... Se sabe de mujeres nobles como Cornelia Metela, la quinta y última esposa de Pompeyo, que destacaba en Música, Geometría, Literatura y Filosofía. Esta educación «superior» podía responder al interés de las clases altas por disfrutar de la vida familiar a un nivel de igualdad entre hombres y mujeres, algo bastante necesario en una sociedad tan avanzada como la Roma republicana, en la que los esposos de clase alta compartían cenas, vida social, intereses políticos... Las chicas menos privilegiadas, al nivel en que cada familia podía costearla, tampoco dejaban su educación hasta casarse, aunque solo fuera porque los conocimientos de la mujer eran necesarios para gobernar la casa y porque la educación superior se consideraba un encanto más. Y más duradero.

También había «academias» específicas de otras especialidades, como podemos comprobar gracias de nuevo a Horacio, que en su Epístola a los pisonos (1.30) nos menciona una escuela de esgrima, atendida por un tal Emilio: «En la tienda más próxima en la que a esgrimir Emilio enseña...».

Para aprender un oficio, en cambio, no había academias, sino que se entraba de aprendiz con un maestro; por ejemplo, los que querían ser médicos iban con él todas partes, y a la vez que visitaba, enseñaba a sus alumnos, como veremos en el capítulo V, sobre salud y belleza en la antigua Roma de nuestros abuelos.

Llegó a haber maestros muy famosos, como nuestro Quintiliano o como Marco Verrio Flaco, quien fue contratado por el mismísimo Augusto para educar a sus nietos y que cobraba sumas desorbitadas por alumno, a pesar de que nunca tuvo escuela propia y normalmente compartía edificio o soportal, allí donde lo pudiera encontrar. Parece que en su época se comenzaron a financiar con capital público espacios adecuados, y al menos techados, donde pudieran instalarse cómodamente las escuelas a las que asistían nuestros abuelos.

Los estudios posteriores a los doce años, digamos el «grado medio», lo impartía una clase especial de maestro llamado grammaticus, quien refinaba los talentos de lectura y escritura de los chavales, les enseñaba a leer, escribir

y hablar en griego, y también les instruía en el análisis poético. Estos estudios medios terminaban alrededor de los 15 años y, a continuación, los alumnos más prometedores y que pudieran permitírsele pasaban a recibir con un rétor educación específica para aquellos que fueran a dedicarse a la política y a las leyes.

El rétor casualmente enseñaba Retórica, e instruía al discípulo para ser un buen orador, algo fundamental para triunfar en la vida, al menos durante la República. Además de Oratoria, los alumnos aprendían Geografía, Música, Literatura, Geometría, Mitología y Filosofía. Si al Campo de Marte los chicos iban a prepararse para ser legionarios, con el rétor se preparaban para ser generales. De manera habitual este nivel de estudios se realizaba solo mediante la contratación de un tutor personal, que también, normalmente, era griego. En algunos casos extremos, los estudiantes terminaban sus estudios en un viaje a algún lugar de Grecia o Turquía, donde acudían a escuchar a algún filósofo o a aprender Oratoria de algún maestro mundialmente famoso, como hizo Cicerón, quien estudió en Rodas con Apolonio Molón, que era un maestro de Oratoria que, como su apellido indica, parece que era considerado muy bueno, o muy molón, por aquel entonces. (Perdón, mal chiste).

En el siglo V, como pasó con todo lo que tuviera que ver con Roma en general, la educación entró en barrena, pero el escritor latino Marciano Capella (360-428) dejó definidas lo que él llamó «las siete artes liberales», concepto fundamental para la supervivencia de cualquier tipo de saber antiguo. Cristianizadas por otro escritor, Casiodoro (485-550), un siglo más tarde, estas siete artes pasaron a componer los conocimientos educativos conservados de Roma en el medievo. A partir de la escuela fundada en la corte de Carlomagno, en Aquisgrán, por Alcuino de York (735-804), las siete artes se dividieron en dos partes, a la primera se la llamó Trivium, o tres vías, y a la segunda Quadrivium. El Trivium agrupaba las disciplinas relacionadas con la elocuencia, y se componía de los conocimientos de y sobre Gramática, Dialéctica y Retórica. El Quadrivium agrupaba aquellas disciplinas matemáticas, como Aritmética, Geometría, Astronomía y Música. Por entonces se decía que las materias del Trivium servían para comprender la Biblia y al hombre y las del Quadrivium para entender el mundo y la naturaleza. Como los únicos que sabían leer y escribir en la Alta Edad Media

eran aquellos (y no todos) vinculados con el clero, estos conceptos sirvieron para organizar la Iglesia en su expansión por Oriente y Occidente. Al fin y al cabo, esta institución heredó lo poco que quedaba de la educación romana y clásica, muchas veces censurada por ella misma si la Biblia y lo conservado de Roma se contradecía.

La suma del Trivium y el Quadrivium —las siete artes liberales—, se denominaron así en el medievo porque podían ejercerse solo por los hombres libres, ya que los siervos debían dedicarse a trabajar, no con el intelecto, sino con las manos. Estas artes libres conformaron el currículo escolar de las escuelas monásticas y, siglos después, fueron las que se estudiaron para obtener el título de bachiller en las universidades. En el Renacimiento los humanistas renovaron el Trivium, al que se llamó Estudio de Humanidades, añadiendo a las disciplinas anteriores Lógica, Ética, Griego e Historia. A partir de la Ilustración empezó la división entre Humanidades (Trivium) y Ciencias (Quadrivium), que todavía no hemos resuelto, pero que viene desde hace demasiado tiempo añadiendo peso a las Ciencias y a la práctica, y restándolo a las Humanidades y al conocimiento.

Las «artes liberales» dieron lugar con el tiempo a lo que todavía llamamos «profesiones liberales», que según el Diccionario de la Real Academia «son aquellas actividades en las cuales predomina el ejercicio del intelecto (...) y para cuya práctica se requiere la habilitación a través de un título académico». Y podría añadir, en las que normalmente cotizas como un pringado en el régimen de autónomos y estás en la lista negra de los de Hacienda.

La continua y centenaria discriminación que han sufrido las humanidades en general creo que es, en parte, el origen de la palabra «trivial», casi sinónimo del Trivium y sus tres vías. Los de Ciencias siempre creen que, como lo suyo es lo práctico, es, por tanto, lo bueno, mientras que lo de Letras es solo cuestión de codos, no sirve para nada, no vas a encontrar trabajo... Así nos va. Nos enseñan a calcular, no a pensar. Y tampoco nos enseñan muy bien a pensar, así que..., mejor volvamos a nuestra infancia, bien educada en Roma, donde resulta que ya pasaba algo parecido.

Preguntado nuestro Marcial por un padre amigo suyo sobre qué educación era la mejor para su hijo recién nacido, nuestro vecino le contestó con este epigrama:

Te aconsejo que evites a todos los gramáticos y rétores, que no vea ni por el forro los libros de Cicerón ni de Virgilio, que deje a Tutilio con su fama. Como haga versos, deshereda al poeta. ¿Quiere aprender oficios de dinero? Procura que se haga citaredo o flautista de acompañamiento. Si el muchacho tiene visos de ser duro de mollera, hazlo pregonero o arquitecto.

Daba así a entender que lo mejor era educarlo para cualquier cosa menos para ser culto. Ya Marcial se había quejado irónicamente en otras ocasiones de que sus padres, en vez de enseñarle a él un oficio con el que ganar dinero, como el de zapatero remendón, le hubieran enseñado cuatro letras con las que morir de hambre escribiendo versos.

En lo que respecta a la educación de los niños, en nuestros días he leído muchos ensayos y artículos sobre el daño que hará en las futuras generaciones que todo el conocimiento del mundo esté a un solo clic de distancia. Google y la red hacen innecesario aprender de memoria muchos de los conocimientos que, para nosotros, son básicos o lo han sido durante nuestra etapa de aprendizaje. Además, nuestro sistema educativo, más del siglo XIX que del XXI, sigue primando el uso de la memoria, a pesar de que Cicerón, el más famoso abogado y orador de todos los tiempos, que también fue filósofo y político, dijo allá por el siglo I a.C.: «La memoria es la inteligencia de los tontos».

No obstante, y a pesar de que esa frase es cierta desde hace 2100 años, a nosotros en el colegio no nos enseñaron a pensar, sino a sabernos de memoria las cosas. Del mismo modo, en tiempos de Julio César (100-44 a.C.), tal vez el mejor general y político de la historia, contemporáneo de Cicerón, se opinaba que los estudiantes, fiados de que los conocimientos estaban escritos en los libros, descuidarían el memorizar esos asuntos. El mismo César nos lo dice en sus Comentarios a la Guerra de las Galias (Libro VI) cuando se refiere a las enseñanzas druídicas celtas:

No quieren que los estudiantes, fiados en los escritos, descuiden en el ejercicio de la memoria, lo que suele acontecer a muchos, que, teniendo a mano los libros, aflojan en el ejercicio de aprender y retener las cosas.

Así pues, a nuestros abuelos romanos les preocupaba que dejáramos de aprender, confiados de tener a mano los libros. Me pregunto qué pensarían sobre la encrucijada en que nos hallamos, en la que muchos pensadores e intelectuales opinan, como los antiguos romanos, que no aprenderemos ni

memorizaremos nada nuevo, si todo lo fiamos a Google. Hay otra tendencia que defiende que, liberado el espacio de nuestro «disco duro» de datos absurdos como fechas de batallas y eso, la humanidad dará un salto cualitativo importante en cuanto al poco uso y disfrute que hacemos de nuestro cerebro. Espero que así sea, pero tengo mis dudas, viendo que, en general, cada vez somos más zoquetes, familiarmente hablando.

Si buscamos en Google «familia», encontramos aproximadamente 5 670 000 000 resultados, lo cual quiere decir que en la red hay más de cinco mil millones de notas que hablan, bien o mal, de ella. Será que sigue vigente como ente primero y primordial de la sociedad. No sé si fue Teresa de Calcuta quien dijo que lo importante de una familia no es que estén juntos, sino unidos, pero aunque es una frase muy chula, no sirve de excusa para decírsela a tus suegros y no ir a comer el domingo con ellos. No cuela. Lo que sí sé seguro que dijo la madre Teresa es eso de: «¿Qué puedes hacer para promover la paz mundial? Vete a casa y ama a tu familia».

Ya en la antigua Roma, ser padre debía de ser muy complicado. Una frase de Ovidio lo resume perfectamente: «La preocupación no puede ser curada por ninguna ciencia». Y preocupación es lo que uno siente todas las noches desde que es padre. Lucano (39-65), poeta romano nacido en Corduba y sobrino de Lucio Anneo Séneca, dijo algo tan serio como: «Tengo mujer, tengo hijos: todos ellos rehenes entregados al destino».

En la película *El Padrino*, Michael Corleone, interpretado por Al Pacino, dijo una frase que todos los padres hemos pensado alguna vez: «Ardería en el infierno para asegurarme de que mis hijos están a salvo».

Cicerón, unos pocos siglos antes se preguntaba: «¿Qué regalo le ha dado la providencia al hombre que le sea más querido que sus hijos?».

Rezar tampoco parece la solución a los miedos que produce la paternidad. El poeta épico Virgilio (70-19 a.C.) dijo: «Deja de pensar que los decretos de los dioses pueden cambiarse rezando».

Así que más nos vale hacerle caso a Ovidio y tener siempre esperanza: «Mis esperanzas no siempre se cumplen, pero siempre las tengo». O mejor, como decía el teólogo y escritor Tertuliano (160-220): «Esperanza es tener paciencia, con la lámpara encendida».

Como cada noche cuando salen. Esperanza de que tus hijas no se encuentren con alguien que sea como eras tú cuando tenías su edad,

básicamente.

Claro que hay padres y padres. Los de Woody Allen no parecían preocuparse mucho por su hijo allá por el siglo XX: «Creo que yo no les gustaba a mis padres, pusieron un osito vivo en mi cuna»; en cambio, cuando mis hijas me preguntan la hora a la que pueden volver a casa, siempre imito a Groucho Marx cuando dijo: «Todavía no sé qué me vas a preguntar, pero me opongo».

Pero las chicas, las mías, siguen el viejo proverbio romano: *Deterior surdus eo nullus qui renuit audire*, es decir, no hay peor sordo que el que no quiere oír. Total, que pasan bastante de lo que les diga.

«Ya no se respetan las canas, se tiñen» —Woody Allen dixit—. En el fondo sé que, como dijo el asturiano Alejandro Casona (1903-1965), «No es más fuerte la razón porque se diga a gritos».

Y es que esto de la familia es muy complejo. No ya familias como la *Monster* o la *Addams*, sino cualquier familia normalita. André Maurois, el ensayista francés (1885-1967), dijo:

Un amigo te quiere por tu inteligencia, un amante por tu encanto, pero el amor de tu familia es irracional: naciste en ella y eres de su carne y sangre. Aun así, pueden hacerte enfadar más que ningún grupo de personas del mundo.

El grupo de hermanos argentinos Pimpinela (en latín *Pimpinella*), que parece ya cantaban por aquel entonces, decían en su canción *Familia*, de 2010:

Ya lo ves,
Hablan todos a la vez,
Y después,
Se pelean por un mes,
Pero cuando las cosas van mal,
A tu lado siempre están.

Y es que, como afirmó Michael Corleone: «Toda mi vida he luchado por proteger a mi familia».

Marco Aurelio (121-180), el emperador filósofo, unos años antes, dijo: «Acepta las cosas que el destino te da y ama a la gente con la que el destino te junte, pero hazlo con todo tu corazón».

Y es un buen consejo. ¿Por qué queremos y odiamos tanto a la familia? A lo mejor tiene razón Publilio Siro cuando sostiene: «No todas las preguntas

merecen una respuesta».

Para terminar este familiar capítulo, la mejor cita me parece que es la de Will Durant (1885-1981), historiador y filósofo norteamericano y romano, autor junto con su esposa de *Historia de la Civilización*, a quien cuando tenía 92 años de edad le pidieron que resumiera lo que había aprendido en una vida dedicada al estudio de la historia, y contestó: «Ámense unos a otros».

III

COSAS DE CASA

Las casas y los apartamentos,
muebles y electrodomésticos, la invención de los SMS.

Hogar es donde está tu corazón.
Plinio el Viejo, siglo I

Bienvenido a la República independiente de tu casa.
IKEA, siglo XXI

LA CASA, DEL LATÍN *DOMUS*, TAMBIÉN ES EL HOGAR de muchos recuerdos de lo romanos que somos. Para empezar por algún sitio, la misma palabra «doméstico» (*domesticus*) quiere decir directa y etimológicamente «de la casa», por eso, cuando «domesticamos» un animalillo, lo que conseguimos es, propiamente hablando, hacerlo de la casa. Aunque cuando sean cachorros insistan en hacerse pis por toda la ídem. En fin, si tenemos dinero (del latín *denarius*, moneda de plata equivalente a diez ases) o si queda algún banco que nos lo preste a cambio de veinte años de hipoteca (en latín, aunque viene del griego, *hypotheca*) sufrimiento y preocupación, podremos tener una casa. Un hogar, término que proviene del latín *focaris*, a su vez derivado de *focus*, fuego, ya que este es el sentido original de la palabra «hogar», por el fuego calentito de la chimenea.

El vocablo «palacio», por su parte, y en su sentido de designar la residencia del soberano, tiene su origen en la casa que tenía el emperador Augusto, y luego sus sucesores, en una de las siete colinas de Roma, la llamada desde el principio de los tiempos, y por lo tanto mucho antes de Augusto, Palatina (mons Palatinus), por lo que el barrio de viviendas existente en la colina se llamaba Palatino. Como la casa de Augusto estaba en el Palatino, a la residencia donde vivían los emperadores (aumentada de tamaño por cada César) se le llamó palatium «palacio» y, desde entonces, tanto el de Versalles como el de Invierno, como todos los del mundo reciben ese nombre. De igual manera, el uso de la palabra «capital» para designar la

de un Estado tiene su origen en el nombre de la colina Capitolina, en cuya cumbre estaba el templo de Júpiter Óptimo Máximo, también llamado Júpiter Capitolino. Para redondear la leyenda, resulta que la colina en cuestión se llamaba así porque, al excavar los cimientos del templo en la antigüedad de Roma, aparecieron bajo tierra varios cráneos —es decir, capita o cabezas, (caput en singular)— que indicaba el portento, según fue interpretado por el augur de turno (del latín augur), que Roma llegaría a ser la cabeza del mundo y a la vez dándole nombre a todas las «capitales» que surgirían en todos los Estados con el paso de los siglos. A Roma, en genérico, se la llamaba urbe y, obviamente, era la capital. La colina Capitolina, antes de la construcción del templo y en tiempos de Rómulo, parece que se llamaba Asylum por haber sido designada por el fundador de Roma como lugar de asilo de los que acudían a la primitiva ciudad buscando refugio. Si no hubieran aparecido esas cabezas... ¿las capitales de nuestras naciones se llamarían asilos en vez de capitales? Los asilos entonces, ¿cómo se llamarían?



El emperador Marco Aurelio realiza un sacrificio ante el templo de Júpiter Capitolino, que da nombre a todas las «capitales» del mundo. Obra realizada sobre mármol entre los años 176 y 180. Museos Capitolinos, Roma.

Por otra parte, mansión viene de mansio, que es como se llamaban las ventas, tipo las de don Quijote, que jalonaban las principales vías romanas a intervalos regulares. Estas mansionis o moteles de carretera contaban con servicio para las caballerías, taller de carros, salón comedor/restaurante y habitaciones comunes o individuales, según el bolsillo del visitante, aunque los autores antiguos nos indican que eran más bien de regular calidad. Groucho Marx, en una visita a una mansio, solo que en el siglo pasado, parece que dijo en una ocasión: «¿Servicio de habitaciones? Por favor, póngame una habitación más grande».

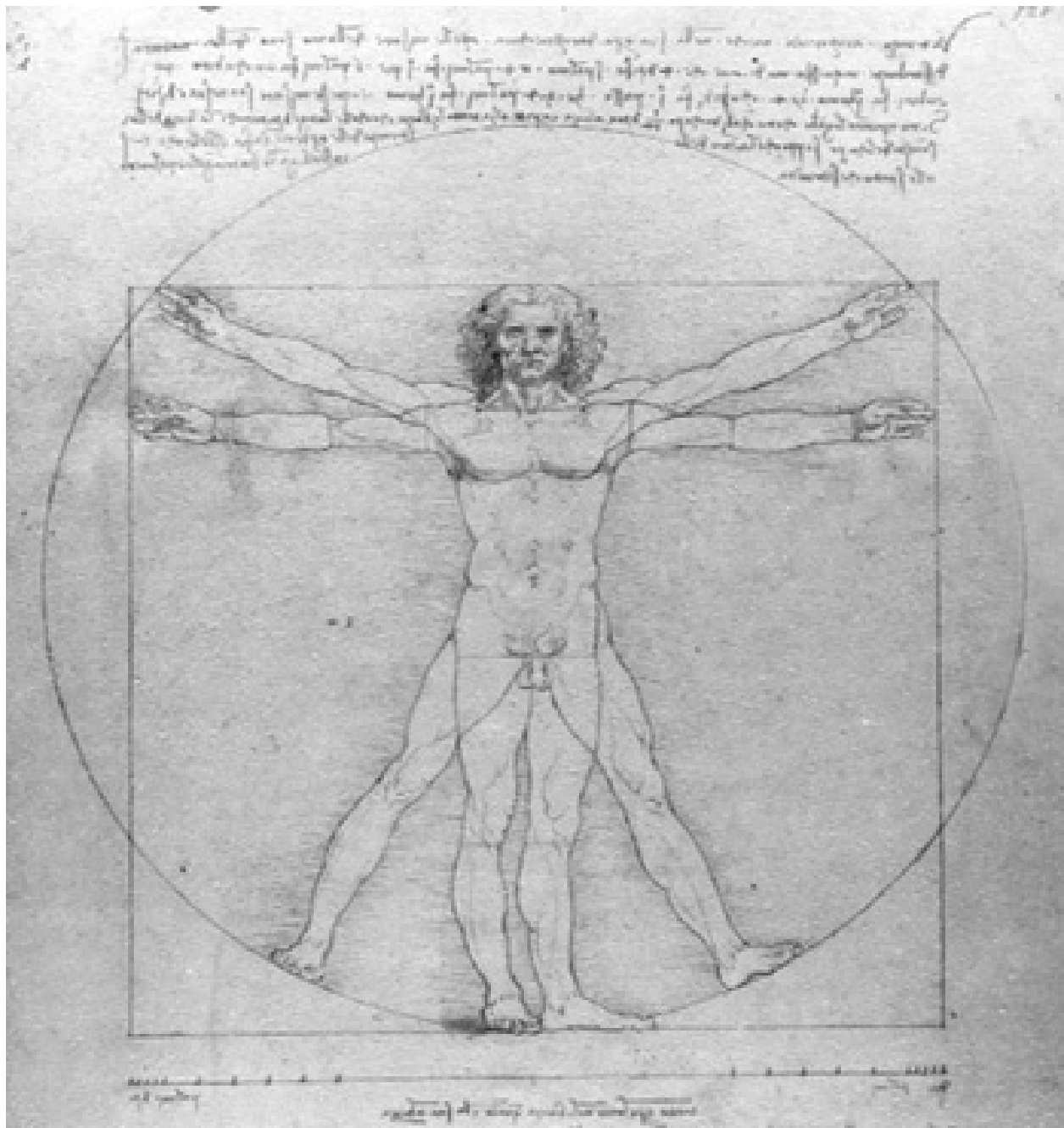
Volvamos a la casa. En la nuestra y según nuestros medios, seguro que tendremos un vestíbulo (vestibulum), un comedor (triclinium), uno o más dormitorios (cubiculum), cuarto de baño (latrina) y calefacción, incluso puede que de suelo radiante (hipocaustus). Igual, igual que en la antigua Roma. Una casa bien, además, tendría otras salas que hemos perdido, como el atrio, al que ha sustituido nuestro salón, y que era donde las familias con antecesores famosos, es decir, que hubieran sido magistrados electos, colgaban las imágenes (máscaras) de sus abuelos cónsules, igual que nosotros ponemos las fotos de nuestros mayores y de nosotros mismos en la salita. Las casas tenían también tablinium (tal vez llamado así por contener una mesa) o despacho, donde el pater familias atendía sus negocios (o como diríamos ahora, trabajaba desde casa). Groucho Marx también indicó que a veces dos personas en una habitación son demasiadas: «No mire ahora, pero en esta habitación sobra alguien... y me parece que es usted».

Los abuelos romanos no tenían tele, ni fibra, ni wifi, ni Canal Plus con toda la Liga y la Champions, ni siquiera Netflix..., pero tenían alcantarillado y agua corriente, algo que no volvió a suceder en nuestras casas hasta bien entrado el siglo XX de nuestra era, o sea, hasta ayer mismo, cuando por fin recuperamos parte del confort que tenían nuestros antepasados de hace dos mil años. Y justo antes de que tuviéramos televisión, por cierto.

Otra habitación o espacio que tardamos siglos en recuperar es la biblioteca, llamada casualmente bibliotheca, donde todos los romanos que se considerarán cultivados (o que querían que sus vecinos les consideraran como

tales) conservaban sus colecciones de libros en cajas o en estanterías en las paredes, como hacemos ahora en las estanterías del saloncito. Vitruvio (80-15 a.C. aprox.), el gran arquitecto que sirvió a Julio César y a Augusto y que escribió el tratado de arquitectura más antiguo que se conserva, llamado extrañamente *De Architectura*, nos dejó, entre otras muchas, la recomendación de que la biblioteca estuviera orientada al este, se supone que para mejorar la luz y evitar la humedad. Cicerón, el famosísimo abogado y político del siglo I a.C., decía: «Si en tu casa tienes un jardín y una biblioteca, ya tienes todo lo que necesitas».

No es por casualidad que la obra de Vitruvio se imprimiera por primera vez en 1486, a tiempo para ejercer la notable influencia que tuvo en «toooda» la arquitectura del Renacimiento y en las proporciones de las obras de arte de la misma época. El archifamoso dibujo de Leonardo da Vinci el *Hombre de Vitruvio* (ese de un hombre con los brazos y piernas en aspa visto de frente) basa sus proporciones (y de ahí su nombre) en las que aparecen en los libros del fundamental arquitecto romano que había escrito su obra 1500 años antes.



El famoso Hombre de Vitrubio. Obra de Leonardo da Vinci realizada en 1490. Galería de la Academia, Venecia.

Volviendo a nuestra Roma clásica, las casas bien podían también tener bodegas para guardar los buenos vinos y solarium que, como su latino nombre indica, era un lugar destinado a tomar el sol, sana y veraniega costumbre que no repetiríamos tampoco hasta el último tercio del siglo pasado, el xx.

En las puertas de algunas casas, como podemos comprobar en las ruinas de Pompeya, había un cartel, o mejor dicho un mosaico, cuya inscripción nos resultará familiar y que decía como en muchas ahora: «Cuidado con el perro» (Cave canem). Pero además del perro (los romanos tenían, como vimos, mascotas al igual que nosotros), la familia, como comentamos en el anterior capítulo, la formaban otros miembros de dos y cuatro patas. Por cierto, «capítulo» se dice así por la letra mayúscula y adornada —capitular, principal, capital— con que comenzaba cada uno cuando los libros eran códices copiados a mano en el medievo. O sea, que a través de muchos entresijos, «capítulo» viene también de las cabezas halladas en la colina capitolina de Roma. Todos los caminos llevan al mismo sitio.





**BEWARE
OF
DOG**

Cuidado con el perro —Cave canem—, aviso romano de precaución que ha llegado hasta nuestra era

desde los mosaicos de Pompeya.

Las casas megaguays romanas tenían el mencionado hipocausto o calefacción por suelo radiante, que fue un invento del ingeniero romano Cayo Sergio Orata, quien, según Vitruvio, en el año 80 antes de Cristo, ideó este sistema —gracias al cual se hizo millonario— que consistía en hacer circular aire caliente por un doble suelo, e incluso a través de las paredes, a partir de un horno alimentado por leña, para mantener una temperatura agradable. Este artilugio era muy útil tanto para los baños públicos como para las casas de los que pudieran permitírselo, pero requería una constante supervisión. Cuando el combustible (normalmente madera) se convertía en brasa, se reducía la toma de aire del sistema, para conseguir una lenta combustión que mantuviera en el interior el aire caliente. Tenemos ejemplos de ruinas de villas con hipocaustos en Italia, Francia, España, Reino Unido, Suiza, Alemania o África, por ejemplo, así que parece que se usó durante varios siglos y en todas partes. Con el declive del Imperio se abandonó su empleo, y se calcula que, por ejemplo, en la húmeda y gris Gran Bretaña no hubo calefacción central desde más o menos el año 400 de nuestra era, hasta casi el 1900. En España, este sistema se reutilizó por los árabes para calentar los baños, a los que en al-Ándalus eran tan aficionados y, en la vieja Castilla, a partir de él se inventó la Gloria, que consistía en una caldera que, de manera similar al hipocausto romano, permitía la circulación de aire caliente producido por combustión lenta, a través de conductos instalados en el suelo. Evidentemente, «estar en la gloria», dicho de una manera un poco irreverente, era estar, en pleno invierno castellano medieval, en un cuarto calentado de esta romana manera.

El barrio de residencia y la «urbanización» de la costa o de la sierra donde tener el «chaletito» eran, evidentemente, los más caros y exclusivos que se pudiera permitir cada cual —igual que ocurre ahora—; la excepción fue Julio César, que de joven, antes de ser nombrado pontífice máximo, parece que vivió en la Subura (un barrio nada recomendable de la Roma de los abuelos). Aunque sea similar, «suburbio» no viene del nombre de ese barrio, sino de sub (bajo) urbis (de la ciudad), entendiéndose que Roma se fundó en la colina Palatina, que está entre el foro y el Circo Máximo, y que al extenderse e incrementar su población, la ciudad se amplió hacia abajo. Así, y desde

entonces, cualquier nuevo barrio está teóricamente «bajo» o debajo de la ciudad primitiva u original. Luego, y hasta ahora por adecuación a la realidad, suburbio es cualquier barrio añadido a la ciudad original, aunque no se sitúe bajo esta, sino más bien fuera del recinto urbano.

Extramuros —literalmente fuera de las murallas— significa precisamente eso, que no está en el recinto original amurallado de la ciudad y que, por lo tanto, es un suburbio. Los ingleses conservan también en este caso suburbs, que es latín puro.

Además del barrio, y según la capacidad económica de la familia, así de grande era su casa y el número de miembros (incluyendo esclavos) que habitaban en ella. Se han encontrado, sin contar con los palacios de los emperadores, casas privadas de más de 3600 metros cuadrados en las que no falta de nada. De nada. Incluidos suelos de mosaico, paredes pintadas con cuadros importantes a tutiplén, jardines en peristilo rodeados de columnas de mármol de colores y adornados con fuentes y estatuas, obras de arte dignas de un museo incluso ya entonces, saunas, piscifactorías, bañeras de agua caliente, marfiles y oro en incrustaciones, planchas de bronce dorado como decoración del techo, la calefacción de suelo radiante ya mencionada, etc. La medida de la casa, en vez de en metros cuadrados, se hacía en función de las tejas alineadas (por cierto, iguales que las mediterráneas) que componían su fachada. Así, el número de téglas era el índice estimado fiscalmente para el censo y, digamos, la fórmula para calcular el impuesto urbano de cada edificio. Este sistema se utilizaba para ordenar las normas urbanísticas de las antiguas ciudades romanas. Por ejemplo, en las leyes que rigen la colonia de Urso (Osuna, en Sevilla), que entonces se llamaba *coloniae genetivae Iuliae*, se limita el tamaño máximo de las viviendas a construir con esta proclama: «Que nadie tenga dentro de la muralla de la colonia Julia una superficie superior a trescientas tejas de largo».

Entre las ciudades de veraneo romanas, donde había que tener una casita en la playa si se quería estar a la moda, destaca Bayas, la antigua *Baiae* (en italiano *Baia*), que no era realmente una ciudad, sino más bien un barrio o una urbanización de la cercana *Cumas*. La formaban un conjunto de mansiones impresionantes construidas alrededor de unas termas cuyas aguas medicinales eran famosas ya en el siglo II a.C. *Baiae* fue nombrada así por *Baios*, el timonel de Ulises, que según la leyenda estaba enterrado por allí. A

finales de la época de la República, en el siglo I a.C., la «urbanización» estaba en la cresta de la ola: Craso, Lúculo, Pompeyo, el orador Hortensio y Julio César instalaron aquí su «casita en la playa». Siglos más tarde (las termas funcionaron hasta el VI), seguía de moda, ya que Adriano, nuestro emperador y vecino de Santiponce en Sevilla (Hispalis), falleció en su villa costera de Baiae en el año 138 de nuestra era, y Alejandro Severo, César del 222 al 235, hizo construir allí una casita para su madre.

Lorena Pacho en su artículo publicado en El Mundo el 20 de agosto de 2017, titulado «Bayas, la ciudad del vicio de los romanos», nos cuenta las opiniones que, sobre la «vida disipada» que se daba en el balneario, tenían los romanos más serios²:

Para Cicerón (106-43 a.C.), Bayas era sinónimo de «desorden moral y perversión». El poeta romano Ovidio (43 a.C.-17) la definió como «el lugar más apropiado para hacer el amor» y escribió que la gente «iba a Bayas para curar sus cuerpos con las termas y volvía con heridas en el corazón». Varrón (116-27 a.C.) contó en sus sátiras que allí «los viejos jugaban a ser jóvenes y los jovencitos jugaban a ser doncellas». El poeta Marcial (40-104) contó la historia de la casta Levina: «En Bayas cayó en el fuego del amor, abandonó a su marido y huyó tras un joven; llegó como Penélope y se fue como Helena». Propertio (50 a.C.-15), en sus elegías, advertía: «Márchate lo antes posible de Bayas, la pervertida. Ojalá sus baños, insulto hecho al amor, desaparezcan para siempre». Horacio (65-8 a.C.) plasmó que: «ningún lugar en el mundo resplandece más que la amena Bayas». Séneca (4-65), que le puso el sobrenombre de «puerto del vicio» y «vórtex del lujo», escribió que por Bayas solo se encontraba a borrachos que a duras penas se mantenían en pie, que había fiestas allá donde uno fuera, también en los barcos, y que la música sonaba por todas partes.

Parece, en resumen, que allí la gente se lo pasaba bien, vamos, más o menos como en nuestra Ibiza en fases de desfase, y eso que no tenían pastillitas. También nuestro vecino cordobés y romano Lucio Anneo Séneca describe que se hacían fiestas en los yates, lo cual entonces tampoco es un invento actual. Incluso nos consta que se hacían fiestas en la playita por la noche, ya que en el juicio en el que Craso y después Cicerón defendieron a su amigo Marco Celio Rufo, en el 56 a.C., se usó como arma de la defensa el affaire que habían tenido tiempo atrás Celio y Clodia, amante vengativa que habría urdido la trama para intentar que su ex fuera condenado. Esta Clodia, que debía de ser una loba de mucho cuidado, ya era un escándalo con patas cuando estaba casada con Cecilio Metelo (el fundador de Medellín, en Badajoz), pero, viuda desde el 59 a.C., se la podía encontrar en todos los

charcos, incluso había rumores de que había tenido relaciones incestuosas con su hermano, el demagogo y enemigo de Cicerón, Clodio. Sobre este tema, parece que Cicerón dijo un día en público: «El incesto es un juego al que puede jugar toda la familia», lo cual, tampoco le hizo mucha gracia a Clodia, de quien, además, Terencia, la mujer de Cicerón, sospechaba que coqueteaba demasiado con su maridín.

En el juicio, Cicerón la acusó de vivir como una ramera en Roma y en el abarrotado resort de Baiae, donde siempre estaba bebiendo o de fiesta en la playa. Parece que el discurso de Cicerón terminaba así:

Si no estuviera peleado con el marido, digo hermano, de esta mujer (señalando a Clodia, mientras el público se reía), perdón, siempre me equivoco. Desde aquí en adelante, procederé con moderación, porque nunca ha sido mi intención meterme en peleas con ninguna mujer, especialmente con aquella que todos los hombres han considerado siempre más que la enemiga de nadie, la amiga de todos.

Ni que decir tiene que Celio fue declarado inocente entre las risas y sonrisas del jurado, y la fama de Clodia, pues como que no mejoró, la verdad. Esto de la «amiga de todos» lo dijo también un porrón de años después Lou Reed en su canción de 1972 *Take a Walk on the Wild Side*:

Candy vino desde la isla,
En el cuarto de atrás era la amiga de todos
Pero nunca perdió la cabeza.

Se conoce que Lou era romano también.

Pero el de Clodia no fue el único escándalo en la recóndita calita napolitana. Según nos cuenta Suetonio (aprox. 69-122) en su *Vida de los doce césares*, donde relata las andanzas de los primeros doce emperadores de Roma, el adivino Trásilo de Alejandría había predicho que Calígula (césar del año 37 al 41) tenía tantas posibilidades de ser emperador como de cruzar a caballo el golfo de Baiae. Cuando Calígula fue nombrado emperador, para desmentir al astrólogo, mandó juntar todos los barcos disponibles, ponerlos de través en la bahía hasta Puteoli (actualmente Pozzuoli) y cubrirlos con tablones y arena, para, a continuación, y montado en su caballo, cruzar chulamente el golfo de Baiae, contradiciendo la predicción. Trásilo ya estaba muerto por entonces, lo que le salvó de ser decapitado, como poco, por el simpático Calígula.



Una estatua romana en el sitio arqueológico de Baiae, en parte bajo las aguas del golfo de Nápoles.

En este «Montecarlo» romano es donde Marguerite Yourcenar (1903-1987) sitúa la acción de su libro *Memorias de Adriano* de 1951. El sitio arqueológico de Baiae es sumamente interesante y en él está por ejemplo el llamado Templo de Eco, la mayor cúpula (todavía en pie) construida por el hombre antes de la del Panteón de Roma. También cerca de esta recoleta calita está la muy impresionante Piscina Mirabilis, que es un depósito de agua de unos 75 x 25 m alimentado por acueducto y con capacidad para más de 12 500 m³, suficientes como para abastecer la ciudad de Ceuta en un día de calor. Sus arcos de medio punto en ladrillo, y su forma de construcción, inspiraron, por ejemplo, los depósitos subterráneos del Canal de Isabel II en Madrid, (el primero es de 1879). La Piscina Mirabilis se abastecía con el acueducto Aqua Augusta, que recorría 100 kilómetros antes de llegar a Nápoles. El resort de Baiae, saqueado por los bárbaros y más tarde por los sarracenos en el siglo IX, pues como que decayó bastante. En el siglo XVI, por orden de nuestro César Carlos I, se construyó un castillo sobre la antigua casa de Julio César para defender la costa.

Debido a los movimientos de esta zona volcánica, a varios terremotos y, en fin, al paso del tiempo, que mueve la línea de costa, gran parte de la zona turística de este Acapulco quedó poco a poco bajo las aguas. Desde 1923, las excavaciones en la zona van recuperando otra ciudad perdida, como Pompeya, solo que esta, con sus estatuas, columnas y mosaicos bajo el agua, nos parece más un ejemplo de cómo sería la Atlántida si existiera en la realidad.

De la palabra *Baiae* y de su bonito golfo, quizá pasando por el francés *baie*, parece que proviene nuestra palabra bahía, que desde hace 2000 años nos sirve para nombrar todas las bahías del mundo, desde la de la Concha, en la Bella Easo, hasta la de San Francisco, en California. Recientemente ha aparecido en las excavaciones de *Baiae* lo que posiblemente era un salón de banquetes/piscina superlujoso, donde los platos, que suponemos dignos de un tres estrellas Michelin, llegarían flotando hasta las camas de los asistentes. Y es que, como dijo Marx, Groucho, en el siglo XX: «Hay tantas cosas en la vida mejores que el dinero... ¡pero cuestan tanto!».

Obviamente, no todos los romanos tenían estos lujos ni casita en la playa, ni nada. La inmensa mayoría vivía en pisos pequeños situados en precarios edificios de hasta seis plantas sin ascensor, y que no eran más altos solo porque diversos emperadores prohibieron sucesivamente que se construyeran casas de altura superior a unos 20 metros; edificios que, por las noticias que nos han llegado, parecería que solían derrumbarse e incendiarse con facilidad. Aunque esto, como muchas otras cosas, hay que tomarlo con un poquito de sal, porque lo que sobrevive al paso del tiempo son las noticias, es decir, que tal o cual edificio se haya derrumbado. Que se mantenga en pie no fue noticia, no se escribió, por lo tanto, y no nos ha llegado. Escribir sobre esto o argumentar que estas casas se caían todo el rato es como intentar explicar cómo son los edificios de nuestra época basándonos en las veces que son noticia cuando uno se cae o se incendia; y normalmente, en esos pocos casos en que se les menciona, es porque precisamente ha pasado algo malo, se han quemado, ha estallado una bombona de gas, se ha derrumbado la casa sobre una pobre señora que iba a por pan o se ha caído una teja del alero y le ha partido la crisma a uno... Si no pasa nada, no se habla de los edificios de viviendas normales en la prensa. Por eso tampoco se hablaba de lo normal o habitual entonces. Decir que se caían a menudo, cuando evidentemente la

mayoría de los romanos antiguos vivían en pisos, es simplificar demasiado.

De todas formas pensemos que estos apartamentos solo contaban para alumbrarse en su interior con lamparillas de aceite y, para calentarse, con braseros como los que se utilizaban hasta mediados del siglo XX en nuestras casas, lo cual sirve para imaginar lo peligrosos que podían resultar, aunque no más que cualquier vivienda de cualquier ciudad del mundo hasta muy entrado el siglo XIX, cuando comenzó el uso del hierro y el acero en las vigas y se popularizó la electricidad. Por cierto, que Edison dijo que haría que la electricidad fuera tan barata que solo los ricos usarían velas. Ciento y pico años después de esa frase, la electricidad es extrañamente carísima, al menos en España, y a este paso tendremos que hacer como los ricos a los que aludía el inventor y volver a iluminarnos con velas, como los abuelos; o con lucernas, como los abuelos romanos.

Los bloques de pisos que llenaban la ciudad se llamaban *insulae*, que quiere decir islas, porque realmente eran como islas en el mar océano de la urbe. Cada «pisito» o apartamento se llamaba *cenaculum* y, a diferencia de las *domus*, cuyas ventanas se abrían hacia los patios interiores de la casa, tenían ventanas e incluso pequeños balcones al exterior. Balcones que solían estar adornados con plantas y flores, como todavía hacemos para embellecer los nuestros y tener un poco de naturaleza en la gris ciudad. La próxima vez que pongas un geranio en el macetero, recuerda que tus antepasados romanos también lo hacían. Obviamente, esta costumbre también estuvo en desuso hasta el siglo XVIII, por lo menos, por falta de balcones, de flores y de ganas. Nos consta que en 1808, en Madrid al menos, había macetas en los balcones, ya que el 2 de mayo arrojaron desde un balcón de la calle del Barquillo una maceta que mató en el acto a un oficial francés hijo del general Legrand, que pasaba por allí. Casualmente, en el número 34 de esta misma calle madrileña, nació en 1758 el general Castaños, héroe y vencedor contra los de Napo en Bailén.

En la antigua Roma, cuanto más alto era el piso donde se situaba, más cutre y pequeño el apartamento. Por ejemplo, el poeta Marcial, antes de ser famoso (rico no lo fue nunca), vivió en la tercera planta de una *ínsula* en la calle del Peral, en el barrio del Quirinal de Roma. Describió así su apartamento: «Vivo en una pequeña celda con un ventanuco que ni siquiera cierra, donde el mismo Boreas³ no querría quedarse».

Se calcula que en tiempos de nuestro primer emperador romano, Trajano (césar del 98 al 117 y tío de Adriano), nacido en Hispania, en la sevillana Itálica (Santiponce), había en la ciudad de Roma unas 1800 domus y 47 000 insulae, lo cual puede suponer, tirando muy por lo bajo, una población claramente superior al millón de habitantes. En el mundo que siguió a la caída de Roma, habría que avanzar mucho en nuestra era para encontrar algo parecido en cuanto a población en una única ciudad, cuando, por ejemplo, en el siglo XVIII se calcula que París, Londres o Constantinopla alcanzaban cada una a superar el medio millón de vecinos, es decir, la mitad que Roma en su apogeo. Tenochtitlan en el siglo XVI no tenía más de 150 000 habitantes. En la actualidad, en España (datos de 2014), solo dos ciudades albergan una población superior al millón de habitantes, lo cual nos da una impresión de lo enorme y poblada que era Roma. En cambio, en Latinoamérica hay hoy más de 60 ciudades que superan ese índice. Marcial, en otro epigrama, este sobre cómo sentirse libre en la gran urbe, nos vuelve a recordar lo incómodos que podían ser los cenáculos/apartamentos, incluso para llegar a ellos, ya que las escaleras de los últimos pisos eran más bajas y estrechas cada vez:

Serás libre, Máximo, si no quieres cenar fuera, si calma tu sed un simple mosto de Veyes, si puedes reírte de la vajilla de oro del pobre Cinna, si puedes darte por contento con mi toga, si por dos ases conquistas a una cortesana del montón, si puedes subir a tu piso sin agacharte. Si tienes tal capacidad, si tanto es el poder de tu mente, puedes vivir más libre que el rey de los Partos.

Por supuesto que el precio de uno de esos pisos miserables en la capital, como en el que sobrevivía Marcial, superaba al de una casa decente en un pueblo normalito, pero ya entonces los habitantes de la capital eran unos chulos que miraban por encima del hombro a los de pueblo, y la crème de la crème de todo el mundo quería ser urbanita, a pesar de que también se vivía más tranquilo en las áreas rurales, donde, además, no era obligatorio llevar la incómoda toga o las sandalias y se podía estar todo el día con túnica y zapatos. Vamos, como ahora, que los snobs defienden la vida y el estrés de la gran ciudad, a pesar de que todos sabemos que en los pueblos se vive mejor y en ellos no hay que estar todo el día con traje y corbata o «arreglao». Obviamente, en la ciudad había de todo, mientras que los pueblos carecían de productos de lujo y demás tonterías. Tampoco había edificios de

apartamentos en ellos, por motivos obvios. Mecano en 1985 cantaba eso de Quiero vivir en la ciudad:

Quiero vivir en la ciudad.
Y no me marcharé jamás.
No soy feliz, pero aquí están mis razones para vivir.
Quiero vivir en la ciudad.

Por cierto, que ya la mayoría de la población mundial vive en ciudades, de las que en el 2030 habrá más de 41 que superen los 10 000 000 de habitantes. Ahora, en el 2019, hay ya 28, la mayor de las cuales es Tokio, con más de 38 000 000 de habitantes; vamos, como casi toda España. En América, la más poblada es México, que tiene más de 22 000 000 de habitantes. El 53 % de la población urbana mundial, según la ONU, vive en Asia⁴.

La decoración de cada casa dependía, como ahora, del tamaño del bolsillo del dueño. Era muy común que las paredes estuvieran pintadas, un poco como con nuestros papeles pintados, imitando texturas o jardines. También solían colgarse o copiarse cuadros en ellas, que desafortunadamente casi no han llegado a nuestra época. Tras ese estuco pintado al fresco, las paredes solían consistir en dos tabiques de ladrillos cocidos como los nuestros, solo que macizos, y entre estas dos filas de ladrillos se rellenaba el muro con cemento (que también es un invento romano). A este tipo de muro en el que mezclaban el cemento con piedras, trozos de teja, etc., ellos lo llamaban *paries caementicum*.

Esta forma de construcción les permitió alzar paredes de casi cincuenta metros de altura que se mantienen aún en pie, como podemos todavía observar en el magnífico Panteón de Roma, construido en tiempos de Augusto, hace más de dos mil años; repito, dos mil años, y restaurado en el 125 de nuestra era. Miguel Ángel Buonarroti (sí, ese Miguel Ángel) dijo de esta obra: «Diseño de ángeles y no de humanos».

Stendhal, (1783-1842) opinó sobre el mismo edificio:

El más bello recuerdo de la antigüedad romana es sin lugar a dudas el Panteón. Este templo ha sufrido tan poco, que aparenta estar igual que en la época de los romanos.

Por cierto, que cualquiera que visite Roma, aun ahora se asombra,

además de por el perfecto Panteón, la altura y cantidad de muros de ladrillo que recubren los edificios antiguos. En su momento estaban forrados de mármol, pero a lo largo de los siglos se vieron despojados de sus nobles revestimientos.

Ya hemos dicho que el cemento se hacía con piedras o trozos de cerámica o ladrillos y arena. Para hacer una pared sin ladrillos, se construían dos cofres verticales de madera sujetos por postes y, entre ellos, se vertía la mezcla. Al endurecerse el cemento, se repetía encima el proceso hasta que la pared alcanzaba la altura deseada. En estas paredes, se podía cortar una abertura para una puerta o ventana sin que el conjunto perdiera fortaleza alguna.

El cemento romano es uno de los misterios que todavía no hemos resuelto, pues resulta muy superior al que ahora somos capaces de hacer. Especialmente en relación con su comportamiento en el agua. Presas romanas antiguas de más de dos mil años todavía funcionan perfectamente, mientras que el hormigón moderno empieza a erosionarse con el agua de mar al cabo solo de unos 50 años. Ninguno de los análisis efectuados ha conseguido reproducir exactamente la fórmula romana, que, como todo, se perdió en la oscura noche medieval. Sabemos que se trata de una mezcla de calcio, aluminio y silicato, y en los laboratorios de la Universidad de Berkeley, en California, han encontrado otros dos materiales: la tobermorita de aluminio y la phillipsita. El problema es que nosotros, para crear algo parecido, necesitamos emplear hornos y cementeras muy contaminantes y, además, la mezcla sería demasiado cara.

Para hacer nuestro cemento, que se llama tipo Portland y que se inventó en el siglo XIX, necesitamos 1400 grados centígrados, y para fabricar la tobermorita serían precisos todavía muchos más. Salvo nuestros abuelos romanos, nadie sabe aún cómo crear ese material a temperatura ambiente, lo cual también quiere decir sin contaminar y a bajo precio. El proyecto mundial que, creo, comenzó en 2002 para desentrañar el misterio del cemento romano antiguo, se llama ROMACONS (Roman Maritime Concrete Study), avanza cada día, y ya sabemos que los materiales del hormigón romano se endurecen cada vez más cuando el agua de mar se filtra entre ellos. Con el tiempo, evolucionan de tal forma que reparan los distintos tipos de daños que sufre la estructura, es decir, el cemento que hacían nuestros abuelos romanos es un material que se autorrepara cristalizándose.

Los hormigones modernos no pueden hacer eso. De hecho, en el hormigón romano, la filtración del agua salada del mar permite el crecimiento de nuevos minerales que actúan como una red interna que le da más cohesión.

Según explica la doctora Marie Jackson, de la Universidad de Utah (Estados Unidos), en el artículo publicado en ABC el 5 de julio de 2017 por Gonzalo López y que lleva por título «El hormigón, el secreto de los edificios romanos que no se derrumban jamás», este proceso es el contrario al que experimenta el hormigón moderno, basado en el Portland. Cuando el agua se filtra en el interior del hormigón moderno, interacciona con la grava y la arena que lo componen y la filtración puede llevar a que se expanda y se rompa. O sea, que mientras el hormigón romano, fabricado hace dos mil años, todavía es capaz de autorrepararse, el hormigón moderno se agrieta. Por eso hay puertos y presas en todas las costas de nuestro mar (Mare Nostrum) construidos por nosotros, los romanos, y que funcionan todavía perfectamente. Como ya dijo Plinio el Viejo (23-79), y vaya si es verdad todavía, «Los constructores crearon un hormigón capaz de convertirse en una masa de piedra, inexpugnable para las olas, y cada día más fuerte».

Situado a unos cinco kilómetros de Mérida, se encuentra, por ejemplo, el embalse romano que conocemos con el nombre de Proserpina. Sigue funcionando desde que se construyó hace dos mil años, dando origen al recurrente tema de los pantanos en Extremadura. Desde 1993 está considerado Patrimonio de la Humanidad.

El suelo de las casas más humildes solía consistir en una capa aplanada formada por trozos de cerámica, piedras y ladrillos, que se llamaba originalmente pavimentum, como nuestro pavimento. En casas más de ricos se usaba el cemento (incluso en el suelo del segundo piso) y, sobre todo, mármol de distintos colores que formaba figuras geométricas que fueron copiadas hasta la saciedad en el Renacimiento y el Neoclasicismo, algunos de cuyos diseños aún usamos. Varios, incluso de efecto óptico tridimensional. Asunto aparte son los riquísimos mosaicos que adornan el suelo de habitaciones lujosas de las villas romanas, por ejemplo, el mosaico de Alejandro Magno y Darío hallado en una casa de Pompeya; mide 4,5 x 2,5 m, es decir, 12 metros cuadrados, y se compone en total de alrededor de cinco millones de teselas o piezas. En contarlas, suponiendo que solo tardáramos un segundo con cada una, y pasáramos 12 de cada 24 horas del

día haciéndolo, sin equivocarnos jamás, tardaríamos más de 120 días (cuatro meses), solo para saber cuántas hay.

En España tenemos muy buenos ejemplos de mosaicos romanos. En Carranque (Toledo) o en La Olmeda (Pedrosa de la Vega, Palencia), por ejemplo, hay muestras de altísima categoría. A todo lo largo y ancho de nuestra geografía podemos contemplar estas impresionantes obras de artesanía romana, que han sobrevivido a los siglos, pero no así al vandalismo de nuestra época: dos mosaicos de Écija, Sevilla, fueron destruidos irremisiblemente en 2015 por los irresponsables que intentaban sustraerlos, y que, en lo que a mí respecta, deberían ser juzgados y condenados por crímenes contra la humanidad; porque quien daña el patrimonio de todos está robándole la historia a nuestros hijos y nietos. Resulta muy triste que una obra de arte se conserve miles de años para que después venga un bárbaro imbécil y la destruya, como a un nivel más salvaje y sistemático ha ocurrido ante nuestros ojos, para vergüenza de nuestra generación, en Palmira y otros sitios de Oriente, donde los fanáticos islamistas no solo matan y violan a la población, sino que también pretenden privar a toda la humanidad de la cultura y de la historia. Ojalá pronto estén todos ellos en el infierno más infame que se merecen. No gastemos más saliva (del latín saliva) hablando de estos cerdos.

Todas las domus guays tenían conexión con el abastecimiento de agua de la ciudad, no así las ínsulas, que no contaban con letrinas ni agua. Esta se conseguía en alguna de las más de cuatrocientas fuentes que había en Roma. El abastecimiento de la ciudad se realizaba por medio de 11 acueductos, de aquae ductus, literalmente «conducción de agua». El más antiguo era la Aqua Appia comenzado en el año 312 a.C. En Pompeya, se han desenterrado más de 40 fuentes que, por su ubicación, dan a entender que nadie vivía a más de 100 metros de alguna. El abastecimiento de agua mediante fuentes fue la norma en muchas ciudades de todo el mundo hasta mediados del pasado siglo XX —no es una errata, siglo XX—; en muchos pueblos españoles, en los años sesenta del pasado siglo, todavía había que ir por agua a la fuente o comprársela al aguador que la repartía por las calles. Curiosamente, cuando el suministro de agua corriente llegó a las casas el siglo pasado, al principio la gente solo tenía un grifo en toda la vivienda, normalmente en el patio, si lo había, porque se consideraba un adelanto tan impresionante el no tener que

ir a por agua a la fuente que ni se planteaban que en la cocina o en los hipotéticos baños se pudieran instalar más grifos para abastecer a toda la casa. Supongo que en unos años dirán de nosotros que al principio de tener internet en las casas, solo había un módem de conexión y no teníamos wi-fi en todas las habitaciones, y comentarán lo primitivos que fuimos, con solo uno o dos ordenadores, cuatro móviles y un par de teles conectados a la red por familia.

Cuando los españoles colonizaron América «milymuchos» años después, llevaron Roma consigo; además de la disposición de las ciudades según el ideal romano, del derecho, del idioma y de más cosas, trasladaron la magnífica manía romana de construir acueductos, como el de Zempoala/Otumba (Hidalgo, México) obra de un simple franciscano, el padre Francisco Tembleque, quien en el siglo XVI dirigió su construcción. Tiene 48 kilómetros de longitud, 68 arcos —el mayor alcanza una altura de 39 metros, 14 más que la catedral de México— y llenaría de orgullo a cualquier ingeniero romano. Este acueducto hispano-romano-mexicano es hoy Patrimonio de la Humanidad, declarado así por la UNESCO en 2015.

Con respecto a la letrina, latrina en latín, en cuanto a privacidad admito que sí, que en eso sí somos distintos. Aquellos romanos antiguos que no tenían baño en casa, es decir, la inmensa mayoría, contaban con estas letrinas, que eran como nuestros baños públicos, normalmente de pago (algunos gratuitos eran patrocinados por ciertos políticos), donde los retretes eran agujeros dispuestos en una tabla o piedra corrida, como si fuera el banco de un parque, situados sobre una corriente de agua, uno junto al otro, adosados en dos o tres de las paredes del local. Los usuarios se sentaban, conversaban y se entretenían con sus vecinos de váter mientras evacuaban lo que tuvieran que evacuar, tan ricamente, y mientras vendedores ambulantes les ofrecían mercancías o les espantaban las moscas.

Letrinas de este tipo se conservan todavía por ejemplo en Mérida, cerca y detrás del teatro, donde podemos comprobar lo que significaba entonces y lo que quiere decir realmente eso de «baños públicos».

Por otra parte, los romanos utilizaban la orina humana (por la urea que contiene) para blanquear la ropa (desconocían la lejía), razón por la que las fachadas de las «lavanderías» tenían adosados recipientes donde los viandantes pudieran orinar, para que luego se utilizara este líquido en el

negocio, como si fuera «detergente», en las lavadoras del establecimiento. El emperador Vespasiano (césar entre los años 69 a 79 de nuestra era), creó un impuesto sobre la orina recolectada de esa manera. Cuando le protestaron a Vespasiano por haber creado ese cochino impuesto, fue cuando, según parece, se dijo por primera vez eso de: «El dinero no huele». Tito, su hijo y sucesor, abolió esta injusta y apestosa tasa.

Por otra parte, el alcantarillado de la ciudad eterna era tan bueno que la cloaca máxima de Roma, construida en el siglo VI a.C., hace dos mil seiscientos años, y arreglada en tiempos de Augusto, tiene tramos todavía en uso conectados con la moderna red sanitaria de la capital italiana.

Esto de las cloacas puede parecer una tontería, pero no lo es; para empezar, porque es lo que realmente hace viable una ciudad de un tamaño razonable, si no, las enfermedades acabarían diezmando a la población, como pasaba en la Edad Media con la peste. Claro que en la Edad Media se pensaba que la capa de mugre protegía la piel de las inclemencias y enfermedades (en serio). Además, hay que entender que, por ejemplo, en nuestra civilizada Europa, no fue hasta el siglo XIX cuando comenzó a construirse seriamente el equivalente a los sistemas sanitarios urbanos romanos. Estos iniciaron la construcción de su alcantarillado dos mil quinientos años antes de la época de, sin ir más lejos, la reina de España Isabel II, en cuyo reinado se puso en marcha definitivamente la instalación de una red de saneamiento en ciudades como Madrid. Los antiguos romanos, en cambio, le daban tanta importancia desde siempre a sus alcantarillas que incluso tenían una diosa, Cloacina, encargada de velar por su sistema de saneamiento.





Arriba, letrinas romanas del siglo I en Ostia Antica. Eran siempre, o casi siempre, comunitarias, sin separaciones individuales de ningún tipo. Abajo, acueducto del padre Tembleque, en Zempoala, México. La obra, construida a mediados del siglo XVI, tiene una longitud total de 48 kilómetros; 38 desde su origen en los manantiales de las faldas del volcán El Tecajete hasta Otumba, y una bifurcación de 10 kilómetros que surtía de agua a las poblaciones de Zacuala y Zempoala.

Para entender esto mejor que como yo lo explico con mis pocas luces, el francés Dominique Laporte escribió un libro a mi parecer fundamental en cualquier biblioteca, *Historia de la mierda*, donde plantea la teoría de que una civilización es más avanzada cuanto mayor es la distancia a la que consigue mandar sus inmundicias. O mejor dicho, una civilización es más avanzada cuanto mayor es la distancia a la que consigue separar sus ciudades de la basura que generan. En ese sentido no cabe duda de que los romanos estaban más avanzados que nuestros bisabuelos de tiempos de Isabel II. Y, por otra parte, ahora que mandamos basura al espacio, aunque no mucha,

igual es que por fin somos o parecemos una civilización avanzada. O será que somos unos guarros que lo único que generamos son desperdicios.

La escatología (según el diccionario de la RAE en su primera acepción, «Pertenciente o relativo a las postrimerías de ultratumba»), y con perdón, la mierda (en latín merda) no eran hasta hace unos días un problema exclusivo del común del pueblo o de los pobres, sino de todo el mundo. Por noble que se sea, o por azul que sea la sangre, sus otras cosas son como las de los demás mortales. Por ejemplo, la duquesa de Orleans se quejaba en el año 1694 — ¡casi dos mil trescientos años después de la construcción de las cloacas de Roma!— de que en el grandioso y estupendísimo palacio real de la Grande France en Fontainebleau no había retretes, y que tenía que esperar a la noche para poder salir al jardín a hacer sus necesidades lo más discretamente posible (en el libro que escribió al respecto, ella lo decía además de forma mucho más grosera). El monarca Carlos II de Inglaterra y su corte son descritos así por Anthony Wood, anticuario de Oxford —villa ilustrada— en donde pasaron el verano de 1665 sus graciosas majestades:

Aunque pulcros y alegres en apariencia, eran, sin embargo, muy puercos y bestiales, dejando al marcharse su excremento por todos los rincones, en chimeneas, gabinetes, carboneras, bodegas...

No tenemos muchas más declaraciones similares de testigos de sucesos escatológicos, no es un tema al que se haya dedicado mucho la historiografía, pero el grito de «¡agua va!» antes de lanzar el contenido del orinal por la ventana es la música de fondo de, por ejemplo, nuestro insigne y puro Siglo de Oro, y best sellers como *El perfume*, de Patrick Süskind (nacido en 1949), hablan de lo mal que olía el París de Voltaire. Con razón algo olía a podrido desde hacía mucho tiempo en Dinamarca, donde, por supuesto, ¡¡¡¡no había ni un maldito cuarto de baño en todo el lúgubre castillo de Elsinore!!!! Eso sí que era una tragedia, y no lo de «ser o no ser».

Afortunadamente, algo hemos cambiado, aunque nos haya costado dos mil quinientos años, porque el gasto en papel higiénico en España se calcula actualmente en unos 3000 millones de rollos anuales. De todas formas, en cualquiera de nuestras calles todavía pisamos más a menudo de lo que quisiéramos el excremento de un simpático perrito, cuyo dueño prefiere que la ciudad donde él mismo habita esté llena de mierda, antes que tener que agacharse a recoger la que produce su mascota. Y a lo mejor se las da de

civilizado y se escandaliza de que en el siglo XVII se vaciaran por el balcón los orinales.

Volviendo a la civilización y a la descripción de las casas de nuestros abuelos romanos, las puertas eran similares a las nuestras, salvo que en vez de usar bisagras (que sí se empleaban en armarios y arcas) se sostenían en un cilindro de madera maciza que sobresalía de uno de sus lados por arriba y abajo, incrustándose en huecos realizados en el suelo y en el dintel. Este tipo de puertas todavía puede encontrarse en algunos pueblos y, sobre todo, en construcciones medievales. Por cierto, que la puerta que daba al jardín o peristylum de la casa se llamaba posticum, como nuestro «postigo», que viene a designar una puerta secundaria. En las habitaciones interiores no siempre había puertas, sustituyéndose estas muchas veces por cortinas (vela).

Las casas, o mejor dicho las domus, eran bastante frescas, al contar con gruesos muros y techos (los tejados eran de tejas «romanas», como hemos dicho) y abrirse sus ventanas solo al interior del peristylum, o en su caso del atrium, por lo que en su mobiliario destacan los braseros, en todo idénticos a los de casa de los abuelos del siglo XIX y XX, si acaso, más artísticos. Como ya hemos visto, en cambio, los cenáculos o apartamentos serían fríos en invierno y calurosos en verano. Aparte de los braseros, los romanos tenían muebles parecidos a los de este siglo. Sobre todo sofás, que poblaban todas las habitaciones y que podían ser como nuestras chaises longues, o tener dos brazos y respaldo, como los que usamos para ver la tele. Camas había en el/los comedores (a veces había uno para verano y otro para invierno) y en el dormitorio, si bien estas últimas no nos parecerían muy cómodas, ya que normalmente estaban formadas por un colchón de plumas o lana dispuesto sobre un soporte cuyos únicos «muelles» podían ser listones de cuero transversales, o directamente situarse sobre una base de obra o piedra adosada al muro. Ya lo dice la canción mexicana de Cuco Sánchez (1921-2000), publicada por primera vez en 1955, La cama de piedra:

De piedra ha de ser la cama,
De piedra la cabecera,
La mujer que a mí me quiera,
Me ha de querer de adeveras.

Y podemos añadir que no nos extraña que la cama de esta canción no sea muy visitada.

Sillas y taburetes eran similares a los nuestros; y también tenían armarios, cómodas y baúles. Incluso en muchos despachos se han encontrado cajas fuertes empotradas. Por supuesto, las damas tenían joyeros más o menos grandes que podían ser de oro, así como tocadores y taburetes de diseños más delicados, pero el mueble por excelencia de una casa romana era la mesa. Las había de todos los tamaños y formas, y hemos seguido copiando muchos de sus diseños básicos hasta hoy mismo. Algunas tenían nombres específicos, como el monopodium, que a pesar de su nombre, no servía para jugar al Monopoly, sino que tenía un solo pie, como nuestros veladores; la delphica, de tres patas, o el abacus, una mesa de tapa rectangular con un borde que sobresalía, donde solía exponerse la vajilla buena, como en nuestros aparadores.

Las mesas podían ser el mueble más caro de la casa, y se cuentan historias de algunas de marquetería de maderas preciosas y de cedro del Líbano, marfil y oro, cuyos precios podían superar el de una casa de campo medio buena. Las más carísimas estaban realizadas, al menos en parte, con la madera olorosa de un árbol que llamaban citrum (parece que era el *Tetraclinis articulata*), también conocido en nuestros días como ciprés de Cartagena y considerado entonces un material tanpreciado como el marfil. Se menciona esta madera en la Biblia, en el Apocalipsis 18:12, entre los artículos de lujo que dejarán de poder comprarse (junto con el oro, plata, piedras preciosas, perlas, etc.) tras la caída de Babilonia. En Pompeya aparecieron los pies (el tablero no sobrevivió a la erupción del Vesubio) de una magnífica mesa delphica, con tres patas de mármol con forma de leones, sellados con el nombre de Publio Casca Longo, quien fue uno de los asesinos de Julio César (o alguien del mismo nombre). La hipótesis es que la mesa fue subastada cuando Augusto vengó a su padre adoptivo y, por su belleza, de algún modo llegó a Pompeya para seguir siendo pieza principal de la decoración de una domus.

La iluminación nocturna de las casas se realizaba por medio de lucernas o lámparas de aceite y de candelabra, candelabros, que, originalmente pensados para varias velas o candelas, como su nombre indica, realmente sumaban varias lucernas para dar más luz en salas más amplias. Cuanto mejor fuera el aceite y la cuerda, menos humo producían. Como en todo lo demás, las lámparas romanas, desde las que se usaban para leer en la cama,

sostenidas por un pie de metal (como nuestras lamparitas de noche, más o menos), hasta las del comedor, podían llegar a ser obras de arte preciosas. Hoy diríamos «de diseño». También se utilizaban velas, aunque parece ser que con menos frecuencia, y antorchas, que se guardaban junto a la puerta de la casa y se usaban para ir por la calle de noche o para iluminar espacios exteriores, ya que el betún y la grasa olían mal. Nos consta que también echaban perfumes en el aceite, como ambientadores de hogar, igual que nosotros hacemos todavía.

En las plantas bajas de los edificios, desde las más míseras *insulae* a las más lujosas *domus*, solían instalarse tiendas de todo tipo, entre las que destacamos los *thermopolium*, donde se expendían alimentos calientes listos para consumir (auténtica y clásica fast food) y donde los romanos tomaban el aperitivo, si podían, sentados en taburetes, si no, de pie, sujetando la barra, como nosotros. Estos *thermopolia* eran locales con barra de obra, muy parecidos a nuestros bares actuales, solo que los romanos preferían el vino a la cerveza, que consideraban una bebida «bárbara». De «tapa» tomaban frutos secos, aceitunas o pan con queso. A falta de gaseosas, solían mezclar con agua el vino, para no emborracharse. En Pompeya se conservan establecimientos muy curiosos, algunos con depósitos cerámicos integrados en la misma barra, donde se preservaba la comida que se expendía, ya que muchos romanos no tenían cocina en sus casas y siempre comían de take away. Incluso se conocen servicios a domicilio que llevaban los pedidos a las distintas viviendas, como nuestros «tan modernos» Deliveroo, Uber Eats y similares.

La categoría del bar se medía por la calidad de su vino y la fama que tuviera el dueño de aguarlo más o menos, ya que, aunque lo común parece ser que era tomarlo rebajado, no es lo mismo pedir un chato y que te pongan aguachirri, que un, digamos, tinto de verano. Esto del aguar en exceso el vino parece que todavía ocurría a menudo, por ejemplo, en nuestro Siglo de Oro, como nos recuerda esta copla de 1621 de Salas Barbadillo:

Por hacerse ligeros
Los vientos beben,
Mas con esto no matan
La sed que tiene.
Toda el agua que sudan
Por dar sus vueltas,

En el vino la cobran
De las tabernas,
Porque los taberneros
De nuestro siglo
Han hecho maridaje
Del agua y vino.

Aunque en Roma, como nos cuenta nuestro amigo el aragonés y romano Marcial, con respecto al bar de un tal Corano, parece que también era frecuente:

No en todas partes se ha perdido la cosecha de la uva, Ovidio; la lluvia abundante fue provechosa. Corano ha recogido cien ánforas de agua.

El vino solo, sin mezclar, se bebía únicamente después de cenar o en ocasiones especiales. Por cierto, estar sobrio en latín se decía amethystus (derivado del verbo griego methyo —estoy borracho—, con el prefijo negativo am), nombre que luego tomó la piedra amatista, porque se creía que esta joya era un talismán que curaba el alcoholismo.

En la época romana había, como ahora, vinos y vinos. Algunas ánforas valían una millonada, dependiendo del tipo de uva, de su lugar de origen y su cosecha. Los ricos y entendidos tenían bodegas impresionantes con los mejores caldos de todo el mundo que, curiosamente, siguen elaborándose en las mismas regiones o en aquellas donde Roma llegó de la mano de los hispanos, como Argentina, Brasil, California, México, etc.

Algunos consejos sobre viticultura romana todavía se siguen empleando. El escritor romano nacido en Cádiz Columela (4-70) escribió alrededor del año 42 un tratado sobre la agricultura, *De Re Rustica*, en el que profundiza en los aspectos técnicos de la viticultura, incluyendo consejos sobre los tipos de suelo que producen el mejor vino o los detalles sobre la buena gestión de un viñedo: desde el rendimiento de uva por medida de tierra (una cepa cada dos pasos), hasta las técnicas de poda para asegurar una buena producción. Muchos elementos modernos del emparrado y espaldamiento de vides ya aparecen en la obra de este gaditano, quien ya avisaba en su libro del potencial y calidad de los vinos de España y Burdeos.

El preciado vino se guardaba en ánforas selladas, que indicaban en el sello la bodega, el origen y la cosecha (como ahora nuestras botellas), y ya entonces se acaparaban o pagaban precios desorbitados por caldos especialmente

buenos (también como ahora).

Aunque se fuera a beber el ánfora completa compartiéndolo con los invitados, el vino se servía en cantidades pequeñas. En teoría, lo mejor para poder apreciarlo era servirlo en cantidades más o menos de 5 centilitros que se vertían mediante cazos de esa capacidad en copas o vasos. Parece ser que ese cazo, o el vaso para el vino, se llamaba cyathos, de cuyo nombre y escasa medida derivan todavía hoy los «chatos» de vino de nuestros bares más castizos.

Más curioso aún es que del nombre de esos cyathos romanos viene nuestro verbo chatear, que en su origen (y hasta hace 20 años más o menos) era hablar mientras se tomaban unos vinos en el bar con los amigos, y ahora es mantener una conversación virtual vía internet o en el «wasap», o peores engendros, algo en lo que ni pensaban los romanos en sus sueños más locos, por muchos chatos de vino que hubieran ingerido mientras «chateaban».

Como es lógico, donde hay vino hay borrachines. Nuestro Marcial, en otro de sus epigramas, se refiere a un tal Acerra (Marcial a veces usaba nombres falsos para los personajes de sus epigramas), del que cuenta lo siguiente: «Quien crea que Acerra apesta a vino de ayer se equivoca; Acerra bebe siempre hasta el amanecer».

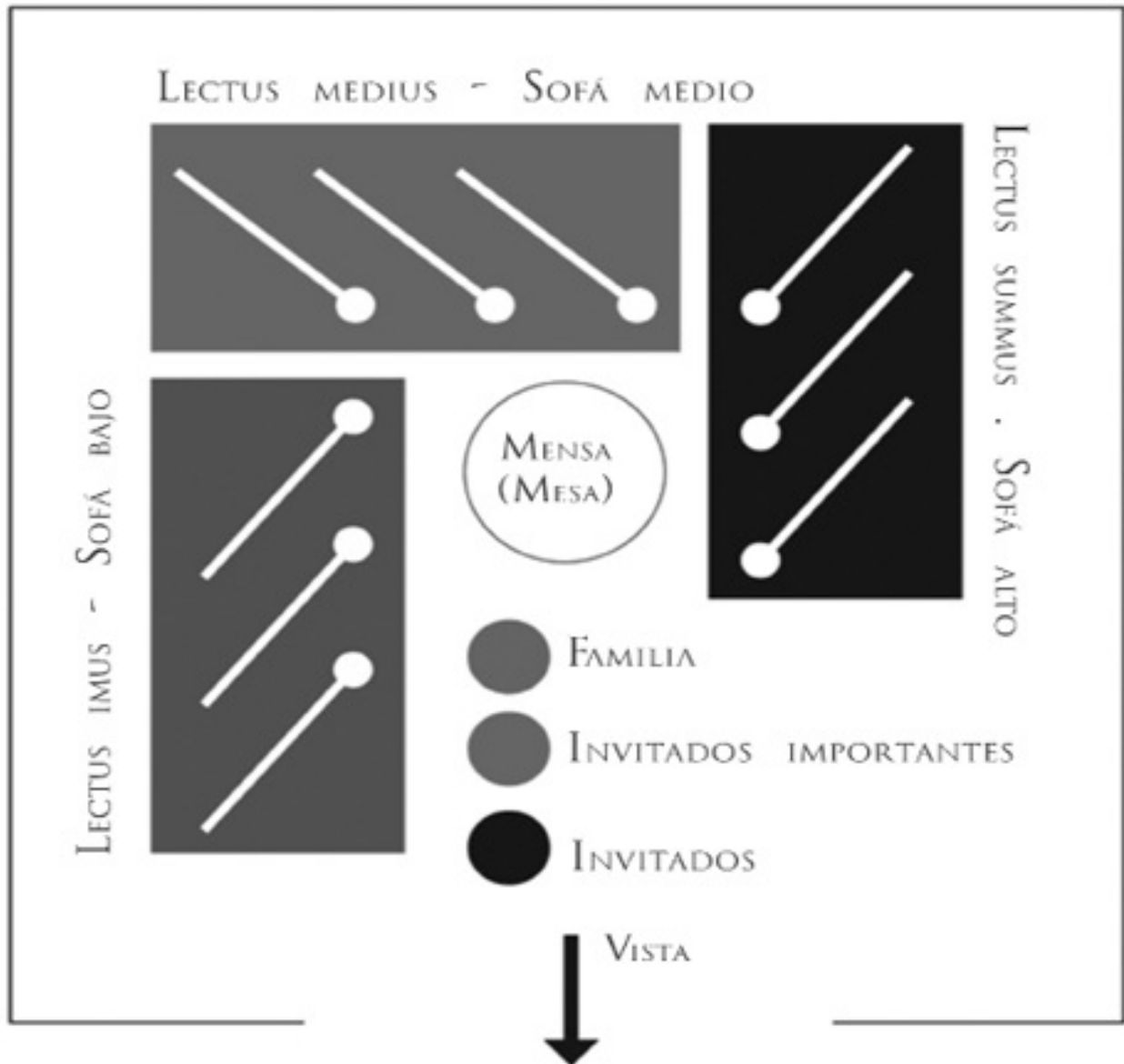
El vino se bebía en copas que, si el dueño se lo podía permitir, eran de vidrio. Material que, por cierto, nuestros antepasados romanos ya reciclaban. Cuando se rompía un objeto de vidrio se guardaban los trozos, que se entregaban al «vidriero ambulante», un mercader que los intercambiaba por una especie de cerillas primitivas hechas con hilos de lana o madera impregnados en azufre. El vidriero entregaba a su vez en los talleres de vidrio los trozos conseguidos, se los pagaban y eran utilizados para producir una nueva pieza.

La cena, que en latín se dice casualmente cena, era la comida más importante o elegante del día, en el sentido de que era la ocasión en la que se reunía toda la familia o se agasajaba a amigos que hubieran venido a casa, del mismo modo que ahora solemos invitar a cenar, no a desayunar o comer (eso es más para los negocios o para los domingos y con la familia en el sentido político y amplio de la palabra). «De grandes cenas están las sepulturas llenas» y, en general, las cenas en las casas pudientes romanas parece ser que eran opíparas (de ops, riqueza, y parare, proporcionar; propiamente, lo que

proporciona la riqueza). Famosos fueron los banquetes del personaje Trimalción, uno de los protagonistas del Satiricón, sátira escrita por Petronio sobre la sociedad romana del siglo I, o la frase del político y general republicano romano Lúculo (siglo I a.C.), cuando, una noche que no tenía invitados, sus cocineros le prepararon una cena normalita y él se enfadó y dijo: «¿No sabías que hoy Lúculo cena con Lúculo?».

Sea como fuere, se cenaba, al menos los que tenían algo que llevarse al plato, en el cuarto denominado triclinium, llamado así porque normalmente tenía tres lechos, tipo chaise longue, dispuestos en forma de «u», donde se acostaban para comer los invitados, con el lugar central reservado para el invitado de honor. Todos cenaban dispuestos y acostados de perfil alrededor de una mesa baja, como las nuestras de salón. Las mujeres o comían sentadas en escabeles o sillas, o a veces se recostaban junto a sus parejas, según lo «modernos» que fueran los anfitriones. Nuestro paisano Marcial nos dibujó varias cenas, como aquella en la que comentaba acerca de uno de los invitados lo siguiente:

Aquel que está recostado el último en el lecho medio, que se ha hecho la raya con ungüento en su calva de tres pelos y que excava y limpia con palillos su boca entreabierta, está fingiendo, Efulano no tiene dientes.



Forma de reclinarse en las chaises longues del triclinium y situación de los comensales según su importancia. La estancia se organizaba de forma que tuviera vistas a las flores y fuentes del jardín, si lo había; a las montañas, en los lugares más rústicos o al mar, en el caso de las lujosas villas costeras.

Comer sentado se consideraba un asunto de bárbaros, de andar siempre con prisa, o de luto. Se dice que Catón, el político de la historia del papelito en el Senado, enemigo de Julio César, juró que no volvería a acostarse a la mesa hasta que no regresara la libertad a la República, y así lo hizo, suicidándose a finales de la guerra civil (para evitar la ignominia de ser perdonado por Julio), sin haber vuelto a comer civilizadamente acostado.

Aunque lo que ha perdurado son las noticias de cenas pantagruélicas, lo

correcto sería pensar que habitualmente eran normalitas, como las nuestras. Cervantes, sobre las cantidades adecuadas que se deben cenar, comentaba unos siglos más tarde: «Come poco y cena menos, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago».

En cualquier caso, en las cenas de las casas «superguay», había incluso animaciones y entretenimientos al final y entre plato y plato, cuando actuaban cómicos y músicos, o lo más «in»: danzas de bailarinas. Especialmente famosos eran los bailes ejecutados con movimientos lascivos de brazos y piernas y acompañados de castañuelas, que eran especialidad de las mujeres naturales de Cádiz, en Hispania, y que sin duda alguna son antecedentes del baile flamenco. Estos bailes son muchos siglos anteriores a al-Ándalus y al supuesto origen árabe de este tipo de danza (solo que no disponemos de vídeos para probarlo, por más que busquemos en «youtube»). Juvenal en sus sátiras también menciona a estas mujeres:

Acaso esperes muchachas gaditanas que en coro se pongan a entonar lascivos cantos de su país y, enardecidas por los aplausos, exageren sus temblorosos movimientos de cadera.

Y parece ser que llegó a haber escuelas de «baile flamenco» en la antigua Roma, según dice Marcial:

En Roma enseñaban los bailes y las canciones de Cádiz desvergonzados maestros de danza.

No todo eran magníficas y amenizadas cenas. Los romanos, como nosotros, comían básicamente tres veces al día: el ientaculum o iantaculum (de donde procede nuestro arcaísmo «yantar»), que venía a ser más el bocadillo de la mañana que lo que nosotros llamamos el desayuno. Este «yantar» solía ser una comida ligera: bizcocho, pan, queso o pan tostado con ajo. La segunda comida se llamaba prandium (prandio, en italiano, sigue significando almuerzo), y era a base de fiambre y otros bocados rápidos. Entre horas se tomaban aperitivos o tentempiés, que se denominaban, casualmente, merenda, igual que nuestra merienda.



Una bailarina gaditana, puella gaditana, representada en un mosaico romano. Eran mujeres versadas en todo tipo de artes: música, danza, poesía, canto...

Y, finalmente, la ya mencionada cena, que se dividía en tres platos: la *gustatio*, que eran los entremeses o nuestro primer plato, compuesto normalmente por cualquiera de estos alimentos: huevos, verduras, aceitunas, lechuga, ajos, ostras, setas o conservas de pescado. El segundo plato o principal, llamado *primera mensa*, y que era el plato fuerte, consistente en carne y pescado de varios tipos, preparado de muy distintas formas, según la economía de la familia; y, por último, la *secunda mensa*, que sería nuestro

postre, compuesto de queso, frutos secos o fruta. Tras él se desarrollaba la sobremesa y se recitaban poesías o se disfrutaba de otro tipo de animación; ya, según el caso, el vino no se mezclaba con agua.

No todo eran platos hipercalóricos; sabemos que nuestros abuelos también hacían ensaladas y utilizaban, por ejemplo, distintas lechugas e incluso malvas. Insalare quiere decir echar sal (en salar) en vegetales, aunque también se le solía añadir a la ensalada aceite y vinagre. La ensalada César, en cambio, no se inventó en la antigua Roma, sino en Tijuana, México, por un cocinero italiano tocayo de César. En cuanto a especias, se comía la semilla de amapola añadida al pan antes de cocerlo, anís, comino, hinojo, menta y mostaza, además de la carísima e importada pimienta, que venía desde la India. No eran muy de carne los abuelos romanos, aunque la preferida era la del cerdo; después la ternera, el cordero y, finalmente, la de cabra, que se consideraba la más pobre. Conocemos más de cincuenta formas de cocinar el cerdo y más de seis nombres de salchichas o embutidos distintos. Si bien el pimentón vendría muchos siglos más tarde de América, por lo que, aunque hicieran salchichones, desconocían el chorizo, que tantos bocatas ha llenado desde que descubrimos los romanos españoles el Nuevo Mundo.

Cicerón, como buen estoico, y aunque disfrutaba como todos en las ocasiones gastronómicas, también critica el exceso de aficionarse a lo gourmet y a la buena mesa que tenía lugar ya en su época, el siglo I a.C.: «Debes comer para vivir, no vivir para comer».

Del mismo modo, resulta que a Woody Allen tampoco le gustan todas las exquisiteces, como le pasa con las ostras: «No comeré ostras. Me gusta mi comida muerta. No enferma. No herida. Muerta».

La cena tenía lugar alrededor de la novena o décima hora del día y duraba hasta la hora normal de irse a dormir o más allá. Las cenas de amigos que comenzaban antes de la hora novena se llamaban tempestiva convivía, por lo que fácilmente entenderemos el origen de nuestra palabra «intempestiva». Sobre todo, si se nos presenta alguien a cenar en casa, sin avisar, y después de las diez.

Los invitados y los participantes de la cena, al llegar al triclinium, eran descalzados por los siervos, que les lavaban los pies. Después, el anfitrión indicaba cómo iban a situarse los convidados en los divanes y se ofrecía a los asistentes una jofaina para lavarse las manos. Cuando todos los invitados ya

estaban acostados en los divanes y dispuestos para disfrutar de la comida en común, el anfitrión y los demás invocaban a los dioses agradeciéndoles los alimentos que iban a disfrutar, del mismo modo que en las casas de los creyentes se agradece a Dios, en una pequeña oración, el pan nuestro de cada día.

Cuando se celebraba un banquete especial, al menos antes del 200 a.C., época en la que no se solía disponer de «cocinero» entre la servidumbre, se contrataba a uno profesional, que acudía a la casa con su propio suministro, equipo humano e incluso vajilla, como actualmente hacen los modernos caterings. Parece que a finales de la República este tipo de negocio fue decayendo, ya que se puso de moda tener contratado en la propia casa a un chef de postín y a todo su equipo.

Con respecto al desayuno, Plinio el Joven (61-113), en una de las cartas al historiador Tácito (55-120) que se ha conservado, presume de que su tío, el naturalista Plinio el Viejo (23-79), desayunaba de manera ligera y sencilla, dando a entender que seguía la costumbre de los antepasados, a los que se suponía más frugales que los romanos del siglo I de nuestra era. Este Plinio el Viejo fue el escritor de la *Historia Naturalis*, una auténtica enciclopedia que ocupa 37 libros con todos los conocimientos disponibles en su época sobre: Arte, Astronomía, Botánica, Geología, Minería y Zoología.

Posiblemente es la obra más grande en volumen que ha sobrevivido de su época y es la guía en la que se han basado todas las enciclopedias posteriores en lo que se refiere a fuentes fiables, índice coherente, lista de autores citados, etc. Es probable que se publicara en el año 77, pero la muerte de Plinio el Viejo mientras observaba la erupción del Vesubio en el año 79 la dejó sin corregir y, de acuerdo con lo que él quería realizar, incompleta. Sabemos que las notas previas ocupaban 160 libros, ya que el legado (especie de gobernador) de la Hispania Tarraconensis de la época, Larcio Licinio, se ofreció a comprarlos por 400 000 sextercios, una pasta. Plinio los dejó en herencia a su sobrino el Joven, al cual también adoptó como hijo en su testamento, del mismo modo que Julio César había hecho años atrás con quien luego sería Augusto.

En su enciclopedia, Plinio se pregunta adónde iban a llegar con los adelantos en los viajes, comparando lo que habían vivido sus antepasados, con la facilidad para cruzar los Alpes y alterar la naturaleza en su época:

Nuestros abuelos veían como un prodigio el paso de los Alpes: Primero por Aníbal y más recientemente por los cimbrios⁵; pero en nuestros días esas mismas montañas son cortadas para producir miles de mármoles diferentes; (...) y la faz de la naturaleza está cambiando.

En esos días, cruzar los Alpes, aunque fuera por vías romanas, era todavía una aventura en la que se tardaba, desde Vienne a Milán, unos 21 días. No me imagino qué habría pensado Plinio del TGV o de los actuales túneles que atraviesan la cadena montañosa, como el de Base de San Gotardo, de 57 kilómetros de longitud, por el que los trenes de alta velocidad cruzan bajo la cordillera a 250 kilómetros por hora y tardan menos de 24 minutos en atravesarla. El túnel de carretera que discurre por debajo del Mont Blanc, de Chamonix (Francia) a Courmayer (Italia), es utilizado por cinco millones de coches y casi un millón de camiones cada año y tiene 12 kilómetros de largo.

Con respecto a los viajes en barco, Plinio fue almirante, pero el romano Julius Henry Marx, tocayo de Julius Caesar y más conocido como Groucho, no parecía disfrutar de los cruceros: «Estar en un barco es como estar en una cárcel, pero con la posibilidad añadida de ahogarse».

Además de algo tan pesado y enorme como la enciclopedia, los romanos inventaron el «wasap», o al menos, los SMS, siglas de Short Message Service, solo que ellos usaban tabletas de cera para escribirlos.



Tablet romana, pantalla de cera (10 pixels), stylus, etc. Duración batería: tres mil años si no hace mucho calor.

No me estoy viniendo arriba. Me explico: los romanos tenían unas tablets que consistían en una o dos caras de cera insertas en un marco/estuche de madera que se cerraba sobre sí mismo; esta tabla de cera se empleaba para

escribir con un stylus, o punta, recados, deberes en el cole y, sobre todo, mensajes. Una vez escrito el texto en cuestión, por ejemplo, «¿Nos vemos para cenar en mi casa?», la tableta se cerraba plegándola y era entregada a un mensajero, quien la llevaba a su destinatario. Este a su vez escribía debajo su respuesta: «Perfecto, allí estaré a las IX». Entonces, el mensajero regresaba al origen y ya está. Pero, a veces, la conversación podía continuar: «Perfecto, allí estaré a las IX. ¿Has invitado también a Marco?». Con lo cual el mensajero volvía a su origen, el primer redactor contestaba al segundo su pregunta y así todo el rato. Obviamente podían añadirse dibujos, ahora diríamos emoticonos, para que se entendiera el tono de lo escrito. O en plan «llevaré vino» (dibujando un ánfora).

Salvo por el tiempo en obtener respuesta y el material empleado, cera en vez de cristal líquido, no ha habido nada más parecido al sistema de comunicación que llamamos mensajería móvil en estos veintiún siglos. Por cierto, cuando se desarrollaron los actuales móviles, nadie pensó que eso de escribir en ellos iba a tener utilidad. ¿Qué sentido tenía escribir un mensaje si podía decirse y hablarse directamente todo? Pero resulta que los SMS se hicieron sumamente populares, para felicitar las Navidades, mandar chistecitos, etc. Y ahora, con WhatsApp y otros sistemas similares, estamos de nuevo recuperando el nivel epistolar de nuestros abuelos romanos. Incluso en su sistema arcaico romano también podía haber grupos, como en la citada aplicación, simplemente multiplicando el número de tabletas, mensajeros y receptores de un mismo mensaje: «Hola, Marco, ¿Nos vemos para cenar en mi casa?». «Hola, Sexto, ¿Nos vemos para cenar en mi casa?». «Hola, Marcia, ¿Nos vemos para cenar en mi casa?». Y así, sucesivamente, en cada tableta. Incluso usando una sola tableta, el mensajero podía ir recorriendo la ciudad sumando las respuestas obtenidas, y, al retornar al emisor, este podía saber quién cenaba esa noche en su casa, quién tenía dudas o quién no podía.

Los romanos se desplazaban a todo lo largo y ancho de los países ribereños del Mediterráneo, a veces solos, a veces por lugares donde Roma era solo una lejana leyenda. Sabemos lo que tardaban las cartas: por ejemplo, de Roma a Brundisium (actual Brindisi), separadas por 630 km: seis días. Hasta Tarraco (Tarragona), 21 días, y hasta Siria, 50. No está mal, pero hoy, con el e-mail, una carta tarda desde Roma a cualquier parte..., ¿cuánto? La Universidad de Stanford (Estados Unidos) ha desarrollado una web, Orbis, en

la que se puede calcular yendo por calzadas, ríos y mares, lo que se tardaba en la época romana de una ciudad a otra, incluyendo el gasto en denarius, grano para la mula, etc., y según la época del año. Es muy curiosa y merece la pena la visita.

Los romanos, al menos los del último siglo antes de Cristo, eran muy aficionados a escribirse cartas; sobre todo, si tenemos que juzgar este dato por los montones que nos han llegado de personajes como Cicerón, quien, en una ocasión, reprendiendo a su amigo Ático porque no le mandaba noticias, le escribió: «Aunque no tengas nada que escribir, escíbeme diciéndolo».

Hace solo 30 años eso del e-mail era ciencia ficción. No nos olvidemos ni nos las demos de modernos. De Roma a Tarragona un avión tarda hoy algo más de 45 minutos sin meter caña, y eso sí es un avance, porque hace solo 100 años se empleaba casi el mismo tiempo que el que tardaban nuestros abuelos romanos en recorrer las mismas distancias. Aunque eso de viajar y de conocer mundo no les gusta a todos por igual. Woody Allen, dijo al respecto:

Me llama enormemente la atención la gente que quiere viajar y conocer el universo, cuando ya de por sí es bastante fácil perderte en el barrio chino.

En cambio Cervantes, sobre viajar, opinaba sabiamente: «El andar tierras y comunicar con diversas gentes hace a los hombres discretos». E insiste: «El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho».

Como los viajes eran largos, había que tener lugares seguros donde pasar la noche, comer, etc. Eso era más o menos fácil mientras fueras por una vía romana o te movieras en una zona civilizada. Podías contar con las casas de tus amigos, también con las mencionadas ventas o mansionis..., pero cuando estabas, por ejemplo, en la Hispania Ulterior, perdido por las cercanías de Cádiz, pues ¿qué hacías? Para garantizarse un hospedaje cómodo y de confianza, los romanos inventaron el intercambio de domicilios o de casas, solo que ellos no tenían internet ni podían reservar en Airbnb, y entonces lo llamaron intercambio de hospedaje o derecho de hospedaje.

Hospes, en latín, significa anfitrión y huésped, según el contexto de la frase, igual que, curiosamente, todavía sucede en el inglés, donde host significa también ambas cosas. Hospitium, de donde viene nuestro hospicio, hospital, e incluso hostel y hotel —previo paso por el francés—, es, en latín, tanto el lugar donde uno se cobija como el derecho a hacerlo. Cuando un viajero recorría una zona «inhóspita» (ojo, lo que quiere decir in-hóspita) por

primera vez, llegaba a un acuerdo de intercambio con el propietario de una casa donde le ofrecieran hospedaje, como si fuera un concursante de Pekín Express. Es decir, una vez llegado a la puerta de la casa que le pareciera adecuada, se presentaba como hombre de paz, y una vez aceptado en la casa extranjera, le ofrecía a su anfitrión que, a cambio de su hospitalidad, si alguna vez él o alguno de sus familiares visitaba un lugar donde el viajero poseyera una casa, recibiría en compensación exactamente el mismo trato que generosamente se le entregaba.

Para demostrar el derecho a hospedaje recíproco, se realizaba un documento imperecedero, equivalente a la reserva que guardamos en la app del móvil, solo que fabricado normalmente en cerámica y firmado por ambos propietarios. Este documento, por cierto hereditario, se llama tessera hospitalis y reconoce a su portador, en las posesiones del primer viajero, los mismos derechos que su anfitrión le ofreció acogiéndole en su casa esa primera vez. Por ese motivo, huésped y anfitrión significan lo mismo en romano antiguo. En castellano, todavía en el diccionario de la Academia, huésped significa ambos conceptos, el alojado y el que aloja, pero está claro que ya no somos tan hospitalarios, con o sin tésera. La protección, por supuesto sagrada, brindaba al huésped o al poseedor de este documento, además de la mejor hospitalidad, asesoría legal, ayuda médica, provisión de fondos para seguir viaje en caso de haberlos perdido, gastos de funeral, etc. Vamos, como Europ Assistance, pero en latín.

Hay que tener en cuenta lo largo y complicado de los viajes, así que un romano, descendiente de aquel viajero perdido por las cercanías de Cádiz podía encontrarse, un porrón de años después, con un descendiente de quien hospedó aquella vez a su bisabuelo, llamando a su puerta en Roma y presentándole la tessera hospitalis, para pasar una temporadita de estudios en la capital, por ejemplo.



Tessera hospitalis, documento acreditativo de un intercambio de casa. Uno de los firmantes del pacto guardaba una tésera que se podía unir y casaba con la parte que conservaba el segundo firmante, demostrando así su autenticidad. Inscripción: TESSERA · HOSPITALIS · / CUM · P · TVRVLLIO · P · F · / MAI, que se traduce como «Tésera de hospitalidad con Publio Turulio, hijo de Publio de la tribu Mecia». Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

Por supuesto, si el dueño de la casa no estaba, el viajero con la tésera tenía

derecho a hospedaje igualmente, y la servidumbre le atendería en consecuencia lo mismo que si fuera el dueño. Vamos, que eso de dejarle tu casa a otro, no es tan antiguo ni hizo falta internet para que a alguien se le ocurriera. Aunque al final, como en casa de uno, en ningún sitio. Terminemos este repaso a las casas y cosas de nuestros abuelos con otra de las sabias frases de nuestro Cervantes: «Sabe más el tonto en su casa que el sabio en la ajena».

² El artículo completo está disponible en:

<http://www.elmundo.es/cultura/2017/08/20/59987fad268e3e9e628b4681.html>.

³ Boreas era el viento del norte en la mitología griega; el portador del invierno (de ahí nuestro «boreal», para referirnos al norte o a la Aurora del polo norte).

⁴ Toda la información en la web de la ONU: www.un.org/es

⁵ Un pueblo germano. (N. del A.).

IV

¿SALIMOS?

Las calles, el urbanismo, las restricciones al tráfico,
los espectáculos y los parques.

Las calles están llenas de jóvenes tocando el tambor vestidos como los
bárbaros y cantan hasta la madrugada y molestan a los vecinos.
Amiano Marcelino, siglo IV

He salido más noches que el camión de la basura.
Leo Harlem, siglo XXI

LOS ANTIGUOS ROMANOS AMABAN SU CIUDAD, paseaban por ella y la consideraban el mejor lugar del mundo. A pesar de sus enrevesadas calles, su desordenado urbanismo y su poca majestuosidad, comparada, por ejemplo, con Alejandría. Cada uno debe amar su patria chica y las calles por donde corrió de niño, y por eso los abuelos romanos amaban su urbe. Los estudiosos de entonces consideraban científicamente que Roma era el centro geográfico del mundo y que su ubicación evitaba el extremo frío o el excesivo calor. Además, los romanos de esa época se sabían libres por ser ciudadanos de Roma y por estar en el meollo de la cuestión, allí donde se decidía todo y donde todo ocurría: en «la corte de los milagros», en «la gran manzana».

Nadie les mandaba, nadie, ni un cónsul era más que cualquiera de ellos y, además, con su voto podían decidir (al menos durante la República) quién gobernaría la ciudad, la propia República o quién mandarían los ejércitos romanos, la mejor infantería del mundo hasta que los Tercios españoles lucharon en la misma tierra un montón de siglos más tarde. Con razón, pues, los abuelos romanos se consideraban mejores que los habitantes de otras ciudades, especialmente de aquellas que no formaban parte del mundo romano, de la verdadera civilización. Vitruvio, que ya dijimos fue el más famoso arquitecto de la Antigüedad, y cuya obra todavía vigente se estudia en las universidades de todo el mundo, apuntaba:

Es un hecho geográfico indiscutible que el mejor sitio para vivir, ocupando el justo punto medio, y perfectamente ubicado en el centro del mundo, es el lugar donde el pueblo romano tiene su ciudad.

Los romanos de antes amaban su estilo de vida, sus casas, sus cenas, sus calles llenas de flores y plantas en los balcones de las ínsulas, el ajeteo de las tiendas, el sonido del agua en las fuentes..., miles de personas de todo el mundo yendo de aquí para allá, los candidatos de las elecciones haciendo sus discursos, juegos en el circo, el bullicio y ajeteo de la única ciudad verdaderamente libre del mundo; una ciudad a la que acudían gentes de todas las razas a tratar sus negocios o a maravillarse del Coliseo, el Circo Máximo, las bibliotecas, los foros... Nuestro Marcial también dejó al respecto un epigrama, serio, puesto que es al mismo tiempo una alabanza al César, en este caso al emperador Domiciano (51-96):

¿Qué pueblo hay tan apartado, qué gente tan bárbara, César, de la que no haya espectadores en tu ciudad? Ha llegado el labrador tracio desde el Hemo de Orfeo; ha venido también el sármata alimentado con la sangre de sus caballos; y el que bebe las primeras aguas del Nilo conocido, y aquel a quien zarandean las olas del océano más remoto.

Lo mismo podría haber dicho esto Marcial en su época, en el siglo primero, que ayer por la tarde, ya que, por ejemplo, en el año 2016 se batió el récord de visitantes al anfiteatro Flavio, más conocido como el Coliseo, alcanzándose la cifra de 6 408 852 personas que hicieron cola y pagaron por verlo. Los beneficios de las entradas, solo en este monumento, se calculan en unos once millones de euros por año, lo que da una idea de los visitantes que recibe cada día la Ciudad Eterna y de lo rentable que puede resultar la preservación del patrimonio.

La propiedad privada y el propio patrimonio eran ya un derecho de cualquier abuelo romano, que en su propia casa podía disfrutar de lujos inexistentes en muchos palacios del mundo antiguo. Lujos tan civilizados como el agua corriente.

Pero en la calle también hay agua. Fuentes en las esquinas principales, once enormes acueductos... Salgamos a dar un paseo. A pesar de lo que dijo Vitruvio sobre que no hace aquí ni mucho calor ni mucho frío, no hay que tomarlo todo al pie de la letra y, si es verano, seguro que hace bochorno (del latín *vulturnus*, viento del sur), o, si es invierno, lo mejor es que antes de salir

nos abriguemos un poco, por ejemplo poniéndonos, para no pasar frío en las piernas bajo la túnica, unas medias o calcetines, palabras que, por cierto, tienen también una curiosa historia.

Los romanos llamaban *calceus* al calzado en general. Cuando aprendieron de los germanos el uso de los calcetines, los denominaron con un derivado del nombre que para los ellos tenían los zapatos, algo así como «calzas». En la Edad Media, esta prenda se fue alargando desde los pies hasta la cintura, manteniendo el mismo nombre de calzas hasta que, en el siglo XVI, se dividió en dos partes para mayor comodidad al vestirse. La superior, que cubría de la cintura a los muslos, mantuvo el nombre de calzas o calzones, mientras que la mitad inferior, que cubría una longitud variable de las piernas y los pies, pasó a denominarse calcetas o medias calzas, término que, con el paso del tiempo, derivó en «medias», a secas, o «calcetines», diminutivo de calcetas si son por debajo de la rodilla. En algunos países de Latinoamérica «calzones» denomina todavía tanto la prenda interior masculina como la femenina. Los slips son una maldición y acabarán con la libido de la raza humana.

Volviendo, con calzas o sin ellas, a Roma, podemos nada más pisar la calle comprobar que la mayor parte de las que hay en la gran urbe (de *urbs*, ciudad) y en las demás ciudades, aunque sean de provincias, tienen todas las calzadas pavimentadas. O mejor dicho, empedradas con adoquines. Además del pavimento, que sería inútil buscar en ningún rincón de nuestras ciudades hasta hace 200 años como pronto, un par más de elementos nos llamarían la atención, por «modernos y actuales»: por ejemplo, en las ciudades romanas de hace 2000 años ya hay aceras, para que los peatones puedan circular con seguridad y comodidad.

Efectivamente, para proteger a los transeúntes del tráfico rodado y facilitar la limpieza viaria, se construían esas pasarelas adosadas a los edificios y más altas que la calzada, por donde ahora caminamos como si tal cosa por nuestras ciudades, pero que no volvieron a nuestras calles hasta bien entrado el siglo XIX. De hecho, en Latinoamérica se las denomina de diversas maneras en los distintos países, porque, simplemente, no existían en tiempos de la colonia. En México y Guatemala se llaman banquetas; en otras partes, andenes o veredas, y en España, aceras. En Madrid, las primeras se instalaron parece que en las calles Carretas y Montera en 1834, y en el resto de la

ciudad en 1863, cuando el Ayuntamiento obligó a los propietarios de los inmuebles a construir (corriendo ellos con los gastos) «tres pies de acera delante de sus fincas y en toda la longitud de la fachada de la calle». Nos consta por un documento conservado en el sur de Italia y citado por Mary Beard en su libro Pompeii de 2008, que en la antigua Roma eran también los propietarios los encargados de instalar y mantener las aceras. Si no las tenían en condiciones, el «Ayuntamiento» las arreglaba, cobrándole al dueño de la casa la reparación y una estupenda multa.

Aunque más curioso todavía que lo de las aceras es contemplar en las calles romanas, como todavía hoy podemos hacer por ejemplo en Pompeya, auténticos pasos de cebra. Tal cual. Estos, contruidos con losas de piedra cortadas rectangularmente y colocadas de forma perpendicular al tráfico, eran de la misma altura que las aceras y servían para que los peatones pudieran cruzar cómodamente la calzada, mientras que los carros, ante el obstáculo, tenían que frenar necesariamente para alinear y pasar sus ruedas por los carriles que quedaban abiertos entre las losas. Nuestros pasos de cebra son iguales, solo que no son de piedra, sino de pintura y, por lo tanto, están pintados y no sobresalen del suelo, con lo que es mucho más peligroso cruzarlos a pie, como es fácil comprobar varias veces al día y mucho más por la noche.

Los pasos de cebra fueron rescatados de la historia de Roma y puestos de nuevo en nuestras calzadas solo a partir del año 1949, hace apenas un rato, en el Reino Unido, donde por cierto está el más famoso del mundo: el que cruza Abbey Road en Londres, pero que, salvo porque está pintado en la calzada y lo pisaron los Beatles, es igual, igual que cualquier paso de cebra romano antiguo.



Paso de cebra romano realizado en piedra en una calle de Pompeya, mucho más efectivo que los actuales, solo pintados.

Ya que estamos cruzando la calle, fijémonos en el tráfico, que siempre es un problema en las grandes ciudades y en la Roma de antes no va a ser una excepción. Desde que lo ordenó Julio César en el siglo I a.C., en Roma había restricciones de tráfico en el centro. En serio. El tráfico rodado estaba prohibido durante el día (excepto por algunas —cuatro, concretamente— excepciones religiosas o para el mantenimiento de servicios públicos de la ciudad). Es decir, los vehículos con ruedas solo circulaban por la noche. Aquellos que no hubieran podido retirarse antes del alba, debían permanecer vacíos y estacionados.

El emperador Claudio (sí, el de Yo, Claudio) extendió esta prohibición a toda Italia, y Marco Aurelio (recordemos que es el anciano César que muere al principio de *Gladiator*), a todas las ciudades del Imperio; lo cual quiere decir que el tráfico rodado ya era un problema 1900 años antes de que el primer automóvil hollase nuestras calles, y que ya se hacían intentos por solucionarlo. Adriano incluso legisló sobre el tamaño y peso de las carretas a las que se permitía entrar en la ciudad, aunque fuera por la noche, del mismo modo que ahora está prohibido que, por ejemplo, los trailers entren en las

nuestras. Según muchos estudiosos, ya había entonces calles de sentido único, para facilitar el tránsito de tanto carro sin «marcha atrás».

Incluso había bolardos para reforzar esa medida, como podemos contemplar por los que han sobrevivido en Pompeya. Ahora los bolardos son otra vez célebres en nuestras ciudades porque, tristemente, tenemos que instalarlos para evitar que descerebrados terroristas, invocando una supuesta guerra santa, atropellen a los peatones, como ha ocurrido en Niza, Londres, Berlín, Barcelona, etc.

Además, la plaza principal, el centro-centro —el foro— de cada ciudad romana antigua era peatonal (lo juro). Para garantizar esta restricción no era necesario ni poner policías, puesto que el pavimento se elevaba unos treinta centímetros sobre la calzada, hasta alcanzar la misma altura que las aceras, impidiendo de esta manera tan drástica y efectiva que los vehículos la cruzaran o subieran a ella de algún modo. En el foro solía situarse el edificio del Gobierno —donde se reunía el Senado de la ciudad— el templo principal, los juzgados y el mercado, como en nuestras plazas suele estar el ayuntamiento, a veces la iglesia o la catedral y antiguamente (todavía en los pueblos pequeños) se instalaban los puestos del mercado, bajo unos soportales muy parecidos —sospechosamente parecidos por idénticos— a los de los foros romanos.

En la copia del siglo XVIII de unos frescos de Pompeya, hoy casi borrados, se conservan escenas cotidianas de la vida en el foro, con detalles muy «cercaños»; desde un vendedor callejero de ferretería que se ha quedado dormido y un cliente le despierta amablemente, hasta un niño pidiéndole «apa» a su madre o cuidadora. Entre las figuras pintadas destaca un «perroflauta» o un mendigo con perro y flauta, al que una señora da una moneda. Todo sucede, entonces, de modo muy parecido a lo que veríamos en la plaza uno de estos días.

En algunas calles, como también podemos contemplar en Pompeya, había incluso bancos para sentarse. Los que han sobrevivido son de piedra. Pero nada hace suponer que no los hubiera más precederos, de madera. No sabemos si por las noches salían allí a sentarse los vecinos, como todavía hacen en algunos pueblos en el verano, pero al menos servían para sentarse, a veces a la sombra, porque parece que se tendían toldos de lado a lado de la calle para evitar la calorina.

Las ciudades planificadas romanas o el ensanche de las mismas, como podemos contemplar por ejemplo en el trazado urbano de Verona, son de plano hipodámico (por el arquitecto Hipódamo de Mileto) u ortogonal, que es aquel en el que todas las manzanas son cuadradas. En todas las ciudades hay dos tipos de avenidas, las llamadas por los abuelos romanos *cardus*, que cruzan la ciudad de norte a sur, y las *decumanus*, que atraviesan la ciudad de este a oeste. Donde se cruzan las dos más amplias —*cardus maximus* y *decumanus maximus*— se sitúa el foro o la plaza.

Esta distribución urbanística romana fue la que aplicó España en las ciudades que fundó en América, la misma de los ensanches del siglo XIX en Barcelona y Madrid, por ejemplo, y todavía es la que se sigue considerando mejor para el diseño de una ciudad. Si caminamos por Manhattan, Lima o Buenos Aires, recorreremos una planificación urbanística y un trazado de calles idéntico al diseñado por nuestros abuelos arquitectos romanos, en el que cualquier ciudadano de la Roma de Augusto hallaría fácilmente una dirección. Máxime porque ahora numeramos las casas, cosa que, aunque se utilizaba en Alejandría, no sucedía en otras ciudades ni en Roma, donde para dar una dirección se hacía como en los pueblos, recurriendo a expresiones como junto al templo tal o pasado el bar cual... o donde un árbol, como la calle del Peral, donde vimos que vivía nuestro Marcial. Todavía en el siglo XVIII, en Madrid, en la Visita General que ordenó Carlos III para hacer un censo de los edificios y propietarios de las manzanas de la villa, se intentó poner una numeración a cada puerta, pero como se dio número a cada manzana y dentro de esta a cada casa, en vez de numerar los portales por calles, pues tampoco sirvió de mucho; como en Venecia, donde todavía hoy las casas se numeran por barrios y no por calles, con el consiguiente lío. Juvenal, en un epigrama en que se burla de un amigo que tiene varias viviendas, nos indica, sin proponérselo, cómo se daban las direcciones en la antigua Roma. Curiosamente las cartas llegaban. No sabemos cómo:

Tienes una casa en el Esquilino, otra en la colina de Diana y en la calle de los patricios tienes también un techo que te cobija. Dime pues dónde puedo encontrarte, dónde puedo buscarte. Quien habita en todas partes, Máximo, no vive en ningún lugar.

En Roma había varios foros construidos junto al foro original, cuyas ruinas pueden más o menos visitarse todavía (parte está bajo la avenida). El

más grande fue encargado por Trajano (el emperador romano de Santiponce) en el año 114 de nuestra era (867 desde la fundación de Roma), foro que, además de dos enormes bibliotecas, una para los libros en latín y otra para los libros en griego, tenía lo que hoy llamaríamos un centro comercial, con más de 150 tiendas repartidas en seis plantas, donde se vendía de todo de todo: joyas, moda, cacharrería, perlas, flores, comida gourmet, etc.

Por cierto, que en la antigua Roma llegó a haber 28 bibliotecas públicas. En una biblioteca buena podían encontrarse unos 200 000 libros. Ricardo de Fournival, canciller de la catedral de Amiens a mediados del siglo XIII, se ufanaba de contar en la biblioteca catedralicia con ¡¡¡más de 300 libros!!! Tan importante era esta biblioteca para el París medieval, que, cuando Fournival falleció, su colección sería el origen de la biblioteca de La Sorbona, actual universidad establecida en la ciudad en 1257, originalmente como casa de estudios para clérigos. Por supuesto, eso de «bibliotecas públicas» sería una utopía en nuestras ciudades hasta, como pronto, la España de 1869, cuando se fundan las bibliotecas populares con los libros existentes entonces en el depósito del Consejo de Instrucción Pública. En Argentina, la Biblioteca Pública fue creada por Sarmiento en 1870 y, en México, por poner otro ejemplo, en 1921, por iniciativa de José de Vasconcelos (1882-1959).

Desde más o menos el 131 antes de nuestra era, se publicaba en Roma el Acta Diurna, que era una especie de periódico que se fijaba en las paredes del foro con las principales noticias de la ciudad. En el 59 a.C. Julio César hizo que se publicara también el Acta Senatus, donde se reproducían las actas de las sesiones del Senado. Parece que hubo un tercer periódico, el Acta Diurna Populi Romani, que daba cuenta de nacimientos y fallecimientos, sucesos o ventas, y contenía un poco de publicidad, según algunos. Los encargados de su redacción, siguiendo siempre ordenes de la autoridad competente, se llamaban diurnarii, antecesores muy lejanos de nuestros periodistas (journalists en inglés, con la misma etimología). Las Acta se copiaban para la transmisión de noticias importantes por los demás municipios romanos, y así en provincias se informaba al pueblo de las victorias de los ejércitos romanos o del nombramiento de un nuevo emperador, por ejemplo. Al pie de los textos de las Acta siempre se añadía la frase: Publicare et propagare, es decir, publicar (hacer público) y propagar.

Además de estos, digamos, periódicos antiguos, los romanos se enteraban

también de las noticias, como vimos en la magnífica serie de 2005 Roma, a través del pregonero, como en nuestros pueblos hasta hace muy poco. Al pregonero romano, encargado de ir por las plazas recitando la información, se le llamaba praeco. También había otra gente que recorría la ciudad gritando noticias, los strilloni, que anunciaban comercios, ofertas o lo que fuera a cambio de dinero, es decir, hacían publicidad; eran como los antecesores de los personajes de la serie Mad Men, pero sin tabaco ni trajes. Por cierto, que la palabra strilloni se quedó en el idioma italiano para designar a los vendedores ambulantes de periódicos. De ese nombre viene «estridente».

Las calles en Roma podían ser peligrosas de noche (como las nuestras), no solo por el tráfico relegado a esas horas (los carruajes no tenían faros de leds autorregulables ni nada parecido), sino porque la ausencia de alumbrado público las podía convertir en terreno propicio para los sicarii (asesinos, como los actuales sicarios); effractores (ladrones, de donde procede nuestra palabra infractores) y raptores (agresores, como los dinosaurios velocirraptores de Jurassic Park, que serían literalmente agresores rápidos, más o menos). Esto a pesar de que había desde tiempos de Augusto un cuerpo municipal de vigiles (vigilantes), encargados de la policía (limpieza, en su sentido más amplio) y de intervenir como bomberos en caso de incendio. De nuevo habrá que esperar hasta el siglo XIX para que en nuestras calles reaparezca este servicio público. Y también por entonces a alguien se le ocurrirá poner luz de noche en todas las vías para hacerlas, según esto y teóricamente, más seguras.

El gobierno municipal de Roma lo ejercían normalmente en tiempos republicanos dos ediles (del latín edil) elegidos anualmente y encargados, entre otras cosas, de organizar de su bolsillo los juegos, es decir, las ferias anuales de la ciudad. En otros municipios, el gobierno correspondía a dos duumviri, apoyados por un Senado municipal que sería lo más parecido a nuestro pleno del Ayuntamiento. El gobierno era ejercido por dos personas a la vez porque, como veremos, a los antiguos romanos, al menos en tiempos de la República, no les gustaba nada eso de que el poder estuviera en manos de una persona sola, salvo del general en la guerra. La función del Gobierno municipal era muy similar a la de ahora: se encargaba de garantizar los pesos y medidas en el mercado, de la red de saneamiento, de reasfaltar las calles que lo requirieran, de organizar los espacios públicos, etc. De vez en cuando,

incluso en la antigua Roma las cosas se salían de madre, y era necesario que, si los ediles no habían sido lo suficientemente diligentes, autoridades más altas tomaran cartas en el asunto, como ocurrió en tiempos de nuestro Marcial, cuando el propio emperador intervino para reordenar los espacios públicos de la ciudad ocupados por la venta ambulante, cuya presencia también entonces era un problema:

Se había apoderado de toda la ciudad el vendedor eventual y en el propio umbral de uno no había umbral ninguno. Ordenaste, Germánico, que se ampliaran los pequeños barrios y lo que poco ha había sido una senda se ha convertido en una avenida. Ni un solo pilar está todo él ceñido de botellas encadenadas, ni el pretor se ve obligado a caminar por medio del barro, ni se saca en medio de la apretada muchedumbre una navaja escondida, ni una negra cocina ocupa las calles enteras. El peluquero, el tabernero, el cocinero, el carnicero respetan sus propios umbrales: Ahora es Roma, no hace nada ha sido una gran tienda.

Pocos años antes nuestro Séneca se quejaba de los ruidos de la gran ciudad y del comercio ambulante cuando decía que «hasta los depiladores ofrecían a grandes gritos su servicio callejero, solo callando cuando finalmente lo ejercían, porque entonces hacen gritar a sus pobres e incautos clientes».

Se conservan en bronce gran parte de las leyes municipales de Irni (ciudad desconocida, de la Bética hispana) del año 91, cuyo resumen nos llama la atención por lo moderno, sobre todo en el aspecto de prohibir a los gobernantes y a sus familias adjudicarse o participar de los negocios del municipio, algo que parece que nuestros ediles de los últimos años, no han aprendido, y eso que las leyes llevan dos mil años repitiéndoselo.

El primer capítulo conservado se refiere a los duunviros, ediles y cuestores. Se prohíbe específicamente la intervención de los magistrados y de sus familiares en concursos y contratos públicos. Además, los cargos elegidos, una vez terminado su mandato, tenían que presentarle las cuentas al Senado municipal quien debía aprobarlas o, en su caso, llevar a juicio al que hubiera abusado de su cargo. La ley sobre la limpieza de los contratos públicos dice específicamente (tabla XC):

En los casos en que beneficios públicos o contratos sean llevados a cabo por el municipio Flavio Irnitano, ningún duunviro, edil o cuestor o hijo o nieto o padre o abuelo o hermano o secretario de ninguno de ellos podrá alquilar o vender nada al municipio ni ser socio de quien lo haga ni tomar ninguna parte en ello. (...) Si alguien

infringiera esta ley, será inmediatamente condenado a pagar el doble de la suma del contrato denunciado. La acción legal la podrá llevar a cabo cualquier ciudadano.

Si siguiera en vigor, creo que mejor nos iría. Con razón desconocemos esta ciudad, alguien se encargó de ello.

Ya que estamos paseando por la calle o deambulando (del latín *ambulare*, origen también de nuestra palabra *ambulancia*), compremos por lo menos un poco de pan (*panis* en latín), un par de panes redondos, por ejemplo. Los panes y las barras (*pistolas*, *baguettes*, etc.) tienen unas hendiduras diagonales, que se hacen sobre la masa antes de cocerla para que no quede cruda por dentro. A lo mejor nunca te habías fijado. Tienen esas hendiduras tan prácticas porque en Roma ya se cocían así y, desde entonces, todo el pan, sobre todo de barra, que se hace en el mundo, incluidas las francesas *baguettes*, se cuece de la misma manera.

Antiguamente, en la Roma muy primitiva, la harina no se molía, sino que se machacaba y se mezclaba con agua para obtener una especie de gachas llamadas *puls*, como el *poultice* inglés. A partir de al menos el 171 a.C., se conservan ya restos de panaderías donde por fin se amasaba, cocinaba y vendía el pan como ahora, con levadura, agua y sal. Por cierto, que compañero viene de *compañía*, que sería la acción de comer de un mismo pan (*con-pan-ero*), así que si compartimos un pan somos compañeros. *Satélite* (*satelles-satellitis*) quiere decir en latín lo mismo, compañero (también *guardaespaldas*, como *Kevin Costner*), y en ruso, *sputnik*, que fue el primer satélite, tiene esa mucho más poética traducción. Así pues, el *Sputnik* fue el primer compañero y el primer *guardaespaldas*, creado por el hombre, de nuestro planeta Tierra.

Se conservaron entre las ruinas de Pompeya algunas hogazas de pan, más bien planas y con las ranuras semejantes a las de las barras comentadas. Normalmente, en cualquier panadería, además de pasteles dulces y salados de todo tipo, se vendía pan al menos de tres clases: el *panis siligineus*, que era más o menos como el nuestro integral; el *panis rusticus*, elaborado con harina gruesa y/o salvado, y el pan blanco, de trigo refinado y, más o menos, como el nuestro. Las panaderías también realizaban entregas a domicilio, vamos, como si pidiéramos una *pizza*, aunque si los romanos la conocían (la *pizza*) esta no tendría tomate, ya que el tomate es originario de América y los romanos españoles no lo trajimos a Europa hasta 1500 años más tarde.

Los hornos romanos que se han conservado normalmente eran de panaderías y todavía funcionan perfectamente, como podemos comprobar, por ejemplo, en algún asador castellano. Además, su funcionamiento es insuperable y no ha sido mejorado desde el siglo I. Si tomamos un asado realizado en un horno «romano» igual que los que tenían en sus domus o en la panadería de la esquina nuestros abuelos romanos, estaremos disfrutando de uno de los mejores inventos de la historia, que no ha cambiado nada desde hace dos mil años y que deja el cordero o los cochinitos exquisitos y crujientes; vamos, cojonudos.

A lo mejor en una esquina o en el Campo de Marte, después de habernos comido el panecillo, podemos también acudir a una subhasta, donde siempre se encuentra algún chollo. No, no está mal escrito, es que los legionarios licenciados vendían al mejor postor el botín obtenido en sus campañas exhibiéndolo en el suelo debajo de su lanza (hasta) clavada en la tierra, por lo que sub (bajo o debajo) hasta (lanza) quiere decir «bajo la lanza», simple y llanamente.

Aunque nuestras subastas sean ahora más «exclusivas» a pesar de haber perdido la «h», siempre tan fina, o normalmente no tengan lugar en la calle, sino en locales «supermegaestupendos», cuando acudimos a una, incluso en Sothebys, estamos haciendo lo mismo que nuestros abuelos romanos hacían delante de la lanza de algún soldado humilde y veterano. Por eso las seguimos llamando igual.

La lanza, por cierto, tenía una pieza metálica para equilibrarla en su parte inferior a modo de casquillo largo, que se llamaba desde los tiempos de Grecia regatón. Afortunadamente no tiene nada que ver con el estilo de música cansino que parece gustar a los adolescentes en nuestros días, aunque a alguno de sus cantantes no estaría de más ponerlo bajo una lanza (es broma, creo).

También, si no es un día feriado o infausto, seguro que hay algún juicio (los juicios en Roma eran todo un espectáculo) o algún orador propone una nueva legislación en la Rostra, que es la tribuna desde donde se declamaban en el foro los discursos al pueblo. La Rostra se llamaba así no porque cualquiera por la cara pudiera subir allí, que también, sino por ser una tribuna que, al parecer, se había decorado con mascarones de proa (rostras) de naves enemigas capturadas hacía mucho. Se podía subir, en plan

«micrófono abierto», y pronunciar un discurso o un monólogo. Allí, desde luego, Goyo Jiménez habría triunfado. El éxito de los oradores, como nos recuerda Carlos Goñi en su citado libro *Una de romanos*, se medía, como ahora en la tele, por la cuota de audiencia o por la cantidad de gente que uno conseguía reunir para escuchar su disertación. Incluso había quienes contrataban público de pega para que les aplaudiera y jaleara sus discursos, que el orador publicaba después ya corregidos y mejorados.

Para disfrutar del ocio (*otium* en latín), nuestros antepasados, además de ir a cenar a casas de amigos o recibir en la propia, podían, por ejemplo, ir al teatro (del latín *theatrum*), donde los asientos buenos estaban numerados, las entradas indicando la localidad estaban «impresas» en tablillas de hueso y donde el acomodador que acompañaba a los asientos adquiridos, también entregaba una almohadilla (los bancos eran de piedra), a cambio de una propina (del latín *propina*) u óbolo (además de sinónimo de propina, nombre de una moneda griega de escaso valor).

Teatros hay en cada ciudad (del latín *civitas*) romana importante a lo largo y ancho del Mediterráneo. Quizás el ejemplo más famoso en España sea el de Mérida, donde todavía hoy, en el teatro de la ciudad fundada por Augusto hace más de dos mil años, sigue habiendo magníficas representaciones que nos traen ecos de lo que fue la capital de la provincia lusitana y probablemente de toda Hispania. Parece ser que el teatro más grande de Hispania estuvo en Córdoba (*Corduba*), pero no ha sobrevivido.

Los romanos muy estirados, como el nuevo rico Cicerón, decían: «El dinero que proviene de la venta de tu trabajo es vulgar e inaceptable para un caballero. Los sueldos son las cadenas de la esclavitud».

Para un romano antiguo (y rico), el «ocio» es disponer de tu propio tiempo a diferencia del «neg-ocio», que te obliga a depender de otras personas y de sus agendas; pero claro, no todos podemos ser millonarios.

Afortunadamente, todos podemos ir al teatro, aunque en Roma y por falta de focos eléctricos las representaciones solían ser de día. Para quedar con los amigos e ir juntos a la representación, se mandaba con un mensajero una nota escrita proponiendo la cita. La nota, si era sobre papiro, la escribiríamos con tinta mediante un cálamo (*calamus*), propiamente una caña adaptada y cortada a bisel, utilizada como herramienta de escritura con tinta gracias a su cañón interior. Tan importante fue su uso que el animal de donde se extraía

la tinta tomó el mismo nombre del «bolígrafo» antiguo, pasando a llamarse, por el cálamo, calamar. Si lo que escribimos es un mensaje a nuestra amada, a lo mejor es un pequeño poema, del latín poema, si no, escribiremos en prosa, del latín prosa, que significa propiamente que anda en línea recta. El papiro, cortado en hojas y traído por barco desde Egipto, era caro. «Hoja», por otra parte, viene del latín folia, palabra de la que deriva por cierto nuestro moderno «folio» y el siempre tan ejecutivo portafolios, que si lo llamáramos «portahojas» pues como que no quedaría tan elegante, distinguido y proactivo.

Los abuelos romanos también desarrollaron la taquigrafía para anotar discursos y sesiones del Senado. Famoso es el sistema taquigráfico que parece ser diseñó Tirón, esclavo de Cicerón (siglo I a.C.); invento este de escribir rapidísimo en base a signos, que como muchos otros se redescubrió o reutilizó hace solo ciento y pico años.

Por fin ya hemos quedado, y provistos de sirvientes que nos acompañen con antorchas para la vuelta —ya que, como dijimos, no hay luz en las calles ni la habrá en ninguna hasta el siglo XIX (salvo iluminando alguna imagen de un santo en cualquier esquina)— salimos de casa con la sonrisa puesta y nos dirigimos con los colegas (del latín collega, compañero de colegio, camarada) a cenar en casa de algún amigo y luego a tomar algo por la ciudad. Roma la nuit.

Como dice el refrán romano: Nescis quid serus vesper vehat. Que como nuestros abuelos romanos sabían, significa: «No sabes lo que traerá la noche». Así que vamos a por ella.

Supongo que volveremos cantando por mitad de la calle, después de haber bailado al ritmo de música demasiado alta, para escándalo de Cicerón, quien dijo eso de: «Nadie que esté cuerdo bailará», y del autor de comedias Terencio quien aseguró: «Los que bailan demasiado parece que tuvieran el cerebro en los pies en vez de en la cabeza». Claro que de él es también la frase: «De mis amigos, soy el único que queda».

Además hay que tener cuidado con las promesas hechas con una copa de más, que hay quien se las cree, como este pesado «amigo» de nuestro Marcial:

Ayer noche, después de habernos bebido creo que diez quintos, habíamos quedado, Procilo, en que hoy cenarías en mi casa. Tú lo diste en seguida como cosa

hecha y tomaste nota de unas palabras de borracho sentando un precedente demasiado peligroso: detesto al convidado de buena memoria, Procilo.

Entre los romanos también había «balas perdidas», solo que ellos los llamaban scopae salutae, que quiere decir literalmente «escoba deshecha». La expresión tenía el mismo significado que la nuestra y se refería a crápulas y juerguistas. No es raro que acabaran como cubas, porque en los brindis solía beberse un chato por cada letra del nombre de la mujer que se deseara, como nos recuerda Marcial:

Lesbia celébrese con seis ciatos, con siete Justina, con cinco Licas, Lide con cuatro, Ida con tres. Que todas las amigas sean enumeradas por el vino escanciado, y puesto que no viene ninguna, llégate tú a mí, sueño.

Lo que se puede traducir como: tras brindar por todas las chicas de Roma, veinticinco chatos de vino me he tomado y, puesto que hoy tampoco he ligado, me voy a dormir la mona.

Cicerón, según nos recuerda Tom Holland en su obra Rubicón, llegó, en sus discursos en defensa de L. Murena, a describir cómo pasaban la vida los juerguistas:

Cualidades de los juerguistas son la habilidad para el libertinaje, amoríos, pasarse toda la noche despierto al son de la música muy alta, acostarse con muchas, gastar dinero hasta arruinarse....

Cosas que ya no suceden. Pero lo peor de todo, la vergüenza definitiva, la marca inconfundible de ser un depravado peligroso en la antigua Roma, según Cicerón, era bailar bien. El orador opinaba seriamente que el baile era lo que había acabado con Grecia, ya que «introduce en las mentes de los ciudadanos ideas perniciosas y de súbito trae la ruina total a la ciudad».

En sus discursos en defensa de Gallio, añade sobre este tema el insigne abogado:

Para los juerguistas, la señal de que una noche fuera iba bien y de que la ciudad estaba a la última, era emborracharse hasta el éxtasis y luego, acompañados por gritos y chillidos, de los silbidos de las mujeres y de música ensordecedora, desnudarse y bailar locamente sobre las mesas.

Vamos, una noche cualquiera. Lo que está claro es que a Cicerón no le gustaba bailar, ni siquiera el twist, aunque los de Gabinete Caligari le dan la

razón al abogado romano en achacar todos los males de la sociedad al baile, tal y como dicen en su canción de 1989, que precisamente se titula La culpa fue del Chachachá, en la que afirman cosas tan ciertas que Cicerón las habría suscrito:

La culpa fue del Chachachá,
Sí, fue del Chachachá,
Que me volvió un caradura
Por la más pura casualidad.

Y todo esto ya sucedía hace dos mil años.

Un poco más tarde, en el siglo IV, las cosas no habían mejorado, tal y como se quejaba Amiano Marcelino (330-400):

En estos tiempos, las calles están llenas de jóvenes tocando el tambor vestidos como los bárbaros, cantan hasta la madrugada y molestan a los vecinos.

Los Hombres G, allá por 1989, en su canción Voy a pasármelo bien, apostrofaban:

Voy a cogerme un pedo de los que hacen afición
Me iré arrastrando a casa con la sonrisa puesta
Mañana ya si eso dormiré la siesta
Pero esta noche no, esta noche no,
Esta noche, algo me dice: Que voy a pasármelo bien.

Woody Allen explicó muy bien esto de disfrutar trasnochando:

Me parece que el mundo se divide entre gente buena y gente mala. Los buenos puede que duerman mejor, pero los malos disfrutan mucho más de las horas que pasan despiertos.

Al día siguiente, tras la resaca, podemos ir por fin al teatro, que es como el cine pero en vivo y en directo. En la pacata (del latín pacatus) y mojigata época republicana romana, hasta el siglo I a.C., los teatros eran edificios temporales, construidos en madera, ya que estaba prohibido que fueran edificaciones permanentes para que la costumbre oriental —de Grecia— no pervirtiera los hábitos ni la moral romanos. Pero desde que alrededor del año 55 a.C. Pompeyo erigió un teatro en mármol con la excusa de que en el edificio también había un templo en honor de Venus Victoriosa, los teatros romanos se construyeron en piedra y se convirtieron en los magníficos

edificios que hoy todavía podemos admirar, sobresaliendo entre las ruinas que pueblan muchas ciudades desde Portugal hasta Turquía. Desgraciadamente, los de la urbe romana no se han preservado lo suficiente como para poder seguir utilizándolos.

Había muchos teatros en la capital del mundo. Los más importantes de Roma en la época del emperador Adriano, como dijimos nacido en Santiponce, eran el citado de Pompeyo, con al menos 27 000 asientos, el de Marcelo, con 14 000 localidades, y el de Balbo (por cierto, familia gaditana), donde unos 7700 romanos podían contemplar comedias, tragedias, pantomimas y cantica (tal vez el precedente de nuestros musicales, o de las óperas, del latín opera, obra).

Si sumamos el número de asientos de solo esos TRES teatros, nos da 48 700 butacas, bastante más que sumando las de todos los de Broadway en el año 2014 (48 063 butacas en CUARENTA teatros; el más grande, el Gerswin, no llega a 2000 localidades). Es más, el famoso Metropolitan Opera House de Nueva York (que no está en Broadway, por cierto) cuenta solo con 3625 asientos y el gran teatro Colón de Buenos Aires, que obviamente tampoco está en Broadway, tiene 5000 localidades. Vale que los romanos no tenían cine, pero está claro que disfrutaban del teatro en 3D y de las representaciones de todo tipo bastante más que nuestras aparentemente «cultas» ciudades del siglo XXI.

Eran providenciales las disputas entre los actores y actrices más famosos, cuyos líos y escándalos serían hoy capaces de llenar todas las tertulias rosas de las televisiones, o páginas y páginas de nuestras revistas del corazón. Los barullos eran tan tremendos que hasta el mismísimo Augusto en persona recriminó al actor Pylades por sus continuos escándalos, a lo cual el histrión (de histrio, actor) parece ser que le contestó: «Augusto, bien te conviene que hablen de nosotros».

Augusto no añadió nada, ni castigó la osadía de la respuesta del actor, sino que se quedó pensando en lo que Pylades le había dicho, dándose cuenta de que era una gran verdad. Y es que, como saben todos los gobernantes desde la época de Augusto hasta la nuestra, Pylades tenía razón, es mejor para los Gobiernos que no estemos atentos a lo que hacen, sino que nos ocupemos de las tonterías y escándalos del famoso de turno. Vamos, que les conviene que nos entretengamos y hablemos de los líos de los personajes del

famoseo, en vez de prestar luz, taquígrafos y atención a las acciones del Gobierno. De cualquier Gobierno. Cosa que además resultaría bastante más aburrida. Así, mientras despellejamos a la famosuela de turno, ellos hacen y deshacen a su antojo sin ser vigilados. Así nos va.

Parece que los autores eran muy sensibles a las críticas, cosa que, desde luego, ya no sucede. En el siglo III antes de Cristo, en cambio, parece que era común y por eso Plauto, susceptible autor teatral, dijo aquello de: «Prefiero un cumplido, aunque sea falso, que una crítica sincera».

Conforme evolucionaron los cantica, que como dijimos eran en su origen obras de teatro cantadas, y se fueron haciendo más y más famosos sus grandes intérpretes, estas representaciones pasaron a ser algo tal vez parecido a nuestros conciertos de estrellas del rock, ya que el actor, ahora solista, llevaba todo el peso del espectáculo (*spectaculum*, en latín, de *spectare*, mirar) y en el escenario solo le ayudaban a veces bailarines o coros (*symphoniarii*, de donde viene sinfónico), que seguían sus precisas órdenes, mientras la orquesta acompañaba con cítaras, trompetas, flautas, percusión y acordeones la voz del astro (del latín *astrum*). Por cierto, que la palabra melodía viene del latín *melodia* y era originalmente un canto acompañado de música. Seguro que los cantica de la época imperial se parecían mucho, pero que mucho, a un concierto de Madonna. Como ella, los popstars y los rock & roll stars romanos intentaban alargar su juventud, sometiéndose a ejercicios y dietas draconianas destinadas a mantener su línea o tiñéndose el pelo, como recrimina a uno nuestro Marcial:

Te haces el joven, Letino, con tus cabellos teñidos de cuervo, si hace un momento eras cisne. No puedes engañar a todos. Proserpina (la primavera. N. del A.) sabe que peinas canas, ella arrancará el disfraz de tu cabeza.

También en el siglo II, se hicieron famosas las obras en las que el protagonista solo bailaba, expresando al son de la música el contenido de la tragedia que representara, de forma parecida, suponemos, ya que por desgracia no hay vídeos, a los modernos ballets. Quintiliano, el retórico romano del siglo I nacido en La Rioja, del que ya hemos hablado, describe así las emociones que siente ante estos «bailarines»:

Sus manos piden y prometen, acercan y alejan, traducen el horror, el temor, la alegría, la tristeza (...) tienen el poder de reemplazar las palabras.

Los temas de las obras de teatro, ya fueran comedias o dramas, eran similares a los de nuestras películas o series actuales; no faltaban intrigas, sorpresas, celos, amor y, si el guion lo exigía (aunque fuera solo un poquito), desnudos integrales femeninos. Desnudo es una palabra que viene del latín nudus. Se ve más claro en el nombre de nuestras playas «nudistas», por ejemplo, y se conservó mejor en el inglés nude, desnudo. En el teatro los desnudos frecuentes de chicas en el escenario hacían ruborizarse a nuestro amigo Marcial, pero solo aparentemente, en el fondo, todos disfrutaban de la visión de un cuerpo bello, aunque hubiera que cubrir las apariencias y no reconocerlo. Igual que ahora nadie consume porno, pero su «industria» mueve cada año unos noventa mil millones de euros en todo el mundo.

Las actrices romanas se quitaban toda la ropa en el escenario sin ningún escrúpulo, porque ese «destape», como los bailes o los cánticos, era parte del espectáculo de una sociedad nada hipócrita donde la belleza era admirada y digna de adoración. Estos desnudos artísticos se mantuvieron vigentes hasta la venida del cristianismo y la invención del pecado (de peccatum, falta). Por cierto, que «escrúpulo» viene del latín scrupulus, que quiere decir guijarro pequeño y puntiagudo, en alusión a la típica piedra en el zapato, forma a mi parecer muy poética de explicar el significado del sentimiento citado. La pornografía, como veremos en el capítulo del sexo, existía, pero las obras de teatro, al menos las representadas en locales tan públicos, no contenían escenas explícitas, aunque sí podía haber dobles sentidos y momentos más o menos picarones, con los que todos los espectadores, antes y ahora, se reían y disfrutaban.

En cuanto a los autores romanos, Plauto, con más de 130 comedias (de las que nos han llegado veinte más o menos completas), es el equivalente a nuestro Lope de Vega. Nacido en el siglo III a.C., creó personajes arquetípicos que se convirtieron en eternos, como el viejo avaro, el esclavo astuto, el soldado fanfarrón (Miles Gloriosus, el adjetivo gloriosus, aplicado a una persona, toma la acepción de hinchado, vanidoso, etc.). Por cierto, no tiene nada que ver con el tema, pero Carlos Goñi, en su magnífico libro ya citado Una de romanos cuenta que, en una ocasión, el dictador Franco visitó la ciudad de Salamanca y quedó encantado por una inscripción en la Universidad que decía: «Francisco Franco, miles gloriosus». Es evidente que él no sabía latín y que entendió «soldado glorioso» (al fin y al cabo, lo de

miles suena más o menos como la «mili»), así que la broma del Claustro universitario que en su cara le llamó fanfarrón, vanidoso y todo eso, pasó desapercibida para los que mandaban entonces aquí, que, aunque se saludaban «a la romana», eran más bien bárbaros.

Volviendo al teatro, al acabar la obra, el público aplaudía (del latín *applaudere*) si había gustado la representación, costumbre que aún mantenemos. Si no nos ha gustado, diremos que es un bodrio, del latín bajo *bodrium*, que significa caldo, y que era la sopa de sobras que se daba a los pobres en los conventos (ya en la Edad Media). Plauto hacía que sus personajes pidieran el aplauso al final de la obra, como en *El gorgojo*, acto V, escena III, que termina:

Terapontígono: Que todo vaya bien para vosotros y para mí. Espectadores; aplaudid.

O en *La Aulularia*, acto V, escena V:

Estróbilo: Euclión ya no es el mismo. Se ha vuelto noble y generoso. Sedlo también vosotros con los actores y, si os ha complacido esta obra, aplaudid con sonoras palmadas.

No está muy claro el origen del aplauso para indicar aprobación ante una interpretación, pero el récord de aplausos lo tiene Plácido Domingo, el tenor romano, español y mexicano, a quien en una ocasión, en Viena, el público le aplaudió durante 80 minutos, haciéndole salir a saludar 101 veces. Fue en una representación de *Otelo*, en 1991, y está apuntado en *El libro Guinness de los récords*.

También a nuestro amigo Groucho Marx le gustaba el teatro, a veces: «He disfrutado mucho con esta obra de teatro, especialmente en el descanso».

Entre las obras de Plauto, destacan *Los dos Menecmos*, imitada por el insigne Shakespeare en su *Comedia de los enredos*, basada en los malentendidos a que dan lugar dos gemelos, separados al nacer pero que coinciden de adultos en la misma ciudad, o *La Aulularia*, también conocida como *La olla* (del latín *olla*), que inspiró a Molière para su eterno *Avaro*, comedia en la que un avaro, una pareja y una olla llena de oro forman una enredada trama que no parece tenga dos mil doscientos años.

Los estudiosos dicen que la mayoría de las obras de Plauto son

reinterpretaciones romanas de obras griegas más antiguas que no nos han llegado. Sea o no cierto, lo que sí es verdad es que eso tan moderno del metateatro, o las obras en las que los actores interactúan con el público, lo inventó, según las pruebas de que disponemos, Plauto en el siglo III a.C. Como cuando en su ya citada obra *La Aulularia*, el avaro Euclión se dirige al público, en el acto IV, escena IX, diciendo (en referencia a la olla):

A vosotros os ruego, por favor, que os pongáis de mi lado y me indiquéis quién me la quitó (se dirige a un espectador concreto) ¿Qué me dices tú? Me decido a creerte porque en la cara te conozco que eres una persona de bien. ¿Qué hay? ¿Por qué reís los demás? A todos os conozco yo (...)

Lo curioso de todo esto es que, tanto tiempo después de que Plauto las escribiera, todavía podemos sacarle punta al humor de nuestros abuelos romanos y disfrutar de una buena farsa basada en los tiempos dorados de Roma, como en la famosa *La vida de Brian* (1979) de los Monty Python, película que hace que todavía nos partamos de risa y que tiene la época romana como telón de fondo. Groucho Marx, actor, además de romano, explicó el porqué de su vocación de esta manera en el siglo pasado:

No estoy seguro de cómo me convertí en comediante o actor cómico. Tal vez no lo sea. En cualquier caso, me he ganado la vida muy bien durante una serie de años haciéndome pasar por uno de ellos.

Si no queremos ir al teatro, podemos ir al circo (de circus, círculo), que realmente no era circular, sino un edificio más o menos rectangular con las esquinas en hemiciclo. Si nos referimos al más importante, al circo por antonomasia, el Circo Máximo, hablamos de un recinto de aproximadamente 600 x 200 metros. Algo así como seis campos de fútbol de largo por dos de ancho, con capacidad para, según los cálculos más conservadores, 255 000 espectadores. El estadio (de stadium, medida de longitud equivalente a 125 pasos) más grande del mundo en la actualidad parece ser el Saltlake Stadium de Calcuta, donde caben 120 000 personas, menos de la mitad de la capacidad del gran circo romano. La preciosa piazza Navona de la actual Roma es la huella de otro circo romano, el construido por el emperador Domiciano en el año 85, que tenía 280 m de largo por más de 100 de ancho, con capacidad para 30 000 espectadores, más o menos como un estadio mediano de fútbol. Al norte de la plaza Navona, y tras los

edificios, pueden contemplarse sus restos, recientemente restaurados y puestos en valor. Como aprendimos en la aventura de Tintín Aterrizaje en la Luna, de Hergé (1907-1983), los grandes cráteres de la Luna también se llaman circos, en latín, como el de Hiparco, citado en ese álbum magnífico publicado en 1954, 15 años antes del viaje del Apolo XI.

Al circo, al de Roma, no a los de la Luna, se iba a ver carreras de carros tirados por caballos, que debían completar siete vueltas al circuito; giraban en cada meta situada en las curvas y ganaba quien llegaba el primero a la última meta (en latín también se dice meta). La competitividad y la rivalidad entre las distintas «escuderías» de estos antiguos bólidos de Fórmula 1 fueron legendarias. Había solo cuatro «equipos» llamados faciones —sí, como facciones en español—, y cada uno tenía un color: blanco, verde, azul y rojo, como la actual Ferrari. Cada escuadra cubría los enormes gastos que suponía pagar a unos aurigas-pilotos sueldos millonarios y a un equipo técnico formado por mozos de cuadra, adiestradores, veterinarios, mecánicos, etc., sin contar con el altísimo precio de los caballos, adquiridos, según el historiador francés Jerome Carcopino, sobre todo, en Hispania.

Nada que no nos resulte familiar (excepto, tal vez, lo de los veterinarios), comparado con los equipos actuales de carreras. Conocemos incluso el nombre de algunos caballos que se hicieron legendarios, pero, sobre todo, el de los aurigas más famosos, a los que se les llamaba honoríficamente miliarii, no porque fueran millonarios, sino que también por haber ganado más de mil carreras: Scorpus, Musclosus o Diocles, este último, un hispano (de Lusitania) ganador de casi mil quinientas es considerado el mejor «piloto de carreras» de los más de dos mil años que van desde la fundación de Roma hasta la caída de Constantinopla. Ellos son los antiguos Fernando Alonso, Hamilton o Vettel.

Sus nombres estaban en boca de todos y, cuando alguno de aquellos campeones moría, sobre todo si era en la pista, los poetas más famosos escribían su panegírico, como aquel que termina así:

¡Oh, crimen del destino! ¿Por qué la meta, que tu carro apenas rozaba, te ha sido colocada tan al comienzo de tu vida?

Y también, con sus éxitos, eran la envidia de todos. Marcial, por ejemplo, se queja de lo que ganan estas «estrellas del volante», cuando dice:

¿Por cuánto tiempo deberé sudar aún durante todo el día por la calle para ganarme cien miserables monedas de plomo, mientras Scorpus, vencedor en la carrera, se lleva en una hora quince sacos de brillantes monedas de oro?

Del mismo modo, algunos hoy nos lamentamos de las barbaridades que ganan ciertos futbolistas o los pilotos de Fórmula 1, en comparación con nuestro pobre sueldo. Nada nuevo hay bajo el sol. De todas formas, para compartir algo de la gloria y de las ganancias de los vencedores, se podían realizar, como ahora, apuestas o *sponsio* —de donde viene a través del inglés *sponsor*— en casas destinadas a ello. Que no eran on-line, ni patrocinaban las camisetas de ningún equipo, pero antes, igual que ahora, los apostantes gastaban hasta lo que no tenían y, a veces, algunas veces, incluso ganaban. Como dice el refrán: «Jugar por necesidad, perder por obligación».

El *Circus Maximus* (Gran Circo) era tan fastuoso como atestigua su sombra en Roma entre el pie del Palatino y el Aventino. Era un estadio tan grande que no se parece a nada que tengamos hoy en funcionamiento en todo el mundo. Los hemiciclos de los extremos tenían tres pisos de arcadas, similares a los del Coliseo (ya hablaremos de este edificio), revestidos de mármol. Bajo estos arcos, había un sinfín de tiendas para atender a la multitud, desde pastelerías hasta burdeles. Allí dejaban los romanos lo que hubieran ganado en las apuestas o remojaban con vino su tristeza por haber perdido. En los restaurantes había inscripciones en las paredes con los precios de los platos o las raciones, y pinturas en la puerta anunciando los servicios o mostrando en dibujos, como a veces ocurre hoy, solo que con bodegones fotográficos, los productos que se ofrecían dentro. En ocasiones, en el restaurante había camas para poder comer acostado como en casa de uno. En uno de estos restaurantes podía perfectamente haber entrado nuestro colega Groucho Marx y haber dicho, como en una ocasión le ocurrió: «Hoy no tengo tiempo de almorzar; tráigame directamente la cuenta».

En el interior del circo, en el lado oeste, se situaban, sobre los «boxes» o cuadras de las distintas facciones, la tribuna del César y su séquito. Enfrente, en el lado este (a más de medio kilómetro), un enorme arco triunfal de tres vanos cerraba el fondo, lo que ofrecía una arquitectura espectacular y completaba la grandiosidad del circo y la fastuosa pompa de la Roma de nuestros abuelos.

En cualquiera de las tiendas de la «galería comercial» del edificio,

podríamos, por ejemplo, comprar unas galletas para entretener el hambre. Las galletas, por cierto, las inventaron los romanos al buscar una forma de mantener comestible el pan durante más tiempo por la necesidad de abastecer a las tropas de alimentos duraderos. Para ello, cocían dos veces la masa (*bis cuit*, cocida dos veces, de ahí el inglés *biscuit*). Según nos prueba la arqueología, incluso fabricaban galletas para perros.

En el circo también podríamos comprar frutas de todos los rincones del Imperio, como una rica manzana, llamada *mattiana* en latín vulgar, en memoria de *Caius Matius*, tratadista de agricultura del siglo I a.C. y creador de una especie famosa. Por cierto, que en griego manzana se decía melón, lo que podía ser un poco un lío (melón en griego se decía pepón). Manzana común en latín se dice *malum*, aunque esté muy buena (en italiano se llama *mela*). Además de esta, la pera, el membrillo y la ciruela eran autóctonos en Italia, donde también conocían el melocotón, *malum persicum* o *malum cotonum*; el albaricoque, *malum armeniacum* o manzana de Armenia; la granada, *malum punicum* o manzana de Cartago; la cereza, llamada *cerasus* e importada por primera vez por Lúculo desde la ciudad del mar Negro del mismo nombre, o el limón, *citrus*, que parece no se cultivó en Italia hasta el año doscientos y pico de nuestra era, aunque ya se conocía e importaba o se plantaba ornamentalmente en jardines.



Antiguas galletas romanas para uso del ejército, en este caso, de la Legión XX.

En cuanto a frutos secos, también consumimos casi los mismos que nuestros abuelos romanos, con algún añadido. Populares en su Roma eran las nueces, las avellanas, las almendras y los pistachos, citados por primera vez en tiempos de Tiberio, el sucesor de Augusto, ya en nuestro siglo I. Como chuches, eran muy famosas las uvas pasas, que llamaban uvas passas.

El pequeño comercio era tan habitual en la antigua Roma como en nuestras ciudades y, por las noches, cuando cerraban (el horario era libre, como en Madrid, por ejemplo), las tiendas se protegían con contraventanas de madera, igual que ahora se hace con cierres metálicos.

Si no queremos ir al teatro o al circo, ni comer frutas o pistachos,

podemos ir a algún anfiteatro. De ellos el más conocido es, sin duda, el Coliseo (Colosseo), tan importante que desde entonces su propio nombre es la manera poética de referirnos a cualquiera de nuestros estadios o grandes teatros. El Coliseo original se llamaba así por la estatua «colosal» de Nerón que se situaba en sus alrededores, pues realmente su nombre es Anfiteatro Flavio, por la dinastía Flavia de emperadores bajo cuyo mandato se construyó. Tenía un aforo para 50 000 espectadores, la mayoría de ellos con entradas numeradas, y los días de sol se extendía en lo más alto un telón para dar sombra al público, que tenía perfecta visión de toda la arena desde cualquiera de las gradas de sus cuatro plantas. El edificio medía 527 metros de diámetro (algo más que cinco campos de fútbol) y, como podemos aún contemplar, tenía un sistema subterráneo impresionante por donde circulaban las fieras, los gladiadores, etc., por debajo de la arena, que se sostenía en una tarima de madera. El Coliseo ofreció espectáculos durante nada menos que 500 años y su mole es todavía hoy, aunque casi desnudo de mármoles, impresionante símbolo de Roma. Ya veremos si alguno de los estadios de nuestra época alcanza con tanta nobleza la edad de casi dos mil años. De momento, el Vicente Calderón, construido en 1966, hace solo 51 años, ya va a ser derribado, y su sustituto el Metropolitano, aunque chulo, no tiene pinta de que vaya a permanecer allí, al este de Madrid, durante dos mil años. En América, el estadio más antiguo es el Gran Parque Central del Club Nacional de Football en Uruguay, del año 1900.

En el Coliseo cada sección de grada estaba dividida por pasillos escalonados en rampa que «vomitaban» miles de espectadores, de ahí su nombre latino, vomitoria, conservado en los vomitorios de nuestros estadios de fútbol. Los espectáculos habituales del Coliseo, en cambio, no nos parecerían a la altura de la grandeza romana, y sí puede que más bien vomitivos. Los gladiadores, aunque quedan muy chulos en las películas, en la realidad nos darían bastante grima, creo. En cualquier caso, no hay que juzgar desde nuestra perspectiva el gusto del pasado, al fin y al cabo, hasta hace cuatro días, las ejecuciones eran públicas y casi un espectáculo en nuestro hemisferio. Para nuestra vergüenza todavía lo son en parte de nuestro planeta (del latín planeta), donde además pueden ser por lapidación y similares, así que tratar de sanguinarios a nuestros ancestros de hace dos mil años porque se entretenían viendo luchar y a veces morir a gladiadores en la

arena es, cuando menos, una temeridad y una exageración. Tampoco está nada claro que estas justas solieran ser duelos a muerte siempre. En nuestros días, bastantes estudiosos del tema están planteando dudas al respecto.

Pero nos pongamos como nos pongamos, no nos gustarían las peleas de gladiadores en vivo (igual que no nos gusta —se supone— el boxeo como tal), aunque en las pelis sí que mola; tanto las de Rocky como las de gladiadores, cuanto más realistas, mejor. O tampoco nos gustarían las cacerías de animales (si bien hasta hace dos días veíamos al domador en el circo con los leones) o ver cómo es devorado algún criminal condenado a morir por las fieras, aunque sí que nos gustan las sangrientas películas de terror o de zombis. La matanza de Texas, Rec o, entre otras, las sagas Halloween y Viernes 13 son el equivalente moderno de nuestra ansia por la sangre en el espectáculo, aunque afortunadamente sea solo sangre «de pega».

En todas las ciudades romanas los juegos se anunciaban con carteles y pintadas del tipo:

Los gladiadores del edil Aulo Suetio Cierito lucharán en Pompeya el día antes de las calendas de junio. Habrá toldos y luchas contra animales.

En algunos anuncios se asegura incluso que no se levantará polvo durante los juegos, ya que la arena se regará continuamente, como el césped del Camp Nou. Había gladiadores conocidos por sus nombres, como atestiguan pintadas en Pompeya o el mosaico del Museo Arqueológico Nacional de Madrid conocido como Los gladiadores Astyanax y Kalendio, del siglo III de nuestra era, donde a modo de cómic, y leído de abajo a arriba, se nos describe en dos escenas el combate en el que el primero venció y mató al segundo.

Si somos más pacíficos (al famoso Cicerón, por ejemplo, también le daban más bien asquito estos espectáculos), podemos, en la Roma del Imperio, pasear tranquilamente por los parques públicos, por ejemplo por los jardines que Julio César legó al pueblo romano en su testamento, y allí, en esos oasis verdes de la ciudad, también podríamos entretenernos, sentados en un banco jugando a los dados (los dados romanos, de marfil o hueso, eran idénticos a los nuestros, con uno a seis puntos por cara), las damas o a algo parecido a las canicas (como las de nuestra infancia —nota: solo para los mayores de cuarenta—), siempre con cuidado de que no nos pique una vespa, en latín, avispa (sí, ya había Vespas por las calles de Roma hace dos mil y pico años).

Aunque para disfrutar de verdad de esos jardines y pórticos, solo hacía falta pasear entre sus parterres adornados con fuentes y estatuas que ya nos gustaría tener en nuestros museos: en el pórtico dedicado a Octavia, la hermana de Augusto, había al menos una Venus de Praxíteles y otra de Fidias, por ejemplo, de las que no nos ha quedado nada, salvo el recuerdo.

Desde la antigua Roma y hasta el siglo XVIII, los parques públicos serán una utopía en nuestras ciudades. Los nobles y cortesanos sí disfrutaban de jardines como los de Aranjuez, Versalles o La Granja, al menos desde un poco más tarde del Renacimiento, pero no, por supuesto, el pueblo llano. La Casa de Campo de Madrid, sin ir más lejos, no se abrió al público hasta bien entrado el año 1931, unos mil novecientos setenta y siete años después de la apertura al público de los jardines de Julio César. Además, la mayoría de los grandes parques europeos son restos de jardines palaciegos, como ocurre con el mismo Retiro madrileño.



Dados romanos fabricados entre los siglos I y III en hueso tallado. Miden 9 mm de lado; se encontraron en las proximidades del río Danubio. Colección particular.

En relación con los parques y jardines, entre la infinidad de tiendas de Roma había muchísimas floristerías (rosarii, violarii, según su especialidad en rosas o violetas, por ejemplo), donde se vendían, como ahora, ramos de flores, plantas decorativas y coronas trenzadas. No hay que buscar este tipo de tiendas en ninguna ciudad desde la época romana hasta por lo menos el siglo XVIII, porque no las encontraríamos. Cuando el pueblo pasa hambre, nadie compra florecitas.

También en Roma, paseando por las inmediaciones de la actual piazza Navona, que era, como dijimos, el circo de Domiciano, podemos contemplar todavía parte de una estatua que apareció en 1501, más bien un torso con cabeza, llamada popularmente la estatua de Pasquino, que está en la plaza a la que da nombre y que tiene una historia muy curiosa; se supone que es un fragmento de una obra griega o de estilo helenístico que podría ser el retrato de un gladiador victorioso ya de época imperial. En cualquier caso, es un resto de los adornos del circo, que se puso en un pedestal para adornar este rincón de la ciudad.

Tampoco se tiene claro el origen del nombre de Pasquino. Según algunos, era un maestro cuyos alumnos le encontraron parecido con la estatua; un personaje de alguno de los cuentos del Decamerón (novela de Boccaccio del año 1350) que en el libro es asesinado por decir la verdad o un barbero famoso, más que por su negocio, por su capacidad para la sátira en verso.

El caso es que desde que la estatua de Pasquino se instaló en su plazoleta, se hizo costumbre que en su pedestal aparecieran sátiras anónimas acerca de los más variados temas, sobre todo criticando a los papas, que eran quienes gobernaban la ciudad entonces. Tan temprano como en 1509, el impresor romano Giacomo Mazzochi reunía anualmente estos libelos y los publicaba en forma de antología, con el nombre poco pensado de *Carmina Apposita Pasquino*, algo así como *Cuentos depositados en Pasquino*. Fue un libro muy popular en toda Europa y los «pasquines» o notas depositadas junto a la estatua se hicieron cada vez más celebres. Copiados y repetidos una y mil veces, la autoridad o los nobles contra quienes iban muy a menudo dirigidos no podían hacer mucho para evitar su difusión. Nada es más rápido que una sátira. Por si acaso, el tomo II de los *Carmina*, se publicó en Basilea, lejos del control papal (era papa entonces Paulo III). Con el tiempo, pasquino se convirtió en una palabra en italiano para denominar cualquier panfleto, especialmente satírico o difamatorio. Del italiano pasó como pasquín al español, como pasquil al francés, paszkwil al polaco o pashkvil al hebreo, por ejemplo. En nuestro Diccionario de la Real Academia se define así: «Escrito anónimo de contenido satírico o crítico que se coloca en un lugar público».

Y todavía hacemos pasquines, y todavía en la Roma de hoy, a pesar de las redes sociales y todo eso, en la estatua de Pasquino y en otras como las de Marforio, Madame Lucrezia y el Babuino se intercambian notas y se ven

carteles, epigramas y, en definitiva, pasquines, como si siguiéramos en el Renacimiento. Bueno, exactamente en la estatua de Pasquino ya no se ponen panfletos, ahora hay que colocarlos al lado, en una placa habilitada al efecto, siempre llena de papeles.

Roma tiene muchas maneras de ser eterna. En el año 206 antes de Cristo, el cónsul Cayo Claudio Nerón mandó construir sobre el Tíber el puente Mulvio. En el 115 a.C. el entonces cónsul, Marco Emilio Escauro, destruyó el antiguo puente y sobre él erigió uno nuevo, este de piedra. En el año 63 a.C., en el consulado de Cicerón, fue el lugar en el que se interceptaron las cartas y mensajeros que hicieron que la Conjuración de Catilina fuera evitada. En el 312 de nuestra era, en las cercanías de este puente, el emperador Constantino venció a su rival Majencio y, poco después, ordenó la libertad religiosa que le dio su definitivo empuje al cristianismo. Adornado y reparado durante los años (la última vez en 1850 por el papa Pio IX), este histórico puente, hoy peatonal, sigue embelleciendo Roma, pero ahora es famoso no por esos grandes hitos, sino gracias al libro de Federico Moccia *Tre metri sopra il cielo* (Tres metros sobre el cielo) del año 2004, cuyos enamorados protagonistas cierran un candado en la balaustrada y arrojan al Tíber la llave para simbolizar así su amor eterno. El peso de los miles y miles de candados obligó a retirarlos por primera vez en 2011, ya que tanto amor estaba por derribar el puente o al menos su barandilla, y ahora cada año hay que recogerlos y retirarlos, además de que la costumbre se ha exportado a todos los puentes del mundo donde pueda ponerse un candado. Los arqueólogos de dentro de mil años, como no encuentren la clave, van a alucinar pepinillos preguntándose por qué poníamos candados en los puentes y tirábamos las llaves no al fondo del mar, como dice la canción, sino al fondo del río.

Enamorados o no —AMOR - ROMA—, por lo menos nuestros abuelos no pasaban hambre. En la Roma antigua el Gobierno subvencionaba la comida a un mínimo de 150 000 personas sin recursos, censadas y registradas, en lo que también se adelantaron a nuestro Estado de bienestar. De hecho, ese es el número al que redujo Julio César los beneficiarios; Augusto los aumentó de nuevo hasta los 200 000, según parece. Doscientas mil personas son, por ejemplo, los habitantes actuales de Pamplona, donde los Sanfermines.

Es muy fácil criticar y decir que esta forma de actuar del Gobierno

romano respondía a la política clásica del panem et circenses, pan y circo: mantener al pueblo alimentado y entretenido para que no cuestione al Gobierno. Pero si no hubiera existido entonces, o si no existiera ahora, protestaríamos porque el Estado se desentiende de los más desfavorecidos. Lo que está claro es que haga lo que haga el Gobierno, está mal.

Originalmente se daba una medida de trigo, pero desde Trajano, en el 118 de nuestra era, se entregó pan directamente. En tiempos de Aureliano (emperador desde el 270 al 275) pasó a repartirse directamente pan, sal, vino y cerdo. Esta política ayudó a mantener la paz de una ciudad multicultural durante cientos de años con mejor o peor fortuna, porque como ya dije en una memorable canción (Queridos camaradas, de 1991) Gabinete Caligari:

No hay muro que no caiga cuando escasea el pan.

La política social fue complicándose y ampliándose durante el primer siglo de nuestra era; por ejemplo, los Alimenta fue una medida ideada por Nerva y puesta en práctica por Trajano que incorporaba un sistema de protección social avanzado en el que se combinaba la concesión de créditos estatales a propietarios agrícolas para realizar inversiones en las granjas, con un subsidio directo y en efectivo por hijos dependientes de las familias urbanas necesitadas.

Antonino Pío, padre de Marco Aurelio y emperador del 138 al 161, mejoró y suplementó los Alimenta en honor de su fallecida mujer Faustina, con la creación de una fundación imperial dedicada especialmente a atender a las niñas, eliminando la discriminación por sexo que existía en la subvención recibida antes.

En tiempos de Diocleciano (emperador desde el 284 hasta el 305) la inflación provocó que los tetrarcas legislaran mediante un edicto los precios de los productos básicos, con la intención de evitar que siguieran siendo acaparados y continuaran encareciéndose. El resultado fue la inmediata aparición de un mercado negro, a la vez que una nueva devaluación de la moneda, con lo que hubo que legislar un salario mínimo, del mismo modo que, por ejemplo, en nuestra España del siglo XXI también tenemos sueldo mínimo (fijado en 900 € al mes en el año 2019) y sabemos lo que es la inflación, la devaluación (que se lo digan a los ingleses tras el Brexit) y el mercado negro —por ejemplo en Venezuela, donde el Estado ha fallado bajo

la torcida batuta del verde Maduro y es hoy tan real como a finales del siglo III en el imperio de Diocleciano—.

Durante los casi 1900 años que van desde la institución por nuestro Trajano de los Alimenta hasta antes de ayer, la caridad y la solidaridad han sido asuntos dejados por los gobernantes en manos de la religión, y a lo mejor por eso no hemos avanzado nada, mientras que el clero ha ido engordando sus arcas y sus tripas. Como dice la canción de Mago de Oz del año 2011, La fiesta pagana:

Si no hay pan para los tuyos
Y ves muy gordo al abad,
Si su virgen viste de oro, desnúdala.

Los pobres de la antigua Roma se denominaban como clase social proletarii, es decir, proletarios, ya que lo único que producían para el Estado era hijos: prole. Marx, no Groucho, sino el otro, que sabía latín aunque no era romano, recuperó esta palabra para designar a los protagonistas de su utópica visión histórica, así que cuando en el Manifiesto comunista o en el escudo de la antigua Unión Soviética se dice aquello de: «Proletarios del mundo, uníos», etimológicamente no se estaría refiriendo a los trabajadores, sino propiamente a los padres de familia, aunque obviamente no era esa su intención.

El Porticus Minucia era donde se distribuía gratuitamente el grano a los ciudadanos romanos residentes en la capital e inscritos como proletarios. No sé si lo de repartir unas minucias viene de ahí, pero sería curioso si así fuera. En el siglo V de nuestra era, como casi todo lo demás, el reparto de comida por parte del Estado dejó de funcionar, y las columnas del pórtico de las minucias hoy son parte de la iglesia de santa María en Cosmedín, en la misma Roma.

Otro lugar nos llamaría también la atención en la antigua ciudad: el monte Testaccio, que era el espacio donde se «reciclaban» las ánforas de aceite que se importaban a la urbe. El tamaño de esta colina artificial ocupa unos 550 000 metros³ y equivale a una masa de 742 500 000 kg (según José A. Nieto Sánchez), allí se amontonan todavía los restos de casi 25 millones de ánforas. Fue vertedero de estos envases desde el 74 a.C. hasta el 270, y alcanzó 20 000 m² en su base y más de 35 m de alto, aproximadamente como un edificio de 12 pisos. Por cierto, que el análisis de los restos de ánforas de

aceite demuestra que el 85 % del que se importaba procedía de la Bética, en Hispania, así que los antiguos romanos también se parecen a nosotros en que sabían que el mejor aceite del mundo es el que se produce en la tierra andaluza.

Además de todos estos sitios ya nombrados, o de los mercados, que los había muchos y variados, hay un lugar al que todos los romanos y romanas acudían, en la medida de lo posible, una vez al día y normalmente por la tarde: nos referimos a las termas. Lugares que eran mucho más que salas de baños, donde la higiene, el deporte y la reunión con sus semejantes eran las excusas de nuestros abuelos romanos para disfrutar del agua.

Hablaremos largo y tendido de esos espacios que, por desgracia, no tienen equivalente en nuestra sociedad, salvo si los comparamos —los nuestros a ínfima escala— con los más modernos gimnasios, donde también podemos intentar tener al menos el corpore sano. El cristianismo medieval y la ignorancia general cerraron las termas por considerarlas fuente de depravación y ocasión para pecar, lo que hizo, junto con otras medidas similares, que la Edad Media fuera la época más sucia, en todos los sentidos, de la historia. En cualquier caso, no sería hasta bien entrado el siglo XX cuando se recuperó el aseo y la higiene (no en todos los casos), como algo recomendable y accesible para los ciudadanos.

Por otra parte, por si lo que nos va es el vicio, los peores antros eran obviamente los lupanares, de lupa, loba, donde se contrataba el servicio de una prostituta (en latín *prostitutus*), ya sabemos para qué. Mary Beard, la historiadora inglesa Premio Príncipe de Asturias que más sabe de Roma, en una entrevista de Luis Alemany publicada en *El Mundo* el 7 de octubre de 2016⁶, comenta que los «usuarios» de estos lugares dejaban escritas en las paredes su opinión sobre el servicio o su experiencia, igual que hoy hacemos, con respecto a otros establecimientos, a través de, por ejemplo, Trip Advisor, porque el boca a boca no es un invento de nuestra época digital.

Putta, por cierto, originalmente solo quería decir «muchacha» o «chica», igual que *putto* significaba muchacho. Por eso a los querubines o chicos desnudos y gorditos con alas de las obras de arte renacentistas, y especialmente de las barrocas, se les llama *putti*, que es el plural en italiano de *putto*. Es una lástima que un sinónimo de «chica» haya terminado convirtiéndose en uno de los mil nombres de «prostituta», pero así es el

idioma y no es su culpa, sino de los que lo hablamos.

Si después de tanto exceso, nos sentimos fatal, siempre podemos ir a la isla Tiberina, donde había instalado desde siempre un templo de Escolapio. Era uno de los, digamos, «hospitales» o lugares de curación que existían en Roma. Obviamente en el siglo V se abandonó, como todo, pero en el XVI los hermanos Benefratelli, una orden dedicada a sanar a las personas sin capacidad económica, instalaron su hospital en la misma isla, y todavía funciona tantos años después. Es por estos detalles por lo que Roma sigue siendo eterna, gracias a la continuidad de instituciones como este pequeño hospital situado en una isla donde las gentes van a curarse desde hace más de dos mil años.

Pensando en las dimensiones enormes de los teatros, bibliotecas, circos y anfiteatros de Roma, y aunque no venga mucho a cuento, me viene a la cabeza todo el rato la palabra española «tamaño» que procede realmente de la frase latina *tam magnus*, que quiere decir, «tan grande». Poco a poco evolucionó el significado de esta locución hacia «tan grande como» y no se generalizó su uso como el sustantivo que hoy empleamos para expresar la dimensión de algo hasta finales del siglo XVIII, desde entonces ya quiere decir lo mismo que ahora, tamaño, simplemente. Así que podemos concluir que el tamaño sí importa, sobre todo si es *tam magnus*. Cada palabra tiene su historia y su porqué.

Por cierto, «salir» viene del latín *salire*, que significa saltar. Vamos, como si ir a dar una vuelta fuera parecido a tirarse con paracaídas. A veces, las salidas nocturnas, sobre todo con ciertas edades y ciertas cantidades de alcohol y otros aditivos por medio, siguen siendo como saltos al vacío.

⁶El artículo completo, disponible en <http://www.elmundo.es/cultura/2016/10/07/57f632cd468aeb31148b464d.html>.

V

SALUD Y BELLEZA NO DA PEREZA

Del spa (*salus per aquam*) a la cosmética, pasando por la pelu.

Nos cautiva el aseo pulcro y el cabello primorosamente peinado, cuya mayor o menor gracia depende de las manos que se ejercitan en tal faena.

Ovidio, siglo I

¡Péinate!

Anónimo, siglo XXI

LA SALUD Y LA BELLEZA DE LOS ROMANOS Y ROMANAS giraban en torno a las tan mencionadas termas. Creo que, visitándolas, podremos explorar este campo y saber más sobre nuestros abuelos y abuelas romanos: cómo se arreglaban, cómo se peinaban, que vestían, cómo se maquillaban o cómo les cuidaba la medicina de la Roma clásica. Pienso que este paseo nos demostrará también un poquito más lo romanos que seguimos siendo.

Después de darle muchas vueltas, creo que a lo que más se parecen las termas es a nuestros centros comerciales, con la salvedad de que sus funciones originales y principales eran la higiene y el deporte, y la de los centros comerciales es la compra; aun así, ambos casos son similares en el concepto de ocio (*otium*) que ofrecen como servicio a toda la sociedad. Y si los romanos pasaban las tardes en las termas, nosotros echamos también el rato en los centros comerciales. Las termas serían algo parecido a un gimnasio magnífico, con espacios tanto al aire libre como bajo techado, pero enclavado en un edificio enorme, de arquitectura espectacular tipo Guggenheim y dotado de galerías de arte, biblioteca, sauna, tiendas de todo tipo, buenos restaurantes y muchas piscinas de distintas temperaturas y tamaños, además de saunas, salas de masaje, etc. Sin insistir más en si se parecen, al menos en lo ideal, a cualquier centro comercial actual, su importancia en la sociedad romana era fundamental.

A mediados del siglo III antes de Cristo, los romanos ya habían copiado de los griegos la costumbre de tener un cuarto de baño para « ducharse » en sus

casas, pero esto solo se lo podían permitir los más acaudalados. En estos aposentos, diferentes de las letrinas, que como hemos visto eran espacios dedicados solo al ejercicio de las funciones más puramente fisiológicas, los acaudalados poseedores de baños en casa llevaban a cabo su propio y personal relax y aseo, de tal modo que la higiene era también una nota de distinción entre «ellos» y la mayoría de la gente, la del montón, que obviamente no contaba con esas comodidades y, simplemente, se mojaba en las fuentes públicas o iba a nadar al Tíber, si quería asearse. Los miembros varones de las clases altas romanas, no contentos con bañarse y oler bien, en plan metrosexual, incluso empezaron a afeitarse a menudo, lo cual era toda una extravagancia (y una temeridad) en la Antigüedad. Se cuenta que fue Escipión el Joven (fallecido el 129 a.C.) el primer romano que —por puro esnobismo— decidió afeitarse todos los días. Ese fue un gran paso adelante en la toilette personal en el siglo II a.C. Su valentía provocó que el gusto por el aseo personal como seña de distinción se pusiera poco a poco de moda, y que fueran proliferando en cada barrio o ciudad establecimientos públicos donde prácticamente todo el mundo podía disfrutar de, por lo menos, un buen baño. Lo del afeitado ya era otra cuestión, pero todo se andaría.

Al principio, la mayoría de las termas eran negocios privados que cobraban entradas por el uso de las instalaciones a los visitantes, aunque, todo hay que decirlo, eran entradas muy baratas. A finales del siglo I a.C. el acceso a las termas costaba un cuarto de as, más o menos 25 céntimos de euro, y, además, los niños entraban gratis (se entiende que solo acompañados de adultos). Marcial se ríe de una señora de voluminoso busto a la que cobran el triple por entrar en las termas: «Dasio sabe contar a sus bañistas. A Espátale, de enormes pechos, le ha pedido por tres: ha pagado».

No solo era baratísimo bañarse, sino que, con el paso de los años, esas termas habían ido incorporando más y más servicios a su oferta, convirtiéndose en los lugares más «in» del mundo civilizado. El año 33 a.C. Agripa, lugarteniente y amigo del emperador Augusto, mandó hacer un censo de los baños públicos de Roma y encontró que en la ciudad funcionaban 170 termas privadas. Cincuenta años más tarde, ya se calculaba que había más de 1000.

El mismo Agripa, el año que fue edil de Roma (del latín *aedilis*, algo así como alcalde, para entendernos), convirtió en gratuitas todas las termas de la

ciudad, pagando él mismo de su propio bolsillo las entradas de quienes acudieran; al finalizar su mandato construyó de su propio peculio (*peculium*, ahorros, literal y especialmente los proporcionados por actividades ganaderas) unas termas majestuosas, gratuitas para todos sus visitantes a perpetuidad. Desde entonces, se hizo costumbre que los personajes más importantes de cada ciudad y cada César construyeran en Roma nuevas, más grandes y mejor decoradas termas; destacaron las de Caracalla, del año 216, cuyas ruinas todavía imponen respeto al ver las 11 hectáreas que ocupaba el recinto, o las de Diocleciano, de más de 13 hectáreas. Para hacernos una idea de lo que fueron las termas de Diocleciano, inauguradas en el 305 sobre la antigua casa de Nerón, cuya capacidad se calcula que era superior a los 3000 visitantes, nos basta con apuntar que una de sus salas, en absoluto la más grande, la antesala templada (*tepidarium*), fue restaurada en el siglo XVI por Miguel Ángel para reconvertirla en la iglesia de Santa María degli Angeli, una de las mayores de Roma y todavía en uso. Su tamaño e importancia hacen que sea donde, generalmente, se celebran los funerales de Estado italianos. Otras zonas de, insisto, solo una parte de las termas de Diocleciano acogen hoy la colección principal del Museo Nacional Romano.

En las termas, en todas, no solo había salas de masaje, saunas, piscina de agua caliente, sala templada y piscina de agua fría, también vestuarios con «taquillas», salas de gimnasia, de masajes, jardines, pistas deportivas, galería comercial, bibliotecas, salas de exposiciones... Vamos, que no nos extraña que los romanos echaran la tarde en las termas, donde además del aseo personal se socializaba y se pasaba el rato.

Obviamente, parece que había horarios o zonas distintas para las féminas (del latín *feminas*, hembra, mujer) y para los hombres, y también termas solo para mujeres, que podría ser que se llamaran en plural *balneae*, de donde vienen nuestros balnearios. Llamarlos spa es una tontería moderna, aunque sean las siglas romanas de *salus per aquam*, el eslogan más duradero de la historia, si bien ya nadie sabe que quiere decir «la salud mediante el agua». Por cierto, que eslogan no es una palabra romana sino céltica, que tiene su origen en la frase ininteligible *sluagh-ghairm*, que en gaélico, idioma que nos suena a bárbaros del norte, en comparación con el familiar y musical latín. Significa «grito de guerra».

Termas hubo en todas las ciudades romanas, a lo largo y ancho de

nuestro mar (Mare Nostrum). En España contamos con muchos e importantes vestigios que sobrevivieron hasta hace relativamente poco, ya que en algunos casos los árabes las reutilizaron, e incluso hoy hay algunas que siguen operativas en parte. Por ejemplo, en Caldes de Montbui, precioso pueblo balneario de la provincia de Barcelona, siguen en perfecto y gratificante uso para los visitantes del siglo XXI parte de las termas romanas que ya se disfrutaban en ese sano lugar desde el siglo I a.C. Otros ejemplos destacables los hay en Arnedillo (La Rioja), Alange (Extremadura) o las Burgas de Orense (Galicia), por ejemplo.

Además de las termas urbanas, los romanos conocían y disfrutaban de los manantiales termales del Viejo Continente, como podemos comprobar simplemente viendo los nombres de pueblos famosos por sus «aguas». Los topónimos Caldas o Baños, en español; Aix en francés o Baden en alemán provienen de balnearios medicinales que ya utilizaban los abuelos romanos. La ciudad de Bath, en Somerset, Gran Bretaña, se llama así por los baños termales romanos construidos allí en el siglo I de nuestra era. Los establecimientos de esos privilegiados lugares eran utilizados en el mismo sentido que ahora, más medicinal o curativo que de higiene. En las ciudades, las termas no se abastecían por manantiales, sino por acueductos. Tenemos, gracias al curator aquarum responsable del mantenimiento de los acueductos de Roma entre los años 97 al 104 de nuestra era —un buen tipo llamado Frontinus—, bastantes datos sobre el caudal que tenían los de la ciudad. El Aqua Virgo, por ejemplo, que por cierto tenía fama de llevar el agua más fresquita de entre todos los que abastecían la urbe, traía desde más allá de 20 km un caudal superior a los 100 000 metros cúbicos diarios, más o menos lo que, aproximadamente, consume hoy una ciudad de 210 000 habitantes. El Aqua Virgo ocupaba solo el quinto lugar en cuanto a caudal entre los nueve acueductos que funcionaban entonces en Roma. El de más importancia, el Anio Novus, transportaba desde una distancia de 68 km unos 192 300 metros cúbicos diarios, casi doscientos millones de litros.

El Aqua Virgo, erigido también por Marco Vipsanio Agripa en el año 19 a.C., todavía abastece la Fontana di Trevi, la Fontana della Barcaccia —en la plaza de España— y las fuentes de piazza Navona, incluida la famosísima obra de Bernini (de 1651), la de los Cuatro Ríos, construida aprovechando el obelisco egipcio traído a Roma por el emperador Domiciano para decorar su

circo en el siglo I de nuestra era.

A pesar de que normalmente a las termas se iba por la tarde, obviamente, el aseo de nuestros abuelos romanos no empezaba entonces, sino cuando despertaban, habitualmente al amanecer. Seguían la recomendación del romano de Alcalá de Henares (Complutum), Miguel de Cervantes, «Sé moderado con tu sueño; que el que no madruga con el sol no goza con el día».

Si se despertaban antes de amanecer, lo normal era que se quedaran en la cama un rato, leyendo o repasando documentos a la luz de una lámpara o una vela. Esa lectura a media luz se llamaba lucubrare, de donde viene nuestro «elucubrar», que al fin y al cabo significa averiguar lo que no está muy claro, como podían estar las letras a la luz de una lucerna a esas horas. Por fin, a la salida del sol, el romano lavaba sus manos, boca y cara y se vestía, no sin antes pasar por manos del tonsor, barbero, si contaba con este siervo en su propia casa. Si no, se marchaba a la barbería más cercana a que le brindaran ese servicio fundamental durante los dos siglos en que la barba no estuvo de moda, sino que era una señal de luto (el I a.C y el I).

El tonsor no solo afeitaba, también peinaba y ungía la cabellera de su amo. Los romanos, al principio de su historia, solían llevar barba, pero desde mediados del siglo I a.C. y hasta el reinado de Adriano, emperador de los años 117 al 138 y nacido en Itálica (Sevilla), de quien se sospecha la lucía para tapar una cicatriz, la barba pasó a estar demodé, lo que dio un gran empuje a los locales públicos donde, mediante el afeitado (con medios bastante rústicos) o incluso la depilación, los ciudadanos conseguían estar a la moda, no sin jugarse literalmente la piel.

Los peluqueros y barberos de la época, los buenos, obviamente, llegaron a alcanzar gran fama, como si fueran el Llongueras de entonces, con colas interminables a las puertas de sus establecimientos donde lo mismo te cortaban el pelo con unas tijeras de hierro que te lo rizaban y perfumaban, además de, como dijimos, librarte del vello facial o incluso corporal. Nos referimos a la depilación, acto masoquista que ya se realizaba en la antigua Roma, porque también estuvo de moda por supuesto entre las mujeres y también para los hombres que se atrevían a pasar por esa tortura (Julio César parece ser que era un adepto) un problema capilar este todavía no resuelto completamente dos mil y pico años después.

Marcial se reía del cliente que, a medias depilado, a medias afeitado a navaja y a medias a tijera, salía de la peluquería:

Una parte de tu cara está esquilada, otra afeitada y otra depilada. Dime, pues, ¿quién podría decir al verte que tienes un solo rostro?

En cierta ocasión riéndose de la calvicie de Marinus, otro sufridor de las peluquerías de entonces y que tapaba su calva con los cabellos que todavía le salían por los laterales, le espetó:

Cubres tu cráneo reluciente con los bucles que marca la moda; pero he aquí que, agitados por el viento, huyen de su sitio y pasan a orlar tu cabeza dos enormes volutas. Marinus, ¿por qué no afrontas tu edad con franqueza? No hay nada más feo que un calvo con rizos.

El mismísimo Galeno, el doctor por antonomasia, que vivió entre los siglos II y III y que por lo visto era medio calvo, se quejaba porque, acaso para burlarse de él, los «peluqueros» le cobraban la mitad del precio normal. Cuando sus conciudadanos se reían de su calvicie, parece que el insigne médico contestó: «Si el pelo fuera importante, estaría dentro de la cabeza y no afuera».

Volviendo a nuestro Marcial, parece que era lo suficientemente adepto a estas torturas de belleza como para dedicarle un epitafio elogioso, más o menos con las mismas palabras que usamos todavía, al entonces famoso peluquero Pantagathus:

En esta tumba yace, desaparecido en la flor de la vida, Pantagathus, tan hábil en cortar los cabellos huidizos ante el hierro, que apenas los rozaba, como en pulir hirsutas mejillas. ¡Oh tierra! Sé con él grata y ligera, porque se lo merece; pero nunca podrás ser más ligera que su mano de artista.

Resulta que nuestra palabra «horripilante» viene de horreo (erizado) y pilus (pelo), y literalmente designa algo que sea capaz de erizar o poner los pelos de punta, normalmente sin intervención del peluquero, salvo cuando nos presenta la cuenta.

También hubo pésimos barberos, cuya fama nos ha llegado, por ejemplo, de la mano de Horacio:

Todas las cicatrices que podéis contar en mi mentón, semejantes a las que muestra la frente de un antiguo pugilista, son fruto del hierro de Antiochus y de su mano perversa.

Además, los romanos se quejaban del tiempo que perdían afeitándose y de lo tedioso que resultaba, como cuando de nuevo Marcial, sabiamente, apunta: «Mientras que el barbero termina de afeitar el rostro de Luperkus, a este le ha vuelto a salir la barba».

También había quien intentaba depilarse en casa: «Te depilas la cara con ungüentos y la calva con mejunjes: ¿Tanto miedo tienes, Gargiliano, al peluquero?». En fin, que estar guapo y a la moda era un suplicio, como ahora.

Esto en cuanto a los hombres, pero ¿y las mujeres?; pues lo mismo, pero muchísimo peor. Para empezar, conforme subimos en la escala social, vemos que cuanto más cursi fuera el matrimonio más difícil era que los romanos compartieran diariamente habitación y mucho menos cama, siendo habitual, si su bolsillo lo permitía, que marido y mujer durmieran normalmente en cuartos separados.

Suponemos que la mujer dormía en ropa interior bajo la túnica e incluso usaba una especie de sujetador, mamillare, literalmente «tetero», que imaginamos se quitaba para dormir. Cuando se despertaba, al igual que el varón (de vir, varón, de donde viene virilidad, por ejemplo), se lavaba la cara y las manos y, a continuación, realizaba su aseo a partir de tres, digamos, categorías de objetos necesarios para ello: los útiles de aseo, los de adorno (ornamenta, como nuestros ornamentos) y el ropero. Entre los objetos de aseo se incluyen, por ejemplo, palanganas, esponjas y espejos. Entre los de adorno, desde peines y broches hasta maquillajes y joyas. Parece que las romanas fueron especialmente aficionadas a las perlas, que en latín se llaman margaritae, como las flores, que por eso llamamos margaritas, que también son preciosas y, además, bastante más baratas.

Obviamente el ropero, (vestis, de donde proceden nuestros vestidos) era la ropa de la que disponía la dama, confeccionada según la capacidad de cada cual, pudiendo incluir hasta vestidos realizados con sedas carísimas traídas desde Extremo Oriente a través de interminables rutas caravaneras. Parece que, ya en aquellos años, era proverbial el tiempo que tardaban las mujeres en «ponerse guapas». Terencio, el autor de comedias latino del siglo II a.C. (¡hace 23 siglos!), decía de manera un tanto machista: «Ya conocéis cómo son las mujeres, un año para arreglarse y para peinarse».

Bueno, tras lavarse, lo primero que hacían las romanas era arreglarse el

pelo, para lo cual las más ricas contaban con una ornatrix o peinadora — afortunadamente para las féminas— ya que el peinado «a la moda» fue complicándose durante el Alto Imperio hasta lo indecible a base de la adición de rizos, trenzas, postizos y moños, como podemos ver todavía en los retratos escultóricos que se conservan de entonces.

Juvenal, el poeta (casualmente del latín poeta), gran satírico y amigo del maño Marcial, se ríe de una mujer bajita pero con ínfulas de elegante cuyo peinado era, cuando menos, presuntuoso (del latín praesumptuosus):

¡Cuántos pisos superpuestos! ¡Cuántas estructuras en el edificio que soporta su cabeza! De frente se la podría tomar por Andrómaca⁷, de espaldas merma como si la observáramos a vista de pájaro.



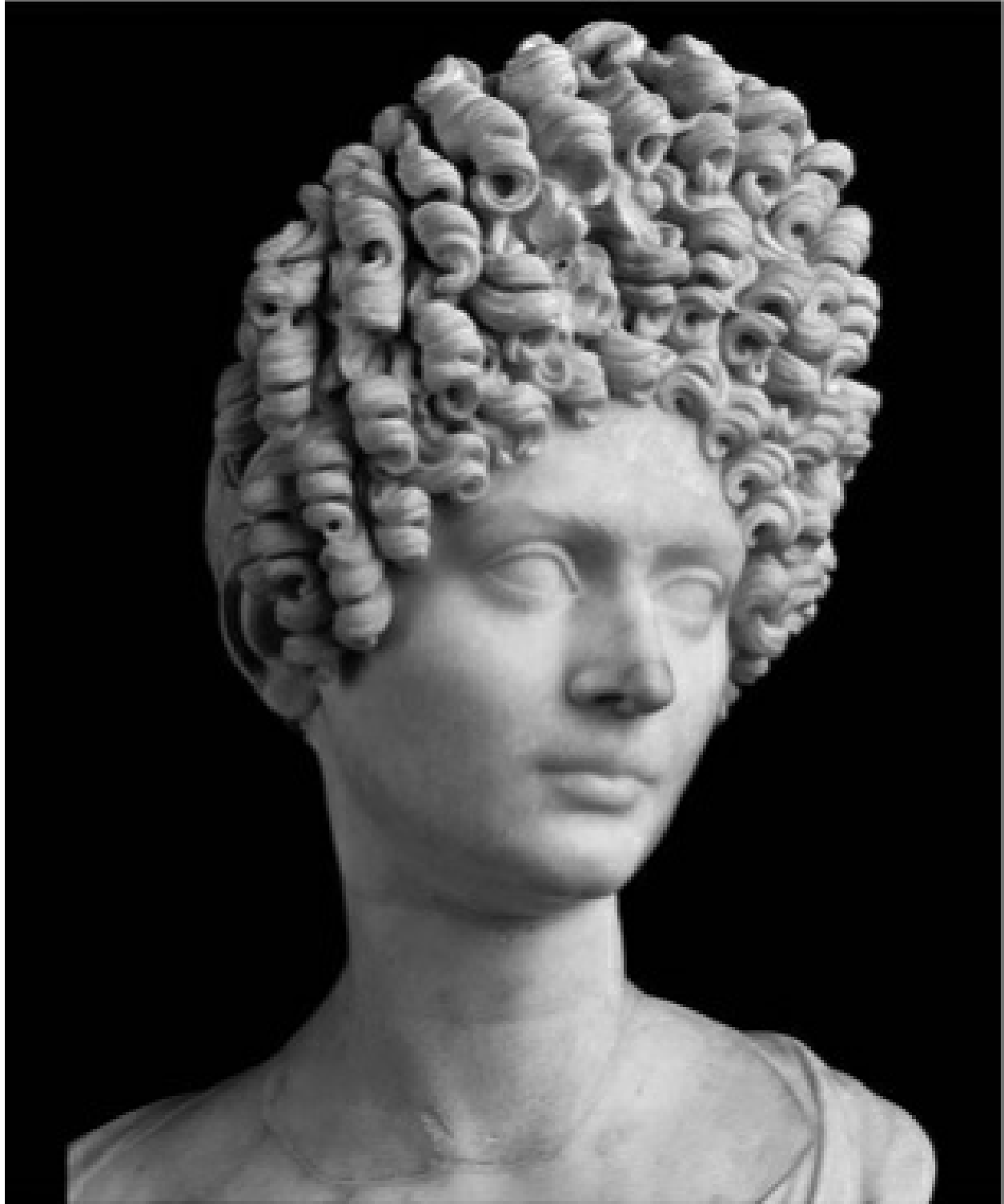
Romano recién afeitado en la pelu. Relieve realizado entre los siglos I y III. Museo Regional Renano, Tréveris.

También se utilizaban pelucas de pelo natural, generalmente rubias o morenas, como las que se importaban desde la India en tales cantidades que el Gobierno imperial tuvo que incluirlas entre las mercancías que habían de pagar aranceles en la aduana ya desde principios de nuestra era. Ovidio, en su Arte de amar, posiblemente escrito en los albores del siglo I, ya aporta consejos sobre qué peinado le viene bien a cada tipo de rostro, como si fuera un artículo del Mujer Hoy, cuando dice sobre la manera de disponer el cabello:

Hay mil modos de disponerlo; elija cada cual el que
Le sienta mejor, y consulte con el espejo. Un rostro
Ovalado reclama que caiga dividido sobre la frente:
Así lo usaba Laodamia; las caras redondas prefieren
Recogerlo en nudo sobre la cabeza y lucir al descubierto
Las orejas; los cabellos de la una caigan tendidos
Por la espalda, como los del canoro Febo en el
Momento de pulsar la lira; la otra líquelos en trenzas,
Como Diana cuando persigue en el bosque las
Fieras espantadas. A esta cae lindamente un peinado
Hueco y vaporoso; la otra gusta más llevándolo
Aplastado sobre las sienes; la una se complace en
Sujetarlo con la peineta de concha; la otra lo agita
Como las olas ondulantes.

En fin, consejos de belleza útiles todavía hoy. Laodamia, por cierto es un personaje mitológico (la mujer de Protesilao, el primer fallecido en la guerra de Troya) que según esto, solía peinarse con raya en medio.

La tarea de las peluqueras no era solo peinar o cortar el cabello, también arrancaban las canas que hubieran podido, puñeteras, aparecer en la cabellera de su señora, depilaban el vello superfluo y sobre todo «pintaban» a las damas: de blanco la frente y los brazos, de rojo, labios y un poco las mejillas, de negro, las pestañas y el contorno de los ojos. Para esmaltarse los dientes, usaban cuerno molido. La cantidad y calidad de los sets de maquillaje de las romanas era tal, que los guardaban bajo llave en el armario de la habitación y jamás permitían que un hombre las viera arreglarse, pues como había dicho el poeta Ovidio: «El arte solo embellece el rostro de las mujeres si nadie ve sus secretos».



Retrato de Julia, hija de Tito, también llamado Dama de la permanente. *Una romana con un peinado «sencillito».* Obra anónima del siglo II. Museos Capitolinos, Roma.

La mujer llevaba a las termas en un cofre una pequeña versión de todos

estos afeites para, tras el baño, componerse de nuevo para la cena y la noche. Antes de acostarse, se lavaba la cara de todos estos mejunjes, devolviendo la naturaleza a su rostro. Marcial se ríe de los excesos del maquillaje, algo que por lo visto ocurría entonces, pero afortunadamente ya no en nuestros días, criticando a una presumida de su época: «Tu rostro, Gala, reside en un centenar de frasquitos; la cara que nos muestras no duerme contigo».

La cosmética entonces era complicadísima, igual que ahora. Había marcas carísimas que importaban sus productos de Alemania, Francia o incluso de la China, con sus correspondientes copias más baratas y populares, porque todas las mujeres querían estar lo más guapas y jóvenes posible. Los únicos problemas para conseguirlos eran el tiempo y el dinero: tiempo para gastarlo arreglándose y dinero para poder permitírselo.

Los cosméticos se aplicaban, como vimos, en privado, por esclavas llamadas casualmente cosmetae, quienes se encargaban del maquillaje, perfume y joyas. Como decía Mecano en la canción de 1982 Maquillaje:

Sombra aquí, sombra allá
Maquillate, maquillate
Un espejo de cristal
Y mírate y mírate.

Canción que parece indicar que las chicas romanas no han dejado de maquillarse.

El perfume era especialmente importante. Las mujeres que olían bien eran presumiblemente sanas. Debido al mal olor que soltaban la mayoría de los ingredientes que se usaban en la cosmética de aquellos días, las mujeres se bañaban prácticamente en perfume para poder oler bien. Además, el perfume se usaba para disimular malos olores corporales. Perfumar viene del latín *per fumare* que, literalmente, querría decir para producir humo, y parece que algunas damas y señores iban, de hecho, envueltos en una nube, tal y como critica, cómo no, Marcial:

¿Qué voy a decir del hecho de que tus besos huelen a mirra, y que tienes siempre un olor que no es el tuyo? Me resulta sospechoso, Póstumo, eso de que siempre huelas bien: Póstumo, no huele bien el que siempre huele bien.

En el mismo sentido, el político y abogado Cicerón dijo en el siglo I a.C.: «El perfume más apropiado para una dama es ninguno en absoluto». E

incluso mucho antes, Plauto, el gran comediógrafo fallecido en el siglo II a.C., ya decía en sus comedias: «La mujer huele bien cuando no huele a nada».

Con lo cual, cabría explicarse cómo es que «tooodas» las romanas que podían permitírselo compraban y usaban perfumes, como nos demuestra la arqueología. Se usaban multitud de ellos, e incluso desodorantes; por ejemplo, los que se hacían con alumbre y pétalos de rosa eran muy populares. Los perfumes podían llegar a ser muy caros y no solo los había líquidos, también en pomada o sólidos. Normalmente se realizaban a partir de procesos de maceración de hierbas y flores y se creía que eran buenos también para combatir la fiebre y la indigestión. Los perfumes, entonces como ahora, también pueden ser indicadores de infidelidad. Una mujer sabe cuándo su pareja huele a un perfume que no es el suyo, como dice Britney Spears en su canción de 2013 Perfume:

Mientras te espero
Me pongo mi perfume. Lo quiero sobre ti
Voy a marcar mi territorio (...)
Nunca lo reconoceré,
Pero espero que ella huela mi perfume sobre ti.

Será muy americana y moderna la chica, pero cuando lo traduces suena más bien como un celoso y trágico bolero...

En general, y como ahora, la moda en maquillaje iba más por el look natural, por la preservación de la belleza, y no por el embellecimiento artificial. El look nude (del latín nudus, desnudo) en maquillaje se consideraba un signo de juventud y fertilidad, algo que entonces resultaba muy atractivo en las mujeres.

Las vírgenes vestales, ejemplo de pureza y castidad, no debían usar maquillaje. Se sabe de una vestal, Postumia, que apareció en público maquillada y fue, por tanto, acusada de sacrilegio, que en latín se dice incestum y que significa acto que viola la pureza religiosa, la pax Deorum o la armonía entre los dioses y Roma. El incesto, tal y como lo entendemos ahora, estaba también prohibido; se consideraba un pecado que violaba las leyes humanas y divinas, castigado con la, por entonces, terrible pena del exilio, porque solo así, extirpando del conjunto de la ciudadanía al/los criminal/es, podía restablecerse la armonía entre el cielo y la tierra y evitarse el castigo divino por haber «roto la paz» y el contrato entre Roma y sus dioses

protectores.

Volviendo al tocador, las romanas, como ahora, se ponían cremas para hidratar y cuidar la piel, especialmente la de la cara. Una de las cremas más populares incluía en su composición sudor de lana de oveja. Antes de que digáis que qué asco, os informo de que eso exactamente es la lanolina, ingrediente de la inmensa mayoría de las cremas que se usan todavía, pero que dicho así no nos da tanto repelús. Por cierto, que la queratina que usamos ahora mucho en champús es una proteína fibrosa, rica en azufre que se extrae del pelo, uñas, cuernos y pezuñas de animales variados. Así que, aunque ahora las cremas de belleza vengan en frascos superguays de superdiseño con nombres franceses, se anuncien a tutiplén en las revistas más de lujo y cuesten un riñón, que sepáis que contienen las mismas porquerías que hace dos mil años, y que debe de ser que funcionan, porque si no, ya se les habría ocurrido algo nuevo o por lo menos no tan asqueroso.

El ideal de belleza romana en la época clásica lo encarnaba una mujer más bien pálida, como durante el Romanticismo. Para conseguir esa piel tan blanca que las diferenciaba de las mujeres de clase más baja que, por su trabajo, estaban más expuestas al sol, pasaban por todos los tormentos, incluso el de aplicarse productos a base de plomo, que aunque se sabía resultaba tóxico, más importante era el estar guapa. Así que las romanas con su consumo diario de plomo seguían al pie de la letra el lema que cantaba María Isabel en el 2004: «Antes muerta que sencilla».

No es algo tan raro, hoy sabemos que el tabaco es tóxico y lo usamos igualmente. Los griegos y romanos sabían que el plomo era tóxico y nocivo, pero, como pasó con tantas cosas tras la caída de Roma, esta información se olvidó. El problema principal vino porque los romanos llamaban *plumbum nigrum* (plomo negro) al plomo, mientras que el estaño se llamaba *plumbum candidum* (plomo blanco) pero nadie sabía cuál era cuál realmente, ni cuál de ellos era el tóxico. Total, *plumbum* es *plumbum*. Como el tóxico era el negro y no el otro, nadie se enteró de por qué se moría la gente que usaba plomo. Llegó a emplearse hasta para fabricar dientes postizos, porque daba buen aliento. La primera legislación contra el plomo es del 1498, cuando el Vaticano, con la sospecha de que no era nada bueno, tuvo que emitir una bula prohibiendo que se adulterara el vino añadiéndoselo, que hace falta ser bruto. Dio igual, porque hasta muy entrado el siglo XVIII siguió habiendo

envenenamientos masivos por causa del vino «pesado».

La invención de las armas de fuego y el uso de plomo para la confección de las balas le otorgó un nuevo significado al «envenenamiento por plomo», lo cual no impidió que se usara en la fabricación de tuberías (fontanero en inglés se dice plumber y en gran parte de América Latina, «plomero») y como aditivo en la pintura y en la gasolina. En 1921 ya se había inventado un sustituto para su uso en la gasolina, pero todos recordamos que en los años ochenta del pasado siglo, la gasolina, y por lo tanto el humo de los tubos de escape, lo seguía incorporando como componente. Se supone que ahora la OMS vela porque entremos en contacto con la menor cantidad de plomo posible, ya que, por fin, sabemos científicamente lo que ya conocían nuestros abuelos romanos desde siempre. Como dice Escobar en Narcos, la serie de Netflix de 2015: «¿Plata o plomo?». Una cosa es buena y otra, pues más bien no.

Bueno, volviendo a Roma y a nuestra blanqueada belleza, comencemos atendiendo lo que Ovidio dice al principio de su poema *Medicamina Faciei Femineae*, que literalmente significa «Cosméticos para la cara de la mujer»:

Aprendered, muchachas, los cuidados que hermocean el rostro y el modo de proteger vuestra belleza. El cuidado⁸ obliga incluso al suelo estéril a producir cereales.

Así pues, no hay mujer fea, sino mal arreglada. Recorramos la cara de una romana para ver cómo se las «arreglaba».

Las cejas se preferían oscuras y finas. Se oscurecían con antimonio y comenzaron a depilarse con pinzas en el siglo I a.C.

Los ojos ideales, desde el punto de vista romano, eran grandes y con largas pestañas. Plinio el Viejo escribió en el siglo I que las pestañas se caían por practicar excesivamente sexo, así que para las mujeres era importante mostrar su castidad mediante unas largas pestañas, para lo que se usaba sobre todo khol (todavía se emplea en África y Oriente Medio). Se sabe que ya se utilizaba con fines cosméticos en el 3500 a.C., hace 5500 años, más o menos. Con una mezcla de khol y antimonio se dibujaba la línea de los ojos, mientras que con polvo de malaquita o azurita podía aplicarse una sombra de ojos verde o azul, respectivamente.

A pesar de la «blanca palidez» canónica, un poco de colorete era signo de buena salud. El más caro se importaba de Bélgica y se obtenía machacando

ocre rojo. En el poema de Ovidio, el autor nos dice: «Vi a una mujer que, sumergiendo amapolas en agua fría, las machacaba y frotaba con ellas sus mejillas delicadas»; sus palabras indican una forma barata de obtener rouge.

No está muy claro si las romanas se pintaban los labios de otro color que no fuera rojo, y suponemos que también procurando no resultar llamativas, sino sanas. También parece que se pintaban las uñas con un tinte rojo sacado de la cochinilla e importado de Oriente.

Por supuesto, se depilaban tanto como ahora lo hace cualquier mujer, solo que sufriendo mucho más (entre las técnicas se incluía la aplicación de resina). Ahora, por cierto, existe una conocida marca de maquinillas de afeitar para mujeres, con nombre de diosa romana: Venus. Desconocemos lo que percibe la diosa del amor por derechos de imagen y cesión de marca.

Como en todo, hemos encontrado citas de hombres, como el cordobés Séneca y otros estoicos, que critican el arreglo en la mujer, advirtiendo a las virtuosas la conveniencia de evitar el excesivo uso de cosméticos; y es que los estoicos pensaban que su empleo era una muestra del declinar de la moralidad en Roma. Tampoco hay que hacerles mucho caso, seguro que eran unos carcas y ligaban más bien poco. Ovidio, en cambio, nos da un consejo eterno sobre la belleza:

Vuestra primera preocupación, queridas, debe de ser cuidar vuestra personalidad. Cuando las costumbres de la mujer son buenas, su atracción nunca falla. La mujer educada tiene más de media batalla ganada. El tiempo arruinará vuestra belleza y en vuestra bella cara se alinearán las arrugas, (...) pero las cualidades morales son suficientes, duran toda la vida por larga que sea, y el amor fundado en ellas, por lo tanto, dura para siempre.

Vamos, que, después de tanto maquillaje, la belleza está en el interior. Pues vaya.

Una vez maquillada por fin, la señora revisaba sus joyas y se las colocaba de manera casi ritual: diadema, pendientes, collar o collares, colgante sobre el pecho, brazaletes en brazos y tobillos, y anillos en todos los dedos (Ovidio recomienda pendientes de perlas tan grandes que la oreja casi no pueda con ellos). Una vez enjoyada, la dama procedía a vestirse colocándose un montón de cosas que veremos enseguida. En los pies se calzaban zapatos de tacón, porque, según dicen, existía entre las mujeres romanas la creencia generalizada de que tenían el trasero bajo. En cualquier caso, como toda

mujer sabe desde entonces, los tacones en los pies de las damas estilizan las piernas y vuelven más locos a los hombres, sean estos romanos o no. Con respecto a la ropa femenina, Marx, Groucho, dijo allá por el siglo XX:

Si las mujeres se vistieran para gustar a los hombres, las tiendas no venderían demasiado. A lo sumo un par de gafas de sol de vez en cuando.

Todo esto es lo que hacían las romanas (las que podían permitírselo, obviamente) nada más levantarse, para, por la tarde, quitárselo todo de nuevo y volver a empezar el rito completo tras su paso por las termas, donde desharían lo realizado por la mañana: empezando por despojarse de sus zapatos, vestiduras, joyas, maquillaje, etc., en los vestuarios, para desde allí, ataviadas con una o más toallas (sabana, en latín), pasar a los sudatoria, que eran como baños turcos situados alrededor del caldarium, donde había una piscina (o varias) de agua muy caliente. Posteriormente, tras frotarse con un strigilis (especie de peine sin púas usado para secarse y retirar el sudor) y templarse en el tepidarium para habituarse al cambio de temperatura, se zambullirían en el agua fría de la piscina del frigidarium. Por cierto, que frigidarium es el origen de la marca Frigidaire, empresa americana (propiedad de General Motors) que popularizó el frigorífico eléctrico desde 1919. Alaska y los Pegamoides, allá por el año 1982, cantaban:

Todo el mundo me pregunta
Qué me pongo, mis secretos de belleza.
Y yo siempre les contesto: mucho frío.
Me miran con extrañeza.
No se creen que yo
Duermo en un Frigidaire.
Y que el hielo me conserva muy bien,
Muy bien, muy bien.

Luego del Frigidaire, digo del frigidarium, se pasaba a una sala donde se comentaban los últimos cotilleos con amigas y vecinas. En el caso de las termas grandes, tras el frigidarium se podía pasar a la natatio (de donde viene natación), que era una piscina al aire libre de proporciones más que olímpicas. Esas tres eran las fases de un baño higiénico, según Plinio el Viejo, y lo llevaban a cabo tanto hombres como mujeres, parece que diariamente, algo que algún vecino de vagón de metro, todavía hoy, no hace todos los días y ni siquiera a menudo, sino solo cuando cree que ya toca. Los asideros en

alto en los vagones de metro, deberían estar prohibidos por facilitar la propagación de olores nocivos.

No tiene nada que ver, pero siempre que pienso en las termas me imagino a una romana (yo sé a cual) paseando junto a la piscina, y me viene a la cabeza la canción de Family, Nadadora (1993), que en una de sus estrofas dice:

Ella suele descansar con los pies en el agua,
Tiene azul el corazón de nadadora.
Volverá con su piel color membrillo,
Bordeando en equilibrio toda la piscina por amor.

Desde la caída del Imperio y hasta el siglo XX, nadie pudo volver a bordear una piscina en la Europa cristiana, ni por amor ni por casualidad, porque no había. En fin. Normalmente, y tras acabar el rito de la higiene, los usuarios de las termas pasaban al unctorium, que era la sala donde se masajeaba y ungía en aceites y perfumes al cliente, que ya después, limpieto, volvía a vestirse, fresco como una lechuga, en el vestuario o apodyterium, donde había dejado sus ropas al llegar. No era obligatorio, por supuesto, hacerlo todo en ese orden, pero parece que era lo habitual.

También en muchas termas había una sala equivalente a una sauna de vapor, que se llamaba laconicum (literalmente espartano), no sabemos si por lo duro que era permanecer allí, ya que la palabra en nuestro idioma tiene el significado de breve o conciso (específicamente en el hablar), aunque (es broma) a lo que se refiere el significado del término, a lo mejor, es a lo poco que se hablaba allí, en el laconicum.

La mayor dificultad del proceso de limpieza consistía en frotarse correctamente con el strigilis, labor complicada y ardua de realizar por uno mismo, por lo que solía contratarse ese servicio en las termas o hacerse acompañar al efecto por un esclavo. Cuentan que el emperador Adriano, que frecuentaba las termas públicas, vio un día a un veterano soldado que se frotaba la espalda contra el mármol que revestía las paredes del caldarium. El emperador se le acercó y le preguntó por qué se rascaba de aquel modo en vez de usar el strigilis. El legionario le contestó que no tenía dinero para pagar un empleado que le frotara, ni mucho menos un esclavo. Conmovido, el sevillano príncipe (de princeps, literalmente primera cabeza), generoso, le dio un poco de dinero, más que de sobra para pagarse ese servicio el resto de

su vida. Al día siguiente, cuando el emperador entró en la misma sala de las termas, había un montón de gorriones frotándose contra las paredes, esperando que Adriano les repartiera también una propina. El emperador, socarrón como buen andaluz, en cambio les dijo medio cabreado, medio riéndose: «Pues frotaros unos a otros y ya está».



La fuente de Piazza Farnese, en Roma, construida sobre una de las «bañeras» realizadas de una sola pieza de mármol, de las termas de Caracalla.

El aseo era, con todo, solo una de las actividades para realizar en las termas, donde, como no me canso de decir, se podían contemplar obras de arte, como el famoso grupo escultórico del Laoconte, ahora en los Museos Vaticanos y procedente de las termas de Trajano, o el no menos famoso Torso Belvedere (en el que dicen se basó Miguel Ángel para las proporciones de su David), proveniente de las termas de Caracalla, al igual que las fuentes que están actualmente en la plaza Farnese de Roma, que en las termas de

Caracalla eran algunas de las enormes bañeras (realizadas en una sola pieza de mármol) disponibles para el público romano.

Las ruinas de las termas de Caracalla todavía tienen más de treinta metros de alto, el equivalente a un edificio moderno de nueve plantas, lo cual nos da una ligerísima idea de lo que significaban para la Roma del siglo III de nuestra era, e incluso de lo que serían ahora, de seguir funcionando. Marcial se refiere a las termas como uno de los lugares preferidos de esparcimiento por los antiguos romanos cuando nos cuenta:

Si me estuviera permitido, querido amigo, pasar contigo unos días sin preocupaciones, disponer de un tiempo desocupado y disfrutar juntos la verdadera vida, no conoceríamos los atrios, ni las casas de los poderosos, ni las tormentas de los pleitos, ni el triste foro, ni las imágenes soberbias de los antepasados; sino los paseos, los cuentos, los libros, el Campo, el Pórtico, la sombra, el Aqua Virgo, las termas: estos serían nuestros sitios, estas nuestras ocupaciones.

No es de extrañar que las romanas y los romanos pasaran cada tarde en las termas, al menos hasta el año 537, cuando los acueductos que llenaban sus depósitos de más de 80 000 metros cúbicos fueron arrasados sin que quedara nadie capaz de reconstruir la grandeza de Roma o de entender cómo funcionaban las tuberías o para qué. Total, ya casi no existía Roma, tras haber sido saqueada varias veces. Comenzaba la Edad Media, época sucia, como dijimos, en la que el baño pasó a ser un rito que parece que, en ocasiones, se celebraba solo para el bautismo por inmersión y, normalmente, como forma de preparar el cadáver antes de enterrarlo.

Además de disfrutar del arte, el visitante de las termas también podía entretenerse con paseos por los jardines, tomar algo en las tabernas o comprar en las tiendas (tabernae), leer en la biblioteca o, sobre todo, practicar juegos y deportes; desde lucha, atletismo, pesas (halteras, como en halterofilia), etc., hasta juegos de pelota, incluso algunos similares a nuestro frontón a mano o pelota vasca. También era muy popular, parece ser, el Trigon, en el que tres personas situadas en triángulo, se pasaban dos pelotas entre sí intentando que el otro fallara. La gracia estaba en que te podían pasar los dos balones a la vez y no debía tocar el suelo ninguno de ellos. Había muchos más juegos de pelota, pero no nos han llegado sus normas. También se jugaba a las tabas (tali) con huesos de cabra o su imitación hasta en oro; este juego, con el que todavía se divertían de pequeñas mis hermanas,

consistía en tirar una taba al aire mientras se recogían las cinco que se tenían delante de una en una. Por supuesto, también jugaban a los dados y apostaban, como en los casinos actuales.

Los (y las) fortachones se exhibían practicando deporte en la palestra (palaestra), cubiertos solo por el taparrabos. Marcial nos refiere el caso de un guapetón musculoso al que, para su vergüenza, se le cayó el tanga y se le vio todo (que no era tanto, para risión del público), y también nos habla de marimachos como una chicarrona llamada Filenis, a quien critica salvajemente al citar su paso por las termas:

Sodomiza a los mocitos la tortillera Filenis y, más ardiente que un marido en erección, se cepilla a las muchachas de once en once por día. Juega también al harpasto⁹ en sujetador y se pone amarilla de albero, y las halteras pesadas para los culturistas las voltea con fácil brazo y, llena del barro de la cenagosa palestra, recibe una paliza con el látigo de un entrenador lleno de aceite. Y no cena ni se pone a la mesa sin antes haber vomitado siete cuartillos de vino puro (...)

Las sátiras de Marcial a veces son bastante verdes y soeces, pero nos muestran retratos muy reconocibles de personajes romanos que podemos todavía encontrarnos en nuestros modernos gimnasios, donde algunos acuden más a lucirse que a mejorar su salud. Lo que está claro, es que para los romanos la higiene y el deporte, o el «culto al cuerpo», era tan importante como para nosotros. Los que podían permitírselo, también tenían baños en sus casas, ya que el mismo amigo Marcial, en otro epigrama, nos cuenta:

Cuando alabo tu rostro, cuando admiro tus piernas y tus manos, sueles decirme, Gala: «desnuda te gustaré más»; y siempre evitas compartir el baño conmigo. ¿Temes acaso, Gala, que yo no te guste?

Evidentemente este baño a deux solo podía tener lugar en un sitio privado, en casa de ella o en la de él, lo cual no quita que ambos fueran visitantes de las termas para otros menesteres más, digamos, sociales.

Provenientes de los años trescientos y pico de nuestra era, y en la localidad británica de Caerwent, se encontraron los restos de los baños privados pertenecientes a una casita de campo que ocupaban (solo los baños, que incluían sauna y todo) unos 120 metros cuadrados. En todas las villas romanas (o en lo que queda de ellas) que pueblan nuestros campos, también había baños, por supuesto, y calefacción de suelo radiante. El hallazgo del

baño de Caerwent llamó mucho la atención porque se produjo en 1855, cuando ninguna casa en toda Gran Bretaña (y si nos ponemos, casi en todo el mundo) contaba con unas instalaciones parecidas ni con un puñetero retrete decente, al fin y al cabo.

El baño se llevaba a cabo desnudo, evidentemente. La gente se vestía al salir de las termas y se ponía elegante si iba a alguna cena o espectáculo, como comentamos. Lo que resulta curioso es que la moda (en cuanto a vestuario) no cambiara mucho en Roma al menos durante los dos siglos que nos ocupan. Los romanos y romanas siempre vistieron de manera parecida y los cambios en su atuendo fueron muy sutiles como para que ahora los reconozcamos. De todas formas, a lo mejor es que no nos han llegado las revistas de moda de entonces, porque Ovidio se queja hace dos mil años de las muchas y variables modas:

Pero ni contarás nunca las bellotas de la espesa encina,
Ni las abejas del Hibla, ni las fieras que rugen en los Alpes,
Ni yo me siento capaz de explicar tantas modas diversas,
Número que aumenta con otras nuevas cada día que pasa.

Lo que está claro es que no usaban prendas ceñidas como nuestras camisetas o nuestros pantalones pitillo. Parece que el gusto romano por la ropa holgada viene tanto por su herencia etrusca como por su relación con los griegos, empezando por los que en los albores de Roma habían colonizado casi toda la península itálica. De hecho, la palabra Grecia se refiere a una región de Italia colonizada por los griegos y que ellos, los helenos, llamaban Magna Grecia. Los griegos realmente llaman Hélade a su país, así que, si los romanos denominamos griegos a los helenos, es por culpa de nuestros abuelos romanos, que ya les dieron ese nombre.

Tanta fue la relación de amor odio con lo griego que la primitiva Roma luchó en múltiples guerras contra ejércitos helenos y muchas veces sin salir de Italia. La fama del rey Pirro —el de «victoria pírrica»— viene de ahí, de las guerras griegas en Italia. De hecho, tras haber vencido a los romanos en la batalla de Heráclea, el 280 a.C., y en la de Áusculo, al año siguiente, Pirro parece que dijo: «Otra victoria como esta y perdemos la guerra», refiriéndose al gran número de bajas que se habían producido en su ejército a pesar de haber vencido las dos veces. Pirro ni siquiera pudo ganar la siguiente batalla y, como había predicho, perdió también la guerra. Por lo menos nos dejó una

expresión eterna que nos enseña que una victoria pírrica no es suficiente para ganar la contienda. En fin, estábamos hablando de ropa, y si deo de irme por las ramas, avanzaremos. Quedamos que la ropa romana tiene influencias etruscas y griegas. Las prendas, según el ya citado Harold W. Johnston, se dividían en indutus (de donde nuestra indumentaria), que serían las vestimentas que se ponían encima, y amictus, que serían las prendas que se llevaban alrededor. Concretando, y empezando de dentro afuera y por los tios, lo más parecido a nuestra ropa interior sería el subligaculum, un taparrabos o tanga, sobre el que se vestía la túnica (salvo en la familia de los Cetegos, que no usaban túnica porque eran así de cabezotas) y el pesado del último Catón, que llevaba también la toga a pelo sobre el tanga, con el pecholobo al aire, vamos.

La túnica era como una camisa grande o camión, originalmente de lana cruda, hecha en dos piezas y cosida por los lados, con mangas bastante cortas, que llegaba desde el cuello hasta las pantorrillas. Era la prenda de estar cómodo en el campo, en casa, en una cena en casa de amigos o en el trabajo, si este era manual. Si hacía frío, se usaba una túnica encima de otra. Se cuenta de Augusto que era bastante friolero y que llevaba puestas a veces bastantes más de tres. En público, la túnica se ceñía con cinturón y así se controlaba la altura de la misma en las piernas. A pesar de que se conocían los calcetines a través de los germanos, como vimos en el capítulo anterior, nadie usaba ninguna prenda para proteger las piernas, al menos en las calles de la ciudad y salvo problemas de salud.

Por otra parte, los pantalones (bracae, de donde nuestras bragas, que también se escriben en plural) se conocían de antiguo por los contactos, a veces desagradables, con los galos (los celtas saquearon Roma en el 387 a.C.), pero los romanos los consideraban una prenda asquerosa y propia de bárbaros. Nationes bracatae o «pueblos con pantalones» era en la época clásica una forma despectiva de referirse a los bárbaros del norte en general. En nuestro idioma quedó lo de «bragado» para referirse a alguien de resolución firme y veteranía probada. También hay que entender que los pantalones les daban repelús a nuestros abuelos porque los bárbaros no solían asearse demasiado, mucho menos en comparación con los romanos, y que los de, por ejemplo, Vercingetorix, seguro que se mantenían de pie solos, de la mugre que portaban.

Sobre la túnica, se llevaba la famosa toga, que fue la prenda característica de los romanos durante más de mil años. Básicamente, era como una sábana grande (con forma romboide), tejida en lana, que envolvía mediante pliegues y más pliegues el cuerpo y llegaba casi hasta los tobillos de nuestros abuelos romanos; incómoda, pero elegante y discreta. La toga constituía el uniforme civil del ciudadano romano. La usaba por primera vez el día que alcanzaba la mayoría de edad, rito con el que pasaba a ser un ciudadano más. La usaba el día de su boda, siempre que acudía al foro, en las elecciones, en el teatro; con ella iba a casa de sus amigos, a los juicios, a los templos y sacrificios, o se presentaba como candidato a una magistratura; con ella era revestido y velado en el atrium de su casa cuando fallecía y con ella era incinerado o enterrado.

Virgilio, poeta coetáneo de Augusto a principios de nuestro siglo I, dijo como definición poética del pueblo romano: «Los romanos, señores del mundo y gente que viste toga».

Y es que la toga definía al ciudadano. Estaba absolutamente prohibido que ningún extranjero o quien no fuera ciudadano romano la portara; de hecho, si a un romano se le condenaba a perder su ciudadanía o, lo que es lo mismo, al exilio, lo primero que se hacía era despojarle de ella.

Se cuentan muchas anécdotas de romanos que comparecieron con toga en una embajada peligrosa ante un rey extranjero y salieron triunfantes, como cuando el senador Cayo Pompilio Lena se presentó en el camino de Alejandría delante del rey Antioco de Siria, que iba a atacar esa ciudad al mando de su ejército. El senador, vestido con la simple y blanca toga, y escoltado por solo dos tribunos también togados, entregó al monarca un documento instándole en nombre del Senado y del pueblo de Roma a no atacar Alejandría. Cuando el rey extranjero —extrañado por tanta chulería— le pidió tiempo para responder a la solicitud, el romano, tomando una vara, dibujó un círculo en el suelo alrededor del tirano y le dijo: «tómame todo el tiempo que quieras pero no salgas de este círculo sin haberme comunicado tu decisión». La valentía del ciudadano, solo delante de todo el ejército de Siria, hizo que el rey desistiera de su intento y volviera por el desierto para no regresar jamás, mascullando para sí lo locos que debían de estar esos tíos para plantarse así, por la cara, delante de él y decirle lo que podía o no podía hacer. Esta era una de las historias con las que se enseñaba a los niños en

Roma la importancia de ser ciudadano y no súbdito, así como la fuerza de la toga, que era la fuerza de Roma.

Muchísimos siglos más tarde (en el año 452 de nuestra era), Atila, rey de los hunos y dueño del caballo bajo cuyos cascos no volvía a crecer la hierba, se encontraba a las puertas de Roma cuando, con todo su ejército preparado para el asalto final, recibió una embajada romana formada por el cónsul Avieno, el prefecto de la ciudad Trigecio y el obispo de Roma (por lo tanto papa) León I. No se sabe qué le dijeron estos ciudadanos romanos al bárbaro más bárbaro de todos los bárbaros, pero volvió grupas y, junto con su sangrienta hueste, abandonó inmediatamente Italia para no volver jamás. Menos de un año más tarde, Atila moriría sangrando por todos sus poros. Pasado otro año, el asqueroso imperio de los hunos se desmembró y desapareció de la historia aniquilado y borrado de la faz de la tierra. Un sucio y sangriento paréntesis.

Esa, ante Atila, fue la última victoria de la «gente togada», de la civilización contra la barbarie. Cuando me imagino esta historia del senador delante del ejército de Antioco o del papa ante Atila, siempre me viene a la mente la foto del ciudadano chino quieto delante del tanque cuando lo de Tianamen, pero, a pesar de que la imagen es impresionante, creo que todos sabemos que esta historia china terminó peor. Vivimos tiempos más bárbaros. Por cierto, los hunos eran también asiáticos.

Tomando como ejemplo los pliegues de la toga que «viste» la estatua de bronce fechada alrededor del siglo I a.C. conocida como El orador, y que podemos todavía contemplar en el museo arqueológico de Florencia, se ha calculado que, para un hombre de un metro setenta de altura, la toga mediría, dicen, tres metros y medio de longitud y dos de ancho, aproximadamente. Era pesada e incómoda, pero los pliegues del brazo izquierdo dejaban un hueco (sinus, de donde nuestro «seno») donde guardar documentos, y otro pliegue permitía cubrirse la cabeza durante los sacrificios y actos sagrados o si te pillaba un chaparrón.

Cicerón se queja de que en su época las togas son cada vez más grandes, diciendo que los jóvenes llevan velas, no togas, mientras que Juvenal suspiraba por la libertad de la vida rural, donde solo los muertos estaban obligados a llevar toga; pero a pesar de todo y de lo onerosas que podían resultar para los ciudadanos pobres, la toga era la prenda masculina romana

por antonomasia y no cambió demasiado durante muchísimos años. Es como si nosotros usáramos todavía lo que fuera que utilizaran nuestros antepasados del año 1200 (¿armadura?) como prenda «oficial» masculina, algo así como nuestro traje de chaqueta, cada vez más devaluado.

Obviamente, la toga se entregaba en la puerta cuando se acudía a cenar a casa de un amigo, donde posteriormente, ya en túnica y antes de acostarte a la mesa, te descalzaban y lavaban pies y manos. Con la toga se usaban unas sandalias especiales, mientras que sin ella se portaba, parece ser, algo más parecido a nuestros zapatos. Dicen que el César Julio usaba al final de su vida botas rojas, como los antiguos reyes etruscos, pero no está tan claro. Los soldados utilizaban caligae (de donde el malvado emperador Calígula tomó su nombre, cuyo terrible significado sería algo así como «botitas» porque de pequeño acompañaba a su padre en Germania ataviado con un uniforme legionario infantil confeccionado especialmente para el zagal).

En cuanto a joyas, el romano varón solo usaba un anillo, normalmente en el dedo anular de la mano izquierda, con un sello grabado en una piedra montada sobre él, para sellar y cerrar cartas y documentos, que así quedaban «firmados». Sabemos que Augusto utilizaba una esfinge, y hay multitud de ejemplos de estos sellos, con distintos motivos gráficos, que nos ha legado la arqueología y que garantizaban la privacidad epistolar, por ejemplo, o la autenticidad de los escritos. Parece que en caso de autentificar un documento, se añadía un papel sobre la carta en el que se ponían en cuestión en cera caliente los sellos necesarios (por ejemplo de todas las personas que actuaban en un contrato, etc.); por cierto, que nuestra palabra «protocolo» viene del latín *protocollum*, que a su vez proviene del griego tardío *protokollon* (*protos*, primero, y *kolla*, cola, goma), que era el nombre de esa hoja que se pegaba al documento para darle autenticidad. Esa humilde función pasó a definir, entre otras cosas, el comportamiento que hay que tener delante del papa o en las ocasiones protocolarias, que literal y propiamente serían aquellas que traerán cola. Se ve que los de Siniestro Total sabían latín cuando cantaban en 1982 eso de:

En la corte del Congo Belga con smoking y mi suegra,
Hay una gran recepción. Un protocolo del copón.
Presidentes y embajadores y la nobleza de los alrededores.
A la reina voy a saludar, cuando entre las piernas me vuelve a picar...

Perdón por la grosería, pero venía muy a huevo.

Volviendo al anillo, parece ser que los patricios los usaban de hierro y los caballeros de oro, pero eso no está nada claro. Como veremos, el romano regalaba a la romana en la petición de mano un anillo, normalmente de oro. Como en todo, hay quien exageraba y tenía mal gusto, como aquel conocido de Marcial, que tenía un anillo tan grande que el poeta le recomendaba que se lo pusiera mejor en la pierna.

Como complemento en el vestir, los romanos solo usaban pañuelos (sudaria), que como su nombre indica eran para limpiarse el sudor y solían ser de lino. De esa palabra viene nuestro «sudario», que sería como un pañuelo grande que tapaba a nuestros antepasados cuando iban a ser enterrados (y que todavía se usa en algunas religiones).

Las chicas, además de las joyas de las que hemos hablado, usaban como complementos sombrillas para evitar el sol: umbrella, que quiere decir «sombrilla» o sombra pequeña, aunque en Gran Bretaña significa «paraguas» porque allí lo de la sombrilla es más inútil que un cenicero en una moto. Se conocen algunas sombrillas romanas que podían ser plegables, como nuestros paraguas, y se sabe que también se usaban abanicos llamados flabellum. Para mantener frescas y secas las manos, las romanas empleaban bolas de cristal con las que jugaban y se entretenían o, si podían permitírselo, de ámbar, que a la vez perfumaban sus bellas manos.

En cuanto a ropa, las chicas también usaban subligaculum y para cubrirse los pechos, como ya hemos visto, mamillare. Sobre estas prendas interiores y nada sugerentes, la romana vestía la llamada «túnica interior», que podía ser similar a la de los chicos romanos, salvo que las mangas eran más largas y la falda cubría hasta las rodillas. Solo las niñas y las jóvenes llevaban esta prenda sin nada más sobre ella y únicamente para estar por casa. Sobre esta túnica y por encima de la cintura, bajo los pechos, se podía usar un cingulum o strophium, que era una especie de faja (de piel suave) que levantaba el busto y ceñía la cintura, parece ser a modo de wonderbra. Encima de estas prendas se usaba la stola, que era la túnica exterior, distinta por completo a la de los chicos en varios aspectos: para empezar, era más bonita y su tela y su confección más preciosas.

Por lo referente a la forma, la más típica no tenía mangas, estaba más o menos abierta por los lados y se sujetaba a los hombros mediante broches.

Por debajo llegaba hasta los pies, por lo que se usaba siempre con cinturón. Finalmente, sobre la stola se disponía la palla, que a pesar del nombre sería más parecida a nuestras estolas o como una pashmina; se llevaba de muy distintas formas y colores, a veces, y por la calle, tapando un poco la cabeza, pero no mucho, para que se apreciara el peinado, que además de ser sumamente complicado podía ceñirse con diademas de perlas, piedras preciosas, flores o coronarse con una redecilla de oro (*reticulae*), o de lazos, en cuyo caso se llamaba *fasciolae*, que es el plural de «cinta».

En cuanto a colores, la ropa de los chicos solía ser más o menos blanca (la toga debía serlo) y la de las chicas de todos los colores posibles. La moda variaba mucho más en su vestimenta que en la de los señores, como ahora. Si se estaba de luto, la túnica y la toga de ambos sexos se teñían de negro y se utilizaban públicamente, como hacíamos hasta hace poco y ahora solo en los funerales, en los que, como nuestros abuelos romanos, nos vestimos de negro.

En los primeros tiempos la vestimenta se confeccionó en casa (con la excepción de la toga, que debía realizarse a medida y por un sastre profesional); pero al menos desde el siglo II a.C. parece que en los mercados de las ciudades pequeñas y, por supuesto, en todos los comercios de Roma se vendía ropa *prêt-à-porter*, como ahora en nuestras tiendas, en distintas tallas, tejidos y colores. Augusto, que era muy conservador, presumía de usar túnicas tejidas en su propia casa.

Lo que nadie hacía en su hogar, de ninguna manera (si podía permitírselo), era lavar la ropa, que se enviaba a lavanderías (similares en cuanto a servicios a nuestras tintorerías), donde la dejaban limpia, blanca e incluso planchada. La gente se distinguía igual que ahora por la calidad de sus vestidos, como Marcial apunta en este epigrama en el que pide a un amigo que le compre un «abrigo» nuevo. Suponemos que se refiere a una lacerna o una penula, que serían en ambos casos una especie de capas que también se usaban para salir a la calle y se disponían sobre la toga, especialmente en invierno y de noche.

Hace unos días, Rufo, un tipo me paró en la calle y pasándome revista de pies a cabeza con aires de comprador de esclavos o de entrenador de gladiadores, después de haberme señalado con la mirada y con el dedo, me dijo: «¿No eres tú, sí, tú, ese Marcial cuyas maldades y chanzas los conoce cualquiera, con tal que no tenga oreja bárbara?». Esboqué una sonrisa y, con un ligero ademán, no negué que yo fuera quien él había dicho. «¿Por qué, entonces, llevas un abrigo malo?». Respondí: «Porque soy un

poeta malo». Para que esto no le suceda demasiado a menudo al poeta, mándame, por favor Rufo, un abrigo bueno.

Pero además de vestir, y como también dijo nuestro Marcial: «Vida no es solamente vivir, sino tener salud». Para cuando la salud no era la mejor, en Roma se contaba con un montón de médicos, cuyos conocimientos y habilidad en medicina y cirugía eran similares a los de los doctores del muy posterior e ilustrado siglo XVIII. Como dijo Woody Allen: «Cuando un médico se equivoca, lo mejor es echarle tierra al asunto».

Parece que el primer médico extranjero que vino a Roma fue un griego, en el 219 a.C., cuyo nombre no se ha conservado (podría ser Archagathus), pero que dio fama a los que le siguieron, ya que se consideraba mejores doctores a los griegos (y si contamos la cantidad de términos médicos griegos que perduran todavía, por algo será). Julio César otorgó la ciudadanía romana como agradecimiento a todos los doctores griegos residentes en Roma y Augusto aumentó sus privilegios. Las obras de Celso y sobre todo de Galeno, el médico más importante tal vez de la historia, no fueron superadas por lo menos en los siguientes 1500 años y muchos de sus consejos siguen aplicándose. Los romanos distinguían entre medicina y cirugía, y contaban con médicos especializados, como oculistas, urólogos, dentistas, ginecólogos... y, por supuesto, las mujeres, como veremos más despacio, también ejercían la medicina. No existían las escuelas de medicina, sino que cada médico tomaba a su cargo alumnos para irles instruyendo sobre la marcha, como nos demuestra otra vez Marcial:

Me sentí un poco enfermo y me visitó el médico Simaco, acompañado de cien estudiantes de medicina. Cien pares de manos heladas me palparon y toquetearon.

No tenía fiebre, Simaco, cuando te llamé, pero ahora la tengo.

Tampoco todos los médicos eran tan buenos, como también Marcial nos cuenta: «Hasta hace poco era médico, ahora Diaulo es enterrador; lo que hace de enterrador también lo había hecho de médico».

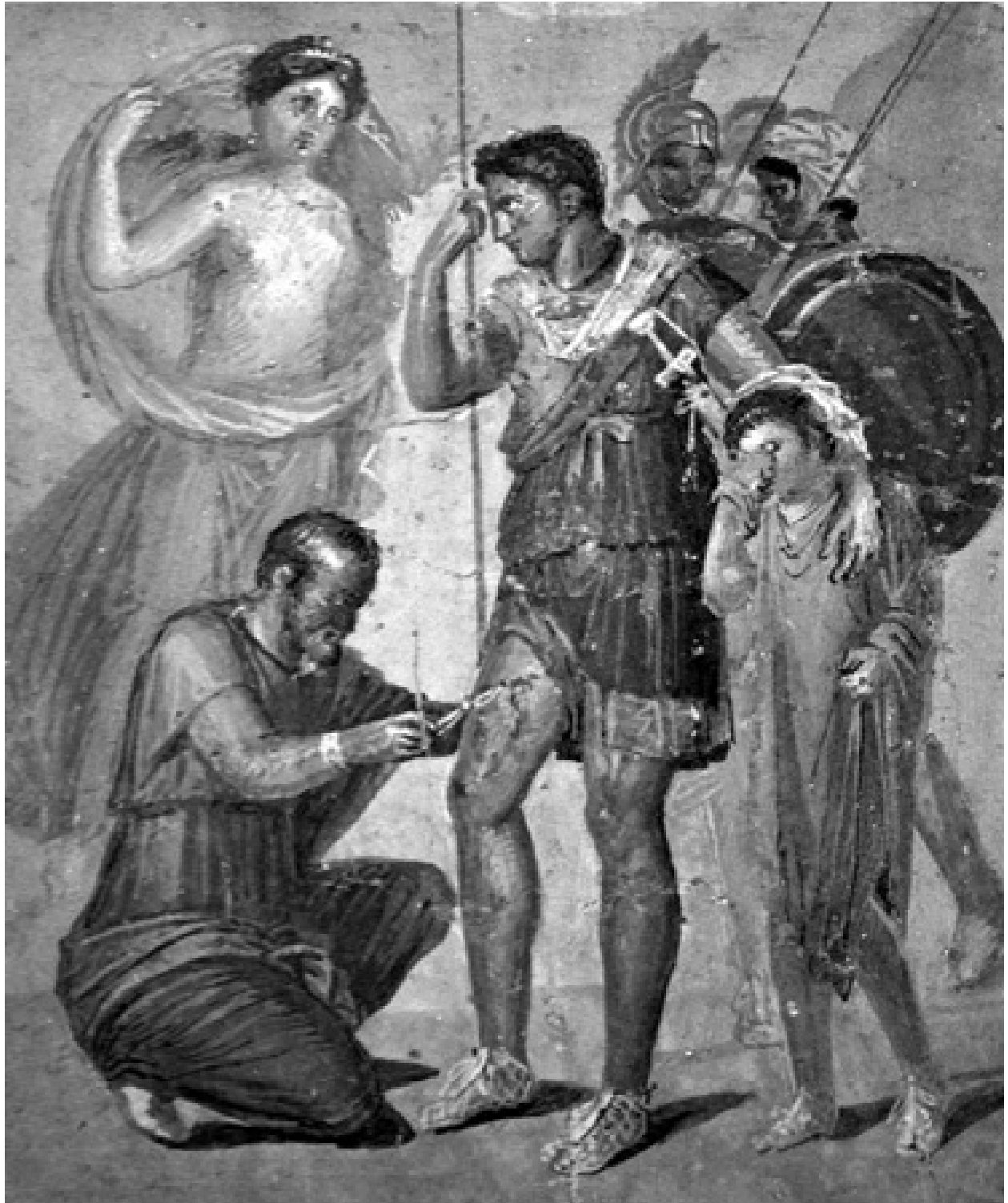
Igual que en tiempos de Bretón de los Herreros, el tuerto poeta madrileño fallecido en 1873, quien tenía un vecino doctor que se apellidaba Mata y con quien no se llevaba demasiado bien, como demostró al escribirle la siguiente letrilla:

Vive en esta vecindad

Cierto médico poeta
Que al pie de cada receta
Pone «Mata». Y es verdad.

Según comenta sarcástico Marcial, había médicos tan malos que podían matarte incluso con solo soñar con ellos:

Se bañó con nosotros, cenó entre risas, y a ese mismo Andrágoras, a la mañana, se lo encontraron muerto. ¿Preguntas, Faustino, la causa de tan repentina muerte? Había visto en sueños al médico Hermócrates.



El doctor Japix cura la pierna herida de Eneas. Fresco de Pompeya del siglo I. Museo Arqueológico Nacional, Nápoles.

Según parece, en tiempos de Trajano todas las ciudades debían de contar

con un médico público y con habitaciones reservadas y dedicadas a tratar a los pobres, tal vez como nuestros ambulatorios de pueblo.

Los romanos desconocían los antibióticos, que son una invención del pasado siglo XX, pero conocían que la suciedad mata. De hecho, los legionarios nunca limpiaban totalmente sus espadas, para que las heridas se infectaran y los detritus (resto en descomposición de un compuesto orgánico, propiamente) mataran a los enemigos, incluso varios días después de la batalla, y aunque solo hubieran sufrido un simple rasguño. Los romanos conocían el concepto de contagio y practicaban la cuarentena, el aislamiento y la limpieza, lo que explica que las enfermedades contagiosas fueran las auténticas dueñas de Europa tras el fin de la civilización romana y la pérdida de estos conocimientos. Varrón (116-27 a.C.), en la única obra suya que nos ha llegado completa, *De Re Rustica* (Del campo), ya nos advertía:

Evitar los pantanos y las marismas, ya que en dichas áreas hay una raza de ciertas criaturas diminutas que no se pueden ver por los ojos, pero que flotan en el aire y entran al cuerpo por la boca y la nariz y causan enfermedades graves.

En el ejército romano existía un cuerpo médico, como en el nuestro actual, e incluso hospitales militares en cada campamento; en ellos se contaba con médicos, cirujanos, enfermeros e incluso carros especiales utilizados como ambulancias. Estos hospitales se llamaban *valetudinarium*. Vale tundo, aunque parece el nombre de una pelea a cara de perro contra un brasileño en la que «valga todo», realmente quiere decir en latín «buena salud». Y de nuevo habría que avanzar hasta mediados de nuestro pasado siglo XIX para encontrar algo parecido. En el intervalo entre ambas fechas, para curarse sí que «valía todo», sobre todo rezar «todo» lo que uno supiera. Sobre la salud, un buen consejo lo dio Woody Allen, hipocondriaco, en el siglo pasado: «Puedes vivir hasta los 100 años si renuncias a todo aquello por lo que te gustaría vivir 100 años».

Médico militar fue el famoso Dioscórides, quien vivió en tiempos de Nerón (parece que falleció en el año 90 de nuestra era) y escribió los cinco tomos de la famosa farmacopea *De Materia Medica* (acerca de la materia medicinal), libro que, a diferencia de la mayoría de los clásicos romanos, se siguió utilizando a lo largo de la Edad Media en su griego original o en traducciones latinas e incluso árabes. Se imprimió por primera vez en 1478 y estuvo vigente como tratado principal de farmacopea hasta el siglo XIX.

Andrés Laguna, quien fuera médico personal del emperador Carlos V, tradujo la obra al español en el siglo XVI.

En la versión más antigua que se ha preservado del manuscrito griego, conocido como Dioscórides de Viena y copiado alrededor del año 513 de nuestra era, se conservan más de 400 dibujos botánicos a color de plantas medicinales.

Otro médico griego-romano muy famoso fue, por ejemplo, Sorano de Éfeso, quien vivió en tiempos de nuestros paisanos Trajano y Adriano y fue considerado el principal representante de la llamada Escuela Metódica (en la cual el tratamiento se infiere de la diagnosis, no de causas ocultas o mágicas); además de la primera y más importante biografía de Hipócrates, escribió obras tan importantes y pioneras como Sobre enfermedades agudas y crónicas, casi el primer tratado de psiquiatría de la historia europea, conservado gracias a una traducción latina realizada en el siglo V de nuestra era. En él, Sorano habla sobre afecciones mentales, como la melancolía o la manía, incorporando teorías que estuvieron vigentes hasta bien entrado el siglo XX. Pero todavía más importante puede considerarse su libro sobre la medicina en las mujeres, *Gynaikeia* (algo así como *De la mujer*), escrito también en griego y traducido al latín en el siglo VI, en el que habla de la necesaria higiene íntima, de la menstruación, del embarazo, del tratamiento a madre e hijo durante y tras el parto, e incluso de las cualidades que ha de tener una buena comadrona:

Debe ser robusta y de fuertes brazos, tener largos y finos dedos con cortas uñas (...) debe ser culta, tener una buena memoria, ser capaz de impartir información y ser respetable.

Parece ser que el libro se imprimió por primera vez en Inglaterra ¡en 1838! y de nuevo en 1882, usándose todavía entonces como obra de referencia en obstetricia y ginecología. Desde el siglo VI hasta 1838, las mujeres que se apañaran como pudieran.

Aulo Cornelio Celso, quien vivió en tiempos de Augusto, escribió en el cambio de era una gran enciclopedia que hablaba sobre Agricultura, (cuyas referencias tenemos gracias a nuestro Columela), Estrategia, Retórica, Derecho y muchos más campos del saber, recopilando todos los conocimientos de su época. De todos los libros, solo se ha conservado la parte correspondiente a medicina (*De Medicina*). Están completos los ocho libros

que formaban ese tomo, en los que se tratan todos los ámbitos relativos a esa ciencia:

Libro I:	HISTORIA DE LA MEDICINA (incluye referencias de 80 autores médicos, muchos de los cuales son conocidos únicamente por este libro).
Libro II:	PATOLOGÍA GENERAL
Libro III:	ENFERMEDADES ESPECÍFICAS
Libro IV:	ANATOMÍA
Libros V y VI:	FARMACOLOGÍA
Libro VII:	CIRUGÍA
Libro VIII:	ORTOPEDIA

La obra es importantísima porque describe procedimientos quirúrgicos usados en la Roma del siglo I, como la correcta forma de efectuar una operación de cataratas, la de arreglar una fractura de huesos o incluso tratamientos para los cálculos renales. Explicaciones que de paso demuestran que esas operaciones ya las realizaban nuestros abuelos médicos romanos. También Celso fue quien tradujo del griego al latín la palabra que todavía hoy usamos en nuestro idioma para referirnos a tumores malignos y que nos da tanto miedo si la pronuncia el médico, cáncer, que significa cangrejo y que proviene del griego carcinos que era la manera en que Hipócrates llamó a este tipo de enfermedades en cuya curación estamos avanzando todavía. Es probable que el nombre provenga de cierta similitud que observó entre el cuerpo del animal y la forma de los tumores, pero no está claro del todo.

Se creía que toda la obra de Celso había sido destruida, pues no hay referencias a ella durante la Edad Media, pero en el siglo XV se encontraron copias manuscritas de sus libros, y fue *De Medicina* la primera obra médica impresa en el mundo (Venecia, 1478). Su difusión fue impresionante desde entonces. Muchos de los remedios que figuran en sus libros seguían vigentes

en el siglo XIX, mil ochocientos años después de que los escribiera.

Para terminar una pequeña galería de médicos romanos, nos falta solo el que lo es por excelencia, Galeno, ya mencionado, por ejemplo, por sus problemas de calvicie, pero que, en serio, no por nada su nombre es sinónimo de médico.

Galeno nació en Pérgamo (actual Bergama, Turquía) a mediados del siglo II; vivió en tiempos de Marco Aurelio y de Cómodo (los de la peli *Gladiator*) —fue médico oficial de ambos— y falleció en torno al año 200 de nuestra era. En su juventud y durante 4 años fue *therapeutes* (asistente) en el templo de Escolapio (Dios de la medicina) en su ciudad natal, donde se formó como médico para después recorrer el mundo conocido y terminar en Roma, el lugar en que se hizo famoso y desde el que se daría a conocer al mundo. Como dijo Frank Sinatra 1200 años después en su canción *New York, New York*:

If I can make it there,
I'll make it anywhere

Que, malamente traducido, sería algo así como: «si puedo lograrlo allí, lo lograré en todas partes» o «si triunfo allí, habré triunfado en todo el mundo». Evidentemente, en el año 200, si triunfabas en Roma habías triunfado en todo el mundo, y así lo hizo nuestro «doctor House» romano.

Galeno pasó a convertirse en el médico por antonomasia, a pesar de que muchas de sus teorías estaban equivocadas (otras no, como que la voz se produce en la laringe o que el cerebro mueve los músculos). Escribió tanto sobre medicina, unos 500 tratados, que lo que se conserva representa más o menos la mitad del total de obras escritas en griego antiguo sobre cualquier tema que han sobrevivido hasta nuestro siglo. De hecho, todavía en 2015 se encontró en un palimpsesto un texto que se creía perdido y que podría haber sido escrito por Galeno: De los preparados y los poderes de los remedios simples¹⁰.

Curiosamente, la obra de Galeno nos ha llegado, sobre todo, escrita en árabe. Él empleó siempre el griego, así que cuando el Imperio de Occidente cayó, sus libros solo podían ser leídos en el Imperio bizantino, que utilizaba esa lengua, mientras que en occidente solo sabíamos leer latín, y no mucho, ni tampoco muchos. Allí se conservaron mientras que en el resto de Europa cabalgaban los bárbaros a lomos de la mugre. En tiempos de los califas

abasías, a partir del año 750, los textos de Galeno se tradujeron al árabe y fueron parte fundamental del enorme desarrollo medieval de su medicina y de la andalusí, para, en torno al siglo XI, traducirse finalmente al latín, tras haber dado la vuelta al Mediterráneo y entrar a formar parte de las cátedras de medicina en universidades occidentales, como Nápoles o Montpellier, ¡ochocientos años después de haber sido escritos! Vamos, como si hoy estudiáramos medicina basándonos en los escritos de Mohamed al-Shafra, médico andalusí nacido en Crevillente (entonces Qirbilyän, Murcia) a mediados del siglo XIII.

Durante el Renacimiento, la medicina de Galeno era la única. Cuando vemos en las películas de época que hay que sangrar a algún enfermo, se están aplicando sus métodos, pues pensaba —dentro de una de las escuelas médicas de su época y siguiendo a Hipócrates— que el cuerpo posee cuatro sustancias líquidas llamadas humores, cuyo equilibrio es fundamental para la salud de la persona. Así, si se producía una enfermedad, era por un exceso de uno de estos líquidos, que había que eliminar del cuerpo del enfermo. Por eso se empleaban sanguijuelas o sangrados, para eliminar el exceso de sangre o los flemones, que todavía reciben esta denominación porque se pensaba que eran un exceso de flema concentrado en un punto de la boca. Por la osadía de demostrar que Galeno estaba equivocado, los protestantes ginebrinos quemaron vivo, sobre una pira construida con ejemplares de su obra *Christianismi Restitutio*, al médico aragonés Miguel Servet en 1553, ya que en su libro (del que solo sobrevivieron tres ejemplares) mencionaba la circulación pulmonar de la sangre contradiciendo a Galeno, a Calvino y, por lo visto, a la Biblia.

Humor en latín significa líquido, y los cuatro líquidos que definían la salud de las personas eran: la sangre, la bilis, la bilis negra y la flema. Cuando los romanos decían —decimos— que alguien está de buen humor, se referían a que sus humores estaban en equilibrio. De ahí, y con los años, en nuestro idioma el humor pasó de ser líquido a ser un estado de ánimo que necesita a veces médicos o «humoristas» para curarnos (aunque afortunadamente ya no hace falta que nadie nos saque la sangre, de eso ya se ocupan, al alimón, los bancos y Hacienda). Cuando en el cuerpo predominaba la bilis negra, se supone que producía tristeza o pesimismo. Por eso, y solo por eso, todavía a los chistes un poco crueles los llamamos de humor negro.

Por cierto, medicina viene del latín, medicina.

⁷ Esposa de Héctor de Troya, mujer legendaria por su gran estatura.

⁸ Se refiere al arreglo, en latín cultus, que también significa cultivo; era la suma de la cosmética, las joyas y el perfume. Obviamente la frase significa que de cualquier cara, cuidándola, se puede extraer belleza.

⁹ Especie de voleibol, suponemos.

¹⁰ La noticia completa en http://elpais.com/elpais/2015/06/11/ciencia/1434006669_068676.html.

VI

LA MUJER ROMANA

Mujeres médicas, pintoras, artistas:
más emancipadas que sus descendientes.

Las mujeres son hijas de la lentitud; no se puede uno imaginar cualquier clase de tardanza que sea tan larga como cuando son las mujeres las que te hacen esperar.

Plauto, siglo III a.C.

Si una mujer te dice que estará lista en cinco minutos,
no hace falta que se lo recuerdes cada media hora.

Anónimo, siglo XXI

EN LA WIKIPEDIA EN ESPAÑOL HAY 109 PÁGINAS que hablan específicamente de distintas mujeres de la antigua Roma. Si no son muchísimas, por lo menos son más de las que pensaba, ya que, por desgracia, tampoco son tantas las mujeres que pasaron por sí mismas o por sus hazañas a la historia — siempre escrita por los varones— desde el final del Imperio romano hasta hace bien poco. Aun así, no lancemos las campanas al vuelo: la igualdad de las romanas con sus contrapartes no fue nunca una realidad, a pesar de que es cierto que tuvieron más derechos que las mujeres de nuestro hemisferio hasta hace bien poco.

En el primitivo derecho romano, y aunque disfrutaba de casi todos los beneficios que garantiza la ciudadanía, la mujer en los orígenes de Roma era una persona dependiente y con derechos limitados. Pasaba de la tutela de sus padres a la tutela de su marido o parientes varones y, hasta bien avanzada la República, ni siquiera tuvo capacidad jurídica para heredar. Es más, para hacer testamento tenía que contar con la supervisión de su tutor. Esta barbaridad, que se derogó en Roma bastante antes del comienzo de nuestra era, no nos debe sonar tampoco a chino: en la España de Franco, es decir, hasta hace cuatro días, una mujer no podía, por ejemplo, trabajar sin el consentimiento escrito de su marido, tener pasaporte, abrir una cuenta

bancaria, administrar bienes, suscribir contratos, disponer de los ingresos de su trabajo, ser tutora o comparecer en un juicio. Además, la mayoría de edad femenina en esa gris España no empezaba hasta los 25 años, cuando la masculina empezaba a contar a los ya bastante altos 21. Hasta la entrada en vigor de la Constitución de 1978, la mujer española tenía bastantes menos derechos que su abuela romana de antes de Cristo.

Afortunadamente para las romanas, allí no mandó nunca Franco, y con el paso de los años la mujer fue ganándose el respeto y el lugar que se merecía. Ya en tiempos del sevillano emperador Adriano, en el siglo II de nuestra era, no necesitaba en absoluto el consentimiento de su tutor para otorgar testamento y el padre no podía obligar a sus hijas a casarse contra su voluntad, ni impedir que se casaran con quienes ellas hubieran elegido si eran mayores de edad, trasunto que ocurría normalmente a los 17 años. En la República, se sabe que la mujer podía presentar un caso ante la justicia, y se conoce a algunas que ejercieron de abogadas, como Amesia Sentia o Caya Afrania, citadas ambas por Valerio Máximo, quien escribió en el cambio de era.

En general, los romanos, y mucho menos las romanas, no eran celosos, pero a pesar de ello y especialmente en lo que se refiere a relaciones digamos escandalosas, había que mantener las formas y, por encima de todo, librarse de las habladurías. Para ello, más que para una primitiva planificación familiar, sabemos de arcaicos y precarios remedios anticonceptivos empleados por las mujeres romanas e incluso de la utilización de peligrosas hierbas abortivas. Juvenal cita en sus sátiras el siguiente caso:

Alégrate pues, tú, marido necio y la pócima alarga a tu esposa; pues tal vez si a luz ella diera, padre quizás fueras de etíope cuyo rostro bronceado no sin miedo por las mañanas vieras y que al final sería tu heredero designado.

En él parece que uno de los motivos de aborto era que el retoño resultara ser hijo del esclavo y no del amo; en cualquier caso, es una sátira, y tampoco hay que tomárselo tan al pie de la letra. En la realidad, si era demasiado tarde para abortar, y si no se deseaba o podía criar al propio hijo, en la Roma imperial existía algo parecido a la inclusa, una institución denominada Columna Lactaria, que, como su nombre indica, era una columna situada en un lugar discreto de la ciudad donde se podía dejar abandonado al retoño para que, al menos, sobreviviera. Nodrizas del Estado recogían y

amamantaban a los niños allí abandonados, e incluso, a veces, mujeres ilustres que no podían tener hijos se acercaban a elegir un posible heredero, como poéticamente nos cuenta de nuevo Juvenal:

La Fortuna, liviana en altas noches vuela, riendo al lado de desnudos niños. Con su pecho los nutre y los consuela amorosa en su seno y los ampara. En patricias mansiones los presenta, de la comedia el éxito prepara, ensaya con los actores y burlona y risueña, prodigando al niño abandonado sus favores, lo colma ella de riquezas y de honores.

Si esto de abandonar al niño en un sitio para que la beneficencia lo cuide nos parece primitivo y salvaje, baste recordar que hasta hace dos días, y al igual que ocurrió durante muchos siglos, en los conventos existía un torno donde se dejaba a los recién nacidos no deseados. Expósito, apellido bastante común en nuestro idioma, viene del latín *expositio*, que entre otras cosas significa «abandono de un niño».

Inclusa, por otra parte, no viene del latín, sino del nombre de la localidad de Enkhuizen, pueblo de los Países Bajos donde unos soldados de los tercios viejos rescataron la imagen de la Virgen de la Paz, que vino a presidir el hospital para niños expósitos que se encontraba desde el siglo XVI en el centro de Madrid, en la actual calle de Preciados, se supone que más o menos donde hoy está El Corte Inglés. Sobre esta inclusa, que estuvo funcionando desde 1563 ¡hasta 1969! en distintos lugares de la capital, se podrían contar muchas historias¹¹. En el torno donde se abandonaba a las criaturas, había una inscripción que decía tristemente: «Abandonado de mis padres, la caridad me recoge».

El niño expósito más famoso de Madrid fue tal vez Eloy Gonzalo, que en su ciudad tiene calle, estatua y plaza, la de Cascorro (el Rastro), dedicada a su hazaña heroica durante la guerra de Cuba. Fue abandonado en el torno de la inclusa cuando era un recién nacido. Un papel cosido a su mantita con un alfiler dicen que rezaba:

Este niño nació el primero de diciembre de 1868 a las seis de la mañana, está sin bautizar y rogamos se le ponga por nombre Eloy Gonzalo García, hijo legítimo de Pepa, soltera, natural de Peñafiel, provincia de Valladolid.

Parece ser que en Roma existían lo que ahora llamaríamos vientres de alquiler. Si una pareja era estéril y otra de su familia o un amigo íntimo con la sangre adecuada tenía ya hijos de más, a veces la pareja embarazada

llegaba al acuerdo de ceder el nasciturus a la pareja estéril, para lo cual, la embarazada esposa de la primera pareja pasaba las últimas semanas de su gestación en casa de los que no podían tener hijos. Daba a luz allí y, al nacer, el bebé era inmediatamente adoptado por la segunda pareja, renunciando los progenitores biológicos a él para siempre. Se desconoce si la gestante recibía algún beneficio a cambio, aparte de un eterno agradecimiento.



Columna Lactaria, en Roma, el antecedente de los actuales hospicios. Dibujo de la obra Die Kunst der

Por otra parte, ser madre y soltera no ha sido fácil nunca, pero hasta nuestro siglo era mucho más difícil. Incluso en Roma era complicado. Al igual que hasta hace cuatro días, tener un hijo sin estar casada podía provocar la expulsión de la hija de la familia y de la sociedad, lo que empujaba a la joven madre incluso a venderse como esclava a sí misma o a dedicarse a la prostitución para procurar la supervivencia de ambos. Todo esto en una época en que se supone que hasta el 30 % de los niños solían morir en su primer año de vida.

En España en 1970 el porcentaje de mortandad infantil era del 2,1 %, mientras que en la actualidad se mantiene alrededor del 2 por mil. En América Latina todavía está, por desgracia, en torno al 10 por mil de media. La mayor causa de muerte entre las mujeres a lo largo de la Historia ha sido simplemente el dar a luz (en la Inglaterra del siglo XVIII, todavía morían 25 de cada mil parturientas). Afortunadamente, en Roma se contaba con mucha ayuda divina. Se contabilizan más de cincuenta y cuatro dioses romanos específicos para proteger el embarazo y al infante, desde Alemona, encargada de alimentar el feto, hasta Vagitanus, encargada de abrir la boca del recién nacido para su primer llanto, pasando por Ossipago, que construye huesos fuertes en el bebé.

La educación de la futura mujer, ya fuera impartida en la propia casa por un *paedagogus* (pedagogo, evidentemente) o en las escuelas que se instalaban en las abigarradas calles, era, como ya se comentó, mixta y con el mismo temario que el de los varones hasta los doce años; luego a ellos se les enseñaba Literatura, Oratoria y a ser soldados, y a ellas, entre otras cosas, a hilar, tejer y también Literatura. Algo que, tras la caída del Imperio romano, no volvió a ocurrir en nuestro planeta hasta el siglo XIX, cuando de nuevo se admitió que la educación femenina era un derecho, y, poco a poco, incluso se llegó de nuevo, hace menos de cincuenta años en España, a compartir aula las niñas y los niños. Por desgracia, todavía en bastantes países de nuestra pobre Tierra hay quienes siguen prohibiendo que las niñas acudan a la escuela —lo de que sea mixta ni cabe en sus enfermas cabezas— para de ese modo mantenerlas ignorantes y sometidas al varón; por eso cuando son mayores las cubren con velos, telas y burkas y les prohíben asuntos tan graves como, por ejemplo, ir

en bici. Por supuesto, del divorcio o de elegir marido libremente ni hablamos. Algunos países y religiones se empeñan en seguir en la Edad Media. Ya lo dijo Julio César en una frase que, si no es suya, al menos se le atribuye habitualmente: «Solo los cobardes son valientes con las mujeres».

En España el primero en preocuparse por la educación de las niñas tras la caída de Roma fue, no por casualidad, Carlos III, quien dictó en 1768 una Real Cédula por la que se regulaban las normas básicas para fomentar la creación y organización de escuelas gratuitas para ellas. Como es lógico por la época en que se redactó, se especificaba que la educación de la futura mujer debía basarse en dos aspectos fundamentales: la enseñanza de la doctrina cristiana y la de las labores domésticas, preferentemente la costura. Creo que en los albores de la época franquista la educación femenina básica era muy parecida.

La cédula de Carlos III, doscientos años antes de Franco, termina puntualizando:

El principal objeto de las escuelas es la labor de manos. Pero si alguna de las muchachas quisiese aprender a leer, tendrá igualmente la maestra la obligación de enseñarla.

¡Qué barbaridad, eso de que una niña quisiese o quisiera aprender a leer...! ¡hala, adónde vamos a llegar! ¿Qué será lo siguiente, escribir?, ¿pensar?...

En Roma, el emperador sevillano Adriano se preocupó en el siglo II de que las escuelas primarias, mixtas, por supuesto, se extendieran hasta los confines de las provincias más lejanas del Imperio, subvencionando a los maestros para que se instalaran en lugares tan rurales como el distrito minero de Vipasca en Lusitania (Aljustrel, en la actual Portugal). En el año 425 el Estado pasó a controlar la labor de los maestros y a retribuirles económicamente su labor, por lo que casi podríamos hablar del nacimiento de la enseñanza pública estatal, salvo que la iniciativa tuvo la poca duración que le quedaba al Imperio. En Bizancio, aunque este proyecto comenzó años más tarde, con bastantes dificultades y altibajos, la educación pública se conservó hasta la caída del imperio de Oriente en manos del islam, ya en vísperas del Renacimiento.

En el ejército romano se enseñaba a leer y escribir y se daban nociones de matemáticas a los legionarios que fueran analfabetos al alistarse, ya que era

imprescindible para incorporarse a filas estar alfabetizado, al igual que cuando la «mili» era obligatoria en España también se impartían clases a los reclutas para que superaran, al menos, la Enseñanza General Básica (el Graduado Escolar) antes de licenciarse.

La historia siempre menciona más nombres de hombres que de mujeres, porque son hombres quienes la han escrito tradicionalmente, pero a pesar de ello, y como ya hemos comentado, contamos con un número importante de romanas protagonistas cuya memoria ha sobrevivido desde los tiempos de Servilia hasta hoy. Además de las esposas de los césares o grandes heroínas; mujeres, digamos, más humanas y reales, protagonistas por sí mismas.

Entre estas romanas famosas, hay al menos dos poetisas, que compusieron unos versos sobre el amor que siguen totalmente vigentes tantos siglos después. Ambas se llamaban Sulpicia, aunque entre la primera y la segunda pasó un siglo. De la primera Sulpicia, que vivió en la primera mitad del siglo I a.C., se conservan algunos poemas en los que nos relata la pasión que siente por su amante, aun a riesgo de perder la propia fama o reputación:

Si, tal y como soy, he hecho algo en mi corta vida
De lo que pueda admitir que me arrepiento más,
Es de haberte dejado solo anoche,
Apasionada solo para ocultar mi pasión.

Dice también:

No quiero confiar nada a la tableta,
Firmado y sellado,
Para que nadie me lea
Antes que mi amor.

Evidentemente se refiere a la tabula cerata —la tablilla de cera que ya mencionamos donde se escribía con el stylus—, no a su tablet Samsung o I-Pad. Por cierto, que la palabra latina stylus ha resucitado en el inglés y no casualmente, como el boli sin punta para escribir precisamente en las modernas tabletas.

De la segunda Sulpicia, que vivió en tiempos del César Domiciano, a finales del siglo I de nuestra era, no se conserva casi nada, pero de su existencia sabemos por las loas que le dedican no pocos autores, tanto contemporáneos como posteriores, empezando por su amigo y admirador

Marcial. Esta Sulpicia dedicó sus versos a describir de manera bastante más erótica que su tocaya el amor que sentía por su amado marido Calenus:

Yo,
Las sábanas, arrojadas.
Desnuda, haciendo el amor con Calenus.
Expuesta.

No sé cuántos siglos tendrían que pasar desde entonces para que una mujer se atreviera a expresar tan gráficamente y por escrito su amor, ni mucho menos para que alguien se atreviera a publicarlo, pero fueron muchos, muchos y oscuros años, sin poesías de amor escritas por mujeres libres.

Pero no todo fue amor y placer para la mujer romana. Otras trataron incluso sobre metalurgia o sobre la vida de Cristo, como Faltonia Beticia Proba, quien escribió en el siglo IV, o Metrodora, la primera mujer cuyo nombre conocemos que escribiera sobre medicina y a la primera persona que se le ocurrió organizar alfabéticamente los artículos de su enciclopedia, para que fueran más fáciles de consultar. Parece una tontería, pero no consta que a nadie se le hubiera ocurrido antes. Por desgracia, en el manuscrito en griego que nos llegó de esa obra, solo aparece hasta la E. Su libro, Sobre las enfermedades de la mujer y sus curas, traducido al latín alrededor del siglo III, fue ampliamente utilizado y citado durante la Edad Media y se publicó posteriormente, que sepamos, en 1566.

Lamentablemente, desconocemos cualquier dato de la vida de esta docta señora, pero gracias a su obra científica —escrita por una mujer— sabemos de la importancia y conocimientos de las mujeres que vivieron en el Imperio romano. También nos han llegado nombres de importantes empresarias y profesionales: panaderas, peluqueras, floristas, ceramistas, deportistas, pintoras, doctoras, escribas, banqueras, terratenientes o emprendedoras como Domicia Lucila, quien poseía varias fábricas de materiales de construcción, o Eumaquia, importante empresaria textil cuya estatua podemos contemplar aun en el mercado de la lana, en el foro de Pompeya.



Estatuilla de bronce de la segunda mitad del siglo I que nos muestra una mujer dedicada a la lectura. Algo difícil de ver durante muchos siglos después del Imperio romano. Biblioteca Nacional de Francia, París.

Especialmente famosa en el mundo entero, salvo en España, por ser nacida en nuestra tierra (posiblemente en el Bierzo), fue la monja viajera Egeria, quien dejó escrito en latín tardío y de manera muy animada y minuciosa su viaje de peregrinación a Tierra Santa, que tuvo lugar entre los años 381 y 384. Su libro *Itinerarium ad Loca Sancta* es como una guía de viajes, pero un poco desactualizada, sobre todo en cuanto a restaurantes, hoteles y tiendas, ya que describe el recorrido tal y como era hace 1600 años. A la viajera Egeria la menciona san Valerio en una carta y también Pedro el Diácono. Debemos el descubrimiento y correcta atribución del manuscrito a la labor del investigador francés Marius Férotin, quien en 1903 acertó la autoría del libro.

Egeria es la primera escritora española cuyo nombre conocemos. Que no lleven su nombre monumentos, bibliotecas o colegios en cada pueblo es solo un ejemplo de la idiosincrasia que nos caracteriza como país. Tal y como dijo Machado y cantó Extremoduro, somos solo «un trozo de planeta por donde cruza errante la sombra de Caín». Y así nos va.

De otras autoras, como la poetisa Cornificia (85-40 a.C. más o menos), solo nos queda el nombre, en este caso porque la menciona de pasada san Jerónimo, el traductor de la Biblia al latín, en una frase de una carta en la que elogia sus epigramas. Esto quiere decir que la obra de Cornificia era conocida cuatrocientos años después de su muerte, más de lo que podremos decir seguramente de muchos autores contemporáneos. Por desgracia, los siglos son un mar, muy ancho a veces, para ser cruzado por solo unas letras sobre un barco de papel.

Entre las profesionales romanas, tomemos, por ejemplo, el caso de las doctoras en medicina, por ser esta una profesión bastante delicada hasta hace cuatro días en cuestión de sexos (y todavía lo es en otras civilizaciones). Cuando hablamos de mujeres médicas, no nos referimos solo a aquellas denominadas obstetrix (de donde nuestra obstetricia) o a las comadronas, sino a las muchas doctoras que enumera el naturalista y científico Plinio el Viejo, quien en el siglo I de nuestra era menciona en sus obras a nada menos que trescientas veintisiete autoras griegas y cuarenta y seis romanas de tratados sobre medicina (de los que solo nos ha llegado el ya mencionado de Metrodora). El mismo Séneca era normalmente atendido por una médica —muy eficaz, según dejó escrito— y la propia hermana de

Augusto parece que inventó un remedio para el dolor de muelas que recogió Escribonio, años después médico del emperador Claudio.



Mujeres médicas ayudan en un parto. Relieve en mármol encontrado en Ostia, Italia. Museo Británico, Londres.

Gracias a Galeno, que ejerció en Roma hasta su muerte, alrededor del año 216, conocemos incluso el nombre de una cirujana militar romana, llamada Margareta. (No sabemos si es el origen de la canción cuartelera: «Margareta se llama mi amor, Margareta Rodríguez Cortés, una chica, chica bum, del calibre ciento ochenta y tres»).

El cristianismo en sus comienzos no supuso el fin de la práctica de la medicina por parte de las mujeres. Baste como ejemplo la médica Fabiola, quien en el siglo IV solía acompañar a san Jerónimo, que utilizaba su ciencia para cuidar gratuitamente a los pobres. San Jerónimo nos brinda los nombres de otras quince mujeres de su época que habían estudiado medicina y se dedicaban al cuidado de los enfermos de manera caritativa.

En muchos de los casos de mujeres médicas conocidas, parece que la

vocación venía de familia, como sigue sucediendo ahora a menudo, cuando el hijo o la hija del médico terminan también estudiando la misma carrera. Tal fue el caso, por lo menos, de Aurelia Alexandria Zosima y de otra doctora llamada Augusta, tan importante que recibió el reconocimiento de ser nombrada jefa de medicina de su pueblo (motivo por el que conocemos su nombre), o el de Metilia Donata, quien alcanzó tanta fama y dinero en su profesión que dedicó y financió un edificio público en Lyon. La hija del médico Diodoto, Antioquía de Tlos, fue tan famosa que su municipio le erigió por suscripción pública una estatua en vida. Esta Antioquía es también citada como experta en medicina por Galeno, entre otros.

No son casos aislados. Gracias a las lápidas de tumbas conservadas a lo largo y ancho del territorio de nuestra Europa, que alguna vez fue parte del Imperio romano, podemos comprobar que hubo cientos de mujeres doctoras hasta que la Edad Media corrió su oscura cortina y su negro velo. En el Museo de Pérgamo, en Berlín, se expone una lápida funeraria romano-cristiana, posiblemente del siglo V, en la que el marido recuerda a su difunta esposa:

A mi santa y amada esposa Priscila, mujer médico, hija de Lucius Vibius Meliton. Vivió cuarenta y cuatro años de los que treinta estuvieron libres de problemas junto con Lucius Cocceius Aphorus, quien erigió este monumento para la mejor y más pura de las esposas y para él mismo.

Los paganos también amaban a sus mujeres doctoras, como se nos cuenta en otra lápida de Neoclaudiopolis, actual Vezirköprü, Turquía, datada entre los siglos segundo y tercero de nuestra era:

Corre para estar con los dioses, Domnina y olvida a tu marido. Ningún mortal dirá que has fallecido, sino que los inmortales te robaron porque salvaste a tu patria de la enfermedad. Adiós y disfruta en los campos elíseos, aunque dejaste atrás dolor y eternos lamentos para tu compañero.

También la lápida, sin duda cristiana, proveniente de Frigia, en la actual Turquía, y datada entre los siglos IV a VI de nuestra era dice:

Yo, Aurelio Cayo, médico jefe, erigí esta estela para mi esposa Augusta, quien como médica jefe, sanó los cuerpos de tantos enfermos, en retorno de lo cual nuestro salvador Jesucristo le otorgará... (falta el resto).

Lo cual nos demuestra que, al menos en el Bajo Imperio, ya cristiano, ni

la religión ni el matrimonio eran impedimento para que las mujeres pudieran ejercer una profesión científica. Sería ya bien entrada la Edad Media y terminada la época romana cuando a las mujeres se les prohibiera ejercer la medicina, ni siquiera la dedicada a sanar a las mismas mujeres. Por ejemplo, en 1220, se prohibió en París que nadie que no hubiera estudiado en la Facultad de Medicina pudiera ejercer esa profesión y, ¡Oh!, casualmente, ni en esa facultad, ni en ninguna otra, se admitían mujeres.



Elizabeth Blackwell (1821-1910), en 1849, fue la primera mujer médica del mundo, desde la caída de Roma.

De ahí a acusar de brujería a las mujeres sanadoras o a las que ejercieran la medicina a espaldas de las autoridades, solo va un paso. Habría que esperar hasta el año 1849 (sí, 1849) para que la estadounidense nacida en Bristol (Reino Unido) Elizabeth Blackwell, tras haber sido rechazada por querer estudiar medicina en al menos diez universidades norteamericanas, lograra que la admitieran en la de Nueva York, para, finalmente y tras muchas penalidades, poder licenciarse como doctora, al igual que sus antecesoras de la época romana, devolviendo a las mujeres un derecho que ya tenían hacía bastante más de dos mil años. Aun así, tras licenciarse, a Elizabeth le recomendaron sus profesores que no ejerciera directamente con enfermos, sino que se dedicase a la enseñanza o a la homeopatía. Una mujer doctora... ¿quién se iba a fiar?

La primera mujer médica de la historia cuyo nombre se conserva es Merit-Ptah, doctora egipcia que, suponemos, vivió allá por el 2700 antes de Cristo, es decir, hace más de 4700 años. Eso implica que las mujeres se dedican a la medicina desde que existe la civilización. Lo cual es bastante lógico. Los hombres somos más de estropear y las mujeres más de arreglar.

En Grecia, sociedad mucho más misógina que la egipcia, se pensaba en el primer milenio antes de Cristo que la mujer no era lo suficientemente racional como para ejercer la medicina, lo cual no evitó, según avanzó la civilización, que algunas que así lo desearon se dedicaran a ello. Curioso es el caso de la ginecóloga Agnodice (siglo IV a.C.), quien se disfrazaba de hombre para que la respetaran y quien, por cierto, era muy famosa entre sus pacientes; tanto que sus colegas varones la acusaron de seducir a las mujeres que acudían a su consulta. Agnodice se desnudó entonces ante la Corte de Justicia para mostrar claramente cuál era su sexo y terminar así la controversia.

El único periodo de la historia de la civilización sin mujeres en el ejercicio de la medicina es el que va desde la Edad Media hasta mediados del siglo XIX, casualmente la época no ya menos sana, sino, además, más triste e insalubre de nuestra pobre humanidad. ¿Sexo débil?, pues no. Más bien no. El sexo débil lo define muy bien Woody Allen: «Después de cumplir 60, todos somos el sexo débil».

Obviamente, lo que se ha conservado de la historia de la mujer en Roma habla sobre todo de aquellas que alcanzaron renombre o eran de buena

familia, pero, al igual que ocurría con los hombres de esos años, muchas no podían ejercer oficios dignos por no tener la preparación adecuada o, simplemente, porque su principal preocupación cada día era la supervivencia. Normalmente, recurrir al oficio más antiguo, la prostitución, era, y me temo que sigue siendo a veces, el único medio en algunos casos para que una mujer pudiera conseguir dinero.

En Roma, la prostitución en general se consideraba un oficio infame, en el sentido latino de la palabra romana infamia, que significa la pérdida de fama, es decir, de honor y reputación, algo que siempre ha tenido que mantener la mujer por encima de todo. No olvidemos que Julio César se divorció de su segunda esposa aduciendo que «la fama de la mujer de César tiene que estar por encima de toda sospecha», aunque la frase que se divulgó y que perdura aún en el acervo popular es la que reza: «La mujer de César no solo debe ser honrada; además debe parecerlo». El mismísimo Cervantes, mil seiscientos y pico años después, todavía afirmaba en el Quijote: «La mujer ha de ser buena y parecerlo, que es más».

Y también: «Más vale el buen nombre que las muchas riquezas».

En una lápida de un matrimonio de libertos del siglo I, de un tal Aurelio Hermia, carnicero del barrio del Viminal en Roma, el viudo dice de su mujer: «Fue casta, modesta y no dio pie a murmuraciones». Parece que, a su entender, es lo más que podía decirse de una mujer. Pues vaya.

Según la Wikipedia, el miedo a la infamia era una importante herramienta cultural para la regulación del buen comportamiento en Roma. La infamia era la pérdida formal de la buena reputación. Esta pérdida, a través de un comportamiento vergonzoso como la prostitución, significaba un estigma real que privaba a los ciudadanos de muchos privilegios legales. El miedo a la vergüenza a ojos de la comunidad era claramente una fuerza importante en la regulación del comportamiento. Julio Marx, con respecto a la honestidad, opina: «El secreto de la vida es la honestidad y el juego limpio, si puedes simular esas dos cosas, lo has conseguido».

Afortunadamente, los proxenetas también sufrían infamia, ya fuera obteniendo comisión por el trabajo de la prostituta o como dueños de un burdel. En las leyes de Augusto se incluye el proxenetismo como delito y se añade: «La ocupación de un proxeneta no es menos degradante que la práctica de la prostitución».

Una ley muy moderna, para haberse escrito hace dos mil años. Tanta infamia e hipocresía no evitaba que esclavas, libertas o mujeres libres paupérrimas ejercieran la prostitución en lupanares por todos los lugares romanos conocidos, en los que incluso se anunciaban en pinturas instaladas en sus fachadas las especialidades «sexuales» que allí se ofrecían, como atestiguan multitud de restos arqueológicos que han llegado hasta hoy y que son como antecedentes de los farolillos rojos o de los neones de los actuales clubes de carretera. Como dijo Woody Allen: «Echo de menos la época cuando el aire era limpio y el sexo sucio».

Groucho Marx, en cambio, se preguntó: «¿Por qué lo llaman amor cuando quieren decir sexo?», que es también el título de la película de 1993 que dirigió Manuel Gómez Pereira y protagonizaban Verónica Forqué y Jorge Sanz. Y la peli iba de amor y de sexo.

La diferencia entre sexo y amor la aclara también Allen: «El amor es la respuesta a todo, pero mientras esperas esa respuesta, el sexo plantea algunas preguntas bastante interesantes».

La palabra fornicar viene del latín *fornice*, que es como se llama a la parte abovedada inferior de un puente o a cualquier construcción en bóveda, lugares populares en Roma para el encuentro entre las prostitutas y sus clientes. En este turbio asunto de la prostitución, nos parecemos a los romanos en que aquella civilización era tan hipócrita como la nuestra. También en considerar como normal que un hombre sea promiscuo, pero ver fatal que una mujer sea un poco coqueta, como en el Quijote cuando Cervantes vuelve a afirmar: «No hay carga más pesada que una mujer liviana». A lo que las mujeres podrían contestar: no hay carga más pesada que un tío pesado.

La ley romana procuraba proteger a la mujer, como en el caso de violación, que por otra parte se consideraba un delito gravísimo recogido por escrito ya desde la Ley de las XII tablas, más o menos por el año 450 a.C. En este código, la violación se describe bajo el título de iniuria (de ahí nuestra injuria), lo que quiere decir que es un crimen terrible que atenta contra toda la sociedad. Se castigaba con pena de muerte para el hallado culpable, pena última que, en algunos casos, podía ser evitada con el exilio de por vida del autor del delito, lo que implicaba su expulsión de la sociedad, pérdida de la ciudadanía y confiscación de todos sus bienes, que en principio pasaban a

manos del tutor (padre o marido) de la ofendida. Más adelante la ley se modificó para que esa retribución, de haberla, la recibiera, como es lógico, la propia mujer agraviada.

Para la ley romana, la víctima de una violación no era culpable de absolutamente nada. Parece lógico, pero tengamos en cuenta que durante muchos siglos y todavía en varios países de cuyo nombre nadie quiere acordarse, la víctima no solo sufre la violación, sino la condena social posterior. En Jordania, se ha modificado hace poco una ley que permitía al violador eludir su condena si aceptaba casarse con la víctima. Y les parece un gran avance. En la mayor parte del mundo, lo normal es que una mujer sea violada más pronto o más tarde en su vida. En nuestro civilizado hemisferio se dan casos todavía en los que resulta terrible escuchar comentarios que justifican estas agresiones y culpan a las mujeres agredidas, ya sea por su forma «provocadora» de vestir, por su conducta «promiscua», por salir de noche o por estar bebidas, entre otras excusas atenuantes.

Las mujeres en Roma estaban más protegidas. Puede que la sociedad fuera más machista (si ese concepto hubiera existido), pero por lo mismo, el respeto a la matrona, a las doncellas e incluso a las esclavas ajenas, que al no ser propiedad de uno no podían ser utilizadas sexualmente, defendía a la mayoría de las mujeres. La ley romana no imponía ningún tipo de culpa ni mancha a ninguna mujer víctima de stuprum (estupro) y su reputación quedaba inmaculada, quedando libre de casarse si lo deseaba y, en cualquier caso, sin haber perdido ni una mota de su castidad ni fama. Lo cual demuestra que eso de la virginidad «física» no era tan tan importante en Roma como muchas veces se piensa. Además, el delito de violación no prescribía jamás, mientras que el adulterio, por ejemplo, no podía perseguirse pasados cinco años del hecho.

Si el acusado declaraba que la mujer había consentido, no le serviría de nada, porque la ley solo permitía el sexo fuera del matrimonio con esclavas propias o con prostitutas, lo cual no quiere decir que el adulterio no existiera, sino que este debía ser discreto, y si una mujer acusaba a un hombre de violación, evidentemente se trataba ya de un asunto público y notorio. El acusado, al decir que ella había consentido, obviamente reconocía que había habido sexo entre ambos y, por lo tanto, esa declaración equivalía a una confesión de adulterio cuya sentencia era también seria. Así que lo mejor

para el bestia era quedarse callado.

En cualquier caso, la violación solo era delito si ocurría contra una ciudadana. Si una esclava era violada por otro que no fuera su dueño, ella lo único que podía hacer era decírselo a su amo para que este pudiera acusar al violador de dañar su propiedad, ya que, como veremos, los esclavos eran considerados cosas. No obstante, algunas esclavas eran compradas y vendidas con la cláusula *ne serva*, que quería decir que la esclava no podía ser prostituida por su dueño ni por nadie que la comprara posteriormente. En caso de incumplimiento de esta cláusula, la esclava era inmediatamente manumitida y su dueño condenado por la ley.

En Roma no había fiscales del Estado o acusadores públicos, sino que los ciudadanos presentaban sus acusaciones al juez-pretor, quien cuando consideraba que había caso, daba orden de comenzar el juicio. Este mecanismo hacía posible que una mujer violada pudiera acusar públicamente al maltratador, presentando ella misma las pruebas ante el jurado. El recopilador de anécdotas Valerio Máximo, activo en tiempos del emperador Tiberio (14 al 37 de nuestra era), dedica una sección de su obra a discursos memorables de mujeres que presentaron casos (no de violación, sino de cualquier tema) en su propio nombre o incluso en nombre de terceros, ante las cortes de justicia.

La primera abogada después de la caída de Roma fue la rumana Sarmiza Bilcescu (1867-1935), quien estudió en París y obtuvo el doctorado en derecho en 1890 con la tesis titulada *Sobre la condición jurídica de la madre*, donde enumeraba las contradicciones y carencia de derechos de las mujeres. Resulta repetitivo decir de nuevo, una y otra vez, que después de Roma hicieron falta siglos para que la mujer recuperara un derecho que la civilización en la que se basa la nuestra ya reconocía.

No todas las romanas fueron un espejo de virtudes, también nos han llegado los nombres de algunas criminales, como Licia, quien asesinó a su marido y a la vez fue linchada por su propia familia antes del juicio, lo cual fue todo un escándalo durante la censoría de Lucio Mumio Acayo y Escipión Emiliano, allá por el 142 a.C.; o Publilia, esposa de uno de los cónsules del año 153 a.C. —el primer año que empezó el 1 de enero—, quien fue condenada a muerte y ejecutada, esta sí, en un juicio legal, por haber envenenado a su marido cuando este terminó su mandato. Juvenal, en una de

sus sátiras, menciona a la mujer como un ser problemático, usando la Corte de Justicia como ejemplo humorístico:

Nunca ha habido un pleito que no haya sido comenzado por una mujer
Si acusada no es, es que ella acusa
Ella forma el jurado, ella es la prueba
Y si la dejaran instruir, al mismísimo Celso el abogado
Le enseñaría cómo hacer un alegato y exponer su caso.

Con respecto al tema de la violación, resulta extraño lo recurrente que es en la mitología romana la apelación a este turbio asunto, hasta el punto que al historiador Tito Livio (59 a.C.-17) le resultaban vergonzosas todas las referencias que había en la historia primitiva de Roma. Rea Silvia, la madre de Rómulo y Remo, fue violada por el dios Marte. Su hijo Rómulo, tras fundar la ciudad y viendo que no había mujeres, fue y raptó a las de la vecina ciudad, Sabina, para convertirlas a la fuerza en mujeres de sus amigos. El último rey de Roma, Tarquinio el Soberbio, fue derribado del trono porque su hijo violó a Lucrecia, hija de un noble romano. Un lío detrás de otro... La historia de Lucrecia, según la cuenta Tito Livio, fue más o menos así:

Sexto, el hijo de Tarquinio el Soberbio, deseaba ardientemente a Lucrecia, que estaba casada con el noble Colatino, que era cónsul. Sexto urdió un ardid (qué palabras más adecuadas. N. del A.) para que Colatino abandonara una noche su casa y, a continuación, pidió hospitalidad a Lucrecia para pernoctar allí. Aprovechando la oscuridad de la noche, se introdujo en la habitación de la bella y, haciéndose pasar por su marido, la violó. Lucrecia se dio cuenta tarde de la maldad y por ello no se resistió ni pidió ayuda. Al amanecer, se dirigió al foro a ver a su marido y, delante de este, de su propio padre y de las personas allí reunidas, relató el ultraje del que había sido víctima y pidió venganza: «Sexto Tarquinio, comportándose como un enemigo en lugar de como un huésped, la pasada noche vino a mi casa a robar, armado y por la fuerza, un placer funesto para mí, y para él si vosotros sois hombres».

Todos dan su palabra, uno tras otro; tratan de mitigar su intenso dolor responsabilizando de la culpa al autor del atropello, y no a la que se ha visto forzada: que es la voluntad la que comete falta, no el cuerpo, y no hay culpa donde no ha habido intencionalidad. «Vosotros veréis —responde— cuál es su merecido; por mi parte, aunque me absuelvo de culpa, no me eximo de castigo. Y hundiéndose un puñal en el pecho se suicidó.

Esta horrible escena llenó a los romanos presentes con tal horror y compasión que gritaron con una sola voz que preferían morir una y mil veces en defensa de la libertad antes de seguir aguantando estas afrentas de manos de los tiranos.

Como dijo Cervantes unos cuantos siglos más tarde: «Más vale la pena en el rostro que la mancha en el corazón».

Esta semileyenda de la fundación de la República y de la proclamación de Lucrecia como su primer mártir es mucho más importante de lo que parece. Lucrecia es una de las romanas más famosas de la historia del mundo. No por haber sido su historia trágica —si fue real—, ni por haber sido esta relatada por el gran Tito Livio, sino porque su influencia en el arte es tan grande que recorre el tiempo de la mano y del pincel de artistas como Botticelli, Andrea Casali, Lucas Cranach el Viejo, Tiziano, Rembrandt, Durero, Rafael, Eduardo Rosales, José de Madrazo o la pintora Artemisia Gentileschi (1593-1656, más o menos), autores, entre otros, de retratos de Lucrecia o de su historia.

Pocas o ninguna mujeres han sido representadas por artistas tan insignes. Por si fuera poco, Lucrecia aparece en la literatura en el canto cuarto de la Divina Comedia de Dante, en el poema de 1594 de William Shakespeare La violación de Lucrecia y en otras tres obras de teatro del bardo inglés en que también se la menciona: Titus Andrónicus, Noche de Reyes y Como gustéis. Además, es en su historia en la que se basa Maquiavelo para su obra La Mandrágora. Como anécdotas, añadir que una obra de Broadway en 1932 versaba sobre el mismo tema y que la canción Lucretia (1990), con el título en latín y cantada por el grupo metalero Megadeth, culmina, por lo que yo sé y por el momento, la influencia de esta mujer romana en la historia del arte mundial.

El cristianismo no le vino bien a las romanas. Pienso que por la influencia judaica en la nueva religión. Por eso Constantino, el primer emperador aparentemente cristiano (272-337), cambió la ley romana y ordenó que, si la mujer hubiera consentido en la violación, fuera quemada viva y atada a su «abductor» (abductor, en latín). Si no hubiera consentido, todavía se la consideraría cómplice: «Basándonos en que podría haberse salvado a sí misma gritando pidiendo ayuda».

Como participante en la violación, la mujer sería castigada por esa ley siendo desheredada, sin importar lo que su familia dijera al respecto.

San Agustín y otros apologistas cristianos parece que interpretaron el suicidio de Lucrecia como una posible admisión de que ella había alentado al violador, cometiendo el pecado de haber obtenido placer sexual

involuntariamente ¿...? Afortunadamente, no todos los doctores cristianos tenían tan estrechas las miras, o el cristianismo nunca se habría convertido en la religión del Imperio. De hecho, en su rápida difusión ayudaron las conversiones de muchas mujeres a lo largo y ancho del mundo romano, como Faltonia Beticia Proba (306/315 - 353/366), perteneciente a una familia noble, ya que su padre fue cónsul en el 322, bajo el gobierno de Constantino; su hermano fue cónsul a su vez en el 341 y su marido prefecto de la ciudad en el 351. Faltonia, posiblemente haya sido la poeta cristiano-romana más influyente en la historia y, seguramente, la primera mujer del mundo cuya obra fue impresa, en 1472. Compuso un «cento» —un texto realizado a partir de la reordenación de versos de otro autor— centrado en la vida de Jesucristo y basado en versos de Virgilio. Su poema, llamado normalmente *De Laudibus Christi*, fue citado junto con su autora por Petrarca en una carta sobre mujeres geniales de la historia.

En el tiempo en que fue compuesto, el libro de Faltonia se hizo inmensamente popular, según atestiguan listas de manuscritos y de bibliotecas conventuales que lo contienen. Parece ser que parte de su popularidad se debió precisamente a ser obra de una mujer, en una época en que la misoginia ya empezaba a recorrer nuestra vieja Europa a lomos de los caballos de los bárbaros. Quizás por este motivo *De Laudibus Christi* tuvo también detractores desde el minuto uno, como san Jerónimo, que parece que lo criticó en una carta que escribió a san Paulino de Nola, o el papa Gelasio (492-496) quien lo declaró apócrifo, en los dos sentidos de la palabra, como obra imposible de realizar por su supuesta autora —¡una mujer!— y por no ser una obra inspirada por Dios. Además, prohibió que se recitara en público, no así su posesión o lectura privada. En cambio, san Isidoro de Sevilla (560-636), un siglo más tarde, dijo sobre Faltonia Proba: «La única mujer entre los hombres de la Iglesia». Lo cual se supone que era un elogio enorme.

Durante toda la Edad Media, Faltonia y su libro siguieron siendo populares y ejemplo para las mujeres cristianas. Como dijimos, *De Laudibus Christi* se imprimió en el siglo XV y hasta el siglo XIX fue bastante popular, por lo cual creo que podemos decir que es la escritora (y con un solo libro superviviente) cuya fama ha durado más en el tiempo. Unos 1700 años, de momento.

La mujer también era considerada en Roma, como ahora o incluso mucho más que ahora, el ser más bello de la creación. Infinidad de pequeñas estatuas con variadas versiones de El baño de Venus, es decir, una bella mujer semidesnuda secándose o dejando sobre una hidria (jarra) una sabana (toalla), han sobrevivido los siglos, y en su momento eran objetos decorativos y artísticos de gran valor (unos más que otros) que presidían los salones de las casas de nuestros antepasados romanos. Básicamente se trataba de reinterpretaciones de la famosa Afrodita de Cnido, esculpida por Praxíteles (tal vez la mejor copia se conserva en los Museos Vaticanos con el nombre de Venus Colonna). Por cierto, se dice que Friné fue quien posó para la obra. Era la famosa hetaira ateniense del siglo IV a.C. de quien se conservan varias anécdotas, como la de que Praxíteles, en pago por sus servicios sexuales, le dijo que le daría su mejor escultura. No sabiendo tanto de arte como de artes amatorias, Friné hizo que durante una cena en su casa, un criado se presentara diciendo que el taller del escultor estaba en llamas. Parece que Praxíteles gritó: «¡Salvad mi Eros!», y así la bella supo qué estatua debía solicitar. El mismísimo Quevedo escribió un soneto sobre otra anécdota de esta señorita de compañía, según la cual, Friné, con sus ahorrillos, mandó hacer una Venus de oro para que los atenienses adoraran a la vez el dinero y la belleza, burlándose así de ellos. El soneto empieza:

Si Venus hizo de oro a Fryne bella,
En pago a Venus hizo de oro Fryne
Porque el lascivo corazón se incline
Al precio de sus culpas como a ella.

Y termina:

Arde en metal precioso su blancura;
Veneren, pues les cuesta seso y vidas,
Los griegos su pecado y su locura.

Venerar también viene etimológicamente de Venus. En fin, esas estatuas de la diosa, junto con algunos cuadros y la literatura, nos dan una idea de cuál podía ser el ideal romano en cuanto a belleza femenina: básicamente, pechos pequeños y redondos y cadera ancha, con más curvas que rectas. Los pechos y el abdomen debían ser redondos, no colgar como péndulos.

Parece cierto que las jovencitas romanas se apretaban todo lo posible el

sujetador y se masajeban con cicuta, pensando que así evitarían su excesivo crecimiento (el de los pechos). Supongo que fliparían si vieran que hoy la gente se gasta lo que no tiene en intentar conseguir por medio de la cirugía unos pechos cada vez más grandes y no precisamente para amamantar a la prole, sino al proletario (y a todos los que se tercié o quiera la dueña de ellos).

Con todo lo obsceno que llega a ser Marcial, prácticamente no cita los pechos como símbolo erótico. Juvenal tampoco en sus sátiras, solo los menciona cuando dice:

Las mujeres, al fin, del parto los dolores sufren y ofrecen los maternos pechos al tierno infante, pues así rigores quieren de la fortuna.

No parecen objetos de deseo, francamente, pero las estatuas de Venus sí tenían todas los pechos desnudos, con lo cual quién sabe ya nada a estas alturas.

Por cierto, que la palabra «lunar» como mancha redonda en la piel, incluyendo el que Marilyn tenía junto a los labios, tiene su origen en la palabra romana Luna, que además de servir para nombrar al satélite de la Tierra se usaba para designar esas manchas que se suponía ocurrían por su influjo, sobre todo durante el embarazo. Los «lunares» de la capa de faraloes tienen el mismo origen etimológico.

El que la joven fuera virgen al matrimonio era como el valor en el ejército, algo que se suponía. En cualquier caso, parece que, al menos en la época que nos ocupa, la virginidad nunca fue considerada en Roma como un estado deseable para las mujeres a lo largo de su vida. La etapa fundamental y más importante de ellas era el matrimonio, el momento fértil. La virginidad era solo la fase previa, casi infantil. Que el estado ideal de las mujeres era estar casadas queda claro en todo lo que se conserva escrito de nuestra Roma clásica. Ya sean opiniones científicas, religiosas, legales o de críticas de las costumbres. Las mujeres casadas debían ser castas y pudorosas en el sentido de mantener la fidelidad y la modestia, para conservar su fama.

Una de las matronas que se ponía como ejemplo a las romanas era Cornelia, madre de los Gracos. Hija de Publio Cornelio Escipión el Africano (236-183 a.C.), héroe de la segunda guerra púnica y de quien ya hablaremos, tuvo 12 hijos, de los que tres llegaron a edad adulta: Sempronia, Tiberio y Cayo. Cuentan de Cornelia que, a pesar de ser adinerada, era bastante modesta en el vestir y no solía usar adornos. Un día, de paseo con sus hijos,

las vecinas le preguntaron por qué siendo de buena cuna y no precisamente pobre no se arreglaba más para salir; señalando a sus retoños, respondió: «Estas son mis joyas».

Tiberio y Cayo, cada uno en su momento, fueron tribunos de la plebe y ambos acabaron asesinados cuando intentaron llevar a cabo sendas reformas agrarias con diez años de diferencia. Cornelia, ya viuda, no volvió a casarse. Aguantó estoicamente el dolor y se mudó a su villa en Miseno, donde residió, admirada por todos, hasta su fallecimiento ya muy anciana. Roma le dedicó públicamente una estatua en el foro, que todavía seguía en pie en tiempos de Constantino. Hoy solo se conserva su base.

La bisnieta de Cornelia, Fulvia, fue contemporánea de Julio César y de Augusto. Se casó tres veces, las dos primeras con demagogos que fallecieron; el primero, asesinado, y el segundo luchando en la guerra civil. Su tercer marido fue Marco Antonio, el de Cleopatra. Fulvia fue la primera mujer europea real, no mitológica, cuyo perfil adornó monedas, ya que acuñó denarios de plata para financiar una rebelión contra Augusto que fracasó. Al parecer, rechazada por su marido Antonio, terminó por suicidarse.

La virginidad tenía en Roma un componente religioso muy importante, ya que había un colegio de sacerdotisas, las conocidas como vírgenes vestales, que eran fundamentales para la espiritualidad romana. Se trataba de siete mujeres entregadas voluntariamente desde niñas a la diosa del hogar (Vesta), que debían permanecer vírgenes durante los treinta años que duraba su ejercicio (normalmente entraban al sacerdocio entre los seis y diez años de edad), ya que de su virginidad y bienestar sagrados dependían la suerte y supervivencia de Roma. Al finalizar su servicio, podían casarse libremente.

Las vestales se encargaban de mantener encendido el fuego sagrado de la diosa y de almacenar y custodiar los testamentos de todos los ciudadanos y ciudadanas hasta el momento de hacerlos efectivos, dada su fama por encima de toda sospecha. Rea Silvia, la madre de Rómulo y Remo según la mitología, era una virgen vestal ya en el 753 a.C., motivo por el que fue condenada a morir tras haber dado a luz a los famosos gemelos (según esto, hijos del dios Marte), pero el Tíber —que tanto en la mitología romana como en la griega era un dios además de un río— salvó a los niños y se casó con la madre de los gemelos, que dejó su sacerdocio por orden divina.

Si una vestal era acusada y juzgada culpable de haber perdido su

virginidad la condenaban a muerte, pero como matar a una vestal sería un pecado imperdonable, lo que se hacía como castigo era encerrarla viva con agua y un mendrugo de pan, hasta que moría. En los mil y pico años que existió el Colegio de las Vestales, posiblemente solo se condenó a 16, lo que demuestra lo muy en serio que se tomaban el culto a Vesta en la antigua Roma. Obviamente, no todas las acusadas resultaban ser culpables. Legendario es el caso de Tuccia, de la que solo conocemos con exactitud que fue acusada de no ser ya virgen y, para demostrar que sí lo era, obró el milagro de traer en sus manos un colador lleno de agua, desde el río Tíber hasta el templo de Vesta, sin derramar una gota por los agujeros del recipiente. Según nos cuenta Valerio Máximo, la virgen vestal dijo:

Oh, Vesta, si siempre te han servido mis manos puramente en tus secretos servicios, haz ahora que con este colador pueda traer agua desde el río hasta tu presencia.

Esta leyenda milagrosa la mencionan Plinio el Viejo, en su Historia natural ya referida y, muchos siglos después, Petrarca (1304-1374), en el poema El triunfo de la castidad, obra por cierto escrita en latín:

Allí la virgen de Vesta, por purgarse y dar enxemplo de su infamia desonesta, agua en cribo traxo presta desde el Tíber hasta el templo.

Según se lee en la primera traducción al español de los versos, hecha por Antonio de Obregón y editada en 1512.

El emperador Teodosio el Grande, nacido en Coca (Segovia), que gobernó hasta el año 395, disolvió el Colegio de las Vestales, que ya no tenía sentido en un imperio cristiano, en el año 394 de nuestra era. Como se ha dicho, aparte de las vestales no existía culto a la virginidad entre los romanos, ya que se consideraba que las chicas, por su edad (unos 13 años), iban vírgenes al primer matrimonio. No se conoce de ninguna que fuera repudiada por no serlo, a diferencia de lo que ocurría por ejemplo entre los judíos, cuya ley, según la Biblia (Deuteronomio 22, 20-21), afirma:

Mas si resultare ser verdad que no se halló virginidad en la joven, entonces la sacarán a la puerta de la casa de su padre, y la apedrearán los hombres de su ciudad, y morirá... Así quitarás el mal de en medio de ti.

En fin, un poco más civilizados eran nuestros abuelos romanos, ¿no?; pues

resulta que cosas así siguen pasando en el mundo, sin que desde Occidente lo evitemos. Siempre me viene a la cabeza el buen ejemplo que dio el gobernador inglés, de cuyo nombre no me voy a acordar, quien al organizar la India, en el siglo XIX, erradicó la bárbara costumbre local de matar a la mujer o mujeres del finado en la misma pira del difunto. Parece que al asistir a un funeral y ver que ataban a la señora del fallecido, preguntó qué era aquello que pretendían hacer con la viuda; cuando los nativos le explicaron que la costumbre allí era que la esposa muriera con su marido, mandó erigir en el acto un patíbulo y añadió algo así como: «Pues la costumbre del Imperio es colgar a cualquiera que haga daño a una mujer». Y como nadie quería morir ahorcado, les quitó la costumbre a esos brutos de esta manera tan civilizada.

Como ya comentamos, la mujer libre romana era ciudadana y por lo tanto tenía —salvo el derecho a votar o ser elegida en las elecciones a magistraturas o el de incorporarse al ejército— los mismos derechos que un romano, entre ellos los siguientes:

Ius Commercii: derecho a efectuar contratos y tener propiedades.

Ius Connubii: derecho a contraer matrimonio con otro ciudadano romano y a que los hijos de su matrimonio fueran considerados ciudadanos de Roma.

Ius Migrationis: derecho a preservar el nivel de ciudadanía cuando se viajaba o cambiaba su domicilio a otra ciudad romana.

Pero la diferenciación entre estos derechos y los del hombre levantó varias voces digamos «prefeministas», como la del jurisconsulto de principios del siglo III Papiniano, quien afirmaba: «En muchas opiniones de nuestro derecho, es peor la condición de las mujeres que la de los varones».

O la de su contemporáneo, el también jurista Ulpiano, quien se quejaba: «Las mujeres están apartadas de todas las funciones civiles y públicas».

No obstante, estas voces clamaban en el desierto, porque normalmente no nos han llegado quejas al respecto de la situación de la mujer en Roma, salvo alguna notable excepción: como cuando en tiempos del segundo triunvirato se pidió que mil cuatrocientas mujeres ricas pagaran un impuesto especial para sufragar los gastos militares de la guerra civil contra los asesinos de César. En ese momento, y ante la demanda de los triunviros Marco Antonio,

Lépido y (el futuro) Augusto, varias damas se presentaron en el foro y, hablando en nombre de todas, Hortensia, hija del famoso abogado que compitió con Cicerón, hizo un discurso memorable en el año 42 a.C. que nos ha llegado gracias al historiador Apiano de Alejandría:

¿Por qué deberíamos pagar impuestos cuando no tenemos ninguna parte en los honores, las jefaturas y la política, en las que competís el uno contra el otro con tan perjudiciales resultados? ¿Porque estamos en guerra, decís? ¿Cuándo no ha habido guerras, y cuándo se han impuesto alguna vez tributos a las mujeres, que están exentas por su sexo entre toda la humanidad? Nuestras madres hicieron contribuciones cuando estabais en peligro de perder hasta la misma ciudad debido al conflicto con los cartagineses. Pero en ese entonces las romanas contribuyeron voluntariamente, y no de sus tierras, sus dotes o sus casas, sin las cuales la vida no es posible para las mujeres libres, sino solamente de sus propias joyas, e incluso conforme a lo que ellas mismas quisieron dar. ¿Cuál es ahora la alarma para el imperio o el país? ¡Dejad que venga la guerra con los galos o con los partos, y entonces no seremos inferiores a nuestras madres en el celo por la seguridad común, pero nunca contribuiremos para guerras civiles, ni os ayudaremos a uno contra el otro!

Finalmente, los triunviros tuvieron que reorganizar el tributo (aunque 400 romanas pagaron final y voluntariamente alguna cantidad) y, por una vez, la voz de las mujeres se alzó victoriosa en el centro del mundo, en el foro de Roma. Ese día aprendieron los romanos de entonces lo que el comediógrafo inglés William Haughton puso por escrito a finales del siglo XVI: «Es más fácil ver que durante un día no haya olas en el mar, que disuadir una sola vez a una sola mujer de su propósito».

Con respecto al derecho a que los hijos se considerasen ciudadanos romanos, solo era así si nacían del matrimonio entre ciudadano y ciudadana. La legitimidad de los vástagos es un tema recurrente en una sociedad como la romana, donde los maridos se iban a la guerra durante largos años y, además, había varones esclavos al alcance de las matronas, a veces muy solas, a veces muy guapos... Pues nos podemos imaginar los resultados. Marcial se ríe porque el marido considere propios a sus hijos en algunas ocasiones:

Marula te ha hecho padre de siete hijos no libres, pues ni es tuyo ninguno ni es de un amigo o hijo del vecino, sino que, concebidos en camastros y en esteras, exhiben en su propia frente las infidelidades de su madre. Este que entra, un moro de pelo rizado, confiesa que es descendencia del cocinero Santra; en cambio aquel de nariz achatada y gruesos labios es el vivo retrato del palestrita Pánico. ¿Quién ignora que el tercero es del panadero (...). La cuadrilla de los hijos de Níobe tendrías ya completa, si tus

esclavos Coreso y Díndimo no fueran eunucos.

También sobre el mismo tema versaba un magnífico monólogo de El club de la comedia, programa de televisión que comenzó sus emisiones en 1999. Creo que lo contó Emilio Aragón, allá por el 2001, y trataba sobre la familia numerosa; una de las partes divertidas es cuando se citaba la dudosa paternidad de los hijos:

Bueno, me acuerdo un día que dijeron en la tele: «En España, uno de cada diez hijos es fruto de la infidelidad». ¡Y mi hermano el pelirrojo se llevó una hostia...!

En España, según un artículo de La Vanguardia que cita un estudio de IPSOS, aproximadamente un 35 % de hombres y un 26 % de mujeres de entre 18 y 65 años reconocen haber sido infieles a su pareja. Curiosamente, un 83 % cree que es posible ser fiel a la misma persona toda la vida, a la vez que el 65 % piensa que es posible estar enamorado de dos personas al mismo tiempo. Entre los chicos, ese porcentaje aumenta hasta el 70 %¹².

Parece ser que durante parte de la época imperial, hubo una ley que protegía a las adúlteras, eximiéndolas de ser procesadas si eran dueñas de un negocio o una tienda. En cambio, siempre fue difícil, como lo es ahora, que las parejas cuando de verdad lo deseaban, tuvieran hijos. Augusto, en el siglo I, promulgó leyes favoreciendo los matrimonios y eximiendo de impuestos a las familias numerosas, pero sin éxito. La tasa de maternidad siempre fue baja, como lo es entre nosotros. Tener un hijo varón era caro, porque había que financiarle una carrera política, pero tener una hija también, pues había que darle una buena dote.

Los romanos se casaban y divorciaban y volvían a casarse rápidamente. También los viudos se casaban al poco de haber perdido a su esposa. En cambio, las viudas solían estar 10 meses de luto, más que nada para asegurar que no esperaban un hijo del primer matrimonio, lo que podía traer complicaciones legales a los herederos. Las mujeres embarazadas, en cambio, sí podían divorciarse y enviar al retoño a casa de su padre en cuanto naciera. Ese fue, por ejemplo, el caso de la emperatriz Livia, la mujer de Augusto, quien al casarse estaba bastante, pero bastante preñada, de su anterior marido Tiberio Nerón, padre biológico del emperador Tiberio (a quien Augusto terminó por adoptar, muchos años después).

El abuso de cualquier tipo y la violencia contra la mujer dentro del

matrimonio o, como decimos (mal) hoy, la violencia de género, no solo era, por supuesto, completamente ilegal, sino que estaba pésimamente vista y, además de la condena, causaba infamia a quien la llevara a cabo. Catón el Censor (234-149 a.C.) dijo, según Plutarco, que era mejor ser buen marido que buen senador, y también afirmó, ojo, allá por el siglo II a.C.: «El hombre que golpea a su esposa o hijo, pone manos violentas sobre lo más sagrado de las cosas sagradas».

Obviamente, ser golpeada o maltratada era suficiente motivo para el divorcio y para la denuncia pública del marido, quien normalmente terminaba bastante peor que la ofendida, porque la venganza de la familia de esta solía ser digna de película napolitana.

En la historia solo se han reflejado casos verdaderamente salvajes, y son llamativos los protagonizados por personajes tan deleznable como Nerón (emperador del 54 al 68 de nuestra era), quien, además de aparentemente incendiar la ciudad para tener más sitio para ampliar su «casita», parece ser que, tras intentar estrangular a su mujer Claudia Octavia, terminó desterrándola y haciendo que la asesinaran, para después casarse con su amante Poppaea Sabina, a quien, dicen, mató de una patada estando ella embarazada (el feto tampoco sobrevivió). No por nada a Nerón lo asesinaron por déspota en una conjura, e incluso después de muerto fue condenado a *damnatio memoriae*, o lo que es lo mismo, a ser borrado de todos los registros de la memoria, como si nunca hubiera existido. Si para un romano la fama era tan importante, qué mayor castigo para un tirano tarado que ser borrado de la historia. Como siempre, Marcial viene a contarnos lo que ocurrió con «el palacete» de Nerón, sobre el que en tiempos de Marcial se estaban construyendo las termas de Diocleciano:

Aquí en donde el coloso sidéreo contempla muy de cerca las estrellas y se elevan en mitad de la vía altos andamiajes, irradiaban los atrios soberbios del fiero tirano y había ya una sola casa en toda Roma. Aquí en donde se eleva la augusta mole del hermoso anfiteatro estaban los estanques de Nerón. Aquí en donde admiramos las termas, obra prontamente acabada, un campo inmenso había expropiado las casas de los míseros ciudadanos. En donde el pórtico de Claudio proyecta sus amplias sombras, venían a terminar las últimas construcciones del palacio imperial. Roma ha sido devuelta a sí misma y, contigo en el trono, César, hace las delicias del pueblo aquello que antes las hacía de solo un señor.

Como suele suceder, la historia es muy caprichosa y, gracias a que sobre

las ruinas de la Domus Aurea (Casa de Oro) de Nerón se construyeron otros edificios, se pensó durante siglos que la mansión había sido destruida totalmente, hasta que a finales del siglo XV, un joven romano se cayó por un socavón cerca de la colina Esquilina y encontró, una vez repuesto de la caída, una grotta o gruta con pinturas en sus paredes. Enseguida se organizaron visitas de turistas que se descolgaban con cuerdas y antorchas, visitas a las que los jóvenes artistas que había en Roma se apuntaron para contemplar esos dibujos «grotescos» o «grutescos» (así se nombraron por primera vez, y por ese motivo, por estar en una gruta) que habían aparecido bajo tierra. Lo que encontraron y vieron influyó decididamente en el Renacimiento que florecía en toda Italia. Miguel Ángel Buonarroti, Rafael o Pinturicchio dejaron como prueba de su visita sus autógrafos en las paredes de esa gruta, que no era otra cosa que una habitación de la enorme casa de Nerón, cuyas paredes había decorado Fámulo (a lo mejor su nombre era Amulio, no Famulo), un pintor romano del siglo I mencionado por Plinio el Viejo, que gracias al redescubrimiento de sus pinturas, se convirtió en el más influyente a lo largo de la historia del mundo, ya que cuando Rafael decidió copiar su estilo para pintar las logias del Vaticano, hacía ya mil cuatrocientos y pico años que Fámulo había fallecido. Como si la fama de Rafael Sanzio llegara, ojalá, hasta el año 2920. Por cierto, que entre los grafitis añadidos por los turistas a lo largo de los años en plan «fulanito estuvo aquí», además de las mencionadas, se conservan las firmas de otros artistas como Ghirlandaio, Fillipino Lippi y el flamenco Martin van Heemskerck, o las de aventureros tan famosos como Casanova y el marqués de Sade, por ejemplo. A la estatua colosal de Nerón que flanqueaba su casa y que, como dijimos, dio nombre parece ser que al Coliseo, se le cambió la cabeza y como si tal cosa. Por cierto, que fue nuestro Trajano, el emperador sevillano, quien ordenó que se cubriera con tierra el palacio que, hoy desenterrado, puede visitarse de nuevo desde 2014 —al menos lo que queda de él—, en la Ciudad Eterna.

Las mujeres lo son todo, también artistas. Plinio el Viejo también nos ha dejado en su *Naturalis Historia* (Libro XXXV) una lista de pintoras e incluso de obras famosas realizadas por ellas:

Timarete, hija de Niso, pintó a Diana, que está en Efeso, antiquísima pintura. Irene, hija y discípula de Cratón pintor, pintó una muchacha que está en Eleusine. Calisto pintó un viejo y un maestro de batalla llamado Theodoro. Alcistene pintó un bailarín. Aristarete, hija de Nearcho y discípula suya, pintó a Esculapio. Lala Zizena,

que fue doncella toda su vida, siendo mozo Marco Varrón, pintó también en Roma con pincel. Pintó principalmente figuras de mujeres y en una tabla grande pintó un Napolitano y retrató su misma imagen mirándose a un espejo y no hubo mano más ligera en la pintura que la suya y supo tanto del arte, que aventajó mucho en el precio de la pintura de su mano al de las imágenes de los más célebres pintores (varones) de aquel tiempo.

No voy a transcribir la lista entera (aunque en ella faltan Helena de Egipto y Olimpia), pero sí voy a añadir que, para toda la Edad Media (siglos v al xv), las únicas pintoras que conocemos por el nombre son iluminadoras o ilustradoras de libros religiosos en conventos y su número, asciende a: ¡¡¡¡solo seis!!!! Seis mujeres para mil años. Según la Wikipedia, estas ilustradoras serían: Claricia, Diemodus, Ende, Guda, Herrad de Landsberg y Hildegard de Bingen. Todas ellas monjas, por supuesto.

Volviendo a la vida familiar de nuestras abuelas romanas, y sobre la pregunta eterna de si los hombres colaboraban en las labores domésticas, especialmente en el cuidado de sus hijos, pues pienso que no mucho, ya que para eso estaban las esclavas, pero parece que, al menos en las familias tradicionales, se tomaban interés. Al ya mencionado Catón el Censor, por ejemplo, le gustaba estar presente cuando su esposa bañaba y arropaba a los retoños, ya que era la esposa y madre quien se ocupaba principalmente de los niños, incluido, por supuesto, la lactancia de los bebés. Un derecho y un deber inalienable para cualquier mujer romana, fuera de la clase que fuera. Distinto era lo de cambiar y lavar pañales, que era para lo que servían las niñeras, entre otras cosas. Toda romana que pudiera, amamantaba personalmente a sus vástagos, además de transmitirles los primeros valores ciudadanos y la primera educación.

Las esposas, normalmente, no son como las pinta Marcial o vemos en las sátiras. Como ahora, la gran mayoría eran felices y fieles a sus maridos, a veces hasta más allá de la muerte. Famoso es el epitafio de la tumba de Vetio Agorio Praetextato, dedicado por su señora Aconia Fabia Paulina en el año 384 de nuestra era. Vetio habría sido cónsul al año siguiente, pero falleció antes de tomar posesión de su cargo. Aconia y Vetio eran paganos en un mundo que se hacía cristiano, y tal vez por ello san Jerónimo, presente en Roma en la época, se jactó de que el cónsul del siguiente año ya estaba en el infierno.

Diez años más tarde de ese epitafio, todos los centros de culto que no

fueran cristianos, efectivamente, fueron clausurados. En cualquier caso, grabado en lo que debió de ser la base de una estatua de Vetio, posiblemente destruida por los cristianos, su mujer Aconia dejó un poema que termina con estos versos eternos:

Ahora todas estas cosas se han ido y yo, tu esposa,
Desperdicio mi dolor. Habría sido bendecida
Si los dioses me hubieran garantizado ir a la tumba antes.
Pero, marido, incluso así he sido bendecida: porque
Tuya soy y fui y tras la muerte seré.

Los epitafios romanos son siempre conmovedores, y con este tan triste todas las viudas de todos los tiempos suelen identificarse, como si fuera propio.

Más pronto o más tarde habrá que hablar de la esclavitud en Roma, y por ser este el capítulo de la mujer romana, me parece oportuno hacerlo aquí por varios y obvios motivos. Sobre la esclavitud se han escrito muchas tonterías, la mayor es condenarla como algo bárbaro y primitivo, que lo es, sin tener en cuenta que nuestro mundo ha funcionado así desde siempre, y por lo menos hasta bien entrado el siglo XIX. En Cuba, antigua colonia española, hasta 1880 la esclavitud fue legal. También nos contaron que el cristianismo acabó con la esclavitud, ya que consideraba a todos los hombres iguales, pero no es así; baste como ejemplo que hace bien poco, en 1838, la Universidad de Georgetown, Estados Unidos, propiedad de la orden jesuita, vendió sus últimos esclavos (subrayo: «vendió», no liberó) para pagar las deudas que tenía. Desde que el Concilio de Nicea en 325 organizó la Iglesia cristiana, hasta que se prohibió la esclavitud, el clero no solo la ha permitido y alentado, sino que ha sido propietario de personas. Sin ir más lejos, en la Hispania visigótica la Iglesia era, junto con la Corona, la principal propietaria de esclavos.

Se conserva por ejemplo, en las actas del X Concilio de Toledo, del año 656, la anulación del testamento del obispo Ricimiro por haber liberado a los esclavos que pertenecían a la diócesis y haber repartido entre los pobres los bienes y rentas del obispado. También en este concilio se prohibió que los obispos vendieran esclavos cristianos a los judíos. En el concilio anterior, el IX toledano del año 655, se aprobó, por ejemplo, que el hijo de un clérigo (desde el grado de subdiácono hasta obispo) con esclava o mujer libre se

convirtiera al nacer en esclavo de la iglesia de la que fuera ese clérigo. Qué buen rollito. Menos mal que se supone que los clérigos no tienen hijos...

Está claro y demostrado que la Iglesia cristiana, mientras pudo, tuvo esclavos, pero nunca nos lo han dicho claramente. Resulta obvio que no es como para estar orgulloso. Sin embargo, parece que la época romana haya sido la edad de oro de la esclavitud, y no es así. Siempre, desde que el mundo es mundo, ha habido esclavos. Todavía hoy, y ante nuestros ojos, los drogodependientes, la trata de blancas, la cosificación de la mujer en la pornografía, la prostitución, el turismo sexual, los niños trabajadores de las fábricas textiles del sudeste asiático y muchas más vergüenzas de nuestra sociedad, son casos tardíos de esclavitud, evidencia de que siempre hay alguien que por dinero o a cambio de droga se ve obligado a hacer determinadas cosas, casi siempre a ofrecer servicios sexuales, contra su voluntad. Pero es que, además, en países como Mauritania, que está aquí al lado, o en Sudán, la esclavitud, directamente, no ha sido aún abolida. De hecho, hay una ONG norteamericana, Solidaridad Cristiana Internacional (<http://csi-usa.org>), que desde 1995 se dedica, con el dinero que recauda, a comprar esclavos en Sudán para posteriormente liberarlos. Normalmente no salen en la tele, ni Hollywood hace películas sobre ellos, pero son héroes.

En Roma, como ocurría en las civilizaciones antiguas, la mayoría de los esclavos provenían de las guerras. Se calcula que en la de las Galias, en el último siglo antes de Cristo, se pudo esclavizar hasta a un millón de personas (según Plutarco). El sistema esclavista permitía que los ricos pudieran dedicarse a la política sin tener que ocuparse de trabajar sus tierras o de atender los negocios. Los esclavos cumplían todas las funciones posibles, desde los más miserables, que trabajaban en las minas, pasando por los que se ocupaban de las granjas, hasta llegar a los empleados en el servicio doméstico o la enseñanza. Como vimos, parece que era bastante común que un griego ilustrado se vendiera a sí mismo como esclavo para actuar como *grammaticus* o maestro en el territorio romano, en vez de dedicarse a trabajos duros en pueblos miserables de Grecia.

La diferencia entre los esclavos de las demás civilizaciones y los romanos es que estos últimos, si trabajaban en la casa del dueño, podían llegar a ser libres (llamados libertos) y disfrutar de los beneficios de la ciudadanía. Sus hijos incluso tenían la oportunidad de acceder a cargos públicos. El *peculium*

(de donde nuestro peculio) era, entre otras cosas, el sueldo que se le daba al esclavo con la finalidad de hacerle ver que podía llegar a comprar su libertad. Si el esclavo fallecía antes de ser manumitido, los ahorros pasaban obviamente al dueño, ya que aquel no podía tener herederos. En cambio, el esclavo podía tener a su vez esclavos, y aunque eran oficialmente propiedad de su dueño, se consideraban parte del peculium. Una vez manumitidos, los esclavos se convertían en libertos y, como no tenían apellido, normalmente tomaban el nombre de la familia de su dueño.

Todavía conservaban ciertos lazos de dependencia con su antiguo amo, que se convertía desde entonces en su patrón, pues muchos de ellos se mantenían en su antiguo puesto en la familia del domine, pero ahora como empleados libres y a sueldo. Normalmente este patronazgo desaparecía a la muerte del señor, salvo en los casos de libertos del Imperio o posteriormente de la Iglesia, ya que, como indica el canon 70 del IV Concilio de Toledo, «Los libertos de la Iglesia, porque su patrona no muere nunca, jamás se librarán de su patrocinio, ni ellos ni tampoco su descendencia». Insisto, qué buen rollo.

En el Imperio romano de Oriente, en tiempos de Justiniano (emperador desde 527 hasta 565), se ordenó que los libertos fueran considerados ciudadanos, sin distinción alguna. En cambio, en el ya mencionado Concilio IX de Toledo, se decidió que ningún hombre o mujer liberto eclesiástico podría casarse con un hombre libre (romano o godo); en caso de hacerlo, los hijos del matrimonio serían esclavos de la Iglesia.

Las libertas eran las mujeres que antes habían sido esclavas. La relación entre estas y su patrón, en términos de tiempo de trabajo, solía acordarse en las cláusulas de liberación. El patrón, al igual que con sus libertos varones, tenía también obligaciones con ellas, como la defensa jurídica, el pago por los servicios recibidos, recomendaciones, préstamos, etc.

En general, las libertas tenían el mismo estatus que las mujeres nacidas libres, pero al no tener padre, no tenían de quién heredar, salvo que fueran específicamente mencionadas en un testamento.

El nivel entre libertas variaba mucho. Caenis, por ejemplo fue secretaria del emperador Vespasiano (del 69 al 79) y se convirtió en su concubina, mientras que una liberta analfabeta o sin oficio terminaba normalmente en el arroyo.

Se calcula que los libertos de ambos sexos alcanzaban el 5 % de la población romana. La administración del Imperio en tiempos de Claudio (el de la serie, emperador del 41 al 54) estuvo en manos de sus libertos, con quienes organizó un Gobierno relativamente similar a los modernos, separando las funciones del mismo en secretarías, que serían como nuestros ministerios. Conocemos los nombres de Palas, Calisto, Narciso o Polibio, todos ellos libertos y encargados de distintas funciones administrativas del Imperio. Por cierto, que bajo Claudio se conquistó Britania y se ampliaron las fronteras de Roma hasta más allá del mar exterior.

Todos los romanos tenían por lo menos un esclavo, salvo que fueran absolutamente paupérrimos. Se solía decir que si no tenías un esclavo, a lo mejor era porque tú eras uno. Ese esclavo a menudo era más bien una esclava, ya que una mujer era mejor para las labores domésticas, difícilmente se aprovecharía de ella o sería una tentación para su domina y además podía brindar servicios sexuales a su dueño. Estas relaciones esclava-dueño no se consideraban adulterio y, normalmente, si se mantenían de manera poco escandalosa, la relación ni siquiera era motivo de celos para la señora de la casa, si el dueño de la esclava estaba casado. El sexo con una esclava era más bien el equivalente a que ahora una mujer casada permita o haga la vista gorda ante el consumo de pornografía por parte de su marido. El hijo/hija de esa relación, de haberlo, era un esclavo a todos los efectos y nunca podría aspirar a ningún derecho, que además no le sería concedido. Tal era la condición de «cosa», no de persona, que tenía un esclavo.

Los esclavos se vendían en tiendas destinadas al efecto, a veces puestos sobre soportes giratorios, para facilitar su contemplación. Junto a ellos podía haber carteles que explicaban su especialidad, origen, salud, carácter, etc. Normalmente se exponían desnudos y con una garantía de al menos seis meses sobre defectos ocultos, fallecimiento natural, etc.

Aun así, y una vez comprados, su vida era muy similar a la de los dueños de la casa donde fueran a parar; además, tras ser liberados, podían ejercer la profesión que hubieran desarrollado en la casa, tal como peluquero, costurero, cocinero, etc. Conocemos libertas y libertos que alcanzaron y forjaron grandes fortunas.

Rebeliones de esclavos, como la de Espartaco en el siglo I a.C., ocurrieron muy pocas veces a lo largo de la historia (y siempre fueron sofocadas) y,

aunque románticamente nos parece que eran revueltas contra la tiranía y por la libertad, no fue así en absoluto. Espartaco, por mucho que lo pinten «superguay» en las películas y series, lo que quería no era ser un libertario, liberar a todos los esclavos de Roma, sino darle la vuelta a la tortilla: poder tener él los suyos y no ser más uno de ellos. Es triste, pero es verdad verdadera.

Normalmente en Roma, como hemos visto, la esclavitud no era una condena de por vida, ni siquiera para los gladiadores (que no está muy claro que combatieran siempre a muerte, al menos en el periodo clásico que nos ocupa). La manumisión se conseguía de distintas maneras, principalmente por la otorgación de la libertad en el testamento del dueño, tras el paso de un número de años, o como premio a una acción, y, de manera más pedestre, por la compra de la propia libertad mediante el ahorro del peculio que el dueño entregaba periódicamente a su esclavo.

En Hispania, más concretamente en la Bética (Andalucía, más o menos), se dio el caso en la época de Antonino Pío (emperador del 138 al 161), de unos esclavos que huyeron de la extrema crueldad de su dueño, un tal Julio Sabino, y fueron a refugiarse a los pies de una estatua del emperador. El asunto llegó a oídos del procónsul de la Bética, Elio Marciano, quien a su vez preguntó al emperador qué procedía hacer. El emperador contestó en un escrito que se ha conservado:

Conviene mantener intacto el derecho de los dueños sobre sus esclavos y no disminuir a nadie en sus prerrogativas, sin embargo, interesa a los propios dueños que, contra la crueldad, el hambre o la injusticia intolerable, no se le deniegue el auxilio a quienes lo imploran correctamente. Por tanto, atiende las quejas de los esclavos de Julio Sabino que se refugiaron junto a la estatua y, si averiguas que fueron tratados con dureza excesiva o bien con infame injusticia, ordena entonces su venta de modo que jamás retornen a su actual dueño. Y en cuanto a este, que sepa que si intenta burlar esta mi decisión, tomaré otras medidas más severas.

Nótese que la decisión es que sigan siendo esclavos, pero que pasen a un dueño más normal. En cualquier caso, es curioso ver que en plena época imperial, el mismo emperador se ocupe de la justicia con la que se trata a unos esclavos en una provincia. En fin, puestos a ser esclavos, mejor serlo del amor, como cantaba Brian Ferry con Roxy Music en 1985:

Estás huyendo conmigo. No tocamos el suelo,

Somos los del corazón que no descansa,
No los encadenados y atados.
El cielo está ardiendo,
Un mar de llamas.
Aunque tu mundo esté cambiando,
Yo seré el mismo: Esclavo del amor.

Para terminar el capítulo sobre la mujer romana, me gustaría citar un verso, un consejo para todas las mujeres, que nos llega desde siglos atrás pero que tendrá total vigencia mientras nuestra civilización exista: *Collige virgo rosas*. O lo que es lo mismo: «Recoge, doncella, las rosas»; manera muy poética de decir: Mujer, aprovecha y disfruta lo que tienes (juventud, belleza, amor, hijos, lo que sea).

La frase se atribuye a Virgilio (70-19 a.C). Su pueblo de nacimiento, Andes, cerca de Mantua, cambió su nombre por el del poeta. No se me ocurre mayor honor.

¹¹ Más información sobre la inclusa, por ejemplo, en el magnífico artículo:
http://www.abc.es/hemeroteca/historico-16-08-2007/abc/Madrid/la-antigua-inclusa-de-la-puerta-del-sol_164397127023.html.

¹² <http://www.lavanguardia.com/vida/20140930/54416448564/un-estudio-concluye-que-el-30-de-la-poblacion-es-infiel.html>.

VII

POLÍTICA Y OTROS ASUNTOS

La democracia ideal, la corrupción y las facciones políticas.
Toda la política nace en la República romana.

La mayoría de los hombres que se dedican a la política son indignos y es
vergonzoso juntarse con ellos.
Cicerón, *De República* (1.5) siglo I a.C.

No hay pan para tanto chorizo.
Anónimo, siglo XXI

Toda civilización, de hecho, todo el planeta (del latín *planeta*), era un mundo básicamente sucio hasta hace bien poco. Todavía hoy se calcula que un 15 % de la población mundial, unos novecientos millones de personas, no tiene acceso al agua corriente. La falta de higiene causa, según la Organización Mundial de la Salud, el 45 % de las enfermedades diarreicas en nuestro moderno y desigual mundo.

Hablando de mugre, y ya que efectivamente algo huele a podrido en Dinamarca, habrá que repasar los parecidos y diferencias entre la política actual y la de Roma, sobre todo la de la impresionante República romana, la democracia de mayor duración en lo que llevamos de historia del mundo. Durante el posterior y clásico Imperio romano (del latín *imperium*, mando), la política, tal y como la entendemos, fue sustituida por el despotismo, más o menos ilustrado o más o menos neurasténico, del emperador de turno.

Al principio de la Historia, Roma era una monarquía o una jefatura absoluta, como parece que fueron todas las sociedades/civilizaciones en su origen. Su territorio se circunscribía a la propia ciudad de Roma y los campos y pueblos limítrofes, y formaba una ciudad-estado, como las antiguas *poleis* griegas. La gobernaba un rey, que era asesorado por unas cortes aristocráticas formadas originalmente por los ciudadanos ancianos o más mayores de entre las familias de la ciudad: el Senado, cuyo nombre viene de *senex*, anciano. En casi todas las organizaciones humanas, tribus y demás

existe algún tipo de «consejo de ancianos», para aprovechar la experiencia de los más mayores. Ya lo dice el refrán: «Más sabe el diablo por viejo que por diablo».

Durante algo más de 200 años Roma se gobernó así, hasta que, según la leyenda, los romanos expulsaron al último rey, Tarquinio el Soberbio —el del lío con Lucrecia—, allá por el año 509 antes de Cristo, y proclamaron que el gobierno ya no sería asunto de uno solo (monarquía viene del griego monos, uno), sino de todos, un asunto público, que es literalmente la traducción de res publica o república. Para poder echar a andar su proyecto democrático, tuvieron antes que luchar contra los intentos de involución encarnada en el rey expulsado, que retornó a Roma con un ejército, y su perversa intención de recuperar el trono y el gobierno con la ayuda de su pariente y vecino, el rey etrusco Porsena.

Durante esa guerra, al menos según la leyenda, hubo muchos casos de heroísmo por parte de los ciudadanos en defensa de la incipiente democracia romana. Vamos a mencionar solo uno, relacionado con una frase célebre que repiten dos mil quinientos años después todos los políticos cuando les preguntan por la supuesta «honradez» de alguno de sus compañeros. Nos referimos al tan traído dicho: «Poner la mano en el fuego».

La expresión tiene su origen en la hazaña del romano Cayo Mucio, quien, sitiada Roma por las huestes monárquicas, se internó de noche en el campamento de los «realistas» enemigos con la intención de asesinar a Porsena, primo de Tarquinio. Confundido por la noche, o porque la noche le confundía, se equivocó tontamente de tienda de campaña y fue apresado mientras deambulaba por el campamento. Llevado ante el rey enemigo, este le preguntó con qué propósito había venido tan de noche a sus reales. El romano contestó: «He venido aquí para matar al jefe de este ejército que oprime a Roma». Y, poniendo firmemente la mano derecha en el fuego de un brasero que calentaba la, por otra parte, fresquita tienda del soberano, añadió: «Te juro que trescientos hombres más están dispuestos a seguir mis pasos si yo fallo en mi misión».

El rey etrusco, al ver la valentía del joven romano, que había dejado chamuscarse su mano sin queja alguna mientras hablaba y hacía este juramento, comprendió la resolución que movía al pueblo romano, o directamente se asustó de enfrentarse a gente tan brava y bruta, y firmó la

paz con el Senado de Roma. Mucio perdió la mano y desde entonces se le llamó con el cognomen (o tercer nombre, como hemos visto) Scaevola (el zurdo). De esa hazaña, tal vez legendaria, viene la expresión que comentábamos y que hoy usan tantos políticos con tanta familiaridad.



Cayo Mucio Scevola, poniendo la mano en el fuego, pero de verdad. Obra de Irade Timsale.

Lo dicen, a pesar de que sabemos que ni fulanito lo merece, ni se atreverían de verdad a imitar la acción que realizó Cayo Mucio para salvar a su patria. Pero aunque no lo sepan ni de lejos, cuando así se expresan citan la hazaña de un demócrata romano de hace dos mil quinientos años, con bastante más valor, y desde luego más dispuesto a defender la democracia, que cualquier político de nuestros días.

Normalmente, en un país se vota para elegir en primer lugar la forma de gobierno; se consulta al «pueblo», quien participa mediante un referéndum. Por supuesto, referendun es latín puro, y significa: lo que ha de ser consultado.

Ya resuelto el problema de una posible involución, el Senado romano se reunió y diseñó la «constitución» (palabra que viene del latín *constitutio*, que quiere decir exactamente lo mismo), la forma en que se iba a gobernar la República. Para empezar, se decidió que todas las magistraturas, es decir, todos los cargos, se ejercerían a la vez por un mínimo de dos personas —para evitar una posible tiranía «personal»— y que todos los «administradores», llamados desde entonces «magistrados», serían elegidos por los ciudadanos de forma libre y directa. Aunque, como es lógico por la época de la que hablamos, solo tendrían derecho a votar los ciudadanos varones mayores de edad que hubieran cumplido el servicio militar (se supone que la mayoría de edad equivalía a 17 años, más o menos). Habrá que esperar hasta el 1893 de nuestra era (unos 2400 años) para que a las mujeres se les permita ejercer su derecho de voto, lo que ocurrió por primera vez en nuestro planeta en el otro lado del mundo, en Nueva Zelanda, donde, en esa ocasión, las mujeres pudieron votar pero no ser votadas. Parece que fue en el territorio de Australia del Sur, el año 1902, donde por primera vez fue por fin posible que ejercieran su derecho completo, algo tan normal, al menos en nuestro hemisferio.

En España, en el proyecto de Constitución de la dictadura de Primo de Rivera (1927) se concedía a las mujeres el derecho a elegir y ser elegidas, pero nunca llegó a nada. Sería en la Constitución republicana de 1931 donde, por fin, se reconoció con efectividad ese derecho, que se ejerció en 1933 por primera vez. En países de nuestro entorno, como Francia, Italia o Suiza, todavía la mujer tardó más en poder votar. En Latinoamérica, la pionera fue la República de Uruguay en 1927 y la última Paraguay, en 1961, con la salvedad de Cuba, donde no existe aún la democracia.

Clara Campoamor, importantísima figura de nuestro siglo pasado y, por tanto, bastante desconocida para la mayoría de españoles, fue diputada radical y falleció en el exilio en 1972. Destacó en la defensa del sufragio universal, apuntando en las Cortes constituyentes de la Segunda República española verdades tan grandes como la siguiente: «La mujer fue eliminada de los derechos políticos porque las leyes han sido detentadas por el hombre».

Curiosamente, muchos republicanos de izquierdas no querían que las mujeres españolas pudieran ejercer el voto, entre otras cosas por temor a que, movidas por su exacerbada religiosidad católica mayoritaria, votaran en

tromba a la derecha, y la República (segunda) terminara casi antes de haber empezado. La diputada socialista Victoria Kent, en su carca discurso, llegó a decir: «Por hoy, señores diputados, es peligroso conceder el voto a la mujer».

Mientras que Roberto Novoa, catedrático de patología de la Universidad de Madrid y diputado de la Federación Republicana Gallega argumentaba con desparpajo y sin desperdicio:

¿Por qué hemos de conceder a la mujer los mismos títulos y los mismos derechos políticos que al hombre? (...) ¿Son organismos igualmente capacitados?

Desde luego el que no estaba capacitado era él, pero bueno, también eran otros tiempos. Tras esas elecciones de 1933, en las que, por cierto, ni Clara Campoamor ni Victoria Kent salieron elegidas diputadas, las españolas pudieron volver a votar otra vez en 1936 y después, como el resto de españoles, se quedaron sin ese derecho fundamental, como sabemos, hasta 1977. Hoy, todos los españoles, y por supuesto las españolas mayores de 18 años, pueden elegir y ser elegidos en todas las convocatorias electorales que se celebren en nuestro país.

El caso de Ecuador es muy curioso; la precursora allí fue Matilde Hidalgo de Procel (1889-1974), primera mujer graduada en una escuela secundaria, primera médica de su país y también la primera en ser elegida para un cargo. En 1924 pidió ser apuntada en el censo y poder votar. Ante la negativa de la oficina, citó la Constitución ecuatoriana: «Para poder ejercer el derecho al voto el único requisito es ser mayor de 21 años y saber leer y escribir».

Su solicitud tuvo que ser aprobada finalmente por el Consejo de Estado, que decidió otorgarle el derecho a voto. En Ecuador, el derecho al sufragio femenino se lograría finalmente en 1929.

En 1948, la ONU proclamó la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en cuyo artículo 21 podemos leer:

- Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos.
- Toda persona tiene el derecho de acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas de su país.
- La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.

En Roma, para saber quién podía votar, es decir, quién tenía ese derecho por ser ciudadano romano, varón, mayor de edad y veterano, se llevaban a cabo, igual que ahora, censos. Eran bastante parecidos, aunque menos completos que nuestro censo electoral actual. Su composición era una labor que llevaban a cabo dos magistrados, llamados casualmente censores y cuyo mandato duraba cinco años, un *lustrum* (de donde nuestro *lustró*). En el censo debía apuntarse cada ciudadano, y se le adscribía, como veremos, a una centuria. En función de su patrimonio se verificaba su estatus (del latín *status*) económico en cuanto a propiedades y se confirmaba su pertenencia a su familia o *gens* y tribu. El voto era personal, intransferible y secreto desde al menos el 139 a.C.

El sistema de votación resultaba bastante arcaico y complicado en comparación con el nuestro: en principio parece ser que los ciudadanos varones con derecho a voto, libres y adultos, se organizaban según su riqueza en siete grupos o clases y estos a su vez se subdividían en 193 centurias de manera no uniforme. Se hacía así, porque la distribución en centurias, antes de servir para realizar los comicios electorales, sirvió para organizar el ejército en grupos de aproximadamente 100 hombres, (80 combatientes y veinte auxiliares) —de ahí su nombre—, aunque la centuria «electoral» tenía un número variable de miembros, normalmente muchos más de 100.

Cada hombre tenía un voto que ejercía dentro de su centuria y esta a su vez un, digamos, megavoto, que se otorgaba a quien hubiera obtenido la mayoría dentro de ella. Es decir, si en tal centuria, la mayoría de sus electores habían votado a fulanito, el voto (o megavoto) de la centuria iba para ese candidato y el resto de escrutinios de esa centuria no tenían validez. Quien obtuviera el voto de la mayoría de las centurias ganaba. Si parece complicado (y más que se complicará), hay que recordar la definición que el gran Marx, Groucho, hizo de la política: «La política es el arte de buscar problemas, encontrarlos, hacer un diagnóstico falso y aplicar después los remedios equivocados».

La organización por centurias venía de antiguo. El ejército romano primitivo (antes de las reformas de Mario) se clasificaba de acuerdo a la cantidad de propiedades que cada uno tuviera. Puesto que cada soldado se pagaba por aquel entonces su equipo, los más ricos contaban con armamento y armadura mejores. Según esa organización, los soldados mejor armados, y

por lo tanto más pudientes, tenían graduación superior que los pequeños propietarios, ya que se suponía que estos lucharían peor porque tenían menos que perder en la guerra al tener menos que defender. Como los soldados mejor armados conformaban más centurias, al trasladarse esta organización como método electoral en la República, resultó, casualmente, que los ricos tenían aquí también más centurias y, como ya hemos dicho que cada centuria contaba con un voto, pues los ricos, qué novedad, mandaban más. Si lo vemos con más detalle, nos quedará más claro, o eso espero.

Las 193 centurias se dividían en tres grados o grupos que votaban en este orden, el mismo que habían llevado en la milicia:

- Primer grupo: los oficiales y caballeros (como Richard Gere en la peli de 1982) que eran tan ricos que montaban a su propio caballo (equites).
- Segundo grupo: la infantería.
- Tercer grupo: el resto.

El grupo de oficiales (y caballeros) contaba con 18 centurias, las seis primeras de las cuales se componían únicamente de patricios. Los patricios (de padres, padre) se consideraban aristócratas y descendientes de miembros del Senado fundador de Roma en tiempos de Rómulo.

La infantería se dividía en dos grupos, por este orden:

- Los legionarios veteranos, de más de 40 años de edad, se agrupaban en 85 centurias de seniores, o mayores.
- Los legionarios de menos edad formaban otras 85 centurias de iuniores, o jóvenes.

Según Cicerón, este diseño intencionado en el que los menos pero más mayores votan antes y, por lo tanto, su voto, como veremos, tiene más valor, se realizó para que las decisiones de la asamblea estuvieran más en línea con la voluntad de aquellos que contaran con más experiencia.

Para complicar todo esto todavía mucho más, estas 170 centurias (la suma de las 85 y 85) se dividían por clases en función del valor de las propiedades de cada uno declaradas al censo, y era dentro de cada clase donde se dividían los ciudadanos por grupos de edades:

- La primera clase, formada por propietarios de más de 100 000 ases (para hacernos una idea, como si fueran un millón de euros, solo que daban todavía más de sí), contaba con 80 centurias.

- De las clases segunda a la cuarta, ambas inclusive, 20 centurias cada una, para un total de 60.
- La quinta clase, los pequeños propietarios, poseedores de menos de 25 000 ases de patrimonio, 30 centurias.
- Los desclasados, o el resto, 5 centurias.

En el ejército, la primera clase sería infantería pesada, con armadura y mejores armas. De las clases segunda a cuarta, cada vez se trataría de soldados peor equipados. Los miembros de la quinta se supone que solo tendrían piedras y hondas (no las motos, las armas para arrojar piedras). Las cinco centurias de los «sin clase» correspondían a no combatientes: cornetas, artesanos, carpinteros, herreros, etc.

Cuando todavía decimos de alguien que «no tiene clase» o en los trenes o aviones viajamos en primera clase (preferiblemente si es otro el que paga) estamos refiriéndonos a términos que tienen su origen en la organización del ejército romano de antes de la República, hace 2600 años. Si seguimos diciendo lo mismo que entonces, será porque no hemos cambiado tanto.

Los aristócratas estaban por encima de las clases. En inglés todavía se dice High Class o Upper Class, que en el fondo significa algo más que primera clase: clase alta, concepto que en castellano ha ido perdiendo su significado. Ahora en los aviones, como queda mal decir lo de primera clase porque sería considerar «de segunda» al resto y mayoría del pasaje, las cabinas se llaman, por ejemplo, advantage y turista; pero aunque se usen eufemismos publicitarios, todos sabemos lo que es primera o segunda (sobre todo después de un viaje largo). Incluso empleamos los términos en otros contextos, como cuando para decir que un vino es especialmente bueno decimos que es de primera. Igualmente, Marx (Carlos, no Groucho), que como vimos sabía latín, cuando se plantea en el siglo XIX la teoría de la lucha de clases, se basa en los conceptos diferenciales establecidos originalmente entre ciudadanos más o menos ricos en tiempos de nuestros abuelos romanos.

En las elecciones en Roma, ocurría como ahora: que todavía hay clases. Así, de las 193 centurias, la mayoría absoluta serían 97 votos: 97 centurias. Como vimos, al organizarse una votación por centurias, se escrutaban en orden sus votos, computándose solo el vencedor de cada una de ellas. El elegido por más centurias ganaba las elecciones. Pero, puesto que los muy ricos votaban primero y tenían 18 centurias/votos, y los ricos, aunque no

tanto, contaban con 80 centurias y votaban en segundo lugar, si alguien ganaba en estas dos clases, ya obtenía mayoría absoluta (98 de 193) sin que los demás, ni sus centurias, ni sus votos, pintaran nada.

Durante los comicios, todas las centurias de una clase tenían que ejercer su derecho al voto antes de que lo hiciera la siguiente inferior. Cuando lo que se votaba recibía la mayoría, es decir, cuando el candidato obtenía esos 98 votos de las 193 centurias, el proceso acababa. Si al caer el sol la elección no tenía ganador, al día siguiente se empezaba de nuevo desde el principio; no valía continuar por donde se hubieran quedado.

Las primeras clases, como vimos, se llamaban así originalmente por ser precisamente las que votaban al comienzo, no por ir en asientos más cómodos en la parte delantera del avión. El recuento de los votos era inmediato, obteniéndose los resultados de la elección de cada centuria casi a la vez que se votaba, así que la mayoría de las veces los de la quinta clase (con sus treinta centurias) no llegaban a ejercer su derecho de sufragio (del latín *suffragium*, que quiere decir lo mismo que en español).



Moneda que muestra a un ciudadano romano en el momento de ejercer su derecho al voto.

De todas formas, a los de las clases menos privilegiadas parecía no importarles este hecho en demasía; aunque ese día no hubieran votado en las elecciones, mantenían el derecho, y estaban muy orgullosos de él ya que, sobre todas las cosas, eran ciudadanos romanos. Un honor único en el mundo antiguo el hecho de ser un hombre con ninguno por encima, libre de verdad. Una gran diferencia con los habitantes de las bárbaras monarquías orientales, donde no se era ciudadano sino súbdito o, aun mayor diferencia con los

bárbaros de las hordas de salvajes del norte, quienes todavía hacían sacrificios humanos para contentar a dioses terribles. Cualquier ciudadano romano, en cambio, tenía en principio capacidad para ser elegido o elegir entre sus iguales un administrador temporal de la gran idea que era Roma.

En efecto, ser *cives romanus*, ciudadano romano, otorgaba unos derechos muy amplios y bastante similares a los que disfrutamos hoy. Ser romano era un orgullo, ser ciudadano romano un título. Tanto así, que en cualquier lugar del Mediterráneo, indicar que se era *cives romanus*, era garantía de ser respetado por la justicia de cualquier rincón del Imperio; como hizo san Pablo, según la Biblia (Hechos 22:25-29), que afirmar: *Civis romanus sum* —«Soy ciudadano romano»— le bastó para salvarse de ser azotado y que le trasladaran a Roma, para ser juzgado por sus iguales.

Todavía en el siglo V, alrededor del año 410 de nuestra era, el historiador romano Orosio, nacido en algún lugar de Galicia (posiblemente), de cuyo nombre la Historia no quiere acordarse, decía:

En todas las tierras del Imperio por donde vaya puedo sentirme romano entre romanos, cristiano entre cristianos, hombre entre hombres y todo país puede ser mi patria.

Si nos fijamos, está hablando de la igualdad de derechos, del derecho de libre circulación y de libre elección de residencia. Derechos que disfrutamos hoy en la Unión Europea.

Algo parecido a lo que decía Orosio solo lo hemos vuelto a sentir desde 1995, quince siglos después —que se dice pronto—, dentro de nuestra vieja y de nuevo democrática Europa; y solo gracias al tratado casualmente llamado de Roma del año 1957, fecha en que se puso la primera piedra de la Unión Europea. Desde 1992, los miembros de cualquier país de la Unión somos ciudadanos europeos, lo cual, entre otros derechos, y además de los propios de cada Estado y los de la ONU, nos otorga los siguientes:

- Derecho a circular y residir libremente en el territorio de los Estados miembros.
- Derecho de sufragio activo y pasivo en las elecciones al Parlamento Europeo y municipales del Estado miembro en el que resida.
- Derecho a la protección de las autoridades diplomáticas y consulares de Estados miembros distintos del propio.

Vamos, casi como si estuviéramos en el siglo v.

Ser ciudadano romano significaba ante todo ser libre, como todavía hace poco, en plena Guerra Fría y cuando muchos europeos no lo eran, recordaba al mundo John F. Kennedy en su famoso discurso de Berlín (occidental):

Hace dos mil años, uno podía mostrar su orgullo proclamando: *civis romanus sum* (en latín en el discurso original, N. del A.), hoy, en el mundo libre, mostramos nuestro orgullo proclamando: *Ich Bin ein Berliner*.



El presidente de los Estados Unidos John Fitzgerald Kennedy, el 26 de junio de 1961, durante su alocución desde el balcón del ayuntamiento de Berlín Occidental, capital de la República Federal de Alemania, con motivo del

decimoquinto aniversario de la construcción del muro que dividió al país. La famosa frase, en alemán en el discurso original, quiere decir: «soy un berlinés», o mejor dicho, «soy ciudadano de Berlín».

El emperador Caracalla, que gobernó del 211 al 217, otorgó en el año 212 la ciudadanía romana a todos los habitantes libres de todas las provincias del Imperio, lo cual dio el último empujón a la romanización de la cuenca del Mediterráneo. En Hispania, un montón de ciudades eran romanas a todos los efectos, y sus ciudadanos, ya desde tiempos de Pompeyo y César, tan romanos como si fueran del mismo foro. Para aumentar los privilegios de los hispanos, el emperador Vespasiano (gobernó del 69 al 79 de nuestra era) otorgó universalmente a Hispania el Derecho latino, *Ius latii universae Hispaniae*, que era como el paso previo a ser ciudadano romano, por lo que se cree que, cuando entró en vigor el edicto de Caracalla ciento y pico años después, todos o casi, los habitantes de Hispania ya eran ciudadanos romanos de pleno derecho. Pero bueno, nunca está de más.

Cuando el Senado otorgó a Augusto en enero del 27 a.C. el título de princeps (de donde viene nuestro «príncipe», desde el de Gales hasta el azul, pasando por el de las galletas), lo que quería representar con ese título era la condición de Augusto de ciudadano principal. Ojo, principal, pero ciudadano, es decir, igual que los demás en derechos y deberes. Por cierto, que en inglés al director de escuela se le llama también Principal (pronunciado «prinsipal»), como Seymour Skinner en *Los Simpson*.

Según afirma Tom Holland en su obra *Rubicón*, los romanos se consideraban libres, pero no iguales. Eso de Liberté, Fraternité y Égalité les parecería un insulto al final. Para ellos, solo los esclavos son iguales, los ciudadanos son distintos entre sí, son personas individuales, sujetos a las mismas leyes y con las mismas obligaciones, derechos y deberes, pero no uniformes. Es un matiz importante. Cervantes, unos cuantos siglos después, decía:

La libertad es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.

Sí, es verdad, en Roma había diferencias de clases, pero como sigue habiendo ahora. ¿O acaso nos creemos que somos iguales, cualquiera de nosotros, comparados con un jugador de fútbol veinteañero que cobra al año

más millones que años tiene? ¿A qué no? Como hemos visto, para pertenecer a una clase en Roma, había que ser propietario de una parcela de tierra valorada y declarada al censo, si no, no se pertenecía a clase alguna, se era un desclasado. En Roma, lo de poseer tierra para poder ser parte del censo e incluso para ser soldado, se legisló desde los primeros tiempos, porque se pensaba que quien no fuera propietario no tendría razones objetivas para luchar por su país, por su tierra. Muchos años más tarde, cuando Cayo Mario (uno de los mejores militares de Roma) reformó el Ejército en el 107 a.C., lo primero que hizo —para escándalo de los conservadores— fue permitir que se alistaran los proletarios, a los que el Estado dotó de armamento y uniforme eximiéndoles de tener que pagárselo. Demostraron ser los mejores soldados del mundo.

Cicerón, en su obra *Sobre la República (De Res Pública)*, escrita antes del año 51 a.C., define así el sistema republicano romano:

La República entonces es la propiedad de un pueblo (*Res Populi*). Un pueblo no es simplemente un grupo de gente, sino una reunión de personas asociadas entre sí por un acuerdo general sobre la ley que debe guiarles y que comparten los mismos beneficios.

Esta metáfora, que define la *Res Publica* como una *Res Populi* en términos de propiedad, le permite a Cicerón establecer como premisa que en cualquier forma legítima de gobierno, el *populus* debe realmente ser el dueño de su propia *res* y, por lo tanto, siendo el dueño, tiene que poseer el derecho a administrar y gestionar, lo cual es equivalente a poseer libertad y habilidad para ejercerla.

Lo que garantiza el sistema romano es, desde luego, que aquellos que poseen más en la mancomunidad tienen también preponderancia política —por otra parte, pagaban más impuestos y pasaban más tiempo sirviendo en el ejército—; a la vez, todos los ciudadanos, al disfrutar del derecho a votar, tienen voz sobre la manera en que se va a gestionar y administrar la propiedad del pueblo. Y el pueblo tiene derecho de veto a través de sus magistrados «especiales», llamados tribunos de la plebe (de los que ya hablaremos).

A lo largo de la historia de la ya de por sí complicada democracia romana se hicieron muchas reformas. Para elegir los gestores de algunas oficinas concretas se introdujo el voto por tribus (35 tribus, entre rurales —31— y urbanas —4—) con el fin de decidir determinados asuntos, incorporándose

muchos más entresijos y vericuetos en su compleja legislación. Los hispanos, desde tiempos de Augusto, estábamos adscritos generalmente a la tribu Galeria, que era rural y una de las más antiguas de Roma. Por cierto, que «tribu-to» viene del latín tributum y tiene su origen en el impuesto que el rey de Roma Servio Tulio (aprox. 578-534 a. C.) aplicó a los ciudadanos en función de su domicilio. Las funciones electorales de las tribus fueron cada vez más ejercidas por el Senado, si bien el emperador Trajano, alrededor del 114 de nuestra era, suprimió la Asamblea de las tribus romanas. En cualquier caso, durante los tres primeros siglos del Imperio todos los ciudadanos romanos tenían que estar inscritos en una tribu, aunque ya ni había democracia ni nada. Lo que sí nos quedó fue eso de los tributos, que desde el lejano siglo VI antes de Cristo hasta hoy, no nos quitamos de encima.

Lo curioso de las elecciones en Roma era que, finalmente, y a pesar de todas las mejoras que se fueron introduciendo para hacerlas más participativas, lo que decidía era siempre y curiosamente el voto de las clases más ricas de la ciudad, que, pase lo que pase y por los siglos de los siglos, siguen mandando y mangoneando. Como dijo nuestro Marcial: «Siempre serás pobre si eres pobre, Emiliano: hoy día las riquezas no se dan a nadie más que a los ricos».

En la República romana también se procuró que tanto los patricios (los aristócratas, las primeras familias de la historia de Roma) como los plebeyos (el resto de la población, llamados así fueran ricos o pobres) tuvieran acceso a las magistraturas, lo cual se logró definitivamente en el 367 a.C. Del mismo modo, cualquier ciudadano romano podía apelar a la Asamblea del pueblo, si pensaba que había sido condenado injustamente en un juicio.

Resultaba demasiado notorio que la Asamblea centuriada, que era el sistema a través del que se elegían las principales magistraturas, era demasiado tendenciosa, ya que, como vimos, solo los ciudadanos ricos, normalmente también senadores, escogían finalmente el Gobierno, y Roma se supone que era la unión del Senado romano con el Pueblo romano: SPQR. O lo que es lo mismo «El Senado y el pueblo de Roma» (Senatus Populus Que Romanus).

Para que ese lema fuera cierto y la idea de Roma prosperase, era necesaria la implicación de todos, así que, en el 241 a.C., los censores Marco Fabio Buteón y Cayo Aurelio Cotta (creo que tatatarabuelo de Julio César

por parte de madre) intentaron equilibrar un poco la balanza. No está muy claro si la reforma consistió principalmente en que aumentaron el número de centurias. Pasaron de las 193 antiguas a 373, componiendo diez por tribu, de las que 5 eran de soldados mayores y 5 de soldados jóvenes. A esas 350 centurias había que sumarles las 18 de los aristócratas y las cinco de los desclasados. La organización según lo anterior, quedaba más o menos así:

- Patricios: 18 centurias
- Primera clase: 70 centurias
- Segunda clase: 70 centurias
- Tercera clase: 70 centurias
- Cuarta clase: 70 centurias
- Quinta clase: 70 centurias
- Sin clase: 5 centurias

Igual que antes, votaban primero las 18 centurias de ricachones, después las de primera clase y así sucesivamente. Gracias a este sistema, normalmente era necesario que votara al menos la tercera clase para obtener una mayoría. De todas formas, según muchos historiadores, la reforma en realidad solo consistió en mantener las 193 centurias originales, pero quitándole 10 a las 80 de la primera clase y distribuyéndolas entre las otras clases, de tal manera que fuera necesario que votara la segunda clase para obtener una mayoría. En cualquier caso, era bastante complicado, pero no más que la ley D'Hondt (creada por el jurista belga Victor D'Hondt en 1878) que rige, por ejemplo, las elecciones en España en nuestro siglo, y que más o menos se traduce así:

- Cada provincia (más Ceuta y Melilla) es una circunscripción.
- En cada una de ellas, las candidaturas que no obtengan al menos el 3% de los votos se excluyen y no cuentan.
- El resto de las candidaturas, se ordenan de mayor a menor y se divide el número de votos obtenidos por cada candidatura por el número de escaños correspondientes a la circunscripción.
- Los escaños se atribuyen a las candidaturas que obtengan los cocientes mayores, atendiendo a un orden decreciente.

Vamos, que casi es más simple lo de las centurias.

Vale, la antigua República romana era muy imperfecta, pero era una democracia viable que duró, por el momento, más que ninguna de las actuales, una democracia con casi 500 años de edad, que son los que van desde la fecha de expulsión de los reyes hasta el gobierno directo de Augusto. O para que sepamos medirla más fácilmente, el tiempo que media entre la conquista de Tenochtitlan por Hernán Cortés y nuestros días. De momento, la democracia más antigua de nuestro tiempo es la estadounidense, cuya Constitución se escribió en 1789, solo doscientos treinta años antes de redactar este párrafo en 2019. Le faltan todavía dos siglos y medio para igualar en duración a la democracia de la República romana. La democracia en España empezó hace solo 41 añitos, y ya hay quien quiere cambiar toda la Constitución. Por el bien de nuestro mundo, esperemos que la estadounidense, las de los países hermanos latinos y la nuestra superen en siglos y en historia a Roma, y en un futuro muy lejano este párrafo quede obsoleto. Ojalá.

Pero retomemos la política en la República. La originalidad de la democracia romana con respecto a las nuestras es que, para evitar el gobierno despótico o autoritario, todos los cargos se ocupaban por dos personas con igual rango, es decir, estaban por lo menos duplicados, y tenían una duración limitada sin capacidad de reelección inmediata. Por ejemplo, se elegía como mandatarios máximos —parecidos a nuestros presidentes— a dos cónsules, por el plazo de un año.

Los dos ciudadanos escogidos eran aquellos que hubieran obtenido el primer y segundo lugar en las elecciones (como si ahora gobernaran el que gana las elecciones y el jefe de la oposición), pero gobernaban de igual a igual, aunque cada mes presidiera oficialmente uno de ellos, que incluso tenía siempre derecho de veto sobre las decisiones que tomara su colega (en latín, cómo no, *collega*, por tratarse de un cargo colegiado). Como todo el mundo sabe y Groucho Marx afirmó el siglo pasado, «La política no hace extraños compañeros de cama. El matrimonio sí».

Esta duplicación, o incluso un mayor número de representantes que tenía cada cargo en Roma y en todos los municipios, hacía que se evitara, en principio, el abuso de poder de quien ejerciera el cargo, al equilibrarse entre dos personas, normalmente opuestas en sus ideas, el poder ejecutivo, el equivalente al del actual presidente norteamericano, por ejemplo. Los años se

computaban por los cónsules que hubieran ejercido el cargo, así, para decir «en el año tal», solía emplearse, por ejemplo, «durante el consulado de Lépido y Cátulo», que sería nuestro año 78 a.C. Como parece ser que Julio César ya apuntaba maneras dictatoriales durante el año que fue elegido cónsul junto con Bibulo, los opositores a su gobierno solían referirse burlescamente a ese año (59 a.C.) como «el del consulado de Julio y César».

Los futuros cónsules, antes de poder presentarse al cargo, tenían en principio que ser mayores de 42 años y haber servido públicamente en todos los puestos inferiores, es decir, haber sido elegidos para todas las magistraturas previas de la carrera política, además de tener experiencia militar demostrable (normalmente, haber participado en 20 campañas). Por ejemplo, Woody Allen, si bien es romano, no podría haber sido elegido, porque como él mismo dijo en 1977: «No me aceptaron en el ejército. Fui declarado inútilísimo. En caso de guerra solo podría ser prisionero».

Una vez seleccionados, los cónsules, además del poder ejecutivo, ejercían el legislativo junto con la Asamblea del pueblo (que serían nuestros diputados o Asamblea, salvando mucho las distancias) y el Senado; también eran los jefes del ejército, disponían de poderes judiciales, tenían posibilidad de buscar la aprobación de los dioses a sus actos consultando los auspicios, etc.

Como signo de su poder, para distinguirse de los demás ciudadanos y mientras durase su magistratura, parece que llevaban una orla púrpura ancha en el borde de la toga y se hacían acompañar por 12 lictores, que eran una especie de guardaespaldas, que portaban unos haces de varas cortadas y atadas de manera ritual con un cordón. Estos haces se llamaban fasces en latín (palabra en la que se basó Mussolini para inventarse el espantoso fascismo); si el cónsul con sus lictores estaban sirviendo fuera de Roma dirigiendo el ejército en campaña, por ejemplo, a los haces se les ataba un hacha, como todavía podemos ver en el escudo de Ecuador y en el de la Guardia Civil, donde una faz con hacha se cruza con una espada. El significado simbólico de las fasces era «poder», ya que en el haz cada vara representa por una parte una de las 35 tribus romanas —que de una en una son frágiles, pero unidas son muy fuertes—, y por otra «justicia», por el hacha que corta las injusticias (y las cabezas de quienes las cometen). Los pretores llevaban 6 lictores, los dictadores 24 y así. Estos lictores representaban simbólicamente al pueblo de Roma, acompañando y protegiendo a su

magistrado.

Llegar a cónsul era una tarea larga, costosa y difícil, que requería mucha astucia política y mucho dinero para emplear en una carrera política en la que en cada cargo, en cada escalón, el elegido tenía que pagar de su bolsillo, por ejemplo, las fiestas, las mejoras de la ciudad y de las carreteras, etc., ya que las magistraturas se ejercían gratuitamente sin percibir ni un duro de sueldo. Por eso se llamaban honores, del mismo modo que todavía en nuestro tiempo un cargo «honorífico» es un reconocimiento, pero no lleva aparejada una retribución. Para resarcirse de tanto gasto, al magistrado, que siempre era enviado a gobernar una provincia tras su mandato, solo le quedaba como opción hacer la guerra o esquilmar a sus gobernados de la provincia. En contra de los abusos de los gobernantes, el mismísimo emperador Tiberio (42 a.C.-37) dijo: «Es el deber de un buen pastor esquilmar sus ovejas, no despellejarlas».



Escudo de la Guardia Civil española. Lo de la izquierda es un faz, como los que llevaban los lictores que protegían a los cónsules romanos.

Aunque él mismo no seguía su sabio consejo. De hecho, cuentan que una vez, a su casita en un promontorio de la isla de Capri, subió un pobre pescador por el precipicio con una langosta recién pescada para regalársela. Tiberio se asustó tanto, pensando que iba a matarlo, que ordenó que frotaran la piel del pobre hombre con la langosta, despellejándole hasta que confesara. Como no tenía nada que revelar, parece ser que, finalmente, fue arrojado junto con su regalo al abismo, de vuelta al mar. Qué bruto y qué animal Tiberio.

En la República, y tras ejercer de pretor y cónsul, las dos magistraturas mayores, se entregaba al magistrado saliente la gobernación de una provincia con más o menos problemas, con cuya resolución (bélica, claro) o recurriendo a la más abyecta corrupción, como fue el caso de Verres, del que hablaremos, los políticos podían rehacer por fin su bolsa, tan maltrecha desde que habían comenzado la tortuosa, difícil y llena de trampas carrera política.

La nobleza existía, de sangre y de cuna, como hemos visto con los patricios, pero en plena República la nobleza de alguien se medía no ya por pertenecer a una de las antiguas familias de Roma, sino también por tener antepasados consulares, es decir, antecesores que hubieran sido elegidos cónsules. Entre otras cosas, un cónsul podía encargarse de retratos propios (nunca mayores del tamaño natural, para no provocar a los dioses) y su propia imago (máscara, retrato) en cera, para ponerla en el atrio de su casa junto con las de sus antepasados, demostrando que era digno sucesor de la familia. Así, cada generación intentaba superar a la anterior en honores y dignidad, a riesgo de —en caso de no lograrlo— perder, digamos, «rango» o dignidad. Las familias de «hombres nuevos», que era como se llamaba a aquellas que no contaban con magistrados importantes entre sus antepasados, también se ennoblecían, simple y solamente siendo elegidos por sus conciudadanos y en función del cargo obtenido en las votaciones. «Hombre nuevo» era, por ejemplo, el mencionado Cayo Mario, quien a pesar de ello fue elegido siete veces cónsul en el siglo I a.C., o Cicerón, tal vez el político más famoso de la historia, quien alcanzó por primera vez el consulado para su familia el año 63 a.C. Existe una gran diferencia entre que la «nobleza» llegue porque alguien de tu familia haya resultado escogido por sus conciudadanos en unas elecciones

democráticas, y que sea un rey, una sola persona al fin y al cabo, quien haya otorgado un beneficio a algún antepasado. Ese matiz entre la nobleza romana y la medieval, por ejemplo, añade a mi entender más dignidad a la historia de Roma y a sus notables personajes. Como dijo Horacio en el siglo I de nuestra era: «No tiene importancia de qué padres nace un hombre, mientras sea un hombre de mérito».

Como las elecciones eran una vez al año, la vida de las familias que competían por los cargos giraba siempre en torno a la política, sabiendo cada padre de familia que le costaría un ojo de la cara financiar la carrera de sus hijos varones si tenía más de uno; eso a veces propiciaba que un hijo de buena familia, si ya tenía un hermano mayor, fuera adoptado por otra familia «importante» sin vástagos varones. Estas adopciones eran muy habituales y aceptadas socialmente, hasta el punto que los romanos no solían preocuparse por su descendencia, ya que incluso en el propio testamento podían adoptar a alguien de igual alcurnia y que este heredase los honores, dinero y obligaciones del romano que moría sin hijos. En los casos de adopción, el hijo adoptado pasaba a ser cognati o pariente consanguíneo de los miembros de su nueva familia, igual que si hubiera nacido biológicamente en ella, con idénticos derechos y deberes, tal y como sucede actualmente con las adopciones en nuestro Derecho Civil.

Ese fue el caso de Julio César, que falleció sin hijos, pero que adoptó en su testamento a su sobrino nieto, el futuro Augusto, hasta entonces simplemente Cayo Octavio Turino, y que tras la adopción pasó a llamarse como su padre adoptivo, Cayo Julio César Octaviano. Después, cuando se nombró «dios» a Julio, fue conocido como Cayo Julio César Octaviano Divi Filius (hijo del dios —Julio César—) y, finalmente, en el apogeo de su carrera, el Senado le nombró Augusto, honor y denominación que antes no había recibido nadie. Creo que su último nombre, ya cuando era mayorcete, fue «simplemente» Imperator Caesar Augustus.

No todos los casos de adopción son tan famosos, pero eran necesarios para mantener el sistema. En esas familias tan ilustres, los matrimonios obedecían a razones de alianzas políticas (y de captación de dotes para financiar la carrera), pero del matrimonio, y del divorcio si hace falta, ya hablaremos.

Las elecciones tenían lugar antes del invierno (en latín bruma, como

nuestra bruma), pero ya en plena canícula los candidatos tenían más que organizada su campaña, (del latín canicula, que quiere decir literalmente perrita). Al verano se le llama así poéticamente porque en sixtilis (nuestro agosto) la constelación de Sirio —el can— aparece en el cielo. Por cierto, que de canicula viene también la palabra canija —y de esta deriva «canijo», débil y enfermizo— en teoría, por el hambre proverbial que pasan los perros (obviamente can, en latín). Pero las campañas políticas no eran un asunto precisamente «canijo»; entre la proclamación de los candidatos y las elecciones, tenían que pasar tres días de mercado y el mercado se celebraba cada nueve, así que la campaña electoral duraba 27 días. Las campañas eran entonces como ahora, feroces batallas por conseguir el poder, prometiendo todo a todos y denigrando al contrario hasta el infinito y más allá. Woody Allen, sobre cómo son los políticos vocacionales, dijo en el siglo XX: «La vocación del político de carrera es hacer de cada solución un problema».

De manera similar a como sucede en nuestros días había ya entonces politólogos y empresas dedicadas a la propaganda política, encargadas —dados los pocos medios de comunicación de la época— sobre todo de hacer pintadas a favor de los candidatos y de encargar a los strilloni que vocearan por las calles sus nombres. Las pintadas se hacían con moldes y reglas, para que las letras quedaran iguales, rectas y «elegantes». Se realizaban en paredes principales y con mucho tránsito. Los eslóganes, en cambio, no parece que fueran muy originales:

VOTA A LUCIUS RONIUS HARTUS. EL CANDIDATO MÁS HONESTO
Hombre de provecho, organizará grandes juegos y espectáculos.

Pero también había otras empresas, o a lo mejor incluso las mismas, que se encargaban de estropear las pintadas de los contrarios, tachándolas o añadiendo debajo:

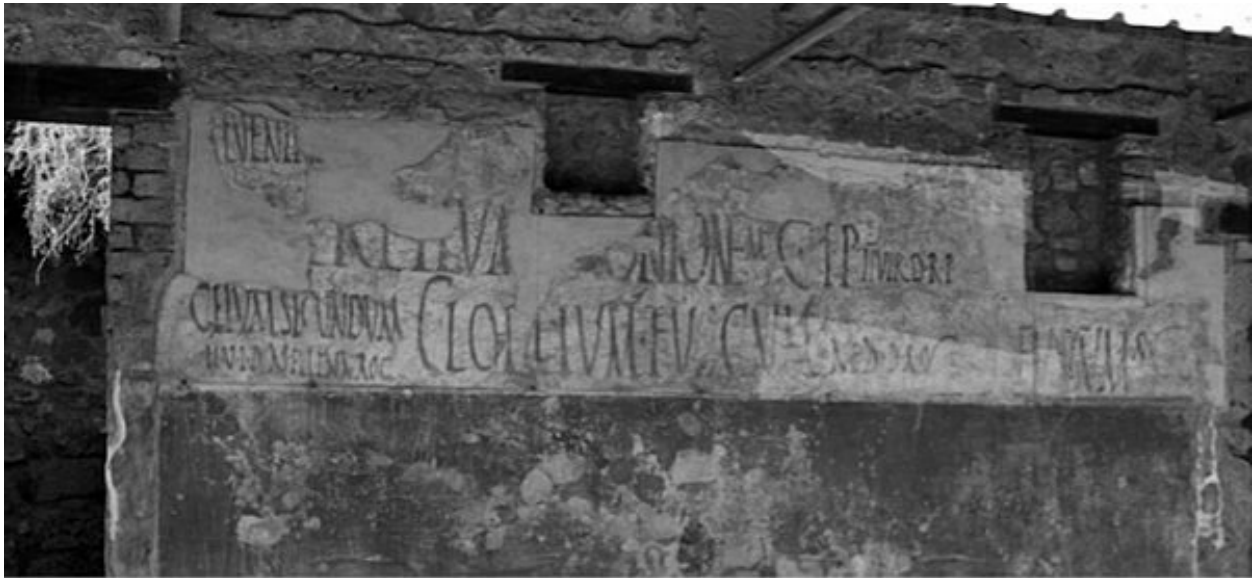
VOTA A LUCIUS RONIUS HARTUS. EL CANDIDATO MÁS HONESTO
Hombre de provecho, organizará grandes juegos y espectáculos.

Le apoyan sobre todo los cierrabares.

Además, para que no se corrigiera la pintada estropeada, los que se la habían cargado añadían, también por escrito, una maldición del tipo:

VOTA A LUCIUS RONIUS HARTUS. EL CANDIDATO MÁS HONESTO
Hombre de provecho, organizará grandes juegos y espectáculos.

Le apoyan sobre todo los cierrabares.
Y que se le caiga el pene al que borre lo anterior.



Pintadas políticas pidiendo el voto para un candidato en Pompeya y en la actualidad.

Las pintadas, no solo las políticas, eran un problema entonces como ahora en las ciudades. En Pompeya, como veremos, se conservan muchísimas. Aunque la que parece referirse más específicamente a los políticos es una muy clásica que dice: «Los nombres de los necios están siempre escritos en las paredes».

Además de anunciarse en pintadas, lo cual, por cierto, demuestra el nivel

de alfabetización de la población de entonces, y que los votantes sabían leer —lo que será más de lo que se pueda decir de la inmensa mayoría de la población mundial o europea entre los siglos V a XIX—, lo importante era que el candidato se dejara ver en el foro acompañado de sus seguidores (cuantos más mejor) y que estos cubrieran todos los espectros de edad y clase. Los futuros personajes públicos paseaban saludando a todos los ciudadanos con los que se encontraban, interesándose en sus asuntos y dirigiéndose, en la medida de lo posible, a cada cual por su nombre. Para ello, y en función de lo profesionales y buenos que fueran, se hacían acompañar por un especialista, llamado nomenclator, encargado de susurrar al oído del político el nombre de la persona a la que iba a estrechar la mano, igual que siguen haciendo ahora. Lo de coger niños en brazos era también tan típico como en nuestras campañas actuales. Además, debían escuchar los problemas de los posibles votantes y tener una respuesta aguda preparada para todos, demostrando así su elocuencia y viveza. Da igual donde vivieran los posibles votantes, en las elecciones solo se podía votar acudiendo físicamente a Roma el día en cuestión, así que los candidatos también escribían (o firmaban) cientos de cartas (hacían un mailing, que diríamos ahora) a ciudadanos residentes en las provincias, y por lo tanto pertenecientes a tribus rurales, animándoles a venir a votar el día de las elecciones. Vamos, que quitando lo de los selfis con el político favorito y los micrófonos de las teles amontonados a su alrededor, un antiguo candidato romano en campaña era igual que uno de ahora mismo, solo que mejor vestido.

Cuando llegaba el gran día, el secretario electoral organizaba la votación auxiliado por un administrativo, denominado rogator, quien pasaba lista al censo de cada centuria (mantenido al día por los censores) para que cada cual emitiera su voto libremente y solo una vez.

Como no existían documentos de identidad, cada ciudadano tenía que ser reconocido por sus compañeros de centuria o tribu, sobre todo si no residía en la capital. Si nadie lo conocía, lo que era muy raro, obviamente no podía votar. Lo cual es también una metáfora del hecho de ser ciudadano: lo eres porque tus iguales te reconocen como tal y como parte de la sociedad, no porque lo ponga en un carné. Una vez identificado el ciudadano y anotado por los secretarios que ejercía su derecho al sufragio, el votante, con una tablilla preparada al efecto —donde había escrito el nombre de su candidato

preferido—, ascendía a una especie de puente donde había una cesta en la que, a la vista de todos, se depositaba el voto; obviamente los «partidos» de cada candidato llevaban ya tablillas escritas para facilitar las cosas a sus simpatizantes.

Cuando la cesta estaba llena, se cambiaba por otra nueva y la anterior era custodiada públicamente hasta su recuento inmediato, realizado en unas mesas junto a la zona de votaciones con todas las garantías posibles; estaban presentes los candidatos, los augures, los sacerdotes, los magistrados del año en curso y los jueces. Las mismas garantías, o más si cabe, que en las elecciones actuales en cualquier democracia sería. Casi la única diferencia es que ahora no tenemos augures para que, contemplando el vuelo de las aves, decidan si las elecciones son aprobadas por los dioses, pero salvo por eso...

Obviamente, no existían partidos políticos como los conocemos ahora, ni ninguna organización parecida que aglutinara ciudadanos de similar ideología, pero desde siempre, y agudizándose su enfrentamiento hasta el final de la República (o hasta acabar con ella), había dos facciones: por un lado los que querían que nada cambiara, conservadores y muy tradicionalistas, quienes a finales de los tiempos republicanos se llamaban a sí mismos *optimates* (los mejores), y por otro, los que se apoyaban en el pueblo común (a veces llegando a la demagogia) para introducir ideas progresistas en la antigua República. Se les llamaba despectivamente «populares», del latín *populari*. Los primeros se consideraban la encarnación de los valores republicanos, mientras que los segundos eran bastante más pragmáticos.

Un ejemplo de la intransigencia de los *optimates* lo tenemos otra vez en el inaguantable Marco Porcio Catón. En una ocasión, parece ser que el colegio de tribunos de la plebe que se reunía en la basílica Porcia, construida por un antepasado de Catón, intentó contratar unos albañiles para derribar una columna que en mitad de la sala incomodaba y obstruía las reuniones. Catón se presentó allí y se negó tajantemente a que se derribara esa columna, que si había sido colocada allí por orden de su abuelo, por algo sería, insistiendo en que no debía modificarse la obra de su antepasado ni un ápice, ya que desde siempre había sido así. En cambio, entre los «populares», encontramos a uno de los hijos de Cornelia, Tiberio Sempronio Graco, quien intentó una reforma agraria para que los grandes latifundios se convirtieran en parcelas donde pudieran instalarse familias a producir; es decir, que se repartiera la

tierra entre los ciudadanos, o como solía decirse en el siglo XX: «La tierra para el que la trabaja». Tiberio Graco fue asesinado en el 133 a.C. Su hermano Cayo, en el 121 a.C., intentó de nuevo poner en marcha una ley de reforma agraria. Fue asesinado ese mismo año junto con muchos de sus seguidores. Todavía la Segunda República española, en los años 30 del pasado siglo, promovió, también sin éxito, una reforma agraria. Sabemos cómo acabó esta.

Entre los «populares» se podía contar también a Julio César, quien murió asesinado el 15 de marzo del año 44 a.C., más o menos. Esa vez, los fachas, perdón, los optimates, fueron demasiado lejos. Hablaban de libertad y de la restauración de la República como excusa para matar a César, pensando que encarnaban a Roma. Pero Roma no les quería. Como pasa todavía muchas veces entre los políticos, que se creen la encarnación sagrada de la democracia o de una comunidad, y no sacan ni siquiera suficientes votos para ser elegidos para ningún cargo por aquellos que presumen a gritos representar.

Cinco días después de la muerte de Julio, sus asesinos tuvieron que huir de la ciudad. Dos años más tarde, Julio César había sido vengado y los magnicidas habían muerto, pero la República también cayó muerta a sus pies. Como dijo Marco Antonio en los funerales de Julio (según la obra de Shakespeare): «Este fue un gran César. ¿Cuándo tendremos otro mejor?».

Puede que el laudatio (elogio) de Marco Antonio a César no fuera como lo escribió el bardo inglés, cuya mejor versión desde mi punto de vista es la actuación de Marlon Brando en el papel de Marco Antonio en la película Julio César de 1953 dirigida por Joseph L. Mankiewicz (un Óscar y dos Bafta). Pero el discurso, fuera como fuera, dicen que sí existió, y fue decisivo para despertar al pueblo romano, que andaba como sin rumbo tras la desaparición del gran hombre que se convertiría en dios por aclamación popular.

Marco Antonio empezó enumerando los honores que el Senado, al que pertenecían los asesinos, había votado a favor de Julio, así como el juramento unánime que habían hecho todos los senadores de proteger la vida de César, específicamente aquellos que le habían matado. Después, según el historiador Apiano, se apoyó en el féretro unas veces y otras imploró a los cielos, hasta que alcanzó el punto culminante de su discurso mostrando a la vez la toga ensangrentada de César y gritando:

¡Han dado muerte al hombre que ningún enemigo había podido matar; ha sido muerto por sus compañeros, el hombre que tantas veces les había perdonado!

La multitud enardecida se entregó un desgarrador llanto, gritó como un solo hombre y decidió incinerar en el mismo foro y en ese mismo momento el cadáver del César. Después, con antorchas encendidas en el fuego de la misma pira, marcharon para incendiar las casas de sus asesinos, que si no habían huido al sentir el rugir de las gargantas de los miles de ciudadanos, se escondieron y disfrazaron para escapar del pueblo que pensaban, imbéciles e ilusos, representar.

El lugar donde fue incinerado Julio, y que fue el altar de su templo una vez dios, aún puede visitarse en los foros de Roma. Dicen que todavía hay casi siempre un ramo de flores frescas en la misma piedra sobre la que la multitud prendió la pira fúnebre.

Curiosamente, César se disponía a partir, solo tres días después de la fecha en que fue asesinado, a la conquista de la antigua Partia, región situada donde hoy están más o menos Irak e Irán. Muchos historiadores han discutido sobre lo que habría ocurrido si César hubiera incorporado esos territorios a Roma y cuál habría sido su futuro, pero con independencia de lo que hubiera pasado, la faz de la Tierra sería hoy distinta, como decían de la nariz de Cleopatra. Basta recordar que en las regiones que César pensaba conquistar, surgiría doscientos años después el Imperio sasánida, que estuvo continuamente en guerra con el imperio tardío romano y más tarde con Bizancio, impidiéndole al primero destinar los recursos necesarios para proteger Europa Occidental y al segundo mantener las recuperadas regiones de Italia, Spania y África. Tal vez un Irán romanizado habría sido suficiente para evitar la caída del Imperio, mientras en Occidente los soldados de Roma mantenían a los bárbaros al otro lado del Rin. No lo sabremos nunca.

Lo que es seguro es que si César no hubiera sido asesinado, el Imperio romano habría sido distinto y, posiblemente, aunque esto es por supuesto una opinión, estaríamos en un mundo mejor.

En cualquier caso la historia fue como fue, César murió y la democracia terminó en Roma, pero no del todo. Augusto fue lo suficientemente inteligente como para mantener y desarrollar la organización municipal de todas las ciudades del Imperio, excepto de Roma, como democracias municipales en las que los ciudadanos elegían a sus ediles, mientras que el

Imperio era gobernado por el princeps.

En cada municipio y colonia con derecho latino, se elegía a dos duumviri (dos hombres, literalmente) también con poderes colegiados, como los dos cónsules. Estos duumviri gobernaban la ciudad como nuestros alcaldes y, según los estatutos de cada municipio, su mandato podía durar hasta cinco años. En el Gobierno municipal eran ayudados por los ediles y por el Senado o Curia de cada ciudad, cuerpo formado por los magistrados de ese municipio que ya hubieran terminado su mandato. Los «duumviro», además, por el simple hecho de ser elegidos, adquirían de inmediato la ciudadanía romana de pleno derecho, si no la tenían ya.

Los candidatos a magistraturas municipales debían cumplir una serie de condiciones: ser ciudadanos libres de la ciudad, no dedicarse a negocios poco honrosos y tener un mínimo de propiedades que garantizaran la gestión de los asuntos públicos durante su mandato, ya que esos cargos tampoco eran remunerados, sino más bien al contrario. A pesar del fin de la República, y durante al menos los dos primeros siglos del Imperio, los municipios siguieron siendo democracias, controladas, eso sí, por estructuras mayores (provincias, etc.) dirigidas por personal nombrado directamente por el emperador.

Los duumviro y demás cargos municipales debían aportar de su bolsillo la llamada summa honoraria, que, por ejemplo en la ley de Urso (Osuna) del siglo I a.C., que todavía podemos contemplar grabada en bronce en el Museo Arqueológico Nacional, en Madrid, obligaba a organizar, durante el tiempo en el que desempeñaran el «honor» los municipes de turno, juegos y espectáculos teatrales, completando el presupuesto municipal con su propio bolsillo. Juegos y espectáculos que debían durar dieciséis días cada año.

Con sus termas, teatro, anfiteatro, foro, basílica, calles pavimentadas, acueducto, puentes, arcos triunfales y estatuas, cada ciudad era una pequeña Roma y a la vez un centro difusor de la cultura romana. Incluso era obligatorio que contara con maestros públicos, además de con médico municipal, como ya vimos. Estrabón, refiriéndose a la romanización de Hispania, en el libro tercero de su Geografía y cien años después de la ley de Osuna, dice:

Los pueblos del sur; sobre todo los que viven en las riberas del Betis, han adquirido la manera de vivir de los romanos hasta olvidar su propio idioma.

Es decir, nos hicimos romanos y, aunque con acento andaluz, hablábamos

y escribíamos en latín. Los maestros enseñaban a nuestros hijos en latín hace dos mil años. Eso de que hubiera un maestro en cada ciudad y de que los niños y niñas aprendieran por lo menos a leer y escribir también se perdió con la caída de Roma hasta bien entrado el siglo XIX. Por eso no hay pintadas medievales.

Resulta curioso ver las ruinas de ciudades romanas en el norte de África, en su época entidades viables y hoy rodeadas de desierto, pero reconocibles como restos romanos en cualquier caso. El islam borró toda referencia no práctica de la romanización, es decir, conservó la ciencia agrícola y el amor al agua romanos, pero cambió tanto la sociedad y limitó tanto la capacidad de crítica, que ahora, en el siglo XXI, las orillas norte y sur de nuestro mar Mediterráneo parecen, por desgracia, planetas distintos, cuando en el apogeo de Roma eran entidades hermanas.

Los ciudadanos de cada municipio que pudieran permitírselo donaban dinero para mejorar y embellecer la propia ciudad. Hombres o mujeres como Plinio el Joven, quien financió una biblioteca y una escuela en su pueblo natal de Como y legó el dinero necesario para su mantenimiento, o como la señora Umidia Cuadratila, que financió un templo y un anfiteatro en la ciudad italiana de Cassino, son buenos ejemplos. Esta colaboración en la mejora de la propia ciudad era una manera de ser reconocido y alabado por sus agradecidos conciudadanos, una forma de mejorar la propia fama. Era tan importante fomentar esta actividad para el municipio que, en ocasiones, los concejales financiaban como respuesta una estatua en el foro para honrar con su retrato al benefactor de turno.

Las ciudades se gestionaban directamente por los curiales, es decir, los miembros de la Curia —el Senado de cada ciudad—, quienes cumplieron eficazmente las tareas administrativas encargadas desde los órganos de gobierno del Imperio. Sin embargo, a partir del siglo III las Curias de las ciudades fueron presionadas más y más para cumplir con las obligaciones tributarias crecientes que les exigía el Imperio, y dejaron de invertir su dinero en los edificios, espectáculos, educación y medicina municipales.

Si la ciudad no cumplía sus obligaciones fiscales, era intervenida (o como diríamos ahora, rescatada) por el Estado imperial, mediante el *curator rei publicae*, también conocido como *curator civitatis* —algo así como comisario de la ciudad—, encargado de la supervisión de las finanzas municipales y de

—mediante préstamos estatales— conseguir que fuese otra vez rentable desde el punto de vista fiscal y viable económicamente.

En Hispania, cómo no, se intervinieron muchas ciudades. Tenemos testimonios de rescate estatal de Hispalis (Sevilla), Itálica (Santiponce), Córdoba o Mérida durante el siglo III. En el siglo IV, el curator Mesio Mariano reparó con dinero de la Unión, digo del Imperio, las termas (Thermae Montanae) de Tarragona.

Estos precursores de la troika o de los hombres de negro de la Unión Europea o del FMI controlaban las tareas financieras, registros de propiedad y listas de contribuyentes municipales. En ocasiones, el emperador condonaba las deudas de una ciudad o los ricos que quedaran en ella destinaban, ahora a cambio de privilegios más concretos que la fama, parte de sus recursos a complementar el presupuesto municipal. Pero con el transcurso de los años muchas ciudades perdieron su capacidad de crear excedentes con los que mantener su pasado esplendor. Dion Casio, historiador judío-romano, propone en el año 222 de nuestra era, que las ciudades del Imperio reduzcan sus gastos en obras públicas y festivales e inviertan esos ahorros en necesidades más perentorias.

A partir del siglo III, dejó de ser un motivo de honor y de orgullo ciudadano formar parte de la Curia de la ciudad y pasó a ser una imposición y una obligación moral. Más tarde, la situación empeoraría aún más: desde el gobierno de Diocleciano (285-311), la recaudación de los impuestos de cada ciudad pasó a depender directamente de los curiales. Además, ellos mismos se hacían responsables con sus propios bienes y propiedades de la percepción y cuantía de los impuestos, es decir, si no recaudaban lo exigido, lo tenían que poner de su propio bolsillo.

Ya nadie quiso ser curial, así que, desde el gobierno de Constantino (306-337), el puesto pasó a ser hereditario. Para evitar el abandono de los cargos y la huida de la ciudad, una ley obligaba a convertirse en curial al que comprara las tierras de otro que hubiera ocupado la plaza. Solo estaban eximidos de serlo los senadores de Roma y Constantinopla, el clero cristiano (lo que motivó un montón de «vocaciones»), los funcionarios (incluidos soldados) y los maestros (que ya ejercían una labor pública). Si desertaban de su cargo, los curiales perdían absolutamente todos sus bienes, que pasaban a quien los sustituyera. A pesar de la dureza del castigo, en una ciudad rica

como Antioquía, de 55 curiales cuyos nombres conocemos, 20 huyeron o lo intentaron. Conclusión: las ciudades perdieron su democracia y a sus ciudadanos más importantes a la vez, lo cual, obviamente, influyó en su decadencia.

Otra institución que se implantó en los municipios fue algo así como nuestro moderno Defensor del Pueblo. Instaurado en tiempos de Valentiniano (364-375), estaba presente en cada ciudad, con el nombre de defensor civitatis o defensor plebis, con la encomienda de velar por la defensa de los intereses del pueblo llano contra los abusos de los poderosos. Esta institución romana, perdida también en los años oscuros, fue recuperada para la humanidad en la Constitución sueca de 1809. Al principio los «defensores romanos» fueron elegidos democráticamente (a pesar de ser tiempos del Imperio), pero más tarde sus funciones pasaron a ser desempeñadas por los obispos o incluso por los clérigos de cada ciudad, que asumieron también este cargo para legitimar lo que terminaría siendo la usurpación de lo que quedaba del Gobierno de las ciudades.

Hay todavía cosas que contar de la República y de su democracia. Por ejemplo, lo difícil que era alcanzar la cima, porque los escalones que había que superar para llegar a cónsul eran muchos y resbaladizos. En esa Roma, las magistraturas a las que se podía uno presentar y que había que ir superando una tras otra en la carrera eran: primero, cuestor, el secretario del cónsul y responsable de la gestión del tesoro público. Después edil, encargado de la administración de la ciudad. Más tarde, pretor, que eran ocho en el siglo I a.C. y dirigían los tribunales además de promulgar edictos. El más votado de ellos se convertía en pretor urbanus, que era quien de hecho asumía el gobierno de la ciudad, y no podía abandonar Roma durante más de 10 días seguidos mientras fuera «alcalde».

Había plazos y edades para cada cargo y era necesario, en principio, recorrer todo el escalafón para finalizar presentándose al consulado y, en el caso de ser elegido, poder gobernar la República más poderosa de la historia, de la mano de otro con los mismos poderes que tú.

Tras el consulado, y solo si se había demostrado una trayectoria intachable toda la vida, podía llegarse a censor, magistratura de la que ya hemos hablado, normalmente un cargo casi honorífico reservado a excónsules responsable del censo de los ciudadanos y de expulsar del Senado

a quien se mostrara indigno del puesto, además de velar por el mantenimiento de las buenas costumbres en Roma.

En paralelo había una magistratura reservada solo para los ciudadanos no patricios, que era la de tribuno de la plebe (de número variable, en el siglo I a.C. eran 10); defendían los derechos del pueblo. Los tribunos, que tenían necesariamente que ser plebeyos, eran inviolables (*sacrosancti*) y mediante el veto podían anular cualquier ley que les pareciera injusta para con el pueblo. Además, les correspondía a ellos proponer leyes a la asamblea popular, que era quien detentaba realmente el poder legislativo, al menos en el último siglo de la República. Entre la presentación de una ley y su votación, había que dejar pasar al menos el intervalo de mercado de nueve días, para que el pueblo pudiera reflexionar bien sobre el tema tratado. Al cabo de ese plazo, se celebraba el plebiscito, del latín *plebiscitum*, literalmente consulta a la plebe. Mientras tanto, la ley se exponía en el foro en unos tabloncillos. Si era aprobada, se grababa en bronce y se exponía de nuevo y para siempre, de tal modo que todos los ciudadanos pudieran leerla y conocerla (como si se publicara en nuestro Boletín Oficial del Estado o de la República).

El Tribunado de la Plebe era una magistratura independiente y excluía (salvo en algunas épocas) la posibilidad de presentarse a otras. Lo normal era que un cónsul contara con uno o dos tribunos «asociados» para poder proponer y someter sus leyes a la aprobación o no de la Asamblea del pueblo romano. Una vez se era tribuno también se pasaba a pertenecer al Senado.

La difícilísima carrera política recibía el nombre de *cursus honorum*, o carrera de honores, ya que era un honor ser elegido por tus iguales (recordemos de nuevo que ningún puesto era retribuido). Además, cada cargo, y según la fama que se quisiera tener, suponía unos gastos enormes para el escogido, ya que a sus expensas quedaban, por ejemplo, las reparaciones en los acueductos y templos o la mejora de determinados servicios, como las cloacas. Sin ir más lejos y como hemos visto, los cargos municipales, los ediles de la ciudad de Roma, eran los que sufragaban los juegos públicos de su año (vamos, como si el alcalde tuviera que pagar de su bolsillo las ferias). Si los juegos no eran muy buenos, los votantes lo recordarían, y no apoyarían al edil que fue tacaño cuando se presentara a otras elecciones para obtener nuevos y más importantes cargos públicos.

En nuestra época, cuando parece que nosotros servimos a los políticos y a

los servidores públicos en una democracia en la que manejan los recursos de todos como si fueran suyos, es complicado aceptar y explicar estos conceptos tan romanos, democráticos y republicanos, que están muy, pero muy, pasados de moda. Aun así, voy a intentarlo.

Para los romanos había dos conceptos, la dignitas (dignidad) y la auctoritas (autoridad) que conformaban la fama de un ciudadano. Esta «fama» se basaba, por una parte, en los honores que hubieran conseguido sus antepasados y, por otra, en la consideración que sus contemporáneos y conciudadanos tuvieran de cada uno.

Por explicarlo más fácilmente, la dignidad se conseguía sumando los logros de los antepasados a los propios, y la autoridad se relacionaba con la influencia que tuviera la propia opinión entre los demás ciudadanos, no en el sentido actual de autoritarismo o conocimiento experto. La propia fama era tan importante que, cuando Julio César vio su dignidad amenazada, cruzó con su ejército el Rubicón (río que suponía la frontera sagrada de Roma) a fin de recuperarla, por la fuerza, si era necesario.

Sin llegar a casos tan extremos, los ciudadanos destacados, para mejorar su propia fama, a veces realizaban edificios u obras públicas a su costa y además encargaban a sus descendientes el mantenimiento y mejora de los mismos. Tomemos por ejemplo la vía Apia, la carretera romana (construida con piedra y cemento sobre una capa de gravilla, con canales de drenaje a ambos lados, muros de contención y andenes o aceras para peatones) que iba de Roma a Brindisi y que todavía podemos recorrer. Se llamaba así en honor a Apio Claudio el censor, que la comenzó a construir a su costa en el año 312 a.C. y dejó a sus descendientes el encargo de mantenerla.

La fama, es decir, la dignidad y autoridad de este señor, fue tanta, que todavía llamamos vía Apia a los restos que quedan de ella dos mil trescientos años más tarde, porque los romanos siempre la llamaron así a lo largo de los muchos siglos que estuvo en funcionamiento para el transporte de mercancías y viajeros. De esta fama, sin duda estaría orgulloso el ciudadano que la erigió. Del mismo modo, fue solo por buscar la fama por lo que Ovidio terminó su gran obra Metamorfosis con la palabra vivam: viviré. Los romanos, los poetas romanos, crearon algo incluso más imperecedero que los acueductos, puentes o murallas. Los versos de un poeta son inmortales. Como dijo Carlos Goñi: «Las poesías se escriben con la tinta del espíritu y pertenecen a la memoria de

la humanidad».

La fama, el buen nombre, el honor, por lo tanto, eran fundamentales para un romano de los de antes. Nadie con mala fama alcanzaría jamás, en teoría, una magistratura importante, ya que su dignidad y autoridad no serían lo suficientemente «limpias». Por eso para los abuelos romanos era tan fundamental lo que los demás pensarán de uno. Como dijo el escritor Publilio Siro en el siglo I a.C.: «El que ha perdido el honor ya no puede perder más».

O Plinio el Viejo, quien, cien años después, a mediados del siglo I, aseguró: «Es más vergonzoso perder una buena reputación que nunca haberla obtenido».

Marx, el romano de Nueva York (Novum Eboracum), dijo: «Solo hay una forma de saber si un hombre es honesto: preguntárselo. Y si responde que sí, entonces sabes que sí está corrupto».

Este concepto, el del honor, está ahora tan demodé, que solo podemos encontrarlo en la Cartilla del Guardia Civil de España, por ejemplo, cuando dice:

El honor ha de ser la principal divisa del guardia civil; debe por consiguiente conservarlo sin mancha. Una vez perdido no se recobra jamás.

Quizás es que conceptos tan importantes como el honor o la lealtad ya solo se conservan en la Guardia Civil o en el Ejército, a la espera de tiempos mejores.

Nos ha llegado el nombre de romanos famosos por mejorar su ciudad, por ejemplo, el del pretor Quinto Marcio, quien construyó uno de los primeros acueductos de Roma (el llamado Aqua Marcia) en el año 144 a.C.; no obstante, la basílica Emilia, erigida en el siglo II a.C., tal vez sea el mejor ejemplo de lo que pretendo contar.

La basílica, cuyos restos podemos contemplar todavía en el foro de Roma, fue levantada por los censores Marco Fulvio y Marco Emilio en el 179 a.C. y pagada por ellos mismos, por lo que se llamó una vez terminada basílica Fulvia y Emilia. Pero las reparaciones necesarias al cabo de los años se realizaron por los descendientes de Emilio (Fulvio no los tuvo, o no supieron mantener la dignidad de la familia). Fue restaurada en el año 78 a.C. por el cónsul Marco Emilio Lépido, en el 55 a.C. por el edil Lucio Emilio Lépido y, finalmente, en el 34 a.C. por el hijo de este. Mantener la fama de la familia supuso para los Emilios tener que conservar la obra del tatarabuelo en buen

estado, porque se trataba de un edificio público que representaba la dignidad de todo el linaje. Todavía podemos contemplar sus orgullosas paredes y todavía la llamamos Emilia. Eso es tener buena fama.

En eso sí somos distintos a los romanos. No conozco ningún político que haya construido a su costa ningún edificio u obra pública, ni mucho menos alguno cuyos descendientes la hayan mejorado y mantenido de su bolsillo, generación tras generación. Como si Ruiz-Gallardón, alcalde de Madrid del 2003 al 2011, hubiera pagado de su bolsillo los túneles de la M 30, cuya construcción creo que superó los 4000 millones de euros de coste, y encargado a sus descendientes del mantenimiento.

En el extraño caso de que los descendientes del primer benefactor no pudieran hacerse cargo de la conservación, este desembolso salía a concurso (aunque resulte increíble, había bofetadas por pagar el mantenimiento de algunos). Quien se lo adjudicaba debía arreglar la obra, costeándola de su bolsillo, pero con beneficio para su propia fama; además, podía darle su nombre a la construcción que había puesto al día.

Mención aparte en esto del beneficio público merece Cayo Clinio Mecenas, contemporáneo de Augusto y amigo, quien dedicó su fortuna a proteger el arte y financiar a artistas, entre los que basta mencionar a Virgilio, Horacio, Ovidio o Tito Livio para comprender la altura de miras de este noble romano. Tanto es así, que su apellido, Mecenas, ha quedado para referirse a las personas que realizan acciones encaminadas a patrocinar el arte desde entonces y mientras lo haya. Cuando decimos mecenazgo, estamos recordando a una persona de carne y hueso, cuya fama es, como dijo Horacio: «Un monumento más duradero que el bronce».

Lo más parecido a este «altruismo» que tenemos ahora son las «oeneges», con las que los famosos colaboran (sobre todo, cuando hay fotógrafos cerca) para parecer majetes. Las excepciones son la Bill & Melinda Gates Foundation, en la que el creador de Microsoft y su mujer invierten miles de millones de dólares para mejorar la sanidad en el Tercer Mundo —que sería de los pocos ejemplos actuales que merecen comparación con Roma—, junto a las donaciones con que Amancio Ortega, el dueño y fundador de Inditex, colabora para que los departamentos de oncología de muchos hospitales tengan los instrumentos más modernos disponibles en el mundo. Por cierto, que hay algún imbécil (del latín imbecillis) que lo critica. Ojala los bárbaros

que hacen eso en vez de agradecerlo tengan que pasar la vergüenza de deber su tratamiento al buen hacer de este digno romano (de Busdongo de Arbas, León).

Volviendo a la arena política romana, comentemos que una vez habías sido elegido para cualquier magistratura, pasabas a ser miembro vitalicio del Senado, con derecho a voto en lo referente a política exterior, ritos y legislación. Superado el cargo de pretor, además de derecho a voto, obtenías derecho a voz en el Senado, es decir, además de votar, podías opinar y ser escuchado, hacer discursos, etc. A los senadores novatos se les llamaba *pedarii*, porque solo podían votar con los pies, ya que se votaba de pie, caminando y poniéndose a un lado o a otro del «presidente» de la cámara. Hasta en esto había supersticiones y manías: se consideraba de mal fario indicarle a alguien que se colocara a la izquierda, así que, si la propuesta era del gusto del presi del Senado, este indicaba que los que estuvieran a favor se situaran a la derecha, y viceversa.

En Roma, como siempre en todas las épocas, hubo políticos honrados y también corruptos. Existía desde el año 149 a.C. un tribunal específico para defender a los extranjeros que se hubieran sentido extorsionados por sus gobernadores romanos. Evidentemente, es una excepción. Normalmente los imperios no hacen tribunales para escuchar la opinión de sus gobernados, y demuestra, más que el hecho de que se dieran esos posibles abusos, que también había una sensibilidad especial y muy democrática al respecto. Plinio el Joven, que vivió 300 años después, a caballo de los siglos I y II, cuando Roma ya era un imperio gobernado por los césares, nos cuenta el caso de *Caecilius Classicus*, acusado de malversación de fondos tras haber sido gobernador en la *Baetica*, una de las tres provincias de Hispania (vaya). El caso de *Classicus* es el clásico caso (perdón por el mal chiste) de un corrupto que se jacta de serlo; fue condenado porque, el muy merluzo, escribió a su amante una carta en unos términos que no dejaban dudas sobre su culpabilidad:

Alégrate, pues llego a ti libre como el viento, con cuatro millones de sextercios (una pasta, N. del A.) obtenidos de dejar secos a la mitad de mis administrados.

La carta, de su puño y letra, fue leída en el juicio para el eterno oprobio de *Classicus*.

Nuestro amigo y conciudadano el emperador Trajano fue un paladín en

la lucha contra la corrupción con la creación del *Consilium Principis*, formado por los mejores jueces y fiscales de la época y destinado, sobre todo, a castigar los delitos de malversación de caudales públicos, muy específicamente en el gobierno de las provincias. Por entonces se comentaba que los corruptos habían aprovechado la política indulgente (vamos, de mirar para otro lado), del anterior emperador Nerva, que parece haber actuado como muchas veces ha ocurrido en este siglo XXI, en el que hemos tenido que escuchar que, mientras el presidente de tal o cual comunidad autónoma, por ejemplo, (dice que) no se ha enterado de nada, los altos cargos nombrados por él se han forrado con el dinero de todos, en sus propias narices.

En la época republicana hubo también corruptos, con la connivencia o no del Senado y de otros cargos electos. Por cierto, que connivencia viene del latín *coniventia* y quiere decir propiamente «guiño de ojos». El caso más famoso de corrupción y connivencia en la época republicana es el de Cayo Verres, quien, tras haber obtenido mediante sobornos la gobernación de la provincia de Sicilia, esquilmo a la isla y a sus habitantes, no solo de dinero, sino de todas las obras de arte que le gustaron, que fueron muchas, ya estuvieran en casas privadas, en templos o en las plazas de los pueblos. Sicilia había sido tierra de muchas colonias griegas desde hacía siglos y poseía obras de arte inigualables, con lo que la rapiña fue inmensa.

Cuando Verres terminó su infausta gobernación en el año 70 a.C. regresó a Roma a decorar su mansión con las obras de arte robadas. Pero tras él, y hasta Roma, se desplazó un comité de ciudadanos sicilianos a pedir justicia. Encontraron su paladín en Cicerón, quien acusó al mal gobernador por todas las atrocidades cometidas en la isla. Verres contrató para su defensa al abogado más caro y famoso que el dinero pudiera pagar entonces, el orador Hortensio; además, también se sentía seguro porque contaba con las simpatías de la clase alta romana. Gracias, entre otras cosas, a los regalos artísticos que repartió entre los senadores más propensos a dejarse agasajar y entre los cuales estaban algunos miembros del jurado. El juicio fue un espectáculo al que todo romano quiso acudir por ver enfrentarse a los dos mejores oradores y abogados, el veterano y de buena familia plebeya Hortensio y el incipiente hombre nuevo Cicerón, que, aunque era senador, todavía no ejercía ni de pretor.

El jurado estaba formado exclusivamente por senadores, ya que Verres lo

era con rango pretoriano, y cada ciudadano debía ser juzgado por sus iguales. Algunos de los miembros eran además sus amigos de toda la vida, sin embargo, el presidente del tribunal era un hombre de una honradez intachable y sus ayudantes, inmunes al soborno. Verres y su abogado intentaron retrasar varias veces el litigio para que el juez fuera otro (ya que, como hemos visto, los cargos como el del pretor, que dirigía el proceso, duraban un año) y conseguir así, tal vez, un magistrado más maleable, pero no tuvieron éxito.

Entonces cambiaron de táctica e intentaron adelantar la fecha del juicio, para no dejarle tiempo a Cicerón a preparar la acusación. Finalmente la vista oral comenzó en sextilis (agosto), lo cual era también un arma de doble filo, ya que, de seguirse el desarrollo normal de los pleitos romanos, tras la alegación de la acusación empezarían una serie de festividades que se prolongarían más de 15 días, y vendrían varios días nefastos, que harían que, a la reanudación del juicio, pasadas las vacaciones de verano, nadie recordara los argumentos del fiscal.

Pero Cicerón hizo un discurso tan perfecto el primer día que Verres se vio obligado a exiliarse la misma noche de la primera jornada del proceso, según le recomendó encarecidamente Hortensio, y partió solo con lo que pudo llevarse encima, deshonorado para siempre y borrado de la lista de ciudadanos. Cicerón se quedó sin pronunciar los discursos que había preparado, así que los juntó en un libro, *Contra Verres*, que se publicó y vendió muy bien.

La alocución que hizo Cicerón ese día todavía se estudia. Enumeró las faltas de Verres, ensalzó al jurado e hizo ver lo poco honroso que resultaba para Hortensio defender a tamaño ladrón, en cuyas anotaciones en la caja B de su contabilidad se había incluido a sí mismo con el alias (del latín *alias*) Verrino —un seudónimo bastante sospechoso si tu nombre real es Verres—. En el discurso, Cicerón alegó además que el pueblo romano no creía que los senadores estuvieran dispuestos a condenar a uno de los suyos por culpable que fuera, y que estaba en tela de juicio no ya la ignominia (del latín *ignominia*) de Verres, sino el mismo sistema judicial romano.

«Este es el proceso en que vosotros juzgaréis a un hombre y el pueblo romano os juzgará a vosotros», dijo Cicerón dirigiéndose al jurado, es decir, al Senado, la clase privilegiada. Y añadió:

Declaramos que Cayo Verres, además de haber cometido muchas arbitrariedades y muchas crueldades contra ciudadanos romanos y aliados y muchos sacrilegios contra los dioses y los hombres, se ha llevado ilegalmente de su mandato en Sicilia cuarenta millones de sextercios¹³.

Si Verres no es condenado —finalizó—, la República estará condenada, pues la absolución de este monstruo servirá a otros en el futuro a seguir su camino. (Contra Verres 2.3.207)

Pero lo que hizo caer definitivamente a Verres, fue que ciego en su rapiña y pensando, como hacen todos los corruptos, que tenía inmunidad para cometer sus crímenes, parece que había torturado y matado a uno o más ciudadanos romanos (un sacrilegio totalmente execrable, mucho más que robar a espuestas), y eso a pesar de que, al menos uno, había sido reconocido como tal y mientras agonizaba en la orilla del mar mirando hacia Italia, hacia Roma, no dejó de repetir: «Soy un ciudadano romano, soy un ciudadano romano, soy un ciudadano romano...».

Fue la gota que colmó el vaso.

Los senadores, el pueblo asistente, el pretor, quedaron tan asqueados ante este crimen (ojo, el de haber maltratado a un conciudadano, no el de robar a mansalva), que a Verres no le quedó escapatoria, tuvo que huir con lo puesto y su fama eterna fue la de un ladrón y algo peor aún, la de alguien que, aprovechando su cargo público, le hizo daño a propósito a un conciudadano.

Corruptos y criminales los habrá siempre por desgracia. Lo importante es el antecedente que se creó en la Roma democrática: que quien la hace, la paga. Que existe la justicia en la sociedad que, como dijo Horacio: «La justicia, aunque anda cojeando, rara vez deja de alcanzar al criminal en su carrera».

Parecería, leyendo las noticias que nos han llegado, que hubo bastante corrupción entre la clase política romana, pero, como cuando hablábamos de las cenas pantagruélicas de Roma y como hemos adverido varias veces sobre diversos temas, hay que tener cuidado cuando se estudia la Historia, porque lo que nos ha llegado es precisamente lo que fue noticia. Que un magistrado ejerza su cargo limpia y lealmente no fue ni es noticia y, al no quedar consignado especialmente, no ha quedado constancia o no nos ha llegado a través de los siglos.

Para terminar con la política romana, hemos hablado de las magistraturas ordinarias, pero, en su sabiduría, la tradición romana tenía también al menos

una magistratura extraordinaria: la Dictadura. Era extraordinaria porque no era colegiada, la ejercía solo una persona y esta, durante su ejercicio, no estaba sujeta a las leyes ni podía ser después juzgada por lo que hubiera hecho. Era tan extraña y poco democrática que solo se usó en casos muy excepcionales y, en principio, tenía una duración muy limitada, de un máximo de seis meses. Por eso, cuando un Senado demasiado servil acuñó moneda con el perfil de Julio César, algo nunca hecho en Roma con una persona viva, y después le nombró dictador perpetuo, fue asesinado por los senadores más estrictos; porque el concepto en sí de que alguien gobernara solo y de manera vitalicia, como un rey pero sin llevar ese nombre, era absolutamente aberrante para un romano, al menos para los más conservadores. Bien es verdad que a esas alturas de la historia, intentar gobernar lo que ya era un imperio como si todavía fuera una ciudad-estado era totalmente imposible.

El amigo cordobés Lucano expresó así la necesidad de levantarse contra la tiranía: «Las espadas han sido concedidas para que ninguno sea esclavo».

Por desgracia, la democracia de una ciudad no era apta ni suficiente para gobernar un mundo, y solo la creación del Imperio o Principado de Augusto y el regreso al despotismo tras esos casi quinientos años de experiencia democrática hicieron que la civilización romana durara todavía hasta el año 476 de nuestra era en Roma y hasta la conquista de Constantinopla en 1453 en Oriente, aunque para entonces la grandeza de lo que había sido la idea de Roma fuera casi solo una leyenda.

Entre los dictadores que nombró la República, destaca el afamado ciudadano Cincinato, quien fue designado muy a su pesar dictator en el siglo V a.C. Así, en el 458 antes de Cristo, desesperados por la invasión de los ecuos (una tribu celta), los romanos acudieron por primera vez a una solución extrema: concentrar temporalmente todos los poderes en manos de un solo hombre. Y le eligieron a él por la fama que había adquirido siendo cónsul, por su valor y talento militar y por su amor a la democracia. Cuenta la leyenda que cuando los enviados del Senado llegaron a la pequeña granja que Cincinato poseía al otro lado del río Tíber para comunicarle su nombramiento, el antiguo cónsul se encontraba arando el campo. A la mañana siguiente se presentó a cumplir su deber en Roma y llamó a todos los ciudadanos a alistarse para combatir al enemigo, al que vencieron, parece ser,

en solo dieciséis días. Cumplida su misión, regresó a su arado y devolvió el poder al Senado y al pueblo romano de inmediato.

Unos años más tarde, en el 439 a.C., de nuevo tuvo nuestro héroe que abandonar la granja, esta vez para evitar un golpe de Estado con el que un acaudalado ciudadano quería acabar con la democracia y proclamarse rey aprovechando la escasez de grano y la consiguiente hambruna provocada por él mismo, ya que era el principal acaparador de trigo. Cincinato, dictador de nuevo y a pesar de —según se cuenta— haber cumplido ya los 80 años, también esta vez resolvió la crisis rápidamente. Ajustició al traidor y devolvió de nuevo los poderes a sus conciudadanos para regresar, rechazando todos los honores, a su campo y su cultivo.

La fama de este honrado ciudadano romano es tan grande, que en su honor, en una tierra cuya existencia Roma desconocía por completo, y donde renació la semilla de la democracia, se fundó en 1790, veinticuatro siglos después, una ciudad con su nombre, la actual Cincinnati, en el estado de Ohio, al norte de Estados Unidos.

Hay muchas palabras de la democracia romana que todavía usamos en la nuestra, desde sufragio, como ya vimos, hasta comicios, en latín comitia, plural de comitium, que era el lugar en el foro romano donde se reunía el pueblo en asamblea. También hemos visto plebiscito, la votación realizada solo por la plebe para la elección de tribunos, por ejemplo, o elecciones (electionis). Mi favorita es candidato (candidatus): los postulantes a los distintos puestos públicos vestían durante la campaña una toga blanca, que tenía que estar inmaculada. Blanco en latín se dice también candidus y por eso todavía llamamos candidatos a quienes se presentan a unas elecciones, aunque no vistan de blanco, ni sean blancas sus intenciones.

¹³ Un dineral, posiblemente algo más de cincuenta millones de euros del 2019. (N. del A.).

VIII

iiiNOS CASAMOS!!!

El matrimonio, invento romano muy anterior al cristianismo.

Te puedes casar o quedarte soltero, pero te arrepentirás de las dos cosas.

Petronio, siglo I

—Amor, quiero que nos casemos y seamos felices.

—A ver, decídete.

Anónimo, siglo XXI

SI YA HEMOS HABLADO DE POLÍTICA Y DE LA MUJER, en buena lógica deberíamos continuar hablando del matrimonio, otra costumbre romana en la que se encuentran muchos paralelismos con nuestra época, aunque los hayamos olvidado con el paso de los años.

La palabra matrimonio, de por sí, lleva en su raíz el término mater o madre (matri), porque en él, desde su invención en Roma, estaba implícita la creación de una familia mediante la concepción de hijos legítimos con los mismos derechos que sus padres.

En origen, en Roma solo se podían casar legalmente los ciudadanos romanos entre sí. Mediante ese matrimonio se legalizaba y garantizaba que los hijos nacidos serían tan ciudadanos como sus padres, es decir, mantendrían los derechos de sus progenitores. Eso no quiere decir que los no ciudadanos no pudieran convivir en pareja legalmente, pero su unión no tenía exactamente el mismo estatus, no se consideraba matrimonio. Del mismo modo, los romanos entendían que las parejas de otras razas o culturas también se casaban entre sí, pero como no eran romanos, pues como que su unión no estaba «bendecida» ni era tan molona. El nombre para el matrimonio «mixto» entre ciudadano y extranjero, era concubinato.

Eso de que la ciudadanía se transmitiera solo a través del hijo nacido del matrimonio, y que este solo pudiera celebrarse entre ciudadano y ciudadana romanos, dio con el tiempo bastantes problemas, ya que, por ejemplo, los legionarios pasaban años por ahí por el mundo, terminaban teniendo pareja,

hijos... y esos hijos, al ser, digamos, «mestizos», no heredaban la ciudadanía de su padre. Para ser romano tu padre y tu madre tenían que ser ciudadanos romanos, vaya. Asuntos como este motivaron, por ejemplo, que ya en el 171 a.C. una delegación que representaba a más de 4000 hijos de soldados romanos y mujeres hispanas se presentara en Roma para defender su derecho a no ser considerados extranjeros. Pidieron al Senado una ciudad que pudieran considerar suya y un estatus legal. Les concedieron Carteia (San Roque, Cádiz) y la condición de colonia de latinos, que era lo más parecido a la de romano, a pesar de que al ser hijos de romano con extranjera deberían haberse considerado «simplemente» extranjeros y no latinos.

En la primera Constitución española, la Pepa de 1812, se establecía, además de que la nación española era la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios, que «españoles son todos los hombres libres nacidos y avecindados en los dominios de las Españas y los hijos de estos». Es decir, que el hecho de que solo un progenitor fuera español, ya te daba derecho a la ciudadanía. Actualmente, ser hijo de español o de española, casarte con uno/una o nacer en el territorio nacional te da derecho a ser ciudadano español y europeo. En América Latina pasa algo parecido, nacer en el territorio o ser hijo de mujer o padre nacionalizados, te da derecho a la misma nacionalidad. Como en la Antigüedad estas cosas eran un poco un lío, existían distintos tipos de lo que hoy llamaríamos unión conyugal.

Por ejemplo, el concubinato (*concubinatum*) estaba recogido en las leyes de Augusto sobre el matrimonio, definiéndose como la «cohabitación sin estado marital». En este epígrafe se incluían las uniones «imperfectas» según la costumbre romana, como las que tenían lugar entre un ciudadano y una extranjera o entre un romano y una antigua esclava. También se empleaba para proteger los bienes de los hijos del primer matrimonio, ya que los que hubiera de este segundo affaire no se considerarían herederos legítimos al no descender de un matrimonio sino de un concubinato.

Los esclavos podían de algún modo casarse también entre ellos, su unión, que, obviamente, tenía que ser aprobada por el dueño de ambos, se llamaba *contubernium*, contubernio, que es una palabra en desuso que en nuestro idioma viene a significar, entre otras cosas, una unión ilícita. En Roma sí era legal, y en el caso de que ambos esclavos fueran liberados y pasaran a ser ciudadanos romanos, su matrimonio ascendía de categoría de la misma

manera. Se conservan algunas lápidas en cuyo epitafio se cita abiertamente que tanto quien dedica el monumento como la persona enterrada vivían en contubernio sin que ello, obviamente, fuera ningún escándalo, sino lo que les correspondía legalmente como unión en función de su estado social:

Para Pezusa, peluquera y esclava de Octavia, hija de César Augusto. Vivió 18 años. Filato, el mayordomo de Octavia, hija de César Augusto, hizo este monumento con su dinero para su muy querida contubernal y para sí mismo.

Tener una concubina (concubina también en español) o vivir en contubernio no estaba tan mal visto, aunque uno de los dos miembros no tuviera los mismos derechos ni el mismo estatus que su pareja. El ser una concubina, aunque no era obviamente el equivalente a ser una matrona ciudadana, no tenía el carácter peyorativo que le dieron los años y la religión; de hecho, al igual que el ejemplo que vimos antes sobre la contubernal de Filato, se conservan muchas lápidas en las que se incluye este título para describir a la difunta, acompañado de sinceras palabras de amor del «viudo».

Obviamente, este concubinato era siempre también monógamo; es decir, o se estaba casado o se vivía en concubinato, que según la Lex Iulia dictada por Augusto al principio de nuestra era se definía como «convivencia sin matrimonio». No estaba permitido tener una esposa o un marido y además una concubina o un concubino. La ley también protegía la edad mínima del concubinato, prohibiéndolo si el sujeto era menor de 12 años, que igualmente era la edad mínima para casarse las mujeres.

Hasta san Agustín, padre de la Iglesia del siglo IV, según él mismo nos cuenta en sus Confesiones Libro VI, capítulo XV, tuvo al menos una concubina, y antes de casarse:

Mas yo (...) no pudiendo sufrir la dilación de dos años que habían de pasar hasta recibir por esposa a la que había pedido —porque no era yo amante del matrimonio, sino esclavo de la sensualidad—, me procuré otra mujer, no ciertamente en calidad de esposa, sino para sustentar y conducir íntegra o aumentada la enfermedad de mi alma bajo la guarda de mi ininterrumpida costumbre al estado del matrimonio.

Aunque no se haga mucha publicidad al respecto, el mismo san Agustín defiende que el clero no sea célibe cuando discute con su amigo Alipio, quien le contesta que hay que mantenerse célibe para alcanzar el Reino de los Cielos. Si esa hubiera sido la doctrina, no creo que el cristianismo hubiera

prosperado mucho. San Agustín contesta:

Pero yo le contradecía con los ejemplos de aquellos que, aunque casados, se habían dado al estudio de la sabiduría y merecido a Dios, y habían tenido y amado fielmente a sus amigos. Lejos estaba yo, en verdad, de la grandeza de alma de estos y, prisionero de la enfermedad de la carne, arrastraba con letal dulzura mi cadena.

Al igual que ocurre en todos los temas que se han tratado y tratarán, el matrimonio evolucionó y cambió a lo largo de los años y los siglos en la sociedad romana. Aunque lo normal es que consideremos la antigua Roma como un todo, estamos hablando de una época que duró poco más de mil años, y generalizar diciendo que los romanos hacían esto o aquello a lo largo de toda su historia es tan absurdo como comparar las costumbres actuales de Castilla con las de la época del Cid. Julio Enrique Marx, con respecto al matrimonio, nos dejó algunas frases inmortales como: «El matrimonio es una gran institución. Por supuesto, si te gusta pasar el resto de tu vida en una institución».

Los antiguos romanos, como los griegos y como nosotros, eran monógamos, es decir, solo podían estar casados con una romana a la vez. Y cada romana con su romano. Esto que nos parece tan obvio y que, por supuesto, afortunadamente sigue ocurriendo en nuestra romana sociedad, era entonces una excepción mundial, porque en las civilizaciones antiguas —ya fueran primitivas o desarrolladas—, lo normal era que el varón pudiera tener más de una esposa si se lo podía permitir económicamente y si ambas (o más) mujeres lo aceptaban, como todavía ocurre en el islam, por ejemplo.

Esta monogamia greco-romana puede que tuviera su origen en el igualitarismo que supone la creación de un régimen democrático, como lo eran, al menos en comparación con los demás de su mundo, los de las ciudades griegas o el de la República de Roma. En cualquier caso, esta costumbre romana pasó de manera natural al cristianismo, cuando este se convirtió en la religión del Imperio, y se perpetuó en nuestra cultura occidental, siendo todavía la única forma de matrimonio (*matrimonium*) aceptada en todo Occidente y en todo lo que Occidente colonizó, es decir: la unión legal de dos personas.

Si hubiera permanecido la costumbre judía, que en teoría es precursora de nuestra católica religión, podrían aceptarse en nuestra sociedad casos como los del rey Salomón, quien, según la Biblia, tuvo setecientas mujeres y

trescientas concubinas (Reyes 11-3). Tanta esposa junta debía de ser un lío espantoso para cualquier cosa y asunto (es broma, obviamente). No me quiero imaginar cuando el rey se quedara hasta tarde en el bar... Supongo que Salomón habría suscrito lo que dijo nuestro Groucho: «Siempre me casó un juez: debí haber exigido un jurado».

En el islam, según se dice en el Corán (surah 4, versículo 3), se permite que un varón esté casado con hasta cuatro mujeres simultáneamente. El profeta Mahoma parece ser que tuvo hasta once esposas a la vez, aparte de cuatro concubinas.

Obviamente, la bigamia, o mejor dicho los polígamos, existían en Roma, igual que ahora, pero ese tipo de relación era un delito (también igual que ahora). Gracias a Cicerón, conocemos el caso de un ciudadano romano que dejó esposa e hijo en Hispania (vaya por Dios) y, más tarde, residiendo en Roma, desposó a otra mujer con la que tuvo otro hijo, sin que ninguna supiera nada de la otra. Además, el muy sinvergüenza, tan listo que «en cada puerto tenía una mujer», murió sin testar y ambas matronas reclamaron su herencia y patrimonio, momento en el que conocieron la poca estatura moral de su fallecido y mutuo marido. El juez dictaminó que el segundo matrimonio, por ilegal, no tenía validez, así que la mujer romana ni había estado casada, ni su hijo era legítimo (en cambio la hispana, que también era ciudadana, sí). Menudo escándalo. Según vemos en el código Justiniano, al bigamo, si se le pillaba vivo, se le declaraba infame y se le acusaba de stuprum, delito cuya condena acarrea el exilio y embargo de todos los bienes. El primer matrimonio, por haberse celebrado antes, era el que tenía validez, pero para defender a la segunda mujer, el código dictaba:

Tú (la segunda esposa) no eres responsable de delito, porque te sabías su esposa. Puedes recuperar del gobernador provincial toda la propiedad que perdiste por culpa del falso matrimonio y debe serte devuelto sin demora.

Pero casémonos ya; basta de tanta monserga y preludeo. Para empezar, si queremos realizar los esponsales, tendremos que pedir la mano de/a nuestra pareja. En Roma, al principio, los matrimonios eran cum manu (literalmente, con mano), ya que la novia pasaba de la tutoría o «mano» del padre a la del marido. Este tipo de matrimonio cayó en desuso durante la República y se pasó al más moderno y conocido como sine manu, en el que la mujer disponía de sus bienes y recibía sus herencias, etc., sin estar ya bajo la mano

del padre o marido. Sin o con, todavía «pedimos la mano» cuando nos declaramos, aunque en este siglo se la pedimos a nuestra pareja y no a sus padres. El compromiso o el estar «prometidos» nos viene de la fórmula romana mediante la que se pedía la mano y que, según Harold W. Johnston, era más o menos así:

El novio o el padre/tutor del novio le preguntaba al padre o tutor de la novia:

—¿Prometes que tu hija se entrega para mí como esposa?

Y el padre contestaba:

—Que los dioses nos sean benévolos, la prometo.

Y juntos, padre y futuro yerno terminaban la fórmula (supongo que dándose la mano) diciendo:

—Que los dioses nos sean benévolos.

Y hala, a partir de entonces los novios ya estaban «prometidos». Ahora no tenemos ya la fórmula ni el rito, pero seguimos diciendo igualmente que estamos prometidos aunque suene cursi. En latín «la prometo», como decía el futuro suegro, se dice *spondeo*, palabra que, como veremos, da origen a otras que más o menos seguimos usando. Una vez acordado el matrimonio, se celebraba el compromiso en una fiesta de las dos familias: los *sponsalia* (de ahí, sí, nuestros *sponsales*), en los que reunidos todos en un banquete, novios y respectivas familias, se acordaba la dote y los prometidos intercambiaban regalos, entre los que se incluía un anillo de prometida para la novia. Si lo del anillo de prometida y lo de estar prometido te suena parecido a nuestra forma, digamos, clásica de matrimonio, te aviso que quedan unas cuantas sorpresas similares. ¡Ah, se me olvidaba! a la novia, a partir de la celebración de su compromiso, ya no se le llamaba novia, sino *sponsa*. En nuestros días, esposa.

Por cierto, que esto de la dote, aunque resulte anticuado, estaba todavía en vigor el siglo pasado, cuando evolucionó convirtiéndose en el ajuar (que era algo así como la ropa de cama y mesa que la mujer aportaba al matrimonio), y en los años sesenta del siglo XX en España todavía era tradición, al menos en provincias. De ahí pasamos a la lista de boda en El Corte Inglés y, finalmente, al número de cuenta donde ingresar nuestra participación en los futuros ahorros de la reluciente pareja. La dote en sí, común a lo largo de la historia en casi todas las culturas y civilizaciones humanas, consiste en que la familia de la novia entrega al marido

determinados bienes encaminados en principio a contribuir a los gastos comunes que supone el matrimonio. En Roma ya había cazadotes, es decir, personas que se casaban por interés con ricas herederas o mujeres de gran dote para solucionar sus problemas económicos con los bienes que recibieran al casarse. Me temo que todavía hay chulos así en nuestro moderno mundo, que se aprovechan de mujeres de postín para hacer su agosto (que se lo pregunten a la anciana dueña de L'Oreal), aunque las dotes ya no existan como tales.

Esto de la dote en Roma tenía su lado bueno para la mujer que la aportara, ya que, si era el marido romano el que pedía el divorcio, tenía que devolvérsela íntegra o aumentada con intereses, así por lo menos contaría con medios adecuados para su subsistencia tras la separación. Si el marido no disponía en efectivo del dinero de la dote para su devolución, podía ser llevado a juicio y perder todos sus bienes, o ser obligado a devolver la dote a plazos y con más intereses. Y es que, como decía mi amigo Ángel con más razón que un santo: «Solo una ex es de verdad para siempre».

Si el compromiso se rompía antes de la boda, la parte ofendida tenía derecho a una explicación pública y justa que no dañara la fama del otro contrayente y, a veces, a una reparación en metálico equivalente a la dote, si era la familia de la novia quien incumplía el acuerdo. Se dice que cuando Julio César rompió el compromiso de su hija con Bruto, tuvo que pagar a la familia de este, compuesta entre otros por Servilia, su famosa amante, la cantidad de diez talentos (el equivalente a unos 260 kilos de plata o alrededor de 100 000 €), lo que entonces daba para mucho, y en nuestros días, solo para tapar agujeros. La ruptura de ese compromiso fue uno de los mayores escándalos de la etapa final de la República. Por un lado, César prefirió casar a su hija, por intereses políticos, con Pompeyo, un señor mayor que el propio padre de la criatura. Por otro, ya era vox populi que la madre del novio (que a su vez estaba casada) y César eran amantes (como vimos, parece ser que Tértula, la tercera hija de Servilia, era realmente hija de César) y además Bruto, el hijo de Servilia y su primer marido era, aunque feo, heredero de la mayor fortuna hasta entonces en Roma. Este Bruto fue de los conjurados que terminaron por asesinar a César años más tarde. Rencorosillo el tipo.

La edad para casarse era a partir de los 14 años para los varones y de los 12 para las mujeres, aunque no estaba bien visto que lo hicieran tan jóvenes.

Era obligatorio que ambas partes consintieran libremente, que fueran ambos ciudadanos romanos y que hubieran superado la pubertad. La fecha de la boda tenía que elegirse con cuidado, no debía hacerse en días nefastos, ni el primero o 15 de cada mes, ni en mayo, ni durante las fiestas... El mejor momento era los quince últimos días de junio, ya que se creía que durante el solsticio de verano tenía lugar la época de máximo esplendor de la naturaleza.

La noche antes de la boda, la sponsa que iba a pasar a una nueva familia dedicaba sus juguetes infantiles, su toga de soltera y la bulla —la joya que la había protegido del mal de ojo— a sus lares familiares, que eran los espíritus benignos de todos sus antepasados.

El día de la boda la novia era vestida por su madre con una túnica recta blanca, se cubría con un velo anaranjado (flammeum, de ahí nuestro flamante) sobre el que llevaba una corona de flores y se ataba ritualmente un cinturón con un nudo sagrado que solo podría desatarse por el también «flamante» marido en la noche de bodas. La novia era calzada también con zapatos azafranados y, tras ser peinada en seis trenzas, a imitación del peinado sagrado de las vírgenes vestales, finalmente era cubierta con un velo. Este rito, el de cubrir a la novia con un velo, se expresaba con el verbo nubere y es de donde viene nuestro adjetivo «núbil», que es como llamamos a una persona, especialmente a una mujer, en edad de matrimoniar. Sobre el velo se solía colocar la corona de flores mencionada, prenda que también coronaba al novio y que recordaba a la vez la fecundidad de la primavera y la brevedad de la juventud.

Esto de las flores para la boda ya era un problema en tiempos de nuestros abuelos romanos: ha sobrevivido en un papiro la copia de una carta de la época imperial donde una floristería propone a la madre de la novia —que estaba molesta porque la cosecha de rosas había sido escasa— enviarle 4000 narcisos en vez de las 2000 rosas solicitadas.

Es decir, si no le daría igual para la boda de la niña 4000 narcisos, que rosas no hay. Por desgracia, no sabemos qué contestó la madre y qué flores hubo al final en la ceremonia. (Papiros de Oxirrinco, 331.1–21; *The Oxford Encyclopedia of Ancient Greece and Rome*).

Tras vestirse de manera ritual, la novia acudía en procesión a donde tuviera lugar la boda o, si era en su casa, daba una vuelta ceremonial a la

manzana, precedida por dos niños de la familia cuyos padres aún vivieran, y acompañada por una pronuba (algo así como la madrina), consejera de la novia, quien, para poder cumplir este papel, tenía que estar casada una sola vez y seguir viviendo con su marido. El novio también era acompañado por sus amigos y familiares, pero, como ahora, iba por su cuenta, y se supone que debía esperar a la novia en el lugar donde fuera a celebrarse el rito, siendo el primero en llegar.

Comenzaba la ceremonia tras examinarse los auspicios por parte de los dos paterfamilias, es decir, los futuros consuegros, quienes observaban el cielo y confirmaban que nadie viera pájaros volar hacia la izquierda, lo que se habría considerado de mal agüero (en latín izquierda se dice sinister, y del funesto vuelo por la izquierda viene el carácter «siniestro» atribuido al lado izquierdo y también el dicho popular «pájaro de mal agüero» para referirnos a quien trae malas noticias). En italiano, izquierda sigue diciéndose sinistra, con lo cual, el partido político español llamado Izquierda Unida, si todavía habláramos latín, se llamaría algo así como Siniestra Unida y les votaría aún menos gente, tal vez la familia Addams, los góticos o vete tú a saber. Del mismo modo, todos los partidos de izquierdas de cualquier país serían llamados los «partidos siniestros»... Bueno, volvamos a la boda, que ya empieza.

Salvo en los primitivos matrimonios en la forma de confarreatio, en las bodas romanas sí hay una diferencia respecto a las nuestras, algo que echaríamos de menos si estuviéramos invitados: el sacerdote profesional. En Roma, los padres cumplían labores sacerdotales familiares, y la simple afirmación por parte de los contrayentes de las frases rituales delante de testigos, y delante también de los dioses como testigos, era prueba más que suficiente para oficializar la boda, sin la intromisión de ningún cura ni iglesia en el matrimonio. Como dijo Woody Allen algunos siglos más tarde, «Unos se casan por la iglesia, otros, por idiotas».

La ceremonia comenzaba con la unión de las manos, rito en el que la pronuba (hoy lo hace el padrino, sobre todo si es el padre de la novia), ponía las manos de ella en las de él. A continuación, el novio colocaba un anillo en el dedo anularis (nuestro anular, que quiere decir dedo para el anillo) de la mano izquierda de la novia, ya que se creía que una línea unía directamente este dedo con el corazón, que se sitúa a la izquierda en nuestro cuerpo.

Parece ser que después de ese momento, el marido quitaba el velo a la novia y le preguntaba su nombre, ahora que ya estaban casados.

«¿Cuál es tu nombre?», inquiría levantándose. Ella contestaba: Ubi tu Gaius, Ibi ego Gaia. Que quiere decir: «Donde tú seas Cayo, allí yo seré Caya».

De esta frase tan romántica, profunda y llena de significado, que quiere decir que los dos son uno y el mismo, en el sentido que implica la unión de los contrayentes en un mismo nombre, solo nos ha quedado en nuestro idioma la palabra «tocayo» —tu Gaius—, para indicar que tenemos el mismo nombre que otro.

A continuación, y según el tipo de celebración, se consideraba a la feliz pareja ya recién casada. No sabemos si se besaban o si así lo pedían los invitados, pero el sentido de la frase de tu Gaius significa que la mujer pasaba a la gens, la familia del marido, motivo por el cual todavía en los países sajones, por ejemplo, la esposa pierde su apellido familiar y toma el de su marido. Nuestra reina Isabel la Católica derogó en sus reinos esta fea costumbre, manteniendo la mujer su apellido familiar para siempre, estuviera casada o no, gracias a lo cual las españolas y latinoamericanas, por ejemplo, no pierden su identidad al casarse, como sí hacen las no sé por qué consideradas «más liberadas» yanquis. Con esta cosificación femenina en la que pasan a tener el apellido del marido, como si fueran de su propiedad, asunto con el que tampoco sé por qué nadie se mete nunca. Y, por supuesto, aún extraña más que nadie hable bien de la reina Isabel, quien de esta manera tan eficaz defendió los derechos identitarios de todas las mujeres de sus reinos para siempre.

En fin, en la boda, palabra que por cierto viene del latín vota (voto o promesa), por eso se dice «hacer votos» tras la pronunciación, la pareja saludaba a los invitados, quienes gritaban ¡Felicitas!, que era el nombre de la diosa de la felicidad y la fecundidad.

Groucho recuerda de una de sus bodas: «¡Oh! Nunca podré olvidar el día que me casé con aquella mujer... Me tiraron vitaminas en vez de arroz».

Ya casados, se celebraba el banquete nupcial (cena nuptialis) en una mesa vestida con mantel, platos y cubiertos: ligula —especie de cuchara plana, precursora del tenedor—, cuchara normal y cuchillo, que normalmente no se usaba porque los trozos venían ya cortados desde la cocina. En el banquete

nupcial se servían los platos más exquisitos (como actualmente) que pudiera costear la familia de la novia, que era quien, según la costumbre, lo pagaba (como tradicionalmente ocurre o en teoría debería ocurrir todavía ahora).

La cocina romana era tan sofisticada que nos han llegado los nombres de muchos autores de recetas, como Arquetaastro, Ateneo de Naucratis, Crissipos y, el más conocido, Apicio, de quien conservamos diez libros de recetas culinarias (palabra que viene de *culina*, cocina en latín), lo que le convierte en el Arguiñano de entonces. En Roma había incluso escuelas de gastronomía para futuros cocineros, donde se les enseñaba desde astrología, para saber cuándo era mejor la recolección de determinado producto, hasta diseño de cocinas, para conseguir ventilación y luz adecuadas. Fue famosa la escuela de Sicón, donde se preparaban los «Top Chefs» romanos.

En las comidas, más bien las cenas, siempre se solía combinar queso, verduras y carne o pescado, además de frutas, huevos, pan y dulces. No conocían el azúcar, así que para endulzar se usaba la miel (mel). Las especias, sobre todo la sal y la pimienta, se utilizaban con generosidad, hasta el punto que la pimienta —traída por caravana desde la India— estaba gravada con importantes aranceles de importación y era un producto de lujo en la época imperial. La sal era más importante que ahora, sobre todo porque el principal problema de la cocina romana era mantener comestibles los alimentos en una época en que la refrigeración no existía. Parece ser que hubo un tiempo en el que parte de los emolumentos que se abonaban a los soldados eran en sal, en vez de en dinero (o se les daba un dinero específico para comprar sal), de donde nos quedó la palabra salario (*salarius*) para denominar lo que nos pagan a fin de mes, aunque afortunadamente no nos lo gastemos solo en sal.



Una pareja de antiguos romanos durante su boda. Si el álbum de fotos es carísimo, no me imagino lo que costarían las estatuas de mármol.

Pero volvamos a la boda. El banquete terminaba cuando todos los asistentes compartían el mustaceum, que era como se llamaba la tarta nupcial, hecha entre otras cosas con vino y miel. Después de la comilona todavía había que acompañar a los novios hasta su nuevo hogar. Por el camino los recién casados regalaban nueces y otros frutos secos a los niños que se encontraban por la calle y las amigas de la novia iban cantando y recitando versos más o menos eróticos.

Nuestro Marcial, por una vez, se muestra más recatado en los versos que regala a sus amigos recién casados:

Claudia Peregrina se casa con mi amigo Pudento: que la felicidad del cielo descienda sobre tus antorchas, oh Himeneo. Tan felizmente se une el precioso cinamomo al nardo, los vinos másicos a los panales de Teseo; y los olmos no se enlazan mejor a las jóvenes parras, ni el loto siente más ansia de las aguas, ni el mirto de las riberas. Sincera Concordia reine perpetuamente en su lecho, y que Venus se muestre siempre favorable a esta pareja tan equilibrada. Que ella ame a su marido, un día ya anciano, pero que tampoco a su marido ella le parezca anciana ni aun cuando haya llegado a serlo.

Después de Roma, personajes como Luis de Góngora, Ramón J. Sender o Pablo Neruda, entre otros, han compuesto también algún epitalamio, que es como se llaman este tipo de poesías. Hoy, ya casi ni nos casamos, con lo que de declamar poemas de boda... mejor no hablamos.

Mientras tanto, y camino de la casa de la flamante pareja, cualquiera puede sumarse a la procesión y exclamar ¡feliciter! (el equivalente a nuestro «¡vivan los novios!») o también ¡tallasio!, un antiguo grito romano de celebración del matrimonio, tan antiguo que ni ellos conocían ya su significado (equivalente a himeneo en Grecia). Delante de la novia, un niño llevaba una antorcha ritual que, ya en la nueva casa y apagada, era arrojada a los invitados, quienes se la disputaban como objeto de buena suerte (¿cómo nuestro ramo?).

El novio se adelantaba al llegar al umbral y le entregaba a su mujer ritualmente el fuego y agua del hogar, sobre los que ella ahora mandaba, nombrándola así simbólicamente señora de la casa. A continuación, y para evitar que la novia tropezase al entrar en su hogar, lo que sería de pésimo

augurio, la cogía en brazos y traspasaba la puerta; por eso seguimos llevando en brazos a la novia, aunque ya ni nos acordemos del motivo. Lo que ocurriese en la casa de la pareja feliz ya era solo asunto de los recién casados. Todavía al día siguiente se celebraba otro banquete íntimo, solo para los novios y sus familiares, a modo de reboda. En latín este banquete se llama *repotia*, lo juro.

Woody Allen nos recuerda su primera noche de bodas: «La noche de bodas, mi mujer se detuvo en mitad del acto y se puso de pie en la cama para aplaudirme».

En cambio, Marx nos explica: «He tenido una noche absolutamente maravillosa. Pero no ha sido esta».

El anillo, el vestido blanco, el velo, el banquete por todo lo alto, el ramo/antorcha, lo de pasar en brazos a la novia...qué poco hemos cambiado en dos mil años, ¿no?; una boda romana es lo más parecido a una boda actual. ¿Por qué? Pues porque somos romanos. Tal cual. Lo único que falta son, si acaso, las arras (*arrhae*), que no se sabe si son en origen visigóticas, pero que desde luego son una costumbre española en uso al menos desde el siglo XI. Posiblemente en nuestros días solo simbolizan el dinero o los bienes que el marido se compromete a proporcionar para que ella, su mujer, los administre; en su tiempo se trataba de aportaciones reales en bienes negociables que pasaban del marido a la sociedad matrimonial. Se conserva el contrato de arras realizado entre nada más y nada menos que don Rodrigo Díaz de Vivar y doña Jimena, del año 1077 aproximadamente, del que se incluye aquí un extracto para que no tengas que buscarlo en Google:

En el nombre de la Santa, è indivisible Trinidad, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, Criador de todas las cosas visibles è invisibles, vn solo Dios admirable, y Rey Eterno, como saben muchos y pocos pueden declarar. Yo pues Rodrigo Diaz recibì por mujer à Ximena, hija de Diego Duque de Asturias. Quando nos desposamos, prometí dar à dicha Ximena las Villas aquí nombradas, hazer de ellas escritura (...) Es à saber, la hazienda que tengo en Cavia, con las que tengo en Mazuelo, en Villayzan (...) Todo esto os doy, y otorgo en Arras à vos mi mujer Ximena, conforme al Fuero de León.

Así que hubo un tiempo en que las arras eran algo más que trece moneditas monas que lleva un niño en una cajita el día de la boda. No sabemos por qué son trece, pero mola que se conserven costumbres milenarias. Igual de milenario, aunque se cantó por primera vez, que

sepamos, por Las Shirelles en 1960, es el tema ¿Me seguirás queriendo mañana? La canción empieza con una estrofa digna de un epitalamio:

Esta noche eres mío, completamente
Me das tu amor tan suavemente
Esta noche la luz del amor está en tus ojos
Pero ¿me seguirás queriendo mañana?

Esta canción, cuyo título original *Will you still love me tomorrow?* expresa el temor de todos los amantes tras esa, a veces torpe, primera noche, ha sido cantada (y grabada), además de por Las Shirelles, entre otros por: Linda Rondstadt, Carole King, Norah Jones, Laura Branigan, Neil Diamond, Bee Gees, Brian Ferry, Amy Winehouse o Cher. Si no conoces el tema, lo recomiendo encarecidamente, sobre todo en su versión original. De cuando la inocencia todavía reinaba en la Tierra.

En Roma, a partir del amanecer siguiente al día de la boda, la ahora matrona realizaba y dirigía ya los sacrificios en su nueva familia, pero, sobre todo, se convertía en la dueña absoluta y señora de su casa; respetada también en la calle, ya que las mujeres casadas llevaban la *stola matronalis*, que les garantizaba, entre otras cosas, que les cedieran el paso, un profundo respeto por parte de aquellos con que se cruzasen, un lugar especial en los teatros y los juegos, y muchas otras prerrogativas que se fueron perdiendo. El cumpleaños de la domina era la mayor fiesta familiar anual, y el primer día de marzo se conmemoraba en todo el mundo romano la *Matronalia*, que era el día de la madre, igual que el nuestro. Se celebraba y festejaba a todas las madres, se les hacían regalos, ellas nos regañaban por no llamarlas nunca...

Además de la propia madre, el matrimonio pone a sus miembros a prueba estableciendo nuevos lazos familiares, es decir, te casas con tu pareja, pero te llevas de regalo y en promoción a toda su familia, que, a partir de entonces, también es la tuya, majo. Parece que por aquellos siglos la relación, especialmente con la suegra, podía llegar a ser algo tirante, cosa que, afortunadamente, ya no sucede. Nos lo relata Juvenal, en pleno siglo II de nuestra era, cuando nos explica:

Mientras tu suegra viva, nunca aguardes la paz. Hábil maestra de tu mujer, le enseñará a arruinarte.

La culpa de todo, de las bodas, del día de la madre, de los líos en que nos

metemos... la culpa de todo no la tiene Yoko Ono, a pesar de lo que cantaba Def Con Dos en 1995. La culpa de todo la tiene el amor. Como decía Lennon:

All you need is love, love
Love is all you need.

Los romanos se enamoraban hasta las trancas, igual que nosotros. A veces de quien no debían. Famosos fueron los amores del poeta Cátulo, a mediados del siglo I a.C., con Clodia, mujer de Metelo y hermana de Clodilla, mujer de Lúculo. Es la misma Clodia de los líos en Baiae. Los escándalos de esta moza eran mayúsculos.

Clodia quedó sospechosamente viuda (tras haber cambiado ya a Cátulo por otro compañero de alcoba) y se sabe que también su hermana era de armas tomar, entre otras cosas por su conducta escandalosa, ya que mandaba mensajes a los jóvenes que nadaban en el río junto al Campo de Marte, eligiendo cada día algunos para otorgarles sus favores. Los amores del poeta fueron la comidilla de la ciudad; sus versos, en los que por lo menos no la llamaba Clodia, sino Lesbia, para disimular un poco, eran de lo más empalagosos:

Como las estrellas que, cuando cae la noche,
Contemplan los furtivos secretos de los hombres:
Estos son los besos tuyos
Que bastarían a ese loco de Cátulo;
Tantos que ni los curiosos pudieran contarlos.

Y cuando ella le mandó a paseo, los empalagos fueron aún peores:

Pobre Cátulo, deja de hacer locuras
Y da por perdido lo que ves que se perdió.
En otro tiempo brillaron para ti soles resplandecientes,
Cuando corrías adonde te llevaba una niña
Amada por mí como no lo será ninguna.

Y es que a veces los amores, los no deseados, son un poco una pesadez, como nos recuerda Marx: «El verdadero amor solo se presenta una vez en la vida... y luego ya no hay quien se lo quite de encima».

San Agustín, en cambio, pronunció una de las más grandes frases sobre el amor, frase que ha provocado millones de locuras y una sola excusa, hacer lo

que sea por amor: «Ama y haz lo que quieras».

O, como dijo Cervantes: «El amor nunca hizo ningún cobarde».

La canción principal de la película Don Juan DeMarco, de 1994, se llama ¿Has amado alguna vez a una mujer?, fue número uno durante ocho semanas en Estados Unidos y la interpretaba Bryan Adams con Paco de Lucía a la guitarra. La estrofa más lograda desde mi punto de vista dice:

Cuando amas a una mujer le dices que realmente la necesitas.
Cuando amas a una mujer le dices que ella es la única.
Porque ella necesita que alguien le diga que el amor va a durar para siempre,
Así que, dime, ¿realmente alguna vez, de verdad, realmente,
has alguna vez amado a una mujer?

También en esa misma película, que por cierto dirigió Coppola y que fue protagonizada por Marlon Brando, Faye Dunaway y un joven Johnny Depp, se decía una frase que merecería estar grabada en mármol en todas nuestras plazas, como la máxima ley de nuestra civilización:

En la vida solo hay cuatro cuestiones importantes: qué es lo sagrado, de qué está hecha el alma, para qué vale la pena vivir y para qué vale la pena morir. Para las cuatro hay una sola respuesta: el amor.

Y es que todos hemos hecho alguna vez locuras por amor. Como dice Emeli Sandé en la canción de David Guetta del año 2015:

Duele, pero recuerdo cada cicatriz.
Y he aprendido
Que vivir es la parte más dura.
No puedo creerme lo que hice por amor.

Como dijo el poeta chileno y romano Pablo Neruda (1904-1973): «Si nada nos salva de la muerte, al menos que el amor nos salve la vida».

El problema es que las bodas, al menos las de la clase alta, solían ser concertadas, y así pasaba, que a veces no había tanto amor y las cosas terminaban regular. Se supone que los casados se debían el uno al otro fides, fidelidad, y era el deber de los dos mantener las alianzas políticas de ambas familias y, por ejemplo, comportarse correctamente en público, para no disminuir la dignidad de la otra parte de la pareja. Los esposos eran compañeros, si no en el amor, en la vida pública. Las niñas «ricas» eran educadas para cumplir con los ritos del matrimonio en función de los intereses de la familia. El no poder elegir marido era una contrapartida a la

«buena vida» que se supone habían llevado durante su infancia.

Cuanto menos interés en la política tuviera la familia o de menor clase social fuera, más libre era la mujer tanto para elegir pareja como para ejercer la profesión de su preferencia. Además, eso de casarse por conveniencia podía tener como consecuencia que no te gustara nada tu pareja o que el marido previsto fuera más bien feo, como nos recuerda Marx que en una ocasión le sucedió a él: «Cásate conmigo y nunca más miraré a otro caballo».

De todas formas, y aunque no estuviera muy bien visto que los matrimonios expresaran en público su cariño mutuo, nos han llegado pruebas de que incluso en algunas bodas concertadas existía amor entre las partes, como podemos ver en las cartas que Ovidio envió a su esposa, o en el caso de Plinio el Joven, que estando ella de viaje, le escribe a su amada mujer:

Te echo muchísimo de menos. No solo ni simplemente porque te quiero. Las razones son muchas más, también es porque no estamos acostumbrados a estar separados. Por eso paso la mayor parte de la noche perseguido por tu imagen. Por eso mis pies me llevan por su cuenta a tu habitación en las horas en que solía frecuentarte.

Normalmente, y si podían permitírselo, marido y mujer no compartían habitación, salvo para hacer el amor. Como el objetivo primordial del matrimonio era el de obtener un hijo, un heredero (obviamente solo entre las clases más pudientes), a veces la relación se enfriaba después de haber cumplido esa misión o si la pareja resultaba estéril. El jurista Ulpiano (170-228 d.C. más o menos) ya comentaba: «No es el sexo, sino el afecto, lo que hace a un matrimonio».



Mujer romana amamantando a su hijo. Pintura al fresco encontrada en Pompeya. Museo Arqueológico de Nápoles.

Así que a veces la rutina y la falta de atracción provocaban que los matrimonios pudieran fracasar. Lo dijo Woody Allen: «Algunos matrimonios acaban bien, otros duran toda la vida».

Las peleas conyugales entre Quinto, hermano de Cicerón, y su esposa Pomponia Ática nos han llegado en las cartas de él y nos suenan muy modernas, como cuando Pomponia le dijo a Quinto en plena cena delante de invitados: «Me siento como una extraña en mi propia casa». Y Quinto contestó soltando la cuchara: «Ya veis, esto es lo que tengo que soportar cada día». Después de 25 años de discusiones, por fin se divorciaron. Se comenta que Quinto decía que lo mejor de su matrimonio con Pomponia era que, al menos, no había tenido que compartir su cama.

En cambio, el mismísimo san Agustín, doctor y padre de la Iglesia, se duele de lo mucho que le atrae el sexo dentro de su matrimonio:

(Me) movía sino muy débilmente aquello que hay de decoroso y honesto en el matrimonio, como es la dirección de la familia y la procreación de los hijos; sino que a mí, cautivo, me atormentaba en gran parte y con vehemencia la costumbre de saciar aquella mi insaciable concupiscencia.

Es decir, que se sentía atraído por su mujer, menos mal. Hay gente en el clero que lo ha hecho bastante peor.

Lucrecio, en el siglo I antes de Cristo y en su escrito *Porque engendra cariño el mucho trato*, nos recuerda que muchos matrimonios concertados terminaban con la pareja más que enamorada:

Venus los junta con ansiosos lazos
Cuando en el seno del placer sus miembros
En licor abundante se derriten
Conmovidos en fuerza del deleite;
Si en el amor feliz hay tantas penas,
Innumerables son las inquietudes
De un amor desgraciado y miserable.

Entre las clases altas estaba mal visto que la mujer fuera celosa con las relaciones extramatrimoniales de su pareja. De hecho, no se consideraba que ninguno de los dos cometiera adulterio si la relación con el tercero era con

personas «permitidas» o sexualmente disponibles. Plauto, ya en el siglo III a.C., en boca de uno de sus personajes nos explica con quién se puede echar una cana al aire:

Nadie te prohíbe ir por la vía pública, mientras no atraveses campos vallados. Mientras te mantengas alejado de esposas, doncellas y jovencitos, ama lo que quieras.

Es decir, que mantener sexo con prostitutas, esclavas o mujeres y hombres, digamos, «disponibles» no debía causar celos a la matrona. La mujer de un Escipión manumitió a la muerte de este a la esclava «favorita» de su marido, aduciendo, según Valerio Máximo (escritor en el cambio de era), que le hubiera parecido inapropiado (a la esposa) llamarle la atención a su cónyuge, conquistador del mundo, por una frivolidad.

Plutarco en su obra *Moralia*, del siglo I de nuestra era, aconseja a las esposas no enfadarse si el marido tiene alguna aventurilla, obviamente siempre y cuando sea con una mujer de inferior clase. También hay que tener en cuenta que los hombres podían pasar años antes de volver a casa, así que ambos cónyuges hacían la vista gorda —especialmente la mujer acerca del marido—, siempre y cuando no resultara escandaloso el asunto. Como dice el refrán: «Amor de lejos, felices los cuatro».

Por eso Octavia, mujer de Marco Antonio (y hermana de Augusto), no tenía celos de Cleopatra, porque, aunque esta fuera reina, al no ser romana era inferior a ella, y no pondría en peligro su matrimonio con el triunviro ni la herencia de sus hijos. Incluso cuando Cleopatra y Marco Antonio llegaron a casarse según el rito egipcio, Octavia no se preocupó, ya que para ella ese rito era como una broma, como si se hubieran casado en Las Vegas, pues no tenía validez ni legalidad en el mundo romano. Pero como dijo Cervantes algunos siglos después: «Puede haber amor sin celos, pero no sin temores».

De hecho, el matrimonio de Octavia y Marco Antonio finalmente se fue al garete y la relación amorosa de él y Cleopatra, tal y como la contó Shakespeare alrededor de 1608, se considera todavía una de las mayores pasiones de la historia.

Shakespeare se basó en Plutarco y, después, en el bardo inglés se basaron decenas de obras, como la película de 1972 *Antonio y Cleopatra*, protagonizada por Charlton Heston, Hildegard Neil como Cleopatra y una sorprendente Carmen Sevilla como Octavia.

La otra película famosa sobre Cleopatra, la protagonizada por la eterna

Elizabeth Taylor y Richard Burton, que dirigida por Mankiewicz obtuvo cuatro Óscar en 1963, casi lleva a la quiebra a la 20th Century Fox. Una producción que en principio iba a ser un remake de la versión de 1934 de Cecil B. De Mille, con dos millones de dólares de presupuesto, al final costó 44 millones de entonces y tardó más de 14 meses en rodarse. Se hizo un montaje de seis horas de película que no ha podido recuperarse (menos mal), pero se restauró uno de cuatro. Francamente, no me imagino —y mira que a mí me gusta el tema— estar seis horas sentado en el cine viendo una peli. Ni de romanos. Ya puede haber palomitas, ya...

En la obra de Shakespeare, unas frases de Cleopatra atraviesan la eternidad, ironizando sobre el hecho de que su historia de amor se convirtiera con el paso de los siglos en una pieza de teatro:

Antonio
Será representado borracho,
Y yo veré
A algún chillón joven hacer
De la grandeza de Cleopatra
La pose de una prostituta.

Hay que recordar que en el teatro inglés de la época de Shakespeare (no así en el teatro español, por supuesto), los papeles de mujer los representaban jóvenes actores varones. Por cierto, que del marido de Josefa Vaca, famosa actriz del mismo siglo en España, dijo un verso el duque de Medina, viéndolo muy bien vestido y con una cadena de oro:

Con tanta felpa en la capa
y tanta cadena de oro,
el marido de la Vaca
¿qué puede ser sino toro?

Que el marido aceptara la infidelidad de su mujer no estaba bien visto ni en el Siglo de Oro ni en el primero de la era, como nos recuerda Marcial: «A tu mujer, Caridemo, tú sabes, y lo consientes, que se la beneficia un médico: admítelo, quieres morir sin fiebre».

En la práctica, de la historia de Roma nos han llegado bastantes ejemplos de casos de cuernos en los que, normalmente, se hacía la vista gorda por ambas partes. Sobre las mujeres casadas «liberadas» Juvenal llegó a decir que vivían como vecinas de sus maridos. Nuestro amigo de Calatayud, Marcial,

cita algún caso concreto, como aquel en el que abre los ojos al marido sobre lo que realmente está ocurriendo entre su esposa y el administrador de los bienes de esta:

¿Quién es el hombrecillo de cabello rizado que está siempre al lado de tu esposa y susurra incesantemente cosas en su oído, con el brazo derecho sobre el respaldo de su silla? ¿Dices que se ocupa de los asuntos de tu esposa? ¡Oh, sí! Es ciertamente un hombre recto y digno de confianza, cuyo rostro delata al administrador. ¿De modo que se ocupa de los asuntos de tu esposa? ¡Ay, estúpido!, es de tus asuntos de lo que se está ocupando.

Esto de los administradores/amantes de cabellos rizados debía de ser algo contagioso o preocupante en Roma, porque Séneca también relata un caso similar y el mismo san Jerónimo, tres siglos más tarde, recomienda a las mujeres cristianas que no sean vistas en público con administradores de pelo rizado. En serio.

Las hermanas Andrew y Bing Crosby cantaban, allí por 1950, eso de:

No me hagas preguntas y no te diré mentiras.

Y es que ojos que no ven, corazón que no siente. El adulterio durante los primeros setecientos años de la historia de Roma era, aunque ilegal, un «asunto privado», algo a dirimir dentro del matrimonio, pero con el cambio de era se legisló como crimen público, allá por el año 17 a.C., a través de la Lex Julia de Adulteriis Coercendis, dictada por Augusto. El marido de la adúltera podía matar legalmente al amante de su esposa (aunque no hay constancia de que esto sucediera jamás) y quedaba obligado a divorciarse de ella (si no lo hacía, sería acusado de lenocinium, es decir lenocinio); el marido «infamado» disponía de un máximo de 60 días para presentar pruebas en contra de la esposa adúltera. La intención de esta ley no era limitar el número de adulterios, sino más bien reencauzar las conductas libidinosas para mantenerlas dentro de lo moralmente aceptable.

Pero la letra de la ley decía barbaridades como que, si el adulterio era cometido en casa del padre de la novia o en la del matrimonio, y la pareja era sorprendida por el padre de la adúltera, este, en teoría, podía matar a la hija y al amante. Si solo mataba al amante y perdonaba a su hija, el padre de la mujer, descubridor de la relación ilícita, podía ser acusado de homicidio. No nos consta ningún caso, bien porque no han llegado noticias hasta nuestros

días o porque los amantes eran muy discretos o porque la ropa sucia se seguía lavando en casa, por mucha ley de Augusto que hubiera. Al fin y al cabo, todavía en el 2014, la canción de Sam Smith No soy el único nos habla de lo que duele la traición de la pareja, demasiado como para que además se haga pública:

Tú y yo hicimos un voto
Para lo bueno y para lo malo.
No puedo crearme que me engañes,
Pero la prueba es la manera en que duele.

Las sanciones para una mujer culpable de adulterio eran la confiscación de la mitad de su dote y de la tercera parte de sus bienes, así como el exilio en alguna isla desierta. También se le prohibía volver a casarse y pasaba a ser considerada «infame». En el caso del hombre, se le confiscaba la mitad de sus bienes y se le condenaba al exilio, con lo cual también perdía hasta su carácter de ciudadano.

Esta ley nos puede parecer anacrónica y primitiva, pero ya no nos acordamos de que, hasta 1963, en nuestra bonita España el marido también tenía derecho a matar a la mujer y a su amante en caso de adulterio. Hoy nos parece una burrada, pero esto estaba permitido hace medio siglo en nuestro país. Finalmente, el adulterio dejó de ser ilegal en España en 1978. En México, por ejemplo, no se despenalizó hasta el 2011, aunque para entonces ya no tenía importancia jurídica. En lugares como Irán, donde la ley islámica gobierna, la condena a una mujer adúltera sigue siendo la muerte, en este caso por lapidación pública, algo bastante más salvaje que la ley romana. Por cierto, en Irán no existe el adulterio masculino —es decir, que un tío puede tener amantes fuera del matrimonio y no pasa nada—, (salvo que el adulterio sea con otro hombre, ya que la homosexualidad también es delito en ese extraño país dirigido por clérigos barbudos), pero si es ella la que se «distrae» hay que lapidarla. Y esto pasa hoy en nuestro planeta. Y no hay manifestaciones nunca en la puerta de la embajada de Irán. Y las feministas no se ponen chapitas que digan «No al imán». Ni nada de nada de nada.

Augusto, tal vez como castigo del karma por haber sido tan pacato en la redacción de la ley, se vio obligado a aplicarla sobre su hija y sobre su nieta (lo cual fue un escándalo de aúpa en todo el Imperio), ambas adúlteras probadas, exiliándolas a cada una en su momento a sendas islas y

demostrando así que la ley romana era igual para todos. *Dura lex, sed lex* — ley dura, pero ley—.

En nuestra Hispania, y salvo en el periodo de la Segunda República, hubo que esperar a 1981 para tener una ley de divorcio que permitiera legalmente terminar las uniones matrimoniales; únicamente la parte «civil» de las mismas, ya que la Iglesia supone irrompibles los matrimonios realizados ante ella, por aquello de que «lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre», frase y oposición al divorcio que siguen manteniendo, por inútil que parezca. En cualquier caso, con mucho dinero, padrinos y tiempo, la Iglesia, con su tribunal de la Rota, sí admite la nulidad matrimonial; la dictada por ellos, claro. Chile fue el último país de Latinoamérica en dictar una ley de divorcio, en 2004.

En la Europa moderna, fue el código francés de 1804 quien nos devolvió el derecho que teníamos desde siempre en la Roma antigua. Malta, en el 2011, fue el último país europeo en publicar una ley de divorcio. Muchos años antes, las romanas ya podían divorciarse de sus maridos sin tener que dar explicaciones a nadie ni hacer públicos sus motivos. La ley de Augusto, del siglo I a.C., admitió que la mera voluntad de uno de los cónyuges, sin importar quién, hombre o mujer, era suficiente para que el divorcio fuera efectivo. Lo único que exigía esa ley era que la voluntad de la separación fuera afirmada ante siete testigos y que se notificara tal deseo al otro cónyuge mediante mensajero y por escrito. En las leyes romanas, se tipificaba el divorcio según su causa:

- Divortium ex iusta causa*: como, por ejemplo, aduciendo adulterio. De la mujer o del marido.
- Divortium bona gratia*: por causas no imputables a la voluntad de ninguno de los cónyuges (impotencia, etc.).
- Divortium sine causa*: cuando alguno de los cónyuges pedía el divorcio sin querer aducir motivo concreto.
- Divortium communi consensu*: de mutuo acuerdo, como ahora, el más habitual. Mejor quedamos como amigos...

Además, en esas leyes se protegían los bienes de la mujer, a quien obligatoriamente le serían restituidos en su totalidad tras la ruptura matrimonial, salvo parte de la dote en el caso de que ella fuera quien hubiera

pedido el divorcio. Otra parte de la dote también quedaba en manos del marido en el caso de que los hijos habidos en común permanecieran a su cargo (que parece era lo habitual entonces), pero generalmente la dote tenía que ser devuelta a la mujer tras el fin del matrimonio.

El marido, además de encargarse de conservar la dote o invertirla, en ningún caso podía disponer libremente de los bienes de su mujer, no estaba autorizado a administrar ninguna propiedad que ella tuviera en Italia ni a hipotecar alguna que su señora tuviera en provincias del Imperio. Para que las propiedades de la mujer no pasaran a ser gananciales, ella simplemente debía mantener el rito de ausentarse tres días consecutivos cada año de su casa (*trinoctium*) y así podía seguir disponiendo libremente de ellas. Juvenal confirma la veracidad de que las mujeres mandaban sobre sus bienes cuando, en tono crítico, afirma:

El marido no puede dar nada sin el consentimiento de ella, no puede vender nada si ella se opone, no puede comprar si ella no quiere.

El mismo Juvenal pone en otra ocasión, en boca de una mujer casada, una frase que han oído millones de maridos desdeñados desde entonces cuando, finalmente, y después de muchos enredos y sospechas, la mujer decide pedir el divorcio y le confiesa estar enamorada de otro: «Puedes gritar y remover cielos y tierra. Soy humana».

Alaska y Dinarama, en 1987, cantaba eso de Sospechas, donde se decía:

No voy a seguir tus pasos, no importa el pasado ya.
Río por no llorar. Me has fallado.
Perder no es lo que me asusta, quiero saber quién fue.
Confiesa de una vez.

También nuestro Marcial nos explica en este curioso epigrama cómo se siente uno ya después, cuando descubre que está mejor solo que mal acompañado:

Podría pasar sin tu rostro, sin tu cuello, sin tus manos, sin tus piernas, sin tus tetas, sin tu culo, sin tus caderas y, para no cansarme enumerando cosa por cosa, sé que podría, Cloe, pasar sin ti toda entera.

La fórmula escrita con la que se pedía el divorcio decía: *Tuas res tibi agito*, que quiere decir «Coge tus cosas». Y la otra parte contestaba también

por escrito cuando se marchaba del hogar conyugal: «Dejo tus cosas contigo» (Tuas res tibi habeto), indicando que no se llevaba nada que no fuera suyo. Normalmente la mayoría de los divorcios eran de común acuerdo, y parece ser que ya entonces había quienes se dolían del número y facilidad de las rupturas matrimoniales. El cordobés Séneca se escandalizaba:

No hay mujer que se ruborice por haber roto su matrimonio, ya que las damas más ilustres han tomado por costumbre llevar la cuenta de los años, ya no por los nombres de los cónsules, sino por los de sus maridos. Se divorcian para casarse, se casan para divorciarse.

Es evidente que nuestro filósofo andaluz favorito exagera en este caso, pero su digresión nos muestra que el divorcio era tan común en la Roma imperial como lo es ahora en nuestro siglo, con un largo paréntesis de miles de años en el que la mujer no podía repudiar a su marido, por bruto o merluzo que este fuera. Groucho Marx, por su parte, tiene su propia fórmula para evitar que aumente el número de divorcios:

Conozco a centenares de maridos que serían felices de volver al hogar si no hubiese una esposa esperándoles. Quiten a las esposas del matrimonio y no habrá ningún divorcio.

Volviendo a las bodas, tampoco estaba muy bien visto que los señores mayores hicieran públicos y notorios sus amores con chicas jóvenes, algo que parece ser sucedía por aquel entonces; por ejemplo, Cicerón, tras divorciarse de Terencia, quien por su parte se casó felizmente otras dos veces, contrajo matrimonio a los 63 años con una jovencita de 17. Sus amigos le preguntaron, criticándole el día de la boda, por qué no había preferido una viuda o una mujer de su edad con más experiencia para sus segundas nupcias en vez de una jovencita que no la tuviera. A estos reproches parece ser que el insigne orador respondió: «No os preocupéis, mañana ya será una mujer experta».

A lo que la tal jovencita seguramente añadió: «Menos lobos, Cicerón». Pero esa respuesta no nos ha llegado. Tampoco hay que tomarle a mal la bravata a Cicerón, quien siempre tuvo la lengua muy afilada, lo que a la postre le costó la vida.

Además, al fin y al cabo ese matrimonio le duró solo un rato, porque no fue capaz de mantener la paz en su hogar. Y es que, a veces, hay que saber

quién dirige la familia y quién manda en casa, como bien explica Woody Allen: «En mi casa mando yo; mi mujer simplemente toma las decisiones».

El párrafo más bonito, a mi entender, escrito por un romano para definir el sentido eterno del matrimonio, salió de la pluma de san Próspero de Aquitania, que alrededor del 420 de nuestra era se dirige así a su esposa:

Procurad reprimirme si el orgullo me levanta. Sed mi consuelo en medio de mis penalidades. (...) Cumplid conmigo los deberes que yo estoy obligado a cumplir con vos. Velad por quien está obligado a velar por vos. Levantadme si caigo. (...) No nos contentemos de formar los dos un solo cuerpo; seamos también una sola alma.

No queda nada que añadir.

IX

DERECHOS COMO VELAS

El Derecho, nuestros derechos y nuestras leyes
nos los dieron los abuelos romanos.

Por derecho natural, todos los hombres nacen libres.
Ulpiano, siglo III

Un buen abogado conoce la ley. Un muy buen abogado conoce al juez. El
mejor
abogado conoce a la amante del juez.
Anónimo, siglo XXI

NO VAMOS A REPASAR EL DERECHO ROMANO, base de nuestro sistema judicial y del de medio mundo, porque bastante lo han sufrido los estudiantes de abogacía con la difícil y enorme asignatura de mismo título. Intentaré que este sea un capítulo entretenido a pesar de su encabezamiento, porque no podemos realizar ese resumen de las similitudes entre nosotros y Roma sin, por lo menos, acercarnos al enorme peso que tuvieron y tienen todavía los conceptos jurídicos romanos en nuestra sociedad moderna y democrática.

Lo que nos une a todos los romanos de todos los hemisferios es el respeto a la ley y el tener los mismos derechos, que están por encima de nuestras razas, idiomas e incluso banderas. Las leyes romanas son la base que sustenta nuestra sociedad.

Entrando en materia (que por cierto en latín quiere decir madera), si asistiéramos a un juicio en la Roma del siglo I antes de Cristo, salvo porque todo el mundo llevaría toga blanca en vez de negra, y posiblemente se celebrase al aire libre (para que Júpiter y el cielo pudieran ver la justicia que se impone), no notaríamos muchas diferencias con cualquier otro celebrado ayer mismo en cualquier país democrático del mundo.

Habría un juez, un jurado más o menos numeroso, un abogado que actuaría como fiscal o acusador, otro que actuaría como defensor, testigos,

pruebas, interrogatorios... El ciudadano acusado y quien le acusase completarían la escena. Si el jurado no considerase totalmente probada la culpabilidad del reo, emitiría un voto de absolvo, o absolución, porque gracias a los romanos la Justicia (Iustitia) te considera inocente hasta que se demuestra lo contrario o, como decían ellos: *In dubio pro reo*, que, como todos los abogados saben, quiere decir que, en caso de duda, el fallo es a favor del reo y prevalece por tanto la presunción de inocencia.

Los jueces romanos eran magistrados electos, es decir, ejercían una de las altas magistraturas de la República; primeramente los cónsules y más tarde los pretores eran realmente quienes presidían los tribunales de Roma. Desde Montesquieu, el poder judicial está separado del ejecutivo y no lo ejercen personas con responsabilidades gubernamentales, pero, de todas formas, por el respeto que merecen y porque somos romanos, todavía llamamos magistrados a nuestros jueces.

Los romanos, como nosotros, creían que existen derechos anteriores a ninguna ley y que estos son naturales del hombre. Las leyes de cada civilización son las que ordenan esos derechos para que todos los ciudadanos de una sociedad sean tratados de la misma manera. Estas leyes evolucionan con el paso del tiempo para intentar responder a los conflictos que puedan suceder dentro de esa sociedad, y son los ciudadanos, junto con los juristas, quienes las hacen progresar. No así los derechos, que son fundamentales, eternos e inherentes a las personas. Por eso, y como ejemplo, los incipientes Estados Unidos, allá por el siglo XVIII, primero proclamaron los «derechos del hombre» y luego su Constitución, sus leyes, del mismo modo que los derechos eran para los romanos en origen, primordialmente, morales y naturales, mientras que las leyes son producto de la sociedad. Cicerón en su libro *De las leyes* lo explica así:

Nosotros por ninguna otra norma sino la de la naturaleza podemos distinguir una ley buena de una mala. Y no solo son discernidos por la naturaleza el derecho y la injusticia, sino absolutamente todas las cosas honestas y torpes. Porque también la común inteligencia nos ha hecho notorias esas cosas, y las ha incoado en nuestras almas, para que las honestas sean puestas en la virtud, las torpes en los vicios.

En la primera ley escrita que se ha conservado de Roma (no directamente, sino en citas de otros autores), que conocemos como «de las XII tablas», se incluyen varios principios fundamentales que todavía aplicamos. En primer

lugar, el simple hecho de que las leyes queden por escrito, para que todo el pueblo pueda conocerlas y nadie cambiarlas a su antojo y así no estén expuestos los ciudadanos al albedrío de los jueces. En Roma, de hecho, las leyes se grababan en planchas de bronce y eran colgadas en las paredes del foro. El que las leyes fueran públicas y escritas era tan importante que, aunque hubieran sido aprobadas por la Asamblea o el Senado, no entraban en vigor si no habían sido publicadas, digo inscritas.

Las Leyes de las XII tablas estaban inspiradas en el principio jurídico de «dar a cada uno lo suyo» o retribuírselo en caso de haberlo perdido, y proclamaban la prohibición de cualquier privilegio ante la ley. Son principios tan básicos que todos estamos de acuerdo en ellos, pero la primera vez que se escribieron fue en Roma.

A nada que escarbemos en la palabra «privilegio», vemos que quiere decir «privada ley», por lo tanto, la novedad en Roma y en su derecho civil es que, bajo una ley única e igual para todos los ciudadanos, nadie tenga una «ley privada» para sí mismo. Nadie tenga privilegios. Todos los ciudadanos sean iguales ante la ley o, como dijo Cicerón: «Somos esclavos de la ley, para poder ser libres».

En la ley romana ya se diferencia entre conflictos jurídicos entre el Estado y uno de sus miembros (como en los casos de traición o malversación) y conflictos suscitados entre los miembros de la comunidad, incluyendo a los extranjeros residentes o de paso por territorio romano que, aunque no sean ciudadanos, gozan de una serie de derechos digamos también naturales. Esta diferenciación entre crímenes contra el Estado o contra otro ciudadano todavía existe en nuestro Derecho y sirve para ordenarlo. No es lo mismo, siendo ambos por igual delitos, aquel que se realiza contra la totalidad de la sociedad, como el terrorismo, que el que se comete contra otro miembro de la misma, como el robo de un coche; por lo tanto, deben de ser juzgados de distinta manera. Igual ahora que en la antigua Roma.

Las condenas en el caso de delitos contra el Estado en la República romana casi siempre consistían en el destierro del infractor, exilio que incluía la pérdida de ciudadanía y la desgracia para su familia, cuyos miembros también dejaban de ser ciudadanos de pleno derecho. Además, y por si fuera poco, la pena acarreaba normalmente el embargo de todos los bienes del condenado.

Para el conjunto de la ciudadanía romana, una persona que ha delinuido contra la sociedad, contra Roma, no merece ya ser parte de ese colectivo contra el que ha atentado y debe ser alejada y extirpada de la comunidad.

Esta ley, por desgracia, la hemos ido suavizando, y por eso ahora resulta «tan barata», por ejemplo, la malversación de caudales públicos o la corrupción contra el Estado y, a pesar de juzgar y condenar a personas que aprovechando su cargo público se lo llevaron muerto, el dinero nunca vuelve a las arcas de la administración. Por otra parte, la reinserción no es un concepto muy romano y, además, en Roma es evidente que un condenado por corrupción no podría reincidir, porque no sería jamás apto para otro cargo público. Por eso, y al menos en teoría, la condena en Roma era de por vida.

Con respecto a las penas de cárcel, parece ser que durante la República, en Roma capital existía una sola y pequeña cárcel, la de las latumiae, al pie del Capitolio, con unas cuantas celdas sin cerrojo que casi no se utilizaban. Era así porque, junto con la pena de muerte para ciertos delitos extremadamente graves, la mayoría de los castigos consistían en la retribución del mal causado, incluso mediante «el talión», pero, sobre todo, porque la mayor pena se consideraba la pérdida no ya de la fama, es decir, la infamia, sino la expulsión de la sociedad, que era la sentencia general para los criminales. El grado sumo de esta expulsión no era solo el destierro, también podía condenarse a alguien a la esclavitud o ser declarado hostis, enemigo; caso que, además de la negación de fuego y agua en el territorio digamos nacional, llevaba aparejado el sambenito de que cualquier romano debía matar impunemente al criminal, si se lo encontraba.

Cuando el rey Alfonso VI ordenó el destierro del Cid Campeador, le negó también fuego y agua y lo declaró enemigo, igual que hacían los romanos, como podemos ver en el Cantar de Mío Cid:

Que a Mío Çid Ruy Díaz que nadi no l' diessen posada,
E aquel que ge la diesse sopiesse vera palabra
Que perderie los averes & más los ojos de la cara.

Aunque parece que lo de la jura de Santa Gadea no fue para tanto, y a Rodrigo Díaz le exiliaron realmente dos veces; la primera, por quedarse con dinero de unos impuestos reales que había ido a cobrar, pero eso es otra historia.

Otra figura jurídica que ya existe en el Derecho romano, y que afortunadamente seguimos teniendo, es la posibilidad de apelación; si un reo pensaba que había sido condenado injustamente, podía apelar al pueblo, o más exactamente a la asamblea del mismo reunida, y exponer su caso.



Relieve en marmol que representa un actio, la forma romana de aceptar y comenzar un juicio. El concepto variaba según el tipo de procedimiento en que las partes se veían envueltas.

De cualquier forma, todos los derechos solo estaban plenamente vigentes en las ciudades, que es donde están garantizados porque existe una sociedad que los respalda. En el campo las leyes eran más difíciles de aplicar y, normalmente, era necesaria la fuerza para ejecutarlas. Las ciudades, desde sus orígenes, son los lugares donde el hombre puede ser más libre, por estar allí más protegidos sus derechos; por eso, cuando alguien queda fuera de la ley, lo normal es que se eche al monte. Por ejemplo, un magistrado que dirigiera un ejército en una provincia tenía derecho de vida y muerte sobre sus huéspedes y enemigos, por eso sus lictores llevaban un hacha entre las fascas, para avisar. Ese poder, ese imperium, solo tenía efecto mientras el general estuviera fuera de Roma, pero incluía, por ejemplo, la prerrogativa de no ser juzgado por ningún motivo mientras estuviera en campaña. En el instante que cruzaba el Pomerium o límite sagrado de la ciudad y entraba de nuevo en Roma, perdía esos «poderes especiales» y ya podía ser acusado de cualquier delito, incluso de alguno en el que hubiera incurrido durante su imperium.

Julio César en *La guerra de las Galias* se queja de verse continuamente empujado a luchar contra tribus que habían firmado previamente tratados con él. Julio, romano como era, no podía entender que los jefes de otros pueblos incumplieran lo escrito y faltaran a la *fides* —desde su punto de vista romano y civilizado— ni ver cómo escupían esas tribus sobre su propia ley sagrada, ya que sagrado era para un romano el carácter de un tratado. Al fin y al cabo, entonces se pensaba que los dioses sancionaban las leyes de sus pueblos.

Los romanos fueron quienes inventaron el concepto de declaración de guerra, que para llevarse a cabo tenía que estar basada en una causa justa, *casus belli* (literalmente, motivo de guerra), ser proclamada por un sacerdote, el *pater patratus*, y, además, realizarse bajo la ley y la justicia, tal y como ahora la Convención de Ginebra actúa de ley entre los contendientes de un conflicto bélico, al menos en teoría. Por ejemplo, sería injusto seguir atacando a un enemigo que ya no se defiende o que ha proclamado su rendición. Eso constituiría un sacrilegio y la guerra entonces dejaría de ser justa.

Cuando acababa una batalla, el general romano establecía un contrato con los vencidos en términos muy variables. Las condiciones podían suponer desde la esclavitud de los supervivientes, por ejemplo en el caso de que la ciudad derrotada hubiese asesinado previamente a ciudadanos romanos indefensos, hasta la recuperación de la autonomía de la ciudad ocupada. En cualquier caso, toda la propiedad pasaba a ser de Roma, y el territorio conquistado quedaba como alquilado por Roma a la ciudad tomada (*possessio*), por lo que debía pagar un tributo anual. Así mismo, el conquistador otorgaba una nueva ley a la ciudad ocupada, basada, obviamente, en la romana, que sería la única que desde entonces regiría en la ciudad y en las relaciones entre esta y Roma.

Naturalmente, con el paso de los años, los términos de cualquier tratado podían renegociarse entre las partes para mejorar con el tiempo las condiciones de los descendientes de los vencidos y acercarlas a las de los ciudadanos romanos.

Como dice Santiago Segura Munguía en *Frasas y expresiones latinas de uso actual*, uno de sus magníficos libros: «Los romanos no se limitaron a someter a los pueblos de la antigüedad y a tomar posesión de sus territorios, sino que los organizaron».

Durante cada siglo Roma fue adaptando y modernizando sus leyes: desde las que regían cuando era una ciudad-estado del Lacio, hasta las que estuvieron vigentes durante todo el Imperio; por eso nos dejó un cuerpo de derecho y de jurisprudencia (*iuris prudentia*) tan sólido sobre el que hemos construido nuestra moderna organización jurídica.

Los bárbaros destruyeron los edificios romanos, pero las palabras no pueden derribarse; por eso, a través de los siglos Roma se ha mantenido erguida sobre sus leyes, que son las nuestras, y resultaron ser más fuertes que los edificios más grandes y las murallas más robustas.

Claudio Rutilio Namaciano, uno de los últimos poetas latinos —posiblemente nacido en la Galia—, que vivió en el siglo V, en plena época de las invasiones bárbaras, dijo para definir el legado del Derecho que nos dejó Roma: «Extiende al porvenir tus leyes, Roma. Solo tú no has de temer los hilos del destino».

Las leyes romanas se basaban en intentar mantener el *mos maiorum* (costumbres de los mayores) convirtiendo así la costumbre o la tradición en norma jurídica comprensible y asumible por todos; no ya por una interpretación subjetiva de los jueces, sino por una norma clara y escrita, por una ley común y única.

Ius o *iustus* será lo que respeta esas normas de convivencia, mientras que *imp-ius* (*impius*, impío), *in-iustus*, es lo que contradice y transgrede las normas, la ley, provocando una injusticia, *iniuria*, palabra que, incluso en español, si la analizamos, trae en sus genes (*in-juria*) toda la carga jurídica de la ley.

La primera ley escrita de Roma, de la que ya hemos hablado, las XII tablas, se redactó en torno al 450 a.C. Aunque muchas de sus disposiciones ya no se usaban desde hacía tiempo, no fueron oficialmente derogadas hasta el reinado del emperador bizantino Justiniano, que extendió su mandato desde el 527 al 565; es decir, las Leyes de las XII tablas estuvieron en vigor algo así como mil cien años. ¿Alguien conoce una ley que siga vigente hoy y que haya sido promulgada en el año 916 de nuestra era? Esa es la importancia y la altura de la ley romana.

Por cierto, en el 916, para hacernos una idea de lo lejos que queda esa fecha, baste apuntar que ni siquiera existía el reino de Castilla. Mi abuelo solía decir al respecto, «antes que en Castilla leyes, veinticuatro reyes»,

refiriéndose a los monarcas que hubo en León antes de que Castilla siquiera existiese. Esto no tiene mucho que ver con la Roma antigua, pero nos da una idea de la barbaridad de tiempo que estuvieron vigentes las primeras leyes escritas romanas.

Las Leyes de las XII tablas separan por primera vez las normas religiosas de las sociales y crean un cuerpo legal completo. Se ocupan de las cuestiones siguientes:

Tablas I a III: Derecho procesal.

Tabla IV: Derecho de familia.

Tabla V: Derechos de sucesión.

Tablas VI y VII: Derechos de propiedad.

Tablas VIII a XI: Derecho penal.

Tabla XII: Derecho público.

No se conservan, salvo en extractos de autores posteriores, así que no conocemos exactamente cómo estaban redactadas, pero, por ejemplo, sabemos que les parecía tan extremo el castigo mediante pena de muerte, que indicaban (Tabla IX): «Que no se dicten penas capitales contra ciudadanos sino por los comicios máximos».

Lo cual quiere decir que para condenar a muerte a alguien era necesario que así lo aprobara el pueblo en algo parecido a un referéndum. Eso no supone que no se aplicara la pena de muerte en Roma, al menos para los no ciudadanos, pero se hacía excepcionalmente, en los casos muy graves de sacrilegio o como castigo (talión) a otros crímenes concretos, como el parricidio, cuya condena consistía en ser arrojado al río dentro de un saco, tocado con un gorro de piel de lobo, zapatos de madera y, además, acompañado en el interior por un perro, una serpiente o un gallo; no está muy claro ni el animal, ni el porqué del mismo.

También había leyes más simples, referidas al ámbito rural, en las que, al igual que seguimos haciendo ahora, se regulaba, por ejemplo, a qué distancia de la linde de un campo se podía plantar un árbol, como ocurre con esta simple y todavía casi vigente ley de la Tabla VII: «Si es un olivo o higuera, (plántese) a nueve pies del límite de la propiedad, otro árbol a cinco pies».

Un pie romano equivale a unos 30 cm, así que nueve pies son dos metros y setenta centímetros. Nuestro Código Civil vigente dice en el artículo 591:

No se podrán plantar árboles cerca de una heredad ajena sino a la distancia autorizada por las ordenanzas o la costumbre del lugar, y en su defecto, a la de 2 metros de la línea divisoria de la heredad si la plantación se hace de árboles altos y de 50 cm si la plantación es de arbustos o árboles bajos.

Parece que no hemos cambiado mucho. Y lo peor es que también parece que seguimos plantando árboles cerca de la linde, para fastidiar al vecino.

En resumen, los mil años de jurisprudencia que van desde las XII Tablas hasta el Corpus Iuris Civilis que ordenó recopilar el emperador de Oriente, Justiniano I, conforman todavía la ley de nuestro hemisferio.

Tras la disolución del Imperio de Occidente, el código Justiniano siguió en vigor en el Imperio bizantino hasta la caída de Constantinopla en 1453. También fue la base de las leyes occidentales, y de hecho estuvo presente en el Sacro Imperio Romano Germánico hasta su desaparición oficial en 1806, ordenada por Napoleón.

Este código Justiniano fue la base no solo de la justicia de todas las naciones europeas, sino también de los territorios por los que estas naciones se expandieron, incluido todo el continente americano y lugares tan lejanos como Filipinas, Australia o Nueva Zelanda. Por lo que las fronteras de Roma, gracias a sus leyes, se extendieron mucho más lejos, en la distancia y en el tiempo, de lo que el ciudadano romano más loco soñó nunca.

Tras compilar todo el Derecho romano desde Adriano hasta su época, Justiniano decidió reunir en una enciclopedia sobre el tema toda la jurisprudencia que se conservara de Roma. Estas recopilaciones reciben la denominación de Digesto (que quiere decir «distribuido», o Pandecta (contenedor de todo, en griego), y fueron publicadas en el año 533 de nuestra era. Según algunas fuentes, los cincuenta libros del Digesto fueron redescubiertos para Occidente en el año 1070 y formaron parte del ímpetu que llevó a la fundación de la primera universidad del mundo en Bolonia en 1088. Como veremos, allí se recuperó el Derecho antiguo y se dotó de carácter a la Europa medieval clásica.

Aún faltaban 701 años para que se promulgaran los Derechos del Hombre y del Ciudadano por la Asamblea Nacional francesa el 26 de agosto de 1789, dando por finiquitado el Antiguo Régimen. En esa declaración se afirmaba que los del hombre son naturales y anteriores a los Gobiernos, como ya eran en la Roma de Cicerón.

Los hombres y ciudadanos tienen derecho, según esta declaración a:

- La libertad
- La propiedad
- La seguridad
- La resistencia a la opresión

Y luego se definían las libertades, la igualdad ante la ley, la presunción de inocencia y los derechos que ahora consideramos fundamentales y que ya teníamos como ciudadanos en la Roma republicana.

Los derechos que disfrutaba durante la República un ciudadano romano varón (ya vimos que las mujeres, aunque fuesen ciudadanas, no tenían exactamente los mismos) eran:

Ius Suffragiorum: Derecho a voto.

Ius Honorum: Derecho a presentarse a una candidatura (honor) y a ser elegido.

Ius Militiae: Derecho a defender la patria sirviendo en el ejército. Qué curioso que este antiguo derecho terminara siendo un deber a través del servicio militar obligatorio.

Ius Commercii: Derecho a la propiedad, a comprar y vender y a firmar contratos. Para que un contrato de compra-venta (de una propiedad, por ejemplo) se considerara válido, parece que tenía que realizarse delante del pretor o legalizarse ante él, tal y como ahora utilizamos a los notarios para dar fe de que el bien se ha transmitido.

Ius Connubii: Derecho a contraer matrimonio con una ciudadana romana, a tener los derechos de paterfamilias y a que los hijos de sus matrimonios fuesen considerados ciudadanos de Roma.

Ius Migrationis: Derecho a mantener la ciudadanía romana cuando se viajaba al extranjero o en caso de mudarse a otra ciudad. Este derecho incluía la inmunidad ante leyes locales de otra ciudad que no fuera Roma; es decir, un ciudadano romano solo podía ser juzgado por la ley romana.

Ius legis actionis: Derecho a hacer valer los propios derechos ante la ley.

Derecho a no ser encontrado culpable sin juicio legal, incluyendo el derecho a defenderse frente a un tribunal que debía estar conformado por iguales, y lo que es más importante:

Derecho a ser considerado inocente hasta que se pruebe lo contrario.

Derecho a pedir reparación ante un tribunal.

Derecho de apelación sobre las decisiones de magistrados.

Derecho a ser juzgado en Roma, en caso de ser acusado de traición.

Derecho a no ser torturado ni azotado. Derecho a no ser condenado a morir crucificado ni ahorcado.

Como podemos ver, y salvo algún concepto arcaico (como la crucifixión), prácticamente son derechos que todavía tenemos en las democracias, afortunadamente ampliados al total de la sociedad, pero idénticos a los que disfrutaban nuestros abuelos, los primeros ciudadanos romanos.

En el Consejo de Europa celebrado casualmente en Roma en 1950, se promulgó el Convenio Europeo para la Protección de los Derechos Humanos y de las Libertades Fundamentales, cuyos artículos, resumidos por la Wikipedia, serían:

Listado de derechos y libertades (Título I del Convenio):

Artículo 2. Derecho a la vida.

Artículo 3. Prohibición de la tortura.

Artículo 4. Prohibición de la esclavitud y del trabajo forzado.

Artículo 5. Derecho a la libertad y a la seguridad.

Artículo 6. Derecho a un proceso equitativo.

Artículo 7. No hay pena sin ley.

Artículo 8. Derecho al respeto a la vida privada y familiar.

Artículo 9. Libertad de pensamiento, de conciencia y de religión.

Artículo 10. Libertad de expresión.

Artículo 11. Libertad de reunión y de asociación.

Artículo 12. Derecho a contraer matrimonio.

Artículo 13. Derecho a un recurso efectivo.

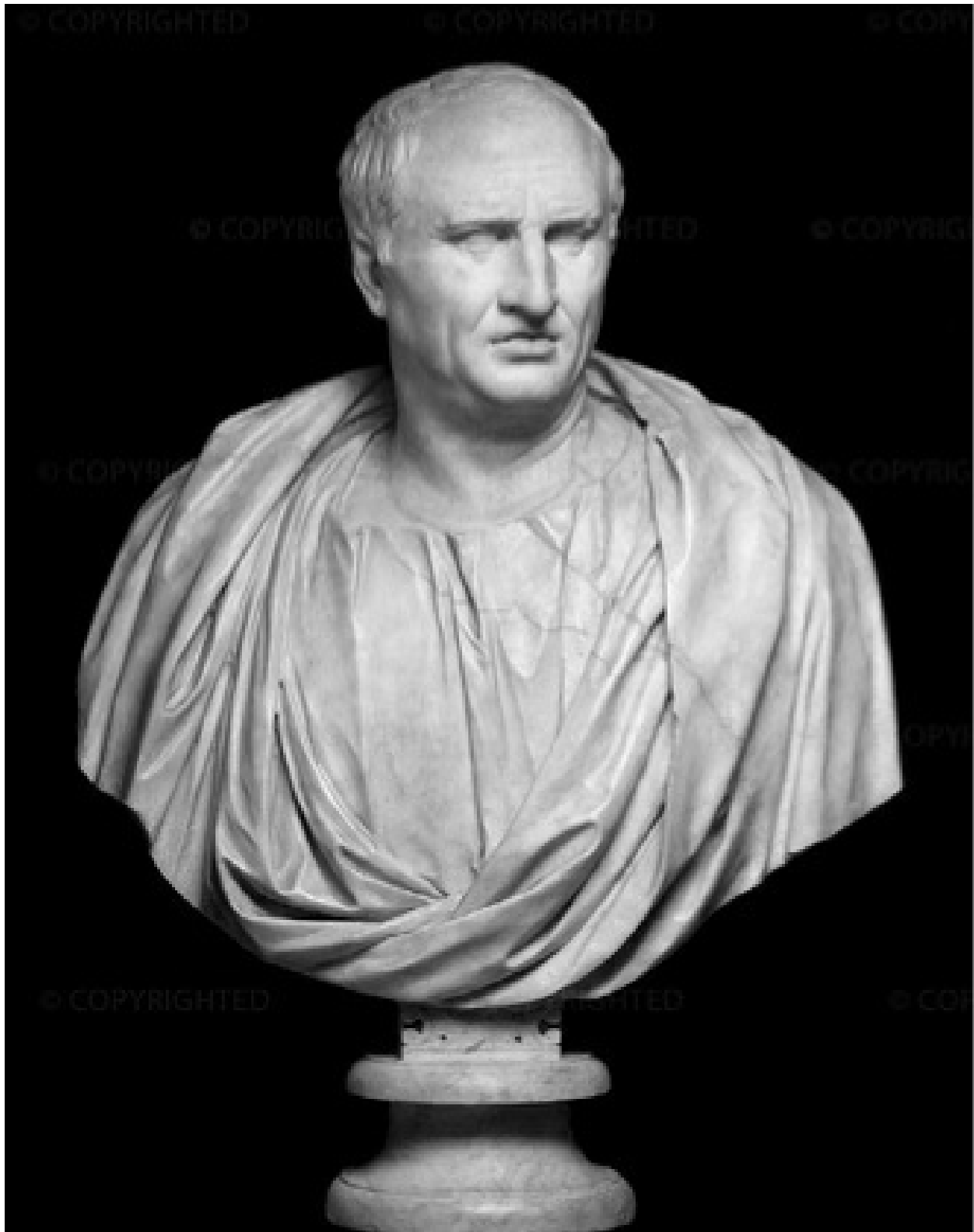
Artículo 14. Prohibición de discriminación.

España firmó ese convenio en 1979, tras la triste y gris dictadura franquista. Pero la ley no es solo un listado de derechos, sino también deberes que tenemos que entender. Aunque el idioma que hablan los abogados parece que no es el mismo que el nuestro. Nuestro cordobés Séneca ya se quejaba del intrincado lenguaje leguleyo, en el siglo I de nuestra era: «La ley

debe ser simple para que los profanos la entiendan».

En nuestro idioma judicial han quedado muchísimas expresiones latinas que siguen utilizándose en los juzgados de todo el mundo occidental; la mayoría son muy serias, pero otras no tanto, como el mismo término leguleyo, que es casi latín (leguleius) y que quiere decir lo mismo.

Lo curioso es que se oyen desde Tegucigalpa hasta Sidney, pasando por Londres y Lisboa, en el más perfecto latín que podemos pronunciar en cada país. Así que, si os dicen que el latín es un idioma muerto, preguntad qué otro idioma conocen que se utilice en una función tan importante de nuestra sociedad, en todo el mundo. Unas cuantas palabras y frases del Derecho romano, son:



Marco Tulio Cicerón. Nacido en Arpino el 3 de enero de 106 a. C. y fallecido en Formia el 7 de diciembre de 43 a. C., comenzó su carrera como letrado el año 81 a.C. con el Pro Quinctio, sobre un problema sucesorio. Como jurista, fue el mayor y más influyente de los abogados romanos de su época. Utilizó sus

extraordinarias aptitudes en retórica y oratoria para sentar numerosos precedentes que fueron utilizados durante mucho tiempo. Museos Capitolinos, Roma.

A posteriori: Aunque también se usa fuera de los juzgados, es latín jurídico para indicar que algo ha sucedido después de otro algo. Lo mismo ocurre con *a priori*, que es lo mismo, pero sucedido antes, claro.

Ab intestato: Literalmente, sin testamento. Triste frase si ocurre cuando nos enteramos de que el tío rico de América murió sin hacer testamento (aunque dijo que íbamos a heredar un millón) y sin él no tenemos derecho ni a un patacón.

Accesit: Quiere decir «Se acercó». Se utiliza sobre todo para expresar una recompensa justo inferior al premio, especialmente en concursos culturales o literarios, cuando se entrega un premio de mil euros y dos accésit de quinientos, por ejemplo.

Acta, non verba: Hechos, no palabras. Se refiere originalmente a que los hechos son lo que se juzga, no las intenciones, pero también sirve y se usa casi más para pedir pruebas, no excusas. También se dice: *Facta, non verba*.

Addenda: Literalmente, las cosas que hay que añadir, en plural. En singular sería *addendum* y viene a significar apéndice de un libro, no de un intestino. Puede referirse a una más extensa explicación que se le pide al jurado sobre un fallo. Existe también en castellano, con una sola *d*: *adenda*.

Aerarium: El erario, la caja pública.

Agenda: Lo que ha de hacerse. Viene del gerundivo del verbo *agere*, hacer, y por muy llena que la tengas y aunque ahora la tuya sea digital o del Outlook, es latín puro.

Alibi: En inglés la usan más que nosotros (será que la necesitan más) y significa coartada. Propiamente quiere decir «en otro sitio». No confundir con *Abanibi aboebe*, que, si te acuerdas, es la canción israelí que ganó Eurovisión en 1978, interpretada por Izhar Cohen y Alphabeta. *Abanibi aboebe* quiere decir según esto «te quiero amor».

Anathema sit: Normalmente solo se utiliza anatema y está en desuso. Quiere decir «sea maldito» y se refiere a cualquier opinión considerada

herética por la Iglesia.

Apud Acta: Según consta, en el acta unida al expediente.

Ars longa, vita brevis: La ciencia es mucha (larga), la vida breve (frase de Séneca).

Audi alteram partem: Sentencia jurídica que indica que hay que escuchar a las dos partes. Nada tiene que ver con los Audi (marca de coches chulos). Por cierto, Audi es la segunda persona del presente del imperativo del verbo latino audio (escuchar). La marca alemana de coches tiene un nombre tan curioso porque su fundador, August Horch, cuando fue a registrar su apellido como lema de los vehículos que fabricaba, allá por 1909, se encontró con que ya estaba inscrito. Decidió entonces utilizar para sus coches el nombre Audi, que es la traducción al latín de su apellido Horch, que significa en ambos idiomas «escucha».

Bis de eadem: La frase completa continúa re ne sit actio, y es el principio jurídico universal y democrático según el cual no puede juzgarse dos veces (bis) el mismo asunto o al mismo reo por el mismo delito.

Bona fides: Muchas veces se dice solo bona fide y quiere decir «de buena fe», sin mala intención.

Bona vacantia: Bienes no reclamados. Ojo, no usar la frase para desear buenas vacaciones, que queda muy ignorante y zafio.

Casus omisus: Caso omiso u omitido, pero no en el sentido de que no nos hagan ni puñetero caso, sino con el significado de que la ley no tiene una circunstancia prevista para el caso.

Causa mortis: Por causa de muerte. Expresión jurídica que no explica el motivo del óbito, sino que, al haber fallecido la persona, ya no es, por ejemplo, sujeto de derecho o reo de nada.

Cessante causa: La frase entera, que ya no suele usarse así, continúa cessat effectus y significa que, si la causa o el motivo ya no existe, su efecto tampoco. Por ejemplo, si se está litigando contra un bar que tiene la música alta todas las noches y el bar cierra para siempre porque el dueño se ha ido a Cuba, ya no hace falta seguir el juicio.

Cucullus non facit monachum: El hábito no hace al monje. Textualmente: la capucha no hace al monje. Parece ser que fue nada más y nada menos

que William Shakespeare quien puso por escrito esta frase en su comedia Noche de Reyes (Acto V 48-50), creada posiblemente entre 1599 y 1601. Los romanos para esto mismo tenían un dicho más pagano: «La barba no hace al filósofo». Carlos Fisas, en su obra ya citada, nos recuerda que un condestable de Montmorency afirmó que quería ser enterrado vestido con el hábito de capuchino, y que al oírlo un caballero le contestó: «Por vida mía que muy bien habéis discurrido, porque si no os disfrazáis bien, no entraréis en el Paraíso». O como dijo nuestro eterno Antonio Machado en su Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido:

Gran pagano,
Se hizo hermano
De una santa cofradía;
El Jueves Santo salía,
Llevando un cirio en la mano
—¡aquel trueno!—,
Vestido de nazareno.

Hoy nos dice la campana
Que han de llevarse mañana
Al buen don Guido, muy serio,
Camino del cementerio.

(Communio) Pro indiviso: Una comunidad o bien común que no se puede dividir.

Confer: Se usa más abreviado, C.f., y significa compárese o consulte. Normalmente remite a una página de un libro del que se cita una norma, o a dos frases similares.

Corpus delicti: El cuerpo del delito. El fruto del crimen. Como cuando pillan al ladrón de la joyería con todas las joyas en la mochila o con las manos en el volante del coche robado. También, simplemente, lo robado, como el diamante La pantera rosa en las pelis de Clouseau.

Corpus iuris civilis: Cuerpo de derecho civil, código civil.

Cui bono: ¿A quién beneficia? Cuestión sobre la autoría de un delito cualquiera, ya dicha por Cicerón, citado por Santiago Segura en el libro ya comentado. En muchos libros de detectives, hilo del que tirar para averiguar quién es el malo.

Culpa: Palabra igual que la latina del mismo significado, como en el bolero del mexicano José Ángel Espinoza (1919-2015). La canción fue tan famosa que en España dio título a una película del mismo nombre, con Lola Flores de prota, y Albert Hammond la grabó de nuevo en 1980, llegando a alcanzar el número uno casi mundial.

Échame a mí la culpa
De lo que pase,
Cúbrete tú la espalda
Con mi dolor.

Cum laude: Con alabanza. Cuando una nota o calificación sobresaliente es más excelente si cabe.

De cuius: De cuyos. Abreviatura de *Is de cuius bonis agitur*, aquel de cuyos bienes se trata (en una herencia).

De facto: De hecho, en oposición a *de iure*, de derecho. Un «okupa» en una vivienda está actuando de facto, mientras que el dueño legal posee la vivienda (y un problema gordo, en nuestro ordenamiento jurídico) *de iure*. Y que Dios le dé paciencia si se mete en juicios para expulsar al okupa de las narices. Más le vale actuar de facto ipso facto. Por cierto, que ipso facto quiere decir realmente «por este hecho» y no como lo usamos, de inmediato o inmediatamente.

Decessit Sine Prole: En sus iniciales, DSP, falleció sin descendencia. Utilizado sobre todo en árboles genealógicos tras el nombre de alguien que, en efecto, no tuvo hijos.

Deficit: Cantidad que falta. Como la enorme que falta en el presupuesto del Estado, porque se gastan más de lo que ingresan en nuestro nombre. En español se escribe con acento, déficit, pero eso no cambia nada. Falta mucha pasta y mejores gestores. Con acento o sin él.

Deleatur: Significa bórrese. Ya me sonaba a mí de algo el «delete» del ordenador. Latín puro y simple del verbo *deleo*, destruir.

Delirium tremens: Aunque sea latín, ningún romano por borracho que estuviera tuvo este mono, ya que es un término creado en 1813 por el doctor Sitton, para referirse a los efectos execrables del alcohol. También es hoy el nombre de una marca de cerveza belga, cuyo logo es,

curiosamente, un elefante rosa.

De plano: Fácilmente, sin dificultad alguna. Como cuando se rechaza de plano una opinión o una mala oferta.

Deo volente: Si Dios quiere.

Desideratum: Aquello que es deseado. Muy deseado.

Dixi: He dicho. No confundir con Dixie, el ratón amigo de Pixie.

Donec contrarium probetur: Hasta que no se demuestre lo contrario. Como el ser inocente, vaya.

Dura lex sed lex: La ley es dura, pero es la ley.

Editio princeps: Primera edición.

Emeritus: Emérito, quiere decir retirado, especialmente aplicado a un doctor o profesor.

Eo ipso: Por ello mismo.

Ergo: Por lo tanto, en consecuencia. Como en Cogito ergo sum: Pienso, luego existo.

Et alia: Y otras cosas. Se usa como etc., pero es más cursi.

Et alii: Y amigos. Se usa para indicar, por ejemplo, la autoría múltiple de un libro o tratado para no escribir todos los nombres, diciendo: Escrito por fulanito et Alii.

Ex officio: En español ya decimos mejor «de oficio», y se refiere a una acción persecutoria en la que el «oficio» u oficina fiscal ejerce la acción por sí mismo. En principio todos los delitos son «de oficio», por ejemplo, cuando la policía investiga el tráfico de drogas, no hace falta que nadie lo denuncie. Los delitos «de parte», en cambio, sí que precisan una querrela o denuncia para que actúe la justicia, como ocurriría, por ejemplo, en un caso de calumnias.

Ex professo: Literalmente, «de acuerdo con su propia declaración», aunque más bien lo traducimos y usamos como «a propósito».

Ex voto: De una promesa. Los exvotos, como todos sabemos, son esas figuritas tan paganas, a veces de cera, que se ponen para agradecer dones y favores a los santos católicos.

Exceptio probat regulam: Principio jurídico medieval según el cual la excepción confirma la regla, pero no en el sentido que le damos ahora. La frase terminaba: In casibus non exceptis, es decir, en los casos no exceptuados. Se entiende mejor con un ejemplo muy bueno que viene en la Wikipedia: una señal de tráfico que indica que no se puede aparcar los domingos (la excepción) confirma que los demás días se puede aparcar sin problemas (la regla), sin necesidad de más señales que así lo indiquen.

Excusatio non petita, accusatio manifesta: Expresión jurídica que significa que quien se excusa sin que nadie se lo haya pedido se acusa a sí mismo. En francés se dice muy redondamente qui s'excuse, s'accuse, como cuando el detective pilla al malo en renuncios de este estilo:

Malo: Yo no he puesto veneno en la taza de nadie.

Poli: ¿Quién ha dicho que el reverendo Green muriera envenenado?

Y ¡zas!, el malo en el bote. Como dijo algún sabio, a lo mejor romano también: «Somos dueños de nuestros silencios, pero esclavos de nuestras palabras».

Exempli gratia: Quiere decir, por ejemplo, y los ingleses y americanos todavía lo usan, pero solo en sus siglas: E.g. Me pregunto si saben que es latín puro y simple.

Factotum: Persona que sirve para todo, asistente que se encarga de todos los trabajos. Literalmente: Hacedetodo.

Fas nefas: Más correctamente sería Fas atque nefas y quiere decir muy finamente «Por las buenas o por las malas», licita o ilícitamente. Los de Seguridad Social empezaban su estupenda canción Chiquilla (1991) con la frase:

No pongas mala cara. No pongas mala cara. Que te has de venir conmigo. Por las buenas o las malas. ¡Chiquilla!

Fluctuat nec mergitur: Batido por las olas, flotando, pero no hundido. Lema de la ciudad de París, según esto pronunciada por san Juan Crisóstomo y haciendo referencia a la forma de barco de la isla de La Cité, que era todo lo que ocupaba París hace un porrón de años.

Fundus: Fundo, extensión de terreno, propiedad rústica, de ahí nuestro latifundio o minifundio, según su tamaño, pero campo romano, al fin y al

cabo.

Gaudeamus igitur, Iuvenes dum sumus: Disfrutemos mientras somos jóvenes. Himno de los estudiantes que todavía se canta en las universidades (el famoso Gaudeamus) en las ocasiones más solemnes, por ejemplo, cuando se abre el curso o se entrega un doctorado honoris causa con todo el Claustro presente. Normalmente actos celebrados en el aula magna (aula grande, también latín). Gaudeamus es originalmente una canción universitaria alemana del siglo XVIII, cuya letra completa no es muy correcta políticamente hablando y que se considera himno no oficial de muchas universidades europeas. Hay una estrofa que dice textualmente:

Vivan todas las doncellas,
Fáciles y hermosas.

Evidentemente, ni en latín se sigue cantando esta parte, ya que actualmente, y a diferencia de lo que ocurría en el siglo XVIII, las mujeres son hoy parte integral de las universidades, y no conozco a ninguna que le haga gracia esa estrofa.

Graecum est: Frase medieval que se terminaba con non legitur. Quiere decir que es griego y que, por lo tanto, no se lee. Hace referencia a que en la Edad Media nadie sabía griego, y lo escrito en ese idioma era desconocido, como en marciano. Se usó como símil para referirse a algo que está muy poco claro o que no se entiende, y en inglés todavía tiene el mismo significado. En la ya citada obra Julio César, de Shakespeare, y más concretamente en el acto I, uno de los personajes, Casca, hablando con Casio y Bruto dice cuando le preguntan por una frase que dijo César: «En cuanto a mí, aquello estaba en griego». For mine own part, it was Greek to me, en el original de 1599. Lo cual quiere decir que Casca no entendió nada de nada.

Gratis et amore: Sin cobrar nada y por amor. Bonita frase que ya no decimos demasiado. Las madres, por ejemplo, todo lo que hacen por sus hijos lo hacen gratis et amore.

Grosso modo: Ojo, no debe decirse «a grosso modo». Es una locución del bajo latín que quiere decir, a grandes rasgos, generalizando.

Habeas corpus: Literalmente «Tengas tu cuerpo». Se llama así al derecho de una persona detenida a ser llevada lo más inmediatamente posible ante un juez que resuelva sobre la legalidad de su arresto. Ojo, el arresto, no el motivo del mismo.

Habitat: Conjunto de condiciones ambientales donde se desarrolla un sistema ecológico, como en: «El hábitat de los leones es la sabana».

Hic et nunc: Aquí y ahora, como en la frase de John Lennon: «Algunos están dispuestos a cualquier cosa, menos a vivir aquí y ahora».

Homo homini lupus: Frase del filósofo inglés Hobbes (1588-1679) basada en otra del autor romano Plauto (254-184 a.C.) y que quiere decir «el hombre es un lobo para el hombre», en todos los sentidos.

Homo sum: Soy humano, no confundir con «soy homo». Que implica que se es humano y, además, que le gustan a uno los/las del mismo género. Ese último «homo» viene del griego homo, y quiere decir igual, como en homogéneo. A diferencia del homo latino, que quiere decir humano, como en Homo sapiens. Así que si se es «homo», se es también «homo». Además y textualmente, si se es homófobo, o bien se odia a los iguales o se odia a los hombres, lo cual es todavía peor de lo que pensábamos de los homófobos, y eso que ya nos caían fatal.

Homo unius libri: Hombre de un solo libro, fanático. Frase atribuida a santo Tomás de Aquino y aplicable a un montón de criminales. Sobre todo a aquellos que se esconden detrás de un libro sagrado para justificar los crímenes más execrables.

Honoris causa: Motivado por el honor. Título académico, normalmente doctorado, que se entrega por motivos honoríficos a un personaje público por parte de una universidad.

Humanum est errare: Mejor que Errare humanum est, como suele escribirse. Claro, que errar es humano.

Ibidem: En el mismo lugar. Se usa como nota a pie de página para referirse a una obra que ya haya sido citada en el texto.

Ídem de ídem: Se usa para evitar repetir otra vez lo mismo, como en una declaración idéntica ante un juez. Significa literalmente lo mismo de lo mismo.

Ignorantia legis non excusat: La ignorancia de la ley no excusa su cumplimiento. Quiere decir que para respetarla no hay que conocer la ley necesariamente, y que no vale aducir desconocimiento de la misma como excusa para no cumplirla. Por ejemplo, no vale alegar que no sabías que es ilegal cantar borracho perdido por la calle a grito pelado, a las cuatro de la noche en la plaza del pueblo y medio en pelotas, si te lleva la Guardia Civil a dormir la mona. Ese «que yo no lo sabía» no cuela y no vale.

Imprimatur: Imprimase. Palabra que utiliza (todavía, solo si le preguntan, claro) la jerarquía eclesiástica para autorizar la impresión de un libro. Equivalente a nihil obstat, que quiere decir «Nada que objetar».

In absentia: En ausencia. Si se juzga a alguien que no está presente, por ejemplo. Lo cual no está sujeto a derecho, en principio.

In albis: En blanco, como nos quedamos a veces en pleno examen.

In articulo mortis: En el último aliento, como si se cambia un testamento, por ejemplo, cuando ya el cura nos ha dado la extremaunción. Que, por cierto, también es latín para decir la última unción (con aceite bendito) o la última bendición antes de presentarse ante san Pedro a ver qué pasa y si al fondo hay sitio.

In crescendo: En aumento. Algo que crece como un pastel con levadura, cada vez más.

In dubio pro reo: Principio jurídico que indica que, en caso de duda, hay que fallar a favor del imputado.

In extremis: En las últimas, como cuando la campana nos salva de ser preguntados por nuestros deberes que se comió el perro. Otra vez.

In flagranti delicto: Infraganti, cuando se pilla al malo con las manos en la masa y no precisamente haciendo magdalenas.

In itinere: En camino. Por ejemplo, para declarar que un accidente camino de la oficina es un accidente laboral.

In memoriam: En recuerdo. Muy usado en monumentos funerarios de señores muy serios e importantes.

In situ: En el mismo lugar. Como cuando se encuentran las llaves en el mismo sitio donde las llevas buscando tres horas.

In vitro: Literalmente «en el vidrio». Se refiere a cualquier reacción fisiológica realizada fuera de un organismo, como la fecundación in vitro que tantos niños romanos ha traído al mundo para alegría de sus papás y mamás desde 1978, cuando nació la primera persona cuya madre quedó embarazada mediante este tratamiento de reproducción asistida, hoy fundamental en nuestra sociedad.

Index: La frase completa es *index librorum prohibitorum* y era ¡hasta 1966!, el listado de libros prohibidos por la Iglesia católica.

Inter vivos: Por ejemplo, si se traspasa parte de una herencia estando vivos el heredero y el padre del muchacho, se habla de una transmisión inter vivos. Y ojo con Hacienda.

Interim: Entre tanto, periodo provisional. Solemos decir en el *ínterin*, como en la frase del director y actor de cine francés Jacques Tati (1907-1982):

Los cantantes de música pop son personas que querían tomar clases de canto, pero nunca encontraron el tiempo porque en el *ínterin* se hicieron famosos.

Inventa lege inventa fraude: O lo que es lo mismo, hecha la ley, hecha la trampa. Desconozco el autor, pero debe de ser tan antigua como cierta y vigente.

Ira non excusat delictum: La ira no excusa el delito. Eso de alegar locura transitoria porque se estaba muy cabreado no es excusa para haber tirado la tele por la ventana cuando pitaron penalti injusto (era fuera del área) a favor de los de siempre; y la tele que tiraste cayó encima del coche del vecino, que además es también del equipo de enfrente y ahora quiere el muy... que le pagues el arreglo.

Ius naturale: Derecho natural, el que existe antes de las leyes escritas y se considera inalienable y propio del género humano.

Ius primae noctis: Derecho a la primera noche, también llamado derecho de pernada. En teoría, un derecho del señor feudal a pasar la primera noche de casados con cualquier novia de sus tierras, bendiciendo así la unión. Personalmente, dudo mucho que alguna vez se haya ejercido, fuera de la película *Braveheart*, muy entretenida pero poco rigurosa en lo que respecta a la Historia. Por cierto, que el malvado, cruel y salido noble

inglés en la peli decía prima nocte, lo cual también puede traducirse como la primera noche, pero en italiano chapurreado. Se ve que los malos no saben latín.

Iustitia virtutum regina: Frase de Cicerón que quiere decir «La justicia es la reina de las virtudes».

Lex talionis: Ley del talión; ojo por ojo, diente por diente, tal y como dice la Biblia. Éxodo 21, 23-25 (y otros):

Mas si hubiere muerte, entonces pagarás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, golpe por golpe.

Este código tan poco cristiano fue dictado a Moisés por Dios justo después de los Diez Mandamientos, y en este capítulo del Éxodo se refiere solo a las consecuencias de que alguien, riñendo, hiera a mujer embarazada. Lo de aplicarlo a diestro y siniestro no es de la Biblia, es que nos gusta interpretar la voluntad de Dios a nuestra manera.

Legitima: Parte de la herencia de la que un familiar directo no puede ser desheredado o excluido. Normalmente se dice «la legítima». Y no se refiere a la legítima esposa.

Licet: Es lícito, está permitido en la ley.

Mala fide: De mala fe, apostada y con mala leche.

Manu militari: Por la fuerza de las armas o, más exactamente por la fuerza del ejército. Como en un golpe de Estado.

Mare magnum: Gran mar, abundancia, grandeza, confusión o muchedumbre, todo esto según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua. No confundir con el centro comercial de Barcelona del mismo nombre.

Materia prima: Pues eso, lo mismo en latín que en latón. Aquello con lo que se realiza, una vez transformada esta, otra cosa distinta y elaborada.

Maxime: Ante todo, principalmente. Como cuando el novelista cántabro José María de Pereda (1833-1906) en su obra Escenas montañesas, en el capítulo «Espíritu moderno» afirma, intentando convencer a una señora bien de Santander para que se vaya a vivir a una aldea:

Crea usted, por mi palabra, que me tiene ese punto sin cuidado, máxime

cuando estoy convencido de que no ha de tardar usted mucho en variar de opinión.

Unos párrafos más abajo, se preguntan ambos si la llegada del ferrocarril influirá en la fisonomía y costumbres de la ciudad norteña y cómo. Lo que hemos cambiado...

Motu proprio: No se debe decir motu proprio, ni mucho menos «de motu proprio». Significa espontáneamente y por propia voluntad, sin que nadie obligue a uno.

Mutatis mutandis: Cambiando lo que se deba cambiar.

Nasciturus: El que va a nacer. Se dice del ser humano aún no nacido, pero ya sujeto de algunos derechos. El recién nacido es, casualmente, *neo nato*.

Ne bis in idem: Principio jurídico según el cual no se puede castigar dos veces a la misma persona por el mismo crimen. Por ejemplo, no te pueden poner dos multas por ir a velocidad excesiva en la misma carretera y a la misma hora. Quiere decir «No dos veces en lo mismo».

Nemo debet inauditus damnari: Nadie debe ser condenado sin ser oído. Principio jurídico del derecho a la propia defensa.

Nemo est supra legis: Nadie está por encima de la ley, o lo que es lo mismo, que la ley es igual para todos. Principio democrático y jurídico sobre el que se asientan todas las buenas leyes.

Nemo tenetur se ipsum accusare: Otro principio jurídico fundamental en la democracia, a pesar de haber sido escrito por los abuelos romanos: que a nadie se le puede obligar a declarar contra sí mismo.

Nervus belli pecunia: El nervio de la guerra es el dinero. Lo dijo Cicerón hace más de dos mil años y nunca ha dejado de ser verdad.

Nihil prius fide: Nada antes que la fe. Divisa del Colegio de Notarios de Madrid.

Nolo contendere: Textualmente, no lo discuto. Fórmula jurídica en la que el reo acepta el castigo por un delito, pero sin aceptar su culpabilidad.

Non prosequitor: No procede. No continúa. Resolución jurídica a favor del defendido cuando la fiscalía no ha reunido las pruebas necesarias en el

plazo aprobado.

Nota bene: Acotación para remarcar en un texto o sobre algo que se va a añadir, señalando que se ha de tomar «buena nota» de lo expresado.

Numerus clausus: Número cerrado. Se utiliza para indicar que, por ejemplo, no se admiten más niños en una clase, por lo que vas a tener que buscar sitio al tuyo en otro colegio que está más lejos y que no te gusta nada, nada.

Omnium consensu: Con el acuerdo de todos o de todas las partes en un juicio.

Opus citatum: Se escribe en siglas: op. cit., y se refiere a una obra ya citada y mencionada anteriormente en el texto, como por ejemplo, Segura Munguía, S. op. cit.

Pacta sunt servanda: Los pactos deben cumplirse. Principio jurídico que obliga a quien los realiza. Como en el bolero Se te olvida (La mentira) de Álvaro Carrillo y popularizado por el también mexicano Javier Solís (1931-1966) cuando dice:

Y hoy resulta
Que no soy de la estatura de tu vida
Y al dejarme casi, casi se te olvida
Que hay un pacto entre los dos

Por mi parte
Te devuelvo tu promesa de adorarme
Ni siquiera sientas pena por dejarme
Que ese pacto no es con Dios.

Pari passu: A la vez. Al mismo tiempo. No confundir ni traducir como «a pares, paso», jugando al mus. Por cierto, mus en latín significa ratón.

Patria potestas: Derechos o poderes del padre, normalmente sobre los hijos. Capacidad de tutoría.

Peccata minuta: Faltas leves, sin importancia. Chorradas, vamos.

Per capita: Por cabeza, como en deficit per capita, que es, en latín puro, lo que debemos cada uno de, por ejemplo, el total que debe el Estado si se repartiera así la deuda. También se usa en español para, por ejemplo, pagar a pachas, como en: «¿A cuánto tocamos por cabeza?».

Per saecula saeculorum: Por los siglos de los siglos, eternamente. El tiempo que cada uno va a estar endeudado tratando de terminar de pagar la hipoteca. Por eso está en latín. Viene ya de antiguo.

Per se: Por sí mismo, de su propia naturaleza, como en: «El tiburón no es malo per se».

Placebo: Literalmente significa agradaré, placeré, y es el nombre que se le da a los medicamentos que carecen de principio activo y se le dan al paciente para que se calle, básicamente. Lo curioso es que a veces curan.

Placet: Aprobación. Ahora casi solo se usa en términos diplomáticos, ya que el Gobierno de cada país da todavía su plácet al embajador de cada uno de los demás en su territorio.

Plectatur capite: Afortunadamente ya casi no se usa esta locución que ya aparecía en las XII tablas, y que quiere decir «pena capital». La incluyo para que recordemos de dónde viene lo de llamar «capital» a esta pena, y que consiste literalmente en perder la cabeza, la caput-capitis, por eso es «capital».

Podium: El pedestal donde se suben los atletas tras su victoria, todavía tiene nombre romano. Es el mismo nombre del pedestal de una estatua; al fin y al cabo, los atletas vencedores eran y son considerados héroes.

Post data: Textualmente, después de dada (una carta). Todavía, incluso en los e-mails, llamamos postdata a lo que añadimos al final, normalmente sin relación con el texto principal y tras las siglas PD. Los ingleses y demás, ponen PS, que quiere decir Post Scriptum, como en la canción de Los Beatles PS I love you, de 1963.

Post mortem: Después del fallecimiento, como una autopsia, por ejemplo, que es un examen post mortem.

Pro bono: Acción que se realiza sin remuneración y por el bien de la sociedad, como la defensa de oficio, cuyos abogados trabajan pro bono. No tiene nada que ver con el cantante de U2.

Pro rata: Los romanos terminaban la frase añadiendo parte y se refiere a cada una de las partes o cuotas en que se divide algo, normalmente de manera irregular. Por ejemplo, las cuotas de la comunidad de vecinos, que suelen ser prorrateadas en función de los metros cuadrados de cada

vivienda.

Qui peccat ebrius luat sobrius: El que delinca borracho, que pague sobrio. Principio jurídico según el cual la ebriedad no es excusa para cometer un delito o para pagar la pena debida por el mismo. Pero en nuestro código penal la ebriedad se consideraba atenuante si el reo se halla ebrio por causa ajena a su voluntad. Vamos, que él no quería, oiga, que le insistieron.

Qui tacet consentire videtur: Quien calla, otorga. Principio según el cual, si no se responde a una alegación, se asume. También existe el silencio administrativo, que implica que si la administración pública no responde en un plazo determinado a una cuestión, le da tácitamente la razón a quien planteó el asunto.

Quis, quid, ubi, quibus auxiliis, cur quomodo, quando: Las preguntas que deben contestarse en una causa y en periodismo, para explicar totalmente un hecho. Para nuestro paisano retórico de Calahorra Quintiliano, las «circunstancias» de la retórica eran: quién, qué, dónde, con qué medios, por qué, cómo y cuándo.

Quod erat demonstrandum: Casi siempre expresado en las siglas QED, significa «lo cual se demuestra así». Se usa, sobre todo, en textos científicos al resolver un problema, como la expresión científica i.e. (id est) que quiere decir «esto es». Son formas abreviadas necesarias para no repetir todo el rato esas frases cuando, por ejemplo, se está formulando.

Res iudicata (Pro veritate habetur): Asunto juzgado se considera cierto. Quiere decir que una sentencia judicial se considera verdad. Por ejemplo, si una sentencia dice que fulanito mató a menganito, esa afirmación se considera cierta. Otro principio jurídico que nos parece muy moderno, cuando resulta que es romano.

Rex nunquam moritur: Principio de la monarquía hereditaria medieval que significa que el rey nunca muere o, como se dice en casi toda Europa en esas luctuosas ocasiones, «El rey ha muerto, viva el rey», lo que significa la continuidad inmediata de la Corona en manos del heredero. Más procazmente decimos: «A rey muerto, rey puesto».

Rigor mortis: Rigidez causada por reacciones químicas en los riñones que aparece de tres a cuatro horas después del fallecimiento. Antiguo método

para saber si, al hallarse un cadáver, la muerte había tenido lugar hacía ya ese tiempo.

Roma locuta: Roma ha hablado. Se usa, más bien irónicamente en la actualidad, cuando desde siempre se refería a que, una vez el papa opina sobre un tema, se acabó la discusión sobre el mismo.

Sacer esto: Expresión de maldición, sea maldito, que aparece ya en las XII tablas.

Sancta sanctorum: Sagrario, lugar oculto y reservado. Lo más santo de lo santo. Se llama así una capilla dedicada a san Lorenzo en el palacio de Letrán en Roma, parece ser que creada en el siglo VIII y tan llena de reliquias santas que en su altar pone: Non est in toto sanctior orbe locus (no hay en todo el mundo un lugar más santo). En la actualidad, usamos el término para denominar cosas nada santas, como al decir que la selva de Chiapas, por ejemplo, es el sancta sanctorum de determinada banda de narcos.

Sic: Significa. Así, tal cual, y se emplea, normalmente entre paréntesis, a continuación de una cita, para indicar que, aunque parezca errónea, es textual.

Sine causa: Sin motivo alguno o sin razón aparente. Se usa para indicar, por ejemplo, el enriquecimiento repentino y no justificado de una persona objeto de investigación.

Sine cura: Sin preocupaciones. Junto y castellanizado, sinecura, lo usamos para indicar un trabajo remunerado que requiere nulo esfuerzo, como el beneficio de una parroquia. O más modernamente, el trabajo que realizan nuestros senadores españoles. Si es que realizan alguno.

Stricto sensu: En sentido riguroso, literal, vamos, que no admite interpretaciones.

Sub iudice: Bajo el juez, pendiente de resolución. Se usa mucho en frases del tipo «esa causa aún está sub iudice», para indicar que todavía la opinión sobre la misma no es definitiva, o que no se debe opinar públicamente sobre la misma si se es parte interesada.

Sui generis: De género propio, especial. También significa estrafalario, pero en fino latino. Como en «ese tipo viste muy sui generis».

Suum cuique: A cada uno lo suyo. Principio del Derecho. No confundir con «Soy Quique», que aunque en principio es un amigo que estudia Derecho, no es lo mismo.

Tabula rasa: También decimos «tabla rasa» y significa que la cera de la tablilla se ha alisado y no hay nada escrito. Empezar otra vez o, lo que es lo mismo, Begin the Beguine, como la canción de 1934 de Cole Porter, popularizada por Xavier Cugat y su orquesta y que en la versión que canta Julio Iglesias (nacido en 1943) dice:

Quiero sentir las cosas de siempre
Quiero saber si tú aún me quieres
Quiero volver a empezar.

Por cierto, que la película Volver a Empezar de José Luis Garci (nacido en 1944) fue la primera cinta española en ganar un Óscar, en 1982.

Totum revolutum: Todo revuelto, mogollón, cachondeo, jarana, desenfreno y sindiós, pero en latín.

Tutor loco parentis habetur: Aunque lo parezca, no se traduce como: El tutor loco tiene parientes, sino como «El tutor ocupa el lugar de los padres» (en la custodia del menor).

Urbi et orbi: Y no como suele decirse, urbi et orbe. Significa «A la ciudad y al mundo», y se llama así a la bendición papal de la Navidad.

Vade retro: Como en vade retro, Satanás, se usa para rechazar una tentación o una oferta inaceptable.

Vademecum: Literalmente, «ven conmigo». Se llama así al manual de una ciencia o especialmente a la lista de medicamentos existentes.

Verbatim: Palabra por palabra. Reproducción exacta de una cita.

Verbigracia: Más correctamente verbi gratia y significa verbigracia.

Veto: Lo prohíbo. Impongo el veto.

Y para terminar:

Vale: Que quiere decir adiós, y por eso decimos que ya vale, que adiós y que dejamos aquí este compendio de latinajos, pidiendo que sea leve tu veredicto: de dictus, dicho, y vere, con verdad. Lo que dice el juez en la

sentencia y que, por lo tanto, consideramos verdad probada.

Las primeras formulaciones modernas, es decir, posteriores a la Edad Media, del concepto de derecho natural, provienen de la Escuela de Salamanca, que fue el grupo de pensadores más importante del mundo en el siglo XVI. Como era un grupo de españoles, se explica que prácticamente sea desconocido en España, mientras que en Google en inglés, por ejemplo, la Escuela de Salamanca tiene casi 700 000 entradas. ¿Alguien en España sabe quién fue Francisco de Vitoria (1483-1546)?

Pues resulta que Francisco de Vitoria, dirigiendo la Escuela de Salamanca, fue el primer europeo que afirmó que los indios, es decir los nativos americanos, no son seres inferiores sino personas con los mismos derechos que cualquier ser humano. Por lo tanto, siendo humanos, son dueños de sus tierras y bienes. Gracias a esta afirmación contenida en su libro *De Indis*, las leyes castellanas de Indias de 1542 reconocieron que los indios eran seres humanos libres que quedaban bajo la protección directa de la Corona hispánica, como a los demás habitantes de los reinos de España. La importancia de esta ley es capital, porque es lo único que amparó a los habitantes de la América hispana a diferencia de lo que ocurrió en la zona anglosajona, donde los nativos fueron masacrados y hoy quedan como un millón y medio de mestizos o indios, recogidos en reservas o guetos, mientras que de los seiscientos veinticinco millones de habitantes de América Latina en el 2019, se calcula que un 70 % son mestizos o directamente nativos. De todas formas, cualquier inglés se cree con derecho a llamar genocidas a los españoles, pero, como no sabemos nada de nuestra historia, por ignorantes nos llamamos, y así nos va. Esa es la diferencia entre la colonización sajona y la latina. Llegará el día en que la verdad se abrirá camino y dejaremos de hacer caso a lo que dicen los bárbaros del norte.

Francisco de Vitoria también fue de los principales juristas que definieron el concepto de «guerra justa» en la Edad Moderna, al afirmar que la guerra solo puede realizarse como respuesta a una injuria, pero nunca por motivos de envidia, deseo de ocupación de territorio ajeno o por motivos religiosos.

La ley en las ciudades-estado desarrolladas, como era Roma en sus principios, no se concebía como un don de los dioses (a diferencia de, por ejemplo, las leyes dadas a los judíos dictadas por Dios), sino como una institución autónoma creada por el hombre. Esta concepción juega un

importante papel en la formación del pensamiento legal occidental; de hecho, es la noción según la cual un Estado de derecho es fundado por la libre voluntad de sus ciudadanos.

La forma única en que la primitiva oligarquía romana incorporó al pueblo en el gobierno y la defensa de la República, así como la integración de los concilios de la plebe en el orden constitucional y la elección por las centurias de los magistrados, creó una entidad única, en la que la aristocracia compartía el poder con la plebe (el Senado y el Pueblo de Roma), los magistrados eran supervisados por el pueblo y, a la vez, proveían al Senado con gobernadores experimentados, mientras que todos los ciudadanos respondían a una sola ley. Esto es lo que hizo de la República romana un éxito histórico.

El tercer elemento que explica la vigencia actual y a través del tiempo del Derecho romano es la manera en la que Roma —mediante la creación de una red urbana en la que colonias y municipios nacían y crecían a imagen y semejanza de la metrópolis— ordenó que cada una de esas ciudades desarrollaran sus leyes copiando las romanas, igual que se construían acueductos o circos a imitación de los de Roma. El desarrollo consuetudinario y democrático de las leyes de Roma y de las ciudades liberó al sistema legal romano de arcaísmos y lo preparó para adaptarse a distintas formas políticas. Por eso el Derecho romano sobrevivió a la caída de la República e incluso a la caída del Imperio.

Los romanos no descubrieron el Derecho ni fueron los primeros en escribir leyes, pero sí que fueron los primeros en transcribir los juicios, que además eran siempre públicos. En ellos, en esa jurisprudencia y su recopilación, se encuentran las preguntas y respuestas a los conflictos de cualquier tipo que puedan surgir entre los ciudadanos. Eso permitió la supervivencia de la ley romana tras las invasiones bárbaras.



Fachada principal de la Corte Suprema de Estados Unidos de América, en Washington. En el centro, la justicia está protegida por dos centuriones romanos con fasces.

Cuando los bárbaros bajaron de sus caballos y quisieron instalarse en lo que antes había sido el Imperio, vieron que necesitaban la burocracia romana para garantizar su dominio sobre las ciudades y el territorio, y que a la vez necesitaban un código de leyes para evitar conflictos entre los habitantes del extinto Imperio y los godos. Por desgracia, los volúmenes en que las leyes habían sido escritas habían encogido en el ínterin que va desde la caída final del Imperio Occidental hasta la, digamos, organización de los reinos bárbaros occidentales. Lo poco que sobrevivió es conocido como Derecho vulgar romano, y consiste en unos cuantos comentarios de instrucciones a funcionarios provinciales, varias sentencias y resúmenes y adaptaciones tardías de libros legales elementales. Vamos, como si hubiera que reconstruir la literatura europea a partir de los restos de apuntes y libros de texto de un colegio infantil de un pueblo pequeño.

A pesar de ser poco y malo el corpus superviviente del Derecho, también para poder aplicarlo eran necesarias algunas facultades básicas; para

empezar, la capacidad de leer y escribir, algo que, tras el fin de Roma, no era tan común entre la gente, y menos entre los bárbaros. El clero en general era por aquel entonces bastante menos analfabeto que el resto de la población, por lo que habitualmente los obispos y párrocos dirigirán el entramado de la red en la que los germanos basarán su dominio sobre las ciudades.

Solo los capaces de leer y escribir pueden transcribir los estatutos, enviar instrucciones por carta o comunicar decisiones que son necesarias para crear un marco en el que las nuevas comunidades se desarrollen. Ese monopolio del saber otorga a los casualmente llamados «letrados» el control sobre todas las transacciones que requieran ser escritas.

En estos años tan oscuros, Occidente no alcanzará a crear una identidad propia hasta mucho más tarde, en el siglo XI, cuando el cluniacismo reforme la Iglesia. La *Renovatio Imperii* renovará la política y el redescubrimiento del Digesto o *Pandecta* de Justiniano provocará el desarrollo y la evolución del Derecho europeo medieval.

El Estudio Civil de Bolonia —la primera universidad del mundo— responsable de la difusión del Digesto, solo pudo existir sobre el ideario político del Derecho romano en su afirmación de que existe un poder, la ley, que es una autoridad europea y universal que está teóricamente por encima de los poderes temporales políticos y de los poderes eclesiásticos. Esta «eterna» autoridad romana demandará que los asuntos de naturaleza pública se solucionen bajo la ley, escrita y comprensible.

Esta supervivencia de la justicia por encima de todo es una característica especial de nuestra civilización. Todos bajo la ley. La misma ley. Lope de Vega en *Fuenteovejuna* (1613) muestra, basándose en un hecho histórico, cómo un pueblo entero y unido dio muerte a un comendador que había burlado la ley de todos abusando de su autoridad, creyéndose así por encima de ella. Como sabemos, ni bajo tortura los ciudadanos respondieron otra cosa que:

- ¿Quién mató al comendador?
- Fuenteovejuna, Señor.
- ¿Quién es Fuenteovejuna?
- Todo el pueblo, a una.

Finalmente acudieron los Reyes Católicos (en cuyo tiempo acaeció el hecho) y, escuchado el caso, le dieron la razón al pueblo, demostrando que ni

el comendador ni nadie estaba por encima de la ley.

La expansión de la ley romana por Europa no habría sido posible si esa ley hubiera sido conocida solo por unos pocos. Las universidades proliferaron, y con ellas los letrados. Estudiantes que regresaban a casa con conocimientos de administración, política, diplomacia y justicia (y latín), por lo que enseguida se hicieron necesarios para el Gobierno civil de los territorios, creando una red que permitía extender el poder del rey, que se superponía así al eclesiástico y que hizo finalmente que el feudalismo pasara a la papelera de la Historia.

Luego, cuando Europa descubrió el resto del mundo, además de compartir su fe compartió también su ley, que era la romana. Por eso, cuando la independencia y la democracia brotaron en el suelo americano, lo hicieron proclamando primero los derechos del hombre (Declaración de Virginia, 1776), donde se dice aquella frase tan conocida de:

 Todos los hombres son por naturaleza igualmente libres e independientes, y tienen ciertos derechos inherentes, de los cuales, cuando entran en un estado de sociedad, no pueden ser privados o postergados.

Que viene a ser lo mismo que dijeron nuestros abuelos romanos antes de escribir las Leyes de las XII tablas. Nuestro amigo galo ya citado, Claudio Rutilio Namaciano, escribió en el siglo V sobre Roma y su ley:

 Formaste una sola patria con pueblos distintos. Al imponer tu poder beneficiaste a los vencidos, ignorantes de la justicia, y al ofrecerles compartir tus propias leyes, hiciste una ciudad de lo que antes era un mundo.

Y para terminar, Cicerón expresó lo que debe ser la base y objetivo del Derecho: «La ley suprema es el bien del pueblo».

X

POMPEYA

La ciudad que desapareció para preservar el recuerdo de Roma.

La ceniza caía, aunque no era muy gruesa. Miré alrededor: Una nube densa y negra venía detrás de nosotros expandiéndose sobre la tierra como una inundación.

Plinio el Joven, siglo I

Todo va a ir bien.
Anónimo, siglo XXI

POMPEYA ERA EN EL SIGLO I UNA «CIUDAD DE VACACIONES», igual que Marina D'Or, solo que fundada en el siglo VIII antes de Cristo. Cuando desapareció, tenía ya más de nueve siglos de existencia, era tan antigua como Madrid lo es hoy. Pompeya dejó de existir para siempre un día cualquiera, un 24 de agosto del año 79 de nuestra era. El pan se quedó en el horno. La carta, a medio escribir. La mesa, sin recoger. En un momento, todos sus habitantes huyeron o fueron masacrados por la montaña que les daba sombra y que no sabían que era realmente un volcán: el Vesubio.

Obviamente, la ciudad había recibido advertencias de que una catástrofe podía estar en ciernes; temblores de tierra y problemas en el abastecimiento del agua fueron preavisos, con semanas de antelación, de lo que se fraguaba. Durante dos días, se vio cómo estallaba la cima de la montaña, y una lluvia de ceniza con alguna piedra de regalo cayó sobre la ciudad. La mayoría de los pompeyanos tuvieron tiempo para escapar antes del terrible final, otros no lo hicieron. Todos y todo lo que quedó en Pompeya permaneció atrapado en el tiempo.

En el interior del recinto amurallado de la ciudad abandonada se pueden observar los distintos «ensanches» urbanos que, según Pompeya fue creciendo a lo largo de los siglos, presentan una malla regular con trazado geométrico o hipodámico, como, por ejemplo, ocurre en Manhattan o en las ciudades fundadas por los españoles en América. Este orden urbanístico pompeyano es

sin duda fruto de varias planificaciones dirigidas por una administración municipal eficaz y continuada; sus calles, con aceras para proteger a los viandantes, están totalmente pavimentadas y todavía podemos cruzarlas por multitud de pasos de cebra situados a la misma altura que las aceras. Las casas, los bares eran similares a los actuales, y no es difícil imaginarse a nuestros abuelos romanos recorriendo esas mismas avenidas hoy plagadas de turistas haciendo fotos. A veces uno, caminando por sus negras calles, piensa que a la vuelta de la esquina va a encontrarse con algún romano con toga... sería lo más normal. Los que estamos fuera de lugar allí somos los turistas despistados que deambulamos por una ciudad que nos recuerda algo, pero no sabemos muy bien qué.

Pasear por Pompeya es como hacerlo por una ciudad pequeña, como el centro histórico de Toledo, pero abandonada por sus habitantes y poblada por miles de curiosos impertinentes que se hacen «selfis» en cada esquina. De sus casas vacías hemos sacado casi todo lo que sabemos sobre la vida cotidiana de nuestros abuelos romanos, que abandonaron, los que pudieron, la ciudad de cristal al pie del Vesubio.

Durante más de mil seiscientos años se había perdido la memoria tanto de su existencia como de la de su vecina Herculano, enterradas por una erupción terrible. La colina bajo la que se ocultaba la ciudad se llamaba Civitas, pero nadie sabía ya por qué. Era un lugar maldito y sin habitantes, aunque en su época de esplendor Pompeya tenía alrededor de 20 000 residentes que se repartían en más de 66 hectáreas ocupadas por todo tipo de edificios. Pero salvo por las cartas de Plinio a Tácito —en las que se describía la erupción— no quedaba memoria de la urbe, ni mucho menos de su ubicación.

Nuestro amigo el aragonés Marcial, contemporáneo del suceso, dedicó uno de sus pocos epigramas tristes a mencionar la tragedia:

Este es el Vesubio, verde hasta hace poco con la sombra de sus pámpanos. Aquí su famosa uva hacía rebosar los bullentes trujales. Estas son las cumbres que Baco prefirió a las colinas de Nisa, por este monte desplegaron poco ha sus danzas los sátiros. Esta es la morada de Venus, más grata para ella que Lacedemonia, aquí había un sitio famoso por el nombre de Hércules. Todo está asolado por las llamas y sumergido en lúgubre ceniza y los dioses no querrían que esto se les hubiera permitido.

En 1738, el entonces rey Carlos VII de Nápoles, hermano y más tarde

sucesor de Fernando VI de España con el nombre bastante más importante de Carlos III, fue informado del descubrimiento de algunas antigüedades en las obras de un pozo cerca del pueblo de Resina. Anticipando la importancia del descubrimiento, ordenó que se investigara el origen de esas obras de arte, enterradas a más de 20 metros de profundidad.

En las excavaciones, comandadas por el capitán del cuerpo de ingenieros del ejército español Roque Joaquín de Alcubierre, también aragonés como Marcial, se descubrió lo que en realidad era la ciudad de Herculano, congelada en el tiempo bajo las cenizas y la lava del volcán, desde aquel fatídico 24 de agosto del 79 de nuestra era. Pronto afloraron multitud de pinturas y esculturas que iban llenando el nuevo Palacio Real napolitano, tantas, que acabaría por convertirse en el magnífico Museo Arqueológico Nacional de Nápoles que es hoy.

Unos diez años más tarde, un granjero descubrió algunos kilómetros más allá de Herculano, en la colina Civitas, algunos restos y estatuas de mármol. Alcubierre acudió de inmediato y descubrió ruinas de casas de una población romana desconocida; corría el año 1748 y nadie recordaba ni suponía que una ciudad entera estuviera sepultada bajo la fértil y volcánica tierra del campo de la bahía de Nápoles.

No fue hasta quince años más tarde (1763), cuando se averiguó que la ciudad hallada era en realidad la legendaria Pompeya, y los grandes descubrimientos no se hicieron esperar, ya que sus restos quedaron enterrados bajo cenizas, en vez de bajo lava solidificada, como fue el caso de Herculano. Por lo tanto, Pompeya era más fácil de excavar. A la par que se estudiaban los hallazgos, se organizó un régimen de visitas a las excavaciones y, por primera vez en la historia, de conservación de los restos localizados.

Las noticias de que una ciudad entera de la época romana había sido descubierta, y de la tragedia apocalíptica de su desaparición, se extendieron a lo largo y ancho de Europa interesando en plena época y apogeo de la Ilustración a los círculos de estudiosos de todo el mundo. Este gran hallazgo influiría decididamente en el desarrollo del gran movimiento del Neoclasicismo, que impregnó todas las ramas del arte y de la cultura durante el siglo XVIII.

Siete años después del descubrimiento de Pompeya (1755), se creó por orden del rey Carlos la Reale Accademia Ercolanese (Real Academia de

Herculano), para el estudio de las obras de arte encontradas bajo la lava del volcán. Esta institución fue pionera en el mundo en el estudio sistemático de un yacimiento arqueológico y es motivo y origen fundamental del nacimiento de la Arqueología como ciencia. Por supuesto, casi nadie en España sabe que Pompeya se descubrió y fue estudiada por personal de nuestro ejército, bajo el mandato del ilustre e ilustrado rey Carlos III. Ni que España tenga nada que ver con la fundación de la moderna arqueología. Lógico. Modestos o idiotas (del latín idiota) que somos.

Desde 1757 hasta 1792, por orden del rey, comenzaron a publicarse los volúmenes titulados *Le Antichità di Ercolano*, donde se catalogaban, describían y mostraban en los mejores grabados muchas de las piezas que aparecían en las excavaciones de las ciudades perdidas de la bahía de Nápoles. Estos libros, que completan 8 volúmenes y muestran la pintura, la escultura en bronce e incluso las lámparas halladas bajo la lava, circularon entre los estudiosos de toda Europa, poniendo al alcance de los artistas copias de obras romanas nunca vistas y dando un impulso definitivo al Neoclasicismo. Como anécdota, decir que uno de los primeros dibujantes y grabadores de la obra fue Giovanni Battista Casanova, hermano del Casanova famoso.

La obra incluye unos 620 grabados realizados con la máxima calidad que la época permitía. Además, muestran la escala y medida real de las obras ilustradas, lo que, junto con la descripción de los hallazgos, convierte los 8 volúmenes de «Antigüedades» en el primer trabajo científico sobre el arte de la antigua Roma realizado en el mundo.

Llevamos más de 250 años de estudio y excavación de la ciudad y todavía nos queda mucho por saber. Más o menos la cuarta parte continúa oculta. La lectura de lo descubierto da sorpresas cada día y nos enseña lo poco que hemos cambiado, aunque los tejados de la ciudad se hayan derrumbado por el peso de la lava en polvo, de las cenizas que grano a grano acabaron por hundirla y crear una colina.

Ya en el Génesis 3:19 se dice: «Polvo eres y en polvo te convertirás». O como cantaba más preciso David Bowie en 1980, en su tema *Ashes to ashes*:

Cenizas a las cenizas.

Que es lo que se dice —lo sabemos por las películas— en los funerales

anglicanos: «Cenizas a las cenizas, polvo al polvo». Aunque Bowie terminaba la frase en vez de con Dust to Dust con el juego de palabras Funk to Funky, que podría traducirse malamente como: «Del bajón al funky (música alegre)».

En la película *Gladiator*, se decía: «Los mortales solo somos sombras y ceniza». Debajo de ese polvo apareció una ciudad entera. Sus restos muchas veces vieron la luz durante solo un segundo, ya que una vez expuestos a la intemperie no resistieron fuera de la costra de ceniza que los protegió durante dos mil años; pintadas hechas con carboncillo en las paredes, pinturas tan frescas durante un instante como cuando se realizaron. En una casa incluso estaban a medio pintar las paredes de un cuarto y un cubo se vertió durante la erupción, quedando abandonado junto con pinceles y escaleras. En otro lugar, los restos de destilados para hacer un perfume, las espinas de una sardina, cáscaras de frutos secos, un plato de ricas aceitunas... detalles ínfimos de la vida diaria, restos de lo cotidiano y efímero, guardados para que los investigadores, a veces a toda velocidad, intentaran terminar de entender la pieza hallada antes de que desapareciera para siempre; para que reseñaran, apuntaran y documentaran la vida, exhumada por un momento de la ceniza.



Baco y el Vesubio, el año 79, antes de la erupción. Fresco de la Casa del Centenario, en Pompeya. Museo Arqueológico Nacional. Nápoles.

Los Calcos de Pompeya son depósitos de yeso inyectado en los huecos que han dejado las víctimas de la erupción. La técnica se perfeccionó en el año 1863 por Giuseppe Fiorelli y consiste en inyectar el material en las cavidades que aparecen en la ceniza, para crear un positivo del negativo que dejó la materia orgánica. Estos calcos, retratos de pompeyanos fallecidos en la catástrofe, a veces mantienen restos de huesos y huellas de ropa, la túnica alzada sobre el cuerpo caído una fracción de segundo antes de ser engullido por la nube volcánica, o incluso nos muestran un último gesto, la última postura, como la madre que abraza a sus hijos en un intento postrero de protegerlos, el hombre en cuclillas rezando o tirándose de los cabellos o el perro retorcido alrededor del palo, al que estaba por desgracia atado con una cadena.

En 1922, en la llamada Casa del Criptopórtico, se halló una pareja abrazada que inmediatamente fue bautizada como los amantes, al interpretar que en el instante último habían buscado cobijo cada uno en los brazos del ser amado. Obviamente, por la época del hallazgo se pensó que eran una mujer y un hombre, pero en abril de 2017 la técnica ha descubierto que se trata de dos varones de edades cercanas a la veintena y que no tenían parentesco, tal y como atestigua el ADN. Nunca podremos saber si eran en efecto una pareja o si eran dos amigos o incluso desconocidos que buscaron auxilio ante un final tan inminente y terrorífico.

La erupción había durado días, con una lluvia de ceniza que seguramente fue precedida por temblores de tierra y otras señales. La mayoría de los habitantes pudieron escapar antes del fatídico final, antes de que una ardiente nube de materiales volcánicos, desplazándose a más de 100 km/hora, devastara la ciudad y acabara con toda vida. Nunca sabremos por qué algunos se quedaron atrás hasta el último momento. Una familia entera en una casa, con una mujer en avanzadísimo estado de gestación, nos sugiere que lo hicieron ante la inminencia del parto; otros quizás por confiados; algunos tal vez por pensar que la lluvia de piedras pasaría...

Un grupo de estas víctimas de última hora que siempre me ha llamado la atención lo compone lo que seguramente es una familia que parece que esperó hasta que la lluvia de ceniza amainara un poco para intentar huir, aunque fuera con lo puesto: el padre abría la procesión y se tapaba como podía con la toga, llevaba guardados unos cuatrocientos sextercios, algunas

joyas de oro y las llaves de casa, que seguramente habían dejado cerrada con la optimista idea de volver pronto. Le seguían sus dos hijas de la mano y, tras ellas, marchaba la madre, cerrando la comitiva, con una bolsa en la que cargaba cucharas de plata y otros objetos, como una estatuilla de ámbar del Báltico que quizás era su posesión manejable de más valor. La nube piroplástica los encontró en la calle y acabó con ellos instantáneamente. Por las huellas que dejaron en los calcos, sabemos que el padre tenía abultadas cejas, o que la madre se alzaba el vestido en el momento de huir. Los cuatro quedaron juntos enterrados en su vano intento de escapar. ¿Por qué esperaron tanto? ¿alguna niña estaría enferma y temían llevarla de viaje? El dinero, los enseres, podían ser suficientes para ayudar a sobrevivir mientras pasaba la «tormenta». La llave demuestra que tenían esperanza, que pensaban algún día volver y disfrutar de su vida borrada de un soplido, regresar a su casa y seguir con sus sueños. Fue hace dos mil años, pero parece que habláramos de familiares nuestros.

Un poco más allá, en el horreum (como todos los romano-asturianos sabemos: granero) del foro de Pompeya, se conservan algunos de los más famosos calcos. Guardados en una vitrina, los restos de lo que parece fue una chica que nos dejó su huella en la lava en el momento de taparse la boca con un pliegue de su túnica, todavía visible en el yeso. Ese fue su último momento. Junto al famoso calco del hombre en cuclillas, alguien, quizás un turista, ha dejado una rosa en el suelo.

Nada en la tierra da más pena que estas fotografías tridimensionales de nuestros parientes lejanos de Pompeya. Pero su tragedia, su desaparición de la memoria humana durante 1700 años, hizo posible que viajaran por el tiempo para enseñarnos, todavía hoy, aspectos de la vida cotidiana del Alto Imperio romano que de otra manera no conoceríamos. La ciudad más famosa de la Antigüedad creo sin duda que es esta. La razón tal vez la explicó mejor en la canción Pompeii (Pompeya, en latín) el grupo británico Bastille, en 2013:

Pero si cierras los ojos,
¿No sientes como si nada
Hubiera cambiado en absoluto?
Y si cierras tus ojos,
¿No sientes como si
Hubieras estado aquí antes?

Y es verdad, al pasear por las calles de Pompeya se tiene un poco la sensación de haber estado allí antes porque se parece al pueblo de los padres, de los abuelos; porque las casas, aunque distintas a las nuestras, nos dicen muchas cosas; porque en un bar alguien dejó el cambio sobre la barra como si fuera a volver en cualquier momento, tal vez hoy, como si nada hubiera cambiado. Es verdad que seguimos siendo romanos. Por eso nos duele.

Se han desenterrado más o menos las dos terceras partes de los restos de la ciudad, sin que hasta ahora se haya descubierto el puerto, ni muchos edificios que la explicarían mejor. Ese reto se lo dejamos a las siguientes generaciones, que sabrán conservar lo hallado. En cambio se han encontrado multitud de templos, incluido uno consagrado a Isis, un teatro como el de Mérida y un pequeño teatro cubierto, que se piensa se dedicaba a funciones musicales y conciertos. Por supuesto, también han aparecido burdeles, varias termas y un anfiteatro, con cabida para 20 000 personas, donde unos años antes de la erupción las peleas entre los hinchas pompeyanos y los ultras de la vecina Nocera provocaron un altercado tan grande que se prohibió que se celebraran más juegos durante diez años. Aunque la prohibición se levantó tres años después por la UEFA de entonces.

El 24 de agosto del año 79, el Vesubio entró en erupción y sepultó completamente Pompeya y las vecinas Herculano, Stabia y Oplontis. Sus habitantes, que desconocían que la montaña que les daba sombra fuera un volcán, creyeron que los dioses habían decretado el fin del mundo. La erupción duró al menos dos días, la devastación fue absoluta y los supervivientes, al regresar, encontraron un paisaje totalmente diferente al que habían dejado en su marcha precipitada, por lo que decidieron abandonar para siempre ese lugar maldito. Olvidado de los dioses y oculto de la vista, enterrado bajo una manta gris. Cenizas a las cenizas.

Ahora hay listos o estudiosos (del norte bárbaro) que afirman que la fecha dada por Plinio, ese 24 de agosto, no es válida, pero los restos de higos atestiguan que estaba avanzado ese mes (algún «sabio» sajón he visto que ha dicho que los higos son un fruto de octubre; será en Escocia, porque en Nápoles, pues como que no). También los hay muy listos, de los que nunca han visto una cepa ni en foto, que afirman que la vendimia en esta latitud se realiza en noviembre; todos los habitantes del sur de Europa saben que a partir de finales de agosto es cuando toca recoger la uva, por lo tanto, si la

vendimia estaba recién hecha, o en marcha, también se confirmaría lo que dice Plinio. Por último, hay quien dice que la gente llevaba túnicas de invierno en su huida y que por eso puede que estuviera más avanzado el año; es otra espuria afirmación que ha sido ya contestada por personas más doctas que yo, como Mary Beard, quien afirma sabiamente que no es lo mismo la ropa que uno se pone para huir de la lluvia, especialmente de la lluvia de ceniza, que para tomar limoncello en una terraza en Nápoles a finales de agosto.

Una vez aclarado este tema, volvamos a Pompeya el día después, el 25 de agosto. Solo la parte superior de los edificios más altos sobresalía ya del suelo. La ciudad quedó cubierta primero por una lluvia de piedra pómez y fragmentos líticos y, de forma inmediata, por una capa de una ceniza finísima. Más tarde, se sucedieron una serie de nubes piroplásticas a una temperatura de entre 300 y 400 grados centígrados que la arrasaron. Herculano, más cercana al Vesubio, quedó sepultada bajo 23 metros de material volcánico sólido, una capa de piedra inexpugnable que quién sabe qué guarda. Todavía no tenemos la tecnología capaz de sacar a la luz la mayoría de sus restos.

En Pompeya, durante la primera fase de la erupción, las piedras se acumularon rápidamente en las calles, en el foro, sobre los techos de los edificios, mientras muchos de sus habitantes dudaban aún si huir de la ciudad o si aquello amainaría. Pocos años antes, en el 62, una serie de terremotos ya había destruido varios edificios de la ciudad, pero no hubo erupción ninguna. Eso pudo hacer pensar a algunos que pronto pasaría lo que fuera que estuviera pasando.

Unas horas después del inicio de la erupción, el peso de la escoria acumulada sobre los tejados provocó su desmoronamiento y atrapó a muchos ciudadanos que se escondían en sus casas. Los supervivientes del hundimiento se encontraron con que las puertas y ventanas estaban obstruidas por la piedra y la ceniza, y solo pudieron intentar escapar subiendo o trepando sobre los escombros y saliendo por los tejados, a veces arrancando desde dentro las tejas o atravesando por algún agujero. Allí, a veces en el mismo tejado, los últimos habitantes de Pompeya fueron abrasados por las nubes ardientes que expulsaba el volcán.

De los más o menos 15 000 o 20 000 habitantes que se calcula tenía la

ciudad, posiblemente la mitad fallecieron esos días (se han recuperado restos de unos 3000 cadáveres), pero en su tragedia nos dejaron un legado único y eterno, una ciudad romana entera paralizada en el tiempo. La catástrofe de esta erupción volcánica tuvo una potencia devastadora mayor incluso que una bomba nuclear, pero una vez superada la fase explosiva, la piedra pómez actuó como una capa de conservación casi perfecta que ha preservado edificios, calles, fuentes, muebles, comida, plantas, adornos... durante dos mil años. De hecho, Pompeya ha sufrido más desde su descubrimiento y excavación que en los 1700 años anteriores. Fue bombardeada en la Segunda Guerra Mundial; las autoridades arqueológicas han sido muy criticadas por la poca atención prestada a su conservación; las lluvias han hundido tejados y destruido paredes... pero, a pesar de todo, Pompeya es el mejor libro donde leer cómo era la vida en el primer siglo del Imperio romano.

En 1943 Pompeya estuvo a punto de desaparecer de nuevo, cuando ingleses y americanos (otra vez los bárbaros) durante la reconquista de Italia dejaron caer alrededor de 200 bombas de gran potencia en la ciudad romana. Por motivos políticos, para no ensombrecer la imagen de los aliados, se ocultó el bombardeo, que en un remedo de la erupción del año 79 se llevó por delante parte de la ciudad e incluso un museo situado en el mismo yacimiento, donde se almacenaban casi 2000 piezas, entre las que se encontraba el mayor fresco romano hallado jamás y que, de haber sobrevivido, sería sin duda la pintura más importante conservada de la época. En él se representaba el mito de Diana y Acteón, el cazador que vio bañarse desnuda a la diosa y que, como castigo, fue convertido en ciervo y matado por sus propios perros.

Curiosamente, en marzo de 1944, un año más tarde de los bombardeos, el Vesubio tuvo su última erupción hasta el día de hoy. A unos 20 km de Pompeya estaba la base del escuadrón 340 de la fuerza aérea norteamericana. La ceniza ardiente, esta vez de la erupción, destruyó en cinco días alrededor de 90 bombarderos B-25, todos los que había. No hubo que lamentar pérdidas personales, pero el escuadrón desapareció del orden de batalla aliado. ¿Venganza de los dioses por los bombardeos sobre la ciudad?



Un plato de higos de Pompeya, conservados tras estos dos mil años. Museo Arqueológico Nacional. Nápoles.

El Vesubio, que se encuentra ahora en su periodo «pacífico» más largo, ha tenido erupciones importantes: desde el 79 hasta 1944, unas 36, aunque nunca con la violencia de entonces. En el año 472 se dijo que la ceniza lanzada por él llegó hasta Constantinopla en forma de lluvia gris. En el año 1036 un vómito de lava atravesó el campo circundante. En 1631 sucedió otra importante erupción en la que fallecieron más de 3000 personas de las poblaciones situadas junto al volcán, después entró en erupción en 1660, 1682, 1694, 1698, 1707, 1737, 1760, 1767, 1779, 1794, 1822, 1834, 1839, 1850, 1855, 1861, 1868, 1872, y así de vez en cuando. En 1906 la erupción mató a más de 100 personas, destruyó el antiguo funicular y enterró en la lava el restaurante que se situaba en su base. La última, de la que ya hemos hablado, sucedió en 1944. Hay que recordar que Nápoles es hoy una ciudad de casi un millón de habitantes y que se halla a menos de 9 km del cráter del

Vesubio. Las poblaciones cercanas, aparte de Nápoles, suman más de 600 000 habitantes que pueblan lo que se conoce como Zona Roja, que en la actualidad sería la más peligrosa en caso de erupción.

Evidentemente en nuestros días existe un plan de emergencia y evacuación que utiliza todos los medios al alcance del Estado. En 1984 hubo que evacuar a 40 000 personas de la zona de los campos Flegreos, junto a Baiae, pero afortunadamente no llegó a haber erupción. Actualmente, los esfuerzos de la administración van encaminados a disminuir la población residente en los 18 municipios que conforman la Zona Roja, negando licencias de construcción y fomentando fiscalmente que los habitantes se muden a otros lugares más seguros. Lo que suele ocurrir muchas veces es que la picaresca hace que, según cobran la subvención por irse a otra región, los avispados vecinos de la zona construyan ilegalmente otra vivienda de la cual hay que volver a desalojarlos, y así hasta la próxima vez.

El objetivo, junto con la ampliación del parque nacional del Vesubio (que incluye a Pompeya), es que la zona pueda evacuarse en un máximo de tres días desde la alarma inicial. Obviamente, el Vesubio se halla actualmente monitorizado, como si de un paciente de la UCI se tratara, mediante el Observatorio Vesubiano, que cuenta con un montón de estaciones sísmicas, radares, seguimiento vía satélite y estaciones de medición de gases para que la próxima erupción, que la habrá, no nos pille despistados en la medida de lo posible. Sobre la del 79, como dijimos, solo conocíamos lo que figuraba en las cartas de Plinio, sin que nadie hasta finales del XVIII supiera a qué se refería realmente el naturalista.

Plinio el Joven, en una de sus misivas a Tácito, describió la erupción de la siguiente manera:

Miré a mi alrededor: una densa nube negra se elevaba detrás nuestro, esparciéndose sobre la tierra como una inundación [...] Se podían escuchar los alaridos de las mujeres, el llanto de los niños y los gritos de los hombres; algunos llamaban a sus padres, otros a sus hijos o esposas, tratando de reconocerles por sus voces. La gente se lamentaba a todo pulmón de su propia desventura o de la de sus familiares y había aquellos que rezaban pidiendo la muerte a pesar del natural terror a morir. Muchos imploraron la ayuda de los dioses, pero muchos más todavía pensaron que no existían ya los dioses y que el universo caía en picado para sumirse en una oscuridad eterna, en el caos, hasta el fin de los tiempos.

El tiempo se detuvo.

La vida quedó congelada debajo de la lava del Vesubio. Su desgracia es hoy nuestro conocimiento. Cuando se pasea por las calles de Pompeya, si cierras los ojos un momento, como dice la canción citada, parece que nada ha cambiado. Se tiene una extraña sensación de familiaridad.

No hay ninguna duda de que cuando Carlos III fue nombrado rey de España, intentó plasmar lo que día a día se averiguaba a pie de excavación sobre cómo se vivía en Pompeya, para trasladar después a Madrid, al igual que ocurriría en las demás capitales europeas, los conocimientos urbanísticos que se leían en las ruinas de la ciudad olvidada. No por nada se dice todavía sobre Carlos III: «El mejor alcalde, el rey».

Él trajo a Madrid y a las capitales del Imperio ordenanzas que mandaban empedrar y limpiar las calles de la ciudad, iluminar los portales, construir canales y «conductos para las aguas de cocina y otras menores de limpieza, con sumideros o pozos para las aguas mayores». Las basuras se recogerían con carros y se llevarían fuera de la ciudad, se crearía una policía urbana, etc. Es decir, se copió en el siglo XVIII lo que ya había en la Pompeya del siglo I. Se recuperó el urbanismo, la limpieza y el ornato con la instalación de fuentes y estatuas, casualmente de dioses romanos: Cibeles, Apolo, Neptuno, en una ciudad donde antes se ponían imágenes o cuadros religiosos en las esquinas para evitar que la gente orinase en ellas... Se fomentó la ciencia y el arte con la creación del Museo del Prado, del Observatorio, del Real Jardín Botánico...

Sobre la labor que realizó el monarca, escribió el famoso cronista de Madrid Mesonero Romanos: «El gran Carlos III, descubridor de Pompeya, hizo también salir a Madrid, si no de sus ruinas, por lo menos de su letargo».

Efectivamente, las grandes avenidas descubiertas en la ciudad congelada, el empedrado, el alcantarillado, los edificios públicos, los «serenos», como los vigiles romanos, son algunas de las «recuperaciones» de la civilización romana que poco a poco y desde la época ilustrada han hecho que nuestras ciudades se parezcan más a la antigua Pompeya, es decir, a Roma, que a lo que fueron hasta el siglo XVIII, básicamente un pozo de inmundicia. Afortunadamente el descubrimiento de Pompeya ayudó a recordarnos que somos romanos, no bárbaros, y por eso debíamos recuperar lo que nuestros abuelos tenían en sus calles, en sus plazas, en sus casas.

Al descubrimiento de la ciudad le debemos más de lo que nos

imaginamos. La Ilustración, el Neoclasicismo y los conocimientos desenterrados junto con las obras de arte del subsuelo de la villa perdida dieron un impulso definitivo al moderno urbanismo y forman parte de nuestras inteligentes ciudades.

Las cartas de Plinio no tienen desperdicio, nos hablan con la mayor familiaridad, como si nos las escribiera un amigo contándonos cómo empezó todo. Estaba entonces al otro lado de la bahía, en Miseno, con su tío y padre adoptivo Plinio el Viejo, y nos relata así los primeros momentos: «El día 24 de agosto en torno a las 13 horas mi madre le indica (a mi padre) que se divisa una nube de un tamaño y una forma inusual...».

Tras haber disfrutado del sol y luego de un baño frío, había tomado un bocado tumbado y ahora trabajaba; pidió las sandalias y subió a un lugar desde el que podía contemplar mejor aquel fenómeno. Una nube —no estaba claro de qué monte venía vista de lejos, solo luego se supo que había sido del Vesubio— surgía. «No se parecía por su forma a ningún otro árbol que no fuera un pino», nos dice Plinio.

No se puede explicar de manera más simple y llana. Por cierto, que con Plinio se encontraba un compatriota nuestro cuyo nombre desconocemos y que fue testigo en primera persona de la erupción, que por la noche, como todos, fue a la playa por miedo a que las casas se vinieran abajo, según se nos cuenta en las cartas:

De pronto se acercó un amigo de mi tío, que recientemente había llegado de España para visitarlo, y al vernos ahí sentados, y a mí que aún estaba leyendo, reprochó a mi madre su paciencia y a mí, mi confianza. No obstante, yo seguí ocupado con mi libro. (...) Entonces aquel amigo que había venido de España nos dijo seca y llanamente, a mi madre y a mí: «Si tu hermano, si tu tío, vive todavía, quiere que vosotros también os salvéis. Si ha muerto quiso que le sobrevivierais. Por tanto ¿qué esperáis para emprender la huida?».

Después de esto, y viendo que Plinio seguía tranquilamente leyendo en la playa, el anónimo hispano puso pies en polvorosa (pues ahí te quedas, chaval), seguido instantes después por el resto de los allí presentes; posiblemente su ejemplo de sensatez salvó al final a todos y permitió que el joven Plinio escribiera estas dos cartas que son el testimonio más directo y primero de lo que ocurrió entonces.

La bibliografía acumulada desde aquellas dos misivas no es comparable a

la de ningún otro yacimiento arqueológico del mundo, ni siquiera a la de Roma. Desde los documentos de la Academia de Herculano que cuentan la forma en que se organizaban los trabajos por parte del cuerpo de ingenieros españoles, para desenterrar la ciudad, hasta los estudios más recientes, con el empleo de técnicas de prospección geofísica, escáneres de gran precisión, satélites o drones para levantar mapas tridimensionales, ha habido un larguísimo camino; como cuando decían que la Mafia, tras la Segunda Guerra, se ofreció a limpiar la ceniza de las calles de Pompeya a cambio de que le permitieran conservarla para asfaltar las carreteras de la Italia post-Mussolini. Por cierto, que las autoridades aceptaron. Cuando se circula de Sorrento a Amalfi, parte de la materia prima que compone la autostrada proviene de la ceniza que cubrió cualquier calle pompeyana.

En 1971, Pink Floyd dio un miniconcierto, *Pink Floyd Live at Pompeii*, en el anfiteatro vacío de Pompeya (solo se permitió el acceso a algunos niños de la zona y, por supuesto, al personal de producción). Hoy se conserva en un dvd que se reeditó con las seis canciones que grabaron en vivo y otros materiales remasterizados. Entre los temas destaca *Echoes (Ecos)*, muy propio del entorno donde tuvo lugar el concierto, la vacía Pompeya, llena de ecos. Una de las estrofas de la canción dice:

Desconocidos pasan por la calle
Por casualidad dos miradas distintas se cruzan
Y yo soy tú y lo que veo soy yo
Y te tomo de la mano
Y te guío por la tierra.

Frases ambiguas que pueden aplicarse a muchas cosas, no solo a Pompeya, pero que seguro que aquí tienen un significado especial. Muchos pensamos que paseando por las desiertas/atestadas calles de Pompeya nos hemos cruzado alguna vez con nosotros mismos. Por cierto, la canción *Ecos* es la más larga que grabó nunca Pink Floyd; dura 23 minutos y 35 segundos. Hay quien dice que en homenaje al 23 del 3 + 5 = 8 (agosto, mes octavo). El día que, según ellos, empezó la erupción. Personalmente lo dudo bastante, entre otras cosas, porque todo el mundo sabe que fue el 24 y, total, un minuto más de canción no era difícil de añadir, pero en cualquier caso, apuntado queda.

En el 2016, 45 años después, David Gilmour, quien fuera guitarra y

cantante de Pink Floyd, regresó a Pompeya a dar dos conciertos impresionantes ante 2600 privilegiados. La película del evento se estrenó simultáneamente para ser vista solo durante un día de septiembre de 2017 en cines de todo el mundo. Entre los temas interpretados estuvo Caras de Piedra, canción del 2015, en la que David habla de un paseo con su madre, fallecida de demencia, que decía ver caras de piedra en el parque. La letra dice:

Caras de piedra que observan desde la oscuridad
Mientras el viento nos rodea y tú me coges del brazo en el parque,
Imágenes enmarcadas colgando de los árboles
Y tú hablabas de cuando eras joven
Pero los años se han vuelto secos como las hojas de los árboles.

Otra canción «evocativa» para ser escuchada precisamente en Pompeya.

Hay quien dice que el «muro» de Facebook fue inventado en la ciudad. No lo digo yo, lo dijo el actor americano Robin Williams (1951-2014), quien observó las pintadas en las paredes pompeyanas y el sistema de preguntas y respuestas que sobre esos muros se encuentran todavía.

Como ejemplo de esta primitiva red social, baste el diálogo mantenido en una de las paredes del llamado bar de Prima, donde Sucesus y Severo mantienen un eterno reto en grafiti por el amor de Iris, la esclava de la taberna. Severo escribe:

Sucesus el sastre ama a la esclava de la tabernera, Iris.
Ella en cambio, no le ama. A pesar de todo, él le pide que tenga piedad.
Su rival escribió esto.
Adiós.

Contesta Sucesus:

Envidioso, ¿por qué te metes en medio?
Deja paso a uno que es más guapo y que está siendo muy maltratado.

Severo le increpa:

Ya he hablado. He dicho todo lo que hay que decir.
Tú amas a Iris, pero ella no te quiere.

En Pompeya se han recuperado al menos unos diez mil grafitis, que van desde la publicidad, la propaganda o la solicitud de ayuda, hasta los insultos

más soeces. Su trascendencia radica en que son la prueba viviente del quehacer diario, de los pequeños problemas y bromas de quienes antes del año 79 habitaban contentos esta ciudad de vacaciones.

«Nosotros habitamos aquí, que los dioses nos hagan felices», aparece grabado en la puerta de una casa. La nula intención de perdurar de la inmensa mayoría de estos mensajes es precisamente lo que los carga de interés, porque a través de estos muros, nuestros abuelos de Pompeya nos han dejado mensajes escritos ayer, que leemos dos mil años más tarde de que los colgaran en el «muro» de nuestro Facebook. O si lo prefieres, son pequeños tuits eternos:

Satura estuvo aquí el 3 de septiembre.

Al que defeca en esta pared:

Cuidado con la maldición: Que tengas a un enfadado Júpiter como enemigo.

Dejad para después de visitarme vuestras discusiones si podéis.

Si no, iros y lleváoslas a vuestra casa.

Un pequeño problema se convierte en un gran problema si lo ignoras.

La multitud de manos de hombres, niños, mujeres, esclavos, libertos y de todo tipo de ciudadanos que grabaron o escribieron en las paredes de la ciudad fantasma nos enseña también otra cosa: que la mayoría de la población sabía escribir y leer. Desde luego, estaban mucho más alfabetizados que los que terminaron con el Imperio romano y estupidizaron nuestra Europa desde entonces y hasta hace un rato. Obviamente, las «redes sociales», como eran las paredes de las ciudades y municipios romanos, precisan, además de la tecnología, que los participantes sean capaces de comunicarse, de leer, escribir y entenderse, como pasaba en Pompeya.

Que intente encadenar a los vientos e impida brotar a los manantiales
el que pretenda separar a los enamorados.

Cuando estás muerto no eres nada.

Samius a Cornelio: Ve y cuélgate.

Amaban, soñaban, se insultaban. Son mensajes del pasado que nos llegan como si no hubieran pasado dos mil años. La permanencia de lo efímero. El caminar por Pompeya y encontrar que si cerramos los ojos, nada ha cambiado.

Salud al que ame. La muerte al que no sepa amar.
Dos veces la muerte al que prohíba amar.

Y es que hay pintadas de todo tipo, desde anuncios inmobiliarios:

En la manzana Arriana Polliana, ahora perteneciente a Gnaeus Alleius Nigidius Maius, se alquilan desde el primero de julio tiendas con altillo habitable, apartamentos de lujo y casas. Preguntar por Primus, el sirviente de Gnaeus Alleius Nigidius Maius

Hasta maldiciones:

Chius, espero que tu úlcera sangre de nuevo,
y que te queme por dentro aún más que antes.

Pasando por mensajes variados de interés ciudadano:

Si alguien ha perdido unas cestas el 25 de noviembre,
que contacte con Quintus Decius Amphio, el liberto de Lucio,
en este lado del puente sobre el Sarno, en el almacén.

Un contenedor de bronce ha desaparecido de la tienda,
se ofrece una recompensa de 65 sextercios a quien lo devuelva;
cualquiera que me dé información sobre el ladrón, si lo atrapo,
recibirá además 20.

Y anuncios eróticos o totalmente obscenos:

Lais la chupa por dos ases.

Me he tirado a la tía de la taberna.

Así, no es de extrañar la pintada de otra pared pompeyana en la que, llena de grafitis de este tipo, se añadió como colofón:

Me sorprende, oh pared, que no te hayas derrumbado bajo el peso
de las tonterías que tanta gente te escribió encima.

También gracias a Pompeya sabemos que los okupas eran tanto un problema en el antiguo Imperio como lo son hoy. En tiempos de Vespasiano, poco antes de la erupción, el emperador envió al oficial Tito Suedio Clemente, para que se informara sobre la ocupación de terrenos públicos propiedad de la ciudad por parte de una serie de individuos. Tito puso orden y devolvió los terrenos al municipio. No sabemos qué fue de los okupas, pero me imagino que no fueron realojados en viviendas sociales ni hubo «manifas»

de apoyo ni tonterías, más bien las justas. Tito y sus legionarios sabían qué había que hacer con esa gentuza. Puede que se apellidara Clemente, pero dudo mucho que lo fuera.

De todo lo que nos ha dejado la ciudad enterrada, hasta de sus pintadas anónimas, podemos aprender algo. A veces parecen incluso premonitorias, como la hallada en la llamada Calle de la Abundancia pompeyana, con la que despedimos a la ciudad que murió para ser eterna:

Nada puede durar para siempre,
El sol, tras haber lucido brillante, vuelve al mar,
Decrece la luna aunque estuvo llena antes,
Así mismo los placeres suelen ser solo un breve suspiro.

XI

HISPANIA Y LATINOAMÉRICA, MADE IN ROMA

No somos catalanes, vascos, castellanos, mexicanos, argentinos,
peruanos o portugueses, somos romanos.

Beati hispani quibus vivere est bibere.
Felices los hispanos, para quienes vivir es beber.

Juego de palabras del siglo I a.C. basado en que nuestros abuelos romanos
hispanos pronunciaban igual la «v» y la «b».

Oyendo hablar a un hombre, fácil es acertar dónde vio la luz del sol;
Si os alaba Inglaterra, será inglés, si os habla mal de Prusia, es un francés,
Y si habla mal de España, es español.

Joaquín Bartrina, Poeta catalán y español (1850-1880)

EN EL ESCUDO DE ESPAÑA HAY DOS COLUMNAS a los lados de los símbolos heráldicos de los reinos que lo conforman; en ellas se puede leer respectivamente, *Plus* y *Ultra*, frase que conjuntamente significa en latín «más allá». Fue el emperador Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico, en honor y referencia a sus abuelos, los Reyes Católicos, quien añadió esta aparentemente simple frase a nuestro escudo.

El sentido del lema hay que buscarlo en la mitología antigua; Hércules grabó, según esto, la frase *Non Plus Ultra* en sus columnas —llamadas casualmente «de Hércules»—, que situó una a cada lado del estrecho de Gibraltar. Con ello indicó que no se podía ir más allá, o que no había nada más allá. Como la gesta histórica de nuestra patria demostró que hasta los semidioses como Hércules se equivocan, y que los españoles rompimos esas cadenas que limitaban el mundo, en honor al descubrimiento de América, que evidenció que sí había *Plus Ultra*, se añadieron entonces a nuestro escudo. Y allí están esas palabras, como eterno recordatorio de que llevamos nuestra civilización, heredada de Roma, al otro lado del mundo, y que, de

hecho, descubrimos uno nuevo.

En nuestro afán conquistador y evangelizador, los europeos, y muy especialmente los españoles, llevamos Roma hasta el otro lado del océano. Por supuesto, en el idioma, la religión, el derecho, las costumbres y el arte, pero también, y a lo mejor sin quererlo, en la misma geografía. Por ejemplo, la ciudad de Medellín en Extremadura, cuna de Hernán Cortés, se llama así por Quinto Cecilio Mételo Pío, quien la fundó con su nombre original de Metellinum creo que en el año 79 a.C.

Como Extremadura fue tierra de conquistadores, estos pusieron el nombre de su pueblo a las nuevas fundaciones en América, y por eso Medellín en Colombia, Argentina o México lleva el apellido de Cecilio Mételo, cónsul romano del año 80 a.C. que nunca pensó, evidentemente, que su nombre pasaría a la posteridad en un continente que ni siquiera sabía que existía. Argentina tiene su nombre más o menos escrito en latín, idioma en el que significaría algo así como hecha de plata o plateada, se supone que por el Río de la Plata que la conforma en el norte. La palabra Argentina aparece por primera vez escrita en el poema del cacereño Martín del Barco Centenera (1535-1602) titulado La Argentina y conquista del Río de la Plata; suyo fue el nombre elegido para la flamante república en su fundación tras la independencia, tres siglos más tarde.

En resumen, América está llena de topónimos romanos llevados allí por los españoles, como Mérida, actual capital del estado de Yucatán en México, nombrada así por la Mérida española, cuyo nombre original era Colonia Iulia Augusta Emérita, fundada por orden del princeps Augusto para asentamiento de legionarios licenciados de la guerra cántabra en el 25 a.C. Poco sospechaban esos «eméritos» legionarios que mil y muchos años después darían nombre a una ciudad en el otro lado del mundo.

Mal que le pese al resto del orbe, los latinos de ambos hemisferios somos romanos. Nosotros, y también la mayoría de los europeos, un poco los americanos del norte, otro poco los australianos y filipinos, algunos africanos colonizados hace siglos por Portugal e incluso los neozelandeses pueden ser romanos. No por nada al precioso subcontinente hermano lo llamamos América Latina. Porque allí está el futuro de la romanidad.

En el mundo romano no se pone el sol, aunque haya nubarrones por Oriente Medio. Somos occidentales porque somos romanos, y si no fuéramos

romanos, no creeríamos en el derecho ni en la democracia, que casualmente es, por fin, el sistema político más generalizado precisamente en la anteriormente señalada «zona romana» o «romanidad», con alguna estúpida excepción, entre las que destaco por afinidad la tierra cubana, que merece ser libre de nuevo de una vez, o Venezuela, que ha caído en las garras de un sistema basado en la payasada terrorífica y empobrecedora.

Los occidentales no tenemos razas o etnias privativas, solemos ser producto de la mezcla de siglos. Mestizos orgullosos. Lo que tenemos en común no es un color de piel o de ojos, es la ley, el Derecho, romano, por supuesto. Igual que los mexicanos descienden de la mezcla de, entre otros, los aztecas, los peruanos de los incas y los argentinos, como dicen, de los barcos, todos, a ambos lados del océano, provenimos realmente del sistema jurídico romano, que nos ha hecho ciudadanos iguales ante la ley, seamos de donde seamos, aunque nunca el pie de un legionario haya pisado nuestra sagrada tierra.

Una vez nos demos cuenta y asumamos que eso es lo que nos une, que somos latinos, porque somos romanos, nadie podrá pararnos. Y mucho menos los bárbaros que creen todavía que una religión puede dictar la ley y que las mujeres no son iguales a los hombres.

Cuando ocurrentes ignorantes recelan del pasado descubridor y conquistador hispano y de la manera en que convertimos un nuevo continente y a sus habitantes en gentes tan españolas y romanas como los mencionados extremeños, se me abren las carnes. Primero, porque lo mismo e igual de ridículo sería ir a protestar en la embajada italiana por la matanza de la población de Numancia, y segundo, porque deberíamos sentirnos orgullosos de que 200 españoles a pie y 30 a caballo conquistaran un imperio como el inca, donde se calcula que vivían un mínimo de diez millones de personas. Vamos, mayor hazaña que las batallas de elfos y hombres contra los orcos delante de Minas Tirith. Si cualquier otro país tuviera una epopeya la décima parte de importante en su historia, esta sería el mayor motivo de orgullo de sus habitantes. Pero en nuestra propia casa, desde hace unos años y cada vez gritando más, hay una nueva generación de merluzos made in España que se dedican a denigrar lo poco y mal que saben de nuestra historia. Lo malo es que la cada vez más generalizada ignorancia les da eco y bombo, y así nos va, que en vez de orgullosos colonizadores, que llevamos el

Derecho romano, y con él la presunción de inocencia y el derecho a la defensa, hasta inhóspitos y oscuros lugares donde a la gente habitualmente se le arrancaba en vivo el corazón en la mitad de la plaza como si tal cosa, parece que deberíamos, según las consignas de algunos mentecatos politizados, ir pidiendo perdón por lo impresionantes que fueron las gestas de nuestros abuelos. Lástima.

Pompeyo Trogo, historiador del siglo I a.C., ya dijo sobre los hispanos: «Prefieren la guerra al descanso, y si no tienen enemigo exterior lo buscan en casa».

Esa fama tenía nuestra Hispania romana. Por eso, porque vivimos en paz, los merluzos de hoy buscan dividirnos, separarnos y evitar que miremos con el orgullo de las gestas de nuestros antepasados al futuro. En América, solo durante el siglo XVI, los conquistadores fundaron más de 700 ciudades, de las que muchas tienen nombre originalmente romano.

Por supuesto, el legado más importante de Roma que llevamos al otro lado del mundo es nuestro propio idioma, que ahora hablan unos quinientos millones de personas a ambas orillas del océano, sin contar el portugués, que es la otra versión del latín en América. Idiomas que, lógicamente, son los más importantes del continente nuevo. En nuestro terruño, como hemos apuntado, la geografía está sembrada de pueblos y ciudades fundados por Roma. Una pequeña y no exhaustiva lista sería:

A CORUÑA

Posiblemente llamada Brigantium por los romanos, Julio César la ocupó en el año 62 a.C. Su famoso faro, la Torre de Hércules, es el único romano que todavía está en funcionamiento en el mundo. Desde sus 57 metros de altura, construidos alrededor del año 50 de nuestra era, ilumina las noches de lo que entonces era el océano límite del mundo conocido. El fin de la tierra, el Finis Terrae.



La Torre de Hércules, en A Coruña, el faro del fin del mundo, en funcionamiento desde hace dos mil años.

ALCALÁ DE HENARES

Llamada Complutum (de donde la Universidad Complutense), cuyos importantes restos, de los siglos I al III y parcialmente destruidos en los años sesenta del pasado siglo XX (para construir apartamentos baratos), constituyen uno de los mejores parques arqueológicos de la Comunidad de Madrid.

ALICANTE

Tomada en la guerra púnica por Roma alrededor del 201 a.C. Antigua Lucentum, posiblemente fue antes Akra Leuke o Leukante, ciudad íbero-cartaginesa.

ASTORGA

Fundada como Asturica Augusta hacia el 14 a.C. con veteranos de la Legión X Gemina por orden de Augusto, fue capital de las actuales provincias de Asturias y León y de partes de Zamora y Orense.

ÁVILA

Posiblemente fundada directamente por los romanos en un despoblado para controlar el territorio de los vetones. La fecha exacta permanece en la sombra, pero los múltiples restos, desde el puente romano sobre el río Adaja, destruido en la Edad Media para evitar el acceso de los árabes, hasta las lápidas romanas reutilizadas en la construcción de su famosa muralla, dejan testimonio claro de su pasado romano.

BADALONA

Conocida en tiempos romanos como Baetulo, posiblemente ciudad íbera ocupada también durante la guerra con los cartagineses, fue fundada de nuevo por los romanos alrededor del año 100 a.C.

BARCELONA

Llamada Barcino por los romanos y fundada alrededor del año 200 antes de Cristo. Augusto la elevó a categoría municipal de colonia, con el nombre de Colonia Iulia Augusta Faventia Paterna Barcino, a finales del siglo I a.C.

CÁCERES

Fundada por Cayo Norbano Flaco como Colonia Norba Caesarina en el último tercio del siglo I a.C., posiblemente en el año 34, fue ciudad

protegida por los Balbos, que eran una familia gaditana de banqueros vinculada a Julio César, muy importantes para asentar la denominada «facción hispana» en el Senado romano.

CARTAGENA

La antigua Qart Hadasht, cuyo nombre curiosamente significaría Ciudad Nueva en el idioma que hablaba Asdrúbal, su fundador cartaginés alrededor del 227 a.C., fue renombrada por Escipión en el año 209 a.C. como Cartago Nova.

CEUTA

Llamada por los romanos Septem, por los siete montículos gemelos que definían su orografía, según el geógrafo romano nacido en Algeciras Pomponio Mela (fallecido en el 45). La población, que ya había sido fenicia y griega, pasó a ser administrada directamente por Roma en el año 42 de nuestra era, reinando el emperador Claudio. Su nombre pasó con el tiempo al árabe como Sebta, y de ahí nuestra Ceuta, que como parte de la Mauritania Tingitana ya había sido gobernada desde la Bética en tiempos de Augusto y que formaba parte de la diócesis de Hispania desde la época de Diocleciano en el siglo III. Así que, es parte de nuestra España desde mucho antes de que tan siquiera naciera la madre de la madre de Mahoma.

CÓRDOBA

Fundada por Marco Claudio Marcelo en el 169 a.C., en el siglo I a.C. Augusto le otorgó el título de Colonia Patricia Corduba. Es famosa por ser cuna de los inmortales Sénecas y del poeta Lucano. Córdoba fue capital de la provincia Hispana llamada Baetica. Dicen que su anfiteatro fue el tercero más grande de todo el Imperio y, como señalamos, su teatro era el mayor de Hispania. El puente romano que todavía cruza el Guadalquivir sigue dando muestra de su esplendor como capital de una de las provincias más ricas de Roma.

ELCHE

Fundada sobre la Ilici íbera con veteranos de las guerras cántabras, y por orden de Augusto Colonia Iulia Illici Augusta, en torno al año 26 a. C., aunque ya había sido ocupada por Cayo Flaminio en el 203 a.C. durante la guerra contra Aníbal, se integró en la red comercial del Imperio

mediante el Portus Ilicitanus, identificado con la actual Santa Pola.

GERONA

Fundada por Pompeyo en el 77 a.C. con el nombre de Gerunda para defender la vía Hercúlea, autopista romana posteriormente llamada vía Augusta, que era la carretera que iba desde los Pirineos hasta Cádiz y bordeaba el Mediterráneo sin peajes. Por cierto, que Cádiz (Gades), posiblemente la ciudad más antigua de España, fundada alrededor del 1100 a.C. (hace tres mil ciento y pico años), pasó a ser ciudad federada de Roma bajo el gobierno de Julio César, lo cual le dio un impulso importante a la ya entonces antiquísima y preciosa «tacita de plata».

GRANADA

Ciudad llamada Iliberis, fue tomada en el 180 a.C. por Tiberio Sempronio Graco. A mediados del siglo siguiente obtuvo de César el título de municipio, con el nombre de Municipium Florentinum Iliberitanum y, aunque la arqueología aún no lo ha mostrado, oculto bajo el esplendor nazarí, parece que fue ciudad importante de la provincia Baetica. De ese Iliberis se deriva su nombre medieval Elvira, donde tuvo lugar el primer concilio cristiano de nuestra tierra, muy a principios del siglo IV, antes del de Nicea en el año 325.

HUESCA

Conquistada la antigua Bolskan por el propretor Terencio Varrón en el año 179 a.C., la ciudad pasó a llamarse Osca. Mas tarde, hasta el 72 a.C., fue capital del renegado romano Sertorio, quien fundó una academia de latinidad para educar a los nativos y reunió un Senado para dirigir una Hispania independiente de Roma. Tras la derrota de Sertorio y el final de las guerras civiles romanas, en el año 30 a.C. la aldea fue ascendida a municipio. Es de las primeras ciudades romanas de las que tenemos noticias cristianas. De Osca parece ser que salió san Lorenzo para ser martirizado en Roma en el año 258 de nuestra era. Conocemos incluso el nombre de uno de sus primeros obispos cristianos, Siagrius, nombrado en el 420.

JAÉN

Conquistada también en la Segunda Guerra Púnica por Publio Cornelio Escipión el Africano, alrededor del año 207 a.C., sobre su nombre

romano hay no pocas discusiones (Auringi, Oringe, Elinga, Advinge, Nijis, etc.). No consiguió estatuto municipal hasta más o menos el año 80 de nuestra era, cuando pasó a llamarse Municipio Flavio Aurgitano.

LEÓN

Antiguo campamento en el año 29 a.C. de la Legio VI Victrix, una de las legiones de Augusto en las guerras cántabras que fue asentada en terrenos de la futura ciudad de León. A partir del año 74 de nuestra era, la Legión VI fue sustituida por la VII Gemina, la única asentada permanentemente en Hispania. El recinto que ocupaba el campamento todavía es visible en la actual León, ya que se conservan importantes restos de la muralla romana, pero el anfiteatro, las termas y muchos más edificios que desconocemos están bajo las calles de la moderna ciudad. Se supone que su nombre deriva del de legio (legión) a través de una pronunciación suave de la «g», que, según esto, se leería como leguio, de allí leio y, finalmente, leion y León. También puede ser (a mí me parece más probable), porque el tótem de la Legión VII Gemela, posiblemente fuera un león, que en latín se dice leo (leo-leonis) y de donde es más simple derivar León sin necesidad de tanto vericuetto lingüístico.

LÉRIDA

La Ilerda patria de Indíbil y Mandonio, cuya revuelta sofocó Marco Porcio Catón (el Censor) en el 195 a.C., fue una ciudad importante; al pie de sus murallas lucharon y fueron derrotadas las tropas pompeyanas en la guerra civil contra Julio César en el año 49 a.C., a principios de nuestra era, año más o año menos. Augusto le otorgó el título de municipio.

LUGO

Fundada por Paulo Fabio Máximo alrededor del año 25 a.C. con el nombre de Lucus Augusti, por orden de Augusto, es famosa por tener la única muralla completa romana del mundo (construida a partir del 260 de nuestra era). También por las pinturas de estilo pompeyano del santuario de santa Eulalia de Bóveda, templo que antes fue de Cibeles y donde se conserva el arco de herradura más antiguo de España, del siglo III, que demuestra que ese tipo de arco no es un invento árabe como se venía pensando, aunque fueran los árabes quienes lo popularizaran en lugares como la mezquita califal cordobesa del siglo X.

MEDELLÍN

Hermoso pueblo del que ya hemos hablado, fundado por Quinto Cecilio Metelo Pío en el año 79 a.C. como Metellinum. Fue una ciudad importante, tal vez segunda residencia de muchos habitantes de Mérida. Su teatro romano ha sido descubierto hace relativamente poco, y tiene todavía mucho que enseñarnos de cómo era la ciudad en la época romana, ya que muchas villas y el foro están aún por excavar.

MÉRIDA

La capital de la provincia Lusitana y a lo mejor de toda Hispania, fundada en el 25 a.C. por orden de Augusto con soldados eméritos de la Legio V Alauda y de la Legio X Gemina como Colonia Augusta Emerita. Su grandeza todavía puede verse en las importantes ruinas que, afortunadamente, nos han llegado; especialmente el teatro, que es único en España y todavía brinda noches a las musas.

PALMA DE MALLORCA

Fundada sobre un poblado talayótico en el 123 a.C. por Quinto Cecilio Metelo Baleárico (tío abuelo de Metelo Pío), se cree que su nombre hace alusión a una palma triunfal o premio que se entregaba tradicionalmente al vencedor. O a lo mejor por un árbol singular, posiblemente una palma que se hallara en el foro, por ejemplo. No es tan bonita así la leyenda, pero es más lógica.

PAMPLONA

Fundada como Pompaelo por Pompeyo en el año 75 a.C., aparentemente sobre un poblado autóctono o cerca de él. El aldeanismo y paletéz que en este triste siglo conocemos como nacionalismo ha recuperado, o más bien reinventado, el nombre de Iruña (que suena muy vasco aunque tenga ñe) como topónimo de ese poblado; por eso coexiste de manera oficial con el de Pamplona, aunque parece ser, según se lee en monedas conservadas del siglo II a.C. y, por lo tanto, anteriores a Pompeyo, que el nombre autóctono sería Bengoda. Total, qué más da, los nacionalistas inventan su propia y excluyente historia según por donde les da el aire.

SALAMANCA

Su nombre (Helmántica, Hermandiga, Salmantica) y su historia no están muy claros. Parece que fue un enclave fortificado celtibérico, fundado ya

en el siglo V a.C., ocupado por Aníbal alrededor del 220 a.C., y que a lo largo de la guerra púnica fue tomado a su vez por los romanos, quienes vertebraron la ciudad mediante la vía de la Plata que la atraviesa y construyeron el puente que permite acceder a ella desde el sur. Parte del puente tuvo que ser reconstruido en el siglo XVII por culpa de una enorme riada, pero debidamente arreglado sigue en servicio desde su construcción en el siglo I a.C. Ni el Golden Gate, ni el puente de Brooklyn, ni, por supuesto, puente alguno diseñado por Calatrava, llegarán ni en sueños a mucho menos de la mitad de la edad del salmantino, dos mil y pico años cruzando el río.

SANTANDER

La fecha y fundación es incierta pero existen significativos restos romanos en la península de la Magdalena, en San Martín y, sobre todo, en el cerro de Somorrostro. En latín *summus rostrum* querria decir algo así como promontorio más alto, y el nombre y los restos hacen pensar que en el siglo I de nuestra era había sido ya fundada por nuestros abuelos romanos, aunque nos queda mucho por estudiar.

SEGOVIA

Fundada alrededor del 79 a.C. con el mismo nombre que todavía tiene, es la ciudad española con el monumento romano más famoso de España, el acueducto, que todavía se alza orgulloso en la hermosa plaza del Azoguejo. En su recorrido de 17 kilómetros presenta 166 arcos que le han hecho celebre, construidos en tiempos del emperador Trajano sin utilizar argamasa para unir las piedras.

En el siglo XX todavía estaba en uso y, si se abandonó, fue por el aumento de la población segoviana y no porque no pudiera ponerse en marcha de nuevo mañana mismo. Se trata de una obra tan llamativa que en los ignorantes años de la Edad Media, como a los lugareños les parecía imposible que ese monumento hubiera sido construido por el hombre, surgió una leyenda según la cual el diablo se apostó con una doncella, a cambio de su alma, que construiría el acueducto en una noche. Finalmente, y cuando solo le faltaba al demonio una piedra por colocar, el gallo cantó, la chica se salvó por un pelo y la ciudad ganó un acueducto. Aterrorizada, fue a confesarse, y en el hueco que había dejado el diablo

sin rellenar, se puso una imagen de la Virgen. Realmente, en ese hueco, que existe, parece que hubo en tiempos una imagen de Hércules, teórico fundador de la ciudad, pero lo curioso es que para los segovianos del medioevo el acueducto fuera una obra tan impresionante como para atribuir su construcción a medios sobrenaturales. Lo que sí que es extraordinario es que haya llegado entero a nuestros días, ya que hasta 1992 los coches y camiones pasaban todavía por debajo de los arcos, ensuciando con el humo de sus escapes y destruyendo (más de uno chocó contra los pilares) una obra única en el mundo. Todavía hay bárbaros en Hispania.

SEVILLA

Fundada o refundada por el mismísimo Julio César a mediados del siglo I a.C. como Colonia Iulia Romula Hispalis. Cerca de Sevilla estaba Itálica, la ciudad erigida por Escipión en el 206 a.C. y que fue cuna del emperador Trajano y posiblemente de Adriano, si bien otros dicen que nació en la misma Sevilla. Por cierto, que en Itálica se rodaron capítulos de la serie Juego de Tronos, lo cual hará más famosas aún esas ruinas de las que el poeta Rodrigo Caro (1573-1647) escribió:

Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.

Bastantes años antes, Pacato Drepanio, el retórico galo de finales del siglo IV, había dicho:

Esta Hispania produce durísimos soldados, expertísimos capitanes, fecundísimos oradores, clarísimos vates; es madre de jueces y príncipes, dio para el Imperio a Trajano, a Adriano, a Teodosio.

TARRAGONA

Antigua Tarraco, fundada posiblemente sobre un poblado íbero por Publio Cornelio Escipión el Africano en 218 a.C. Su acueducto del siglo I a.C., llamado de les Ferreres (también conocido como Puente del Diablo, imagino que por similar motivo a lo comentado sobre el de Segovia), con 27 metros de altura y doble arquería, es tan magnífico como el segoviano, pero menos conocido.

Tarraco fue capital de la provincia luego llamada Tarraconensis y

base de la expansión romana durante los dos siglos anteriores al cambio de era. Los barcos de sus pescadores participaron ayudando a los romanos en el sitio de Cartago Nova ya en el 209 a.C. Los importantes restos romanos de Tarragona son Patrimonio de la Humanidad, según título otorgado por la UNESCO, desde el año 2000.

TOLEDO

Fundada en el 193 a.C. con el nombre de Toletum, por Marco Fulvio Nobilior, sobre un castro celtibérico. Posiblemente, y por culpa de su monumental patrimonio posterior a Roma, guarda la mayor parte de sus vestigios romanos bajo el suelo. Con el mismo nombre de Toledo, existen hoy ciudades en Estados Unidos (cinco, respectivamente en los estados de Ohio, Illinois, Oregón, Iowa y Washington), además también hay Toledos en Belice, Brasil, Canadá, Colombia, Filipinas y Uruguay, por lo menos, y que yo sepa.

VALENCIA

Fundada por Décimo Junio Bruto Galaico en el 138 a.C. como Valentia Edetanorum, fue parcialmente destruida en las guerras civiles y refundada por orden de Augusto alrededor del año 5 a.C.

ZARAGOZA

Fundada por orden de Augusto, como tantas otras que hemos visto, ya que suele decirse con bastante razón que Augusto fundó Hispania. Nació para la historia probablemente en el año 14 a.C. con el nombre de Caesar Augusta, como colonia inmune, es decir, libre de impuestos. Sirvió para asentar, entre otros, a los veteranos de la Legión IV Macedónica, y todavía podemos contemplar importantes restos de su primera época, como el foro y el puerto, situados bajo la plaza de la Seo; también se conservan varios tramos de muralla.

Por desgracia, la Puerta Norte, que se conservaba todavía a principios del siglo XIX, fue destruida durante la Guerra de Independencia defendiendo todavía a la vieja ciudad contra las tropas de otro emperador; este se llamaba Napoleón y tenía mucha mala leche. Años más tarde, en el Memorial de Santa Elena escrito por Napo en 1818, el emperador corso dijo sobre nosotros:

Los españoles todos se comportaron como un solo hombre de honor. Enfoqué

mal el asunto; la inmoralidad debió resultar demasiado patente; la injusticia demasiado cínica y todo ello hartó malo, puesto que he sucumbido.

Podríamos seguir nombrando fundaciones romanas en nuestra tierra, pero, habiendo repasado 26 de las 50 capitales de provincia actuales de España, me parece un listado más que suficiente para entender la importancia de Roma en la vertebración de nuestra historia. En la Wikipedia, en la categoría Ciudades Romanas en España, salen 181 nombres; ojo, no todas habitadas hoy. Si tantas y tan grandes ciudades se fundaron en nuestro suelo, la pregunta es: ¿Qué ocurrió para que se perdieran y enterraran sus edificios en casi todos los casos?

A mediados del siglo IV, algunas de estas ciudades se iban vaciando de sus vecinos adinerados, quienes las abandonaban para instalarse más o menos temporalmente en sus villas campestres, huyendo del fisco y de los bárbaros. La Iglesia estaba exenta de impuestos, así que muchas ciudades se transformaron en sedes episcopales y sobrevivieron, otras no tuvieron esa suerte. Las villas de los ricos que se habían ido de las ciudades eran latifundios autosuficientes, donde el dueño y su familia disfrutaban de una domus magníficamente equipada, con termas, calefacción, mosaicos y todo lo necesario para subsistir, como almacenes de grano, bodegas, talleres, agua, etc.

Atendidos por un número variable de siervos y residiendo en estas villae, los potentados escapaban a la presión fiscal tardoimperial, mientras seguían enriqueciéndose con el comercio de los productos que su hacienda producía. En paralelo, las razzias bárbaras solían asaltar las ciudades, que iban despoblando partes importantes de su entorno urbano, a la vez que se construían murallas para proteger lo que quedaba con los sillares de los edificios que ya no tenían uso, e incluso con las lápidas de las necrópolis ahora llamadas paganas. El término pagano (paganus), que significa rústico o paleta, empezó a utilizarse en el siglo IV para llamar despectivamente ignorantes a aquellos que creían en los dioses en vez de en el incipiente y excluyente cristianismo.

Durante los siglos III al V se reconstruyeron murallas en ciudades como Zaragoza, Coímbra, Gijón, Lugo, Braga, Astorga o Mérida; en esta última se arregló el puente en el 483, financiando la obra el obispo y un gobernador godo a partes iguales. El teatro había sido remodelado entre los años 333 y

337 a sugerencia del comes hispaniarum (conde para Hispania, cargo militar) Acilio Severo, y en la época de Constantino II (337-40) se reformó el anfiteatro, que parece estaba bastante perjudicado.

Ya en los estatutos de fundación de las colonias, como se conserva en el de Osuna (Colonia Genetiva Iulia) del año 43 a.C., se obliga a todo colono varón de entre 14 a 60 años a contribuir en las obras de fortificación con una prestación personal y no remunerada de cinco días al año, y otra en especie o dinero, consistente en aportar el equivalente al producto de su trabajo de 3 días cada año.

A partir de Diocleciano, emperador y señor del 284 al 305 de nuestra era, se produce una reforma territorial en todo el Imperio, dividiéndose en prefecturas, que a su vez se subdividirán en diócesis y estas en provincias. La Diócesis Hispaniarum, gobernada por un cargo imperial denominado vicario, igual que todas las demás, se componía de las provincias de Gallaecia, Tarraconensis, Lusitania, Carthaginensis, Bética y luego también las islas Baleares, además de la Mauritania Tingitana, en África.

Muchos años antes, la colonia africana Iulia Constantina Zulil, de tiempos de Augusto, ya había dejado de ser dependiente de los reyes de Mauritania y transferida al gobierno directo romano para ser administrada desde la Bética, según nos cuenta Plinio el Viejo. Lo de diócesis, provincias y vicarios, que políticamente desapareció con el Imperio romano, se conservó gracias a que la Iglesia cristiana se organizó según las mismas premisas, aunque el territorio de una provincia eclesiástica antigua no necesariamente coincide con el de su homónima política.

Me resulta curioso, como a todos los asturianos, que entidades territoriales más modernas como Cataluña o el País Vasco se consideren y sean designadas comunidades históricas, cuando su conciencia «nacional» apenas tiene ciento y pico años, mientras que, al menos desde tiempos de Antonino Pío (138-161), hace 1900 años (repito, 1900 años), las tierras de Asturiae y Gallaecia eran ya una entidad territorial diferente y estaban administradas entonces por un legado imperial específico. Incluso conocemos el nombre de un tal Quinto Mamilio Capitolino como gobernador de ambas regiones y dux de la VII Legión, en tiempos de Septimio Severo, allá por los años 193 al 211 de nuestra era. Eso es Historia. Eso es ser histórico.

La palabra Euskadi, con «ese», solo se empezó a utilizar en 1936. Euzkadi

con «zeta» fue un «aranismo» (invento etimológicamente incorrecto de Sabino Arana) de 1896. País Vasco comenzó a usarse como mucho en el siglo XIX. Normal e históricamente, las tres provincias vascas, se denominaban Cantabria, como por ejemplo nos recuerda José Cadalso (1741-1782) en sus Cartas Marruecas (Carta 26) cuando dice:

En efecto, los cántabros, entendiendo por este nombre todos los que hablan el idioma vizcaíno, son unos pueblos sencillos y de notoria probidad.

Cataluña, como un principado dependiente de la Corona de Aragón, aparece mencionada mucho antes, ya en el siglo XII, pero el nacionalismo catalán o la consideración de esta región como una nacionalidad es como mucho de tiempos de la Lliga Regionalista (nótese el nombre de regionalista), creada hace «muchísimo tiempo», allá por el año 1901.

A lo mejor, en lo que todos los hispanos sí podríamos ponernos de acuerdo es en que somos romanos, y desde ahí construir ideologías que ayuden a todos y nos hagan más fuertes, y no nacionalismos de pueblo rancio con olor a zotal y a vecindad, que nos dividen y no nos hacen más sabios, sino menos inteligentes, más aislados y más débiles. Martin Luther King, nada sospechoso de «españolista» o de fascista, ya dijo (Discurso Tengo un sueño, Washington, 1963) aquello de:

No podemos avanzar solos. Y a medida que caminemos, debemos hacernos la promesa de marchar siempre hacia adelante. No podemos volver atrás.

Tengamos hoy un sueño, uno en el que todos los hispanos avancemos juntos, en vez de querer ser unos más que otros. El socialista José Bono dijo con razón: «No ha nacido ni se espera al español que valga más que otro»; tengamos juntos un sueño en el que, igual que en el discurso de Luther King, la palabra libertad resuene en todas las colinas y valles de nuestra tierra española y romana, simplemente creyendo que, como él añadía en su escrito:

Seremos capaces de transformar las discordancias de nuestra nación en una hermosa sinfonía de hermandad. Con esta creencia seremos capaces de trabajar juntos, de rezar juntos, de luchar juntos, de luchar por nuestra libertad juntos, con la certeza de que un día seremos libres.

Don Arturo Pérez-Reverte, como siempre, puso las cosas en su sitio cuando dijo: «Que alguien diga que la palabra España es franquista cuando

Hispania nombraba a la provincia romana es ridículo».

Por su parte, el escritor portugués João Baptista Da Silva (1799-1854) afirmó:

Españoles somos y de españoles nos debemos preciar cuantos habitamos la península ibérica. Decir España y Portugal es tan absurdo como si dijéramos España y Cataluña. A tal extremo nos han traído los que llaman lengua española al castellano.

También el poeta y compositor, muy vasco, José María Iparagirre, (1820-1881) autor del famoso himno *Árbol de Guernica* que se canta todavía en cada toma de posesión del *lendakari*, dijo: ¡Ara España! ¡Lur hoberikan ez da Europa guziyan! Que en castellano, otro idioma español, significa: «¡Ahí está España! ¡Tierra mejor no la hay en Europa entera!».

El manifiesto del Foro de Ermua, escrito cuando ETA asesinó a Miguel Ángel Blanco en 1997, básicamente por ser demócrata, español y vasco, dice, y es un buen punto de partida:

Sentimos como una inadmisibile y delirante tergiversación que se identifique como reaccionaria la unidad de los españoles o la propia idea de España, y se considere progresista la Cataluña o la Euskal Herria insolidarias e independientes con las que sueñan los nacionalistas. (...) La realidad es precisamente la contraria: la esencia del pensamiento reaccionario desde el siglo XIX son esos sueños totalitarios que anteponen la supuesta patria a las personas y a sus libertades individuales; esos sueños que reclaman la limpieza etnocultural, el privilegio, la desigualdad ante la Ley; esos sueños que se fundamentan en un concepto de la Historia como fuente mítica e inapelable del derecho (los falseados y denominados derechos históricos) oponiéndose así a los fundamentos democráticos de la sociedad moderna y de nuestro sistema constitucional.

Ya unos cuantos años antes, Antonio Machado, que espero nadie ose tildar de españolista o de facha, dijo, allá por 1937, en la entrevista que le hicieron el 6 de junio en la revista *Hora de España*:

De aquellos que dicen ser gallegos, vascos, catalanes... antes que españoles, desconfiad siempre. Suelen ser españoles incompletos, insuficientes, de los que nada grande puede esperarse.

No por nada Otto Von Bismark (1815-1898), el Canciller de Hierro, que lideró la unidad germana en el siglo XIX, ya que Alemania no existió como nación hasta 1871, dijo de nuestra España:

Estoy firmemente convencido de que España es el país más fuerte del mundo.

Lleva siglos queriendo destruirse a sí mismo y todavía no lo ha conseguido.

Esperemos que no sea nuestra generación la que lo consiga. Hay que ser menos de pueblo, menos de boina, chapela y barretina y más romanos, más europeos.

El maestro Pérez-Reverte, de nuevo, nos da la clave para superar el nacionalismo, que no es otra que conocer y saber más:

Verás qué pocos fanatismos e ignorancias de pueblo y cabra de campanario sobreviven a una visita paciente a El Escorial, a una mañana en el museo del Prado, a un paseo por los barrios viejos de Sevilla, a una cerveza bajo el acueducto de Segovia. Llégate a la Costa de la Muerte y mira morir el sol como lo veían los antiguos celtas del Finis Terrae. Tapea en el casco viejo de San Sebastián mientras consideras la posibilidad de qué parte del castellano pudo nacer del intento vasco por hablar latín. Observa desde las ruinas romanas de Tarragona el mar por el que vinieron las legiones y los dioses, intuye en Extremadura por qué sus hombres se fueron a conquistar América, sigue al Cid desde la catedral de Burgos a las murallas de Valencia.

A los traidores, que los hay, recordarles el brindis de Diego Hernando de Acuña (1518-1580), escritor y soldado de los Tercios, que dice:

Por España; y el que quiera
Defenderla honrado muera;
Y el que traidor la abandone
No tenga quien le perdone,
Ni en tierra santa cobijo,
Ni una cruz en sus despojos,
Ni las manos de un buen hijo
Para cerrarle los ojos.

Y ya está bien, coño, ya.

Volviendo a cómo era nuestra península en tiempos romanos, en el siglo III a.C., se dividía simplemente en Hispania Citerior e Hispania Ulterior; la primera era la más cercana a Roma (eso significa citer) y la segunda era la más lejana. Antes de conocer Hispania, en los primeros mapas se creía que los Pirineos iban de norte a sur, o sea, que Tarragona estaba al sur y no al este de, por ejemplo, Galicia, que sería en ese error, la región más norteña. Obviamente, con el tiempo, las exploraciones y las guerras, todo cambió y se puso en su sitio, hasta llegar a la organización territorial de Diocleciano. Lo que sigue sin estar claro es qué regiones de nuestra península formaban parte de cada provincia. Por ejemplo, se cree que la provincia Carthaginiensis

incluiría Complutum y puede que Segovia. En cambio, Ávila puede que formara parte de Galicia. Todavía nos queda mucho por averiguar.

El geógrafo griego Estrabón, quien vivió a caballo del cambio de era (63 a.C.-24 más o menos), fue el autor de la primera y más importante enciclopedia geográfica; dedica el tercer libro de su Geografía a definir nuestro terruño, cuyos nombres escribe:

Algunos dicen que las designaciones de Iberia e Hispania significan lo mismo, que los romanos han designado a la región entera indiferentemente con los nombres de Iberia e Hispania, y a sus partes las han llamado ulterior y citerior.

Fue también él quien describió nuestro mapa como una «piel de toro»:

Iberia se parece a una piel de toro, tendida en sentido de su longitud de Occidente a Oriente, de modo que la parte delantera mire a Oriente y en sentido de su anchura del septentrión al Mediodía.

El historiador galo-romano Pompeyo Trogo, del siglo I a.C., puede que sea de los primeros que habló sobre los habitantes de esa Hispania:

Los hispanos tienen preparado el cuerpo para la abstinencia y la fatiga, y el ánimo para la muerte: dura y austera sobriedad en todo. (...) en todos los siglos de guerras con Roma, solo destacó entre ellos como capitán Viriato, hombre de tal virtud y continencia que, a pesar de vencer a los ejércitos romanos durante 10 años, nunca quiso en su forma de vida distinguirse de cualquier soldado de su ejército.

Si hubiera sido español en vez de galo, por supuesto que no habría escrito nada bueno sobre nosotros, me consta personalmente, ya que trabajé durante 12 años en una empresa francesa. Un compañero de trabajo, parisino él, me comentó que la mejor manera de distinguir fuera de España a dos españoles, es que estos estarían hablando mal de su país. Le dije que seguramente era así, y añadió: «Y si te acercas a ellos, y como ciudadano francés les das la razón en lo mal que está España, se levantan los dos y te parten la cara, primero uno y después el otro».

Y también tuve que darle la razón. Somos bastante así, criticones. Pero la ropa la lavamos en casa. Salvo los «nazionalistas», que creen que fuera les van a hacer caso, cuando ni el espejo se cree sus historietas y sus mentiras de secta.

Desde el fin de las guerras en Hispania en el siglo I a.C., reinando Augusto, hasta por lo menos el siglo V, las noticias sobre Hispania que se

conservan son pocas, y cabrían en un par de folios escritos a doble cara. Eso quiere decir que estábamos y vivíamos en paz, y la historia, guerras, usurpaciones, invasiones y demás, afortunadamente, tenían lugar lejos de casa. Desgraciadamente, después del reinado de Teo, es decir, del segoviano Teodosio (347-395), las cosas se pusieron muy mal en todo el Imperio, dividido en dos ya para siempre.

Tras la muerte de Teo en el 395, uno de sus hijos, Honorio, fue el encargado de gobernar la parte occidental del Imperio, y Arcadio, la oriental. El Imperio ya nunca volvió a ser uno. Para complicar más las cosas, en Britania, el general Constantino III se hizo proclamar César por sus tropas y pasó a Francia a invadir la Galia e Hispania. Para conquistar nuestro por entonces pacífico país, en el 408 Constantino III envió a sus tropas al mando de un general llamado Geroncio, quien terminó levantándose contra su jefe y, a la larga, venció y mató a Constante, el hijo de Constantino III.

Este Geroncio nombró entonces emperador a uno de sus siervos (no está muy claro), con el bastante exagerado nombre de Máximo, y marchó hacia Italia para luchar contra Honorio, pero fue traicionado por sus tropas y se tuvo que suicidar. Corría el año 410 más o menos, y los bárbaros suevos, alanos y vándalos merodeaban desde hacía un año por una Hispania desprotegida en la que las tropas romanas combatían entre sí, mientras ellos se dedicaban a saquear campos y pueblos. Un día, posiblemente en el 411, los bárbaros se dieron cuenta de que no quedaban tropas romanas en nuestra tierra, y decidieron quedarse por aquí, si eso, a ver qué tal.

Los suevos se asentaron en Gallaecia. Los vándalos (de cuyo nombre viene vandalismo) se dividían en dos ramas; los asdingos, que también ocuparon Gallaecia junto con los suevos, y los vándalos silingos, quienes pasaron a ocupar la Bética. Los alanos se hicieron fuertes en partes de Lusitania y la Carthaginense. No se sabe por qué se realizó un sorteo tan curioso y poco equilibrado del territorio, pero así fue. De esa forma se repartieron los bárbaros nuestra piel de toro.

La otrora romana Hispania era ahora un territorio ocupado e invadido por unos bárbaros salvajes y sin romanizar, que fueron incapaces de llevar a cabo nada productivo. Pero Roma, aunque enferma y maltrecha, todavía existía, e intentó recuperar la antes fértil provincia occidental. Lo malo fue que los soldados que Roma podía enviar entonces eran godos, solo un pelo

más civilizados que los bárbaros a los que expulsaban, y tal vez por eso terminaron por quedarse también en Hispania y desarrollar lo que durante unos doscientos años, más o menos, sería el dominio godo de la Península. Nuestra hora más oscura.

Alrededor del año 460 de nuestra era, el emperador romano de Occidente, Mayoriano, entraba en Hispania a la cabeza de un ejército godo. Su intención era embarcar en levante para dirigirse a África a luchar contra los vándalos, que ocupaban la antigua provincia romana africana. Estos últimos, en un golpe de mano, apresaron parte de la flota romano-goda antes de que las tropas de Mayoriano pudieran embarcar, por lo que este tuvo que volver por piernas sobre sus pasos sin haber logrado nada. Se retiró hasta Italia, donde un año más tarde sería asesinado y depuesto. Fue el último emperador romano que pisó nuestra tierra.

La Hispania que recorrió Mayoriano era muy distinta a la que 500 años antes había visitado y organizado Augusto. En el 460 hacía medio siglo que la mayor parte de la Península estaba ocupada por bárbaros, entre los que, por entonces, los más poderosos eran los suevos. La mayoría de la gente hispana sobrevivía a duras penas además, los nativos eran cristianos niceanos y los pueblos godos arrianos, con lo que tampoco la estructura eclesiástica sirvió para mantener la vertebración del país, que retrocedió en pocos años al estado primitivo anterior a la romanización.

Los bárbaros de una u otra raza arrasaban todo a su paso por la antigua y rica Hispania, luchando entre sí y esquilmando cosechas y ganado, mientras la población autóctona soportaba hambrunas, pestes, asaltos de todo tipo y la destrucción de una sociedad que, verdaderamente, pensaba que se acercaba el fin de los tiempos.

El César Mayoriano visitó Caesar Augusta en su paso por la Península, no sé si cuando vino o cuando volvía con el rabo entre las piernas en aquel año 460. Qué ironía, que estuviera en una de las ciudades fundadas por el primer emperador y que para entonces ya fuera irreconocible y hubiera sufrido todo tipo de desgracias. Solo dieciséis años después de esa visita, el niño César Rómulo Augústulo fue depuesto por el godo Odoacro, quien a su vez sería asesinado por el ostrogodo Teodorico. Antes de que se acabara el siglo, los godos irrumpieron ya por su cuenta y sin depender de Roma en Hispania, para quedarse y, ahora sí, expulsar a los suevos y demás. Comenzaba el

dominio de la oscuridad. La edad oscura. Más oscura que el lado oscuro de la Fuerza. El sol de Roma se puso para siempre en nuestra tierra. ¿O no?

Todavía se advierte una cierta vigencia de la romanidad de las ciudades en el siglo V, en restos arqueológicos que, a primera vista, pueden parecer poco importantes, como los trozos de vajilla, que nos muestran que, todavía en esa centuria, nuestros antepasados comían en platos decentes de cerámica (sobre todo importados de África), cosa que no volvieron a hacer al menos hasta el siglo XV. Mientras tanto, el foro de Tarragona, sin ir más lejos, se convirtió en el basurero de la ciudad, a la vez que la red de alcantarillado se colmataba de desperdicios sólidos y dejaba de funcionar por falta de mantenimiento y porque nadie sabía para qué servía. Tendrían que pasar 14 siglos para que nuestras ciudades volvieran a tener siquiera alcantarillas.

Las grandes viviendas y edificios, como el teatro de Cartagena, se reaprovecharon y subdividieron en moradas construidas con materiales de desecho reutilizados o mediante albañilería, digamos, arcaica. También se constatan enterramientos, ya en el siglo VI, en el interior de las antiguas y orgullosas ciudades romanas, convertidas en algo así como una sombra de lo que fueron. Honorio, cronista hispano contemporáneo, lo describe así:

Los municipios no tienen su antiguo esplendor. Han perdido a sus trabajadores especializados y los miembros de los colegios dejan las ciudades y prefieren llevar una vida rural.

Pero a lo largo de los siglos V y VI, y a pesar de considerarse seguras en el vasto campo hispano, incluso las villas rurales (posiblemente porque sus dueños nunca regresaron o porque no pudieron regresar) cayeron en la ruina. Los campesinos compartimentaron la antigua domus del dueño en pequeñas «unidades habitacionales» instalando paredes de tapial en medio de lo que habían sido los grandes atrios e ignorando el sistema de traída de aguas y calefacción. Estos «okupas» vivían, cocinaban e incluso enterraban a sus muertos en el suelo de, por ejemplo, el antiguo triclinio, tras romper a golpes de maza, si hacía falta, el antes magnífico mosaico. Era como si la Prehistoria hubiera comenzado de nuevo. Se olvidó todo lo que sabíamos y la fuerza ignorante de la espada germana derribó el sistema urbano, que no volvería a renacer hasta muchos, muchos siglos después. Como Cicerón había dicho seiscientos años antes: «Para las bestias, la fuerza es el derecho».

Para constatar la decadencia que tuvo lugar en esos años, baste con decir

que, normalmente, las piezas arqueológicas de cerámica de esa época son confundidas con las prerromanas, por lo bastas y mal construidas que están, en comparación con las de 100 años antes sin ir más lejos. Hubo que esperar al método del carbono 14, cuando pudieron datarse correctamente, para darnos cuenta de lo que retrocedió la civilización en los albores de la Edad Media.

Aparentemente no todo estaba perdido; el emperador bizantino Justiniano I se propuso en el siglo VI recuperar el antiguo Imperio occidental (*recuperatio Imperii*), para lo cual su general Belisario, tras reconquistar África, tomó Ceuta y las islas Baleares alrededor del año 534 y, para el 552, tras la sublevación de los ciudadanos de Córdoba (ciudad que resistió a los godos hasta el 572), un ejército de Bizancio comandado por Félix Liberio ocupó (o mejor dicho liberó) una franja de nuestro Levante que iba desde el río Guadalete hasta el norte de Cartagena. Se constituyó así la provincia imperial de Spania, que sobrevivió algo menos de cien años.

En el 625 los visigodos comandados por el rey Suintila expulsaron a las últimas tropas bizantinas de la Península y, para el 711, los godos fueron a su vez expulsados de Toledo y de Hispania por los moros, salvo un mísero reducto al norte de las montañas astures, del que renacería, con el correr del tiempo, nuestra nación, tras ocho largos siglos de guerras. Nunca España estuvo más lejos de Roma que durante los años de dominación musulmana de la Península. Pero, curiosamente, los árabes habían conservado muchas ciencias y libros romanos y, sobre todo, griegos. Resultaron ser mucho menos bárbaros que los godos. Gracias a ellos y a la educación que se impartía desde las madrasas —que eran las universidades de las ciudades musulmanas— la cultura andalusí se convirtió en la más floreciente en la Europa medieval, y la ciencia, al menos en Hispania, continuó en evolución. Todo esto, a diferencia de lo que ocurría en el resto de Europa, sumida en el más oscuro de los tiempos, del que solo saldría cuando redescubriera Roma a través del bien llamado Renacimiento. Muchos árabes fueron tan españoles y romanos como nosotros. El cronista cordobés Ahmad ibn Muhammad al-Razi (887-955) describió con este amor nuestra tierra:

Acabase el quarto del mundo contra el sol poniente, et es mui buena tierra, et mui abundada de todas fructas, et de muy buenas fuentes et muchas, et es menguada de todas las animalias ponzonientas que ha en las otras tierras. Et España es igualada de los aires et de los vientos, et de los quatro tiempos del año, del verano et del estío, et del

otonyo, et del invierno. Et llegan en Espania los fructos los unos á los otros por todo el año, que non fallescun. Et sabed que en las riberas del mar et en sus términos vienen mas ayna los fructos que en las mas tierras, por el frio del ayre de las sierras, por que ha y las humidades, et las humidades son en todas las sazones estables; et por esto es la gente abondada et viven y mas los omes en estos lugares.

Y el filósofo también cordobés Ibn Hazm (994-1064) se ve que nos conocía bien como español que era, ya que al comentar el pasaje bíblico en el que se dice que nadie es profeta en su tierra, escribió:

Esto es particularmente verdad en España. Sus habitantes sienten envidia por el sabio que entre ellos surge y alcanza maestría en su arte; tienen en poco lo mucho que pueda hacer, rebajan sus aciertos y se ensañan, en cambio, con sus caídas y tropiezos, sobre todo mientras vive, y con doble animosidad que en cualquier otro país. (...) Le atribuirán lo que no ha dicho, le colgarán lo que no ha hecho, le imputarán lo que no ha proferido ni ha creído su corazón. Aunque sea hombre señalado y campeón de su ciencia, caso de no tener con el poder público relaciones que le procuren la dicha de salir indemne de los peligros y escapar de las desgracias, si se le ocurre escribir un libro, lo calumniarán, difamarán, contradirán y vejarán.

Cuánta razón y cuánta envidia cocinamos. Todavía.

Por qué Roma fue tan hispana o, mejor dicho, Hispania tan romana, a pesar de 200 años de guerra, es muy difícil de explicar. Pensemos que la gesta de Julio César de la conquista de las Galias duró 10 años, que son solo la mitad de los que resistió aislada Numancia a los ejércitos romanos.

Según cuenta la Historia, en el 211 a.C. Publio Escipión y su hermano Cneo Cornelio Escipión el Calvo habían sido eliminados, junto con sus ejércitos, en las guerras que entre Cartago y Roma tenían lugar en Hispania. En Roma nadie se atrevía a tomar el mando de un nuevo ejército proconsular para invadir Hispania, cargo y destino considerado de forma equivalente a ser enviado al frente ruso en la Segunda Guerra Mundial; vamos, como una sentencia de muerte. El hijo de Publio Cornelio, del mismo nombre, quien más tarde se ganaría el sobrenombre del Africano por derrotar a Aníbal el 202 a.C., fue el único que en el año 211 se atrevió a solicitar el mando, a pesar de que, o porque, solo tenía 24 años.

Cuando llegó a Hispania, toda la tierra al sur del Ebro estaba dominada por los cartagineses. Desembarcó en Tarraco y, desde ahí, en un golpe de mano, ocupó en el 209 Cartago Nova (Cartagena), donde, entre otras cosas, liberó a los rehenes que garantizaban la lealtad de las tribus hispanas a los

cartagineses, con lo que muchas de ellas pudieron sacudirse el yugo de Cartago y cambiar de bando. Notoria, y tal vez legendaria, es la crónica que cuenta Tito Livio (el gran historiador romano, 59 a.C. -17), en la que narra que entre los cautivos se hallaba una bella hispana que fue presentada como botín al propio Escipión; este, notando la alta alcurnia de la dama (posiblemente llamada Massiva), averiguó que la joven era la prometida del hijo de un jefe celtíbero de nombre Alucio. Escipión llamó a su presencia a este y a la familia de la joven, quienes acudieron con un importante rescate para liberarla, pero Escipión la dejó ir libre solo a cambio de que Alucio y su gente fueran amigos de Roma. La historia, según la cuenta Livio, es más o menos así:



La clemencia de Escipión. *Obra de Giovanni Bellini realizada en 1506. Galería Nacional de Arte, Washington.*

Escipión pide hablar a solas con Alucio, diciéndole: hablemos como dos jóvenes que somos y que no haya vergüenza en nuestra conversación. Se me hizo saber que tu prometida fue traída cautiva por nuestros soldados y supe de tu amor por ella, lo que por su belleza es fácil de creer (...) Conoce que tu prometida ha estado en mi campamento con la misma precaución por su modestia que si hubiera estado en casa de tus padres o de los suyos. Ha sido cuidada para tí, para poderte ser entregada sin daño y merecedora de tu honor y del mío. El único precio que estipulo por esta entrega es que seas amigo del pueblo romano.

El joven hispano, avergonzado pero feliz, tomó la mano diestra de Escipión y pidió a los dioses que le bendijeran, ya que él no podía compensar su gesto. Llamaron entonces a los parientes de la novia, quienes depositaron a los pies de Escipión el tesoro que habían traído para pagar el rescate de la doncella, pidiéndole al general que, si no como rescate, lo aceptara como regalo por haberla devuelto sin daño. Escipión finalmente lo tomó y, llamando a Alucio a su lado, le dijo: «Además de la dote que recibirás de tu

suegro, este oro será mi regalo de bodas para ambos». Abrumado por este tratamiento, Alucio fue a su patria y, hablando parabienes de Roma y de Escipión, reclutó 1400 lanceros a caballo para él.

Este hecho, denominado habitualmente La clemencia de Escipión, y glosado por muchos historiadores romanos, como Antias, Polibio, Dion Casio o Apiano, entre otros, es probablemente el suceso histórico más antiguo reseñado sobre la relación entre Hispania y Roma. Es un relato tan famoso y tan popular en el mundo —por lo que significa de triunfo de la virtud sobre el vicio y por la juventud de sus protagonistas—, que se inmortalizó a lo largo de los siglos en infinidad de cuadros. Se calcula que solo en la escuela flamenca se representaron más de cien versiones de la escena. Se conservan todavía pinturas de autores como Tiépolo, Bellini, Pinturicchio, Van Dyck, Ricci, etc. (Rubens pintó la escena dos veces, pero sus obras se perdieron). Las que existen todavía adornan las paredes de museos como el Louvre, la National Gallery, el Victoria & Albert Museum, L'Hermitage, el Rijksmuseum, etc., etc., etc. Además de pinturas, el suceso inspiró óperas y temas musicales a compositores como Farinelli, Albinoni, Händel, Scarlatti, Bach, entre otros.

Por supuesto, en España ni hemos oído hablar de la clemencia de Escipión, ni sabemos quién fue Alucio, ni nada de nada, como siempre. Nuestra historia nos podría hacer sentirnos grandes y orgullosos, pero eso no debe permitirse. Tienen que ser extranjeros quienes hablen bien de nosotros, como el rey Francisco I de Francia, el enemigo acérrimo de Carlos I, que, preso en Madrid, capturado en Pavía por los nuestros durante una de tantas batallas en las que le dimos «pal pelo», dijo en el siglo XVI: «Solo España pare a los hombres armados».

O el también francés Hippolyte Taine (1828-1893), quien afirmó: «Hay un momento supremo en la especie humana: la España desde 1500 a 1700».

O el general Jürgens, comandante general del XXXVIII Cuerpo de Ejército de la Wehrmacht en la Segunda Guerra Mundial, que al referirse a los desdichados de la División Azul, dijo:

Si en el frente os encontráis a un soldado mal afeitado, sucio, con las botas rotas y el uniforme desabrochado, cuadraos ante él. Es un héroe. Es un español.

También, y muchos, han hablado mal de nosotros, pero a esos no hace falta que los cite, porque a ellos y a sus maledicencias, si las conocemos, las citamos y recitamos como si fueran materia de misa. Los que hablen mal de

nosotros siempre tendrán un sitio en la tele, en la prensa y en los libros de texto. Como dice el romano y académico español Pérez-Reverte:

Algunos opinamos que, en esta vieja y rezurcida piel de toro, el número de hijos de puta por metro cuadrado es superior al de otros países de parecidas latitudes o longitudes.

En la historia de Hispania, desde ese Escipión del 211 a.C. hasta Augusto, quien la pacificó definitivamente en el 19 a.C., los mejores generales romanos —entre los que estuvieron Pompeyo o Julio César— y los hijos de ambas penínsulas regaron con su sangre estas tierras, a cuya gente Tito Livio, también por algo, describió como:

Ágil, belicosa, inquieta. Hispania es distinta de Italia, más dispuesta para la guerra a causa de lo áspero del terreno y del genio de los hombres.

Él también decía que nuestra nación fue: «La primera en ser invadida y la última en ser conquistada»; frase que ha procurado borrarse de nuestra memoria salvo para usarla como insulto a nuestra historia y tildarnos de agresivos y peleones. Miguel Hernández (1910-1942), poeta de los que más amó nuestra tierra, dijo en *Vientos del pueblo me llevan*, de 1937:

¿Quién habló de echar un yugo
Sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
Jamás ni yugos ni trabas,
Ni quién al rayo detuvo
Prisionero en una jaula?

Desde ese año 19 en que dejamos de luchar contra los romanos y nos convertimos en ellos, comenzó la definitiva civilización de nuestra tierra y de su geografía, construyendo y alzándose sobre esta, minas, acueductos, puentes, ciudades enteras y carreteras, que harían en pocos años de una península habitada por muchas y distintas tribus un solo pueblo.

Hemos mencionado varias infraestructuras romanas que adornan la Península, pero las más importantes para su vertebración, sin duda, fueron las vías, calzadas o carreteras que recorrían nuestra geografía de punta a punta (y todas, como todos los caminos, llevaban a Roma). Las más importantes eran la mencionada vía Augusta, que iba desde los Pirineos hasta Cádiz recorriendo la costa mediterránea, y la vía de la Plata, que pasaba por

Mérida, Cáceres, Salamanca y Astorga. Desde Mérida, también salía otra calzada hasta Zaragoza, y desde Asturias había una que llegaba hasta Murcia. Muchas de estas antiguas carreteras «estatales» nos son conocidas por el documento Itinerario de Antonino, del siglo III, que se conservó en una copia del siglo IV, y que es como el GPS o la guía Repsol, pero de hace 1700 años.

En las calzadas estaban marcados con hitos el número de millas recorridas, como en nuestros postes kilométricos, además del nombre de la vía y la distancia a la siguiente población más cercana. Su firme tenía perfil trapezoidal o convexo para mejorar el drenaje, y las curvas eran más amplias que las rectas, para facilitar que los carros giraran cómodamente. La anchura de estas autopistas antiguas oscilaba entre los 6 y 12 metros, estaban cimentadas y pavimentadas y eran lo más rectilíneas posible en terreno llano. Parece ser que cada 15 kilómetros, más o menos, había una mutatio, que era una estación de descanso o área de servicio, y cada tres mutationes había una mansio, de las que ya hemos hablado, antecedentes de los mesones de los caminos; sobre su guitarra, colgada esperando quien la toque, canta Machado:

Guitarra del mesón que hoy sueñas jota,
Mañana petenera,
Según quien llega y tañe
Las empolvadas cuerdas.

Guitarra del mesón de los caminos,
No fuiste nunca, ni serás, poeta.

Tú eres alma que dice su armonía
Solitaria a las almas pasajeras...

Y siempre que te escucha el caminante
Sueña escuchar un aire de su tierra.



El puente de Alcántara, Cáceres, construido entre el 103 y 104, dos mil años cruzando las aguas del río Tajo.

Cuando la calzada se encontraba un río, se construía un puente, por difícil que pareciera la hazaña. Uno de los mejores ejemplos conservados en España es el de Alcántara, sobre el Tajo, ubicado casualmente en Alcántara (Cáceres) y construido en tiempos de Trajano, posiblemente a principios del siglo II de nuestra era. Sus 58 metros de altura y magnífica conservación lo convierten en otro (junto con el acueducto segoviano y el de Tarragona) de los mejores ejemplos de ingeniería civil romana en España. Curiosamente al-Qantara quiere decir «el puente» en árabe, lo que nos da una idea de su importancia a lo largo de los siglos. En varias guerras se derribó algún arco, para evitar el paso del enemigo, pero, afortunadamente, siempre fue reconstruido según su primitiva traza tras la batalla.

La historia de este puente se relaciona con el caballeroso gesto del rey Alfonso V de Portugal, quien en el siglo XV, entablada guerra con Castilla cuando lo de la Beltraneja, y dispuesto su ejército a pasar el puente, al ver que los castellanos iban a derruirlo para impedirlo, mandó decir al general castellano «Que él daría un rodeo, pues no quería el reino de Castilla con

aquel edificio menos». Gesto que salvó la construcción y que honra al monarca luso. Época de caballeros.

Sobre las vías romanas no solo caminaron los viajeros y las mercancías en tiempos del Imperio. El derecho, el idioma, la idea de Roma circulaban y se expandían a lomos de esas autopistas de información. El geógrafo Estrabón, en el siglo I de nuestra era, menciona más de 2000 kilómetros de calzadas que cruzan la Península (actualmente contamos con unos 6500 km de autopistas y autovías). Evidentemente su mantenimiento se abandonó conforme los pueblos bárbaros se asentaban en Hispania, pero sus restos (en muchos tramos aún visibles) siguieron en uso como los únicos caminos para moverse por los reinos de España hasta la llegada de Carlos III (otra vez el rey que descubrió Pompeya). En su época se reorganizó también la red de carreteras para convertirla en radial, partiendo —desde entonces y por su mandato— todas las rutas hacia las capitales de provincia desde Madrid (exactamente desde un famoso «azulejo» de la Puerta del Sol).

No será hasta 1807 cuando por fin se redacte una legislación (la Novísima Recopilación) con normas para la construcción y el mantenimiento de las carreteras nacionales. En cualquier caso, muchos de los recorridos actuales de nuestras modernas autopistas descansan sobre aquellos surcos trazados por las antiguas calzadas romanas, lo cual demuestra lo bien que fueron diseñadas hace dos mil años, y que aunque antes las recorríamos a pie o a lomos de un caballo, y hoy en coches de muchos caballos de potencia, seguimos yendo por donde nuestros abuelos romanos fueron. Caminamos por donde otros caminaron. Seguimos las huellas de don Quijote, pero también las de Pompeyo, Julio César y Augusto, a quienes tanto debemos.

Nuestro amigo Marcial, hablando con morriña de su Hispania, dijo, por ejemplo:

Que a nosotros, que nacimos de celtas y de íberos, no nos cause vergüenza, sino satisfacción agradecida, hacer sonar en nuestros versos los broncos nombres de la tierra nuestra.

Tú eres feracísima por tus caudalosos ríos,
tú amarilleas en torrentes que arrastran pepitas de oro.
Aliviarás el claro estío en el áureo Tajo.
Tú posees los vellones teñidos con púrpura indígena
que centellean a la par de los colores de Tiro.

Pero Marcial no fue el único en hablar bien de Hispania, san Isidoro de Sevilla, quien fue siglos después (del 599 al 636) arzobispo de esa ciudad, recopiló en sus Etimologías, que pueden considerarse la enciclopedia básica del medioevo (20 tomos en los que se repasa todo el saber de su época), y más exactamente en la Historia Gothorum, las llamadas Laudes Hispaniae o Alabanzas de las Españas, en las que muchos autores romanos habían, efectivamente, «cantado» elogios sobre nuestra tierra, por ejemplo, el ya mencionado Estrabón en su Geografía (III, 2, 13), cuando expone:

La pureza del aire y la dulce influencia del céfiro (viento del oeste, N. del A.) son, en efecto, caracteres propios de Iberia, que vuelta por completo al lado del Occidente, posee un clima verdaderamente templado.

O Virgilio, cuando dice en La Eneida (III):

Tú, fertilísima en pastos, ni ambicionas los prados de Etruria, ni te admiras, pletórica en palmas, de las arboledas de Molorco.

Pomponio Mela, autor del siglo I nacido en Algeciras, afirma al hablar de Hispania en su obra De Chorographia (II, 5, 86):

Siendo también abundante en hombres, en caballos, en hierro, en plomo, en cobre, en plata, en oro y hasta tal punto fértil que, si en algunos sitios es estéril y diferente de sí misma, con todo, en esos lugares produce lino o esparto.

Justino, entre los siglos II y III, dijo también sobre nuestro terruño:

No es como África, que se abrasa con la violencia del sol, ni a la manera de la Galia es trabajada de vientos, heladas, humedad del aire y de la tierra.

Te hallas situada en la región más grata del mundo, ni te abrasas en el ardor tropical del sol, ni te entumescen rigores glaciales, sino que, ceñida por templada zona del cielo, te nutres de felices y blandos céfiro.

Finalmente, el mismo san Isidoro acompañó todas estas citas con su humilde opinión, que dice así:

Eres, ¡Oh España!, la más hermosa de todas las tierras que se extienden del Occidente a la India; tierra bendita y siempre feliz en sus príncipes, madre de muchos pueblos. Eres con pleno derecho la reina de todas las provincias, pues de ti reciben luz el Oriente y el Occidente. Tú, honra y prez de todo el orbe; tú, la porción más ilustre del globo.

Esta pequeña reseña de laudes bien podría terminar con la canción de

1973 de sir Elton John (nacido en 1947) Daniel, en cuya letra podemos leer:

Dicen que España es bonita, aunque yo no he estado,
Bueno, Daniel dice que es el mejor lugar que haya visto nunca.



No, no es Segovia, es el acueducto más alto de América, en Tepozotlán, México, construido en el siglo XVIII con 62 metros de altura.

Y como colofón, recordar que para muchos pueblos hermanos y latinos somos simple y honrosamente: «La madre Patria».

Así que parece que los romanos (aunque san Isidoro es más bien godo) nos querían más de lo que nosotros nos queremos. No me imagino a nadie diciendo públicamente en nuestra época nada de lo que hemos citado, al menos sin que fuera inmediatamente tildado de facha o de nacionalista español, término este que casualmente fue inventado por los nacionalistas catalanes y vascos, quienes prefieren que la universal Pamplona se llame Iruña, o que Lérida, que podría llamarse Ilerda o Iltirta, como en tiempos de sus héroes íberos Indíbil y Mandonio, se llame, por cabezonería de los concejales de una legislatura digna de ser olvidada, Lleida, nombre que realmente nunca tuvo la ciudad hasta el capricho de su inculto Ayuntamiento en 1980.

Chesterton (y muchos otros pensadores) hablaba de la «democracia de los padres», indicando que cada generación tiene que respetar, en la medida de su utilidad y bondad, las decisiones históricas de los anteriores habitantes de un lugar. Resumiendo mucho, algo así como que es deber de todos mantener la tradición histórica, ya que ninguna generación tiene derecho a sustituir o desdeñar la herencia de los que antes vivieron allí. Según esa línea de pensamiento, más elaborada y docta desde luego que el nacionalismo, ningún Ayuntamiento debería arrogarse el derecho a cambiar a su antojo el nombre heredado de su ciudad desde hace siglos, según los colores de las papeletas de unas caprichosas elecciones cuatrianuales. Ni siquiera la democracia está por encima de la Historia.

No es raro que Hispania gustase tanto a los romanos, ya que fuimos para ellos como El Dorado. De nuestra tierra salieron minerales a espuestas, sobre todo plata, cobre y hierro. Los paisajes de Las Médulas en León, donde parece que una manada de gusanos gigantes hubiera jugado con las montañas, dan una idea del alcance y potencia de la minería romana, hasta el punto que se calcula que en el siglo II a.C. las minas hispanas ya producían alrededor de nueve millones de denarios anualmente, lo cual en la Antigüedad era un dineral. Pero también la agricultura era una importantísima fuente de riqueza hispana; en la época romana, nuestro país ya era el principal productor de aceite de oliva del mundo (vale, entonces era más fácil porque había menos mundo), hasta el punto de que en Roma todavía hoy, encontramos el Monte Testaccio, la colina artificial que ya mencionamos, fruto de las ánforas de aceite de procedencia hispana. El vino también era bastante famoso, y el jamón (del bueno) se sabe que fue utilizado, entre otras cosas, como provisión del ejército de Pompeyo contra Sertorio.

De todas formas, el producto hispano más apreciado era el garum, que consistía en una salsa gourmet realizada a base de salazones de pescado, que sería algo así como el equivalente romano del paté, aunque también se usaba para salar los platos. Factorías de garum había, a tenor de los restos arqueológicos, desde Cádiz hasta Menorca, y eran muy famosas las de Cartagena.

Como vimos al principio del capítulo, parece que los hispanos teníamos «acento» al hablar en latín y que pronunciábamos la «uve» igual que la «be». Ya entonces teníamos fama de juerguistas (es broma) por nuestra mala

pronunciación, que confundía vivere con bibere, sin que sepamos hoy a ciencia cierta cómo de distintas sonarían entonces ambas palabras en boca de un romano del mismo foro. Goethe (1749-1832), el poeta alemán, todavía definía España mil ochocientos años más tarde del dicho como «el bello país del vino y las canciones».

Roma tardó 199 años en conquistar totalmente nuestra península, y las Galias (es decir, las actuales Francia y Bélgica) 10. Por eso Astérix es solo ficción, mientras que aquí tuvimos demasiados «pueblos irreductibles». Curiosamente, enseguida fuimos más romanos que nadie, igual que siempre solemos ser más papistas que el papa y, por eso solo 117 años después de la total pacificación de Hispania, ya dábamos al Imperio el primer César español, el andaluz Trajano, más romano que nadie.

Bastantes años antes, ya en el 40 a.C., el gaditano Lucio Cornelio Balbo fue elegido cónsul, convirtiéndose en el primer «presidente» de la República no nacido en Italia, con lo cual ya había un gobernante hispano en Roma antes de que Hispania fuera totalmente conquistada.





Arriba, alegoría de Hispania en el reverso de una moneda de oro de Adriano; abajo, en la primera emisión de pesetas, de 1868.

Claro que Balbo era de Cádiz —población cuyos habitantes obtuvieron la ciudadanía romana por orden de Julio César (y por mediación precisamente de Balbo) durante las guerras civiles— allá por el año 45 antes de Cristo. Como ya hemos comentado, además de Trajano, Adriano y Teodosio fueron con total seguridad emperadores romanos nacidos en Hispania. Teodosio fue el último César que gobernó un imperio unido, ya que a su muerte se dividió el imperio en Occidental y Oriental, gobernados respectivamente por sus hijos Honorio y Arcadio.

Además de mandamases, Hispania le dio a Roma, como hemos visto, muchos escritores, entre los cuales contamos con nuestro compañero Marcial; Séneca el Joven (Lucio Anneo Séneca), el famoso filósofo e hijo del también famoso Séneca el Viejo (Marco Anneo Séneca); Lucano, nieto y sobrino de los Sénecas y también cordobés, quien murió por orden de un celoso Nerón a la temprana edad de 26 años; Quintiliano, el autor de *De Institutione Oratoria*, nacido en Calahorra y quien en vida fue considerado el mejor profesor de retórica del mundo, y Juvenco, que escribió el primer libro épico-cristiano, poniendo en 3219 versos hexámetros los Evangelios (vamos, la Biblia en verso). San Jerónimo, el de la Vulgata, dijo sobre la obra magna de Juvenco:

El presbítero Juvenco puso en verso la historia de nuestro Señor y Salvador y no la mermó ni siquiera al versificar las majestuosas frases del evangelio.

Prudencio (348-410) parece que también era natural de Calahorra; tras ocupar varios puestos importantes en el Gobierno imperial, decidió retirarse y dedicarse a escribir para gloria de Dios. Varios himnos de su Cathemerinon todavía se usan en la liturgia de Epifanía o de Navidad. Su himno Corde Natus (Nacido del corazón) se tradujo al inglés a mediados del siglo XIX para con sus versos componer el villancico *Of the Father's Heart Begotten* (Nacido del corazón del Padre), cantado aún en los días navideños por aquellos lares. La obra de Prudencio se considera antecedente del Alegorismo medieval y, según algunos estudiosos, incluso del barroco español. Obviamente Prudencio es un total desconocido en España.

La viajera Egeria, que ya hemos nombrado como la primera escritora hispana cuyo nombre también «desconocemos» los españoles, se aúna en dar brillo a nuestras letras. El obispo Orosio fue, como Egeria, un gran viajero de principios del siglo V; conoció en Hipona a san Agustín y en Tierra Santa a san Jerónimo. A su regreso, dejó en Mahón las reliquias de san Esteban, el primer mártir de la Historia. Es muy famosa su obra *Historiae adversus paganos* (Historia contra los paganos), que es la primera historia universal cristiana escrita en el mundo.

También era gallego Hidacio —fuente principal de la historia de Hispania en el siglo V—. Su Crónica continúa la de san Jerónimo y relata lo sucedido entre los años 379 y 468. Es, por tanto, el último escritor romano de Hispania. Hidacio fue el primero en datar los hechos según la mencionada era hispánica, vigente en nuestro país, como comentamos en el primer capítulo, hasta el año 1349 en Aragón; 1383 en Castilla; 1422 en Portugal y el fin del siglo XV en Navarra, por lo que la forma de contar nuestras fechas de su invención, fue la oficial en España durante casi 1000 años.

Empezamos el capítulo de Hispania hablando del Plus Ultra de nuestro escudo. Bien está que lo terminemos con la conocida como Profecía de Séneca, escrita en el primer siglo de nuestra era y que dice:

Años vendrán en el transcurso de los tiempos, en los cuales el océano aflojará los lazos de las cosas y aparecerá el mundo en toda su grandeza. Tetis descubrirá nuevos orbes y ya no será Tule la última tierra.

Tuvimos que ser los paisanos de Séneca, tan hispanos y tan romanos

como él, los que aflojáramos los lazos del océano. Gesta suficiente como para justificar toda nuestra existencia en la Historia. Ojalá supiéramos, conociéramos y admiráramos más lo que somos o lo que podemos ser. Mejor nos iría a todos los españoles e hispanos de ambos lados de ese océano si fuéramos un poco como Víctor Manuel —el poeta y cantautor nacido en Mieres en 1947—, quien en una de sus canciones dijo aquello que interpretó tan bien Ana Belén (Madrid, 1951), su mujer y brazo derecho:

España camisa blanca de mi esperanza
Aquí me tienes, nadie me manda
Quererte tanto me cuesta nada
Nos haces siempre a tu imagen y semejanza
Lo bueno y malo que hay en tu estampa
De peregrina a ningún lugar.

XII

A DIOS ROGANDO

La religión y las religiones, un recuerdo de Roma.

Creer en un buen designio es como creer en Dios, te vuelve un optimista.
Terencio, siglo I

¿Demasiado estúpido para entender la ciencia? Prueba entonces la religión.
Anónimo, siglo XXI

QUE YO SEPA, A LA IGLESIA CATÓLICA SE LE LLAMA TAMBIÉN Iglesia romana y el papa vive todavía en Roma, ¿no? Pues entonces casi podríamos decir que todos los católicos siguen dependiendo de Roma. Además, hasta 1965, es decir, hasta ayer por la tarde, las misas se decían solo en latín en todo el mundo y el cura se ponía de cara al altar. Como no podría ser de otra manera, el latín es todavía idioma oficial del Vaticano. Somos católicos porque proclamamos en misa un Credo (Yo creo) en el que se contiene la profesión de fe. El texto original del Credo actual se aprobó en el Concilio de Nicea en el año 325, concilio dirigido por el emperador romano Constantino y convocado por consejo del obispo de Córdoba, Osio. A la Iglesia la llamamos romana porque el papa (*pontifex maximus*, como Julio César, entre otros) tiene su sede en Roma, desde donde gobierna la Iglesia y organiza la religión católica, que al fin y al cabo es una herencia del Bajo Imperio romano. ¿Han cambiado mucho las creencias y la religión en los últimos dos mil años? ¿O no han cambiado tanto? quizás lo que ocurre es lo que dijo Cervantes en el capítulo IX de la segunda parte del *Quijote*: «Con la Iglesia hemos dado, Sancho».

Aunque se suele decir: «Con la Iglesia hemos topado», frase que no es exactamente la de Cervantes y que normalmente lleva segunda intención. Con respecto a la religión, una de las opiniones más modernas la dio nuestro cordobés vecino y filósofo Séneca (4-65): «La religion es vista por la gente común como cierta, por los sabios como falsa y por los gobernantes como útil».

O como dijo Allen: «Si Dios tan solo me hiciera una pequeña señal, como hacer un generoso depósito a mi nombre en un banco suizo».

Para empezar a hablar de la Iglesia, con mayúscula, como dice el dicho, hay que hablar primero de san Osio de Córdoba (santo ortodoxo y de la Iglesia católica oriental), quien nació en nuestra Córdoba de España y como obispo de su ciudad acudió al Concilio de Elvira (Granada) de alrededor del año 300, el primero celebrado en Hispania.

En el 313 le vemos acompañando al emperador Constantino en Milán, donde parece ser que influyó en que se decretara la libertad religiosa, incluida la de los cristianos. Fue Osio quien convocó y presidió el Concilio de Nicea del año 325, en el que alrededor de 300 obispos de todo el mundo romano decidieron, entre otras cosas, que se condenara como herejía el arrianismo; además, organizaron monárquicamente la Iglesia a partir de un episcopado único e indivisible, con el papa como cúspide. El concilio también decidió que: «Todo poder y autoridad procede de Dios. Por lo tanto, el emperador es una persona que, por voluntad divina, recibe el mandato de gobernar el Imperio». De aquí vendrá, pasados los años, lo de «por la gracia de Dios», que tan poco gracioso ha resultado por tantos siglos a los gobernados, que no a los gobernantes. Hasta Franco se atrevía a poner en las monedas que se acuñaban durante su mandato: «Caudillo de España por la Gracia de Dios», sin que nadie desde la Iglesia le objetara. En fin, ya se sabe, la Iglesia siempre con el poder; recordad esas fotos de obispos saludando con el brazo derecho tieso y en alto... (Por cierto, el saludo romano).

Para aclarar y unificar las creencias que realmente eran aceptadas oficialmente por la Iglesia, en Nicea se proclamó el Credo —posiblemente redactado original y directamente por el obispo cordobés—. Fijaba la doctrina «oficial» de la Iglesia exclusivamente en las palabras que ese texto contenía y no admitía otras creencias, otros «credos», que se consideraban heréticos desde ese momento. Treinta años más tarde, cuando nuestro paisano contaba ya con 100 a su espalda, fue obligado por el emperador arriano (por lo tanto, también cristiano aunque hereje) Constancio II a negar lo proclamado en Nicea. Osio se opuso con estas palabras:

Yo fui defensor de la fe cuando la persecución de tu abuelo Maximiano. Si tú repites la persecución, estoy dispuesto a padecerlo todo antes que a ser traidor a la verdad. Haces mal en escribir tales cosas y en amenazarme (...) Dios te confió a ti el Imperio, a nosotros las cosas de la Iglesia (...) Ni a nosotros es lícito tener potestad en la

tierra, ni tú, emperador, la tienes en lo sagrado.

En fin, lo que quiero resaltar es que el español Osio fue tan, tan importante, que su Credo se sigue diciendo casi igual, en todas las misas que se celebran cada día en tooodas las iglesias cristianas, las católicas, las ortodoxas bizantinas y orientales, la Iglesia antigua del Oriente, la Asiria del Oriente, la Anglicana, y casi todas las protestantes, es decir, el Credo que escribió nuestro Osio cordobés se dice todos los días en todo el mundo. De hecho, es fundamental aceptar el «símbolo de Nicea» para que una Iglesia sea considerada cristiana, por eso los testigos de Jehová o los mormones no son cristianos, aunque afirman creer en Jesús, ya que no aceptan el Credo tal y como se redactó en Nicea.

Por supuesto, nadie en España sabe quién demonios fue Osio de Córdoba ni su influencia en la historia de la Iglesia; debe ser que somos idiotas. ¿Alguien se imagina la cantidad de honores que recibiría esta figura si fuera francesa o inglesa? Pero como fue español, da igual, ya nos encargamos nosotros de minimizar su papel en la Historia, en la cristianización del Imperio romano y, por lo tanto, de nuestra Europa y del mundo. Qué pena... ni la propia Iglesia romana que fundó le reconoce como santo, a pesar de que para los ortodoxos sí lo es. Ojalá que algún día Osio sea recordado como se merece y su figura recuperada, al menos para sus desmemoriados paisanos hispanos.

Parece ser que tras la respuesta un tanto chula por parte del cordobés (del obispo, no del torero), en la carta que hemos visto, el emperador Constancio, que recordemos era cristiano pero arriano, se mosqueó ligeramente y obligó a Osio a presentarse ante un concilio de obispos arrianos donde, a pesar de sus canas, fue azotado. Ni así se desdijo de su Credo; fue entonces dado por imposible y desterrado a Panonia (lugar situado en lo más recóndito de la actual Hungría), donde el pobre, finalmente, falleció parece ser que a los 101 años.

Los arrianos afirman que Jesucristo fue creado por Dios Padre y que es distinto a él, lo cual a priori parece bastante lógico, ya que a Jesús no se le menciona directamente en ninguno de los libros de la Biblia anteriores a los Evangelios, y porque incluso en ellos parece ser una persona distinta a Dios, como en el Evangelio de san Juan, 14:28, cuando se dice que Jesús afirma: «Oyeron que les dije que me voy y volveré a visitarlos. Si me amaran, se

alegrarían de que vaya al Padre, porque el Padre es más que yo».

Frase en la que el hijo parece decir que el padre es Dios y él solo es su hijo. San Pablo, en su Primera epístola a los corintios, 8:6, parece que también distingue entre Dios y Jesucristo: «Para nosotros existe un solo Dios, el Padre, que es principio de todo y fin nuestro, y existe un solo señor, Jesucristo, por quien todo existe y también nosotros».

En san Mateo 16:15, podemos leer el siguiente diálogo entre Jesús y los discípulos:

—Él les preguntó: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

—Simón Pedro respondió: ¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente!

—Entonces Jesús le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en los cielos.

Y cuando Jesucristo en la cruz está a punto de expirar, el Evangelio de Mateo 27:46 nos transmite sus últimas palabras: «¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?».

Frases que no tienen sentido si padre e hijo son uno y el mismo, pero en fin, maestros tiene la Iglesia. En estos y otros pasajes se basaban los arrianos para afirmar que hay un solo Dios y negar la Trinidad como tal, que tan difícil es de encajar en la doctrina cristiana. Por cierto, que los arrianos se llaman así por Arrio (256-336), sacerdote fiel a esta herejía nacida en una iglesia de Alejandría, que acudió a Nicea a defenderla, aunque tampoco era él quien la había formulado originalmente. De hecho, no sabemos a quién se le ocurrió primero. Al final, estas cuestiones de fe son muy complicadas y sutiles. Para intentar entender los asuntos de creencias, no sé quién explicó lo que es en realidad la fe, afirmando:

Si les dices que hay un ser invisible y eterno que vive en el cielo y que de la nada hizo el Universo, puede que te crean, pero si en una puerta brillante y húmeda pones un cartel advirtiendo que la pintura está fresca, tendrán que tocar la pintura y mancharse los dedos antes de creerte.

A pesar de lo decidido en Nicea, en el sínodo de Tiro del 335 se volvió a admitir en la Iglesia la opinión de los arrianos. Como ya hemos visto, Constancio II (emperador del 337 al 361) y Valente (emperador del 364 al 378) fueron arrianos o afines al arrianismo. De hecho, Constancio II persiguió entre los años 355 al 357 a los cristianos niceanos, a los paganos

(clausuró y saqueó sus templos) y de paso decretó penas severísimas contra los magos y adivinos, así como contra sus seguidores; creo que, menos a unos señores de Murcia, este hombre persiguió casi a todo el mundo. Tampoco era tan raro eso de ordenar persecuciones: Diocleciano la tomó con los maniqueos; Constante (emperador del 337 al 350), ordenó perseguir a los paganos y los judíos; Teodosio hizo lo propio con los paganos, y todos los anteriormente citados persiguieron a los magos... lo cual es una lástima, porque, como dice Allen, Woody:

El mago hizo un gesto y desapareció el hambre, hizo otro gesto y desapareció la injusticia, hizo otro gesto y se acabó la guerra. El político hizo un gesto y desapareció el mago.

Y claro, así nos ha ido.

Lo curioso de la supervivencia del arrianismo es que Constantino, sobre esta doctrina y su prohibición, había proclamado nada más acabarse el concilio de Nicea:

Además, si se encuentra algún escrito sobre Arrio, podrá ser arrojado al fuego, por lo que no solo se borra la maldad de su enseñanza, sino que no quedará nada para recordarlo.

Lo que no impidió que en su lecho de muerte, en el 337, el firmante de lo de arriba, el gran Constantino, fuera bautizado en el arrianismo cristiano por el obispo Eusebio de Nicomedia, que, evidentemente, seguía esa doctrina.

La condena definitiva al arrianismo llegó en el Concilio de Constantinopla (segundo ecuménico) que se celebró por obra y gracia de nuestro vecino de Coca, el emperador Teodosio, en el 381, cincuenta y seis años después de Nicea. Cuando se proclamó emperador en el 379, Teo se dirigió a Constantinopla, donde directamente expulsó al obispo arriano y ordenó que todos los súbditos del Imperio profesaran la fe de los obispos de Roma y de Alejandría, ambos niceanos. Para dejar las cosas claras de una vez por todas sobre qué había que creer y qué no, convocó ese concilio de Constantinopla que acató el Credo de Nicea con ligeras variaciones (referentes al Espíritu Santo, —más lío—), llamándose desde entonces a la fe oficial niceana-constantinopolitana, la única admitida por el Imperio. No obstante, parece que antes había empezado también a llamarse católica a esta versión cristiana.

¿Fue esto el fin del arrianismo? Pues resulta que tampoco, porque los godos era arrianos, y según fueron expandiendo sus bárbaras posaderas por la Europa romana, mantuvieron su creencia hasta que muchos, muchos años después, en el III Concilio de Toledo, celebrado en el 589, Recaredo, y con él el reino visigodo de Hispania, abjuró y anatemizó el arrianismo. ¿Se unificó por fin para siempre el cristianismo? Pues tampoco, más bien no, como sabemos.

Recaredo, rey promotor de la conversión del reino visigodo de Toledo en ese año, firmó las actas del concilio como Flavius Recaredus Rex, en un guiño a Flavio Valerio Aurelio Constantino, que era el nombre completo del emperador Constantino de Roma, promotor del Concilio de Nicea, que todavía vamos a citar mucho en este religioso capítulo.

El gran Marx —Groucho, por supuesto—, sobre las creencias y la religión dijo aquello tan sabio de: «Todo el mundo debe creer en algo y yo creo que voy a seguir bebiendo, discúlpeme». Lo cual es tan válido como todo lo demás que se ha escrito sobre religión en todos los libros del mundo. Antes de meterme en camisa de once varas, quiero aclarar que la intención de este capítulo no es la de cuestionar ninguna religión, sino la de buscar paralelismos entre la romana y la actual, refiriéndome al cristianismo, que es la religión europea universal por antonomasia. La mayoría de las comparaciones están realizadas con el catolicismo, fe en la que se me educó y que es la que mejor conozco. No se valoran más religiones actuales porque al final las comparaciones son odiosas y yo suscribo las palabras que dijo Javier Krahe en 1981 en su canción El cromosoma:

Prefiero caminar con una duda que con un mal axioma.

En el principio de su historia, los romanos eran muy supersticiosos y también bastante religiosos, a su manera. Creían en fuerzas invisibles, en los antepasados y en un panteón (del griego pan theon, todos los dioses) inmenso y creciente, formado sobre todo por los dioses etruscos y griegos, pero también por aquellos que iban conociendo en su expansión por el mundo, ya fueran de los bárbaros celtas o del Oriente. Por ejemplo, Cibeles, tan romana como nos parece, era originalmente una diosa frigia, traída de la Anatolia, en el lado de allá de la actual Turquía, y el dios Lugh, patrón celta de, entre otras cosas, la artesanía, se identificó con el romano Mercurio. Los romanos

solo recelaron de los dioses egipcios, ya que se representaban como animales, si bien, de todas formas, consideraron diosa a Isis, que es una mujer, como atestiguan los numerosos templos que se le dedicaron en todo el Imperio y la pervivencia de su culto hasta el siglo VI de nuestra era.



Missorium de Teodosio, siglos IV al V. A diferencia de la creencia generalizada, fue el verdadero impulsor del cristianismo en el Imperio. Real Academia de la Historia, Madrid.

No quiero decir con esto que los romanos creyeran en todos los dioses o en la libertad religiosa, sino simplemente que eran «amplios de miras», y cuando no podían asimilar un dios extranjero a uno de los suyos, lo

respetaban siempre que su culto no atentase contra la moral romana. Por eso prohibieron los sacrificios humanos que llevaban a cabo los celtas en la actual Francia, sin abominar de los dioses galos, sino dando a entender a los druidas o sacerdotes celtas que ningún dios podía pedir ni aceptar tal barbaridad (en el sentido estricto y «bárbaro» de la palabra). Es más, con respecto a los judíos, que como se decía entonces eran tan pobres que solo tenían un dios, tampoco los romanos objetaban nada, siempre que estos cumplieran sus deberes cívicos y respetaran a las demás religiones. De hecho, el emperador Constantino, en el discutido y tal vez inexistente Edicto de Milán del 313, cuando se otorga la libertad religiosa, lo único que dice es: «Que cada uno adore a su manera lo que hay de divino en el cielo».

Antes, en el 311, el emperador Galerio (gobernó del 305 al 311) había ya emitido el llamado Edicto de Nicomedia, que parece ser decía en referencia a los cristianos:

Habiendo recibido esta indulgencia, ellos habrán de orar a su Dios por nuestra seguridad, por la de la República, y por la propia, porque la República continúe intacta, y para que ellos puedan vivir tranquilamente en sus hogares.

Curiosamente los cristianos eran los que pedían libertad religiosa al menos en pleno siglo II, cuando Tertuliano, el padre de la Iglesia (160-220 más o menos), escribe en su Apología lo siguiente:

Mirad que no sea sacrílego el no tener libertad religiosa y prohibir la elección de la divinidad, de manera que no pueda yo adorar lo que quiero y se me fuerce a adorar lo que no quiero.

Evidentemente, y como veremos, en cuanto los cristianos tuvieron esa libertad para adorar lo que quisieran, prohibieron esa misma libertad a los demás. Por cierto, que este autor, Tertuliano, fue el primero en emplear la palabra trinitas o trinidad para referirse a la santísima idem en su obra *Adversus Praxeam*:

La unidad en la Trinidad dispone a los tres, dirigiéndose al Padre, al Hijo y al Espíritu, pero los tres no tienen diferencia de estado ni de grado, ni de substancia ni de forma, ni de poder ni de especie, siendo de la misma substancia, grado y potestad.

Lo cual el insigne Javier Krahe en su canción ya citada resumía así:

Hace tiempo que no juego al acertijo,

Tan esdrújulo de un padre y un hijo,
Y una blanca paloma.

En Roma, con el paso de los años y junto a la triada, que no «trinidad», capitolina —Jupiter, Juno y Minerva—, se fueron añadiendo los cultos al dios Julio, a Augusto y, finalmente y para simplificar, a la familia del emperador. El pragmatismo romano aceptó exteriormente los ritos de esta religiosidad, pero en el fondo la religión fue vaciándose de sentido, un poco como cuando en la actualidad solo vamos a la iglesia para la BBC, es decir, para las bodas, bautizos y comuniones y, aunque no nos consideremos mayoritariamente ateos (del griego *atheos*, sin dios), evidentemente no somos tan cristianos como lo eran nuestros padres, ni mucho menos nuestras madres. Como dijo Chesterton a principios del siglo XX:

Lo malo de que los hombres hayan dejado de creer en Dios no es que ya no crean en nada, sino que están dispuestos a creer en todo.

Hace un poco más de tiempo, en el siglo I, el poeta Petronio, en lo que nos ha quedado de su novela *Satiricón*, ya se queja de cómo ha disminuido la devoción en su tiempo, a la vez que critica cómo ha aumentado el materialismo:

Nadie cree que el cielo es cielo, nadie guarda el ayuno, a nadie le importa Júpiter, sino que todos, tapándose los ojos, van haciendo cuenta de los bienes que tienen. Antes, las matronas subían al templo de Júpiter en el Capitolio con los pies descalzos, el pelo suelto, las conciencias limpias y pedían a dios que lloviera. Y así, al momento, caía agua a cántaros. Y ahora los dioses no pueden dar un paso porque nosotros no tenemos religión.

Igualito igualito que ahora, cuando las personas religiosas —normalmente madres y tías políticas— se quejan siempre de que nadie sigue ya las normas de la Iglesia, y lo malo es que tienen razón.

La palabra religio, originalmente y según nos cuenta Pierre Grimal en su libro *La civilización romana*, indica primariamente un sentimiento bastante vago o instintivo de encontrarse ante un peligro de orden sobrenatural, como cuando se va a hacer un viaje y se tiene un presentimiento supersticioso; esto, que nos parece a primera vista arcaico y primitivo, no lo resulta tanto si nos paramos a pensar que todavía en nuestra época muchos aviones no tienen fila 13, como los de Iberia, sin ir más lejos. Y también nos pasa lo mismo con lo

poco que aún nos gusta pasar bajo escaleras, romper espejos, cruzarnos con gatos negros y muchas más supersticiones, tan arraigadas que más vale que toquemos madera antes de seguir enumerándolas, no sea que...

El cordobés Lucano, en el siglo I, ya dijo escéptico aquello de: «Los hombres temen a los mismos dioses que han inventado». Pero los hayamos inventado o no, el caso es que «necesitamos» creer en algo. Lo necesitamos tanto como el comer.

Las filosofías, especialmente el estoicismo o la resignación, y el epicureísmo o la búsqueda del placer, sustituyeron la religión, la supersticiosa y la oficial, porque los ritos de cada acto religioso imperial permanecieron cada vez más vacíos y carentes de sentido. De todas formas, Cicerón, que era estoico, dijo:

Si me equivoco en decir que el alma es inmortal, me equivoco gustosamente y no quiero, mientras viva, que nadie me saque de mi error.

Y eso sí es una buena definición de libertad religiosa.

En Roma, al menos mientras fue pagana, no había un clero como nosotros lo entendemos. El padre de familia desde siempre era el sacerdote familiar y responsable de los manes (literalmente «buenos»), que eran los antepasados difuntos desde el origen más primitivo de cada familia, encargados de guiar y ayudar a sus descendientes vivos. En el Estado, y dependientes de él, existía tanto un colegio de augures —encargados de interpretar los signos divinos— como otro de sacerdotes (todos ellos cargos electos y sin remuneración) cuya misión era hacer cumplir los contratos existentes entre los dioses y la civilización mediante la repetición correcta de los ritos pertinentes en los momentos y fechas adecuados. Los contratos con los dioses eran inamovibles, así por ejemplo, cuando se instauró la República y para que los dioses siguieran reconociendo los pactos que con anterioridad habían realizado los antiguos reyes de Roma con ellos, los abuelos romanos crearon un sacerdote especial, el rex sacrorum (en español algo así como rey de lo sagrado), que mantenía fijos los ritos y funciones religiosos prerrepurbanos, facilitando así que Júpiter reconociera a la ciudad y sus antiguos acuerdos.

La religión romana no tenía un decálogo o ley moral que hubiera que cumplir individualmente, ni prometía la salvación de las almas. Más bien garantizaba la armonía absoluta del orden de las cosas y del mundo. Si se

faltaba a la pietas, que era algo así como el respeto a los ritos, y sobre todo a las relaciones entre todos los componentes de la sociedad y de la naturaleza, o a la fides, que era la buena fe o la garantía de que todo debía quedar en su lugar exacto para salvaguardar el orden universal, se cometía un sacrilegio terrible.

La religión, tal y como la entendemos ahora, busca la salvación individual, mientras que la romana buscaba la pervivencia del todo. Lo eterno era Roma, no cada romano, por decirlo simplemente. Para garantizar esa eternidad y que ese todo fuera inamovible, existía, por ejemplo, una antigua ley romana dictada teóricamente por el rey Numa Pompilio, donde se ve claramente que la religión actuaba como defensa del orden establecido, familiar y social, ante casos individuales de desorden. Los culpables de romper ese orden eran declarados sacer, es decir, consagrados o entregados a los dioses (de ahí viene nuestro sacerdote), y por su sacrilegio eran reos de muerte. Por ejemplo, al que moviera un hito de propiedad en un campo, se le declaraba sacer junto a sus bueyes, se le negaba el fuego y el agua en el territorio romano, por supuesto perdía la ciudadanía, sus propiedades y era expulsado de la sociedad, que de este modo, execrando de sí misma al infractor y entregándolo a los dioses, se protegía de su cólera y mantenía vigente el contrato con la divinidad.

En cambio, salvo por la perduración de la fama —motivo por el que los monumentos funerarios se instalaban junto a los caminos para que los viandantes repitieran los nombres de los difuntos, insuflándoles así una teórica inmortalidad—, la religión romana no se preocupó mucho por la pervivencia del alma, más allá de lo que indicaba la filosofía estoica. Por ejemplo, Horacio busca la perduración de su obra como forma auténtica y única de inmortalidad, cuando dice: «No moriré del todo». Con ello aludía a que su obra perdurara a través de los siglos (como de hecho así ha sido) y la gloria —algo así como la fama eterna— fuera su premio.

La gloria era algo que solo alcanzaban los hombres que hubieran realizado hazañas más allá de la capacidad común; es en ese sentido en el que originalmente se «nombró» dios a Julio César. Muchos años después, Marx, sobre esto de pasar a la posteridad, decía: «¿Por qué debería preocuparme por la posteridad? ¿Qué ha hecho la posteridad por mí?».

Obviamente citamos a Groucho y no al otro Marx, mucho menos

divertido y menos romano, ya que era más bien un bárbaro de Germania (¿existe el humor germano?). De todas formas, y sobre lo que Groucho opinara realmente acerca de la «vida eterna», tampoco hay que hacer mucho caso, porque suya es también la frase: «Cítenme, por favor, diciendo que me han citado mal», así que...

Es curioso que fuera la filosofía estoica y no la religión quien propusiera la inmortalidad del alma para los romanos, tal y como se vislumbraba siglos antes en Platón o como relata Cicerón en su libro *De Republica*, cuando nos narra la visión de Escipión. En ella el gran conquistador y destructor de Cartago sueña con su abuelo adoptivo y su padre, que desde el cielo le enseñan que para los buenos sí que existe la vida eterna, cuando le dicen, estando en los Campos Elíseos: «Si quieres vivir aquí eternamente, no pongas tus esperanzas en premios de humanos y cultiva la virtud».

Y eso que Woody Allen afirma: «La eternidad se hace larga, sobre todo al final».

Sobre la inmortalidad, el genio neoyorquino también afirmó sabiamente aquello de: «No aspiro a alcanzar la inmortalidad a través de mi obra, sino simplemente no muriendo».

Igual que nuestro ínclito premio Príncipe de Asturias, el hombre romano, con el paso de los siglos y la sofisticación de la civilización, llegó a no conformarse con que esta, la vida que conocemos, fuera la única disponible y real. Al fin y al cabo, hasta en el peor videojuego tenemos al menos tres vidas, ¿no? ¿Y qué fue de la bola/vida extra del petaco? Así que, poco a poco, el abuelo romano rebuscó y encontró respuestas a sus inquietudes de pervivencia en los llamados misterios orientales, que prometían una vida después de la muerte, más guay y mejor que esta terrenal y material. Estos misterios fueron haciéndose más populares, ya que en el fondo, todos queremos vivir para siempre, a pesar de lo que cantaba Queen en su tema de 1986 *Who wants to live forever*. La realidad es que Roma se fue impregnando de nuevas religiones «reveladas», es decir dictadas por la propia divinidad, que prometían a sus adeptos la vida eterna o la eterna juventud a cambio de seguir determinados códigos morales, o como decían los de Alphaville en su canción *Forever Young* de 1984:

Quiero ser joven para siempre.

¿Quieres realmente vivir por siempre?

Por siempre joven.

¿Hay mejor publicidad? ¿Cómo negarse? Haz lo que yo te digo y vivirás eternamente y mejor, solo que después. No ahora, mañana. Además, como resulta que nadie regresa del más allá, pues nadie puede negar que lo que prometes no sea cierto. Lo mismo dice Woody Allen que sucede en nuestros días, cuando nos cuenta:

La realidad cotidiana de hoy día puede llegar a ser muy deprimente. Así que la gente tiene la necesidad imperiosa de buscar un sentido a sus vidas, de aferrarse a la idea de que hay algo especial esperándoles después en algún lado.

Los cultos o religiones «orientales» más importantes fueron, además del de Cibeles y su pareja Attis, los de Mithra e Isis. Mithra, dios persa, adorado en ese rincón del mundo desde al menos el 1400 a.C., se hizo hombre, casualmente nació un 25 de diciembre de una virgen, tenía 12 acompañantes, a su nacimiento acudieron a adorarle los pastores y, ya de mayorcito, se sacrificó y subió al cielo por la humanidad. Como es claro y notorio, es tal vez la religión más curiosamente parecida al cristianismo, al menos así a ojo.

Mithra viene a ser algo así como la luz del sol o el sol victorioso ante la oscuridad. Se han encontrado restos de más de 450 lugares de culto o iglesias (siempre subterráneas) del Mithra romano, desde Gran Bretaña hasta Turquía. Por supuesto en nuestra Hispania hay unos cuantos. En Mérida hay alguno muy interesante.

Normalmente se representa a Mithra como un hombre joven que lucha contra un toro, animal que simboliza la noche (por su color negro y por los cuernos que imitan la luna), y podría ser, con mucha fe e imaginación, que las corridas de toros, en las que un hombre vestido de luz o, como decimos, con traje de luces, lucha contra un toro a muerte, fueran una reminiscencia extraña y compleja de algún culto a este dios misterioso. Y eso aunque la lucha «festiva» contra un toro aparece ya en las pinturas minoicas de Cnosos en Creta, hace 4000 años, y que Platón dice que en la Atlántida, situada más allá de las columnas de Hércules, se celebraba un festival en el que también se sacrificaba un toro de manera ritual tras luchar los jóvenes con él.

Ojo, el que la fiesta de los toros venga de hace 3500 años o más, que no es exactamente lo que digo, tampoco me parecería motivo para mantenerla tal y como es ahora, matando al toro en la plaza después de volverle medio loco a

puyazos y todo eso. He conocido gente que se rasga las vestiduras diciendo que los espectáculos del anfiteatro romano eran sangrientos y luego tienen abono en san Isidro. Mira, en eso también nos parecemos a los abuelos romanos, nos gusta la sangre en el coso y, aunque afortunadamente no pasa todos los días, el que el torero pueda sufrir una cogida es, reconozcámoslo, lo que le da enjundia y profundidad a la fiesta. Si no nos gustara el riesgo, torearíamos conejos gigantes en vez de toros bravos, o cubriríamos los cuernos de estos con gorritos de lana con borlas. O correríamos los Sanfermines como mucho delante de unas ovejas cabreadas. En los anfiteatros romanos había una forma de lucha entre hombres y fieras, llamada venationes (palabra de la misma raíz que venablo, de venari, cazar) en la que uno o más hombres se enfrentaban contra fieras de todo tipo. Los venatores y bestiarii seguro que también se las veían con toros bravos, a lo mejor de manera parecida a nuestras corridas de toros, como podemos ver en el álbum de Goscinny y Uderzo Astérix en Hispania (1969); pero el que sea una tradición, aunque sea romana, no es motivo suficiente para mantener las corridas de toros, igual que tampoco mantenemos ya las luchas de gladiadores.

Volviendo a las religiones místicas, Isis —la madre de los dioses, diosa materna y maternal por antonomasia— fue adaptada al culto en Roma representándola como una mujer joven sentada en un trono con un niño (Horus) en brazos. Su aspecto es tan parecido al de la Virgen María, que se cree que algunas imágenes de la madre de Dios muy antiguas son realmente representaciones de Isis, quien fue adorada desde más o menos el 2500 a.C. en Egipto hasta más allá del 550 de nuestra era en todo el Mediterráneo. Ojo, su culto duró más de 3000 años, mil más de lo que llevamos de cristianismo, hasta que Justiniano, emperador de Bizancio del 527 al 565, prohibió finalmente la religión de Isis en lo que quedaba del Imperio. En España, en Baelo Claudia (al norte de Tarifa), había un importante templo dedicado a la diosa.

En general, todos los cultos «orientales» más o menos monoteístas ofrecían al individuo la oportunidad de una salvación personal a través de la comunión con los poderes divinos. La posibilidad de la conversión mediante la iniciación y la revelación de conocimientos compartidos y secretos o *mysterium* —de ahí nuestro misterio— hacían accesible y fácil el proselitismo.

Todas estas religiones concedían especial importancia a las comidas rituales, al sufrimiento como medio de expiación y a las ceremonias de purificación, como lo es nuestro bautismo. Allen, hablando por una vez en serio, dice: «Ustedes podrán deducir que el mensaje es que la única manera de ser feliz es creyendo en un más allá. Y no se equivocarán».

El cristianismo, la definitiva y «más mejor» religión oriental y misteriosa, parece ser que llegó a Roma ya en el 45 de nuestra era (tan solo 12 años después de la crucifixión de Cristo), año del que se conserva una carta en la que el emperador Claudio amonesta a los judíos por «romper la paz romana» a causa de sus reyertas internas, tal vez con los cristianos, que originalmente eran, como es lógico, una secta judía.

Al principio el cristianismo se intentó expandir entre las comunidades judías repartidas por todo el Imperio, comunidades donde chocó con la ortodoxia de la mayoría, que lógicamente lo consideraba una herejía. Consta históricamente que los judíos (cristianos o no) fueron expulsados de Roma por romper el orden público (por las disputas entre ellos) en el año 49. Entre los judíos expulsados figurarían Aquila y su señora Priscila, personajes cristianos nombrados en los Hechos de los Apóstoles (Hechos 18:2) por san Pablo:

Y halló a un judío llamado Aquila, natural del Ponto, recién venido de Italia con Priscila su mujer, por cuanto Claudio había mandado que todos los judíos saliesen de Roma.

Parece ser que la negativa de los judíos de la diáspora a aceptar el cristianismo fue lo que motivó que precisamente san Pablo decidiera difundir la nueva fe entre los gentiles, lo que supuso el auténtico desarrollo de la Iglesia de Jesucristo y su universalización. En Hechos de los Apóstoles 28:28, el mismo Pablo, estando ya en Roma, lo dice claramente: «Sabed, pues, que de ahora en adelante esta salvación de Dios se ofrece a los no judíos y ellos sí escucharán».

De hecho, en el considerado primer concilio de la nueva Iglesia cristiana, celebrado en Jerusalén en torno al año 50 y con asistencia de san Pedro y san Pablo entre otros, se suavizaron las exigencias a los «gentiles» para que se hicieran cristianos, favoreciendo su conversión, no obligándoles, por ejemplo, a circuncidarse, como hacían los judíos desde tiempos de Abraham, para así facilitar su incorporación a la nueva religión, tal y como se nos cuenta en la Biblia, en Hechos 15:28-29:

Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias: que os abstengáis de lo sacrificado a ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación; de las cuales cosas si os guardareis, bien haréis.

Por supuesto, ninguna de las «recomendaciones» de este primer concilio tuvo vigencia una vez se secó la tinta de la primera edición de la Biblia en la que está escrito, y baste la popularidad de las distintas imágenes de la Virgen, de madera o incluso de plástico, para atestiguarlo.

Otra novedad del cristianismo con respecto a las demás religiones místicas es que estas hablaban de que las almas de los iniciados eran eternas; solo las de los iniciados. En el cristianismo, en cambio, todas las almas son inmortales. Unas van al cielo y otras al infierno. Como dijo un humorista americano anónimo del siglo XX definiendo esta doctrina: «Hola, adórame toda tu vida o te torturaré eternamente. Que tengas un buen día, Dios».

Con respecto a las persecuciones, hay que empezar a aclarar ciertas cosas para recuperar el buen nombre de nuestros abuelos romanos. Sintiéndonlo mucho por lo bonito que queda lo de los cristianos arrojados a las fieras y todo eso, parece que al menos al principio de su expansión por el Mediterráneo, los primeros cristianos no fueron perseguidos por los romanos, sino por los demás judíos. En la Biblia lo pone, repito, en la Biblia, pero ¿quién se lee la Biblia? Tampoco es tan raro, si nos atenemos a que también en los Evangelios son los sumos sacerdotes judíos los que ordenan apresar a Jesús; y si fue crucificado por orden de Poncio Pilatos, era porque los judíos no podían ejecutar por traición, que es el delito —decir que era rey de los judíos— por el que en teoría se condenó a Cristo.

El primer mártir (de martyr, testigo) san Esteban fue de hecho lapidado hasta morir por orden del sanedrín judío (Hechos 6:8-7:60), acusado de blasfemia, por decir: «He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios».

Su martirio fue presenciado según el mismo libro por un joven Saulo, quien más tarde se encargaría él mismo de perseguir a los cristianos, antes de metamorfosearse en Pablo de Tarso (san Pablo).

Los cristianos pusieron cuidado en perpetuar la memoria de los hermanos que habían derramado su sangre por la fe, pero parece que se pasaron de frenada unos siete pueblos. Los actos de heroísmo se recogieron en las

llamadas Actas de los mártires, escritas en cada comunidad que se preciara de presumir de martirologio y reliquias. A lo largo de los años, los investigadores, y especialmente el jesuita belga Hipólito Delehaye (1859-1941), han dividido estas «actas» en:

- A.- Auténticas.
- B.- Dudosas.
- C.- Falsas pero con trasfondo histórico.
- D.- Completamente falsas que te pasas.

Para considerarlas auténticas se tienen en cuenta aspectos que tampoco resultan muy exigentes, como que los textos conservados transcriban el acta de enjuiciamiento de los mártires o que hayan sido redactados por alguien que afirme haber asistido al proceso y ejecución del mártir, con lo que resulta que hay mártires de los que no conocemos absolutamente nada, a veces ni el nombre, y acerca de muchos de los que sí sabemos algo, en realidad lo que se cuenta es, posible y seguramente, falso. Da igual. ¡Viva la Pepa!

Santa Justa, santa Rufina, santa Engracia y 18 mártires sin nombre de Zaragoza, san Marcelo de León, san Vicente, san Félix de Gerona o san Cucufate de Barcelona son mencionados por Prudencio (348-410), poeta romano-cristiano nacido posiblemente en Zaragoza, que escribió entre otras obras el Peristephanon, que es una colección de himnos en honor a mártires, alguno de los cuales (los himnos, no los mártires) se siguen usando en la liturgia cristiana. Este influyente escritor hispano, como dijimos, es por supuesto desconocido para los españoles, desconocido y olvidado, como debe ser y como desde hace siglos nuestras autoridades han procurado.

Ya que mencionamos nuestra tierra, hay que decir que, según nos cuenta el teólogo y padre de la Iglesia Orígenes (185-254), en su obra *Contra Celso* 3,8, en Hispania habían sido pocos los llevados a la muerte por causa de la fe, al menos hasta la fecha en la que él escribe. En cambio, y como ya comentamos anteriormente, alrededor del año 300 se celebró el primer concilio de Hispania en Elvira (posiblemente Granada), al que acudieron representantes de 37 pujantes comunidades cristianas españolas y en el que se prohibió el matrimonio mixto entre paganos y cristianos, ya que hasta entonces vivían todos en armonía.

Con respecto al cristianismo, la nueva religión romana, hay que destacar

que Hispania, con el paso de los siglos, la extendería al menos a otros dos continentes, (incluyendo uno que ni existía en la Biblia): América. La difusión del cristianismo y posteriormente la defensa del catolicismo por parte de nuestra nación es una de las características que marcan nuestra historia y de la que quinientos años más tarde, estemos de acuerdo o no, debemos sentirnos orgullosos, porque entre otras cosas eliminamos los sacrificios humanos allí donde los hallamos, y con nuestra religión llevamos a medio mundo nuestra lengua, hija también de Roma, y con ella nuestra cultura y el Derecho, gesta que, de entre todos los países del mundo, realizamos nosotros, que para eso somos hispanos.

¿No estamos orgullosos de ser romanos y no se nos puso a todos la carne de gallina cuando en Gladiator le gritaban «¡Hispano!, ¡Hispano!» a Russell Crowe? Si somos tan imbéciles (del latín imbecillis) como para pensar que tenemos que pedir perdón a los americanos por haberles dado nuestra cultura..., ¿es que también pensamos que los italianos nos deben pedir disculpas por los romanos?; ¿y los libaneses por los fenicios, los tunecinos por Cartago, árabes, griegos, normandos, franceses, etc.? Sin duda hay que ser ignorante para pensar así la Historia. Normalmente este asunto está mejor visto fuera de España que en nuestra casa, ya que para algunos deberíamos ir pidiendo perdón porque nuestros abuelos fueron héroes.

Solo citaré a uno de entre aquellos héroes que habría sido tema para Homero, no un soldado, sino un simple fraile franciscano llamado Junípero Serra, canonizado hace poco, en el año 2015. Fray Junípero, mallorquín de nacimiento, pasó su vida allá por el siglo XVIII creando misiones en lo que hoy es el estado de California. Algunas de las que fundó, como san Diego o san Francisco, se convirtieron con el paso de los años en las ciudades californianas homónimas. San Junípero es el único español inmortalizado en estatua en el llamado Salón Nacional de las Estatuas del Capitolio (¡anda, como el de Roma!) de Washington. Cada estado de Estados Unidos tiene derecho a proponer dos personalidades ilustres para formar parte de ese salón. La estatua de san Junípero está en el pasillo principal y fue, por supuesto, propuesta por el estado de California. Aquí, en su tierra, ni siquiera sabemos que es una de las dos figuras más importantes para la República (¡anda, como la romana!) de California, ni para los Estados Unidos, cuya primera ciudad, San Agustín, en Florida fue, como todos los americanos cultos saben, fundada

por el hispano Pedro Menéndez de Avilés en 1565.

Con respecto a Junípero, casi ni su canonización fue noticia en España; de don Pedro directamente no tenemos ni idea. Como siempre pasa con los españoles ilustres, hacemos lo posible por obviarlos y olvidarlos, mientras le damos pábulo —qué digo pábulo, luz y campanillas— a cualquier sajón que haya inventado cualquier fruslería. Incluso hay un capítulo en la magnífica serie de Netflix *Black Mirror*, llamado «San Junípero» que hace referencia a una población donde se vive muy bien eternamente. Ya sé que insisto mucho sobre este tema, pero es que es verdad, mil millones de rayos y truenos, qué pandilla de bachibuzuks que somos.

Volvamos a los primeros cristianos de Roma, que se me llevan los demonios.

Plinio el Joven, siendo gobernador de Bitinia, escribió a nuestro Trajano preguntando qué hacer con las denuncias contra cristianos que le eran dirigidas. El emperador le respondió con las siguientes instrucciones:

Las denuncias y acusaciones anónimas no deben admitirse, ni se buscará o perseguirá de oficio a los cristianos (*conquirendi non sunt*). Los acusadores deben pues identificarse y correr con los riesgos que acarrea una falsa acusación.

La prueba o exoneración de la culpa era, simplemente, suplicar a los dioses romanos, obviamente quien se negara podía ser encarcelado. En cualquier caso, lo que queda claro es que, al menos en tiempos de Trajano, el Gobierno romano no perseguía de oficio a los cristianos, si bien estos podían ser acusados o delatados por sus vecinos, y entonces sí que actuaba la justicia romana.

Las causas de las persecuciones romanas, que sí, que algunas hubo, fueron más bien políticas, básicamente por no obedecer las leyes del Imperio y por romper la paz. Decio (emperador del 249 al 251) proclamó en su edicto del año 250: «Se requiere a todos los habitantes para que hagan sacrificios ante los magistrados de su comunidad por la seguridad del Imperio».

Los que realizaran el sacrificio recibían un documento acreditativo de haberlo hecho y los que no, pues eran considerados enemigos del Imperio y podían ser encerrados e incluso ajusticiados. Ojo, no por ser cristianos, sino por no «rezar» por el bien del Imperio, por el bien de todos, en la religión oficial del mismo (entonces considerada al menos tan verdadera como todas las demás).

En los inicios del cristianismo nadie en Roma obstaculizó oficialmente a los cristianos, su existencia o su religión. De hecho, y concretamente sobre san Pablo, la Biblia nos dice que estuvo dos años residiendo en Roma y fomentando el cristianismo, literalmente, «sin que nadie le estorbara», como leemos en Hechos 28:31: «Con toda libertad anunciaba el reino de Dios y enseñaba acerca del Señor Jesucristo sin que nadie se lo estorbara».

Según puede deducirse de lo escrito por el cuarto papa san Clemente, que vivió a finales del siglo I, la muerte de san Pablo se produjo «por celos y contiendas» (primera epístola a los corintios de Clemente de Roma Punto 5). San Pablo había sido originalmente perseguido por los judíos de Jerusalén, quienes lo apresaron y lo enviaron a Roma porque Pablo pidió, como ciudadano romano, apelar ante el César. Nada se ha conservado de aquellos años que nos indique que san Pablo fuera «ejecutado por cristiano» en el sentido que tradicionalmente hemos entendido, es decir, detenido y ajusticiado por orden del César malvado, por el simple hecho de creer en otro dios.

Este punto es más importante de lo que parece. Si el mismísimo pontífice máximo, que fue contemporáneo de san Pablo (el apóstol lo menciona en la Biblia en su carta a los filipenses 4,3) y testigo de su muerte en Roma, no anuncia que san Pablo fue martirizado por su fe, sino que murió por celos, debería resultar evidente que ese fue el caso y que no fue perseguido ni asesinado por los romanos por creer en Jesús.

No es sino hasta el siglo V (cuatrocientos años después de muerto) cuando el texto apócrifo de Pseudo Marcelo, conocido bajo el título de Hechos de Pedro y Pablo, apunta que el martirio de Pablo habría sido por decapitación (ya que, como ciudadano romano, no se le podía crucificar). El mismo texto dice que su cabeza cortada rebotó tres veces en el suelo, originando otras tantas fuentes de agua fresquita. Si nos creemos el texto de Pseudo Marcelo, nos lo creemos, y, por tanto, consideraremos verdadero también lo de las tres fuentes santas, que debe de ser que se secaron, porque nadie más ha hablado jamás de ellas y, evidentemente, se conservaría la memoria y el sitio de milagro tan grande en suelo romano.

Como la Iglesia elige creer lo que le conviene, optó por hacer caso solo de la parte que le resultaba favorable: «san Pablo fue martirizado» —como dice en ese texto fantasioso escrito cuatro siglos después de la muerte de Pablo— y

decidió por tanto no prestar atención a lo escrito de la mano del propio papa Clemente —testigo ocular tal vez— ya que la versión posterior, aunque apócrifa, se ajustaba más a sus necesidades «publicitarias». Es como si para saber cómo fue lo de la Armada Invencible, en vez de basarnos en lo que se escribieron entonces los protagonistas utilizáramos hoy, cuatrocientos años después, la respuesta en un examen de Historia de un chaval de 14 años que sobre el asunto hubiera afirmado, por ejemplo, que los ingleses tenían pistolas de rayos láser. Pues con esos mimbres está escrita muchas veces la historia de la Iglesia.

El libro Hechos de los Apóstoles, como cualquiera con una Biblia en la mano puede comprobar, termina con un Pablo instalado cómodamente en Roma, y nada se dice allí de su muerte. Por otra parte, la conversión de Pablo sucedió cuando él, judío ortodoxo, sí que perseguía, y con saña, la «herejía» cristiana en nombre del sumo sacerdote de Jerusalén. Él mismo lo comenta con todo detalle en varios capítulos de la Biblia (por ejemplo, en Hechos 9,1-9). Al apostatar del judaísmo y hacerse cristiano, parece que fueron sus antiguos patronos los que más se encarnizaron en su persecución, logrando que fuera apresado por orden del sanedrín y llevado preso a Roma, donde finalmente sería liberado, tal y como lo cuenta la Biblia. Y eso que, como dijo sabiamente Homero (Simpson): «Cuando uno se une a una secta, espera al menos un poco de apoyo por parte de su familia».

Persecuciones hubo, pero no con el alcance y terror que se nos viene contando desde hace tantos siglos. Según Tácito (55-120), historiador romano, parece ser que Nerón ordenó la primera contra los cristianos tras el incendio de Roma del 64, acusándoles de «odio al género humano», por haber provocado aquello con intención de iniciar el juicio final, es decir, fueron acusados por algo así como terrorismo, ojo, no por creer en Jesús. Es como si en el futuro alguien dijera que perseguimos y apresamos a algunos musulmanes que hubieran puesto una bomba en París por ser musulmanes, y no por haber puesto la bomba. También hay que tener en cuenta que el llamado Gran Incendio solo es mencionado por Tácito, quien tendría en el 64 siete años de edad, mientras que otros autores contemporáneos como Flavio Josefo, Dion Crisóstomo o Plutarco no dicen nada del acontecimiento en sus libros, con lo que a lo mejor va a resultar que el incendio no fue tan gordo como pensamos. Cosas más raras se han visto.

Y a lo mejor, si no hubo incendio, tampoco se persiguió entonces a nadie; francamente, es raro que hubiera tantos cristianos en Roma por aquel entonces, más o menos treinta años después de la crucifixión y tras haber sido expulsados, como nos cuenta la Biblia, todos los judíos (entre ellos los cristianos) en el año 49. Por cierto, que Tácito —si los textos conservados como suyos son auténticos— es también y casualmente el primer romano que escribió sobre los cristianos:

Cristo, de quien toman el nombre, sufrió la pena capital durante el principado de Tiberio de la mano de uno de nuestros procuradores, Poncio Pilatos, y esta dañina superstición, de tal modo sofocada por el momento, resurgió no solo en Judea, fuente primigenia del mal, sino también en Roma, donde todos los vicios y los males del mundo hallan su centro y se hacen populares.

Además de las persecuciones de Nerón —si de verdad existieron— del 64 y de las de Decio del 250, las más importantes son las de Diocleciano (césar del 284 al 305), quien en el 297 promulgó la persecución del maniqueísmo (otra religión dualista y misteriosa) decretando en este caso la ejecución de sus líderes religiosos y la destrucción de sus libros, calificando su culto y doctrina de abominables costumbres persas. El maniqueísmo sí desapareció del Imperio a raíz de este decreto único, así que parece que su persecución se hizo con más diligencia y efectividad.

Después, en los años 303 y 304, emitió sendos edictos de persecución contra cristianos, según parece motivado por algunos casos de insumisión en el ejército provocados por el pacifismo de aquellos y por su oposición reiterada a aceptar la política religiosa del Imperio y el culto imperial. La decisión de ordenar la persecución tuvo que ser difícil, porque se supone que tanto la madre como la esposa de Diocleciano eran cristianas. En el primer edicto se ordena el cierre o destrucción de los lugares de culto, objetos y libros, además de prohibir que los cristianos reconocidos ejerzan cargos públicos. En el segundo y tercer decreto se establece pena de cárcel para los cristianos que no acepten sacrificar o reconocer públicamente la superioridad de los dioses romanos en Roma. En el cuarto y último decreto, manda la depuración de todos los funcionarios cristianos, incluidos los soldados. Todo, como sabemos, fueron vanos intentos. Para evitar la persecución, había que obtener un certificado o libelo en el que se acreditaba haber sacrificado a los dioses. Muchos cristianos consiguieron mediante sobornos libelos

acreditativos de ser buenos paganos, lo que motivó que fueran expulsados de la Iglesia cristiana por los que no se habían plegado a las órdenes del César. En esto, esos cristianos «tibios», que fueron llamados libellatici, son un poco como Groucho, cuando dijo aquello de: «Estos son mis principios. Si no le gustan, tengo otros».

Lo curioso y raro es que Diocleciano era el César que había creado la oficina de «agentes in rebus», que eran sus «agentes secretos», como una especie de CIA pero romana, con turbios tentáculos extendidos por todo el Imperio y encargados de obtener información principalmente de la vigilancia de la burocracia administrativa, además de todo lo que suele encargarse un agente secreto. Tal vez, si Diocleciano hubiera querido de verdad terminar con el cristianismo, en vez de promover públicos decretos, habría bastado con que su red de agentes se hubiera encargado, no sé, de eliminar subrepticamente, tipo 007, a todos los obispos, y de recoger los libros sagrados (como no había imprenta, tampoco serían tantos) para ser destruidos. Por qué no lo hizo, nunca lo sabremos. A lo mejor lo intentó, pero hubo un «Wikileaks», quién sabe. Al fin y al cabo, sí se terminó con el maniqueísmo, ¿no?

También hay que tener en cuenta que algunas persecuciones, como las ordenadas por Constancio II, fueron de arrianos contra católicos, todos cristianos según esto.

Por cierto, con respecto a las famosas catacumbas de Roma donde se dice que los pobrecitos cristianos se escondían para huir de las persecuciones, y donde se enterraban a escondidas los fallecidos cristianos, me gustaría aclarar lo siguiente: primero, que los primitivos cristianos se enterraban normalmente, como todos los demás habitantes de Roma, no a escondidas, ya fuera en catacumbas o en cementerios normales. Los romanos no persiguen a los muertos. Segundo, las catacumbas (de las que se supone hay unas 60), se comenzaron a utilizar en el siglo II a.C.; repito: a.C. Antes de Cristo, con lo que difícilmente pueden ser de origen cristiano. Tercero, también hay al menos seis catacumbas judías. Cuarto, la mayoría de los enterramientos realizados en ellas son posteriores a la época de las persecuciones. Así pues, no todos los mitos son paganos. Cicerón sabiamente dijo: «No destruimos la religión destruyendo la superstición».

Y creo que, a pesar de todo, resulta demasiado fácil y barato hablar

contra la religión católica, cosa que no puede decirse de «hablar contra el islam», sin ir más lejos. Con mi opinión no trato de atacar a la religión cristiana, sino de limpiarla de las rémoras que, a mi pobre entender, se le han ido pegando a la Iglesia como lapas a lo largo de los siglos; aspectos secundarios y sobrantes que creo son superstición, no religión, y desde luego, no romana.

En cualquier caso, como yo sí creo que cada quien puede creer lo que le venga en gana, pido perdón a quien pueda sentirse ofendido por mi opinión, seguramente algo ignorante y equivocada. Fue Chesterton, y así lo creo yo también, quien dijo «para entrar en la iglesia hay que quitarse el sombrero, pero no la cabeza». También afirmó: «La prueba de una buena religión es si puedes bromear acerca de ella».

Hay quien ya no cree en Dios y eso le parece gracioso, como evidentemente le ocurre al judío ateo Woody Allen, quien afirma eso de: «No solo no existe Dios, sino que también es imposible encontrar un electricista en domingo».

Pero que tampoco encuentra respuesta en la ciencia, como también apunta Allen:

¿Crees que la física cuántica es la respuesta? Porque... no sé, en el fondo, ¿de qué me sirve a mí que el tiempo y el espacio sean exactamente lo mismo? En fin, si le pregunto a un tío qué hora es y me dice «6 kilómetros», ¿qué coño es eso?

Así que creo que solo nos queda apuntarnos a lo que este genio del cine afirma finalmente:

Más que en ningún otro momento de la historia, la humanidad se halla en una encrucijada. Un camino conduce a la desesperación absoluta. El otro, a la extinción total. Quiera dios que tengamos la sabiduría de elegir correctamente.

Lo de citar a Dios es muy de ateos, los creyentes le suelen hacer menos caso. El mismo Chesterton también fue quien dijo, al fin y al cabo, que «si no hubiera Dios, no habría ateos». De ahí su importancia, se crea en él o no. Las filosofías tampoco nos consuelan, ni Nietzsche, cuando afirma «Dios ha muerto», ni Woody Allen cuando continua: «Dios ha muerto, Nietzsche ha muerto y yo no gozo de buena salud».

El cristianismo en su origen además de ser monoteísta era excluyente, es decir, no aceptaba más divinidad ni más verdad que la propia. Ni permitía

que nadie creyera en otra cosa, y los cristianos no admitían los dioses romanos, ni la divinidad de la familia imperial ni nada de eso. Tampoco participaban en las ceremonias civiles ni del Gobierno, por el carácter religioso de estas. Además, contradecían a los judíos al afirmar que Jesús era Dios o hijo de Dios. Vamos, que eran como los adolescentes de nuestros tiempos, que lo saben todo y dicen de los demás que están equivocados y que no tienen ni idea. Como dijo Cervantes: «Cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces».

Un poco generalizando y simplificando, lo que parece que ocurrió es que al Imperio llegó desde Oriente —como los Reyes Magos— una religión distinta, que se consideraba única y que, además, era la primera que negaba al resto y se proclamaba enemiga de todas las que se le opusieran. Esto es lo que convierte al cristianismo en una religión original, no su monoteísmo, ya que ni de lejos era la primera religión monoteísta. Esa exclusión de lo ajeno es lo que hizo que, lógicamente más pronto que tarde, la creencia tuviera que enfrentarse con el Gobierno imperial, que garantizaba y protegía todos los cultos por igual mientras no implicaran problemas en la paz del Imperio.

Además, la nueva religión, como las demás orientales, fomentaba la salvación individual, chocando así con la tradicional religión digamos «social» romana, donde lo importante era la familia, el orden y la civilización, donde lo eterno era Roma, no cada cual, donde la comunidad estaba por encima de cada individuo. Lo peor de esta nueva religión, al menos aparentemente para los romanos paganos, era que los adeptos al cristianismo afirmaban llevar a cabo ritos caníbales, ya que decían reunirse para beber la sangre y comer la carne de su profeta/dios, aunque aquí hay que añadir que no está claro que la Eucaristía primitiva fuera como la nuestra.

Salvando las distancias, el cristianismo se aprovechó de la libertad religiosa romana para ir imponiéndose, muy poco a poco, como religión única, del mismo modo que Gadafi, como cabeza de la islamización de Europa, dijo en su tiempo aquello de «usaremos sus democracias para acabar con sus democracias», refiriéndose a nuestro continente actual y a la permisividad hacia la incorporación de costumbres no solo extranjeras, sino contrarias a la civilización libre y europea. En eso están no los cristianos, sino los islamistas, en acabar con nuestras democracias.

En fin, el cristianismo, en solo trescientos y pico años, pasó de ser una

herejía judía o, mejor definido, una secta de una religión minoritaria, a ser la única religión admitida oficialmente en el Imperio. Aunque por el camino les costara la vida o el martirio por el motivo que fuese a algunos cristianos. Dios y todos los dioses me libren de compararlos, pero los terroristas también se consideran mártires por sus —igual de asesinos— adláteres. ¿Os imagináis, si ellos ganan la guerra, cómo contarán la Historia? Pues a eso me refiero.

Fue Constantino, en efecto, quien a lo mejor, sin querer, sentó las bases definitivas para que el cristianismo se convirtiera en la única religión del Imperio. Y eso que había comenzado su reinado promoviendo al Sol Invictus como religión oficial. Cuando Constantino reconoció oficialmente al cristianismo su derecho a existir como religión legal, abrió las puertas al enriquecimiento del clero cristiano, cuyos miembros estaban exentos del pago de impuestos y tenían capacidad legal para recibir todo tipo de donaciones de creyentes que quisieran ir al Cielo. Los obispos y sus iglesias se fueron haciendo literalmente de oro, sobre todo a partir de que, a finales del siglo IV, reinando Teodosio, pudieran oficialmente saquear y vaciar lo que quedaba en los templos paganos.

El patrimonio eclesiástico se justificaba moral y doctrinalmente por las necesidades de la Iglesia de disponer de bienes para mantener su estructura, que, emulando a la imperial, se dividió en diócesis y provincias. También decían necesitar el dinero para atender y cuidar de los pobres, viudas y huérfanos que según el clero estaban desatendidos por las instituciones paganas, lo que, como hemos visto, es una burda mentira. El Imperio daba trigo gratis, educación gratis, medicina gratis. La Iglesia y el fin de Roma se encargarán de acabar con eso, pero no de acabar con los esclavos ni con los pobres, a quienes se les consuela prometiéndoles que, aunque esta vida sea una mierda, habrá otra mejor o, como dijo José Mota y ya hemos comentado en este capítulo, «Hoy no, mañana». Y yo añado: cuando estén muertos serán felices. Quisiera ser más optimista, pero ya lo dijo el sabio Allen: «Me gustaría tener algún tipo de mensaje positivo que dejarles. Pero no lo tengo. ¿Aceptarían dos mensajes negativos?».

Desde el principio del cristianismo muchos miembros de familias ricas y nobles se hicieron obispos, que no curas, y el emperador Constantino fue incluso un paso más allá, autonombrándose César por mandato divino, y convirtiéndose de hecho en el fundador del absolutismo imperial de carácter

teocrático; disponía el muchacho del poder absoluto, divino y unitario, lo que significaba más poder que el del emperador de Star Wars. Además, considerándose delegado en la Tierra de la divinidad suprema.

De esta forma, el poder del César sería sancionado y ordenado por Dios, además de ser hereditario y dinástico. Siendo así, su familia y la de todos los sucesivos emperadores son delegados del poder de Dios; es decir, seleccionados por Dios de entre todos los mortales para ser emperadores. Elegidos, como Keanu Reeves en Matrix. Toma ya.

El domingo —Dies solis— fue declarado oficialmente día de reposo y descanso administrativo por orden de Constantino en el 321, siendo en principio una jornada dedicada, como su nombre indica, a venerar al Sol. Nos da igual si el día lo dedicó al sol o a su tía, lo importante para nosotros es que se estableció que el domingo sería festivo por siempre jamás y, gracias a Roma, es una herencia todavía vigente.

No sería hasta 1904 cuando se promulgara en España una ley que hiciera oficial otra vez ese día como de descanso. Constantino lo que dijo en su edicto recogido siglos más tarde en el Codex Justinianus, fue:

En el venerable día del Sol, que los magistrados y las gentes residentes en las ciudades descansen, (...) y que todos los talleres estén cerrados.

Eso de que se proclamara que el día de descanso oficial era el del sol provocó no pocos líos a la Iglesia cristiana para poder apropiarse de esa jornada. Así pasó el día de descanso oficial que se mencionaba en la Biblia, del sábado (judío) al domingo (cristiano) y este último se convirtió en día no pagano. Todo ello a pesar de que en dos evangelios, san Marcos 2:28 y san Lucas 6:05, Jesús afirma: «El Hijo del hombre es Señor aun del sábado».

Y sobre el domingo, que es el primer día de la semana para los judíos, y por lo tanto lo era para Jesús, no dice nada en ningún evangelio, y punto. La solución para la Iglesia fue declarar que el domingo en vez de día del Sol, que era pagano y eso ya no se llevaba, fuera el día del Señor, Dies Dominicus, afirmando que el domingo era el día que, según esto, resucitó Cristo, tal y como se dice en san Marcos 16:1 cuando se afirma que el día después del sábado, María Magdalena, María la madre de Jacobo y Salomé fueron a unirlo y encontraron el sepulcro vacío. Lo que no queda claro es que si falleció el viernes y resucitó el domingo, ¿dónde están los tres días que se supone que pasaron entre una cosa y otra? ¿Los evangelistas no sabían contar

muy bien? Bueno, da igual. Es otra cuestión de fe. También «al tercer día» puede entenderse contando el viernes y el domingo, ¿no? En fin...

Constantino no solo permitió la celebración del Concilio de Nicea y la libertad de culto cristiano, fue también quien fundó, evidentemente y tal y como sospechábamos, Constantinopla, ciudad construida sobre la de Bizancio en el año 326, curiosamente con el visto bueno de los augures, obviamente paganos. Allí, imitando la fundación de la primera Roma por Rómulo, la comitiva se puso en marcha detrás de un arado tirado por un buey blanco y sin mancha, que, guiado por el emperador también todo vestido de blanco, marcaría los perímetros de la nueva ciudad, de la Roma de Oriente. Tras el arado y el César, senadores, sacerdotes (paganos), la guardia, los nobles, acompañantes y demás ciudadanos ilustres recorrieron despacio un perímetro inmenso hora tras hora en el fresco día de noviembre, hasta que un personaje del séquito se atrevió por fin a preguntarle al gran Constantino: «¿Señor, cuándo vas a detenerte?». Y el César contestó: «Cuando se pare el que va delante de mí».

Parece ser que, medio en broma, el César se refería al terco buey que iba por donde le daba la gana y al que obviamente el emperador no sabía cómo parar, pero los historiadores cristianos, por supuesto muy posteriores, dijeron que se refería a que una fuerza divina guiaba el surco. Sinceramente, creo que el César se refería al cabestro, porque por aquel entonces —se pongan como se pongan— Constantino no era cristiano, no había sido bautizado y, además, no sé por qué Dios iba a favorecer a Constantinopla por encima de Roma, donde estaba la sede de san Pedro desde hacía ya casi tres siglos. La historiografía cristiana siempre pone por las nubes a Constantino, que no hizo nada de nada, y en cambio casi ni habla de nuestro Teodosio, que lo hizo todo de todo, en fin.

En la nueva Roma que fundó Constantino, el Imperio sobrevivió hasta su caída en el 1453, muy a pesar de los demás reinos cristianos, ya que, por ejemplo, los soldados de la segunda cruzada, en vez de ir a Tierra Santa como habían jurado, asaltaron y saquearon totalmente la ciudad de Constantino en el año 1204 sin venir a cuento, ya que las cruzadas se supone que se hacían contra los musulmanes, no contra los otros cristianos, aunque fueran ortodoxos, pero claro, Constantinopla pillaba más a mano y era más rica que Jerusalén.

Entre lo saqueado estaban los conocidos como Caballos de San Marcos, que realmente son parte de una estatua de bronce romana que representa una cuadriga, y que fueron trasladados como despojo del saqueo desde Constantinopla hasta Venecia para coronar el tejado de la basílica de San Marcos. Allí permanecieron hasta que Napoleón —que pasaba por allí mientras invadía Italia— ordenó llevárselos a París para formar parte de una cuadriga que situó encima del arco de la Victoria, donde sus copias todavía permanecen. Tras la derrota de Napo en Waterloo en 1815, los caballos auténticos volvieron a Venecia a lo alto de la basílica, y en 1980 se sustituyeron por réplicas. Los originales romanos están en el museo junto a la basílica, entrando, por cierto, junto a la estatua llamada de los tetrarcas, también saqueada de Constantinopla y que se supone representa a Diocleciano, Maximiano, Galerio y Constancio Cloro (padre de Constantino).

Lo curioso de los caballos de San Marcos, que en sus tiempos adornaron el hipódromo de Constantinopla y cuyos gemelos aún presiden el arco del Carrusel en París, es que también han sido fuente de inspiración, con cuadriga y todo, del arco de Wellington en Londres, la cuadriga de Brabante del parque del Cincuentenario en Bruselas, la cuadriga frente al Teatro Bolshói de Moscú, la que preside la puerta de Brandemburgo en Berlín, la de la puerta de la Victoria en Múnich e incluso la del arco de la Moncloa (me niego a llamarlo de la victoria) de Madrid, siendo por tanto una de las estatuas más «copiadas» de entre las romanas que más o menos nos han llegado; y todo porque un cruzado veneciano se la llevó como botín a su patria. De no ser así, seguramente los caballos habrían sido destruidos por los musulmanes, no habrían llegado ni hasta el siglo XIX y por tanto no habrían inspirado nada de nada, con lo que todos los arcos de la victoria del mundo serían distintos. No sé cómo, pero distintos.



Los cuatro Caballos de San Marcos, en bronce fundido, enviados como botín de guerra con ocasión de la cuarta cruzada (1204) por el dux Enrico Dandolo. Basílica de San Marcos, Venecia.

Por obra y gracia de Constantino, se conservaron también para la posteridad otros dos monumentos fundamentales, el primero curiosamente es la estatua ecuestre de Marco Aurelio, cuya réplica preside actualmente la colina Capitolina de Roma, en la plaza del Campidoglio, diseñada por el mismísimo Miguel Ángel. Esta estatua, madre de todas las estatuas ecuestres de mandatarios, es la única de un César realizada en bronce (y con caballo) que ha sobrevivido al paso de los siglos. Fue conservada precisamente porque se pensaba que representaba a Constantino en vez de a Marco Aurelio, quien había sido emperador 130 años antes del primero y, por cierto, era nieto de

hispano. Las estatuas de bronce romanas, y con más saña las de los emperadores, fueron destruidas por los cristianos a lo largo de los siglos, ya que los consideraban paganos enemigos y perseguidores de la fe —obviamente a todos menos a Constantino, quien legalizando el cristianismo, cosa que como vimos realmente no hizo, fue siempre demasiado bien considerado por la historiografía eclesial y oficial—.

La segunda obra, y tal vez la más importante es el arco de Constantino, inaugurado en el año 315, y cuya construcción requiere una pequeña explicación previa. En el año 312, Constantino libró en Roma la batalla del puente Mulvio contra Majencio, hijo del César Maximiano y tan emperador como Constantino, en pugna con otros candidatos. En esa batalla, o mejor dicho en la noche anterior, parece que tuvo una visión en la que sobre el Sol aparecía una imagen con un «subtítulo» en griego que decía: «Con esta señal vencerás». Hay quien ha afirmado que el signo era una cruz o el «Chi-Ro», que es un símbolo griego que adoptaron los cristianos sobreponiendo la «Xi» y la «Ro», como las dos letras iniciales del nombre de Cristo.





Arriba, el origen de todos los arcos conmemorativos de victorias, el de Constantino, en el foro de Roma, del siglo IV. Abajo, el Marble Arch de Londres, del siglo XIX.

Según esto, y después de que el mismo Jesucristo se le apareciese en sueños a Constantino, para explicarle la visión por si no le había quedado clara, al día siguiente y una vez pintado este talismán distintivo (en las batallas de una guerra civil se diferenciaba siempre de alguna manera a los propios de los ajenos, ya que ambos bandos llevaban uniformes idénticos) las huestes constantinianas vencieron y masacraron a Majencio y a sus muchachos, que eran tan paganos como los de enfrente, vamos, que no sé por qué Dios iba a favorecer precisamente a uno de los bandos.

La narración de esta sarta de visiones y despropósitos pseudolegendarios la transmitió Eusebio de Cesarea —obispo residente en Cesarea de ¡Palestina!

—, quien sin haber estado allí, curiosamente escribió dos versiones muy distintas de la misma historia. En la versión más antigua se dice que Constantino contó con ayuda divina, pero no menciona ninguna visión ni dice qué Dios le ayudó. En todo caso, cualquier general vencedor en la historia del mundo ha agradecido sus victorias a la intervención divina, así que no tendría nada de raro. En la otra versión, bastante posterior, Eusebio sí incluye lo de la visión, el texto en griego (¿por qué en griego?, ¿Dios no iba a saber que Constantino, y en Roma se hablaba latín?) y la posterior aparición del mismísimo Jesucristo nuestro Señor, «en sueños, eso sí», para decirle a Constantino que dibujase en los escudos un símbolo que haría vencer a su ejército. Esta tontería herética y profana ha sido tomada durante siglos como cierta y todavía hay quien dice que algo hubo, pero la pura verdad es que en el 312 Constantino era de todo menos cristiano y, además, por si nos quedaran dudas, en la obra que erigió para conmemorar la victoria —el arco que todavía podemos contemplar al principio de la vía Triumphalis en el foro romano—, no hay ninguna mención a esta visión ni ningún símbolo cristiano ni nada que se le parezca (tampoco hay nada escrito en griego).

Sin embargo el Sol Invictus aparece en tres de los relieves que muestran a abanderados del ejército de Constantino, y esta misma deidad es la que corona las monedas acuñadas por él hasta el año 324, por lo menos. Tampoco en las monedas posteriores a Nicea aparecen símbolos cristianos. Este arco constantiniano —el arco romano más grande que se conserva, realizado en parte con fragmentos de otras obras anteriores claramente distinguibles por su mayor calidad— fue la inspiración y es el original al que imitan, junto con la cuadriga de los mencionados Caballos de San Marcos, al menos los siguientes monumentos:

- La puerta de Brandemburgo de Postdam (1770).
- El arco del Carrousel de París (1806).
- Marble Arch en Londres (1828).
- La puerta de la Victoria de Múnich (1852).
- La estación de la Unión (Union Station) de Washington (1908).
- La fachada oeste del Museo de Historia Natural de Nueva York (1936).

Y algún otro que no recuerdo. Nótese que el más antiguo es de la época

del neoclasicismo, no por casualidad.

Constantino no fue un dechado de virtudes, como hemos visto. Su madre en cambio fue canonizada en tiempos en los que su hijo ejercía como emperador, qué cosas, y la conocemos como santa Helena. Según parece, esta señora se convirtió al cristianismo y viajó por Tierra Santa buscando los restos mortales de los Reyes Magos (que encontró, ¡toma ya!, y se conservan en la catedral de Colonia, en Alemania) y de la cruz con la que se ejecutó a Jesús, que curiosamente apareció enterrada precisamente en el monte donde le dijeron que tuvo lugar la crucifixión. Por eso, a santa Helena se la suele mostrar con una cruz, como en su estatua del crucero de la basílica de San Pedro, en Roma. Trozos del Lignum Crucis o de la Vera Cruz, están repartidos por toda la cristiandad, dicen que suficientes para rehacer el arca de Noé. El mayor resto original reconocido y autenticado por la Iglesia católica está en el monasterio de Santo Toribio de Liébana, en Cantabria.

Por cierto, que sea o no la verdadera cruz de Cristo la que encontró Helena, lo interesante es reseñar que la primera ciudad que se fundó en tierra firme en el continente americano, en el año de 1519 y con Hernán Cortés como capitán, se viniera a llamar también Veracruz. Exactamente se le llamó la Villa Rica de la Vera Cruz, y primeros alcaldes fueron los españoles Portocarrero, nacido en Medellín (Metellinum), y Montejo, nacido en Salamanca (Helmántica). Al final, todos los caminos salen y llevan a Roma de algún modo.

Y volviendo a la urbe, de Constantino a Teodosio la religión cristiana fue medrando por todo el Imperio, con algunos altibajos. Mención especial merece el papa Félix II, hereje arriano que compartió el trono de san Pedro entre los años 358 al 365 con otro papa de nombre Liberio, por orden del emperador Constancio II. Lo curioso es que, aunque se sabe desde siempre que Félix murió desterrado y anciano en Oporto, su nombre se incluyó en el martirologio romano al menos hasta 1947, y se le considera todavía santo y mártir, siendo su día el 29 de julio. ¿Cómo se degrada a un santo, ya que sabemos que fue un antipapa, arriano, y que no fue mártir de nada? Es un ejemplo de con qué torcidos renglones se escribió la historia de la Iglesia primitiva de Roma. También es muy conocido el intento de Juliano (césar del 361 al 363) de volver a la religión pagana. Pretensión que terminó con la vida de este interesantísimo personaje que ha pasado a la historia como Juliano el

Apóstata (aunque no apostató de nada) y que fue quien inventó una palabra tan poco cristiana como «filantropía» para definir la ayuda que un hombre debe brindar a otro.

Por fin, en el año 380, el emperador Teodosio I emitió el Edicto de Tesalónica dándole la vuelta a la tortilla, ya que los perseguidos pasarían a ser a partir de ese instante los no cristianos, lo que se lee de forma clara en el documento:

Queremos que todos los pueblos que son gobernados por la administración de nuestra clemencia profesen la religión que el divino apóstol Pedro dio a los romanos, que hasta hoy se ha predicado como la predicó él mismo, y que es evidente que profesan el pontífice Dámaso y el obispo de Alejandría, Pedro, hombre de santidad apostólica. Esto es, según la doctrina apostólica y la doctrina evangélica creemos en la divinidad única del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo bajo el concepto de igual majestad y de la piadosa Trinidad. Ordenamos que tengan el nombre de cristianos católicos quienes sigan esta norma, mientras que a los demás los juzgamos dementes y locos sobre los que pesará la infamia de la herejía. Sus lugares de reunión no recibirán el nombre de iglesias y serán objeto, primero de la venganza divina, y después serán castigados por nuestra propia iniciativa, que adoptaremos siguiendo la voluntad celestial.

Como lo de la venganza divina no parecía producirse, o no con la deseada prontitud y diligencia, optaron por perseguir a los paganos con medios más terrenales y destruir a mazazos los templos de los antiguos dioses junto con sus estatuas y todo lo que pillaran a mano que no fuera susceptible de ser fundido.

Teo ordenó, ya de paso, la clausura de:

- La orden de las vírgenes vestales.
- La academia de Atenas, donde había enseñado Platón.
- El liceo de Atenas, donde había enseñado Aristóteles.
- El oráculo de Delfos.
- Las escuelas filosóficas.
- Las olimpiadas (hasta 1886 no volverían a celebrarse).
- Etc., etc., etc.

Además legisló la persecución contra quienes hicieran sacrificios, visitaran los templos, dieran culto a las estatuas de los dioses paganos y se bañaran sin

esperar las dos horas de digestión (esto último creo que no es cierto, pero por si acaso lo añadido).

Tertuliano quería que el futuro fuera tan ignorante como para solo creer lo que pone en la Biblia, del mismo modo que hoy otros dicen que todo está en el Corán. Escribió en su *De prescriptione* (7-1):

¿Qué relación hay entre la Academia y la Iglesia? ¿Qué tienen que ver los herejes y los cristianos? Nuestra escuela es la del pórtico de Salomón, que enseñó que había que buscar al Señor con simplicidad de corazón. Allá ellos los que han salido con un cristianismo estoico, platónico o dialéctico. No tenemos necesidad de curiosidad, una vez que vino Jesucristo, ni hemos de investigar después del Evangelio. Creemos, y no deseamos nada más allá de la fe: porque lo primero que creemos es que no hay nada que debamos creer más allá del objeto de la fe.

¡Y que vivan las «caenas» y la ignorancia! Teo no asumió la dignidad de pontifex maximus, sino que permitió que el obispo de Roma mantuviera los dos títulos: obispo de Roma y pontífice máximo, como si fueran uno y el mismo, tal y como ocurre desde entonces. Pero a pesar de tanto titulito, dejó claro que quien mandaba era él, y que como él era cristiano, a su imperio le iba bien una sola religión, la suya. Una, grande y no libre, sino obligatoria. Una religión que, directamente, afirmaba que Teodosio era César por inspiración y mandato de Dios, así que el cristianismo iba a estar de moda, por sus santas narices, los siguientes dos mil y pico años, por lo menos. Como sabemos los que en su día aguantamos a Franco, hay que tener mucho cuidado con los españoles bajitos con mucho mando en plaza y mucha mala leche, que terminan colándotela.

En el año 380, cuando Teo escribió el Edicto de Tesalónica, era papa otro hispano, san Dámaso (lo fue del 366 al 384), posiblemente nacido en Gallaecia, y que, junto con Teodosio y Osio de Córdoba, poco más o menos que organizó el cristianismo tal y como lo conocemos.

El gallego o portugués Dámaso fue quien introdujo la palabra hebrea aleluya en la liturgia. También fue quien escribió eso que decimos todavía en cada misa de: «Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén».

Y por si fuera poca su importancia en la difusión del cristianismo, también fue quien encargó al sabio que hoy conocemos como san Jerónimo la traducción al latín de la Biblia. Por aquel entonces existían varias versiones latinas y griegas circulando, así que era necesario primero corregir y decir

qué libros la compondrían, acudiendo en la medida de lo posible a los originales hebreos o griegos. La definición del texto definitivo comenzó con la celebración del sínodo romano —reunión de obispos— del año 374, para fijar qué libros formarían oficialmente parte de la Biblia canónica y cuáles no. Así que podemos decir que Dámaso fue quien ordenó y decidió los 46 libros que componen el Viejo Testamento y los 27 del Nuevo, oficiales, canónicos, aprobados y bendecidos. La Biblia que así se tradujo fue la oficial de la Iglesia católica hasta 1979. Los medios para que la milenaria Roma pagana se convirtiera en cristiana estaban dispuestos.

Este cambio radical en el mundo civilizado no ocurrió simplemente porque de pronto todos nuestros abuelos se convencieran de lo estupenda y guay que era la nueva religión en comparación con el lío de dioses que había antes, sino por motivos más prosaicos. Por una parte, el factor demográfico fue fundamental en el desarrollo del cristianismo, como lo está siendo hoy en la difusión del islam en Europa. En la actualidad, es más que posible que dentro de menos de cien años la religión principal en Francia sea la musulmana, y eso no quiere decir que todos los franceses decidan de pronto un día seguir a Mahoma, sino que los franceses musulmanes tienen más hijos que los cristianos, y la demografía es una de esas ciencias que no fallan nunca. Por otra parte, a algún listo se le ocurrió que, ante las crisis continuas del Imperio, una religión única podía ser un factor de cohesión, pero no funcionó, porque en seguida surgieron multitud de líneas irreconciliables en el seno del cristianismo, las cuales se acusaron mutuamente de herejía. Como dice todavía Woody Allen: «Si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes».

Lo que ocurrió fue que la religión cristiana —convertida en la religión del Estado imperial— se apropió de todos los símbolos del paganismo y de los demás «misterios» de Oriente, incluyéndolos en una especie de sincretismo al revés, con el objetivo de que la religión «nueva» siguiera siendo romana y, por lo tanto, reconocible para los romanos, o sea, para todos, incluyéndonos a nosotros, los romanos de hoy.

Me explico. Ya hemos visto que Isis es como la Virgen, y también que Mithra comparte muchas particularidades con Jesucristo, características de las que el cristianismo se fue adueñando y apropiando, incluso afirmando que el culto a Jesús era anterior al de Mithra o Isis, cosa por supuesto totalmente falsa. Además, el cristianismo fue sustituyendo las estatuas de los dioses por

estatuas y representaciones de Dios, Jesús, los apóstoles, etc. Es decir, cambió unos muñecos por otros parecidos, a pesar de que uno de los diez mandamientos, según la Biblia (Éxodo 20, 4-5) inspirada por Dios y aprobada por el papa Dámaso, dice claramente:

No te hagas ningún ídolo ni figura de lo que hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en el mar debajo de la tierra. No te inclines delante de ellos ni les rindas culto.

Evidentemente, este mandamiento, si no nos gusta, pues... pasamos de él, total, es del Antiguo Testamento... un vestigio anticuado... Lo malo es que san Pablo, en el Nuevo Testamento, Hechos 17:29, dice, mientras predica en Atenas:

No debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres.

Tiene bastante lógica siendo el cristianismo heredero del judaísmo, pero para que la nueva religión pudiera adaptarse y difundirse en una civilización acostumbrada desde hacía más de mil años a representar mediante estatuas y cuadros a sus dioses, la iglesia católica no solo hizo la vista gorda ante esta contradicción, sino que con los siglos la convirtió en característica propia y distintiva. La verdad es que la Semana Santa sevillana quedaría muy sosa sin imágenes, así que...

Al igual que los romanos tenían dioses para todo, los cristianos —que solo tenían un Dios— se inventaron como parte de ese sincretismo religioso una especie de deidades menores llamadas «santos», que también se preocupan de todas las cosas, muchas veces siendo también «patrones» (del latín patronus, protector) de actividades, profesiones o ciudades antes protegidas por dioses menores.

Dicen que para el siglo x ya había más de 25 000 santos. De muchos solo conocemos el nombre, algo curioso teniendo en cuenta el nivel de organización de la Iglesia desde al menos el siglo iv. Lo que sí sabemos es que nos protegen de enfermedades, como santa Lucía, que nos cuida la vista; nos resguardan de las tormentas y los truenos, como santa Bárbara, o que son como san Martín, patrón del comercio. De la misma forma que Aequitas (de ahí nuestra equidad) fue el dios del comercio justo en Roma, Fulgora (obviamente de ahí viene fulgor) de las tormentas y Theia de la vista; y así podríamos seguir encontrando dioses romanos que coinciden en su misión,

función, y muchas veces hasta atributos, con los de los santos cristianos. Por cierto, que el aura o corona redonda tras la cabeza con que se suele representar a los santos se utilizaba en la iconografía romana para señalar que el personaje retratado era seguidor o hijo del Sol.

Las fiestas paganas también se adaptaron a los fines del cristianismo. En Roma, como dijimos, el nacimiento de Mithra parece que se celebraba el 25 de diciembre; en cambio, en Oriente, se celebraba el 6 de enero. Pues bien, el cristianismo en general conmemora el nacimiento de Jesús el 25 de diciembre, como sabemos, pero resulta que el cristianismo ortodoxo lo retrasa al 6 de enero, que es nuestro Día de Reyes, pero que se llama oficialmente Epifanía (del griego y latín *epiphania*, manifestación). Qué curioso.

Entre estos dos días tiene lugar el Año Nuevo, que era muy celebrado en Roma el primer día de enero, fiesta de los *Strena* (de donde vienen todos nuestros estrenos, fiesta celebrada entonces con fuegos, regalos y gran bullicio). Pues en la liturgia cristiana resulta que el primer día de enero es la festividad de santa María, madre de Dios, Virgen, y de Emmanuel, nombre del Señor, y, en teoría, el 1 de enero hay que ir a misa, si la resaca te lo permite.

El cálculo de la Semana Santa o más exactamente la Pascua de Resurrección curiosamente se ubica cada año en el primer domingo después de la primera luna llena de primavera (lo cual apesta enormemente a rito pagano), por eso cada año cae en fechas distintas, y es una prueba de adaptación cristiana mal resuelta a un rito anterior. Si Jesús sufrió la Pasión en unas fechas determinadas, ¿a qué viene cambiarlas cada año en función de la luna? Es como si celebráramos su nacimiento en días distintos cada año, lo cual es absurdo y hasta diría que herético: imaginemos que Jesús resucitó, por ejemplo, el 24 de marzo del año 33; entonces no tiene ningún sentido celebrarlo un año el 27 de marzo, otro el 4 de abril..., como si la fecha de la Pasión del Dios creador de todo dependiera del estado de la luna, creada por él (sí que suena a herejía, sí). Algo gordo falla. Salvo si nos fijamos en que, realmente, la resurrección de Jesucristo coincide de manera genérica con el comienzo de la primavera, es decir, con la resurrección de los frutos y plantas, como desde siempre ha ocurrido con los dioses vinculados al sol o a la naturaleza —Adonis, sin ir más lejos—, que mueren en invierno para resucitar en primavera.

El culto de Cibeles o Magna Mater se introdujo en Roma alrededor del año 220 a.C., mucho antes de que los vikingos del Real Madrid fueran a su fuente a celebrar algo. Cada año, desde entonces, se conmemoraba por aquella época la gesta de la vestal Claudia, que según la leyenda arrastró Tíber arriba una barcaza que contenía el ombligo de la diosa (una piedra negra y enorme traída de Frigia). En la primera luna llena tras la primavera, o según la época histórica, desde el solsticio hasta el día 4 de abril y dentro de las fiestas megalenses (según nos relata, entre otros, el antropólogo sir James George Frazer), los sacerdotes eunucos de Cibeles recorrían en procesión las calles de Roma arrastrando en carrozas las imágenes de la diosa y de su pareja Attis, mientras se autoflagelaban al son de estridentes trompetas y tambores. Al día siguiente, el sumo sacerdote de Cibeles anunciaba que el hombre-dios Attis había resucitado. Nada, nada que ver con nuestra Semana Santa.

Hay muchos más ejemplos de apropiación de símbolos romanos por la nueva religión, como el caso del día 15 de agosto, festividad de la Virgen, día en el que la Roma pagana celebraba el final del festival en honor a Diana (que es casualmente una diosa virgen), o el 24 de junio, festividad de san Juan, que era antes el día de Jano, señor, entre otras cosas, de los solsticios y los cambios. También el 19 de marzo, festividad de san José, que en su tiempo fue el día de Minerva, diosa de la guerra, pero también de los artesanos (incluidos los carpinteros), o el 2 de febrero, celebración de nuestra señora de la Purificación, también conocida como la Candelaria. Casualmente ese día se conmemoraba en Roma la fiesta de la vela o antorcha (en latín *candela*), festividad en la que se portaban candelas por toda la ciudad para ayudar a la diosa Ceres a encontrar y rescatar a su hija y «purificarla» tras su paso por el Hades. Etc, etc, etc.

También se construyeron o adaptaron al culto cristiano edificios romanos que, gracias a su nueva adopción, sobrevivieron, como las basílicas, cuya planta es en la que se basan todas las iglesias construidas desde entonces o el Panteón de Roma, que actualmente es la iglesia de Santa María de los Mártires y que, por cierto, es el único templo romano en uso ininterrumpido desde el año 27 a.C. hasta hoy. Sobre este tema de los templos cristianos resulta curioso que san Pablo, el fundador y difusor del cristianismo, en la Biblia diga directa y llanamente (Hechos 17, 24-25):

El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, es Señor del cielo y de la tierra. No vive en templos contruidos por los hombres ni necesita que nadie haga nada para él.

Así pues, según la palabra de Dios dictada a través de san Pablo, todas las iglesias construidas, desde San Pedro de Roma hasta Notre Dame de París, son inútiles. Por si nos quedaba alguna duda, en Hechos 7:48, se afirma lo mismo en boca de san Esteban, el primer mártir, por si con la palabra de Dios dictada una sola vez no nos bastara o no nos enteráramos:

Si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta:

El cielo es mi trono,
Y la tierra el estrado de mis pies.
¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor;
¿O cuál es el lugar de mi reposo?
¿No hizo mi mano todas estas cosas?

Claro, que si el catolicismo hiciera caso de la Biblia, sería otra religión distinta. Con respecto al tema del celibato, en los Evangelios se dice en varias ocasiones que el primer papa estaba casado; a lo mejor quisieron borrar las citas explícitas, pero se les escapó algo tan definitivo como que san Mateo, en su evangelio inspirado por Dios (Mateo 8,14), dice: «Jesús fue a la casa de Pedro, donde halló a la suegra de este en cama con fiebre».

Si san Pedro, piedra angular de la Iglesia de Jesucristo y primer papa, estaba casado, puesto que tenía suegra, ¿por qué se empeñaron después en el celibato, que tan mal resultado les ha dado? Jesús, además, cura a la suegra de Pedro sin hacer ningún comentario, puesto que eso era lo normal. Los sacerdotes romanos, por supuesto, tenían esposa, al igual que los rabinos judíos. No encontramos nada en la Biblia que diga que haya que mantenerse célibe. El mismo san Pablo dice que él es célibe, pero explícitamente añade que no le pide a nadie que lo sea si no quiere. En eso sí es distinta la religión católica (que no las demás religiones cristianas) de la herencia de Roma. Los únicos sacerdotes célibes en Roma eran los seguidores de Attis y Cibeles, que en imitación y servicio a sus dioses se castraban a sí mismos.

Por cierto, que católico (del latín catholicus y este del griego katholikós) quiere decir universal, nada más y nada menos. Cuando el papa valenciano Alejandro VI nombró a Isabel y Fernando Reyes Católicos a finales del siglo XV, no se refería a que fueran muy cristianos o beatos, como tradicionalmente

se nos ha hecho creer, sino a que eran reyes de todo el orbe, por ser los primeros en reinar a ambos lados del mar océano. El catolicismo, como nombre específico de solo una de las religiones cristianas, no se empleará con ese sentido hasta mucho después del surgimiento del protestantismo, que en principio proponía iglesias nacionales (la anglicana, por ejemplo) en contraposición a la Iglesia universal, es decir, católica, como vimos en el edicto del emperador segoviano Teodosio.

Por cierto, que la religión anglicana nació como todos sabemos porque Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, no le dio heredero a Enrique VIII, que de todas formas quería divorciarse de ella porque le iba más otra dama de la corte, la pobre Ana Bolena, que terminó perdiendo la cabeza. De la negativa del papa a permitir ese divorcio nació una religión en la que el jefe sería el rey inglés, que, obviamente, sí se dio permiso a sí mismo para divorciarse, aunque nunca llegó a tener un heredero varón a pesar de sus seis esposas. De Catalina de Aragón, Shakespeare un siglo más tarde dijo: «La reina de todas las reinas y modelo de majestad femenina». Y eso que el bardo vivía bajo el gobierno de otra reina...

Entre las «herejías» que surgieron mientras el cristianismo se convertía en la religión del Estado imperial romano (arrianos, rigoristas, binionitas, patripasianos, novacianos, nicolaítas, ofitas, maniqueos, homuncionitas, catáfrigos, borboritas, siths y priscilianistas, si no me dejó alguna —vale, lo de los siths es de Star Wars—), querría destacar el priscilianismo, herejía rigorista fundada por un gallego que fue posiblemente obispo de Ávila: Prisciliano. Vivió en el último tercio del siglo IV y defendía la separación entre Iglesia y Estado, la pobreza de la Iglesia y barbaridades como que las mujeres participaran de la liturgia y las reuniones, incluso sin que tuvieran que cubrirse la cabeza. Tras muchos concilios, excomuniones y vicisitudes, Prisciliano fue torturado y ejecutado, acusado de mago, por orden del prefecto de un emperador/usurpador en Tréveris (actual Trier, en Alemania). Su cuerpo fue trasladado en secreto a su natal Galicia, donde la herejía perduraría al menos otros dos siglos. Sánchez Albornoz y Unamuno, entre otros, creen que la tumba que se venera en Santiago de Compostela «descubierta» aproximadamente en el año 813, no es la del apóstol, sino la del obispo hereje.

La leyenda de la predicación de Santiago apóstol en España tiene su

origen en el *Breviarium Apostolicum* (escrito alrededor del año 600), en donde, en una única y escueta frase, se dice que Santiago predicó en Hispania: *Hic Iacobus Spaniae et occidentalia loca praedicatur*. En estas pocas siete palabras se sustenta el patronazgo del apóstol sobre nuestro país. Desde la popularización del breviario, la leyenda de la predicación de Santiago fue creciendo, hasta que por fin se encontró la tumba de quien nunca estuvo aquí, ya que los cronistas cristianos y españoles conocidos, como Prudencio (348-405 más o menos), Orosio (383-420), Hidacio (400-469) e incluso san Martín de Dumio, proporcionan en sus libros datos abundantes sobre las comunidades cristianas primitivas, pero no mencionan en absoluto la visita de Santiago, un honor que sin duda habrían reseñado de haber sucedido realmente. Vamos, resulta chocante que se conserve memoria del —por ejemplo y sin ánimo de faltar— martirio de san Cucufato y, sin embargo, no se sepa nada del paso del apóstol Santiago por nuestra tierra. Es como si lo supiéramos todo de una gira de Luis Aguilé y nada de nada de cuando vinieron Los Beatles.

Algo parecido ocurre con los siete varones apostólicos (Torcuato, Tesifonte, Indalecio, Segundo, Eufasio, Cecilio y Hesiquio) cuya hipotética visita en el siglo I a nuestra tierra para difundir la palabra no se reseña en ningún sitio antes de que se les mencione en textos del siglo VIII como pronto. Por otra parte, san Pablo, en la Biblia, en la Epístola a los romanos (15,24), sí que indica su intención de visitar Hispania: «Cuando emprenda mi viaje a Hispania, espero, al pasar, visitaros...».

Si bien tuvo oportunidad y tiempo para tal viaje, parece que este no llegó a realizarse, ya que ninguna comunidad hispana retuvo en su memoria histórica el tremendo honor que habría tenido, de haber sido visitada y fundada por el mayor propagador del cristianismo.

En fin, para terminar de diseccionar las similitudes entre nuestra religión católica romana y la antigua romana a secas, es muy recomendable la lectura del libro *Etimologicón*, de Javier del Hoyo, quien repasa muchas palabras actuales que tienen su origen en la liturgia cristiana, algo bastante fácil de explicar, porque, como comentamos, hasta 1965 las misas eran en latín. La misma palabra *misa* viene de la última frase que el cura pronunciaba en la misma: *Ite, missa est* y que quiere decir realmente (más o menos): «*Marchad, enviados sois*». *Missa* es el participio del verbo *mittere* (de donde nuestro

emitir, enviar) y no un sustantivo, por tanto, no puede ser el nombre de un acto. Hasta la ignorante Edad Media no se usaba lo de misa para referirse a la Eucaristía. Literalmente, decir «ir a misa» es como decir «voy a enviado».

Entre las palabras que nos ha dejado el latín de misa, y siguiendo el magnífico libro de Javier del Hoyo, podríamos citar por ejemplo:

—Adefesio: es un despropósito o una extravagancia, y también una persona de aspecto ridículo, como todos sabemos, pero además es el título de la epístola de san Pablo Ad efesios o A los efesios, predicación que, según las cartas del apóstol, resultó bastante inútil.

—Al buen tuntún: viene de la frase *Ad vultum tuum deprecabantur* (Rogaron para pedir (ver) tu rostro, más o menos) de los Salmos.

—Carnestolendas, como sinónimo de Carnaval, tiene también origen en el latín eclesiástico, más concretamente en la frase *Dominica ante carnes tollendas*, que quiere decir literalmente «El domingo antes de quitar las carnes», es decir, el domingo anterior a la Cuaresma.

—Ser un Cuasimodo: no es por el campanero de Nôtre Dame, sino por la frase del introito: *Quasi modo geniti infantes* (como niños recién nacidos).

—Echar margaritas a los cerdos: mala y palurda traducción de *Margaritas vestras ante porcos*, frase que extraída de san Mateo 7:6, significa echarle perlas a los cerdos. No flores.

—Llevar en palmitas: viene del recibimiento a Jesús con palmas en Jerusalén. *Dominica in palmis*.

—Para más Inri: INRI era el título que se colgó en la cruz de Cristo: *Iesus Nazarenus Rex Iudearum* o Jesús el nazareno, rey de los judíos. Cartelito puesto para mofa y escarnio. Lo de *Iesus* en vez de Jesús es porque en latín no existe la letra «j», como puede comprobarse en cualquier diccionario de latín, del mismo modo que nuestra «v» también se escribe y se lee en ocasiones como «u». Jesús, como hemos dicho, se dice en latín *Iesus*, viene del griego *Iesus* y este del hebreo *Yeshua*, con lo que resulta que pronunciamos mal el nombre de Nuestro Señor, que nunca empezó por el sonido «jota». De hecho, los herejes del norte lo pronuncian mejor: *Yesus*, en inglés. También el nombre Iván viene en realidad de una

pésima lectura (supongo que medieval) de Juan, que en latín realmente se escribiría Ivan. Cuando la «u» actúa como «v» se decía U, ut be, de ese ut be viene el nombre de nuestra uve.

—Pasar un calvario: por el monte Calvarium (o monte de las calaveras) donde se crucificó a Jesucristo.

—Quedarse In albis: del nombre del segundo día de Pascua. In albis depositis, día en que se depositaban en la iglesia los ropajes blancos de los bautizados en la anterior vigilia de Pascua.

—Soponcio: su origen está en la frase del Credo: Sub Pontio Pilato (Bajo Poncio Pilatos).

—El sursuncorda, cuando nos referimos a que alguien es el mandamás, tiene su origen en la frase de misa Sursum corda, que quiere decir: ¡Arriba los corazones! A lo que se contesta: «Los tenemos levantados ante el Señor».

—Un viacrucis es, además de pasarlo mal, recordar el camino de Jesús con la cruz.

—Ver los cielos abiertos: frase proveniente del martirio de san Esteban, tan citado en este capítulo, narrado en la Biblia (Hechos 7,56), motivo de su condena cuando el santo vio «Los cielos abiertos y al hijo del hombre a la diestra de Dios». (Ecce video caelos apertos, etc.).

Ya que estamos con ecce, estar hecho un Ecce Homo o hecho polvo, o mejor, «estar hecho un Cristo», viene de lo que dijo Pilatos al presentar a Jesús a la multitud, después de haber ordenado darle tormento: «He aquí al hombre», o lo que es lo mismo, Ecce homo.

Por cierto, lo de «lavarse las manos» en sentido figurado es asunto que heredamos también por causa de Pilatos, quien como sabemos por los evangelios se lavó las manos con respecto al destino de Jesús. La palabra lavabo con su significado actual no existe en latín, sino que en esa lengua madre es la primera persona del futuro imperfecto del verbo lavare (lavar, obviamente). Cuando en la misa el cura se lava los dedos antes de la consagración, dice: Lavabo inter innocentes manus meas («Lavaré mis manos entre los inocentes»). De esa frase litúrgica latina surgió el lavabo de todos nuestros cuartos de baño públicos y privados.

—Mea culpa o «mi culpa», lo hemos dicho todos alguna vez en latín, como antes en las misas, pero mi expresión favorita trasladada desde la misa a la media es: «Ahí está el busilis», refiriéndonos a la parte más intrincada de un asunto. El mismísimo Cervantes lo emplea en el Quijote: «Tenía admirada a toda la gente, que el busilis del cuento no sabía».

Pues bien, el «busilis» ese viene de la frase con la que empiezan muchos pasajes del Evangelio: In diebus illis, que quiere decir «en aquellos días».

También en nuestro moderno idioma, mantenemos dichos muy de la Biblia, como: «Quien tenga oídos, que escuche», originalmente en san Marcos 4:9, refiriéndose a que la palabra solo llega a quien quiere escucharla.

Lo de las «vacas flacas» y «vacas gordas» viene del Génesis 41:1, cuando dice:

Y aconteció que pasados dos años tuvo el faraón un sueño: le parecía que estaba junto al río, y que del río subían siete vacas hermosas a la vista y muy gordas, y que pacían en el prado. Y que tras ellas subían del río otras siete vacas de feo aspecto y enjutas de carne.

José interpretó el sueño diciendo que tras siete años de abundancia vendrían siete años de hambruna, y ahí seguimos, de crisis en crisis.

La verdad os hará libres. Es frase del Evangelio de san Juan 8:32, muchas veces citada y criminalmente tergiversada por los nazis en las puertas del campo de exterminio de Auschwitz, donde figuraba en alemán como Arbeit Nacht Frei (El trabajo os hará libres).

Entonando un mea culpa por si he ofendido, y como dijo san Benito, manteniendo como lema propio Ora et labora, ya que no me queda otra, me gustaría para terminar el capítulo añadir una cita de Séneca, que me parece debería ser la guía y lema de todos los que siguen una religión, frase muy cristiana aunque la escribiera un pagano:

Vive con los hombres como si Dios te mirase; habla de Dios como si los hombres te oyesen.

XIII

SEX AND THE CITY

Sexo en Roma: ¿era fácil ligar en las termas?

Toda la vida del hombre es solo un punto en el tiempo. Disfrutémosla.
Plutarco, siglo II

Es mentira que usando condones tengas sexo seguro. Yo he comprado ya veintitrés cajas y no me como una rosca.
Anónimo, siglo XXI

SEX AND THE CITY, *SEXO Y LA CIUDAD*. Así se titulaba originalmente la serie de TV emitida en el último cambio de siglo que en España se llamó *Sexo en Nueva York*. Realmente trataba de la vida y amores de cuatro chicas de casi cuarenta. Ni había mucho sexo, ni Nueva York es «la ciudad» por mucha leche en polvo americana que nos hagan tragar. La ciudad es Roma. Y sexo es de lo que vamos a hablar.

Ahora que ya tengo tu atención, aprovecho para contarte que a pesar de lo que la propaganda cristiana y las películas de Hollywood han proclamado siempre, Roma no era Sodoma ni Gomorra, era, en lo que respecta al sexo, bastante parecida a nuestra sociedad europea occidental. Básicamente la regla de que cada quien hiciera lo que quisiera, siempre que fuera de común acuerdo entre los participantes adultos y manteniendo las formas de puertas afuera; era la norma igual entonces que ahora.

La pornografía y la prostitución existían y eran legales, la homosexualidad —a diferencia de lo que ocurre en nuestros días— no estaba tan normalizada ni se practicaba libremente, pero existía, se conocía y se reconocía. Recordemos que, sin ir más lejos, Adriano, nuestro emperador sevillano, estuvo tan perdidamente enamorado del joven Antínoo que a la muerte de este lo hizo divinizar. La fama del amante de Adriano es tan grande que, por ejemplo, Oscar Wilde en su poema *La Esfinge*, de 1918, todavía nos lo recuerda en estos preciosos versos:

Háblame de aquel verde y oloroso atardecer, cuando tendida junto a la ribera
Escuchaste la risa de Antínoo desde la barca dorada de Adriano
Y cómo lamiste la corriente calmando tu sed y contemplaste con ardor y avidez
El cuerpo de marfil de aquel joven y singular esclavo, ¡con una granada en los labios!

O Fernando Pessoa, quien escribió en 1915 su *Antinous*:

La lluvia, afuera, enfría el alma de Adriano.
El joven yace muerto.
En el lecho profundo, sobre él todo desnudo,
La oscura luz del eclipse de la muerte se vertía.
A los ojos de Adriano, su dolor era miedo.

El culto al dios Antínoo parece que todavía estaba vigente en el siglo v. En el lugar donde falleció, Adriano mandó fundar una ciudad: Antinoópolis — actual Sheij El'Ibada—; durante las excavaciones llevadas a cabo allí entre 1896 y 1911, apareció un sarcófago decorado al estilo de las pinturas de El Fayum que mostraba el retrato de dos hombres enterrados juntos, como amantes o como un matrimonio. La pieza está datada alrededor del 140 de nuestra era y demuestra la «visibilidad» del colectivo en ese tiempo y esa ciudad.

Además de la archiconocida *Memorias de Adriano*, la obra de Marguerite Yourcenar, hay varios libros —y alguno nuevo cada año— sobre Adriano y su amor eterno e imposible, en las estanterías de cualquier buena librería.

Por supuesto, el matrimonio homosexual no existía reconocido como tal en Roma, si bien Marcial, criticando a uno que se las da de serio, republicano y seco, nos cuenta:

¿Ves, Deciano, a aquel hombre con los cabellos revueltos, cuyo severo entrecejo hasta tú lo temes, y que siempre está hablando de los Curios y de los Camilos, campeones de la libertad? No te fíes de su cara: ayer se casó como mujer.

También se supone que Nerón se casó con un esclavo que se parecía a su fallecida mujer Popea, y de Heliogábalo —emperador que reinó con el nombre de Marco Aurelio Antonino Augusto (218-222) desde sus 14 años hasta que fue asesinado con solo 18, y condenado como Nerón a *damnatio memoriae*— dicen que se casó, además de con cinco mujeres (cada una a su tiempo), con el atleta esmirno Zoticus, en una ceremonia pública en Roma. Tampoco ese dato es muy de fiar, ya que mucho, o más bien todo, de lo que sabemos sobre Heliogábalo fue escrito por sus enemigos, incluido lo que

aparece en la *Historia Augusta*, recopilación de biografías de los césares, redactada ya en tiempos de Teodosio. Heliogábalo fue el primer emperador que intentó sustituir la religión romana por una que era monoteísta, el culto al Sol, con lo cual no ha caído bien a nadie, ni a paganos ni a cristianos. A pesar de ello, ha sido reivindicado por artistas tan distintos como Marilyn Manson o Rubén Darío, quien en 1896 escribió sobre el César adolescente (del latín *adolescens*):

¡Qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presidente de República no podré saludarle en el idioma en que te cantaré a ti, ¡oh Halagabal!, de cuya corte —oro, seda, mármol— me acuerdo en sueños...

El cantante escocés Momus es de los muchos rockeros que han escrito sobre Heliogábalo; en su tema del mismo nombre, del año 2000 dice:

Si tú hubieras sido emperador de Roma
A la edad de justo quince años,
¿No habrías hecho lo mismo?
Así que, ¿por qué su nombre
Retiene el manto de la maldad?
Siempre reclamado por buitres infelices
Para explicar la extraña seducción de otras culturas,
Heliogábalo no tiene la culpa.

En relación con la homosexualidad masculina, que es de lo que tenemos más datos, se pensó durante años (muchos todavía lo proclaman) que lo que estaba mal visto era ser el actor pasivo y no así el activo, ya que en la primera ley que se conoce en Roma sobre actividades sexuales, la *Lex Scantinia* del 225 a.C., en la que además se condena la pederastia, se considera también delito el acto homosexual pasivo, pero no se dice nada del activo. De todas formas, y como pasa con muchos temas, no está nada claro. En la literatura romana han llegado hasta nosotros muchos ejemplos de amores homosexuales masculinos, muchas veces sin especificar el papel de cada quien, como ocurre en los poemas de Tibulo, Propertio, Horacio, Catulo, Ovidio, Petronio o el mismo Virgilio, que en la *Égloga 2* de sus *Bucólicas* narra los intentos del pastor Coridón por seducir al joven Alexis:

El pastor Coridón ardía de amor por el hermoso Alexis, delicias de su dueño, y ni aun esperanzas alcanzaba. Frecuentemente se iba a la sombra de unas frondosas hayas y allí, solitario con inútil afán, confiaba a los montes y a las selvas estos desaliñados

acentos: «¡Oh cruel Alexis! ¿Nada se te importa de mis cantos? ¿No te compadeces de mí? ¿Así me dejas morir?».

El «griego» no es un invento de los anuncios de contactos de nuestra época, los romanos ya llamaban por aquel entonces «amor griego» al que se daba entre dos varones, porque parece ser que en Grecia la homosexualidad masculina estaba bien vista desde siempre. Sin embargo, a los romanos no les parecía tan correcta como para que fuera pública. El amor griego en la antigua Grecia incluso se empleaba para dar cohesión a las falanges de guerreros, como en el famoso Batallón Sagrado de Tebas, solo compuesto por parejas de amantes, y cuyo valor impresionó incluso a Filipo de Macedonia, padre de Alejandro (Magno, como el gel), quien mandó construir un monumento en honor a los guerreros amantes. Aunque Plutarco (Moralia, vol. IV), como romano que es, se burla de guerreros que resultan tan «amorosos»:

Encontramos que la mayoría de las naciones guerreras son más adictas al amor (entiéndase «griego», N. del A.), como los beocios, los lacedemonios y los cretenses. Y entre los más antiguos héroes ninguno fue tan amoroso como Meleagro, Aquiles, Aristómenes, Cimón o Epaminondas; el último de los cuales tuvo como concubinos a Asópico y a Cafisodoro, que fue asesinado junto a él en la batalla de Mantinea y yace enterrado muy cercano a él.

Alejandro Magno (356-323 a.C.), según parece, estuvo toda su vida enamorado de su compañero Hefestión, al igual que Aquiles y Patroclo no eran primos (como en la peli en la que Brad Pitt hacía de Aquiles), sino amantes, según todo el mundo sabía en Grecia pero claro, una peli con Brad Pitt en la que este se derrita por otro tío no vende en Hollywood. En La Iliada de Homero, el amor está implícito, y Esquilo (Los mirmidones) y el mismísimo Platón (El banquete) lo afirman directamente.

El magnífico satírico del siglo II Luciano, en su Historia verdadera, comienza con este magnífico párrafo (I, IV):

Yo, empeñándome por vanagloria en dejar algo a los venideros, para no ser el único desheredado con libertad para contar mentiras, puesto que nada verdadero tenía para contar —porque nada digno de mención me ha ocurrido—, me he dedicado a la ficción de un modo mucho más descarado que los demás. Y en una sola cosa seré veraz: en decir que miento. Me parece que así escaparé a la acusación de los demás, al reconocer yo mismo que no cuento nada verdadero. Escribo, por tanto, acerca de lo que ni vi, ni comprobé, ni supe por otros y, es más, acerca de lo que no existe en

absoluto ni tiene fundamento para existir. Por lo tanto, los que me lean no deben creerme en absoluto.

Se burla de Sócrates, y con él de los hipócritas que no han salido del armario, cuando se encuentra figuradamente al sabio en el Elíseo, que era algo así como el paraíso o el país de Jauja:

En cuanto al amor, mantienen el criterio de unirse abiertamente tanto con mujeres como con hombres y, en modo alguno les parece vergonzoso. Tan solo Sócrates se deshacía en juramentos, asegurando que sus relaciones con los jóvenes eran puras, mas todos le acusaban de perjurio, ya que con frecuencia el propio Jacinto o Narciso habían confesado, mientras él lo negaba.

Por cierto, que la palabra pincel viene del latín *penicillus*, que es el diminutivo de *penis*, que quiere decir, casualmente, *pene*. Así que cuando pintamos, utilizamos para ello (salvo que seamos pintores de brocha), un *penecillo* o un *pitirrín*. Pintar viene del latín *pinctare* y figuradamente significa «tomar color la fruta, madurar».

La práctica de la homosexualidad en el ejército romano estaba penada con el castigo de *fustuarium*, que consistía en ser apaleado hasta morir. Ese castigo era el mismo que se recibía por abandonar el puesto estando de guardia o por robar a un compañero. Era, evidentemente, la sentencia más dura, y pretendía mantener la disciplina entre tantos tíos lejos de casa. Obviamente, si existe un castigo es porque existía algo que castigar, así que está claro que, tanto entre las legiones como en la sociedad en general la homosexualidad existía.

Notorio es el caso que nos relató Plutarco sobre Trebonio, un soldado de Cayo Mario en el siglo I a.C., quien mientras servía en su ejército, fue requerido sexualmente varias veces por un oficial que, a la sazón, era sobrino del general. El recluta esquivó al oficial y sus aviesas intenciones, hasta que una noche fue llamado a la tienda de su superior. Sujeto por la disciplina militar, el soldado no pudo sino acudir a la llamada del oficial, pero una vez en la tienda, y ante el acoso que sufrió por parte de su mando, no tuvo más remedio que matar al abusón oficial para conservar su honra (y otras cosas más) intacta. Evidentemente la pena por matar a un oficial era la muerte, pero en el juicio el soldado pudo presentar testigos del acoso constante que sufría por parte del sobrino de Mario, y de que nunca había prostituido su cuerpo, aunque el oficial le había ofrecido a cambio regalos y dinero. El

general Mario, que presidía el juicio, no solo declaró inocente al soldado, sino que lo condecoró.

Según el jurista Pomponio, un hombre que hubiera sido violado, por ladrones o por enemigos, no debería sufrir ningún estigma, al igual que ocurría con las mujeres, y no perdía por esta causa la propia fama ni sus derechos legales. Parecería que eran más comunes que ahora estos casos, pero tampoco está claro.

Los insultos entre heterosexuales aludiendo a la comisión de actos homosexuales se daban por igual en Roma que ahora, cuando entre varones heteros se insultan (nos insultamos) con frases del estilo de «vete a tomar por culo», «chúpamela» o «vete a mamarla» (con perdón), sin que ello implique nada homosexual, sino que deseamos que el insultado se vaya lejos y no volver a verle. Algunos estudiosos, básicamente sajones, de la antigua Roma, han pensado que esos insultos tienen que ver con una sexualidad basada en la penetración y dominación del otro, o incluso han llegado a decir que los romanos eran bisexuales. Francamente, me parece una solemne tontería: antes, igual que ahora y por mucho que se usen esas frases, no implican nada literal, sino la riqueza en el insulto que existe en nuestro idioma y que evidentemente existía también en el latín, como, por ejemplo, cuando Marcial dice:

Me recomiendas, Cordo, que escriba epigramas más cortos:
Hazme lo que Quíone.
No he podido hacerlo más breve.

Eso no implica que quiera que Cordo le practique una felación (lo que le hacía Quíone por dinero), sino que está mandándole a la mierda. Igual que si en Argentina mandamos a la «concha de tu madre» o en México a «chingar a la ídem», no implica un deseo literal, sino un insulto sumamente grave. Lo que pasa es que los puritanos bárbaros sajones, cuyo repertorio de insultos es más breve que las instrucciones de un cubo, no pueden entender que nos digamos tales barbaridades, ni que nuestros abuelos romanos ya las dijeran. En el riquísimo idioma inglés, todos sus insultos no dan ni para un díptico, y aquí tenemos hasta libros escritos por premios nobeles sobre el tema.

En el mismo sentido, existe un poema de Cátulo, quien se supone es uno de los mejores poetas del siglo I a.C., que a pesar de haberse conservado hasta nuestros días, no se ha publicado traducido a idiomas modernos, como el

inglés o el español, hasta bien entrado el siglo XX, y solo porque es sumamente soez, ya que empieza y termina diciendo que va a sodomizar a sus dos críticos, forzándolos a que le practiquen una felación. El sentido del poema no lo dan esos insultos, sino los versos siguientes, cuando dice:

Pues es conveniente que casto lo sea
El buen poeta en persona,
Pero en nada deben serlo sus versos,
Que solo tienen sal y gracia si son poco decentes y delicados.

Con respecto a la bisexualidad, por cierto, Woody Allen dicta: «La bisexualidad inmediatamente dobla tus posibilidades de ligar un sábado por la noche».

Y yo no voy a añadir nada. Como decía Aquella canción de Roxy, tema musical de La Mode editado en 1982 en una de sus versiones:

Decidimos no preguntar
Ni nombre, ni sexo, ni edad.

Sobre la homosexualidad femenina, el siempre irreverente Juvenal nos dejó el siguiente fragmento crítico, explicando lo que, según él, hacían las mujeres ebrias al pasar de noche por el templo de Pudicitia, la diosa de la modestia y castidad:

¿Qué escrúpulos tiene una Venus ebria? De noche (las mujeres) hacen detener sus literas y se orinan en el templo, cubren de largas chorreadas la estatua de la diosa y se montan la una a la otra a la luz de la luna.

Lo cual quería decir que, según él, las mujeres romanas eran muy poco castas y modestas cuando empujaban el codo, incluso lo suficiente para violar lo sagrado de un templo. Aunque no sea una cita muy edificante, nos demuestra al menos que la homosexualidad femenina existía en Roma. Qué decir de la antigua Grecia, si la misma palabra «lesbiana» tiene su origen en Safo, la poetisa de la isla de Lesbos cuya obra trata enteramente del amor entre mujeres. El mismo Platón en El banquete habla de este tipo de amor, cuando define a mujeres que: «No se preocupan por los hombres, pero tienen contactos con otras mujeres».

O como dijo el también filósofo Groucho Marx:

Hace tiempo conviví casi dos años con una mujer hasta descubrir que sus gustos

eran exactamente como los míos: los dos estábamos locos por las chicas.

Por lo que sabemos, el sexo fuera del matrimonio también era bastante común, como ahora. Conforme se asciende en la sociedad, parece que de lo que se trata más es de mantener las formas y las apariencias que de evitar caer en la tentación.

Los romanos ya pensaban que el sexo era cosa de dos. Por ejemplo, el gran Ovidio, en su *Arte de amar* habla sin ambages de que el placer en el sexo tiene que ser mutuo:

Me produce placer oír los gritos que delatan sus intensos goces y que me detenga con ruegos para prolongar su voluptuosidad. Siento dicha al contemplar sus desmayados ojos nublados de pasión (...) no permitas que se quede atrás desplegando tú todas las velas (...) la cúspide del placer se goza cuando los dos amantes caen vencidos al mismo tiempo.

O Lucrecio, quien simple y sabiamente afirma: «Solo el placer recíproco es deleite».

Qué distinto al catecismo católico, que considera todavía que el sexo es aceptable solo siempre y cuando se dé dentro del matrimonio, y exclusivamente con fines reproductivos, además de rechazar el sexo con fines exclusivamente placenteros, como cuando dice todavía en el vigente desde 2016¹⁴:

El ideal es la castidad, aun dentro del matrimonio. El sexo que busca el placer por sí mismo o que no tenga como objetivo la procreación es considerado lujuria y una ofensa contra la castidad.

En fin, cómo ha cambiado Roma... o no.

Para empezar, los romanos se emparejaban, valga la redundancia, por parejas, algo extraño en su época, ya que hemos apuntado que pueblos como los judíos, por ejemplo, eran más bien dados a disponer públicamente de más de una mujer, como vemos miles de veces en la Biblia (por ejemplo en Deuteronomio 21,15-17):

Si un hombre tiene dos mujeres a una de las cuales ama y a la otra no, y ambas le dan hijos, si resulta que el primogénito es de la mujer a quien no ama, el día que reparta la herencia entre sus hijos no podrá dar el derecho de primogenitura al hijo de la mujer que ama, en perjuicio del hijo de la mujer que no ama, que es el primogénito.

Así que en la Biblia lo importante es la primogenitura, no que el hombre

tenga dos mujeres y, además, que solo quiera a una. En fin... Afortunadamente en Roma, lo normal es que cada quien tuviera su cada cual, lo que no implica que no hubiera personas romanas promiscuas y escandalosas, como la amiga Lesbia de nuestro Marcial, quien parece que era bastante exhibicionista en sus asuntos de cama:

¡Aprende pudor!: hasta los mausoleos esconden a las más degeneradas y a las zorras. ¿Acaso mi reprensión te parece demasiado dura? Te estoy prohibiendo que te sorprendan, Lesbia; no que se te tiren.

Pudor quiere decir vergüenza, y es, junto con la castidad y la modestia, valor digno de admiración en la mujer, en Roma y más tarde, como todavía apunta Cervantes en el Quijote mil seiscientos años después: «Pudor es un encanto que duplica los encantos de la hermosura».

Mientras que el hombre tiene y posee la virtud (de vir, hombre), que lleva implícitos el autogobierno y la autodisciplina para no dejarse llevar por las apetencias del cuerpo. Para el ya citado Pierre Grimal, la virtud (romana) es «El poder del hombre en su esfuerzo sobre sí mismo». A pesar de tanto pudor y tanta virtud, los romanos distinguían, como nosotros, entre el sexo por el sexo y el sexo como expresión de amor. Como dijo Woody Allen: «No confundas el amor de tu vida con el sexo de tu vida».

Si todavía no entiendes la diferencia, o si en tu caso han coincidido, de nuevo Woody Allen tiene la respuesta para ayudarnos a distinguirlos: «El sexo alivia la tensión. El amor la aumenta».

Incluso Cervantes en el Quijote, nos lo recuerda: «Amor y deseo son dos cosas diferentes; que no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama».

Además, el amor es ciego, mientras que el sexo es más bien el disfrute de los sentidos. Eso de que el amor sea ciego, pero desde siempre, nos lo recuerda por ejemplo el poeta y filósofo Lucrecio (99-55 a.C.) en su obra De Rerum Natura (Sobre la naturaleza de las cosas) cuando dice en su libro IV:

Si es negra su querida, para ellos
Es una morenita muy graciosa;
Si sucia y asquerosa, es descuidada;
Si es de ojos pardos, se asemeja a Palas;
Si seca y descarnada, es una corza
Del Ménalo; si enana y pequeñita,

Es una de las gracias, muy salada;
Si alta y agigantada, es majestuosa,
Llena de dignidad; tartamudea
Y no pronuncia bien, es un tropiezo
Gracioso; taciturna, es vergonzosa;
Colérica, envidiosa, bachillera,
Es un fuego Vivaz que no reposa;
Cuando de puro tísica se muere,
Es de un temperamento delicado;
Si con la tos se ahoga y desfallece,
Entonces es beldad descaecida;
Y si gorda y tetuda, es una Ceres,
La querida de Baco: si chatilla,
Es silla de placer;
¡Nadie podría enumerar tan ciegas ilusiones!

O Marcial, con menos palabras, cuando dice:

Quinto ama a Tais.
¿A qué Tais?
A Tais la tuerta.
A Tais le falta un ojo; a él, los dos.

Nuestro nobel de 1922, Jacinto Benavente, compara la locura de amor con la locura de don Quijote: «El amor es como don Quijote, cuando recobra el juicio es que está para morir».

La escritora francesa Françoise Sagan (1935-2004), sobre esto de la locura de amor, dijo aquello de: «He amado hasta llegar a la locura, y eso que llaman locura, para mí, es la única forma sensata de amar».

En el amor, como en la guerra, como decía el César Marco Aurelio, «No hay premio para quien queda segundo». Por eso hacemos locuras. Por eso el serio y germano Nietzsche dijo: «Lo que se hace por amor acontece más allá del bien y del mal». Y Alejandro Casona (1903-1965) afirmó: «Hay amores tan bellos que justifican todas las locuras que hacen cometer».

Ovidio nos advierte que de noche todos los gatos son pardos y que hay que tener cuidado. A todos nos ha pasado alguna vez ligar en oscuros garitos, estando ya un poco perjudicados por los cubatas, donde todos y todas nos parecen estupendos, y al salir o, lo que es peor, a la mañana siguiente, descubrimos lo «ciegos», y no exactamente de amor, que estábamos la noche anterior:

No creas demasiado en la luz engañosa de las lámparas; la noche y el vino extravían el juicio sobre la belleza. Paris contempló las diosas desnudas a la luz del sol que resplandecía en el cielo, cuando le dijo a Venus: Venus, vences a tus competidoras. La noche oculta las macas, disimula los defectos, y entre las sombras cualquiera nos parece hermosa.

O como dicen en México: «A la tercera margarita se van las feas y vienen las bonitas».

Y para terminar, hay que recomendar moderación en la bebida o todo lo contrario, como dijo el eterno Groucho: «Bebo para hacer interesantes a las demás personas». Lo cual se aplica a hombres y mujeres por igual, aunque las citas que he apuntado sean de autoría masculina.

De todas formas, el mismo Ovidio nos recomienda disimular los defectos de nuestra amada si queremos ligárnosla:

Dulcifiquemos con los nombres las macas reconocidas: llamemos morena a la que tenga el cutis más negro que la pez de Iliria; si es bizca, digamos que se parece a Venus; si pelirroja, a Minerva; consideremos como esbelta a la que por su demacración más parece muerta que viva; si es menuda, di que es ligera; si grandota, alaba su exuberancia, y disfrazas los defectos con los nombres de las buenas cualidades que a ellas se aproximan.

Parece ser que, por aquellos tiempos, las mujeres tendían a disimular su edad, cosa que ahora por supuesto no ocurre en absoluto. Ovidio también nos recomienda que, si queremos triunfar, no hagamos preguntas de las que nos podamos arrepentir:

No le preguntes los años que tiene o en qué consulado (año) nació; deja estas investigaciones al rígido censor, máxime si se marchitó la flor de su juventud, si su mejor tiempo ha pasado y ya comienzan a blanquear las canas entre sus cabellos.



Venus Calipigia, que significa de bellas nalgas. Estatua griega del siglo III a.C. hallada en Roma. Museo Arqueológico Nacional, Nápoles.

El censor era el que hacía el censo, no lo olvidemos, y lo del consulado es, como dijimos, porque cada año se nombraba por sus cónsules más que por su número con respecto a la fundación de Roma (Ab urbe condita), que fue en el 753 a.C.

Del latín nos vienen palabras tan sexuales como felación (fellatio) o cunnilingus, que directamente la escribimos en latín, con todas esas enes. Cunnus quiere decir coño en latín (plural cunni) y culus, casualmente, culo. Cuniculus, por otra parte es en latín conejo, con lo cual casi seguro podemos afirmar que los más bastos de entre los romanos ya llamaban «conejo» a lo que también es, no por nada, el logo de la revista Playboy, que tengo entendido que desde el año de gracia de 2016 ya no trae fotos de cunnus ni de culus. Polla (con perdón) en cambio se dice mentula o verpa. En México, por ejemplo, dicen verga, que también quiere decir vara y que viene de virga, que es también latín.

La conexión lingüística que existe entre las palabras testículos (testiculus) y testigos puede que tenga un origen arcaico en el que, el que daba el testimonio, juraba por sus testículos, tal vez literalmente, es decir, que juraba por sus testículos que lo que decía era verdad, arriesgándose a perderlos si mentía, no sabemos si poniéndolos sobre la mesa, como todavía decimos a veces de manera bastante osada. En latín testiculus también se dice testis, que quiere decir testigo, con lo cual parece que podía haber juegos de palabras y bromas a partir de esos dobles sentidos, del estilo de: «hacen falta muchos testículos para ser testículo en ese juicio» y más bromas jocosas, seguro que tremendamente hilarantes. La obscenidad común en Roma para referirse a los testículos era coleus.

Los romanos, y sobre todo las romanas, entendían la función del clítoris, que ellos llamaban landica, aunque normalmente se referían a él con eufemismos. Cicerón apuntó que durante un debate en el Senado, un orador de rango consular hizo que todos los senadores lloraran de risa cuando en mitad de un discurso dijo: Hanc culpam maiorem illam dicam, que significa más o menos: «¿Es esta falta mayor que aquella?», pero que sonó a los oyentes como: «Es esta mayor falta de clítoris»...

También Cicerón nos recuerda que, a veces, hay que cambiar el orden

gramatical de las palabras para no decir obscenidades (del latín obscenus), cuando dice: Cum nobis non dicitur, sed nobiscum. Que traducido quiere decir: «No se dice con nosotros, sino nosotros con», porque cum nobis suena igual que cunnus vis, que quiere decir: «Coño, ¿quieres?». En misa también se decía hasta 1965 Dominus vobiscum («El Señor esté vosotros con»), más o menos por lo mismo.

Hombres y mujeres se depilaban, parece ser que también las partes pudendas, si tenían oportunidad y dinero, así que las «ingles brasileñas» las inventaron las romanas mucho antes de que se inventara Brasil. Una pintada en Pompeya dice que su autor prefiere los pubis femeninos sin depilar, lo cual implica que había quien se los depilaba. Marcial también se pregunta sobre un conocido que, al entender de nuestro amigo, se depila un poco de más:

Si te depilas el pecho, las piernas y los brazos, y si tu minga rapada está rodeada de unos cortos pelos, esto lo haces, Labieno, ¿quién no lo sabe?, en atención a tu amiga. Pero si te depilas el culo, Labieno, ¿para quién lo haces?

Como ya vimos en el capítulo sobre las mujeres, parece que los pechos no tenían en absoluto tanto valor erótico como tienen para nosotros, de hecho no nos consta que tengan nombre obsceno, como nuestras «tetas», palabra que, de hecho, no viene del latín, de donde sí procede mama (mamma), que, ¡oh casualidad!, se escribe igual que como escribimos mamá. Cuando un poeta erótico romano se refiere a los pechos, normalmente destaca los pezones (papillae). Una excepción es Lucrecio, cuando refiriéndose a los movimientos exagerados de las prostitutas al hacer el amor, menciona los pechos:

Cuando con los meneos de las nalgas
La Venus del varón estorba inquieta
Y da oleadas con el tierno pecho;
La reja del arado echa del surco,
Y el chorro seminal quita del sitio.

Por utilidad propia las ramerías
Tuvieron la costumbre de moverse,
Por no hacerse preñadas con frecuencia
Y porque al mismo tiempo los varones
Tuviesen una Venus más gustosa.

Los pechos ideales podrían ser, como mucho, del tamaño de una

manzana y era fundamental que no colgaran. Como comentamos, los pechos grandes serían motivo de burla y los pechos colgantes son síntoma de vejez y, cómicamente, aparecen así en las comedias romanas. Por cierto, que para los dolores de cabeza se recomendaba taparse esta con un «sujetador». No he probado el remedio, pero si los romanos lo dicen...

Tíbulo, poeta del siglo I antes de Cristo, afirma que a él le gustaban los pechos, porque en un verso habla de cómo por llevar la túnica suelta se asoman debajo los de la chica con la que cena, cuando esta se agacha para coger algo (¡ay pillín, pillín!). Pero es más bien raro y chocante que nos hayan llegado tan pocas referencias eróticas sobre los pechos de las romanas. Supongo que fliparían bastante si vieran el culto que ahora les damos y cómo se muestran los pechos femeninos en lugares como la playa, sin ningún pudor ni culpa. En la Antigüedad, que una mujer mostrara sus pechos era más bien un gesto para solicitar piedad por su condición de madre, como sucedía en las ciudades sitiadas cuando las mujeres pedían a los asaltantes, abriéndose sus camisas, ser respetadas por lástima (algo así como diciendo: recuerda, soldado, que tu madre es como yo); nada que ver con el sexo, más bien al contrario. Tal vez las chicas de FEMEN, que protestan con los pechos al aire, siguen, a lo mejor sin saberlo y seguro que sin querer, la costumbre de esas antiguas mujeres que desesperadas se asomaban a las almenas.

Del griego nos vienen también muchas palabras relacionadas con el sexo, como la propia «erotismo» que procede de Eros, quien sería nuestro Cupido. De su madre Afrodita (Venus), nos viene afrodisiaco; ninfomanía será, literalmente, estar enamorado de las ninfas perdidamente, como los sátiros, que también son griegos. Las lesbianas se llaman así, como dijimos, por la isla donde vivía la poetisa Safo (nació en el 625 a.C.) quien cantó el amor homosexual femenino, como cuando describiendo diríase que un orgasmo, escribe:

La lengua se me inmoviliza, un delicado incendio corre bajo mi piel, no ven ya mis ojos y zumban mis oídos, el sudor me cubre, un temblor se apodera de todo mi cuerpo y tan pálida como la hierba, no muy lejana de la muerte me parece estar... Pero todo debe soportarse si así es.

O cuando dijo:

Yo, mujer que, entre dudas y osadía,
Te revela el desván de sus deseos;

Tú, mujer apremiante, sin rodeos,
En rotunda lección de anatomía.

Salvando las distancias y el tiempo, Meco cantaba, allá por 1988, unos dos mil seiscientos años después, Mujer contra mujer, que empieza con esta preciosa estrofa:

Nada tienen de especial
Dos mujeres que se dan la mano
El matiz viene después
Cuando lo hacen por debajo del mantel
Luego a solas sin nada que perder
Tras las manos va el resto de la piel.

Este tema musical, para mí el primero que abordó la homosexualidad femenina en español de manera tan normal y directa, fue cantado por Meco, además de en nuestro idioma, también en francés y en italiano. Alcanzó en ambos países el número uno en ventas, especialmente en Francia, donde estuvo en lo más alto de la lista ocho semanas consecutivas. Según la Wikipedia, también fue número uno en Chile, Cuba, Ecuador, Puerto Rico y Nicaragua, países donde la homosexualidad era ilegal entonces y la femenina casi tabú. Parece que en México la canción llegó a estar prohibida, pero eso fue, tal vez, la garantía de su éxito. El grupo de «metal industrial» alemán Rammstein grabó en 2006 el tema Mann gegen Mann, (Hombre contra hombre) que habla sobre la homosexualidad masculina; el título es un poco un homenaje a la canción de José María Cano. En la letra de Rammstein las estrofas son más heavies, como es lógico, pero dicen cosas como:

Hombre contra hombre,
Mi piel pertenece a los caballeros.
Hombre contra hombre,
Pájaros de la misma pluma siempre vuelan juntos.

Cupido es un niño, porque el amor es inocente, lleva venda en los ojos porque el amor es ciego y ni siquiera él mismo es inmune a las flechas que dispara, por eso está enamorado de Psique, que es el alma. Cuando nació, hijo de Venus y Marte, su madre lo escondió en el bosque por miedo a que Júpiter lo matara por los estragos que el amor podría llevar a cabo en el mundo (como de hecho ha ocurrido), pero al ser un niño que fue cuidado por los animales del bosque, se convirtió, además de ciego e inocente, en un ser

un poco salvaje y bastante irracional. Así nos va. Cervantes en el Quijote puso estos versos en boca de Cupido:

Todo cuanto quiero puedo,
Aunque quiera lo imposible,
Y en todo lo que es posible
Mando, quito, pongo y vedo.

Una gran verdad. Ya sea en Roma, en nuestro Siglo de Oro o ayer mismo. Como el poeta Lucrecio (99-55 a.C.) nos dice:

Pero Venus mitiga los dolores
Gozando del amor suavemente,
Y con blando placer las llagas cura.
Pues los amantes tienen esperanza
De que aquel mismo cuerpo que ha inflamado
Su pecho en amor ciego, puede él mismo
Apagar el incendio que ha movido.

En todas las casas romanas parece que había escenas pornográficas u obscenas, por ejemplo, el dibujo de un falo con sus testículos, que entonces parece que significaba «buena suerte» y que protegía contra la envidia y el mal de ojo, o las figuras de Priapo, que solían proteger los huertos. Este Priapo es un dios griego que pasó a la mitología romana, y cuya principal característica es que sus genitales son enormes y está en perpetua erección. Además de ser un dios obviamente fecundador, protegía como ya dijimos los huertos, los rebaños de ovejas y cabras, los panales de abejas y, sobre todo y también, ahuyentaba el mal de ojo.

En Pompeya, en casa de los Vettii, hay un famoso fresco de este dios empalmado, cuya finalidad, según los arqueólogos, es precisamente contrarrestar el mal de ojo que pudiera provocar la envidia que la riqueza de los dueños de la casa pudiera despertar en otros. Parece ser que Priapo intentó violar en una ocasión a la pacífica Hestia (diosa virgen del hogar), que estaba adormilada, pero un asno rebuznó a tiempo de despertarla y evitar el crimen, salvando, junto con la virginidad de la diosa, la felicidad de todos los hogares. Por ese motivo, el día de la fiesta de Hestia se coronaba con guirnaldas de flores a los burros y se les felicitaba.

En los templos de la helena Hestia se mantenía siempre encendido un fuego en el cual los ciudadanos griegos que fueran a zarpar a fundar una

colonia prendían una antorcha que mantenían viva y ardiendo durante todo el periplo, hasta construirle a la diosa un altar en la ciudad que fundaran allende el mar, para de este modo mantener el contacto místico con la metrópoli. Con el fuego del hogar.



Priapo, en la pared del saloncito de casa de los Vetti, en Pompeya.

Evidentemente Vesta es la versión romana de esta diosa virgen. De ella dependían la felicidad conyugal y la armonía en el hogar de la familia. De ahí pasó a ser la protectora del hogar de cada pueblo, es decir, de su patria, defendiendo la armonía y la felicidad de los habitantes de cada ciudad. Por eso era tan importante que su fuego, que cuidaban las vírgenes vestales, estuviera siempre ardiendo.

Además de Priapos y falos, parece ser que en las casas romanas también había cuadros más elaborados de sentido bastante pornográfico, como nos cuenta el mismo Ovidio:

Igual que venerables figuras humanas, pintadas por las manos de un artista resplandecen en nuestras casas, también hay una tablilla en algún sitio que nos muestra varios acoplamientos y posturas sexuales.

Y no solo en las casas. En 1986 se descubrieron las termas conocidas como Los baños suburbanos de Pompeya, en cuyos vestuarios aparecieron unas pinturas que incluyen emparejamientos bastante explícitos de un trío de dos hombres y una mujer, y varios acoplamientos más de hombre-mujer (incluyendo un cunnilingus), hombre-hombre y mujer-mujer, sin que se sepa todavía el significado de estas pinturas, en las que, por cierto, las mujeres aparecen con los pechos al aire, lo cual, como hemos dicho, no suele suceder en el caso de pinturas de prostitutas. Puesto que cada cuadrado estaba situado sobre un hueco donde dejar la ropa, se ha llegado a proponer como hipótesis que, simplemente, fueran ayudas para que los asistentes a las termas supieran donde habían dejado la ropa, pero vamos, con numerar cada «taquilla» ya habría bastado, ¿no?

También había libros pornográficos como *Milesiaca* de Aristides, que fue traducido al latín por Lucio Cornelio Sisena, uno de los pretores del año 78 a.C. Tras la batalla de Carrás, en la que los romanos comandados por Marco Craso sufrieron en el 53 a.C. una importante derrota luchando contra los partos en el antiguo reino de Armenia (sudeste de la actual Turquía), los partos, acabado el combate, se escandalizaron de encontrar *Milesiaca* entre las pertenencias de los oficiales romanos, según nos relata Plutarco. Actualmente lo raro sería no encontrar pornografía entre el equipaje virtual o físico de cualquier soldado destinado lejos (o no tan lejos). Suetonio (70-126),

el historiador, criticaba al poeta Horacio (65-8 a.C.) diciendo que este tenía en el dormitorio un espejo enorme para contemplar todos los ángulos cuando practicaba sexo. De Tiberio el emperador, se decía que tenía el dormitorio decorado con los motivos más lascivos. Resumiendo, que a los abuelos romanos les iba el porno. Y eso que no tenían internet...

Como cuenta el chiste en que un hombre le jura a su mujer que no ve porno jamás en internet y ella le dice:

—Contéstame sinceramente: ¿A los hombres os gusta el porno? ¿Con el ordenador podéis ver porno gratis? No haré más preguntas.

Con respecto al trato entre varones y prostitutas, las había de lujo y postín, como vimos, ya desde la Grecia clásica, como una tal Filomena, quien regaña a un admirador en una carta suya que se conserva:

¿Por qué me escribes cartas tan largas? Lo que necesito son cincuenta monedas de oro y no tus epístolas. Si me quieres, paga; si prefieres tu dinero a mí, deja de molestarme.

En Roma, parece que el trato de jóvenes con prostitutas no estaba mal visto del todo. Al menos estaba considerado mejor que saber bailar (es broma). El filósofo cordobés Séneca (4 a.C.-65) opina sobre un visitante asiduo de un club de carretera: «No tiene la culpa en nada. Que ese joven ame a una prostituta es natural; ten un poco de paciencia; se corregirá y se casará».

También Catón el Viejo, parece que viendo salir de un burdel a un joven que conocía, le dijo un buen día: «Bien hecho, aquí es donde deben venir los jóvenes cuando el deseo hincha sus venas, en vez de palpar las esposas de los otros». Según nos cuenta Carlos Fisas en su obra ya citada, viéndole salir demasiadas veces del mismo lugar le terminó increpando: «Joven, aquí se puede venir alguna que otra vez, pero no sabía que habías fijado aquí tu domicilio».

Groucho Marx, sobre la prostitución y el sexo, dijo en una ocasión: «Recuerdo perfectamente la primera vez que disfruté del sexo. Todavía conservo el recibo».

La prostitución masculina homosexual parece que también existía, como atestigua este obsceno epigrama de nuestro siempre genial Marcial:

Aun no teniendo frecuentemente en tu arca, Hilo, más que un denario, este no se

lo llevará ni el panadero ni el tabernero, sino alguien que presuma de un buen pene. Tu vientre, el pobre, contempla los festines de tu culo y este desgraciado está siempre muerto de hambre, pero aquel se harta.

En cuestiones de sexo, tampoco hay que fiarse de gente tan seria como Catón o Séneca. En general, los estoicos eran bastante severos en temas sexuales, limitando y restringiendo su ámbito solo a la intimidad del matrimonio y generalmente sin amor por medio. El emperador Marco Aurelio (gobernó del 161 al 177), el que muere al principio de la película *Gladiator*, llegó a afirmar sobre el sexo: «El sexo es la fricción de un trozo de tripa y, tras una convulsión, la expulsión de algunos mocos».

Evidentemente este hombre lo que tenía era Sexo chungo, como cantaban los de *Siniestro Total* allá por 1985.

En Roma, las prostitutas participaban de varios ritos religiosos, como las fiestas Floralias, que tenían lugar en honor a Flora el 28 o 30 de abril, y en las que parece ser que bailaban desnudas (o vestidas solo con flores) ante el templo de la diosa, al pie del Aventino (del lado sur del Circo Máximo). Flora era la diosa de la primavera, las flores y los jardines. Su festividad simbolizaba la renovación del ciclo de la vida, y se celebraba con bailes y flores a tutiplén. Parece que en las fiestas se escogía una chica para personificar a la diosa y se la engalanaba en un altar con flores. Este es sin duda parte del origen de nuestra festividad de los Mayos. Todavía en algunos pueblos, y hasta hace poco en Madrid, se elegía una maya, normalmente jovencita y guapa, y se la sentaba en un altar florido para celebrar el retorno de la primavera y el florecer de la vida. El llevarle flores a María al comienzo de mayo es la versión católica de esta fiesta, como explicita el devocionario católico cuando dice¹⁵:

—¿Por quién hizo Dios las flores, si no las hizo por Ti?

Y al ofrecerle las flores:

—Recibe, Madre, las flores de nuestro amor y nuestra alegría.

También Alfonso X el Sabio se hace eco de esta devoción a María Madre de Dios, del principio de mayo:

Bienvenido Mayo, y con alegría;

Por eso roguemos a Santa María

Que pida a su Hijo aún todavía

Que de pecado y locura nos guarde.

Bienvenido Mayo.
Bienvenido seas, y con alegría.

Es evidente que con eso de «Venid y vamos todos con flores a María», el cristianismo sustituyó la Floralia por una fiesta dedicada al florecer de la primavera, relacionándola con la Virgen María un poco por los pelos, ya que no se lee en los Evangelios ninguna relación de la madre de Jesús ni con las flores ni con la primavera, ni por supuesto con la fertilidad, ya que precisamente, y según la Iglesia, María solo tuvo un hijo.

Pero los Mayos, versión pagana y más antigua de la fiesta, continúa celebrándose tantos años después. Con distintas variaciones se lleva a cabo en casi todo el antiguo mundo romano de Europa, además de en varias regiones de Estados Unidos e incluso en Sri Lanka. En el Reino Unido a las reinas de esta fiesta se las llama May Queen, como nos recuerda Led Zepelin en la letra de su archifamosa Escalera al Cielo, canción de 1971 en la que Jimmy Page y Robert Plant decían:

Si tus setos se agitan no te alarmes.
Solo es la limpieza de primavera para la reina de Mayo.
Sí, hay dos caminos por los que puedes ir,
Pero a la larga todavía hay tiempo para cambiar la ruta que sigues.
Y esto hace que me pregunte...

Se supone que los «setos» a que se refiere son el vello púbico, y la estrofa es una referencia a la pubertad en relación con la primavera. Francamente, no fumé nunca tanta hierba y no sé si esa lectura es la verdadera. Maestros tiene la iglesia del rock. Por cierto, que Escalera al Cielo fue la primera canción de la que se dijo, por parte de algún panoli, por supuesto en Estados Unidos, que si se escuchaba al revés se oía una invocación a Satán. Si bien Jimmy Page (nacido en 1944) puede que tenga aficiones ocultistas, y en su momento compró la casa del oscurantista de principios del siglo XX Alistair Crowley (quien decía enseñar a hablar y leer al revés) —mansión donde, por cierto, Page celebró famosas orgías, como cualquier estrella del rock que se precie—, nunca, que se sepa, vendió su alma al diablo. O al menos este no la compró.

Lamentablemente, es falso que oyendo rock alguien se pase al lado oscuro, ni siquiera Santiago Segura en El día de la Bestia, película de Alex de la Iglesia de 1995 en la que cuando Alex Ángulo pregunta a Santiago si es

satánico, este responde:

—¿Satánico? Sí, padre, y de Carabanchel.

Nadie se ha vuelto satánico oyendo ninguna canción hacia delante, hacia atrás o de lado. Como dijo Robert Plant: «Si eso de los mensajes al revés funcionara, todas las canciones llevarían grabado: compra este disco».

Cuando todavía no se hablaba de Satán en Roma, ni los panolis americanos tipo el vecino Flanders existían, la literatura erótica se puso de moda y parece ser que en el siglo II después de Cristo hubo un «boom» de ventas de libros románticos y eróticos, aunque ese punto fue el canto del cisne del erotismo escrito, ya que en el siglo III el celibato se promovía como el estado ideal del cristiano, y padres de la Iglesia del nivel de Tertuliano o Clemente de Alejandría discutían incluso si el sexo dentro del matrimonio era lícito, aunque fuera destinado a la procreación, o si incluso dentro del sacramento el sexo era un pecado nefando y, por lo tanto, para no pecar, lo mejor era que la humanidad desapareciese.

Hace un carro de años (pero mucho después de lo de Tertuliano), en BUP, el equivalente a secundaria, tuve un profesor que decía que el sentido de la vida era casarse y tener hijos para enseñarles la doctrina cristiana. Lamentando el pésimo sexo que debieron de tener su mujer y ese pobre profe de cuyo nombre ni me acuerdo ni quiero, prefiero como guía vital lo que dijeron otros, como el dramaturgo griego Esquilo (525-456 a.C. más o menos) cuando dijo: «El que nunca haya amado no puede ser bueno». Lo que me recuerda la preciosa frase de Andrés Calamaro en su canción Jugando con fuego de 1999:

Debería estar prohibido haber vivido y no haber amado.

O al mismísimo san Agustín, cuando nos dice que hagamos todo con amor:

Ama y haz lo que quieras; si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Si está dentro de ti la raíz del amor, ninguna otra cosa sino el bien saldrá de tal raíz.

O incluso lo que dijo una cortesana del París dieciochesco: «Amor es un no sé qué, que empieza no sé cómo y termina no sé cuándo».

También Marx, Groucho, dijo cuando le preguntaron sobre lo que haría

si pudiera volver a vivir toda su vida: «Probar más posturas».

Ovidio, en su Arte de amar, se rinde, como todos finalmente, al amor: «Yo me someteré al amor, aunque me destroce el pecho con sus saetas y sacuda sobre mí sus antorchas encendidas».

En cuestiones de amor, el que más tiene es el que más da, como nos explica nuestro siempre sabio Marcial:

Un astuto ladrón, forzando tu caja fuerte, se te llevará el dinero, un despiadado incendio aniquilará tu casa paterna, un deudor te negará los intereses y también el capital, una mies estéril no te devolverá la simiente tirada, una amante falaz expoliará a tu mayordomo, el mar anegará tus barcos repletos de mercancías. En cambio, lo que se da a los amigos está fuera del alcance de la fortuna. Lo que hayas dado, será lo único que siempre tendrás.

Musonio Rufo, filósofo estoico del siglo I, junto con nuestro Séneca, criticó duramente la doble moral que suponía que los hombres romanos tuvieran más libertad sexual que las mujeres. Para Musonio es hipocresía pura que se excuse que los hombres acudan a prostitutas y esclavas para satisfacer sus instintos sexuales, mientras que un comportamiento similar por parte de las mujeres no sería consentido. Por cierto, hipócrita viene de hypocrita y quiere decir «actor teatral»; proviene a su vez del griego hypokrisía, que sería la acción de representar un papel. Parece que Musonio no era nada hipócrita y sí más moderno que muchos tíos, sino de nuestra generación, seguro que de la inmediata anterior. Todavía dos mil años después, las mujeres tienen menos libertad sexual que los hombres, si bien por lo menos, si somos normales, ya no acudimos a esclavas, y lo de «irse a putas» está, afortunadamente, fatal visto y queda solo para los descerebrados. De todas formas, un tío que liga mucho es un ejemplo a seguir por sus adláteres, mientras que una chica que liga mucho es todavía «otra que sale rana». Roman Payne (nacido en 1977), el poeta americano de nuestro siglo XXI, recomienda a las chicas:



Sátiro abrazando a una ménade. Fresco de la casa de Caecilius Iucundus, en Pompeya, realizado entre los años 1 y 50. Museo Arqueológico Nacional, Nápoles.

Con respecto a vosotras, chicas, debéis arriesgar todo por la libertad y darlo todo por la pasión, amando todo lo que vuestros corazones y cuerpos amen. Lo único más alto y más sagrado para una chica que su pasión y su libertad, debería ser su deseo de convertir toda su vida en poesía.

Ovidio nos muestra lo poco que hemos cambiado, ya que recomendaba a las chicas hace dos mil años ser tan libres como quisieran:

Imitad, jóvenes mortales, el ejemplo de las diosas, y no neguéis los placeres que solicitan vuestros ardientes adoradores. Si os engañan, ¿qué perdéis? Todos vuestros atractivos quedan incólumes, y en nada desmerecéis aunque os arranquen mil condescendencias.

Lo cual viene a afirmar que la virginidad tenía poca importancia en la Roma clásica, como confirma el poeta al continuar el párrafo con estas palabras:

El hierro y el pedernal se desgastan con el uso; aquella parte de vosotras resiste a todo y no tiene que temer ningún daño. ¿Pierde una antorcha su luz por prestarla a otra? ¿Quién os impedirá que toméis agua en la vasta extensión del mar? No pretendo que os prostituyáis, sino libraros de vanos temores; vuestras dádivas no os han de empobrecer.

Es decir, como cantaba Cindi Lauper allá por 1983: *Girls just wanna have fun*. Y de eso trata este capítulo. El mismo Ovidio nos dice lo que se goza cuando nuestra pareja disfruta y llega a las más altas cumbres del orgasmo:

Me complace oír los gritos que delatan sus intensos goces y que me detenga con ruegos para prolongar su voluptuosidad. Me siento dichoso si contemplo sus vencidos ojos que anubla la pasión.

Pero también recomienda fingir, si no se ha llegado al éxtasis:

Y tú, a quien la naturaleza negó la sensación de los placeres de Venus, finge sus gratos deliquios con falsas palabras. (...) y cuando finjas, procura que tus movimientos y el brillo de tus ojos ayuden al engaño, y lo acrediten de verdadero frenesí, y que la voz y la respiración fatigosa solivianten el apetito.

O sea, que lo de fingir ya viene de lejos y de antes. Conviene recordar que Ovidio escribió su *Arte de Amar* hace muchísimo tiempo, pero ese texto podría haber sido publicado en el último número de *Cosmo* perfectamente.

Por eso también Ovidio nos recomienda ir con cuidado si andamos con más de una pareja a la vez:

Diviértete, pero cubre con un velo los hurtos que cometes, y nunca te vanaglories de tus felices conquistas. No hagas a la una regalos que la otra pueda reconocer, y cambia de continuo las horas de tus citas amorosas, y para que no te sorprenda la más suspicaz en algún escondite que le sea conocido, no te reúnas con la otra a menudo en el mismo lugar.

O Como Groucho decía: «¡Brindemos por nuestras novias y nuestras

esposas!... ¡Que no se encuentren nunca!».

En lo de vanagloriarse de las propias conquistas, mi madre decía que los chicos somos como el parchís, que nos comemos una y contamos veinte, para parecer más machos, mientras que las chicas normalmente se comen veinte y cuentan uno, para parecer más castas, igual ahora que en la Roma de nuestros abuelos togados. Como decía el chiste en que un niño y una niña comparan sus sexos, y el niño presume porque tiene algo que ella no tiene y la niña le contesta: «Pero con lo que yo tengo, mi mamá me ha dicho que puedo tener de lo que tienes tú, todas las que quiera».

Ovidio también fue un precursor de la famosa frase: «Cariño, no es lo que parece», cuando nos recomienda:

Si a pesar de las precauciones, tus furtivas aventuras llegan un día a traslucirse, aunque sean más claras que la luz, niégalas rotundamente, y no te muestres ni más sumiso ni más amable de lo que acostumbras: estas mudanzas son señales de un ánimo culpable.

Julius Marx, es decir Groucho, también tiene soluciones para esto: «¿A quién vas a creer, a mí o a tus propios ojos?».

O da la perfecta excusa: «¿Que por qué estaba yo con esa mujer? Pues porque me recuerda a ti. De hecho, me recuerda a ti más que tú».

Y ¿qué hacer cuando sabes que no eres el único?, esta pregunta se la hacía también Ovidio y nos recomienda lo siguiente:

Yo estimo lo mejor ignorarlo todo. Déjala que oculte sus trapacerías, no sea que la obligada confesión de la culpa haga huir el pudor de su rostro. Así, jóvenes, no queráis sorprender a vuestras amigas; consentid que os engañen y que os crean convencidos con sus buenas razones.

Como dijo sabiamente nuestro Marx:

Es una tontería mirar debajo de la cama. Si tu mujer tiene una visita, lo más probable es que la esconda en el armario. Conozco a un hombre que se encontró con tanta gente en el armario que tuvo que divorciarse únicamente para conseguir espacio donde colgar la ropa.

Y como cantaba Sting allá por 1985:

Si quieres a alguien, déjale libre.

En cualquier caso, Ovidio distingue entre ser infiel a tu novia/o o meterte

en fregados con gente casada, lo cual desapruaba (al menos de palabra) totalmente:

No tendáis lazos a vuestro rival, ni penetréis los secretos de una misiva cuya letra os sea conocida: dejad estos derechos a los maridos, si estiman que los deben ejercer, pues a ello les autorizan el fuego y el agua de las nupcias. De nuevo os lo aseguro: aquí solo se trata de placeres consentidos por las leyes, y no asociamos a nuestros juegos a ninguna matrona.

El sexo y el dinero mueven el mundo, igual en Roma que ahora. De hecho, parece que hay gente que recibe más placer por el dinero que posee que por el sexo que tiene. Marx (Groucho siempre) de nuevo, nos recuerda cómo va la cosa: «Hijo mío, la felicidad está hecha de pequeñas cosas: un pequeño yate, una pequeña mansión, una pequeña fortuna...».

Aunque Juvenal en sus sátiras nos advierte de que: «Crece el amor al dinero a medida que el propio dinero crece».

O Woody Allen, que decía al respecto aquello de: «Muchísimo es mi número favorito».

Aunque el dinero existía antes que Roma, fue esta civilización quien convirtió a Europa, Asia Menor y el norte de África en un mercado único, y quien se dedicó a acuñar moneda a unos niveles nunca alcanzados antes que, como suele suceder, no se repetirían hasta muchos siglos después. La plata para producir el dinero necesario para mover la maquinaria romana se extraía sobre todo de Hispania.

En los glaciares de Groenlandia, en los hielos correspondientes a la época romana, se observan enormes concentraciones de plomo que no se repetirán a esos niveles hasta la Revolución Industrial. Este hecho se debe a la cantidad de gases tóxicos emitidos a la atmósfera durante los trabajos de minería en la Hispania de esos años. Para extraer una tonelada de plata, se necesitaba procesar 10 000 toneladas de roca, y Roma acuñaba unas cincuenta toneladas de plata en monedas al año, es decir, anualmente se deshacían 500 000 toneladas de roca y auténticas montañas eran reducidas a arenisca, como atestiguan las vacías cuencas de los ojos de Las Médulas en León, hoy Patrimonio de la Humanidad.

Dinero viene de denarius; salario, de salarius y sueldo de solidus, que era una moneda de oro creada por el ya mencionado emperador Constantino, de 22 mm de diámetro y 4,5 gramos de peso. Estas monedas siguieron en uso

durante la Edad Media y parece que equivalían a la paga de un soldado, de hecho, la palabra soldado, del italiano del siglo XIV soldato, viene también de solidus. Más curioso es que el dólar americano tiene su origen en el real de a ocho de plata español.

Entre los siglos XVI y XIX, el real de a ocho fue la moneda más estable y más circulada en el mundo. En español se la solía llamar popularmente peso. Su parecido físico con el thaler de Bohemia provocó que en otros idiomas se la llamara vulgarmente taller o daller, y en inglés, especialmente en las colonias inglesas, spanish dollar. Su símbolo (\$), si uno se fija un poco, se parece, estilizadamente, a las columnas de Hércules y las cintas laterales del escudo español donde pone lo de Plus Ultra (y que era un sello de determinadas monedas). El spanish dollar fue la moneda en la que se basó el dólar norteamericano original, y esa moneda española se mantuvo en curso legal en los Estados Unidos hasta el Coinage Act de 1857. Por otra parte, hasta el año 1997, en que se adoptó el sistema decimal en Wall Street, las acciones del NYSE se valoraban en octavos de dólar, ya que antiguamente el dólar español se dividía en ocho trozos físicamente para poder tener moneda fraccionaria, puesto que su valor original era de ocho reales. Luego volvía a soldarse, como prueban miles de monedas así coleccionadas y conservadas.

Además del dólar americano, canadiense y australiano, ese es el nombre de la moneda oficial de 35 países. El real de a ocho es, en cuanto a medidas y contenido, antecedente del yen japonés, el yuan chino, el peso filipino y, por supuesto, los pesos de Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, México, etc. Todas ellas, monedas originalmente basadas en la española. Pero claro, si esto se supiera ampliamente, a lo mejor estaríamos orgullosos de nuestra historia (es sumamente fácil de comprobar lo que digo, incluso en internet), y eso no puede permitirse, así que en todo el mundo, menos en España, es conocido que después del dinero romano, la siguiente «moneda única» fue la del Imperio español, ese real de a ocho de 25,560 gramos de pura plata. El euro, en circulación desde 2002, de nuevo ha unificado la moneda usada en casi toda Europa, como en tiempos romanos, así que también en el hecho de que usemos la misma moneda en Hispania, la Galia, Italia, Germania, etc., nos parecemos hoy a nuestros abuelos romanos.

Y es que, como cantó La cabra mecánica en su tema El amor es un deporte muy raro allá por el 2001:

Y es que el amor es
Un deporte muy raro,
Y como vicio bastante caro.

Si el amor o el sexo es caro, mucho más lo es tener hijos, tanto en la época romana como ahora, que los pañales tienen por ejemplo en España el 21 % de IVA, como si fueran un artículo de lujo. Por eso, para no tener hijos o para poder tener sexo recreativo y no solo procreativo, existen desde siempre los anticonceptivos. Evidentemente los nuestros de ahora son bastante mejores que los que usaban las parejas romanas, aunque tampoco son 100 % fiables. Entre los remedios romanos estaba el consumo de la planta llamada Silphium, que solo se daba en Cirenaica, actual Libia, donde era tan importante para la economía del lugar, que solía ser representada en las monedas locales. Fue tan utilizada en la Antigüedad, que para el siglo IV ya se había extinguido.

Parece que su semilla tenía la misma forma que el símbolo con que representamos un corazón, pero no está claro que el origen del símbolo sea ese, ya que no se relacionó esa forma con la del corazón, al menos hasta el siglo XIII. Plinio, en su Historia natural, dice que la planta provoca la menstruación, así que podría ser una especie de primitiva pastilla del día después. No era el único método. En un papiro médico egipcio datado alrededor del 1500 a.C. ya se incluye una lista de productos para la planificación familiar, incluyendo una pomada espermicida hecha con varias plantas mezcladas con miel. La zanahoria salvaje o *Daucus carota* también era bastante utilizada, pero lo que más me ha chocado es que entre las hierbas usadas como anticonceptivos antiguos la menta poleo (*Mentha pulegium*) también fuera muy recomendada, porque se sabía que reducía la fertilidad (todavía se usa con esa finalidad en la India). Así que, tras una noche loca, si quieres estar tranquila, lo mejor por varios motivos es tomarte un poleo; ¡quién lo iba a decir!

Evidentemente, los hombres usaban sus esclavas sexualmente si eran atractivas. Como comentamos, a los esclavos no se les consideraba personas, sino cosas, así que no era adulterio ni nada parecido recurrir a una esclava, ya que al ser un mero objeto, no tenía derechos; era, con perdón y como ya dijimos, parecido al uso que ahora se le da al porno. Aunque nos parezca todo esto muy primitivo, todavía hoy creo personalmente que pagar por sexo

es bastante parecido a la esclavitud. En Roma, a veces, la esclava se tomaba su revancha una vez manumitida, como nos cuenta Marcial sobre una bailaora gitana de esas que ya hablamos, que una vez libre terminó por casarse con su antiguo dueño:

Diestra en adoptar posturas lascivas al compás de las castañuelas béticas y en bailar según los ritmos gaditanos, la que haría empalmarse al trémulo Pelias y al marido de Hécuba junto a la pira de Héctor: Teletusa, abrasa y atormenta a su antiguo señor: la vendió como esclava y ahora la recompra como señora.

No solo los chicos se aprovechaban de sus esclavas, si de nuevo nos sirve el testimonio del siempre caústico Marcial, quien nos cuenta:

Una horrible calamidad le ha sobrevenido, Aulo, a mi chica: ha perdido su juguete y sus delicias. No como las que lloró la amiga del tierno Catulo, Lesbia, privada de las travesuras de su gorrión, o como las que lloró Jantis, cantada por mi Estela, cuya negra paloma vuela en el Elíseo. Mi bien amada no se deja llevar por niñerías ni por costumbres semejantes y el corazón de mi dueña no lo conmueven daños como esos: ha perdido a un esclavo que contaba veinte años y que tenía un pene de casi pie y medio de grande.

En fin, en todas partes cuecen habas. En contraste, Lucrecio tal vez dejó escritos los versos más sugerentes sobre el sexo sin llegar a mencionar nada sexual, cuando dijo:

Y los amantes se gastan en continuos ejercicios
De la bella Venus las telas exquisitas,
Que en sudor de la diosa se quedan empapadas.

Lo del sudor de la diosa empapando las sábanas no puede sino recordarnos la canción de Leonard Cohen (1934-2016) *Take this Waltz* (1986), basada en el poema *Pequeño vals vienés* del divino Federico García Lorca (1898-1936). La estrofa de Cohen dice:

Oh, te necesito, te necesito, te necesito.
En una silla con una revista muerta.
En una cueva en la punta de un lirio.
En algún pasillo donde el amor nunca haya estado.
En una cama donde la Luna ha estado sudando.

Está claro que los poetas, del siglo que sean, tienen algo en común, hayan nacido en Canadá, en Granada o en cualquier otro lugar inventado y

fundado por Roma.

Antes de que terminemos este paseo por el sexo en Roma, todavía Woody Allen quiere añadir: «El sexo sin amor es una experiencia vacía. Pero de todas las experiencias vacías que existen, hay que reconocer que es una de las mejores».

Marcial también se despide, de este su capítulo favorito, con una frase sobre los besos: «Pocos besos desea el que puede contarlos».

¹⁴ Offenses against Chastity, Catechism of the Catholic Church, Part Three. Vaticano.
Puede consultarse en Internet:

http://www.vatican.va/archive/ccc_css/archive/catechism/p3s2c2a6.htm#2351.

¹⁵ Tal y como podemos comprobar en:

http://www.devocionario.com/maria/mayo_1.html.

XIV

ROMA DESPUÉS DE ROMA

Los bárbaros y los intentos de la Historia por recuperar Roma.

Cuando en Roma, como los romanos.

Antiguo refrán romano

Solo tienes que levantarte una vez más de las que te derriben.

Anónimo, siglo XXI.

HEMOS DICHO YA VARIAS VECES que muchos «inventos» de los romanos no se recuperaron hasta los siglos XVIII o XIX de nuestra era. Veamos qué es lo que ocurrió para que pasáramos tanto tiempo a la sombra, sin que nuestra civilización recuperara lo que ya sabíamos desde antiguo y, aunque sea tapándonos la nariz, repasemos la historia de los siglos oscuros.

En el año 285 de nuestra era comienza la época del Imperio romano que se conoce como el Dominado, porque el emperador se declaró entonces señor del mundo (domine). Desde entonces el Imperio se dividió en dos partes, Oriente y Occidente, gobernadas cada una por un César y unidas bajo el mando de un solo Augusto. La capital del Imperio occidental dejó de estar en Roma para pasar a Milán y más tarde a Rávena. La intención era estar más cerca de las fronteras que se veían continuamente amenazadas y traspasadas por los bárbaros. Roma, de todas formas, siguió siendo la sede del papado y la cuna de la civilización. En el Imperio oriental se eligió como capital Constantinopla. Teodosio, el emperador segoviano, como el DYC, fue el último en gobernar como Augusto todo el Imperio romano, pero tras su muerte en el año 395, este quedó definitivamente dividido, con cada parte bajo el mandato de sus hijos.

El Imperio oriental se veía continuamente amenazado por el Imperio persa sasánida, que se expandía en Turquía y Oriente Medio sobre lo que había sido la parte oriental de un mar Mediterráneo antes unido y civilizado. En Occidente, mientras tanto, las hordas germanas, empujadas fuera de sus territorios por los hunos y los otros, que eran todavía más brutos y venían de

las estepas orientales de Eurasia, fueron saltando las fronteras y los ríos y estableciéndose en territorios de lo que había sido el antiguo Imperio occidental. A veces, convirtiéndose en federados de Roma, con derecho a tierras a cambio de servir como soldados o mercenarios, para defender el Imperio de otros bárbaros aún peores; si bien muchas veces actuaban saqueando lo que encontraban a su paso, hasta que decidían establecer un reino independiente dentro del territorio que alguna vez había sido romano.

Mientras tanto, en la Galia, Italia e Hispania, las ciudades se despoblaron durante el siglo III, convirtiéndose en meros recuerdos de lo que habían sido. Los potentados las abandonaban y se instalaban en villae rurales autosuficientes. Cerca de Madrid, en Carranque, Toledo, y por toda la geografía europea, nos quedan ruinas de estas villas agrícolas, bastiones de la romanidad tardía. No todos los ricos huyeron al campo, algunos obispos, nobles o simples ciudadanos organizaron la defensa de las ciudades, construyeron murallas, formaron milicias... Pero nada podía detener a los germanos que cabalgaban a lomos de la Historia.

Hidacio, historiador romano y gallego nacido cerca de Xinzo de Limia, Orense, alrededor del año 400, y obispo de Aquae Flaviae (Chaves-Portugal), fue testigo en primera persona del avance bárbaro por el occidente del Imperio. En una Galicia infestada de bárbaros y como dirigente de su ciudad, encabezó una delegación para pedir ayuda al prefecto imperial en defensa de los romanos gallegos y contra los abusos de los bárbaros suevos, pero lo que quedaba del Imperio no podía ya ni ayudarse a sí mismo, mucho menos a los habitantes del extremo más alejado de la Tierra, el Finis Terrae. Hidacio regresó solo y, como pudo, hizo de mediador entre los pobladores y los invasores, gente que tildó de: «nación malvada y enfurecida», que avasalló a los hasta entonces pacíficos pobladores de Gallaecia, que no habían visto guerras desde tiempos de Augusto, y que, aunque eran mayoría, ante estos salvajes poco pudieron hacer. Como había dicho Virgilio cuatrocientos años antes: «Nunca le ha preocupado al lobo cuántas ovejas pueda haber».

Hidacio dejó constancia de las invasiones en su libro *Chronicon*, donde continúa la historia del mundo que comenzó san Jerónimo (el de la Vulgata), a quien llegó a conocer en una peregrinación que hizo de joven a Tierra Santa. Hidacio nos relata los asaltos y destrucciones de varias ciudades de Galicia y Lusitania: Lisboa, Palencia y Astorga en el 457, Lugo y Chaves en

el 460, Conímbriga en el 465 y Lisboa, de nuevo, en el 468. El caso de Lisboa, asaltada y arrasada dos veces en diez años, o el de Conímbriga, preciosa ciudad romana que nunca volvió a levantar cabeza, son característicos de esta época cruel. Tras el paso de los suevos por las calles y casas pavimentadas con mosaicos, la ciudad lusa fue poco a poco abandonada, hasta que mucho después comenzarían las excavaciones para recuperarla. Descubierta de nuevo en 1899 cerca de Condeixa-a-Nova, en Coimbra, Portugal, merece la pena la visita, y que se sepa ya no hay suevos por la zona.

Viendo lo que ocurría a su alrededor, y como resulta bastante lógico, nuestro obispo Hidacio era sumamente pesimista sobre el estado del mundo en su tiempo. Así nos describe su época:

Están haciendo estragos por todo el orbe las cuatro plagas del hierro, el hambre, la peste y las bestias, cumpliéndose las profecías anunciadas por el señor a través de los profetas. El hierro de los soldados y de los tiránicos exactores de tributos, que consumen todos los recursos del país; el hambre, que llega a extremos de antropofagia; la peste, que siembra cadáveres por todas partes; las bestias feroces, que, avezadas a la carne insepulta, infestan la tierra.

Vamos, un panorama, como para compararlo con nuestras «crisis» modernas, que nos quejamos por nada, hombre. San Cipriano de Cartago, en una carta a su amigo Demetrio, ya había dicho doscientos años antes: «El mismo mundo lo está diciendo... la decadencia de las cosas prueba que se acerca a su ocaso».

Roma, mientras tanto, perdiendo población e importancia, aunque aún cabeza de la organizada religión de los dos imperios, fue también repetidamente saqueada por los bárbaros del norte. Los visigodos de Alarico en el 410; los vándalos de Genserico en el 455; Ricimero, un general suevo que se dedicaba a poner y quitar emperadores, en el 472 y, finalmente, en el 546 y el 549, los ostrogodos de Totila, quienes camparon a sus anchas por lo que había sido la cuna de nuestra civilización. El último emperador romano de Occidente fue un niño de 15 años, Rómulo Augústulo, derrocado finalmente por Odoacro, rey de los hérulos, en el 476. La Roma de la que hemos estado hablando fue derribada, y dejó oficialmente de existir entonces. Como dijo Woody Allen mucho tiempo después y sobre otro tema, pero que también tiene sentido aplicarlo aquí: «Si Dios existe, espero que tenga una

buena excusa».

Si no, no se entiende que permitiera la caída y ruina de la ciudad que eligió para ser faro de la cristiandad. San Jerónimo, afortunadamente, no llegó a ver la definitiva caída (falleció en el 420), pero conoció el primer saqueo de la ciudad en el 410 y, preocupado con razón por el futuro del mundo, ya había dicho: «¿Qué quedará en pie si Roma perece?».





También relató cómo el Mediterráneo se llenó de pronto de refugiados provenientes de Roma, que buscaban asilo o ayuda en las provincias. Parece ser que algunos de estos refugiados que huyeron al actual Magreb, para colmo, fueron capturados y vendidos como esclavos. La emigración ilegal venía entonces desde el norte.

Quién creería que Roma, construida por la conquista del mundo; haya colapsado. Que la madre de las naciones se haya convertido también en su tumba; que las costas de todo el oriente, de Egipto, de África, que una vez pertenecieron a la ciudad imperial, estén hoy llenas de romanos buscando asilo. Que cada día recibamos en esta santa ciudad de Belén hombres y mujeres que una vez fueron nobles y abundantes en riquezas pero que ahora se ven reducidos a la pobreza. No podemos consolar a estos sufrientes, todo lo que podemos hacer es unir nuestras lágrimas con las suyas.

¿Qué ocurrió para que Roma fuera asaltada tan fácilmente? La capital de este lado del Imperio estaba entonces en Rávena, en el noroeste de Italia. Las

huestes del godo Alarico, que habían invadido y ocupado Milán a principios del siglo, hicieron que la ciudad del este pareciera más segura. En el 408 se supone que el César de Occidente iba a pagar un dineral a Alarico para que se dirigiera a la Galia con su ejército y derrocará al usurpador Constantino III, pero una serie de conspiraciones palaciegas terminaron con la ejecución del único general capaz que quedaba en el Imperio romano de Occidente y, sin el dinero prometido, Alarico y sus muchachos decidieron recorrer la bella Italia, entonces sin ejército ni defensores, y asediar Roma.

Llegaron allí ese mismo año de 408. Tras meses de asedio, racionamientos, hambre y penurias, el Senado romano envió parlamentarios a dialogar con Alarico, quien demandó que le entregaran todo el oro, la plata y todos los esclavos godos de la ciudad, entre otras cuantiosas demandas. Cuando los enviados del Senado replicaron: «¿Qué les quedará a los romanos?», Alarico contestó, «sus vidas». Pagaron, y Alarico se fue, pero solo de momento. Como ocurriría exactamente 1530 años después, cuando Churchill avisó a los miembros del Gobierno británico de que solo habían apaciguado a Hitler (otro godo) por el momento, y les anunció: «Os dieron a elegir entre el deshonor y la guerra... elegisteis el deshonor, y también tendréis la guerra». Y como sabemos, así ocurrió.

Los romanos entregaron más de 2000 kilos de oro, 60 000 de plata, 4000 túnicas de seda, todas las telas de púrpura disponibles y 7000 kilos de pimienta, a cambio del levantamiento del asedio. Como nadie tenía tanto oro, hubo, según el historiador Zosimo (490-520 aprox.), que fundir, entre otras, la estatua de oro macizo que representaba a Virtus, la virtud del pueblo romano, diosa de la valentía y la fuerza militar, con cuyo final: «Todo lo que quedaba del valor e intrepidez romanos fue totalmente extinguido». Por cierto, que Virtus fue la imagen elegida bastante después, en 1776, por el estado de Virginia, para su billete de cuatro dólares españoles (se llamaban así, tal cual) y para su escudo y su bandera, tal y como todavía lucen, así que la virtud del pueblo romano de nuevo renació al otro lado del océano, donde también entre los norteamericanos hay romanos como nosotros.

Volviendo a los terribles días del asedio de Roma, Alarico apareció de nuevo ante las puertas de la ciudad no mucho después, en el 409, esta vez con la excusa de que Honorio, el emperadorcillo de Occidente, le había enviado una carta llamándole de todo, y nada bonito. Como el visigodo se lo pasaba

en grande en Italia, llamó a su cuñado Ataúlfo, quien se sumó a la fiesta con otro montón de godos. Cuando Roma vio otra vez al ejército alemán alrededor de sus murallas, envió de nuevo al Senado a negociar. Como no había con qué apaciguar materialmente al bárbaro, le propusieron que nombrara a su propio emperador, que sería reconocido por el Senado. Se eligió al maleable prefecto de la ciudad Prisco Atalo, quien nombró a su vez a Alarico maestro de los ejércitos y al cuñado conde de la caballería. Con estos títulos tan bonitos y romanos, los bárbaros se dieron de momento por contentos, y se dispusieron a atacar Rávena en vez de Roma, para eliminar de una vez por todas a Honorio, que seguía jugando a ser el emperador de Occidente. Honorio pidió negociar, y parece ser que en el transcurso de las conversaciones, un tal Sura, otro godo, pero al servicio del emperador, intentó en plena tregua asesinar a Alarico. Lo hizo tan chapucosamente que Alarico escapó, no sin antes mandarles a todos a la mierda. Fue entonces directamente con sus chicos hasta Roma y esta vez ya no negoció. Sus huestes atravesaron la puerta Salaria el 24 de agosto del 410 y durante tres días saquearon la ciudad. Hacía 787 años que un pie enemigo no hollaba el sagrado suelo romano. Profanaron los mausoleos de Augusto y de Adriano y vertieron por el suelo sus cenizas, asaltaron el palacio de Letrán, donde vivía el papa, la basílica Emilia, la basílica Julia... Y destruyeron los jardines de Salustio, que eran un precioso parque público fundado por Julio César, que jamás fue reconstruido tras el asalto (la gente ya no estaba para parquecitos). En su solar, para hacernos una idea de lo imponentes que eran, muchos años después, en el siglo XVII, se encontraron obras de arte tan importantes como la estatua del galo herido (en los Museos Capitolinos), el vaso Borguense (Museo del Louvre) o el obelisco que corona la escalera de la piazza de Spagna, en Roma.

Los habitantes, en esos tristes días de agosto, fueron masacrados. Los ricos, incluida la hija de Teodosio, Gala Placida, medio hermana de Honorio, acabaron prisioneros. Otros ciudadanos fueron apresados para ser vendidos como esclavos y muchos simplemente violados, mutilados o asesinados. Pelagio, un fraile irlandés que, por cierto, luego fue considerado herético por su doctrina, el pelagianismo (que sostiene por ejemplo que el pecado original no existe), sobrevivió al asalto y nos lo describió en una carta dirigida a su amiga Demetria:

Todas y cada una de las casas de Roma han sido el escenario de la miseria e igualmente colmadas de confusión y dolor. El esclavo y el hombre de calidad estaban en las mismas circunstancias y en todas partes, el terror a la muerte y a la carnicería que tenía lugar en nuestra ciudad era el mismo.

Después de los tres días más oscuros que hasta entonces había visto Roma, Alarico y los suyos recorrieron a sangre y fuego el sur de Italia y arrasaron todo a su paso. Alarico murió de asco de sí mismo ese año y, según la leyenda, fue enterrado con su tesoro en el río Busento, aunque su tumba, muy buscada, nunca ha aparecido. Ataúlfo fue elegido rey, y decidió desandar el camino con su ejército. Marchó al norte, hacia la Galia, donde se instaló en el lugar que le dio la gana, ahora con los títulos de federado de Honorio y ciudadano romano, y se casó con la raptada Gala Placidia en el año 414. No mucho después, este reino godo de Tolosa, fundado tras la muerte de Ataúlfo, fue «contratado» por el Imperio de Occidente para expulsar a los vándalos, suevos y alanos de Hispania. Y aquí se quedaron, pero eso ya es otro tema.

La historia de Gala Placidia, mujer, hispana, emperatriz e hija de Teodosio, el último emperador que gobernó sobre todo el mundo civilizado, aunque fuera un rato, es verdaderamente de película. Nacida en Constantinopla de la segunda esposa de Teo, pronto tuvo que marchar a Roma para ser separada de su medio hermano Arcadio, que odiaba a su madre y posiblemente habría terminado por envenenar a su media hermana. En el 404, residiendo en Italia, tenía ya el título de augusta, otorgado por su otro medio hermano, Honorio, y estaba prometida con uno de los hijos de Estilicon, el general victorioso que mantenía a raya a los visigodos. Como suele pasar en palacio cuando tienes éxito, una conspiración acabó con Estilicon asesinado a la puerta de la iglesia donde había buscado santuario. Por entonces llegó Alarico por primera vez a las puertas de Roma, donde se encontraban Gala Placidia y Serena, la mujer de Estilicon, que fue estrangulada, por si acaso, por orden de nuestra Gala, que no se andaba con chiquitas.

Dos años después, tras el tercer asedio y asalto a Roma, en el 410, Gala Placidia, que entonces tendría posiblemente unos 20 años, acabó como rehén de los visigodos, quienes se la llevaron a costas hasta instalarse en la Galia, donde se casó por amor con Ataúlfo. A veces a las chicas buenas les van los golfos, y así le pasó a nuestra princesa, que se enamoró de un bárbaro con

cazadora de cuero. No conozco nada más parecido a La bella y la bestia. No solo el cuento y lo de Disney, sino la canción de David Bowie de 1977 del mismo nombre (*Beauty and the Beast*), en una de cuyas estrofas decía:

Algo en la noche, algo en el día.
Nada está mal, cariño, pero algo está pasando.
Se huele una carnicería en el aire, una protesta en el viento,
Alguien más dentro de mí, alguien podría ser desollado,
¿Cómo? Vaya, vaya,
Que alguien traiga un cura,
No puedes decirle que no
A la bella y a la bestia.

Letra que parece muy apropiada para la historia de Gala y Ataúlfo. Un año después de la boda, él fue asesinado. En su lecho de muerte pidió a su hermano Walia que devolviera a Gala a Roma, pero a Ataúlfo lo sucedió como rey Sigerico, que en los siete días que gobernó tuvo tiempo de ordenar que mataran a todos los hijos de aquel, incluido el bebé de Gala, y de mandarla azotar y obligarla a caminar encadenada junto con otros prisioneros por Barcelona, donde residía entonces la corte.

Sigerico fue asesinado al final de la semana y Walia por fin pudo cumplir el deseo de su hermano y enviar a Gala Placidia a Roma, a cambio de un montón de trigo, los títulos de amigo y aliado de Roma, y de ser confirmado en el mando para expulsar a los demás bárbaros de Hispania. Cuando Placidia regresó a Rávena, Honorio la obligó a casarse con el general Flavio Constancio en el 417, con él tuvo dos hijos: Honoria y Valentiniano. Flavio fue coemperador junto con Honorio, pero falleció al poco, probablemente en una conjura. Entonces Gala fue víctima de otra conspiración y, enfrentada con su medio hermano, el voluble Honorio, tuvo que exiliarse con sus hijos a Roma y desde allí a Constantinopla, desde donde regresó tras la muerte de Honorio para, por fin, y después de más aventuras y desventuras, conseguir que su hijo Valentiniano III fuera nombrado augusto y emperador de Occidente en el año 425. Ella quedó como regente hasta el 437, durante los 12 años de minoría de su hijo, y gobernó de hecho en solitario y contra todas las oposiciones imaginables un imperio que se resquebrajaba. No sabemos mucho más de ella, salvo que falleció en el 450 en Roma. Su vida da para una serie mejor incluso que Juego de tronos, pero tal vez por ser medio española es una auténtica desconocida para nosotros... Y eso que fue la única

mujer que dirigió no ya un país, sino un imperio —de hecho, un imperio cristiano— en los albores de la Edad Media. Tal vez por ser mujer también se ha obviado su papel en la Historia. Tras su gobierno, los vándalos que habían invadido África tomaron Cartago en el 439, privando a Italia de los ingresos y el trigo fundamentales para su supervivencia. Los romanos de Britania pidieron ayuda desesperadamente, como apunta el clérigo inglés Gildas en su copia de la carta enviada a Rávena por los britanos e incluida en su *De excidio et conquestu britanniae* (Sobre la ruina y conquista de Britania), obra escrita cien años después:

Los bárbaros nos arrojan al mar; el mar nos devuelve a los bárbaros; dos formas de muerte nos esperan si no nos ayudáis: la espada o ahogarnos.

Pero Roma no podía ayudar a nadie y Britania se perdió. El control precario sobre la Galia también, e Hispania, gobernada por los visigodos, era más o menos un reino aliado antes que parte del Imperio. Un año después de que Gala falleciera, los hunos invadieron la Galia y fueron vencidos por un ejército visigodo-romano, pero a los cinco años de la muerte de nuestra princesa, el 16 de marzo del 455, su hijo el emperador Valentiniano fue asesinado en Roma. El 2 de junio, los vándalos, comandados por el rey Genserico, asaltaron y saquearon otra vez Roma durante 14 días. Después, con Italia invadida definitivamente por los godos, se sucedieron unos cuantos emperadores solo de nombre, puestos y depuestos por los mismos godos, con el intermedio de un nuevo saqueo de Roma por el suevo Ricimaro, quien en el 472, en pleno lío con su suegro, que de paso era el emperador de Occidente, asaltó la ciudad tras cinco meses de asedio y lo decapitó en la iglesia (que todavía existe) de Santa María in Trastevere. Ricimaro murió ese mismo año, de su mala vida, y Odoacro, rey de los hérulos, terminó con la farsa que era el Imperio de Occidente, desterrando de Roma al último emperador, Rómulo Augústulo, quien fue derrocado en el 476. Sus insignias imperiales se enviaron definitivamente a Constantinopla, único Imperio romano que quedaba en pie.

En lo que había sido la parte occidental del Imperio, anglos, sajones, siagrios, visigodos, vándalos, frisios, francos, alamanes, burgundios y ostrogodos, junto con otras tribus, ocuparon Britania, la Galia, Hispania, África, Bélgica, la parte civilizada de Germania e Iliria. Roma era el pasado.

Odoacro, el rey hérulo que derrocó a Rómulo, se nombró a sí mismo rey

de Italia y el emperador de Oriente le otorgó el título de dux (duque). Unos años más tarde, las huestes del ostrogodo Teodorico, enviadas por el emperador de Constantinopla, invadieron Italia. Aislado y asediado en Rávena, Odoacro firmó la paz con Teodorico y organizó un banquete para celebrarlo. De segundo plato, Teodorico le asestó un espadazo en la clavícula y le mató personalmente, casi partiéndole en dos. Dicen que las últimas palabras del cruel y bárbaro Odoacro fueron: «¿Dónde está Dios?». Desde luego no de su lado. Todos sus familiares e incluso muchos de sus soldados fueron ejecutados de inmediato.

Empezó así una extraña época en la que Teodorico, que se hizo llamar Flavio Teodorico, como si fuera descendiente del romano Constantino y no nacido en una aldea de los infestos Cárpatos, llegó a dominar toda Italia, Hispania, parte de la Galia y las antiguas provincias danubianas. En su guante de hierro recogió gran parte de lo que había sido el Imperio de Occidente, y forjó lleno de buenas intenciones lo que podía haber sido un nuevo imperio semicivilizado, pero bárbaro.

Teodorico demostró ser menos bruto, a su manera, que los que le precedieron. Restauró en lo que se pudo la dignidad del maltrecho Senado romano, se llevó bien con el clero, a pesar de que los ostrogodos eran arrianos y los romanos católicos, y puso en marcha lo que se bautizó como *Restauratio Romani Nominis*. Un ambicioso plan en el que los godos serían los «nuevos romanos» y, junto con los «viejos romanos» o los italo-romanos, formarían un frente común civilizador. Mediante esta estrategia, los ostrogodos dejaban de ser bárbaros, al menos a sus propios ojos, mientras que los francos, burgundios, vándalos e incluso los primos visigodos eran calificados de salvajes. Así, con esta patina de civilización, intentó convertir de nuevo a Roma en el faro cultural de Europa. Con respecto a esto de cultura y civilización, hay una frase, no sé de quién, circulando por ahí, que define muy bien las diferencias entre ambas: «Cultura es hacer una bonita taza para beber hidromiel con el cráneo de tu enemigo. Civilización es ir a la cárcel por haberla hecho».

El caso es que Teodorico, convertido en el más romano de los romanos, según nos cuenta Jonathan J. Arnold en su libro *Teodorico y la restauración imperial romana* se dedicó, por ejemplo, a enviarle a Gundobad, rey de los burgundios, una clepsidra, porque: «Las bestias salvajes miden el tiempo por

sus estómagos. Este regalo mío servirá para humanizar a los burgundios».

También intentó enviar una cítara y un citarista a Clovis, el rey de los francos, para que la música, «Dome y apacigüe los salvajes corazones de los bárbaros con sus suaves sonidos». Pero nadie tuvo narices de ir con una citarita a entretener a los francos, que eran más brutos todavía que los ostrogodos. Curiosa tanta finura en quien se puso de pie sobre el cadáver sangrante de Odoacro, mandó envenenar a la esposa de este, acribilló a flechazos a su hermano cuando entraba a pedir asilo en una iglesia y ordenó asesinar a todos los miembros del ejército de Odoacro que habían sobrevivido el asedio de Rávena... En fin, esa es la visión de la civilización que se podía plantear en los siglos V y VI.

La nueva paz «romana», protegida por los godos, pretendía conectar esta Roma asalvajada con la de Augusto y, por supuesto, legitimar sus posesiones, como si de un nuevo y más brillante Imperio romano se tratara. Imperio bárbaro, pero romano de nombre. Por desgracia, sobre todo para él, Teodorico murió en el 526 e inmediatamente su «imperio» desapareció. Hispania, regida por los visigodos, se separó de esa extraña historieta y en el 533, Bizancio, tras haber derrotado a los vándalos en África, por fin recuperó Italia para el único Imperio romano que sobrevivía.

En efecto, en el siglo VI, el emperador de Bizancio Justiniano, aprovechando una tregua con los persas, trató de recuperar el Imperio de Occidente y llegó a reconquistar África, Italia incluida Roma, las islas Baleares y el sudeste de Hispania, pero su intento fue solo el canto del cisne del Imperio occidental, antes de morir y desaparecer para siempre.

Totila, ostrogodo, asaltó Roma en el 546, y en el 549 y poco después, otra tribu salvaje, los lombardos, acabaron por conquistar Italia en el año 568 y fundaron un reino sangriento que duró hasta el 774, cuando a su vez el efímero control que tenían sobre el solar de Roma fue contestado por los francos, que ayudaban entonces al papa a «liberar» el hollado y pisoteado suelo italiano y a formar un reino propio.



Destrucción, una de las cinco obras de Thomas Cole que forman parte de El curso del Imperio, realizadas entre 1831 y 1836. Sociedad Histórica de Nueva York.

Los lombardos, cuando ocuparon Roma, encontraron las ruinas de una ciudad cuyas infraestructuras no necesitaban ni, lo que es peor, entendían. La mayoría de los acueductos, cuyo funcionamiento no comprendían, habían dejado de traer agua (aunque alguno se mantuvo en funcionamiento hasta el año 604, bajo el papado de Gregorio I), las termas, los templos, las bibliotecas, las calzadas, las basílicas se descuidaron o se usaron como canteras para construir murallas y defensas. Los libros, con todo el saber de Occidente, fueron utilizados para encender fuegos y asar salchichas de Bratwurst, mientras en el foro pastaba el ganado. Aquellos de entre los bárbaros que eran más listos se preguntaban qué clase de hombres habrían sido capaces de erigir edificios y estatuas como había aún en Roma —para ellos totalmente inútiles, a la vez que impresionantes—, como si fueran obra de extraterrestres y no de hombres. Mientras, bajo sus pies, desaparecía la más mínima señal de civilización y la mayoría de las estatuas que todavía estaban enteras y no habían sido escondidas, eran destrozadas a golpe de mazo por pensarse que representaban dioses paganos. Era, efectiva y

verdaderamente, el ocaso de los dioses.

El arqueólogo medievalista B. Ward Perkins ha comparado las tallas de las reses desde la Edad de Hierro hasta la Alta Edad Media, es decir, hasta después de la caída de Roma. Resulta que si en la Edad de Hierro la talla media de las vacas era de 115,5 cm de alto, las vacas durante el Imperio romano alcanzaron 120 cm de altura, pero más tarde, en la Edad Media, la talla normal del ganado bovino bajó hasta los 112 cm, menos que antes de la civilización romana. Eso sí que fueron vacas flacas. La decadencia de nuestra Europa quedó patente hasta en el tamaño del ganado que éramos capaces de criar. En nuestro siglo XXI, y a pesar de tanta crisis, nuestras vacas (en Europa y América) miden entre 120 y 150 cm según las razas.

En el cenagal de Roma, algunos libros se salvaron gracias a la casualidad y a la Iglesia y, copiados a mano una y mil veces, fueron sobreviviendo a trancas y barrancas en la Edad Media, cuando el saber clásico se conservó encerrado en los monasterios para acabar por difundirse desde las universidades. El Imperio bizantino no volvió a mirar a Occidente, e incluso su Iglesia se separó de la de Roma por motivos zafios que no vienen al caso. En Europa occidental no quedó casi nadie que entendiera el griego, el idioma de Bizancio, y los libros de, por ejemplo, Platón, se olvidaron hasta muchos siglos después.

Por cierto, que el proceso de copiado era tedioso, largo y carísimo. El papel o papiro usado durante la época romana se dejó de emplear. El pergamino, aparentemente inventado en Pérgamo —de ahí su nombre—, se hacía con piel de cordero, exactamente con la dermis, que se limpiaba en los ríos y luego se tensaba en bastidores, blanqueándose con cal.

Los libros, aunque copiados en equipo, tardaban años en ser terminados. Si eran obra de un solo copista, la labor podía llevar hasta 30 años. Primero se hacían los textos y luego se añadían los dibujos, llamados miniaturas aunque ocuparan toda la página, y eso que las páginas de los códices pueden ser realmente grandes. La razón de que estos dibujos se llamen miniaturas es que el color rojo, el más utilizado, se hacía moliendo minio. Como esto del pergamino era carísimo y muy lento, a mediados del siglo XI, y copiando su fabricación los árabes de los chinos, se construyó en Europa, concretamente en Játiva, Valencia, entonces parte de la taifa de Denia, el primer molino de papel. Desde allí, su uso se difundió por todo el mundo occidental. Noticia

que, por supuesto, casi ningún español sabe ni le importa. Doscientos años más tarde, cuando Jaime I conquistó la ciudad, impulsó la industria papelera local, convirtiéndose la bella ciudad valenciana en suministradora de papel para todo el reino de Aragón. Por motivos logísticos, en las posesiones italianas de la corona aragonesa se terminaron instalando también molinos papeleros, de donde se expandieron por Francia, Holanda y Alemania, a tiempo para servir en la imprenta de Gutenberg.

Lo del redescubrimiento de Platón también es curioso. La suerte quiso que sus libros no se conservaran en Europa Occidental, donde ya nadie sabía griego, a diferencia de los de Aristóteles, muchos de los cuales, traducidos al latín, sobrevivieron. Por eso toda la ciencia medieval y la escolástica es puramente aristotélica, como nos enseña *El nombre de la rosa*, la gran obra de Umberto Eco (1932-2016). Habría que esperar hasta el siglo XV, cuando en Florencia se tradujeron por fin al latín los textos de Platón y fueron impresos con la técnica papelera recuperada para Europa en Játiva, para que todo el potencial de la ciencia platónica, a través del humanismo, recorriera Occidente y aportara nuevos conceptos a un mundo que se despertaba del mal sueño medieval e intentaba recuperar lo clásico. Hablamos del Renacimiento, pero antes ya hubo más intenciones y amagos de recuperar lo romano, al menos de boquilla.

Como ya comentamos, y a pesar de su continua expugnación, Roma seguía siendo la sede del papa. Sobreponiéndose al continuo proceso de ruina económica, material y demográfica, la ciudad logró conservar el prestigio ganado en la Antigüedad. Su pobreza material no se correspondía con su importancia religiosa.

Algunos edificios romanos, transformados en iglesias, sobrevivieron, como el Panteón construido por Agripa y reformado en tiempos de Trajano (principios del siglo II), que todavía nos permite admirar la cúpula de mayor diámetro levantada jamás por el hombre sin acero ni hormigón armado. Cúpula que sería copiada hasta la saciedad en el Renacimiento y más tarde, por ejemplo, en el monumento a Thomas Jefferson en Washington (Estados Unidos), que es una versión moderna del famoso edificio romano. Las columnas del pórtico del Panteón tienen 12 metros de altura y están hechas cada una de una sola pieza de granito gris; fueron realizadas en Egipto, en las canteras del monte Claudiano, a 160 km del Nilo y a más de 4000 de Roma.

Cada una de las 16 que podemos contemplar en el pronaos del edificio pesa unas 90 toneladas y requería un mínimo de tres personas trabajando durante un año, solo para cortarla.

Lo que sí hicieron los bárbaros, a pesar de que los más intelectuales difícilmente podían ni escribir su nombre en línea recta, fue acuñar moneda. Pero en esto también, si comparamos los magníficos retratos de los «sólidos» de oro de Constantino II en el siglo IV, con los pergeñados por los godos cien años más tarde, donde los dibujos, por cierto torcidos, parecen haber sido realizados por un borracho en una habitación oscura, contemplaremos las diferencias de Roma, aunque sea en su ocaso, con lo que se nos vino encima después. Es como si los orcos hubieran ganado las guerras de El señor de los anillos, y no exagero ni una coma.

El dominio y gobierno del papa sobre Roma se realizó de la misma manera que el de cualquier obispo sobre su sede en esta época de cambios y desastres. Como vimos en el caso de Hidacio en Chaves, llegó un momento en que el obispo fue la única autoridad residente en el municipio y, por lo tanto, a él le tocó negociar con los vencedores en cada ocasión, intentando mantener lo mejor posible lo que iba quedando de su ciudad y defendiendo como podía a sus pobladores. Este «patronazgo» fue ligeramente distinto en Roma, pero nos consta que papas como Inocencio I, ante Alarico en los años 408-410, o León I, ante Genserico en el 455, hicieron cuanto estuvo en sus manos por evitar sufrimientos a los romanos de entonces. En el 546, cuando el asalto de los ostrogodos de Totila y el hambre de los romanos, el papa Virgilio, que estaba a salvo en Sicilia, envió una flota con grano para evitar que nuestros abuelos murieran de inanición, pero con tan mala suerte que fue interceptada por los malos, que entraron como vimos en la ciudad el 17 de diciembre del 546 y después otra vez en el 549-550.

La autoridad del papa sobre Roma se sustentaba por la propia autoridad del cargo, y mientras hubo Senado en la ciudad, parece que fue elegido por este cuerpo; así, por ejemplo, en el 498 fue nombrado Laurencio, aunque Teodorico había elegido a otro papa, con lo cual hubo dos durante un tiempo. Hoy a Laurencio se le considera antipapa y Simaco, el otro seleccionado, es santo. Cosas de la Roma de los papas.

En el año 552, muchos senadores fueron ejecutados por los ostrogodos como represalia por la muerte en Roma de Totila, y el Senado romano ya

nunca levantó cabeza, como ocurrió con la propia ciudad. Se sabe de todas formas que el Senado envió en los años 578 y 580 sendas embajadas a Constantinopla pidiendo ayuda contra los lombardos (sin éxito). El papa Gregorio I en un sermón que se conserva, del año 593, se queja de la práctica desaparición de la prestigiosa institución, cuya última señal de vida nos ha llegado en la dedicatoria de unas estatuas del emperador de Bizancio Focas y su señora Leoncia, en el 603, en cuyo podio se indica que fueron erigidas por el Senado de Roma. En el 630, la antigua Curia Julia, el edificio donde se reunían los senadores, fue transformada por el papa Honorio I en iglesia, motivo por el que todavía se conserva el edificio en el foro.

Los papas continuaron siendo elegidos por una asamblea de romanos influyentes, pero, pasados los años, alguien pensó que el gobierno «terrenal» de los papas debería estar sustentado en algo más serio que en unas elecciones temporales.

Según el documento conocido como la Donación de Constantino, el emperador romano del mismo nombre habría legado al papa el dominio de Roma, de Italia y potestad sobre todo el Imperio de Occidente. Lo único malo es que esta carta de donación, aparecida por primera vez en el siglo IX, se trataba de una burda falsificación, como demostró en 1440 el humanista Lorenzo Valla, pero se mantuvo en vigor como ley hasta entonces (e incluso después de demostrarse su falsedad), lo que le valió al papa el «derecho» de intervenir en asuntos de los reinos cristianos, aunque ese derecho estuviera basado en un documento falso como un dólar de plástico, que ordenó crear el mismo papado para no tener que responder ante nadie.

Empecemos por el principio: Pipino el Breve, padre de Carlomagno, fue nombrado rey de los francos y patricio romano por el papa Esteban II en el 754, que además de ungirle le confirmó la «gracia divina» de gobernar. Mejor dicho, Pipino, que era el mayordomo real de los reyes merovingios, decidió traicionar a su señor y, como premio y con la ayuda del papa Esteban, pasó a ser el primer rey «moderno» de la historia nombrado por la gracia de Dios (y la del papa), dando nacimiento a una nueva dinastía franca, la de los Carolingios, quienes protegerán y ampliarán los territorios papales reconocidos más tarde y casualmente en la Donación de Constantino. Derrotaron finalmente a los lombardos, que se retiraron al sur de Roma, y formaron el principado de Benevento, donde las luchas entre este protoestado

y sus vecinos, con colaboraciones y alianzas mutuas con los sarracenos, estuvieron a punto de convertir el sur de Italia en otro al-Ándalus, incluido un saqueo árabe de Roma en el año 846. Por cierto, en 847 hubo un terremoto que también afectó a Roma, porque parece que al perro flaco todo son pulgas. Finalmente los lombardos, aliados con sus antiguos enemigos y con los auspicios del papa Juan X, expulsaron a los moros de Italia tras la batalla de Garigliano en el 915.

Pero volvamos a Carlomagno. Cien años antes, en el 800, el papa León III, en agradecimiento a su apoyo en los conflictos con la nobleza romana, le nombró emperador de los romanos y augusto, título que el emperador bizantino, por supuesto, no reconoció. Como mal augurio, en el año 801 hubo un terremoto en Italia y los techos de algunas iglesias romanas cayeron. A pesar de todo, renacía aparentemente, por lo menos hasta la muerte de Carlomagno, el Imperio romano, que aunque recibiera este nombre era, evidentemente, muy muy distinto del que se extinguió en el 476. Su capital estaba en Aquisgrán (Alemania), el pueblo «romano» no era su base nacional, las leyes romanas no se utilizaban como sustrato jurídico —se estructuraba alrededor de las leyes germánicas, aunque luego se adoptó el código de Justiniano—, la estructura administrativa era también muy distinta a la creada por Roma en la Antigüedad y los ejércitos imperiales se constituían a la manera germánica. Lo único que hizo el Imperio carolingio para preservar la idea de Roma, y no fue poco, fue copiar sistemáticamente todos los manuscritos latinos que encontró por todos los rincones escondidos de Europa. Se llegaron a copiar unas 6700 obras, de tal manera que casi todo lo escrito por nuestros abuelos romanos que nos ha llegado se basa en lo rescatado durante la era carolingia. Lo malo es que una vez copiados, no se les ocurrió conservar también los originales, aunque fuera en un armarito. Manuscritos latinos anteriores al año 800 hay menos de 2000 en el mundo, todos ellos de valor incalculable. Mientras este nuevo imperio «romano» reivindicaba en Occidente la herencia de nuestros abuelos, a las puertas había otro Aníbal, a lomos de una nueva religión nacida en el desierto.

Pronto África y la Península Ibérica, salvo un rincón de Asturias, estaban bajo el dominio de esa otra religión y ese otro imperio: el islam, que también atacaba Italia mientras que el Imperio oriental discutía la primacía del papa y el emperador bizantino, real heredero del antiguo Imperio romano, luchaba

también en sus mismas fronteras contra las huestes musulmanas.

A pesar de la protección de los nuevos emperadores, Roma fue saqueada, como dijimos, en el año 846 por los árabes, quienes remontando el río Tíber atacaron la basílica de San Pedro, situada fuera de las antiguas murallas. Fueron profanados los altares, arrasadas las reliquias, robadas las vestimentas, cálices, cruces, etc., y masacrados los pocos defensores que intentaron frenar la vergüenza de que la iglesia fundada por el primer papa estuviera en manos de infieles. León IV, para evitar que volviera a ocurrir, mandó construir en el 848, las murallas Leoninas, que hoy, más o menos, vienen a conformar todavía la frontera de la Ciudad del Vaticano. Por cierto, que al respecto, y demostrando su barbarie e ignorancia, el presidente que sufren hoy en Estados Unidos, Donald Trump, le afeó al papa Francisco que hablara contra el muro que él pretende construir en la frontera mexicana, cuando el Vaticano está prácticamente rodeado por una muralla. No merece la pena responder. Está claro que Trump (cuyo abuelo era godo, de verdad) no es romano.

Ciento y pico años más tarde, exactamente en el año 962, otro germano, este llamado Otón I, fue coronado emperador por el papa de entonces, Juan XII. Otón unía bajo su corona el estado más grande de la Europa de entonces, pero gobernado por señores territoriales que solo a su conveniencia le reconocían como tal.

La alianza con el pontífice le duró poco, y tuvo que entrar en Roma con su ejército a sustituir a Juan XII por otro papa más maleable, llamado León VIII, quien no fue aceptado por los romanos (como hemos comentado, hasta el siglo XIII el papa era elegido por el Senado y luego por los nobles de Roma, no como ahora, por el colegio de los cardenales). Finalmente, y tras una nueva campaña militar, el emperador Otón consiguió que el papa nombrara sucesor y emperador a su hijo (al de Otón, no al del papa), dando origen a lo que desde Federico Barbarroja hasta la época napoleónica, sin olvidar a nuestro emperador (llamado laudatoriamente César) Carlos V, se conoció como el Sacro Imperio Romano Germánico.

Durante toda la Edad Media, el Sacro Imperio se caracterizó por una peculiar coexistencia entre emperador y poderes locales (aparte de una pugna continua con el papa de turno). El emperador nunca obtuvo el control directo sobre los estados que oficialmente regentaba. De hecho, desde los inicios de

este imperio, se vio obligado a ceder más y más poderes a los príncipes, a la vez que el papa se otorgaba, en base a la requetefalsa donación de Constantino, el derecho de nombrar emperador y sucesor al cargo.

Mientras tanto, Bizancio, abandonada por el resto de Europa, se separó oficialmente de la Iglesia romana en el año 1054. Exactamente 150 años después, en abril de 1204, las huestes cristianas convocadas por el papa de Roma, que en teoría iban a reconquistar Tierra Santa en la cuarta cruzada, invadieron y saquearon la ciudad fundada por Constantino, también cristiana. Los cruzados nunca llegaron a Jerusalén, y Constantinopla nunca se recuperó totalmente de su paso. Cada vez más aislada por los musulmanes, y sin ayuda de los demás cristianos, la ciudad cayó en 1453 en manos del Turco, lo que dio por terminada para siempre la idea del Imperio romano fundado por Augusto. Todavía hoy, la heredera de Constantinopla, la moderna Estambul, la capital más poblada de Europa, con unos catorce millones de habitantes de los que solo unos 68 000 son cristianos (ortodoxos), es un trozo de Turquía en la Europa continental, no un trozo de Roma en Asia.

El cataclismo de la caída de la capital del Imperio romano de Oriente tuvo también su lado bueno, ya que provocó que el saber clásico que se había conservado en Constantinopla volviera junto con los intelectuales bizantinos a refugiarse al oeste y generara una revolución cultural sin precedentes.

Pero mucho antes, en el 1083, cansado de tanta monserga y discusión entre papa y emperador, Enrique IV asediaba al papa Gregorio VII, quien resistía en el castelo de Sant'Angelo, el antiguo mausoleo de Adriano. Necesitado de auxilio, el papa llamó en su ayuda al duque de Apulia, un hombretón normando llamado Robert Guiscard. Los normandos, aunque ya algo más civilizados desde que estaban instalados en Sicilia, no dejaban de ser vikingos, como su nombre indica (norman = hombre del norte), y cuando por fin entraron en Roma en 1084 para ayudar al papa que les había convocado, una revuelta de ciudadanos derivó en un saqueo e incendio de la ciudad por parte de los vikingos que duró tres días. El emperador Enrique se retiró y el papa fue reinstalado en el palacio de Letrán, pero muchos de los edificios clásicos o lo que quedaba de ellos todavía en pie en el Capitolio y el Palatino fueron engullidos por las llamas. Es lo que pasa cuando le pides ayuda a los más brutos.

Tras el saqueo de los normandos y muy poco a poco, la ciudad se reconstruyó con el dinero de las familias más influyentes, quienes comenzaron a plantearse la creación de una comuna romana, inspirada en la antigua República, para ganar independencia con respecto al papa y sus intereses imperiales. Guiados por Giordani Pierleoni, hermano del antipapa Anacleto II (fundador del reino de Sicilia), los romanos formaron un nuevo Senado en el 1144. Para ello eligieron cuatro senadores por cada uno de los 14 barrios de la ciudad y nombraron a Pierleoni, patricio a cargo del Gobierno. El papa Lucio II regaló la entonces fortaleza del circo máximo a la familia noble Frangipani para mantener el control del sur de la ciudad, y el foro se convirtió en la línea del frente entre aristócratas y comuneros hasta que, en un ataque del papa y sus huestes al Capitolio, el santo varón recibió una pedrada en toda la cabeza de la que nunca se repuso. La Comuna y el Senado de Roma, victoriosos, sobrevivieron hasta ser reconocidos por el papa Clemente III 44 años más tarde.

No mucho después, en 1204, las calles de Roma se convirtieron de nuevo en un campo de batalla, cuando la poderosa familia Orsini lanzó su ejército contra los seguidores del papa Inocencio III. Se construyeron torres por todas partes, se utilizaron máquinas de asedio donde el espacio lo permitía y, de paso, se ocuparon los edificios antiguos que increíblemente aún quedaban en pie para reutilizarlos como castillos; así ocurrió con el Coliseo, ocupado y fortificado por la familia Frangipani. Por cierto, que el Coliseo fue propiedad privada desde el 1200 hasta el 1312 más o menos, año en que la Iglesia se lo autoadjudicó.

El terremoto de 1349 provocó el derrumbe de su lado sur, y las piedras caídas se utilizaron como ladrillos magníficos para levantar todo tipo de edificios, desde palacios hasta iglesias. Total, tampoco existía ya la tecnología para reconstruirlo. Su parte norte fue cedida como monasterio a una orden religiosa ¡que lo habitó hasta principios del siglo XIX! La piedra de las fachadas y estatuas se quemó en molinos para hacer cal viva, y los enganches de bronce que sostenían las cubiertas de las paredes fueron arrancados y fundidos. Todavía en el siglo XVII se sacaba travertino del Coliseo para ser utilizado en el palacio Barberini, familia que expolió todo lo que pudo de Roma, hasta el punto de que había un dicho que rezaba en latín: *Quod non fecerunt barbari, fecerunt Barberini*, «Lo que no hicieron los bárbaros, lo

hicieron los Barberini». Habría que esperar hasta 1750 más o menos para que el papa Benedicto XIV declarara lugar santo al Coliseo y prohibiera que se siguieran arrancando piedras de una vez por todas. Recientemente ha terminado la magnífica limpieza del edificio (primera en su historia) que por iniciativa privada ha devuelto el orgullo a este primer padre de todos los estadios del mundo.

Mientras tanto, en la Edad Media, en Roma, no amanecía. No vamos a hablar de Güelfos y Gibelinos (partidarios del papa o del emperador de turno), pero sí diremos que las continuas revueltas que en la ciudad tenían lugar, así como las luchas de poder, hicieron que Roma no evolucionara para ser un reino estable, como sí ocurrió con Siena, Milán o Florencia. Tras otro siglo de contiendas, Nicolas III, de la familia Orsini, fue elegido pontífice y trasladó su corte desde Letrán hasta el Vaticano, zona amurallada, como comentamos, y más fácil de defender. De paso se asignó el título de senador de Roma, ya que, desaparecido el cuerpo, a veces se elegía a una sola persona con ese cargo que traía aparejada la gobernación «terrenal» de la ciudad.

Para el año 1300, el papa Bonifacio VIII decidió organizar el primer Año Santo de la ciudad de Roma, que desde entonces debería celebrarse cada cien años y que permitía al peregrino, una vez hubiera confesado y visitado ciertas iglesias romanas, la indulgencia plenaria o como cantaban Dire Straits en 1991:

Tengo mi entrada al cielo y a la vida eterna,
Tengo pagado un viaje hasta el paraíso.

Esto de las indulgencias tiene su origen en la frase del Evangelio, (Mateo 16:19) que se supone dijo Jesús a Pedro (el primer papa), aunque muchos la consideran un añadido espurio y posterior:

A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que ates en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desates en la tierra será desatado en los cielos.

Lo cual permite al papa en teoría perdonar a quien quiera y como quiera y vender «tiquets al cielo» de la manera que más le convenga. Por lo menos, esto del primer año santo le vino bien a Roma, que se llenó de peregrinos y recuperó algo de prestigio internacional. En 1303, el mismo papa inauguró la Universidad de Roma, pero sus conflictos con el rey de Francia (Felipe IV el Hermoso, 1268-1314), que pretendía astutamente recaudar los impuestos

clericales de su país, le llevaron a escribir la Bula Unam Sanctam, que decía clarito que el papa gobernaba sobre el poder temporal de los reyes, lo que a la larga le costó caro.

Estando el papa en Agnani, que era donde los papas pasaban las vacaciones entonces, Giacomo Colonna y Guillermo de Nogaret, dos tipos al servicio del rey gabacho, cogieron preso al papa, dándole de comer solo pan y agua para que se desdijera de la Bula. Parece ser que Giacomo le llegó a dar un bofetón con su guantelete, pero Bonifacio aguantó firme, hasta que los habitantes del pueblo le liberaron. Regresó a Roma, pero falleció un mes más tarde. Dante, en su Divina Comedia, escribió sobre este encarcelamiento (Purgatorio, XX): «El nuevo Pilatos ha encarcelado al vicario de Cristo». Con el siguiente papa, Benedicto XI, no tuvo tanta delicadeza; el francés mandó envenenarlo directamente. A este le sucedió un papa francés, que decidió, inspirado divinamente y aconsejado por el rey Felipe, establecer la corte papal, en vez de en Roma, en Francia, exactamente en Avignon, donde permanecería hasta 1377, unos cuantos papas y años después.

Mientras tanto, en 1350 se celebró un nuevo Año Santo. Aunque está claro que no habían pasado 100 años desde el anterior, parece ser que la reciente peste y el terremoto de 1349 fueron motivos para intentar revitalizar con el Jubileo la maltrecha ciudad, donde ni siquiera residía ya el papa. Este vacío de poder también fue aprovechado por el pueblo, comandado por el controvertido Cola di Rienzo, un elocuente ciudadano de Roma que reinstauró de nuevo la República y fue designado tribuno con poderes dictatoriales. Envío mensajeros por toda Italia, nombrando ciudadanos romanos a todos los italianos e intentando una unificación nacional que todavía tardaría 500 años. El papa lo declaró hereje, criminal y pagano, y los nobles, que llevaban escondidos desde la proclamación de esta nueva Comuna, provocaron con sus huestes que Di Rienzo tuviera que huir. Regresó a Roma y fue nombrado senador en 1354 por el cardenal español Gil Álvarez de Albornoz, quien al mando de un ejército había sido encargado por el papa de recuperar los estados pontificios y la propia Roma, ya que desde la marcha a Avignon, la anarquía se había instalado en la región. Cola di Rienzo, de vuelta en la ciudad, fue finalmente asesinado por orden de la familia Colonna. De sus utópicas ideas solo queda una estatua, cerca del Campidoglio, que recuerda otro de los intentos de recuperar Roma que han

tenido lugar en la Historia.

En enero de 1377 Gregorio XI finalmente reinstaló la Santa Sede en Roma, en el Vaticano. Se encontró con una ciudad miserable que había alcanzado en esa época su mínima población, menos de 20 000 almas, y que durante los siguientes cuarenta años fue escenario de las luchas entre el populacho y los nobles, mientras el Cisma de Occidente amenazaba con separar de nuevo partes de la Iglesia de la obediencia papal. Finalmente, en 1420, el papa Martín V acabó con el cisma, entró en Roma y puso en marcha una política de recuperación de la ciudad, comenzando por declarar Año Santo el de 1423 (luego vendrían los de 1450, 1475 y, desde entonces, cada 25 años). Los papas, gobernadores ya incontestados de Roma, empezaron a construir iglesias, plazas, etc. Se iniciaron las obras de una nueva basílica de San Pedro, se construyó la capilla Sixtina, la piazza Navona (todavía sin la preciosa fuente), la biblioteca del Vaticano... En 1479 se terminó el primer puente de piedra construido ¡desde la Antigüedad romana! sobre el Tíber, aunque hay que decir que, aun así, se alzó sobre los restos de otro construido por Agripa antes del año 12 a.C. y derribado por los lombardos en el siglo VIII. En esos años felices de renacimiento, en los que Botticelli, Ghirlandaio, Miguel Ángel o Rafael (el pintor, no el cantante) embellecían Roma, incluso se reinstauró bajo el reinado del papa Pablo II el Carnaval, que se convirtió en una festividad muy popular en todo el mundo desde entonces. Por cierto, que nunca he entendido por qué en la España de Franco se prohibió esta celebración. Eso debe significar lo de ser más papistas que el papa, quien hacía ya 450 años había permitido e impulsado la fiesta. En Valladolid, en febrero de 1937 se publicó en el BOE la siguiente orden:

En atención a las circunstancias excepcionales porque atraviesa el país, momentos que aconsejan un retraimiento en la exteriorización de las alegrías internas, que se compaginan mal con la vida de sacrificios que debemos llevar (...) este Gobierno General ha resuelto suspender en absoluto las fiestas de Carnaval.

Texto que, por cierto, por su redacción esdrújula me deja con la duda de si no se suspenden en absoluto o si absolutamente se suspenden. Vale, eran tiempos de guerra y se entiende la intención, que no el anuncio. Pero en 1940, terminada la contienda, o por lo menos la nuestra, Serrano Suñer, el cuñadísimo, dictó otro memorándum (por cierto, mejor escrito) confirmando la prohibición. En él se terminaba leyendo:

Suspendidas en años anteriores las llamadas fiestas de Carnaval y no existiendo razones que aconsejen rectificar dicha decisión, este Ministerio ha resuelto mantenerla y recordar a todas las Autoridades dependientes de él, la prohibición absoluta de la celebración de tales fiestas.

La Cuaresma no la quitaron, no... ¡Malditos canallas!

En Roma, en el cambio de siglo xv, gobernaba el papa valenciano Alejandro VI Borgia o Borja (nacido en Játiva, como el papel), quien tuvo que resistir la invasión de otro rey francés, Carlos VIII, que camino de Nápoles visitó con su ejército la ciudad eterna en la Nochevieja de 1494. Menos de un año después, volvía el francés por sus propios pasos, con el rabo entre las piernas y con ciertas prisas, vencido una y mil veces por el Gran Capitán, a las órdenes de Fernando el Católico.

Por aquel entonces, los incipientes estados, como Francia, Castilla, Aragón o Inglaterra, apoyaban cuando les era conveniente al papa romano contra el Imperio Sacro Romano Germánico, quien gobernaba sobre el papel un montón de microestados en el centro y oriente de Europa. Lo único que tenía de romano ese imperio era el nombre, que le otorgaba prestigio al título. Ningún emperador tuvo mando sobre Roma, que le pertenecía de hecho, junto con otros territorios italianos, al papa. Salvo unos meses antes del año mil, cuando Otón III intentó trasladar la sede del nuevo imperio a Roma y finalmente fue expulsado por la turba que casi lo cocina «a la romana».

Cuando las tropas de Carlos I de España y V de Alemania entraron en Roma en 1527 para acabar con la Liga de Cognac, en la que el papa se había aliado con Francia, Milán, Venecia y Florencia, enemigos del Imperio, y durante el mes largo que duró el saqueo de la ciudad, fue una de las pocas ocasiones en que un moderno emperador «romano» realmente gobernó Roma, si es que a un saqueo se le puede llamar gobierno y no desgobierno.

Para entonces la Iglesia se había vuelto a escindir otra vez por su propia incongruencia, y el protestantismo en todas sus formas renunciaba a seguir considerando al papa y a Roma como cabeza del cristianismo. Mil y poco años después del concilio de Teodosio, en que se fijó la religión universal (católica) como la oficial del Imperio romano, solo Francia, los estados italianos, España, las Indias y algunos pocos de los principados alemanes, seguían siendo católicos.

El islam mientras tanto llamaba a las puertas de Viena y dominaba la

orilla sur del Mediterráneo. En Oriente la Iglesia ortodoxa mantenía sus dogmas, distintos a los católicos, y el protestantismo se erigía en multitud de iglesias nacionales más o menos distintas a la doctrina primitiva dictada desde Roma. El surgimiento de los nuevos cristianismos en ningún caso supuso la libertad religiosa. Se instauró la consigna jurídica que dice (casualmente en latín) *Cuius regio eius religio*, que significaba que el rey o gobernante, indicaba cuál era la religión de su «país», así que los católicos fueron perseguidos en Inglaterra tanto como los protestantes en Francia, con ejemplos de barbarie en los dos lados poco edificantes entre «cristianos».

La recuperación de Roma, al menos como idea, no vendría, pues, a través de la religión, sino que a pesar de ella se dio el redescubrimiento del arte, la filosofía, la literatura y la arquitectura clásicas.

Los artistas italianos, quienes tenían a mano los modelos que habían sobrevivido a la Edad Media, copiaron las estatuas y proporciones de las obras romanas y griegas, como el torso del Belvedere, hallado en las ruinas de las termas de Caracalla y considerado inspiración de artistas como Miguel Ángel.

Un dato curioso: las esculturas clásicas en su origen solían ser policromas, es decir, generalmente estaban pintadas a todo color, al igual que las columnas o capiteles de los antiguos edificios, pero en la época renacentista habían perdido totalmente la pintura y ya eran blancas. Obviamente en el siglo XV no se disponía de la tecnología que permitía saber que las estatuas tenían color, por lo que los escultores renacentistas las copiaron y trabajaron sobre estatuas en blanco, tal y como las conocemos. En nuestra época, después de habernos acostumbrado a que todas las estatuas, clásicas y posteriores, sean blancas como el mármol en el que están hechas, nos resultaría muy chocante verlas pintadas, pero así eran la mayoría de las estatuas griegas y romanas.

Sea como fuere, los príncipes de los pequeños estados italianos, el emperador y el papa comenzaron a atesorar los restos de la gran civilización que había existido mil años antes en Europa. Se realizaron excavaciones de «saqueo» en la vía Appia o en el puerto de Ostia, y las termas de Caracalla se desmontaron sistemáticamente para construir con sus sillares la nueva basílica de San Pedro. Los edificios renacentistas imitaron desde el suelo de mármol hasta la cúpula los vestigios romanos. En paralelo, la ciencia avanzó más en

100 años que en los mil anteriores. Se demostraron cosas tan obvias para los antiguos, como que la Tierra es redonda, o que se mueve, conceptos que, por increíble que parezca y salvo en ciertos círculos intelectuales, se habían olvidado, y se descubrieron las órbitas elípticas o que el centro del Universo no era la Tierra.

El humanismo —la doctrina que pone en el centro del pensamiento al hombre y no a Dios— fue el impulsor filosófico del nuevo saber, del nuevo cientifismo que buscaba explicar la naturaleza, muchas veces releendo los clásicos. Humanismo que ya Terencio (185-159 a.C.) en boca de un personaje de una de sus obras había predicho: «Humano soy y nada de lo que es humano me es extraño».

El estoicismo romano antiguo había argumentado que el fundamento de la razón es la conformidad con la naturaleza, es decir, con todo lo que es la naturaleza propia del hombre, como el mundo material. Por eso, por fin otra vez se buscaban las razones y causas naturales de las cosas de manera científica, en vez de aceptar como realidades los escritos de la Biblia.

En el fanatismo con que los creyentes defendían las Escrituras y lo que allí se dice coincidían tanto los católicos como los protestantes, aunque no sé por qué estos últimos tienen mejor prensa, cuando resulta que son más puritanos y fachas. De nuevo hay que citar a Flanders, el vecino de los Simpson, que no es un ejemplo muy exagerado de fundamentalismo protestante.

Lo que más trastocó la forma de pensar de nuestros abuelos de los siglos XV y XVI fue que se descubriera un continente entero en nuestro planeta, del que no había mención alguna en la Biblia, y cuyos habitantes tenían unas religiones terribles y ajenas al cristianismo. Tan extraño les resultaba todo eso que hoy no podemos ni intentar entenderlo. Es como si de pronto averiguáramos que los marcianos existen, y que viven desde siempre al sur de las Canarias. El doctor de la Iglesia san Agustín, en el siglo V de nuestra era, sobre la posibilidad de que existieran las antípodas, había escrito en *La ciudad de Dios* (XVI, 9):

En cuanto a la existencia de los antípodas; es decir, de hombres que marcan sus huellas contrarias a nuestros pies por la parte opuesta de la Tierra, donde sale el sol cuando se nos oculta a nosotros, no hay razón alguna que nos fuerce a creerlo. Nadie dice que haya conocido esto por noticia histórica alguna, sino que son meras conjeturas de la mente (...) Por ello piensan algunos que la otra parte de la Tierra, que está debajo, no puede estar sin habitantes. No prestan atención a que, aun en la hipótesis de

que el mundo tenga una forma esférica, y pueda demostrarse esto con algún argumento, no se sigue de ahí que la Tierra por esa parte esté libre de la avalancha de las aguas; y aunque estuviera seca, no por ello se ve la necesidad de que esté habitada. Porque la Escritura no miente en absoluto, y con la narración de las cosas pasadas garantiza el cumplimiento de las profecías. Sería sin duda absurdo afirmar que algunos hombres pudieron navegar y llegar de esta parte a aquella a través de la inmensidad del océano, o hayan podido navegar y llegar a la otra parte, trasplantando allá el linaje humano que procede de un solo hombre.

Evidentemente el pobre san Agustín quedó obsoleto cuando se vio que en el otro lado del mundo sí que había hombres. Pero se le sigue considerando supersabio, doctor y todo eso. El problema sería para la Iglesia del siglo XVI demostrar cómo llegaron allí los hijos de Adán o más bien los de Noé, si pensamos que los americanos también habrían sufrido necesariamente el diluvio, aunque no se les mencione, pero para nada, en la Biblia, y mira que eso a los yanquis les molesta bastante.

Otro problema no menos importante para la Iglesia fue intentar explicar cómo era posible que en ese continente hubiera animales desconocidos en Europa, ya que no podían haber sido incorporados al arca de Noé ni por lo tanto haberse teóricamente salvado del diluvio.

El padre jesuita José de Acosta, en su libro sobre América (Historia Natural y Moral de las Indias, 1590), apunta tres posibles soluciones al enigma, la segunda de las cuales fue la aceptada por la iglesia hasta al menos, el siglo XIX:

Se conservaron (los animales americanos) en el arca de Noé y por instinto natural y Providencia del cielo, diversos géneros se fueron a diversas regiones.

Es decir, Acosta presupone que Asia y América estaban conectadas por tierra en tiempos del diluvio, y los animales americanos sí que subieron al arca, pero luego decidieron irse todos juntos y solos a hacerse las Américas, andando desde el monte Ararat, en la actual Turquía, hasta la Patagonia en el sur de Argentina, por ejemplo, sin dejar atrás a ningún ejemplar de la especie, ni restos de la misma. Y eso por no hablar de Australia, que tiene peor remedio y explicación. En fin, es una cuestión de fe.



Caída de Constantinopla en 1453. Entrada de Mehmed II en la ciudad. Obra de Fausto Zonaro realizada en 1909. Palacio de Dolmabahçe, Estambul.

Volviendo al Renacimiento, constatándose claramente que la respuesta a todas las cuestiones no estaba solo en la Biblia, triunfó el Humanismo, y solo así se consiguió impulsar todas las facetas de la sociedad, además, y sobre todo, de crear obras de arte a la altura de las antiguas romanas y griegas.

Por su parte, el papado en el siglo XV promovió dos ambiciosos programas para recuperar la grandeza de la ciudad: *Renovatio Romae* y *Renovatio Urbis*, que paradójicamente conservaron y destruyeron a la vez los monumentos antiguos. Las piedras y mármoles se reutilizaron para la construcción de iglesias y palacios, incluso el papa Nicolás V (fallecido en 1455) dio permiso para la instalación en el antiguo foro de un molino que convertía en cal los mármoles de capiteles y trozos de estatuas, para utilizarla en la argamasa de la reconstrucción de los nuevos edificios de Roma. Para entonces se calcula que del millón largo de habitantes que había tenido la ciudad en el siglo I, en la Roma del Renacimiento habitaban entre 25 000 y 40 000 personas, Roma se iba recuperando, pero despacito.

Todos los broncees conocidos, menos la estatua ecuestre de Marco Aurelio (que ya sabemos que se salvó porque se pensaba que era una representación de Constantino), habían sido ya destruidos. Los pocos que sobrevivieron al medioevo fue porque permanecieron enterrados y los encontraron más tarde, como el Hércules Capitolino y El niño de la espina (se pueden ver en los Museos Capitolinos), hallados en ese siglo XV, o la también famosa estatua del Pugilista, encontrada enterrada en las termas de Diocleciano en 1885 y que actualmente adorna el palacio Massimo alle Terme, en la turística e impresionante Roma de nuestro siglo.

El papa Pío II, el mismo del Carnaval, emitió en 1462 la bula *Cum in altum nostram urbem*, castigando hasta con la excomunicación a quien destrozara los monumentos romanos, pero a pesar de todo, los expolios continuaron. En 1538 el papa Pablo III emitió una nueva bula para proteger los monumentos o más bien para apropiárselos, ya que él mismo fue quien encargó directamente la demolición o «reciclaje» de las termas de Caracalla. Todavía en 1623, el papa Urbano VIII ordenó a Bernini usar el bronce que cubría entonces la cúpula del Panteón, para construir con él el famoso baldaquino situado bajo la de San Pedro que todavía podemos contemplar

absortos. Y con lo que sobró, dio para producir los 80 cañones necesarios para artillar Sant'Angelo.

A pesar de la grandeza artística que supuso el Renacimiento, el mundo no estaba preparado todavía para buscar en las ruinas de Roma algo más que la estética.

El papa Pio IV, por ejemplo, situó en primer lugar la necesidad de descubrir la Iglesia primitiva de Roma, no la Roma primitiva y pagana. Las catacumbas y su invención como lugar de refugio de los cristianos tuvo lugar por esa época. Fueron, según eso, exploradas por san Felipe Neri, quien encontró los restos y vestigios de las hipotéticas persecuciones. En 1580 un fresco que se pensaba representaba a la Virgen apareció en el antiguo barrio de la Subura y empezó a sanar a enfermos y ciegos.

Sixto V fue un papa que gastó mucho dinero y todos los conocimientos de ingeniería de su época en el traslado y puesta en pie de nuevo de los obeliscos que estaban todavía tirados por los suelos de la Roma del Renacimiento. Fueron exorcizados y en su base se tallaron inscripciones que proclamaban que ahora estaban al servicio del Dios verdadero. Desde entonces, los obeliscos, el Coliseo, la columna de Trajano coronada por una estatua de san Pedro o la estatua ecuestre de Marco Aurelio/Constantino serían el escenario de las espectaculares y continuas procesiones y el paisaje característico de los años santos jubilares.

Doscientos años más tarde, tras una segunda (aunque más breve) época oscura, en que el puritanismo protestante y el dogmatismo católico paralizaron la creación de nuevas ideas, ocurrió algo que cambiaría de nuevo la forma de pensar de Europa, volviendo a rebuscar sus orígenes en la antigua Roma.

La Ilustración fue un movimiento surgido en Europa occidental en el siglo XVIII, que en principio trató de alejarse de los dogmas religiosos para explicar el mundo desde el punto de vista de la razón. El movimiento se llamó así porque intentaba «disipar las tinieblas de la humanidad mediante la luz de la razón». Los pensadores de la Ilustración sostenían que solo y principalmente la razón humana podía combatir la ignorancia, la superstición y la tiranía. Su inspiración la hallaron, casualmente, en Roma.

La nueva filosofía y la nueva ciencia, diseñada, entre otros, por Descartés o Newton, a caballo entre los siglos XVII y XVIII, sentó los fundamentos de

nuestro mundo actual. Los líderes intelectuales de este movimiento, como los enciclopedistas, tuvieron como principal propósito liderar al mundo hacia el progreso sacándolo del largo periodo de superstición, irracionalidad y despotismo que había supuesto la edad oscura.

El concepto de Edad Media, por cierto, tiene su origen en el libro del historiador alemán Cristóbal Cellarius: *Historia Medii Aevi a Temporibus Constantini Magni ad Constaninopolim a Turcis Captam Deducta*, publicado en 1688, cuyo título en cristiano sería más o menos: *Historia de la media edad entre Constantino el grande y la captura de Constantinopla por los turcos*. El autor consideraba que había habido tres edades, la antigua, que se correspondería con el clasicismo, la moderna, en la que escribía él —y que habría comenzado cuando en el Renacimiento se intenta recuperar el clasicismo— y una edad intermedia o media, que desde su punto de vista, no tendría apenas valor por sí misma. El concepto tuvo tanto éxito, que seguimos considerando Edad Media a, precisamente, la Edad Media, aunque actualmente dividimos la historia en muchas más etapas que las tres que propuso el bueno de Cristóbal.

La expresión artística de la Ilustración se llamó, no por casualidad: Neoclasicismo. En las formas clásicas se volvió a buscar la inspiración estética, pero, a diferencia de lo ocurrido en el Renacimiento, la búsqueda, esta vez, se realizó más profundamente.

En ello tuvo gran parte de culpa, como vimos, el descubrimiento de Pompeya y de Herculano, que tuvo lugar a partir de 1738, cuando bajo las órdenes de Carlos de Borbón, entonces rey de Nápoles y posteriormente el insigne Carlos III de España, se descubrieron dos ciudades intactas enterradas desde su desaparición en el año 79 de nuestra era. Ya hemos hablado de Pompeya, pero no es difícil imaginar el choque que supuso para Europa el descubrir, por ejemplo, el urbanismo del que disfrutaban nuestros congéneres hacía ya tanto tiempo. Así, junto con las academias nacionales, los museos y todas las instituciones creadas por la Ilustración, también se recuperaron conceptos puramente romanos que fueron reinstalándose en nuestras ciudades, desde el alcantarillado hasta el empedrado, y, poco a poco, se fue recuperando gran parte del confort y los servicios que tenían las ciudades de nuestros abuelos romanos.

En el siglo XVIII los viajeros que acudían a Roma se admiraban de la

brecha enorme que existía entre la grandeza de la Antigüedad y el fin del Barroco, en el que Roma parecía sumamente decadente. Eduard Gibbon (1737-1794), quien escribió la popular, un poco desfasada y fantástica Historia del declive y caída del Imperio romano, confesó que la idea para su obra se le ocurrió en 1776, mientras estaba sentado en las ruinas del Capitolio oyendo a unos frailes cantar en el edificio vecino, que suponía había sido en tiempos el templo de Júpiter. El arqueólogo Piranesi (1720-1778) y sus casi dos mil magníficos grabados, que se vendían como churros por toda Europa, hicieron de las ruinas de Roma un paisaje romántico y popular.

La Ilustración y la pérdida de la ignorancia traerían a la larga el fin del despotismo, que curiosamente era la fórmula de gobierno que había impulsado precisamente esa nueva forma de pensar. Junto con los conocimientos de Roma, se desenterró uno de sus bienes más preciados, el derecho a la ciudadanía. Quisimos dejar de ser súbditos para pasar a ser ciudadanos y por eso se recuperó, lentamente y tras muchos avatares, la democracia que había terminado en nuestro planeta hacía ya casi mil ochocientos años.

Mientras, en los setenta del siglo XVIII se cocinaba la Revolución francesa. En pleno auge de la Ilustración y menos de veinticinco años después del descubrimiento de las ciudades enterradas por el Vesubio, el todavía monárquico Gobierno francés intentó convertir los valores, sobre todo el patriotismo de la República romana, en el ejemplo a seguir.

Los que luego, a la vuelta de pocos años, serían los grandes revolucionarios, quedaron fascinados ante el redescubrimiento de Roma: Saint Just (1767-1794) gritó aquello de «El mundo está vacío después de los romanos»; a Robespierre (1758-1794) se le apodaba precisamente el Romano; Voltaire (1694-1778) afirmó: «El imperio Sacro Romano no es sagrado, no es romano y no es un imperio», y Rousseau (1712-1778) dijo: «La República romana representaba el único ejemplo histórico de organización ciudadana». Para él también, «No había más hombre verdadero que aquel que era también ciudadano y no hay más pueblo verdadero que el que es libre y soberano».

De todas formas, la recuperación política de la idea de Roma, aunque se gestaría al amparo de la Ilustración europea, florecería antes al otro lado del Atlántico, cuando, mientras los franceses escribían y pensaban, los delegados

de las trece colonias británicas de Norteamérica inspirados por la República romana pusieron en marcha por fin el mecanismo que a la larga recuperaría el concepto de democracia para el gobierno de una res publica. Un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

En 1787, una vez lograda la independencia de las hasta entonces colonias británicas, sus representantes se reunieron en el Congreso de Filadelfia con el fin de redactar una Constitución. Se creaba así un Gobierno federal, con un presidente de la República y dos cámaras legislativas (Congreso y Senado), cargos y representantes que serían elegidos por los ciudadanos del nuevo país. La institución de dos cámaras legislativas, a imitación de la Asamblea del pueblo y el Senado romanos (fundado este 2540 años antes de la Constitución americana), se ha repetido en la mayoría de democracias surgidas desde entonces y durante los dos últimos siglos, que tras guerras y avatares han demostrado que la democracia es el sistema menos malo de gobierno —como dijo Churchill— y el único que funciona.

La Constitución americana estaba inspirada en la República romana y en los principios de igualdad y libertad que defendían los ilustrados, estableciendo un régimen republicano y democrático que inmediatamente encendería la mecha de la Revolución francesa de 1789. Exactamente doscientos años después de esa revolución, cayó el muro de Berlín y la democracia se convirtió en el sistema de gobierno mundial por antonomasia, casi dos mil quinientos años después de la fundación de la República romana. En esos doscientos años que van de revolución a revolución, pasó de todo.

Catalina II dijo «César vendrá», y César vino, solo que esta vez se llamaba Napoleón. Invadió Roma, nombró a Tournon prefecto de la ciudad y a Valadier arquitecto imperial. Estos muchachos comenzaron el rediseño de Roma para que fuera el escenario de la pompa del nuevo emperador. Llevaron a cabo la enésima destrucción del foro Trajano, con la intención de que la columna tuviera mejor visibilidad, pero en cambio construyeron la bella piazza del Popolo, con su simetría perfecta.

En el Coliseo se llevó a cabo, por primera vez desde hacía más de mil años, una representación: Brutus, de Voltaire (escrita en 1730), con una colosal estatua que se creía representaba a Pompeyo, como decorado. El fiasco fue que para introducir en el Coliseo la estatua, hubo que cortarle los brazos, con lo cual toda Europa vio que las pretensiones de ilustrado y

cultureta, de recuperar Roma y de clasicismo de las que presumía el pequeño corso, solo eran una pose. La de una corte de oropel en la que sus cursis integrantes se las daban de intelectuales.

Los influencers del Romanticismo, Eustace, Byron, Shelley o Stendhal, por ejemplo, viajaron a la Roma posnapoleónica y hablaron y escribieron sobre ella. Una ciudad donde el papa había restaurado un reino anacrónico y absolutista como si la Donación de Constantino estuviera todavía en vigor. Más tarde, la capitalidad de la nueva y por fin unificada Italia produjo engendros como la vía Véneto y la estación Términi, destrozando con prisas y ganas de modernidad grandes partes de la antigua Roma que quedaron para siempre en el olvido.

Pero lo peor estaba aún por llegar: Mussolini, sus camisas negras, sus saludos brazo en alto imitando a los romanos y otra (y van muchas) reinterpretación de los símbolos romanos. Por orden del duce se creó la avenida del Imperio (hoy de los foros), diseñada para ser escenario de sus desfiles asquerosos; cicatriz que destrozó y alejó de los demás foros, los de Augusto, Trajano y Nerva, y el de Julio, ahora separado por una calle repugnante llena de humo tóxico vertido en honor del fundador del fascismo. Durante la guerra, quizás por los refugiados que buscaban asilo en la ciudad, se superó el millón y medio de habitantes, cifra que desde el siglo II no se había alcanzado. Mussolini cayó en 1943, pero los alemanes «defendieron» Italia de la liberación aliada hasta el último hombre. Afortunadamente, Roma fue declarada ciudad abierta, como el título de la película de Rossellini *Roma città aperta*, y el 4 de junio de 1944, los americanos desfilaron por la antigua ciudad, que se salvó de ser otra vez destruida. En 1946 se constituyó la República Italiana y por fin la democracia volvió a imperar en esta antigua y sagrada tierra de nuestros antepasados.

Tras la última guerra, la última reconstrucción. Esta vez financiada por el Plan Marshall, dinero traído de la república fundada a imitación de la romana pero a orillas del Delaware, no del Tíber. También entre los años 1962 y 1965 se celebró el Concilio Vaticano II auspiciado por el papa Pablo VI, de donde salió un catolicismo reformado y más cercano al pueblo, en el que por primera vez desde que se dijera misa en Roma, los curas dejaron de cantarla en latín y miraron a los feligreses, no al altar. Desde entonces cantan la misa en los idiomas de cada país, invocando perdón y dando gracias.

Hoy, sigue habiendo bárbaros a las puertas, pero Roma otra vez está de pie.

Nuestra democracia es infinitamente más perfecta que la romana y los malos hoy no son barbudos del norte, sino barbudos del medio este, que piensan todavía que la República tiene que estar regida según leyes teóricamente divinas y no humanas. El gobierno democrático sigue siendo precario en la mayor parte del planeta, especialmente en los países donde no se reconocen los mismos derechos a los hombres y a las mujeres. Curiosamente, esas mayores diferencias entre hombres y mujeres en cuanto a derechos y libertades se dan sobre todo en países que no formaron parte de la civilización o herencia romana, o donde esta ha sido borrada tras más de mil años de aplicación de una supuesta ley dictada por un dios, no creada por el hombre para la convivencia del hombre. La responsabilidad de conservar los derechos de los hijos de nuestros hijos es nuestra y solo nuestra. Un inglés escribió una vez:

Miles se convierten en «bravos y leales» soldados de la fe: Todos saben cómo morir pero no saben cómo vivir; la influencia de la religión paraliza el desarrollo social de aquellos que la siguen. No existe una fuerza más retrógrada en el mundo. (...) la civilización europea podría caer, como cayó la civilización de la antigua Roma.

Fue nada menos que sir Winston Churchill ¡en 1899!, y para nuestra vergüenza, aún sigue estando en vigor.

Muchos historiadores ven un paralelismo entre la situación del mundo actual y la del final del Imperio, cuando miles de extranjeros cruzaban las fronteras de las tierras romanizadas y de Oriente venían huestes tan salvajes como los hunos. Hoy en Oriente tenemos al Estado Islámico, protoestado terrorista que haría palidecer de asco a Atila. A nuestras fronteras (me refiero solo a las españolas) llegan unas 270 000 personas necesitadas cada año, huyendo de guerras y pobreza y buscando su salvación en lo que llamamos Primer Mundo, y que se corresponde bastante con Europa y con las tierras colonizadas por nuestro continente antes del siglo XIX, triste siglo en el que lo único que buscaron los países europeos más allá del mar fueron beneficios económicos.

Hay quienes piensan que las invasiones bárbaras que acabaron con la Roma clásica se están repitiendo y acabarán con nuestra civilización. Puede ser. Lo que llamamos en los libros Invasiones Bárbaras son, sobre todo,

desplazamientos de tribus enteras, de pueblos inmigrantes que huían de gentes más bárbaras o de guerras y que, con o sin permiso, hallaron refugio en el territorio del Imperio para cambiar la faz de este hasta deshacerlo, mientras los gobernantes de lo que antes había sido una Europa cohesionada se peleaban unos con otros, o discutían tonterías, como lo del arrianismo, usando a veces a los mismos bárbaros como ejércitos o amenazas.

La solución, tantos años después de la caída del Imperio, tampoco parece fácil. No podemos cerrar las fronteras a otros seres humanos, pero tampoco podemos abrirlas de par en par. Los pueblos latinos y sus gentes son romanos, pero los que no creen en la democracia no deberían entrar libremente en las nuestras. Si no ponemos muros en las fronteras, terminaremos por ponerlos en los centros de nuestras ciudades, para impedir que los terroristas atropellen o apuñalen a los viandantes. El buenismo y la multiculturalidad no funcionan. Si quieren vivir en Europa, son bienvenidos, pero tendrán que ser europeos, romanos. No podemos pensar que aquí cabemos todos, y que nuestro sistema no quebrará en un futuro. El terrorismo islamista, perfectamente instalado en nuestros libres países, ha modificado los niveles de libertad de los que disfrutábamos, por ejemplo, antes del ataque a las Torres Gemelas, porque, a cambio de una mínima seguridad, siempre se renuncia a algo más de libertad. Aquellos que suprimen nuestra libertad siempre lo hacen en nombre de la seguridad, pero los atentados siguen sucediéndose. Sin que, aparte de poner velitas, cantar canciones de Lennon y cambiar nuestra foto de perfil en Facebook, hagamos nada más.

Un ejemplo de «perdida de libertad» que a primera vista parecería simple: cuando viajamos en avión, todos los viajeros del mundo tenemos que llevar ahora en el equipaje de mano los líquidos en frasquitos pequeños y en una bolsa de plástico transparente fuera de la maleta para, en teoría, evitar que un terrorista lleve a bordo explosivos líquidos. Todos hemos renunciado en este caso a una pequeña libertad (aunque sea la de llevar un tubo de pasta de dientes normal), a cambio de más hipotética seguridad. Cada vez que algo así ocurre, cada vez que cedemos, aunque sea en una chorrada para mejorar nuestra seguridad, es una pequeña victoria para los malos.

Solo la historia del futuro nos dirá si seguimos siendo romanos, si somos dignos herederos de los derechos que hemos ganado en siglos de trincheras y derribando muros. Dijo Cicerón: «El buen ciudadano es aquel que no puede

tolerar en su patria un poder que pretende hacerse superior a las leyes». No permitamos en nombre de ninguna religión, ni mucho menos por culpa de los fanáticos que dicen matar en nombre de Dios, que nadie esté por encima de la ley que nos hemos dado. La democracia merece ser defendida.

Arturo Pérez-Reverte es bastante pesimista acerca de lo poco que protegemos nuestra cultura, como dijo en la entrevista del diario Noticias del 9 de mayo de 2017 y que se titula «La cultura occidental está condenada a muerte»¹⁶.

Hay una cosa que está clara, para mí: el mundo occidental, sin cultura, sin la médula espinal de la cultura, no es nada. Nosotros somos lo que somos porque tenemos derechos humanos, tenemos a Platón, Virgilio, Aristóteles, Dante. Pero ese mundo está sentenciado a muerte. Platón está muerto, Virgilio está muerto, Cervantes está muerto, Borges está muerto. El mundo actual no tiene herramientas defensivas. Todo el sistema educativo, argentino, español, occidental actual está encaminado a destruir la inteligencia, no a potenciarla.

El mismo autor nos lo había advertido en otra entrevista en la prensa argentina, de mayo de 2014, cuando dijo¹⁷:

España y la Argentina son parte de un sistema que se está yendo al carajo. Se está terminando porque todos los imperios se terminan. Y esto se está acabando. No me enfurece la decadencia, porque es inevitable. Y, además, hay los suficientes libros de Historia como para comprender que son las reglas: hay que asumir que esto es así. Pero me enfurece la estupidez. Me enfurece la ceguera. Me enfurece que, habiendo libros de Historia que explican lo que está ocurriendo, ningún político, ningún periodista, ningún escritor —bueno, es una generalidad: muy pocos de ellos— acudan a esas fuentes para comprender. Me enfurece ver cuando un cretino dice: «Ahora estamos abriendo paso a un mundo nuevo». Pero, ¿qué dices, idiota? El mundo nuevo que viene no es el que tú crees: vienen los chinos, con su esclavitud laboral; viene el islam, con su fanatismo. Eso es lo que viene. El Occidente de Aristóteles, de Platón, de Erasmo de Rotterdam, de los derechos humanos, de la Enciclopedia... ¡Se ha ido al carajo! Se acabó. Entonces, piensan que por salvar a las focas, a las ballenas y por hacer una colecta o una conferencia sobre de qué va a tratar la literatura del próximo milenio, con eso creen que han abierto caminos nuevos. Son tan idiotas, tan soberbios, tan arrogantemente estúpidos... Y no comprenden que son vanos intentos crepusculares.

Hace mil seiscientos años, Claudio Rutilio Namaciano dijo sobre Roma: *Ordo renascendi et crescere posse malis* o lo que es lo mismo, «La ley de tu renacimiento es poder crecer a través de tus calamidades». Seamos lo

bastante romanos como para defender Roma. Nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos se lo merecen.

No por casualidad en Roma se gestó el germen de la actual Unión Europea. El 15 de marzo de 1957 la República Federal Alemana, Bélgica, Francia, Holanda, Italia y Luxemburgo, solo seis países, firmaron los Tratados de Roma que abrirían las puertas a lo que hoy, sesenta años después, supone la Unión Europea de al menos 27 países y la superación de miles de años de guerras civiles europeas, muchas de las cuales terminaron siendo guerras mundiales. En la página web de la Unión Europea¹⁸, podemos leer:

Hace sesenta años, en Roma, se sentaron las bases de la Unión que conocemos hoy día, iniciándose así el periodo de paz más largo de la historia de Europa. Los Tratados de Roma establecieron un mercado común en el que personas, bienes, servicios y capital pueden circular libremente y crearon las condiciones para la prosperidad y la estabilidad de los ciudadanos europeos. En este aniversario, Europa mira hacia atrás con orgullo y hacia delante con esperanza. Durante 60 años, hemos construido una Unión que fomenta la cooperación pacífica, el respeto de la dignidad humana, la libertad, la democracia, la igualdad y la solidaridad entre las naciones y pueblos europeos. Ahora nos toca a nosotros perfilar un futuro común y mejor para Europa.

También en nuestra ciudad eterna, en abril de 1968 se reunió por primera vez el llamado Club de Roma, donde se comenzaron a estudiar los cambios que en el planeta estaban produciendo las acciones e intervenciones humanas. En 1998 el Club de Roma ya contaba con más de 100 especialistas provenientes de 52 países encargados de llamar la atención sobre el impacto en el medio ambiente de nuestros actos.

El informe sobre los límites del desarrollo, publicado en 1972, fue el origen del movimiento ecologista en la política mundial. En su momento fue considerado alarmista, pero para 2014 casi todas sus previsiones se habían cumplido. El informe en vigor, 2052: Una proyección de los próximos cincuenta años, alerta sobre la necesidad de mantener el aumento de las temperaturas por debajo de los 2° C de crecimiento sobre la media normal que se espera para ese año, fundada en los aumentos de CO² concentrado en la atmósfera. El Club de Roma lucha y alerta de las necesidades de controlar definitivamente nuestro modelo de desarrollo si no queremos vernos encaminados a la destrucción del planeta, del latín planeta, tal y como lo conocemos. Hay que recordar siempre una gran verdad: «La Historia no va

sobre quién tiene razón, sino sobre quién queda».

El filósofo y economista francés Guy Sorman, nacido en 1944, en su magnífico artículo publicado en ABC el 10 de octubre de 2016 y casualmente titulado «Todos somos romanos¹⁹», dice, entre otras grandes verdades, esta que nos sirve para cerrar este largo y un poco farragoso capítulo:

Despertar al romano que llevamos dentro nos permitiría reencontrarnos con quienes somos realmente y tal vez nos permitiría restablecer lo que durante un tiempo fue la paz romana, es decir, la capacidad de vivir juntos, diferentes sin duda, pero respetando todos las mismas leyes.

¹⁶ Entrevista completa en: <http://noticias.perfil.com/2017/05/09/perez-reverte-la-cultura-occidental-esta-condenada-a-muerte/>.

¹⁷ Artículo completo en <http://www.apertura.com/clase/Arturo-Perez-Reverte-Rajoy-y-Cristina-son-analfabetos-con-la-osadia-de-la-ignorancia-20140529-0003.html>.

¹⁸ https://europa.eu/european-union/eu60_es.

¹⁹ El magnífico artículo completo está disponible en <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/2016/10/10/005.f>

XV

VITA BREVIS

El tiempo vuela y en Roma morir se también era carísimo.
Ritos de paso.

La muerte es el deseo de algunos, el descanso de muchos y el final de todos.
Lucio Anneo Séneca, siglo I

La vida no tiene sentido. Todos nos acabamos muriendo.
Woody Allen. siglo XX

i
OH, MI QUERIDO JULIO, A QUIEN DEBO RECORDAR sin posponerte ni a uno solo de mis amigos, si de algo valen la fidelidad prolongada y los inveterados derechos! Se te viene encima tu sexagésimo cónsul y tu vida apenas cuenta unos pocos días. No harás bien en diferir lo que veas que se te puede negar, y piensa que solamente es tuyo lo que lo ha sido. Te aguardan preocupaciones y trabajos en cadena; los gozos no permanecen, sino que huyen volando. Aprésalos con ambas manos y con toda la fuerza de tus brazos, incluso así las más de las veces se nos escapan del seno. Créeme, no es propio de sabios el decir «viviré»; la vida de mañana es demasiado tardía: ¡vive hoy!

La genial frase de Woody Allen y este poema de nuestro Marcial nos recuerdan lo corta y absurda que es la vida. El amigo Julio iba a cumplir sesenta años (sexagésimo cónsul), pero realmente había «vivido» pocos días, como hoy todavía nos pasa a muchos, que se nos van los días en cosas que no son realmente nuestra vida. En otro poema también de Marcial, el genial aragonés romano ya nos dijo que no hay que dejar para más adelante el vivir, y también en muchas frases célebres, no solo Marcial, sino muchos de nuestros abuelos romanos, se quejan de la brevedad de la vida y recomiendan aprovechar cada día. Todavía *Carpe diem* es una frase romana entendida en todo Occidente. Séneca nos explica desde su sabiduría lo mal que todavía planificamos nuestro paso por este mundo:

Vivís como si la vida tuviera que durar siempre; nunca se os ocurre pensar en vuestra caducidad; no observáis cuánto tiempo ha transcurrido ya y vais perdiéndolo como si fuera algo sobrado y abundante, siendo así que tal vez aquel mismo día que

dedicáis a este hombre o a ese asunto, es el último de vuestra vida. Como mortales lo teméis todo, pero todo lo deseáis como si hubierais de ser inmortales. Oirás a la mayoría decir: «A los cincuenta años me retirare a descansar; a los sesenta renunciaré a los cargos». ¿Y qué garantía tienes de que vas a vivir tanto? ¿No te avergüenza guardar para ti sino los despojos de tu vida y no destinar al cultivo del espíritu más tiempo que el que ya no vale para nada? ¿No es demasiado tarde para empezar a vivir, cuando ya hay que dejar la vida?

Magnífico párrafo que se resume también en el antiguo refrán castellano: «Más vale morir que perder la vida». Y que aunque a primera vista parece un chiste de una obra de teatro de Muñoz Seca, si lo pensamos un poco, la frase llama la atención sobre el hecho de que no vivimos, sino que más bien nos perdemos la vida, la vemos irse cada día un poquito y no deberíamos dejar pasar nuestros días, porque no volverán. En Roma ocurría lo mismo que hoy.

A todos nos llega la hora final. Los romanos, que eran tan supersticiosos, en vez de decir de alguien que había muerto, para anunciar la luctuosa noticia decían que fulanito había vivido. Así no se mencionaba a la Parca y no se la tentaba más de lo necesario.

Algo en lo que nos parecemos mucho a los romanos es en nuestra creencia en que vamos a vivir para siempre, como si la muerte no existiera, cuando sabemos que no es cierto. Cada beso que no hayamos dado se quedará sin dar para siempre. Por eso los epitafios de las tumbas romanas nos emocionan todavía, porque vemos reflejados nuestros sentimientos en sus escrituras, porque iguales ante el dolor, nos sabemos hermanos condenados al mismo sufrimiento. Como dijo Woody Allen: «No le temo a mi muerte, solo que no me gustaría estar allí cuando suceda».

Los romanos tampoco temían especialmente a la muerte, pero estaba más integrada en su forma de vida que en la nuestra, ya que ahora nos suele parecer que eso de morir es algo que les ocurre a otros. A pesar de que en la antigua Roma había un dicho que rezaba: «Nosotros los hombres estamos todos a la misma distancia de la muerte».

En lo que nos parecemos a nuestros abuelos es en el, digamos, culto a los ancestros o a los familiares fallecidos, aunque para ellos esto era un asunto mucho más importante. También muchos de los ritos de «paso» son bastante similares entre la Roma clásica y nuestra moderna época, y eso que durante los siglos de la Roma clásica, los ritos e incluso la forma de enterramiento evolucionaron y cambiaron, como veremos. Ya hemos comentado que los

cementerios romanos se situaban fuera de las ciudades. Era así por un doble motivo: por un lado, la lectura de los epitafios y nombres de los muertos por parte de los viajeros era una forma de piedad en la que el fallecido recibía un poco de inmortalidad al ser nombrado de nuevo mientras el viandante leía su nombre. Por eso, muchos epitafios imploran que el caminante no pase de largo sin dejar de leer el nombre del finado. Por otra parte, los romanos eran conscientes de la contaminación que generaban los cadáveres, motivo de salud pública por el que también se prohibía el enterramiento o incineración en el interior de las ciudades. Con respecto a la mejor manera de disponer de un cadáver, Woody Allen dijo allá por el siglo XX: «Prefiero que me incineren a que me sepulsen, y ambas cosas a pasar un fin de semana con mi mujer».

En cambio, nuestro amigo Julio Enrique Marx, afirmó una vez: «Cuando muera quiero que me incineren y que el 10 % de mis cenizas sean vertidas sobre mi mánager».

Por supuesto, en la Edad Media se olvidó esto de enterrar a los muertos lejos de donde vivían los vivos, y los cementerios volvieron al interior de las ciudades, situándose normalmente dentro, junto y alrededor de las iglesias, como todavía podemos ver en los pueblos ingleses. En España fue Pepe Botella, José I de España, el denostado hermano de Napoleón, quien por fin prohibió los enterramientos en las ciudades, básicamente por motivos higiénicos, con lo que XIX siglos después de Augusto recuperamos de nuevo esa buena costumbre romana. Por ese motivo en muchos pueblos españoles hay una plaza que rodea más o menos la iglesia, lugar que resulta ser aquel donde se situaba el cementerio, único motivo por el que carece de construcciones, no por cuestión de paisajismo. Juliano, el emperador del siglo IV conocido como el Apóstata porque intentó recuperar los cultos antiguos, despectivamente llamaba osarios a las iglesias cristianas, ya que en ellas se guardaban reliquias de santos (huesos o cadáveres) y los cristianos preferían ser enterrados lo más cerca posible de ellas, muchas veces incluso dentro de la iglesia si podían permitírselo, como las miles de lápidas en los suelos de nuestras catedrales todavía atestiguan. Junto a las tumbas de los santos se erigieron lo que se conocía como salones fúnebres (la familia del emperador Constantino era dueña del que se situaba sobre la tumba de santa Inés de Roma), que entre otras cosas eran pequeños cementerios privados. Hoy se sabe que muchas de las grandes y primitivas iglesias romanas, como la

preciosa y circular de Santa Constanza (vía Nomentana), situada junto al mencionado salón de santa Inés, originalmente fueron este tipo de recintos fúnebres.

En Roma, durante siglos, el rito «de paso» más común para disponer de los cuerpos de los fallecidos fue la inhumación, el entierro, vaya. En los últimos siglos de la República y primeros del Imperio, es decir, en la época clásica, la norma fue la incineración total o parcial. En ambos casos, lo normal era que una vez producido el deceso, el cuerpo del difunto fuera lavado, vestido y colocado en el atrio de su casa en una mesa conocida como lecho mortuario, con los pies apuntando hacia la puerta, por donde se le sacaría «con los pies por delante», de acuerdo al dicho. Parece ser que la mesa la aportaba la empresa funeraria, que las había y muy lucrativas, como siempre ha sido. Si el difunto era varón, se le vestía con la toga, si era mujer, con ropa adecuada. En las esquinas de la mesa fúnebre se situaban lámparas o velas para alumbrar especialmente al espíritu del fallecido y la sala donde se exponía. A sus pies, flores, que representan el renacer de la primavera y perfuman. Igual que hacemos ahora, aunque ya no sepamos el porqué.

Parece ser que el pariente más cercano le daba un beso al finado, simbolizando así la expiración de su último aliento. También cuentan que en ese momento se llamaba ritualmente al fallecido tres veces, para comprobar que no contestaba. Después se cerraban sus ojos y se le introducía en la boca la moneda para pagar el viaje al barquero Caronte. Era el personaje mitológico encargado de manejar la barca que cruzaba las almas al inframundo a través de la laguna Estigia, y tradicionalmente se le remuneraba así su trabajo.

Se esparcían perfumes para que la estancia oliera bien, a lo que ayudaban las flores que, recordando tal vez el mito de Proserpina, indicaban el deseo de renacimiento del difunto por parte de quien las ofrecía. Como Proserpina regresa cada marzo del Hades y florece la primavera, así se deseaba que el fallecido regresara y reviviera.

Hoy nadie sabe quién es Proserpina o su versión griega Perséfone, pero seguimos llevando flores y coronas a los muertos. Proserpina, para quien no quiera buscarlo o no lo tenga muy fresco, era la hija de la diosa Ceres, que da su nombre a los cereales entre otras coas. Proserpina fue raptada por Plutón, el dios del Hades, lugar donde quedó confinada y por cuyo motivo el mundo

se volvió estéril, ya que Ceres no cumplía con su trabajo de hacer brotar las semillas, ocupada en buscar desesperadamente a su hija. Finalmente Júpiter intervino y, a cambio de un acuerdo, Proserpina tuvo que pasar el otoño y el invierno cada año en el inframundo. Cuando vuelve a la Tierra, cuando resucita, su madre decora el mundo con flores y renace a la vez la primavera, que dará sus frutos en verano.

De igual manera nos vamos al Hades, esperando renacer.

Los parientes y amigos se vestían de negro y los deudos acompañaban a la familia hasta el día siguiente, velando al muerto como también hacemos ahora. Los más allegados no se afeitaban ni se cortaban el pelo hasta haber terminado el luto, que solía ser de 10 meses para las viudas (para garantizar una posible paternidad póstuma) o de un número de meses equivalente a los años que tuvieran los niños menores de 10. Los maridos solían cumplir un año de luto. Luciano nos explica en su obra *Sobre el luto*, con tono humorístico, cómo era esto de morirse:

Tan arraigado está todo esto entre la mayoría, que, cuando muere algún miembro de la familia, lo primero de todo exponen su cadáver poniéndole un óbolo en la boca, destinado a ser el pago para el barquero por la travesía, sin pararse a pensar antes qué moneda es la que se cotiza y se maneja en el mundo subterráneo, y a ver si tiene validez allí el óbolo ático o macedonio o egineo, o si no sería mucho más práctico no tener que pagar el pasaje; así, si el barquero no lo recibiera, podrían ser devueltos y enviados de nuevo arriba a la vida. Después los lavan —como si para bañarlos allí abajo no hubiera suficiente agua en la laguna—, perfuman con la mejor mirra su cuerpo, que inicia ya una descomposición forzosa, los coronan con flores lozanas y los exponen primorosamente vestidos: está claro para que no tiriten de frío en el camino y para que no los vea desnudos Cerbero. Lamentos por ellos, quejidos de mujeres, llanto por doquier, pechos golpeados, cabelleras desgarradas y mejillas enrojecidas; vestidos que se rasgan de arriba abajo, polvo que se esparce por la cabeza y unos vivos que mueven más a compasión que el muerto. Ellos se retuercen por la tierra muchas veces y arañan sus cabezas contra el suelo; el muerto, en cambio, guapo y bien arreglado, coronado hasta la exageración, está allí expuesto engalanado y solemne, ataviado como para ir a una fiesta.

No está claro el origen del negro como muestra de duelo, más allá de la explicación lógica, por ser el color triste de la ausencia de la luz y porque se parece a la muerte, que es primitivamente como la noche, con todo quieto y callado. También es razonable que, si los romanos vestían sus togas más blancas para las ocasiones festivas públicas, se vistieran de manera

exactamente contraria para un asunto completamente opuesto, ya que el luto es en principio privado y triste. El negro del luto, que tenemos en común con nuestros abuelos romanos, dejó de utilizarse en la Edad Media, donde se sustituyó por el blanco, como sucede todavía en la India y en los países musulmanes. Los Reyes Católicos, en la Pragmática de luto y cera, recopilada en 1502, restablecieron el negro como color oficial de luto en sus reinos. Parece ser que también lo usaba la reina francesa contemporánea a nuestras católicas majestades, Ana de Bretaña. Ya casi no se estila eso del luto, pero si acaso, su color es definitivamente negro, como en la antigua Roma.

Más o menos contemporánea a la ley sobre el luto, se publicó a principios del XVI un edicto en Burgos en el que se decía específicamente «que si alguno por pobreza no pudiera haber ni comprar luto, que haya ropas pretas», entendiéndose pretas como oscuras (preto significa negro todavía en portugués, y prieto aún hoy se usa como sinónimo de negro, sobre todo en Latinoamérica).

En la pragmática de los reyes también se indican más detalles del luto: su duración —que no debe exceder de los seis meses— y por quién se puede llevar —padre, madre, abuelo, abuela u otro ascendente; suegro, suegra, marido, mujer, hermano o hermana—. Fuera de esto, y salvo para el fallecimiento de personas de la realeza, nadie más debía utilizarlo, exceptuando dos casos: el criado, que lo llevaría por su señor, y el heredero «por quien le dexare». La parte referente a la «cera» de la ley se refiere a que no puede haber más de doce hachones de vela alumbrando el féretro; además de prohibirse las plañideras profesionales y de indicarse que, en vez de en pompa (fúnebre), se gaste en misas y en limosnas lo pensado en ornamentar el entierro.

No sé cómo llegó de las cortes española y francesa al resto de Occidente esto de vestir de negro el luto, y como tampoco es el tema que nos trae aquí, no lo he investigado mucho, pero agradecería más información al respecto por simple curiosidad. Si está claro que, ya en el siglo XIX, a la muerte de su marido Alberto, la reina Victoria de Inglaterra vistió para siempre de negro riguroso, poniendo de nuevo este color de moda en el mundo sajón. Por cierto, que tanto los reyes británicos Isabel II y el duque de Edimburgo, como los reyes de España Sofía y Juan Carlos I, son todos tataranietos de la reina Victoria, quien curiosamente, tiene el mismo nombre de la diosa romana.

Todos los caminos llevan a Roma todavía. Nuestro cordobés Séneca, con respecto a no exagerar y alargar en el tiempo, decía esto del luto:

Nuestros antepasados establecieron un tiempo de luto para la mujer, no para que no se lamentaran todo ese tiempo, sino para que no lo hicieran ya más.

Volviendo por ese o por otro camino al funeral romano, a la hora de exponer el cadáver en el atrio de la casa, evidentemente no todo el mundo disponía de uno, ni siquiera de casa de suficiente enjundia donde ser velado. Para solventar ese espinoso asunto, los romanos solían apuntarse a un «colegio» gremial o de afinidades, donde a cambio de una serie de cómodas mensualidades se garantizaba un entierro digno. Incluso una tumba, ya que cada collegium contaba con instalaciones al efecto. En esos casos, el fallecido era expuesto y velado en una sala del colegio, como ahora en nuestros tanatorios, ya que es raro en nuestros días, sobre todo en las ciudades, que el muerto sea velado en el salón de su casa. En los collegia, además, aunque el fallecido no contara con parientes, se garantizaba que sus compañeros acompañaran al difunto en su tránsito y cumplieran los ritos pertinentes a los que quedaban obligados por lazos religiosos de la institución. Obviamente, los esclavos y los cadáveres de desconocidos abandonados en la calle no tenían funeral, sino que eran arrojados a fosas comunes y cubiertos con cal. Si esto parece primitivo o salvaje, baste recordar que más o menos hacemos todavía lo mismo con aquellos cuyos cadáveres no son reclamados por nadie, o con quien simplemente no puede pagarse un entierro. No por nada el ya mencionado refrán castellano: «No tiene ni donde caerse muerto». Significa que alguien es tan pobre que no tiene ni tierra suficiente donde ser enterrado. Ni los cuatro palmos de tierra que mencionaba Machado. Literalmente.

Lo normal, sobre todo en los pueblos, donde todavía eso del cementerio es importante, es que las familias tengan panteones o sepulturas en las que se van enterrando, generación tras generación, sus fallecidos, del mismo modo que familias famosas romanas tenían sus tumbas o panteones. El panteón de los Cornelio, mejor conocido como el de los Escipión por su cognomen más famoso, se utilizó durante cuatro siglos, desde el III antes de Cristo hasta el I de nuestra era, y todavía puede visitarse en Roma a orillas de la vía Apia, saliendo por la puerta de San Sebastián. Por cierto, que la magnífica torre funeraria de Tarragona conocida también como tumba de los Escipiones no tiene en principio nada que ver con estos y se construyó a mediados del siglo I

de nuestra era. Su equivocada nomenclatura se debe a que las dos estatuas que la decoran se identificaron erróneamente como de los hermanos Cornelio Escipión, y así quedó en el acervo popular. Desgraciadamente no sabemos ya a quién conmemora este precioso mausoleo romano construido en nuestra Hispania.

Ya hemos comentado que existían empresas funerarias. No he dicho «pompas fúnebres» porque así es como se llamaba (*pompas funebris*) al desfile procesional del difunto a la tumba, desde su casa y hasta la pira, acompañado de deudos, músicos, plañideras profesionales, actores, etc. Música triste seguía al desfile, con una banda tocando instrumentos graves, y parece ser que si el fallecido había sido general romano, entre estos músicos alguno tocaba la *tibicen*, que era una flauta construida con la tibia de un enemigo de Roma recogida en un campo de batalla.

Si había empresas dedicadas a los funerales, era porque morir se resultaba tan caro como ahora. Por eso se estipulaba incluso en la ley, quién debía hacerse cargo de los gastos de las exequias. A veces, el propio Estado, en casos concretos de figuras prominentes de la República, pero normalmente el heredero principal o bien el viudo/a o su familia. Podía darse el caso de que las exequias de un marido sin más familia tuvieran que terminar pagándolas los parientes de su viuda, para gran pesar de estos, ya que era una obligación sagrada, carísima, pero sagrada. Aunque a lo mejor quien al final heredaba era un sobrino nieto que vivía en provincias y al que luego resultaría difícil cobrarle el funeral.

Polibio, a través del tantas veces ya citado libro de Mary Beard, *SPQR*, nos describe los funerales de los hombres distinguidos:

El cuerpo se traslada en procesión a los *Rostra* (tribuna famosa en el foro) y se expone verticalmente para que todos puedan ver al finado. En el desfile que llevó al cortejo hasta allí desde la casa del difunto, junto con los familiares vivos se contrataban actores que fueran parecidos en porte y estatura a sus antepasados, quienes desfilaban con máscaras de los difuntos familiares famosos del finado e iban vestidos con la indumentaria correspondiente a los cargos que hubieran ejercido, como si todos los antepasados del muerto estuvieran presentes en el acompañamiento y despedida del fallecido, quien a su vez y en efigie se incorporaría al siguiente funeral de la familia y así sucesivamente.

El discurso fúnebre o *elogium* (de donde viene nuestro «elogio») se pronunciaba por un miembro de la familia, ante todos los antepasados (es

decir, los actores vestidos como tales) los parientes vivos y el público asistente al funeral. Primero se citaban los logros del recién fallecido para luego enumerar los de todos los ancestros representados.

Así, por ejemplo, en el funeral de César estuvieron representados desde Venus, la diosa fundadora de la familia Julia, hasta Mario y Sila, pasando por Iulo, rey de Alba Longa, o Eneas, dándole la bienvenida a tan insigne familiar entre los más famosos de sus antepasados, «ante cuya augusta presencia no he de sentir vergüenza», como dice en sus últimas palabras el rey Theoden de Rohan en *El señor de los anillos*.

Es evidente el carácter educativo de que toda la familia, viva o no, y siempre representada por los más insignes antepasados, se reúna para recibir en el tránsito entre mundos al nuevo «espíritu». La intención es que las nuevas generaciones compitan por igualar las gestas de sus antecesores, como podemos leer en uno de los epitafios de la tumba de los Escipión:

Tuve descendencia. Traté de igualar las gestas de mi padre. Me gané el elogio de mis ancestros para que estuvieran satisfechos de que yo hubiera nacido de ellos. Mi carrera ha ennoblecido mi linaje.

Y es que como dijimos, la nobleza no se heredaba, sino que cada generación se ennobecía durante la época de la República solo si alguno de sus miembros era elegido «democráticamente» por sus iguales para ejercer magistraturas mayores. Si en una generación había habido algún cónsul y en la siguiente la familia carecía de cónsules, por ejemplo, quería decir que no se habían cumplido las expectativas «de sus antepasados» y a la larga podía perder toda influencia en las instituciones romanas. Los Julios, antes del tío de Julio César, llevaban varias generaciones, por ejemplo, sin ser elegidos para el consulado y, por lo tanto, aunque su sangre fuera totalmente patricia, carecían de influencia hasta la generación justo anterior a la de el más famoso Julio que haya existido (con perdón para su tocayo Julio Iglesias).

Tras el funeral y con el ataúd (en latín *feretrum*) ya horizontal sobre un carro negro con caballos negros, bastante parecido a los coches fúnebres del siglo XIX o a los que todavía se usan en funerales de Estado, la procesión se dirigiría a la pira funeraria, donde los familiares arrojarían recuerdos y teas ardiendo a las maderas, especias y perfumes que arderían junto con el cadáver. A la mañana siguiente, los sepultureros hurgarían en los restos de la pira, juntarían unos cuantos restos calcinados de huesos y algunas cenizas que

claramente se distinguieran de las de la madera y los guardarían en una urna cineraria, tal como se escribe en latín y en español. En función de la riqueza del funeral, la urna sería de mayor o menor valor, y se procedería después a guardarla en la tumba o incluso a enterrarla. Hay quien dice que era tradición enterrar un hueso en el suelo de la tumba, para que a pesar de la incineración se realizara una inhumación ritual, pero si fue costumbre o no durante mucho tiempo, o si es literalmente cierto, no puedo atestiguarlo. En unos libros dice que sí y en otros que no. Franca y personalmente, me parece extraño. A lo mejor era una costumbre geográfica, limitada a una región, quién sabe...

Propertius, el poeta del siglo I a.C. en sus Elegías nos describe en forma poética como quería que fuera su funeral y su entierro:

Quando llegue, pues, la hora en que la muerte cierre mis ojos, escucha cómo debes disponer mi funeral: no se alargue entonces el cortejo fúnebre con gran desfile de imágenes, ni la trompeta se lamenta inútilmente por mi muerte, ni se me extienda entonces un lecho de pies de marfil, ni descansa mi cadáver sobre un catafalco digno de Atalo. Que me falte una hilera de bandejas con esencias y tenga las exequias insignificantes de un funeral plebeyo. Suficiente es mi cortejo, si hay tres libritos que ofrecer a Perséfone como regalo especial. Tú, en cambio, pondrás el último beso en mis labios helados, cuando se me ofrende una caja de ónice llena de perfumes sirios. Después, cuando la llama prenda debajo y me convierta en ceniza, una pequeña urna reciba mis restos, póngase un laurel sobre mi exigua tumba, cuya sombra cubra el lugar de mi cadáver quemado, y haya dos versos:

El hombre que ahora yace como el polvo,
ese fue en otro tiempo esclavo de un solo amor.

La fama de mi sepulcro no será menos conocida que lo fue la tumba cruenta de Aquiles. También tú, si alguna vez se cumple tu destino, acuérdate, recorre este camino ya encanecida, hacia la lápida que te recuerde. Entre tanto, no desprecies mi sepultura. La tierra no es enteramente inconsciente de la verdad.

La frase central podría haber inspirado a nuestro insigne Quevedo, quien en su bello y triste poema Amor constante, más allá de la muerte, nos cuenta que, cuando él fallezca, sus restos:

Serán ceniza, mas tendrán sentido;
Polvo serán, mas polvo enamorado.

Propertius no lo menciona, pero está probado que en algún momento de

los ritos se celebraba un banquete fúnebre en el que se ofrecía un sacrificio, y una parte de la víctima sacrificada (ritualmente un cerdo hembra) se entregaba a Ceres. A partir de ese banquete, se entendía que el finado no podía compartir más la comida con sus deudos y se convertía en uno más de los manes, algo así como en un espíritu familiar. Si la familia le rendía el debido culto, sería un espíritu bueno y pasaría a ser uno de los lares, que custodiaban y protegían la familia y el hogar (lar). Si la familia dejaba de propiciarle o le olvidaba, el muerto podía convertirse en vez de en un lar en una larva (fantasma chungo). Larva, por cierto, todavía sale en el Diccionario de la Real Academia como palabra en desuso, pero sinónimo de fantasma.

El periodo de duelo primario duraba nueve días, llamados novendialis, y que sin duda tienen que ver y son el origen de nuestras novenas, que sigue siendo como llamamos a los sufragios u ofrendas por los difuntos, aunque no duren necesariamente nueve días. El noveno día, la familia se reunía en la tumba para una libación que posiblemente incluía el vertido de una copa de vino y leche en el suelo, para propiciar al espíritu del fallecido.

La demostración del recuerdo a los familiares que habían pasado a mejor vida continuaba con el cuidado de sus tumbas, como todavía realizamos sobre todo en vísperas de Todos los Santos. Los romanos tenían en vez de esta festividad, que en México directamente se llama Día de los Muertos, una fecha especial: la Parentalia, un festival que se celebraba en febrero en honor a los parentes (difuntos familiares). En este festival, que duraba según parece también nueve días y durante el cual no había bodas ni juicios en todo el territorio romanizado, la familia se reunía en la tumba, limpia y arreglada al efecto, para officiar un sacrificio en el que, según Ovidio, había guirnalda de flores, trigo, pan empapado en vino, violetas o rosas, y en el que a veces también se ofrecía un banquete familiar reservando y derramando en el suelo la parte correspondiente a los difuntos.

La celebración de la Parentalia era una obligación legal del paterfamilias, que de no realizarse rompía los acuerdos y contratos que existían entre las partes viva y del ultramundo de la familia, pudiendo provocar el caos y la transformación vengativa de los manes. El día siguiente al del fin del festival se celebraba a medianoche la Feralia, momento en el que teóricamente las almas de los muertos podían caminar por nuestro mundo. Ese es el origen de que la medianoche sea la «hora bruja» por antonomasia y aquella en la que

en todas las antiguas películas de miedo los fantasmas cobraban vida. Otra costumbre romana que no sabíamos que era romana y que sigue viva en nuestro siglo XXI. Evidentemente en la Feralia, el paterfamilias ejercía una especie de exorcismo, renovando los lazos protectores entre ambos mundos y los «contratos» mutuos entre los vivos y muertos de la familia. Parece ser que al día siguiente los miembros de la casa se reunían para cenar y recordar a los difuntos. Todavía existe una «relación» entre todos nuestros familiares, estén vivos o no, como nos recuerda el insigne Groucho:

Todo lo que soy se lo debo a mi bisabuelo, el viejo Cyrus Tecumseh Flywheel. Si aún viviera, el mundo entero hablaría de él. ¿Que por qué? Porque si estuviera vivo tendría ciento cuarenta años.

Lo que está claro es que el cuidado de la tumba y el recuerdo a los familiares que ya no están era y es una obligación perpetua, garantía de la supervivencia de la familia.

En la película de Disney Coco, de 2017, que va sobre el Día de Difuntos en México, la canción central dice:

Recuérdame, hoy me tengo que ir, mi amor,
Recuérdame, no llores, por favor.

Y esto es, ya desde la antigua Roma, la única y fundamental petición de nuestros difuntos.

Para la celebración de los banquetes en honor a los muertos, tan cercanos a nuestro refrán «El muerto al hoyo y el vivo al bollo», los parques situados junto a las tumbas normalmente estaban equipados con bancos y mesas que a veces mostraban mosaicos con los platos típicos de esos momentos luctuosos. Del mismo modo, en el suelo podía haber tubos y pozos para verter las porciones dedicadas al difunto. En la actual Argelia sobrevive una inscripción romana que hace referencia a esta costumbre:

Nos complace colocar una mesa de piedra en la que, al poner comida y copas, recordamos sus muchos grandes actos para aliviar la pena que corroe nuestro pecho, libremente contamos historias hasta tarde y elogiamos a la buena y casta madre, que descansa en su vejez. Ella, que nos alimentó, descansa para siempre.

No existe un consenso entre lo que creían los romanos, digamos paganos, sobre la vida en el más allá; si había castigo y premio o no. Lo que sí parece

estar claro es que creían en la inmortalidad del alma, aunque fuera de una manera vaga, en la que esta perdiera su individualidad y memoria. Sí sabemos en cambio lo que cree Woody Allen sobre la muerte: «Morir es como dormir, pero sin levantarse a hacer pis».

La filosofía, las religiones místicas y finalmente el cristianismo fueron individualizando las almas de los difuntos y, de paso, cambiando los ritos funerarios, como se aprecia a partir del siglo II por el aumento de la inhumación y, por lo tanto, la sustitución de las tumbas o cenotafios por el uso cada vez más generalizado de sarcófagos. La inhumación es fundamental en el cristianismo primitivo (y en el catolicismo hasta hace un rato) porque una de las promesas de Jesús es la resurrección de los cuerpos, como decimos todavía en el Credo.

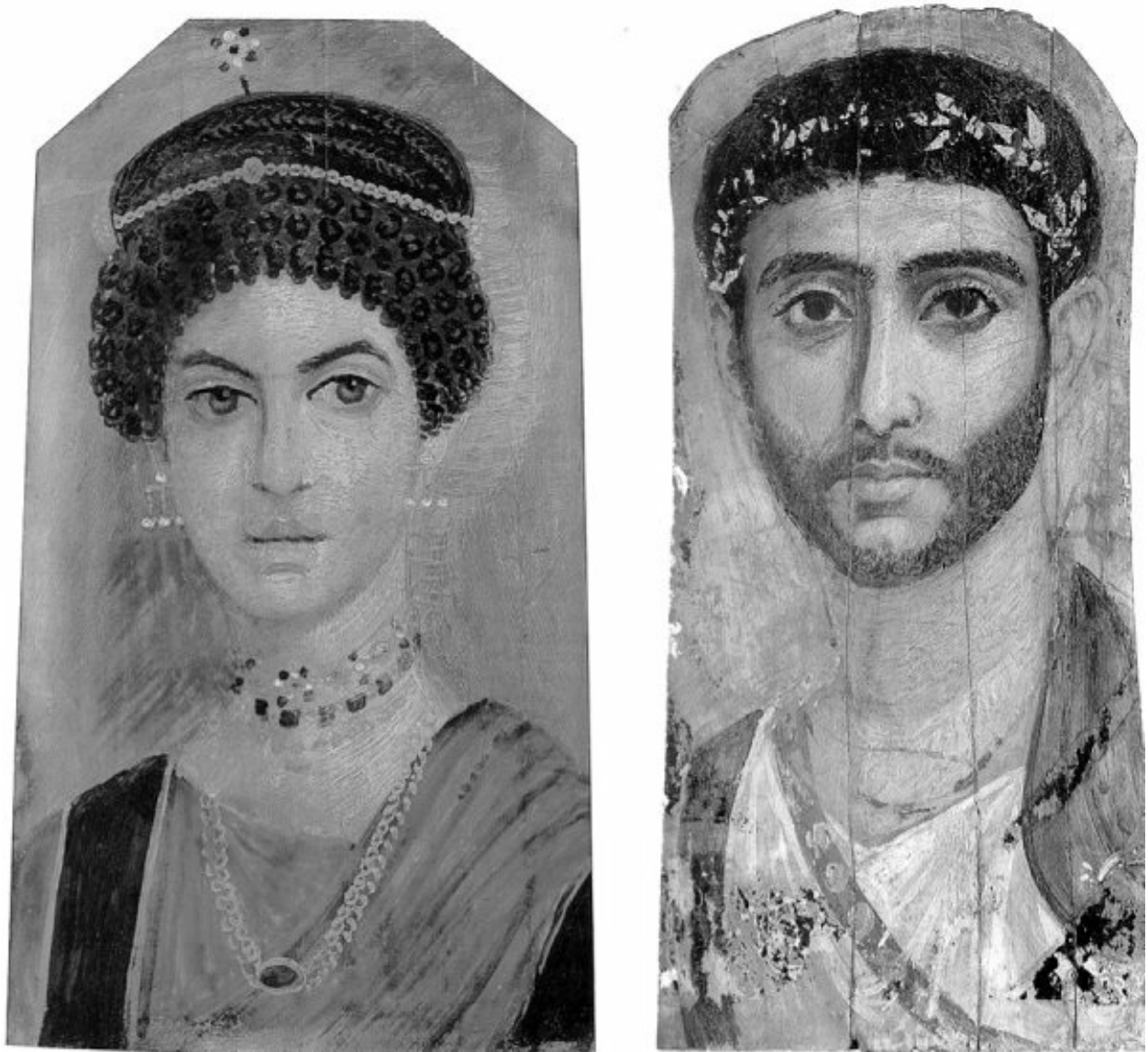
Personalmente pienso que decir que Dios necesita que el cuerpo exista físicamente para poder resucitarnos es opinar poco y mal sobre el poder de Dios, que, si es omnipotente, no precisará de aquel en ningún estado para resucitar a los justos, supongo.

Curiosamente los paganos incineraban completo todo el cuerpo, y si, por ejemplo, le faltaba la cabeza al finado —podía ser que se la hubieran cortado en una batalla y no se hubiese recuperado—, era necesario un ritual especial para evitar que el fallecido se convirtiera en un lémur que es otro nombre dado a los espíritus errantes o malignos que se divertían asustando a los vivos profiriendo gritos por las noches. A mediados de mayo, se celebraba la Lemuralia, un festival para alejar a los lémures de los hogares romanos. Nuestros lémures, los primates de Madagascar (la isla y la peli), fueron bautizados así por el gran Linneo, en honor a que son animales nocturnos que hacen además mucho ruido, como vimos en la película Madagascar (Dreamworks 2005), y en sus secuelas, en las que el rey de los lémures cantaba por la noche «Yo quiero marcha, marcha».

Otro problema con esto de los ritos ocurría cuando no se podía recuperar el cuerpo del difunto, por ejemplo en el caso de que hubiera fallecido en un naufragio. Para evitar que el alma del fallecido se convirtiera en lémur, se construía un cenotafio con el nombre y, si era posible, el retrato del finado, para que el alma encontrara un lugar de reposo. Además, se celebraban varios ritos, incluido el decir tres veces el nombre completo del muerto ante el monumento, para que fuera a habitarlo. Este rito, por cierto, se repite en

cientos de películas de miedo, donde si se dice tres veces el nombre del fantasma, se manifiesta o sale de su tumba o sarcófago. Como pasaba en *Bitelchus*, la película de 1988 protagonizada por Michael Keaton y que iba de fantasmas, aunque no exactamente de miedo, en la que si decías *Bitelchus* tres veces, este se manifestaba en toda su fealdad.

Los sarcófagos romanos se realizaban de manera individual o al por mayor, reservándose en ese caso un espacio a medio esculpir, para a última hora añadir en el hueco el retrato del difunto. Sea como fuere, los sarcófagos son uno de los medios más importantes por los que nos ha llegado la escultura tardía romana, también de la primitiva imaginería cristiana e incluso del retrato fúnebre en pintura, ya que especialmente en la provincia de El Fayum, Egipto, se encontraron multitud de momias de época romana (de los siglos I a.C. al II de nuestra era) en las que sobre una madera que cubría la cara de cada individuo, se pintaba un retrato realista. Los referidos casi siempre están en perfecto estado, de manera que gracias a esa costumbre contamos con la mayor colección de retratos naturalistas que nos ha llegado de la Antigüedad. La necesidad de que el retrato se pareciera al difunto, motivada por creencias religiosas egipcias, unida a lo mejor del arte griego-romano en su ejecución, nos han dado estas «instantáneas», merecedoras de ser contempladas despacio para ver y comparar, cara a cara con nuestros abuelos romanos de Egipto, lo poco que hemos cambiado.



Retratos de El Fayum, las caras de nuestros antepasados. Somos nosotros. Somos romanos.

Lucrecio, igual que nosotros, se pregunta qué ocurre tras la muerte:

¿Por qué se han de temer eternas penas
Más allá de la muerte?; no sabemos
Cuál es del alma la secreta esencia:
Si nace, o si al contrario, se insinúa
Al nacer en el cuerpo, y juntamente
Muere ella con nosotros; si del Orco
Corre vastas lagunas tenebrosas;
Si por orden divina va pasando
De cuerpo en cuerpo de los otros brutos (...)

El último verso insinúa que la reencarnación era, al menos en época de Lucrecio, el siglo I antes de Cristo, una posibilidad más que se barajaba entre las posibles supervivencias del alma. Buda, según esto, vivió en el siglo V a.C., así que a lo mejor esta creencia había llegado ya desde la India, quién sabe...

Lo fundamental es disfrutar de la vida mientras la tenemos y no agobiarnos con la muerte, porque como dice el dicho: «Todas las canciones terminan, pero esa no es razón para no disfrutar de la música».

Como hemos apuntado, morir se era muy caro. Por eso, empresas funerarias e incluso cooperativas construían a veces edificios de tumbas comunes, cuyas paredes soportaban un número variable de nichos, igual igual que cantaba Mecano en 1984 (No es serio este cementerio):

Aunque hay buenas tumbas,
están mejor los nichos,
porque cuestan más baratos
y no hay casi bichos.

Estos nichos u hornacinas podían contener cada uno hasta cuatro urnas. ¿Cómo se llamaba el edificio? Por su parecido con un palomar, se denominó columbarium (de columba, paloma). En la actualidad siguen llamándose casi igual, aunque ya nadie conoce el motivo ni identifica la palabra con su etimología avícola. Por cierto, que Christophorus Columbus debería traducirse como Cristóbal de la Paloma, más o menos, y no como Cristóbal Colón. Colombo, que es en italiano su apellido (y el del detective con gabardina que interpretaba Peter Falk en la serie de los setenta), todavía significa paloma en el bello idioma de Italia.

Son famosos en nuestros días los columbarios que han construido equipos de fútbol, como el Atleti, el Betis, el Español o mucho más lejos de lo que un romano soñara, el de Boca Juniors en Buenos Aires. Todos ellos te ofrecen la posibilidad, a cambio de un desembolso económico, de conservar tus cenizas en el estadio de tus amores durante 100 años (el sueño eterno no es ya tan largo, según parece). En Roma todavía podemos contemplar, ya sin mármoles ni pinturas, por desgracia, algún columbario, como el de Vigna Codini en la vía Apia (ojo, hay que solicitar previamente la visita). Tiene siete pisos de nichos. Los abuelos todo lo hacían a lo grande.

Los nichos, igual que ahora, eran más caros si estaban más a mano y más baratos los más altos. Junto con las catacumbas, eran la forma de

enterramiento más barata. Lo que tenían «tooodas» las tumbas en común era estar situadas en un parque o rodeadas de jardines, y disponer de un banco, muchas veces semicircular, para que los visitantes pudieran sentarse junto al sepulcro. Eran más verdes que nuestros cementerios mediterráneos actuales, entre otras cosas porque eran lugares donde los vivos se encontraban para comer, cosa que ahora no se nos ocurriría eso de ir de picnic a la tumba de la abuela...aunque igual que los romanos, visitamos las tumbas de nuestros ancestros, en su caso les rezamos, las adecentamos una vez al año por lo menos y les ponemos flores, como también hacían los romanos.

Los legionarios romanos estaban, por su profesión, bastante expuestos a la muerte. La solidaridad propia de los militares se mostraba de dos maneras, la primera era que parte de la paga de cada soldado se ahorraba para cumplir con los gastos funerarios de los compañeros y de uno mismo, cayera donde cayera la Parca. Por otra parte, se procuraba no abandonar en el campo el cadáver de ningún colega. Cuando eso ocurría era porque la debacle había sido total y el enemigo se había apoderado del campo de batalla. Si no, como dicen en las pelis, no se dejaba atrás a nadie. En ocasiones la cremación tenía que ser común para todos los fallecidos, pero se procuraba enviar las cenizas de cada uno de vuelta a Roma o, si era posible, a la ciudad de origen. Como dijo Ovidio: «Que la tierra de mis antepasados reciba mis cenizas».

Con el paso de los siglos y el establecimiento de guarniciones fijas en provincias, se construyeron cementerios permanentes en las afueras de los campamentos, el de la Legio VII Gemina, es decir, la capital leonesa, no ha sido localizado, pero podría estar próximo a la moderna calle Carreras y a la plaza del Espolón, ya que parece que en tiempos se descubrieron una serie de lápidas en la zona.

En Roma, las grandes tumbas de los personajes principales, como Julio César o Augusto, fueron saqueadas por los bárbaros, pero todavía puede contemplarse, aunque con muchas modificaciones, la fastuosa de nuestro paisano el emperador Adriano, cuyo mausoleo ha sido, por ejemplo, prisión, y que también fue alterado en la Edad Media para ser un castillo. Hoy lo conocemos como de Sant'Angelo, en la orilla vaticana del Tíber (sí, el enorme castillo circular donde el papa se escondió en 1527 de las tropas del César Carlos I de España). De todas formas, como dijo Séneca y decimos con razón todavía: «La muerte iguala a todos». Aunque el lo decía más

gráficamente: «Las cenizas nos hacen a todos iguales».

Una de las costumbres funerarias romanas son los epitafios de las tumbas, tal vez la expresión más triste y la que nos muestra todo lo que nos parecemos y lo poco que hemos cambiado en estos años. Los textos, inexistentes para civilizaciones anteriores, nos muestran que hoy sentimos el mismo dolor ante la marcha de un ser querido que nuestros abuelos romanos.

Al estar normalmente inscritos en piedra, en todas las tierras a orillas de nuestro mar (*mare nostrum*) y en la Europa que fue romana, se han encontrado y se conservan miles de estelas que conmemoran a los fallecidos. Muchas tienen en común en la parte superior las iniciales DM o DMS que significan *Dis manes* o *Dis manibus sacrum* (Espíritus de los muertos o Consagrado a los espíritus de los muertos) y que equivalen a nuestro RIP (Requiescat in pace), que está en latín, cómo no, y significa Descanse en paz. Esa es la última frase del requiem (vaya, también en latín), palabra que significa literalmente descanso, ya que la primera frase de la oración fúnebre cristiana dice: «Concédele, señor, el descanso eterno» y hasta el Concilio Vaticano II de 1965 se decía en latín: *Requiem aeternam dona ei domine et lux perpetua luceat ei. Requiescat in pace.*

Así, cuando nos referimos a una composición fúnebre, como el Requiem de Mozart, lo que decimos realmente es «El descanso de Mozart», como nos pasaba con lo de misa y otras palabras mal traídas desde el latín eclesiástico hasta nuestro español de a pie. Por cierto, la frase de en medio del requiem lo que quiere decir, como habrás adivinado, es: «Que luzca para él la luz perpetua».

Cuenta la leyenda que en el epitafio de Groucho Marx se lee: «Perdonen que no me levante». También en una ocasión dijo que le gustaría que en su tumba pusieran: «Aquí yace Groucho Marx; nunca besó a una chica fea» (ya que a veces decía que todas eran guapas). Lo que sí conocemos es que dijo sobre la muerte: «Tengo la intención de vivir para siempre, o morir en el intento».

En las estelas romana, además de ese DM a veces se añaden otras siglas, la más común es HI, *Hic iacet* o Aquí yace, pero también podemos encontrar frases más complejas y sorprendentes como HMNS, que significa que la tumba pertenece solo al muerto enterrado y no a sus herederos, que deberán construir otras. Las siglas se corresponden con: *Hoc monumentum heredem*

non sequitur. Las siglas VSF, en cambio, significan que la tumba se construyó en vida del finado, hombre previsor (Vivus sibi fecit). También son comunes y muy poéticas las siglas: STTL que significan «Que la tierra te sea leve» (Sit tibi terra levis). Como se ha dicho en otra parte del libro, lo de las siglas es obviamente un invento romano y la razón, simple, es que escribir (inscribir) en piedra es sumamente cansado.

Uno de los epitafios más famosos, fechado aparentemente en el siglo II, nos llama la atención porque en él nos habla la fallecida, consolando a los que quedaron aquí:

Desde el tiempo en que fui engendrada, la naturaleza me otorgó dos veces diez años, al cumplimiento de los cuales, en el séptimo día posterior y libre de las ataduras que nos unen con la vida pasé al descanso eterno. Esta vida me fue dada, así que Opio, esposo mío, no temas la muerte porque es de tontos perder las alegrías de la vida temiendo a la muerte todo el tiempo. Porque la muerte es la naturaleza, no el castigo de la humanidad; aquel que nace también tiene que morir. Opio, marido y amor mío, no te lamente por mí porque te haya precedido. Espero tu llegada en mi eterna cama de matrimonio.

El epitafio de otra mujer que partió antes que su marido nos dice:

DM Flavia Primitiva hizo esto para sí misma y para Restituto, su muy amado esposo, y para sus libertos, libertas y sus descendientes. Ni esplendor ni riquezas, sino tranquilidad para el espíritu y el cuerpo se ofrecen aquí.

Aunque lo normal es que sea el marido quien lo escriba:

Para Agileia Prima, conocida como Auguria. Esposa más allá de la eternidad; muy casta y frugal. Quien amó a su marido y su casa y sus posesiones inocentemente. Quinto Segundo, su marido, hizo este monumento para quien lo merecía y para él mismo cuando le llegue su hora.

Los de niños son desgarradores:

Bajo esta señal están sitios los huesos de Soteris. Yace enterrada, devorada por la impía muerte. No había cumplido dos veces tres años cuando fue obligada a entrar en la casa de los dioses oscuros. Los lamentos que su madre debía haberle causado a ella al morir, la hija los causó pronto a su madre.

Nuestro querido Marcial también escribió varios epitafios, sobre todo de niños, que nos han llegado a través de sus libros:

Aquí estoy enterrado yo, el dolor de Baso, el niño a quien la grandísima Roma dio la raza y el nombre. Seis meses me faltaban para cumplir los tres años, cuando las

tétricas diosas interrumpieron de mala manera mi tarea. ¿De qué me ha servido la hermosura, de qué la lengua, de qué la edad? Dedicar unas lágrimas, tú que lees esto, a mi túmulo.

Os recomiendo esta niña, la delicia de mis labios y de mi corazón. Que la pequeña Erocía no tiemble de miedo ante las tinieblas infernales y las fauces horribles del perro del Tártaro. Hubiera cumplido en seguida los fríos de seis inviernos, si no hubiera ella vivido otros tantos días de menos. Que juegue saltarina entre sus antepasados y que con su boquita balbuciente cante mi nombre. Que un césped suave cubra sus huesos y que tú, tierra, no seas pesada para ella: ella no lo ha sido para ti.

Nada da más pena que la tumba de un niño, aunque sea de hace 2000 años. Retrato fúnebre de una niña con su esquela mortuoria.

Aquel conocido liberto Melior que murió entre el dolor de Roma entera, breve deleite de su querido patrón Glaucias, yace inhumado bajo esta losa en un sepulcro junto a la vía Flaminia. Casto por sus costumbres, íntegro por su pudor, rápido de ingenio, afortunado por su hermosura. A sus doce meses recién cumplidas, apenas añadía el muchacho un solo año. Caminante que lloras estas pérdidas, ojalá no llores nunca más por nada.

Ovidio, por carta, también nos demuestra lo poco que nos diferenciamos, ya que ante la muerte sentimos el mismo dolor que nuestros abuelos romanos:

Con razón, pues, derramo lágrimas en honor de la muerte de Celso, lágrimas que él derramó por mí estando vivo, cuando partí para el destierro: con razón te dedico estos versos que atestiguan tu singular modo de comportarte, para que quienes vivan en un futuro lean tu nombre, Celso. Esto es lo que puedo enviarte desde mi exilio: aquí solo papel y pluma me es lícito tener. No pude asistir a tus funerales ni ungir tu cuerpo, y de tu pira me separa todo el orbe.

En la película de 1994 dirigida por Mike Newell Cuatro bodas y un funeral, se lee con motivo del deceso un poema fúnebre, escrito originalmente por el poeta homosexual inglés (nacionalizado americano) Wystan Hugh Auden (1907-1973), que aunque cita modernos inventos, también es digno de figurar entre los lamentos fúnebres romanos y eternos:

Parad todos los relojes, cortad los teléfonos,
Impedid, con un jugoso hueso, que el perro ladre,
Callad los pianos y, con el ruido de un apagado tambor,
Mostrad el ataúd, dejad que las plañideras se acerquen.

Que los aviones hagan círculos, gimoteando, sobre nosotros,
Escribiendo en el cielo el mensaje: Él ha muerto,
Poned crespones en los cuellos blancos de las públicas palomas,
Dejad que los guardias de tráfico usen guantes de algodón negros.

Él fue mi Norte, mi Sur, mi Este y mi Oeste,
Mi semana laboral y mi descanso dominical,
Mi amanecer, mi medianoche, mi voz, mi canción;
Pensaba que el amor duraría para siempre: estaba equivocado.

No se desean ahora estrellas: apagalas una a una;
Empaquetad la luna y desmantelad el sol;

Lejos verted el océano y barred el bosque.
Pues ahora de ninguna manera puede haber nada bueno.

La escena con el novio del fallecido declamando en alto el poema no se nos ha olvidado a nadie que hayamos visto la película, y gracias a ella el trabajo de Auden ha sido reivindicado desde entonces. No solo este triste poema, sino su obra y su vida. Como dijo Marcial: «Tarde les llega la gloria a las cenizas».

Pero al menos, gloria es. El alma de Auden, como las almas de Celso, el amigo de Ovidio, o de la niña Eroción o el niño Baso, veinte siglos después viven todavía un poco, si nos causa todavía lástima leer sus epitafios.

Si muero joven, enterradme en satén,
Acostadme en una cama de rosas,
Hundidme en el río al amanecer,
Enviadme lejos con una canción de amor.

Podría ser el poema de algún antiguo romano, pero es parte de la letra de la canción If I die Young del año 2010, compuesta por el grupo norteamericano The Band Perry, formado por los hermanos Reid, Neil y Kimberly Perry. Estrofa que muestra todo lo que nos parecemos todavía y que menciona las rosas que seguimos usando en todas las ocasiones, también en los funerales (del latín funeralis), en ocasiones fúnebres (del latín funebris) o para evitar que los cementerios sean lugares lúgubres (del latín lugubris), flores que los romanos, junto con las violetas, empleaban para muchas cosas y especialmente para adornar las tumbas. También en algún epitafio romano se desea que las cenizas del fallecido se conviertan en flores:

Aquí yace Optato, un niño ennoblecido por su devoción a los dioses. Rezo para que sus cenizas sean convertidas en violetas y rosas y pido a la tierra, quien es su madre ahora, sea ligera con él, porque la vida del niño no fue una carga para nadie.

Al igual que en la ya citada canción de Javier Krahe El cromosoma, de 1981, se dice:

Tranquilo puedo vivirme mi historia
Sabiendo que a las puertas de la gloria
Mi nariz no se asoma.
La muerte no me llena de tristeza,
Las flores que saldrán de mi cabeza

Algo darán de aroma.

En la canción partisana *Bella Ciao*, ahora de nuevo popular por la serie *La casa de papel*, se canta también que la flor bajo la que se entierra al partisano hará que la gente al pasar diga: «¡Qué bella flor!».

Evidentemente, las flores son desde al menos la Roma antigua símbolos de renacimiento y rejuvenecimiento, a la vez que evocan la brevedad de la vida, siendo efímeras como son. Por eso al visitar las tumbas de sus difuntos, los romanos les llevaban flores igual que todavía hacemos. Las rosas rojas también tienen un color similar al de la sangre, por lo que pueden evocar otros significados, de hecho, el ejército romano tenía su propio festival de rosas, o *Rosalia*, en el que se adornaban las armas con guirnaldas y flores, como en Portugal todavía ocurrió en la Revolución de los Claveles (flor bastante más ibérica), el 25 de abril de 1974. Venus, curiosamente, era agasajada con rosas en sus festividades del 1 y 23 de abril, casi coincidiendo con la fecha de esa revolución portuguesa.

Nuestros cementerios, los de los pueblos más romanos y romanizados de orillas del Mediterráneo, Atlántico y Pacífico, todavía están exultantes de flores al menos en vísperas de Todos los Santos, asunto este considerado bastante chocante, por pagano, por parte de los bárbaros anglosajones protestantes. Peor para ellos, que sus cementerios son tan tristes que sirven solo como escenarios para películas de miedo y fiestas de Halloween.

Diógenes Laercio fue quien dijo en el siglo III «De los muertos no se habla mal», igual que todavía en la canción de la banda sueca *Perkele*, del año 2003, se dice eso de:

Todo el mundo te quiere cuando estás muerto.
¿Realmente te importa cuando estás seis pies bajo tierra?

En eso tampoco hemos cambiado, no hay como morir para que todo el mundo hable bien de uno, es ley de vida...

Según la Wikipedia, en la recopilación anónima *Historia Augusta*, escrita después del 285 de nuestra era, nuestro emperador y vecino, el andaluz y romano Adriano, escribió un bello poema en su lecho de muerte, que creo merece la pena reproducir aquí:

Pequeña alma, suave, errante
Huésped y amiga del cuerpo,

¿Dónde morarás ahora,
Pálida, rígida, desnuda,
Incapaz de jugar como antes?

Terminemos este triste episodio festejando entonces que todavía estamos vivos y, a la vez, tomando buena nota del consejo del amigo Marcial, que nos ha guiado a través de estos quince capítulos en los que hemos visto lo romanos que somos y lo bueno que sería irse de cañas con él:

Dices que empezarás a vivir mañana, mañana dices, Póstumo, siempre. Dime, ese mañana, Póstumo, ¿cuándo llega? ¡Qué lejos está ese mañana! ¿Dónde está? ¿Dónde hay que ir a buscarlo? ¿Se oculta quizás entre los partos y los armenios? Ese mañana tiene ya los años de Príamo o de Néstor. Ese mañana, ¿por cuánto, dime, se puede comprar? ¿Vivirás mañana? Vivir hoy es ya ir con retraso. Persona sensata es, Póstumo, quien ya vivió ayer.

Etc. quiere decir et cetera, en español etcétera, literalmente «y lo demás»; es la mejor frase para terminar el repaso a las antiguas costumbres romanas que seguimos manteniendo, porque, ya estarás de acuerdo conmigo, somos romanos. Espero que algo te haya gustado, que en alguna línea hayas sonreído y que te hayas entretenido. No puedo terminar sin citar de nuevo a nuestro amigo Marcial y hacer mías sus palabras: «Si hay algo en mi librito que guste, me lo dictó el oyente».

Así que, gracias. Te saludo: Ave.

Magerit a.D. MMXIX

ORACIÓN, DESPEDIDA Y CIERRE

ASÍ SE LLAMABA EL ESPACIO con el que, cuando yo era pequeño, se terminaba la programación en Televisión Española. En la primera o en la segunda cadena, que era lo que había. Efectivamente, se veía una oración católica en la pantalla o se escuchaba una lectura en off de un pasaje de la Biblia y, a continuación, sobre imágenes de Franco y la bandera de España con el águila de san Juan, sonaba nuestro himno: la Marcha Real. Después, unos segundos de la carta de ajuste, una cartela que servía para encajar manualmente la imagen, y luego nada. Nieve. El final. Así me siento, terminado. Cuando escribo estas líneas, me doy cuenta de que ya ha concluido la programación y me queda mucho por decir. Y lo poco que he dicho podía haberlo hecho mejor.

Nuestra tierra fue llamada Hispania por los primeros romanos, nuestros antecesores. Hispania se tradujo como España en nuestro idioma. Hoy no querer ser español, europeo y, por tanto, romano, pudiendo serlo, es triste, estúpido y producto únicamente de la ignorancia que ha creado la imbécil política educativa y una democracia centrífuga. Albert Camus (1913-1960), entre otras cosas luchador en la Resistencia francesa contra Hitler, dijo aquello de: «Amo demasiado a mi país como para ser nacionalista». Y, curiosamente, refiriéndose a nuestra guerra civil añadió:

Fue en España donde mi generación aprendió que uno puede tener razón y ser derrotado, que la fuerza puede destruir el alma y que a veces el coraje no obtiene recompensa.

Creo firmemente que merece la pena la lucha. Que mientras los nacionalismos no se dan cuenta de que no se puede ser europeo ni romano sin ser hispano; mientras los bárbaros de nuestros días habitan odiando nuestras ciudades y atropellan o disparan a nuestros hijos al tiempo que ocultan y encierran a sus mujeres tras velos de ignorancia; mientras todo cae a nuestro alrededor, todavía merece la pena levantarse cada día y luchar. A riesgo de ser pesado, quiero despedirme como es debido, recordándote que eres romano y que los romanos nunca se rinden. Afortunadamente, tenemos a nuestro lado a todos los pueblos latinos, que son tan de bronce como la

estatua de Marco Aurelio. Latinoamérica puede ser el lugar donde la resistencia a la barbarie sobreviva y crezca. En el magnífico artículo de Guy Sorman, «Todos somos romanos» se lee:

En realidad los países occidentales modernos no tenemos un origen étnico sino institucional, y si descendemos de algo o de alguien es sobre todo del Imperio romano (...) En vez de resucitar falsas identidades —galas, celtas, magiares, etcétera— tenemos que plantearnos que seguimos siendo romanos, porque el Imperio romano nunca desapareció.

Desde hace miles de años hasta hace un rato, como hemos visto, quienes nos han gobernado nos han querido ignorantes; ignorantes de muchos de nuestros héroes, de nuestras grandes hazañas, de sentirnos orgullosos de ser el pueblo que le regaló al mundo un nuevo continente. Un Nuevo Mundo donde algunos de nuestros soldados fueron sacrificados abriéndoles el pecho y sacándoles el corazón, mientras aún palpitaba, sobre un altar de fría piedra. Nosotros llevamos Roma más allá de donde Roma había llegado. Por eso los habitantes hispanos del Nuevo Mundo son tan hispanos y tan romanos como nosotros lo somos, y hablamos latín parecido. Los vecinos portugueses tanto como nosotros.

Hoy, la tele ya no se termina por la noche con una oración; la hace quien quiere, rezando al Dios en el que crea o a ninguno. Una bonita oración romana para despedir este día y dedicársela a nuestra idea de Roma, podría ser: «Que los dioses te amen bien».

Afortunadamente, Franco no sale ya cada noche, salvo en las pesadillas de algunos. Y en cuanto a nuestro himno español, excepto en alguna que otra ocasión oficial, cuando más sale en la tele es cuando celebramos triunfos de nuestros deportistas en muchas disciplinas, incluso en mundiales de fútbol —ciencia ficción hasta hace un rato, eso de que España ganara un Mundial—. Hoy hay quien grita orgulloso eso de «Yo soy español, español, español», pero hay también quien pone palos en nuestras ruedas, quien no se da cuenta de que siendo español se es romano, y solo siendo romano se es partícipe del derecho, de la democracia, de la salud pública, del Estado de derecho, de la libertad. El mismo Albert Camus, que se sabía romano, también dijo:

Algún día habrá de caer la estúpida frontera que separa nuestros dos territorios (Francia e Italia) que, junto con España, forman una nación.

Esa frontera ya no existe. Al igual que cuando Roma era Roma tampoco existía. Es más, las fronteras de la Europa libre, están mucho más allá. Aunque Gran Bretaña prefiera de momento ser más sajona y por lo tanto más bárbara que romana.

Nunca, desde la República romana hasta los días de nuestra Unión Europea, hemos tenido unas democracias tan estables. Todos, incluso bárbaros a cuya tierra nunca llegó el pie de un legionario romano o hispano, hoy disfrutan de la idea de derecho que Roma creó y que se convirtió en la obra más duradera, más incluso que el mármol. Roma nos la dejó para que la hiciéramos crecer, la extendiéramos por todo el mundo y continuáramos la lucha contra la barbarie allí donde la encontráramos. Los latinos de ambos hemisferios somos hoy más de quinientos millones de personas que, si un día remamos hacia el mismo lado, haremos que la Tierra gire a nuestro ritmo. El mundo será romano o no será.

Esa era mi despedida, y cierro este libro con las frases que deseo se cumplan también en este caso:

Nullus est liber tam mallus, ut non aliqua parte prosit.
Ningún libro es tan malo como para que al menos una parte de él, sea útil.
Plinio el Viejo, siglo I.

No hay libro tan malo que no tenga algo bueno.
Miguel de Cervantes Saavedra, siglo XVII.

ANNEXUM

DICHOS

LA MAYORÍA DE LO QUE NOSOTROS LLAMAMOS DICHOS son realmente frases célebres de famosos autores romanos. No nos consta que todas fueran exactamente de uso popular entonces, aunque hoy sí lo sean. Sin embargo, y desde hace siglos, las usamos sin saber quién fue su autor ni, la mayoría de las veces, lo que significaron en su origen. He seleccionado unos cuantos dichos que me parecen significativos, pero los hay a montones, hasta el punto de que si cogemos nuestro refranero y lo comparamos con el romano, no son tan distintos.

—A caballo regalado, no le mires los dientes

O el dentado, para que rime. San Jerónimo, primer traductor de la Biblia al latín, cita este dicho como ya entonces de uso popular (*vulgare proverbium est*) en una carta en la que se defiende de las acusaciones que le hacen de no ser lo bastante erudito y exacto en su traducción de la Biblia: «No juzgues un trabajo que te dan gratis y, como dice el refrán popular, “No mires los dientes de un caballo regalado”». En latín se dice: *Noli equi dentes inspicere donati*.

—A cada uno, lo suyo

Principio jurídico básico del Derecho romano y, por lo tanto, del nuestro. Para vergüenza y oprobio de nuestra memoria, figuraba en alemán (*Jedem das Seine*) en la reja de entrada del campo de concentración de Buchenwald, cerca de Weimar, en Alemania, donde se estima que fueron aniquiladas unas 56 000 personas entre 1937 y 1945. Posteriormente fue utilizado por el NKVD soviético para colaboradores con el nazismo. Entre los presos que sobrevivieron a la guerra se encontraban Léon Blum o Édouard Daladier, que fueron ambos primeros ministros de Francia en distintas épocas, el premio Nobel húngaro Imre Kertész o el exministro español de cultura Jorge Semprún. Nuestros abuelos romanos lo escribían: *Suum cuique tribuere*.

—A Dios rogando y con el mazo dando

Lo que decían en Roma es que, aunque esperes que te ayude Minerva, muevas también tus manos (*Cum Minerva etiam manus move*) y también que los dioses ayudan a los que trabajan, o que la ciencia surge mientras trabajas. *Scientia ac labore*.

El lema benedictino, si no me equivoco, era *Ora et labora*, Reza y trabaja. Hace mucho me contaron una anécdota como origen de la frase cristiana: Yendo santo Domingo en un carro, se le rompió una rueda; el conductor le dijo que rezara para que la rueda se arreglara, a lo que el santo en ciernes le contestó: «vale, yo rezo, pero tú vete dándole al

martillo». Se entiende que para desembarazar la rueda y poder cambiarla.

—A grandes males, grandes remedios

Consejo que ya sabían nuestros abuelos romanos y que todavía usamos. En latín se dice: *Extrema malis extrema remedia*. Viene a decir que las grandes catástrofes deben superarse con todos los medios a nuestro alcance.

—A río revuelto, ganancia de pescadores

Nuestros abuelos también pescaban en río revuelto (*Piscare in turbido*), aunque no he averiguado quién dijo primero este gran refrán. Aparece en castellano en *La Celestina* (1499), *La lozana andaluza* (1528) o *La pícara Justina* (1605). Lo explica muy bien Francisco de Paula Valladar en su poema de 1886 *Fiesta del Corpus en Granada*:

En política y amores,
Hoy anda (sin andadores)
En España el diablo suelto,
Y al fin logra a río revuelto
Ganancia de pescadores.

—Adivina quién te dio

Julius Pollux, escritor del siglo II, en la única obra que le ha sobrevivido, *Onomasticon* (escrita en griego), describe en un juego infantil parecido a nuestra gallinita ciega el origen de esta frase: se supone que el que la ligaba, vendados los ojos, debía adivinar quién le golpeaba; si lo acertaba ya no la ligaba. Así pues, la frase era, a lo mejor, el nombre de un juego infantil, sin más. En la Vulgata, aparece la frase en el Evangelio de san Lucas 22-64 en las burlas que hacían a Jesús pegándole tras cubrirle la cara: «*Quis est, qui te percussit?*».

—Ahora o nunca

En latín, *Nunc aut nunquam es*, además de una frase que usamos para animarnos a realizar algo, el lema de los comandos del ejército holandés. Lo dijo Petronio hace un tiempo.

—Al buen entendedor, pocas palabras bastan

Refrán muchas veces utilizado en nuestra literatura clásica, como nos recuerda la Real Academia de la Lengua: «Pocas palabras cumplen al buen entendedor» (*Libro de Buen Amor*, 1610). «A buen entendedor...» (*La Celestina*, VIII, 23). «Al buen entendedor, pocas palabras» (*El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, II, 37). En romano: *Intelligenti pauca...*

—Aplicáte el cuento

Dícese de los que predicán y no cumplen lo que predicán. Plauto lo dijo así en su comedia

Asinaria: *Facias ipse quod faciamus nobis suades.*

—Aquí fue Troya

Frase que dijo Virgilio en la Eneida 3-10-11 —*Ubi Troia fuit*—, y que sigue utilizándose para señalar los restos, reales o figurados, de una riña o reyerta. Cervantes la usa dos veces en el Quijote, como en el capítulo 66 de la segunda parte, cuando el hidalgo vuelve a pasar por el sitio donde fue derribado: «Aquí fue Troya; aquí mi desdicha y no mi cobardía se llevó mis alcanzadas glorias».

—Asomar la oreja

Mateo Alemán, en su Guzmán de Alfarache, de 1604, nos explica el origen de la frase: «Un tal Fabio Albiano o Aviano, filósofo romano, escribió un cuento en el que un burro se disfrazaba de león para asustar a los demás animales, quienes al ver que, a pesar del disfraz, por las orejas se le conocía, le dieron su merecido». En romano se decía algo así como: *Auris aliquet.*

—Aunque la mona se vista de seda... mona se queda

Luciano, uno de los primeros humoristas, que vivió en tiempos de Marco Aurelio, dice en uno de sus Diálogos: «la mona siempre es mona, aunque se vista de púrpura», si bien parece que la frase ya figura en una de las fábulas de Esopo del siglo VI a.C. Erasmo de Rotterdam en el siglo XVI o Iriarte en el XVIII, entre otros, también la citan. Tal vez sea uno de los dichos más antiguos de la humanidad. Los abuelos decían: *Simia semper simia est, etiam si purpura vestiatur.*

—Aves del mismo plumaje vuelan juntas

También es un refrán más usado en los países sajones: *Birds of the same feather, flock together.* La versión romana más popular hablaba de que los grajos se sientan con los grajos (*Graculus graculo assidet*), pero no dice nada de cuando el grajo vuela bajo, ni de lo del frío. También se decía «Hombres de la misma harina» —*Homines sunt eiusdem farinae*—.

—Bien está lo que bien termina

O en su variante: «Bien está lo que bien acaba». Es una frase que ya aparece citada como dicho romano (*Historia*, 67) en la compilación de anécdotas e historias, probablemente escrita en el siglo XIII, con el título *Gesta Romanorum*, o Gestas de los romanos. La variante que me gusta más es: *Boni principii bonus finis*, que más bien quiere decir «Bien termina lo que bien empieza».

—Cada cual cosecha lo que ha sembrado

Lo cual quiere decir que, al menos Cicerón, autor de la frase, consideraba el «karma» como una posibilidad: *Ut sementem feceris, ita metes.*

—Cada pecado lleva su penitencia

Juvenal lo que dijo exactamente fue «cada crimen tiene su castigo», como la obra *Crimen y Castigo* publicada en 1866 por Dostoievski, pero con el mismo sentido. Nuestro Séneca también decía: *Prima illa et maxima peccantium est poena peccasse*, que significa «El primer y mayor castigo del criminal, es haber cometido la falta».

—Caer de la sartén al fuego

Parece que lo dijo Tertuliano, ya en el siglo III. También se decía: *Evitata Charybdi in Scyllam incidere*, que quiere decir: «Evitar a Caribdis para caer en Escila». Escila y Caribdis eran los monstruos que custodiaban el estrecho de Messina. De Málaga a Malagón; de Guatemala a Guatepeor, por ejemplo, tienen el mismo sentido. En el libro escrito por J. R. R. Tolkien y publicado en 1937, *El Hobbit*, hay un capítulo que se titula como este dicho y donde se puede leer:

—¡Qué haremos, qué haremos!, gritó, ¡Salir de trasgos para caer en lobos! Y esto llegó a ser un proverbio, aunque ahora decimos «de la sartén al fuego» en las situaciones incómodas de este tipo.

—Caliente como un horno

Lo dijo Petronio en el *Satiricón*. Y eso que no había pasado un verano en Jaén: *Sic calet tanquam furnus*.

—Calumnia, que algo queda

Dicho romano popularizado muchos siglos después por sir Francis Bacon, quien falleció en 1626. Fue calumniado y algo quedó. Todavía se usa mucho en política. En latín se dice: *Calumniare fortiter, et aliquid adhaerebit*; que dice más exactamente: «Calumnia más fuerte, que siempre quedará algo».

—Círculo vicioso

Es una frase proveniente de la lógica, que se refiere a una falacia en la que se presupone la proposición de una de las premisas, es decir, un rollo macabeo (*Circulus vitiosus*). En economía, más cerca del sentido que hoy le damos, es el principio que se opone al «círculo virtuoso».

—Como lee poco, sabe poco

Solo hay que leer más, para saber más. Ya lo decían nuestros abuelos. Cervantes decía: «El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho».

En el Evangelio de san Mateo (24:15) se lee *Qui legit, intellegat*, que podría traducirse como: «El que lee, sabe».

—Con los pies por delante

Cuando uno dice eso de que solo le sacarán de aquí con los pies por delante, aunque sea una exageración, se refiere a la costumbre fúnebre romana en la que al finado se le sacaba de la casa en el ataúd con los pies efectivamente apuntando hacia la puerta, por delante. Un poco como un rito que cerraba el hecho de que normalmente nacemos de cabeza, por eso, la última vez que salimos de nuestra casa, lo hacemos al revés. Sería algo así como: *Pedibus praemisit*.

—Con pan y vino se anda el camino

Fíjate que pareciera refrán castizo y castellano, y ya lo usaba el abuelo romano: *Cum pane et vino conficietur iter*. Y es una gran verdad desde hace dos mil años.

—Con un grano de sal

Eso de que no hay que tomar todo al pie de la letra, ya lo mencionaba Plinio el Mayor (por no llamarle viejo todo el rato) en nuestro siglo I con el mismo sentido escéptico. *Cum grano salis*. No confundir con la frase de Mary Poppins, «con un poco de azúcar», que no tiene nada que ver.

—Con uñas y dientes

Así hay que defenderse, hombre. *Cum unguibus et rostro*, con uñas y hocico, como gato panza arriba. Hay una canción mexicana, una buena ranchera, con el mismo título, que cantaba el mariachi Vicente Fernández:

Amor como el nuestro hay pocos
Hay que tenerlo presente
Por eso hay que defendernos
Siempre con uñas y dientes.

—Conócete a ti mismo

Aunque originalmente es una frase griega que estaba escrita en el frontis del templo de Apolo en Delfos, la popularizó Cicerón en su versión latina: *Nosce te ipsum*. En la película *Matrix* (1999), cuando Neo visita al oráculo, encima de la puerta hay un cartel con la frase *Temet nosce*, que en la peli se traduce también con el mismo sentido, aunque no sea exactamente latín.

—Contra viento y marea

Frase atribuida a Lucrecio (*De Rerum Natura* 4971) y a Petronio (*Satiricón* 83). También parece ser en la que se basa la atribuida a Felipe II tras el desastre de la Armada: «No envíe mis barcos a luchar contra los elementos». Frase apócrifa, por mucho que la apunte Modesto Lafuente. Los latinos también utilizaban para decir lo mismo, «Ir contra la corriente del río» —*Contra impetum fluminis tendis*—.

—Cría cuervos

El dicho termina: Y te sacarán los ojos. *Corvum in sinu foves*. Los romanos, por si acaso, recomendaban en su refrán no alimentar a ningún animal con uñas en forma de gancho. En 1975 Carlos Saura dirigió una película con el mismo título en la que debutó una niña llamada Ana Torrent. Ganadora del festival de Cannes, en la banda sonora destacaba la canción *Por qué te vas*, compuesta por José Luis Perales e interpretada por Jeannette, que llegó a ser número uno en Francia y Alemania: Hoy en mí ventana brilla el sol...

—Cuando menos se espera, salta la liebre

Los abuelos romanos lo que decían exactamente es que, cuando menos se espera, salta el pez; pero el sentido es el mismo: *Quo minime reris, gurgite piscis erit*.

—Cuando te falta lo deseas, cuando lo tienes, no lo quieres

Plauto, en el siglo III a.C., ya apuntó esta verdad que sigue siendo válida tantos años más tarde y mientras el hombre sea hombre. Deseamos lo que no tenemos, mientras no lo tenemos. O no sabemos lo que queremos, que también nos pasa. O que cuando queremos, ella no, y cuando ella quiere, nosotros no. *Ubi velis, nolunt; ubi nolis, volunt ultro*.

—Cuanto más tienes, más quieres

Lo dijo Horacio en sus epístolas (II) en el siglo I a.C. Ya se sabe que la pobreza desea algo, la riqueza demasiado y la avaricia todo, y así nos va, que unos tienen demasiado, pero, como decía Marcial, no les parece bastante nunca. Una de las versiones del refrán original romano dice: *Quo plus sunt potae, plus sitiuntur aquae*, que viene a significar que «Cuanto más beben, más agua quieren».

—Cualquier tiempo pasado fue mejor

Lo verdaderamente curioso es que este dicho sobre el pasado se dijera ya hace tanto tiempo. *Semper anteriora meliora*.

—De grandes cenas están las sepulturas llenas

Los romanos antiguos, famosos por sus opíparas cenas —al menos los que podían permitírselas—, decían también que la gula mataba más que la espada. Cervantes, ya lo apuntamos, asimismo dijo: «Come poco y cena menos, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago».

En esa línea está una de las versiones latinas del refrán: *Cena brevis, vel cena levis, fit raro molesta*.

—De los errores, se aprende

Errando, discitur. Pues sí, aunque lo mejor es que los experimentos sean con gaseosa, como decía mi madre. En cambio Woody Allen dijo: «Si no te equivocas de vez en cuando, es que no lo intentas».

—De mano en mano

Como la falsa moneda. De manu in manum. Cicerón, en Ad Familiares 7.5, y Erasmo de Rotterdam, en sus Adagios 4.5.29, ya lo decían con el mismo sentido de la copla:

Eres como la falsa moneda,
Que de mano en mano va
Y ninguno se la queda.

—De tal padre, tal hijo

Los romanos también decían que «De tal semilla, tal fruto» o, como más popularmente se dice, «De tal palo, tal astilla». También decían que «De tal madre, tal hija», no eran machistas con el uso y disfrute de este refrán. Talis pater, talis filius.

—Del árbol caído, todos hacen leña

Dícese que del grande y orgulloso ayer, una vez derribado, todos le criticamos. Arbore deiecta, ligna quivis colligit. Erasmo de Rotterdam, en el XVI, ya cita este proverbio como viejo dicho romano, del que hay versiones a tutiplén. Samaniego en sus Fábulas, en 1784, contaba:

Que, como la experiencia nos enseña,
De árbol caído todos hacen leña.
Cebados a porfía,
Lo sitiaban sangrientos y feroces.

—Del dicho al hecho hay mucho trecho

En la antigua Roma se decía que «Del dicho al hecho hay un monte» o sea, que es difícil cumplir lo que se dice; es fácil decirlo, pero difícil hacerlo. Inter verba et actus, magnus quidam mons est.

—Desvestir a un santo para vestir a otro

Los romanos clásicos, paganos ellos, decían «Desvestir un altar para vestir otro», pero quiere decir exactamente lo mismo y se dice así: Alium spoliat, ut alium ditet. En el campo manchego también se dice «Hacer un hoyo para tapar otro».

—Dime con quién andas y te diré quién eres

Arnobio de Sicca, retórico pagano convertido al cristianismo en nuestro siglo IV, apuntó este dicho que todavía repetimos. Cervantes, en el Quijote (II, 10 y 23), lo repite: «Dime con quién andas, decirte he quién eres». En latín: Cum quo aliquis iungitur, talis erit.

—Dios mira las manos limpias, no las llenas

Frase de Publilio Siro, del siglo I a.C., que no usamos ya mucho en nuestra época descreída, pero que aparece similar hasta en la Biblia, en los Salmos 24:3:

¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos, y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a la vanidad, ni jurado con engaño.

En latín, el refrán dice: *Deo magis placet qui sibi puras quam qui plenas manus praebet.*

—Divide y vencerás

Parece frase atribuida al mismísimo Julio César, luego repetida por Maquiavelo y Napoleón, entre otros. Resulta que ahora, en vez de referirse a estrategias o al juego del Risk, es, tantos años después, uno de los más importantes paradigmas del diseño algorítmico y la base de los algoritmos eficientes con los que funciona toda la inteligencia artificial actual, como Google, por ejemplo. El método se basa en la resolución de un problema dividiéndolo en trocitos para, después de resolver los trocitos, unirlos todo y acabar de solucionarlo. *Divide et impera.*

—Donde fueres, haz como vieres

Viene de un antiguo refrán romano vulgar que decía textualmente: «Cuando a Roma fueres, compórtate como los romanos», o lo que es lo mismo: *Cum Roma fueris, romano vivito more.*

—Donde hubo llamas, quedan brasas

Reconozcámoslo, a nadie le cae bien el / la ex de su pareja, digamos lo que digamos. También lo dijo Virgilio en *La Eneida*. En esa obra, la reina Dido reconoce las huellas que quedan donde hubo llamas: *Adgnosco veteris vestigia flammae.* Daddy Yankee, en 2017, en su canción *Donde hubo fuego cenizas quedan*, cantaba:

Siempre yo sé que
Estas pendiente, mami
Sé que me deseas
Donde hubo fuego
Cenizas quedan,
Mami tus ojos me celan.

—Dos no pelean si uno no quiere

Parece ser frase de nuestro Séneca, quien dijo, literalmente, que «La disputa termina si solo hay uno que quiera discutir» —*Nisi paria non pugnant*—. El rapero Kinder Malo, en 2015, en su canción *La ley de Eddie Murphy*, decía:

Dos no se pelean si uno no quiere,
Tú eras mi amigo y por eso me duele,
Me buscan en la calle y estoy en la tele.

—El amor es ciego

Plauto (siglo III a.C.) en su *Miles Gloriosus* ya dijo esto (*Amor caecus est*) que tan verdad viene siendo todavía dos mil y muchos años después. Hay un cuento muy bonito que añade: «El amor es ciego y siempre va de la mano de la locura».

—El amor lo puede todo

Frase de Virgilio, *Amor omnia vincit*, que debería ser el lema de todas las parejas.

—El césped del vecino es siempre más verde

Es refrán más inglés que español, ya que aquí tener césped es complicado; pero en Roma ya se decía en el sentido que pensamos: que el prójimo siempre es más feliz y lo suyo mola más. Los abuelos lo decían así: *Fertilior seges est alienis semper in agris*.

—El conocimiento es poder

Aunque atribuida a sir Francis Bacon y escrita tal cual por Thomas Hobbes en 1667, aparece en romano en la Vulgata. *Vir sapiens fortis est, et vir doctus robustus et validus* (Proverbios 24,5). Con el mismo título, hay un videojuego de preguntas y respuestas para la PS4 de Sony. La frase de Hobbes es: *Ipsa scientia potestas est*.

—El dinero es el motor de la guerra

Que en latín es *Nervus belli, pecuniam*; lo dijo Cicerón, y no se refería a las guerras de nuestros días. ¿O sí? ¿Para qué fuimos a Irak?

—El dinero no tiene olor

Dicen que el emperador Vespasiano, refiriéndose al impuesto sobre la orina que él instauró, dijo esta típica frase que siguen empleando los que lo obtienen de forma digamos poco ética: *Pecunia non olet*.

—El fin justifica los medios

Frase atribuida a los jesuitas por Pascal y que también se encuentra en *El Príncipe de Maquiavelo* (siglo XVI). Realmente aparece por primera vez en una tragedia de Eurípides (*Las Fenicias*, siglo V a.C.) y fue Cicerón, en el último siglo antes de Cristo, quien la popularizó, diciendo de ella que era una «impía y criminal máxima» (*De los oficios III, 21*). *Exitus acta probat*.

—El hábito no hace al monje

Como comentamos en el capítulo sobre el Derecho romano, lo dijo Shakespeare en su obra *Noche de Reyes*, acto 1, escena V, alrededor del año 1601, en su original latín: *Cucullus non facit monachum*. Parece que Erasmo de Rotterdam, en sus *Coloquios* (2), también lo había escrito. Los antiguos romanos, y en el mismo sentido, lo que decían más exactamente era: «La barba no hace al filósofo». *Philosophum non facit barba*.

—El hambre agudiza el ingenio

Viene de la frase latina: *Fames acuit animantibus ingenium*. A través de varias versiones romanas fue evolucionando hasta nuestra frase castellana, y es que en Castilla, cuando se pasa hambre, se pasa hambre. Por eso hay que agudizar el ingenio y descubrir nuevos continentes, si se tercia...

—El hombre propone y Dios dispone

Homo cogitat, Deus iudicat. Gran verdad, ya sea culpa de los dioses, de la fortuna o de la lotería. Muchas veces nuestros planes no producen sus frutos. Plauto, en el siglo III a.C., lo decía en plural: «Los dioses disponen». *Sperat quidem animus, quo eveniat, Diis in manu est*.

—El hombre que no sabe callar, no sabe hablar

Homo tacere qui nescit, nescit loqui, que decían los abuelos romanos. Precioso refrán y gran verdad, que se usa poco en nuestros días, en los que los necios no saben callar, ni saben lo que dicen. También está relacionado con otro muy bueno: «Somos dueños de nuestros silencios y esclavos de lo que decimos».

—El ojo del amo engorda el ganado

Parece que fue Plutarco quien lo escribió por primera vez en el capítulo 27 de su obra sobre la alimentación de los niños, donde dice que esa frase se la comentó un arriero cuando el gran poeta le preguntó sobre qué comida era la mejor para engordar a un caballo. También hay quien dice que era una frase de Aristóteles, filósofo que añade «lo que más fertiliza las tierras es la huella del amo». En cualquier caso, también Plinio, en su *Historia natural* (XVIII, 8), afirma que: «Los antiguos decían que nada fertilizaba las tierras como el ojo del amo».

O sea, que parece que ya era un dicho antiguo hace dos mil años. *Oculos domini, res agro saluberrimas*.

—El mentiroso debe tener buena memoria

Lo dijo nuestro vecino de Calahorra Quintiliano en el siglo I de nuestra era, y sigue siendo una buena advertencia. La frase sale tal cual en la comedia *El mentiroso*, de Corneille (1606-1684). El científico y pensador americano autor de *La psicología de la programación de computadores*, Gerald Weinberg (nacido en 1933), dándole la vuelta a la frase positivamente, dijo: «Una de las grandes ventajas de no mentir a tus clientes es que generalmente no tienes que recordar lo que has dicho». Los abuelos romanos lo pronunciaban: *Mendacem memorem esse oportet*.

—El parto de los montes

Frase que usamos para referirnos a algo que prometía mucho y se anuncia con mucha pompa, para terminar siendo una tontería ridícula. Originalmente es de Horacio, quien

dijo exactamente: *Parturient montes et nascetur ridiculus mus*. O lo que es lo mismo: «Parirán los montes y nacerá un ridículo ratón».

—El pez grande se come al chico

Ya lo decía el abuelo romano de Emerita Augusta, hay que cuidarse de los poderosos o seremos engullidos. No tiene que ver ni con *Caza tiburones* ni con *Buscando a Nemo*. Es más un tema de *Wall Street*, película de 1987, protagonizada por Michael Douglas (un Óscar) y Charlie Sheen. En latín: *Piscem vorat maior minorem*.

—El que persigue dos liebres, no coge ninguna

Cervantes decía: «Estamos en la una o estamos en la otra». No se puede atender dos negocios a la vez, no se puede estar en misa y repicando. O como decía mi suegro, no se puede ser a la vez la novia en la boda y el muerto en el funeral. Los romanos antiguos decían así: *Qui duos insectatur lepores, neutrum capit*.

—El quid de la cuestión

O el «qué» de la cuestión, la principal dificultad o el principal argumento. Proviene de la elocuencia o el arte de transmitir un discurso. Ya que estamos con quid, también se dice todavía *Quid pro quo*, que en origen alude a una falta de ortografía común en el latín bajo (algo así como tomar el qué por el cómo), y que con el paso de los años ha venido a querer significar un intercambio equivalente «yo te doy, tú me das», o incluso «a cada quien lo suyo»; traducciones totalmente incorrectas, pero de uso común. Incluso Hannibal Lecter en *El silencio de los corderos* (1991) le dice a Jodie Foster, proponiendo un diálogo de intercambio de información: «*Quid pro quo*, agente Starling». La frase latina para indicar ese intercambio, podría ser *Do ut des*, pero claro, no suena igual.

—El sol sale para todos

Lo dijo Horacio y es verdad. También se llamaba así una telenovela venezolana de 1986, en la que había unos líos que ni en una de Plauto. La frase habitual es: *Sol lucet omnibus*, o el sol luce para todos.

—El tiempo todo lo cura

Nuestro amigo cordobés Séneca anotó esta verdad en el siglo I de nuestra era (*Omnis doloris tempus fit medicus*), y es un consejo que nos seguimos repitiendo todavía. No hay nada que el tiempo no cure, dicen. Mónica Carrillo, la periodista (nacida en 1976), publicó en 2017 la obra *El tiempo. Todo. Locura*. Una recopilación de sus magníficos microcuentos. Uno, como aperitivo:

¿Qué pasó conmigo, tiempo?

¿No lo curabas todo?

—El tiempo vuela

Lo dijo Virgilio en las *Georgicas*, obra del 29 a.C. Parece que fue ayer: *Tempus fugit*.

—En casa del herrero, cuchillo de palo

En la antigua Roma, había herreros y cuchillos de palo. Ahora ya no hay (casi), pero mantenemos el dicho: *Domo in fabrili culter est hic ligneus*.

—En el país de los ciegos, el tuerto es el rey

Los romanos más bien decían que era feliz el tuerto en tierra de ciegos, pero el sentido es el mismo antes y ahora. Ellos en vez de «rey» decían «bendito»: *Beati monoculi in Terra caecorum*.

—En la variedad está el gusto

Que en romano antiguo se decía *Variatatio delectat* y que es un refrán todavía en uso, mientras que alguno de sus sinónimos, como «Entre col y col, lechuga», va perdiendo adeptos. Lo de «Variedades» como espectáculo viene del nombre de un teatro de París en 1790, *Varietés*, donde se inventó este tipo de actuaciones, en el que números sin relación entre sí —magos, música, baile, teatro, circo y demás—, componían la oferta de cada sesión. Parece que los espectáculos de variedades gustaban también por su variedad, precisamente.

—Enseñar a nadar a los peces

O llevarle lechuzas a Atenea, o enseñar a papá mono a comer plátanos... Tonterías que seguimos haciendo. Maneras de perder el tiempo. Estar como pez en el agua es otro dicho y con otro sentido, aunque haya peces también por medio. *Piscem natate doces*.

—Entre bueyes no hay cornadas

Los romanos antiguos decían que «los cuervos no sacan los ojos a los cuervos», pero el sentido es el mismo y hay que tener cuidado tanto con los astados, aunque sean mansos, como con los negros y lóbregos cuervos. *Corvus oculum corvi non eruet*.

—Entre la espada y la pared

Plauto, en el siglo III a.C., en su comedia *Los Cautivos*, decía más exactamente «Entre el cuchillo y el altar de sacrificio», pero quiere decir lo mismo. Allí nos tienen, *Inter gladium et iugulum*.

—Es peor el remedio que la enfermedad

Publilio Siro, en el siglo I a.C., lo que dijo exactamente fue: «Algunos remedios son peor que las enfermedades», pero se ve que con el paso de los siglos se tuvo que cerrar la farmacia, se acabaron los remedios y solo nos queda ya en singular. En latín sería: *Aegrescit medendo*.

—Errar es humano

O lo que es lo mismo, es de humanos equivocarse (*Errare humanum est*). Frase de Cicerón, que también añadió: «pero insistir en el error es solo propio de los necios».

—Estamos todos en el mismo barco

Y en el mismo planeta, y sin embargo los países que más contaminan son los que menos respetan este antiguo dicho que en romano antiguo se escribe: *In eadam sumus navi*. El decimotercer episodio de la sexta temporada de *The Walking Dead* también se llamó «En el mismo barco» y se emitió el 13 de marzo de 2016 en Estados Unidos y, al día siguiente, en España y Latinoamérica.

—Granito a granito

Pues eso, que poco a poco, que cada parte es importante y que todo suma. Conozco una organización benéfica cristiana que se llama El granito de arena y se refiere a esto mismo. Los romanos parece que, más exactamente, lo que decían es que poco a poco se le corta el pelo al caballo: *Paulatim evellitur cauda equina*.

—Hablando del rey de Roma

Los romanos decían simplemente —ya que no tenían rey—: «Hablando del lobo». Frase, por cierto atribuida a Terencio (siglo II a.C.), *Lupus in fabula*.

—Hablar es fácil

Los antiguos romanos lo que decían era que criticar es fácil, pero el arte, la técnica, es difícil, y todos lo suscribimos. *Critica facilis, ars difficilis*. En el mismo sentido Françoise Sagan (1935-2004) dijo: «La gente que escribe libros rara vez es intelectual. Los intelectuales son gente que habla sobre los libros que han escrito otros».

—Hola y adiós

Ave et vale. Frase de Cátulo (siglo I a.C.), que también decían Los Beatles en su canción *Hello Goodbye* de 1967 y que fue número uno en Estados Unidos y el Reino Unido. Groucho solía decir también: *Hello, I must be going*.

—Hoy no se fía, mañana sí

Lo juro, es dicho romano. No sé si además de en la biblioteca, lo ponía en algún cartel o azulejo de los bares del tiempo de Maricastaña, como todavía podemos ver en algún mesón, pero Varrón, en el siglo I a.C. ya lo decía: *Cras credo, hodie nihil*.

—In vino, veritas

También decimos que los borrachos y los niños dicen siempre la verdad, pero mola más, y todavía lo usamos, el dicho en latín puro: «Los borrachos no mienten».

—Ir a por lana y volver trasquilado

Lanam petierat, ipseque tonsus abiit. A veces, las cosas no salen como esperábamos, y esto ya sucedía hace mucho, mucho tiempo.

—La cara es el espejo del alma

Ya se sabía en tiempos en los que Marcial andaba por el foro (*Vultus est index animi*). Groucho Marx, con respecto a esto de la cara, dijo en el siglo XX: «Nunca olvido una cara, pero en su caso, estaré encantado de hacer una excepción».

—La confianza da asco

En el sentido de que la familiaridad termina con la pasión, era una frase que ya usaban nuestras abuelas y abuelos romanos. *Familiaritas nimia contemptum parit*.

—La culpa no es de las armas, sino de quienes las usan mal

Es algo que viene repitiendo la American Gun Association tras cada drama a punta de pistola en cualquier escuela norteamericana. Dioniso Catón, en sus Dísticos, lo que dijo con el mismo sentido es que la culpa no es del vino, sino de quien lo bebe. *Nam crimen nullum vini est, sed culpa bibentis*.

—La hermosura es una carta de recomendación

Publilio Siro, hace dos mil cien años dijo más exactamente: «Una cara bonita es una recomendación muda». Cocó Chanel, en el siglo XX, aseguró: «No hay una segunda oportunidad para dar una primera buena impresión». Parece que la primera frase parecida la dijo Aristóteles: «La hermosura es la mejor carta de recomendación». También podemos decir simplemente: *Pulchra placent*.

—La mejor escuela es la vida

Lo dijo Séneca en el siglo I de nuestra era, más exactamente: «No es la escuela la que nos enseña, sino la vida». *Non scholae, sed vitae discimus*.

—La ocasión la pintan calva

Desde siempre, pero famosa por una obra del escultor Fidias, parece que a la diosa Ocasión, señora grecorromana de las oportunidades, se la representaba con cabello solo en la frente y no en la parte posterior de la cabeza, señalando que la oportunidad hay que cogerla cuando viene, porque cuando acaba de pasar ya no puede ser sujeta ni «por los pelos». *Sed post est occasio calva*.

—Las apariencias engañan

Frase también de Horacio que llevamos repitiendo sin hacerle mucho caso 22 siglos. La original se refiere a que no hay que juzgar a un hombre por su apariencia. *Homo non est ex fronte diiudicandus*.

—Las cosas mal adquiridas duran poco

Quod male lucratur, male perditur et nihilatur. Por eso los malos de las películas siempre están a punto de dar el último y definitivo golpe que les permita retirarse, pero casi nunca lo logran; además, ¿qué fue de todo lo que ya habían robado?, pues que lo que «fácil viene, fácil se va».

—Las desgracias nunca vienen solas

Y así desde entonces. La alegría dura muy poco en casa del pobre. Había un cruel y viejo chiste que decía referente a ese dicho: «Vaya día llevamos, tu padre se muere, yo pierdo el bolígrafo...». Los romanos, más serios, decían en latín: Calamitas nulla sola.

—Las palabras vuelan, lo escrito permanece

Verba volant scripta manent. Motivo por el que tenemos notarios y hacemos «escrituras». No todos somos hombres de palabra, y aunque lo fuéramos, la memoria es corta, así que lo importante, por escrito directamente.

—Ladran, luego cabalgamos

También se dice: «los perros ladran, la caravana pasa», como diciendo que no hay que darle importancia a lo que digan los «inferiores». El refrán original expone que el caballo ignora al perro que le ladra: Equus non curat canem latrantem.

—Llover a cántaros

Algo así como Urceatim plouebat. Lo dice Petronio en su Satiricón. Se ve que a veces también llovía un porrón por aquel entonces. Pablo Guerrero, el cantautor y poeta extremeño nacido en 1946, allá por 1972, cuando el franquismo todavía manchaba nuestra tierra, hizo su canción A cántaros, que se convirtió en uno de los himnos libertarios más importantes del despertar de nuestra democracia:

Es tiempo de vivir
Y de soñar y de creer
Que tiene que llover,
Tiene que llover,
A cántaros.

—Lo bueno dura poco

O también: qué poco dura la alegría en casa del pobre. Ya pasaba lo mismo en aquellos años: Forma bonum fragile est.

—Lo que el ojo no ve, al corazón no le duele

A veces es más feliz el que ignora. Es una frase que más o menos aparece en la Vulgata, en la Primera carta a los corintios de san Pablo (2:9). Lo curioso es que la misma frase, y en latín, son las dos primeras líneas del software del Apolo XI —el cohete que llevó al hombre

a la luna en 1969—, escritas por la genio de la informática Margaret Hamilton, quien hizo posible que Armstrong, Aldrin y Collins fueran y volvieran a nuestro satélite, decían: *Quest oculus non vide cor non delet*. «Suceden muchas cosas que no os estamos contando».

—Lo que mal empieza, mal acaba

O como decían los abuelos: *Mali principii malus finis*. Gran verdad en cualquier idioma. Me acuerdo de unos conocidos que cogieron una mala indigestión en su banquete de bodas y efectivamente duraron dos días y terminaron su matrimonio como el rosario de la aurora.

—Lo que no ayuda, estorba

Ya lo dijo nuestro Quintiliano en el siglo I y sigue siendo verdad. En castellano hay otra versión que dice: «Ayuda mucho el que poco estorba». También he oído: «Si no vas a ayudarme a volar, despéjame la pista», que suena a más moderno y eso. Los abuelos romanos decían algo así como: *Quo non proficit, deficit*.

—Lo que no me mata, me hace más fuerte

Quod non me occidit, me certe fortiorem reddit. En esta época blanda, parece un dicho de poco uso, ya que las adversidades a las que nos enfrentamos en este siglo no son suficientemente dañinas como para fortalecer nuestro carácter. Parece.

—Lobos con piel de cordero

«Guardaros de los falsos profetas que vienen a vosotros vestidos de ovejas y por dentro son lobos ladrones», tal y como dice la Vulgata. Mateo 7:15. *Qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces*.

—Los amigos se conocen en las adversidades

Entre otros, fue Séneca quien dijo más exactamente que las adversidades ponen a prueba a los amigos. Los de verdad, claro, son los que siguen ahí pase lo que pase. No porque lo diga el filósofo cordobés, sino porque es así. *Amici fugiunt ubi probantur*.

—Los ciegos guiando a los ciegos

Es también frase bíblica, tomada del Evangelio de san Mateo en la Vulgata (Mateo 15.14). *Caeci sunt, et duces caecorum*.

—Los experimentos, con gaseosa

No, no es que en Roma hubiera «tinto de verano». Ellos lo que decían es que el barbero novato aprende en la barba del tonto, o lo que es lo mismo: *A barba stolidi discunt tondere novelli*.

—Los pescados y los invitados, al tercer día, huelen

Gran verdad verdadera que ya dijo Plauto allá por el siglo III a.C., es decir, hace unos dos mil trescientos años, en su comedia *Asinaria*. Parece ser que por aquel entonces, había visitas que eran pesadas y gorronas, no como ahora. *Quasi piscis itidem est amator lenae. Nequam est nisi recens.*

—Mal de muchos, consuelo de tontos

O lo que es lo mismo: *Dulce maerenti, populus dolentus*. Otra de las frases que nos llega desde Séneca, un sabio donde los haya.

—Mala hierba nunca muere

Y así nos va, que estamos dos mil años intentando arrancar las malas hierbas y no hay manera, oye. Crecen como malas hierbas, las puñeteras. *Mala herba non interit.*

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo

Los romanos, basándose en el dicho de Terencio, lo que decían es que la edad nos hace más sabios y por lo general es cierto, sin diablo ni nada. *Non venit ante suos prudentia nobilis annos*. O lo que es lo mismo: Su prudencia no le viene por su nobleza, sino por su edad. O como decía no se quién parafraseando a Plauto: *Non ingenio, verum aetate apiscitur sapientia*.

—Más vale malo conocido

Y así desde entonces, conformándonos con lo que tenemos por miedo a perderlo. Madrecita, que me quede como estoy. Creo que lo dijo Plauto, también: *Nota mala res optima est*.

—Más vale pájaro en mano que ciento volando

Los romanos decían que más vale pájaro en mano que muchos en el campo, pero ya entonces era un buen consejo. *Anuncio praesens ova cras pullis sunt meliora*.

—Más vale prevenir que curar

Eso de la sanidad preventiva, ya lo promovían nuestros abuelos y es verdad y más fácil y económico. *Praestat cautela quam medela*.

—Más vale tarde que nunca

Diógenes, el filósofo cínico del siglo IV a.C., no dejó nada escrito (era además de un cínico, un vago) y se le atribuye esta frase, sin embargo, parece que el dicho en cuestión nos ha llegado por el historiador Tito Livio, quien más bien dijo: «Mejor tarde que nunca» (*Potius sero quam nunquam*), y parece que fue la respuesta que Diógenes le dio a un maestro de música cuando el filósofo le pidió que le enseñara solfeo y el profesor contestó que el filósofo era ya viejo para aprender. Por cierto, que la escuela filosófica y la palabra cínico vienen del griego *kynikos*, que sería algo así como «perruno», adjetivo proveniente de *kyon*,

perro, porque la gente decía sobre el filósofo y sus seguidores que vivían como perros.

El sentido moderno de la palabra cínico, como alguien que muestra desvergüenza en el mentir o en la defensa y práctica de acciones o doctrinas vituperables (según la define el diccionario de la Academia), se refiere más a la doctrina que a la forma de vida, pero aunque nadie lo sepa ya, si dices de alguien que es un cínico, además de llamarle cínico, le estas llamando cacho perro (con perdón para los canes). En la antigua Roma, por cierto, se pronunciaba: *Potius sero quam numquam*.

—Matar o morir

Dilema romano al que afortunadamente no tenemos que enfrentarnos habitualmente. Salvo cuando estuvimos en Vietnam con los charlies. En romano se dice: *Aut neca aut necare*.

—Me importa un bledo

También es un dicho bastante romano, solo que ellos decían, me importa un pelo: *Pili non facio* (frase que no tiene nada que ver con *Pili*, la vecina).

—Me toca un pie

Frase similar a la anterior, referida a algo trivial pero a la vez molesto. Equivalente a «una china en mi zapato» (china: piedrecilla, no señora de Nanking). *Me vexat pede*.

—Mejor en caliente

Proveniente de un dicho de Horacio que hace referencia a que el hierro es mejor golpearlo cuando está muy caliente (*Cum ferrum candet, cudere quemque decet*), se aplica a la necesidad de no dejar enfriar nuestros asuntos. El grupo Obús, en su canción Venganza de 1990, cantaba:

Ojo por ojo diente por diente
Porque las cosas son en caliente
Cuando saben mejor.

—Mejor habría sido no haber nacido

También es de la Vulgata, exactamente del Evangelio según san Mateo 26:24. *Bonum erat ei, si natus non fuisset homo ille*. En la canción Rapsodia bohemia de Queen (1975) se dice también:

Mamá, no quiero morir,
A veces pienso que habría sido mejor no haber nacido.

—Mens sana in corpore sano

Directamente en latín y parece que dicha por Juvenal, es esta frase de «mente sana en cuerpo sano» que seguimos diciendo incluso en romano. Es el lema de la Asociación

Atlética Argentinos Juniors y del club Gimnasia y Esgrima de La Plata, de Argentina, tierra con la que ni siquiera soñó Juvenal. Evidentemente quiere decir «Mente sana en un cuerpo sano».

—Meterse en la boca del lobo

Los ingleses dicen «meter la cabeza en la boca del león» y en ambos casos se alude a una fábula de Esopo —escritor griego del siglo VI a.C.—. Desde entonces y hasta Disney, las fábulas que conocemos como populares han sido siempre las mismas. Los romanos también decían con el mismo sentido: «No quieras afeitar al león». *Leonem radere ne velis*. La frase de la fábula en cuestión, que obviamente significa ponerse en peligro, trata sobre una cigüeña que ayuda a un lobo a sacarse un hueso que le estaba atragantando. Cuando liberado el lobo, la cigüeña le pidió su recompensa, el lobo le contestó:

¿Pues qué más recompensa
Que el no haberte causado leve ofensa
Y dejarte vivir, para que cuentes,
Que pusiste tu vida entre mis dientes?

—Mientras hay vida, hay esperanza

También, como otras muy famosas, es de Cicerón, quien literalmente dijo: «mientras respiro, tengo esperanza», que en latín queda muy redondo: *Dum spiro spero*.

—Money makes the world go round

Bastante antes que en el musical *Cabaret*, fue una de las frases de Horacio que han resultado inmortales: «El dinero hace que el mundo se mueva». Tal cual. Algo que ya ocurría en el siglo I a.C. La canción, en la versión cinematográfica, la cantaban Joel Grey y Liza Minelli (1972) y decía lo mismo que dijo Horacio. *Pecunia regina mundi*.

—Mucho ruido y pocas nueces

Los romanos decían mucho grito y poca lana. *Multum clamoris, parum lanae*. Shakespeare escribió: *Much a do about nothing*, que significa lo mismo. Todavía usamos este refrán para referirnos a lo que mucho prometía y se desinfló.

—Nada deseamos tanto como aquello que no tenemos

Frase verdaderamente verdadera, los romanos antiguos la pronunciaban así: *Homines nostra intellegimus bona cum quae in potestate habuimus, ea amisimus*. En el sentido de que solo nos damos cuenta de lo que nos gustaba algo que teníamos cuando lo perdemos.

—Nada en exceso

Lo dijo Terencio, que era muy suyo, en el siglo II a.C. (*Ne quid nimis*). Aunque Woody Allen dijo 22 siglos después y con la misma razón, o con mucha más, que «demasiado es un adverbio que no podía aplicarse por ejemplo a la cantidad de dinero o de sexo». El mismo

Terencio también fue quien dijo hace dos mil doscientos años la siguiente frase: «Nada es dicho que no haya sido dicho antes».

O en latín: *Nihil dictum quod non dictum sit prius*. La verdad es que repasar los dichos de nuestros abuelos romanos da mucho esa impresión de que todo está ya dicho o de que no hay nada nuevo. Siempre nos quedará Bugs Bunny y su eterna y trascendental pregunta: «¿Qué hay de nuevo, viejo?».

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy

Parece que fue Publilio Siro quien puso esta frase (*In crastinum nulla differas*) por escrito, para que nos la repitieran nuestros padres cada vez que no terminábamos los deberes o dejábamos el cuarto a medio recoger. Hay por ahí en internet otro dicho anónimo que reza: «Nunca dejes de dejar para mañana lo que puedas dejar desde hoy para pasado».

—No es oro todo lo que reluce

Es un antiguo dicho romano, que en latín suena más o menos así: *Non omne quod nitet aurum est*. Aparece en castellano ya en *La Celestina*, en el siglo xv.

—No hay humo sin fuego

Ya lo había dicho Plauto en el siglo iii a.C. y también tiene el sentido moderno de «por el humo se sabe dónde está el fuego». *Non est fumus absque igne*.

—No hay nada nuevo bajo el sol

Otra frase más que nos ha llegado en latín por la Vulgata y que, desde entonces, a pesar de todo lo nuevo que ha sucedido y creado, se viene repitiendo de vez en cuando (*Eclesiastés* 1,9). *Nihil novi sub sole*.

—No hay nada peor que vivir con miedo

Lo dijo nuestro Horacio y también Publilio Siro: *Nunquam non miser est, qui, quod timeat, cogitat*. En esta frase está inspirada la del replicante Roy Batty, interpretado por Rutger Hauer en la mítica película de Ridley Scott *Blade Runner* (1982), cuando afirma: «Es toda una experiencia vivir con miedo, ¿verdad? Eso es lo que significa ser un esclavo», que tiene el mismo sentido. Me han dicho que Hauer improvisó el monólogo. Si fue así, demostró sus conocimientos de cultura clásica.

—No hay peor sordo que el que no quiere oír

Esta versión castellana sale ya en *El Criticón* de Baltasar Gracián (1601-1658), y es que hay gente más terca que una mula aragonesa, ahora y en la Roma de nuestros abuelos, que la pronunciaba: *Deterior surdus eo nullus qui renuit audire*.

—No pongas todos tus huevos en la misma cesta

Los romanos más adinerados decían no pongas todas tus cosas en el mismo barco. O más

exactamente, ten dos puertos (figuradamente anclas) para tu barco: Bonum est duabus fundari navem ancoris. Ya no tenemos barcos, ni muchos huevos, pero sigue siendo un buen consejo.

—No puedo vivir contigo, ni sin ti

Lo dijo nuestro amigo Marcial. Los de U-2 también:

With or without you.

O incluso, rebuscando más, Manzanita cantaba aquello de:

Ni contigo, ni sintigui, tienen mis males remedio,
contigo porque me matas y sintigui porque me muero.

En latín suena más como: Nec possum tecum vivere, nec sine te. Bastante más serio, no me imagino así la canción. Ni la de Manzanita ni la de U-2, francamente.

—Nos acordamos de santa Bárbara solo cuando truena

Evidentemente, los romanos no se acordaban de santa Bárbara, sino de Júpiter, concretamente de Júpiter Tonante, cuyos atributos son rayos y truenos. La frase latina se atribuye a Horacio y significa lo mismo, que solo le damos importancia a «los cielos» cuando nos vemos en mal trance. Ellos decían: Caelo tonantem, credidimus Iovem regnare.

—Nos vemos en el infierno

Plauto dijo exactamente: «Nos vemos en casa del orco» o algo así como In orco domus erunt. Orco es como se llamaban, mucho antes del Señor de los Anillos, las divinidades infernales que castigaban los perjurios. El grupo gamberro Dinamita pa los pollos cantaba en su tema Pandilleros del año 1989:

Nos vemos en el infierno,
Un buen lugar para cocernos,
El mejor sitio para dos pillos
Que pasaron su vida
Con el dedo en el gatillo.

—O César o nada

Era el lema de César Borgia, que no llegó a César aunque se llamara así. En España también se dice mucho lo de «O corte o cortijo». Aut caesar aut nihil.

—O está loco o es poeta

Frase de Horacio que sirve para toda ocasión y ventura (Aut insanit homo, aut versus facit). Me gusta porque me parece vigente tantos años después, igual que la del poeta francés J. Pierre: «Estaré loco, pero al menos puedo volar».

—Oveja que bala bocado que pierde

Quiere decir, como indicaba mi abuelo, que mientras se come no se debe hablar. Especialmente en los cócteles y en las comidas de cucharada y paso atrás. Los romanos decían: *Balatu perdit stulta capella bolum*.

—Pendiente de un hilo

Es también expresión antiquísima (*Pendente filo*) y hace referencia a las Parcas mitológicas, que eran tres hermanas (salen en la película de Disney, *Hércules*) que tejían, hilaban y cortaban el hilo de la vida de los hombres. Para una vida feliz utilizaban lana blanca y para una triste, lana negra, aunque lo normal es que las mezclaran. Según algunos autores, a lo mejor de esa lana negra viene lo de «tener la negra» o «tocarle a uno la negra», era expresión ya utilizada en castellano por el Arcipreste de Hita en su *Libro de buen amor* (copla 739) en el siglo XIV.

—Perro ladrador, poco mordedor

Una de las versiones antiguas de esta frase sale en el *Eclesiastés* 40:20, en la tan citada *Vulgata*: *Canes qui plurimum latrant, perraro mordent*.

—Piedra que rueda no cría musgo

Hazte *Rolling Stone*, recomendación que ya nos hacía Horacio en el siglo I a.C., para, manteniéndonos activos, no echarnos a perder. En la antigua Roma se decía: *Saxum volutum non obducitur musco*. En *La Celestina* (1499) se lee: «Piedra movediza, moho no cobija». Demuestra que Jagger y los suyos llevan mucho tiempo en los escenarios.

—Poderoso caballero es don Dinero

Frase que nuestro gran Quevedo escribió porque parece que en su época el dinero te abría todas las puertas. En la antigua Roma también, por eso tenían muchos refranes similares. El que más me gusta es el que dice «Con anzuelo de oro, siempre se pesca». *Aureo hamo piscantibus*. Más parecido al verso de Quevedo es: *Pecunia est regimen omnium rerum*: El dinero gobierna sobre todas las cosas.

—Poner el carro delante de los bueyes

Se dice cuando hacemos o pretendemos hacer las cosas al revés, que en este par de miles de años ha sucedido varias veces. *Bos currum trahit, non bovem currus*.

—Poner la mano en el fuego

En el capítulo sobre política se explica el origen de este dicho, tantas veces repetido sin que nadie recuerde a Cayo Mucio Escévola que fue quien de verdad puso la mano en el fuego en la guerra que salvó a la República romana allá por el 509 a.C., día más, día menos. *In igne probatur*.

—Por amor al arte

O en latín, *Ars artis gratia*, que literalmente sería: «El arte por el arte mismo». Es, por ejemplo, el lema que aparece bajo el león en el logo de la Metro Goldwin Mayer, con un ligero cambio para que la frase sea más simétrica gráficamente. En el logo exactamente pone: *Ars gratia artis*, muy chulo, pero gramaticalmente incorrecto.

—Por dinero, baila el perro

Los romanos lo decían al revés y refiriéndose al oráculo de Delfos, en el sentido de que sin dinero, el oráculo no habla. Nuestro refrán es más rústico, pero significa lo mismo. En la Vulgata, en el *Eclesiastés*, (10:19) se dice: *Pecuniae oboediunt omnia*. «Todos obedecen al dinero».

—Por las buenas o por las malas

Es la traducción moderna de la frase que todavía usaban en latín nuestros abuelos del siglo xx: «Por fas o por nefas», y que a la vez imita una antigua alocución latina que decía *Fas atque nefas*, que se puede traducir también: como «Por lo legal o por lo ilegal».

—Puedes llevar el buey al río, pero no obligarle a beber

Me parece —a pesar de su rusticidad— un dicho de gran profundidad y rebeldía, tan redondo, que incluso Gandhi lo hubiera suscrito. *Bos ad aquam tractus non vult potare coactus*.

—Que Dios nos asista

Virgilio, en *La Eneida*, dice mejor: «Que Baco, quien reparte la alegría, nos asista», o como él decía: *Adsit laetitiae bacchus dator*.

—Que la inspiración te encuentre trabajando

Antiguo dicho romano que el pintor romano nacido en Málaga Pablo Picasso (1881-1973), popularizó en su forma: «Cuando llegue la inspiración, que me encuentre trabajando». Antiguamente, en el medioevo, también se traducía como: «Cuando llegue el demonio, que te encuentre trabajando», en el sentido de que el ocio es padre del vicio. Personalmente, me gusta más la interpretación picassiana. Los romanos también decían, en el mismo sentido, que los dioses ayudan a quienes se afanan. *Dii facientes adiuvant*.

—Que te vaya bonito

Esta frase tan mexicana la decía Cátulo en el siglo I a.C., incluso deseando a quien se la decía suerte en sus (futuros) amores. *In amore potens*.

—Querer es poder

Evidentemente la voluntad es la pieza fundamental para conseguir cualquier cosa. El maestro Yoda en *El imperio contrataca* (1980) le dijo a Luke: «No lo intentes: hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes». Virgilio lo que dijo fue: *Possunt quia posse videntur*. Pueden porque creen que pueden.

—Quien bien te quiere te hará llorar

Este refrán me gusta solo en la acepción que recuerda la proverbial zapatilla de las madres, que nos castigaban muchas veces con mucha razón. Los antiguos decían: *Qui bene amat, bene castigat*.

—Quien calla otorga

Los abuelos romanos decían lo mismo, y era verdad. No voy a decir nada más. Me callo. O como decían ellos: *Qui tacet consentire videtur*.

—Quien con niños se acuesta... mojado se levanta

Los abuelos romanos, lo que decían es que quien se acuesta con perros, se levanta con pulgas, que es más gráfico. *Qui cum canibus concumbunt, cum pulcibus surgent*.

—Quien da primero da dos veces

Es frase original de Publilio Siro, del siglo I antes de Cristo. Parece ser que su sentido original es el contrario que le damos, y a lo que se refiere es que el primero que da un regalo es como si regalara dos veces. Tiempos mejores que nuestro violento siglo. *Bis dat qui cito dat*.

—Quien duerme no peca

Evidentemente, salvo que los malos pensamientos también son pecados según el cura que me dio religión cuando era peque. *Qui dormit non peccat*. Este dicho romano lo recuerdo como parte de un brindis estudiantil:

El que bebe, duerme,
El que duerme, no peca,
El que no peca va al cielo,
Puesto que al cielo vamos,
Bebamos, bebamos, bebamos.

—Quien la hace la paga

O quien coge será cogido. No necesariamente en el sentido que le dan en México y Argentina a ese verso. *Qui capit, capitur*. El caso es que hay que tener cuidado con el mal karma.

—Quien mucho abarca poco aprieta

Dicho sabio donde los haya, que indica que no se puede estar a todo. En latín se dice: *Qui nimium capit, parum stringit*. La primera versión escrita que he visto es medieval, del jurista Albertano di Brescia.

—Quien mucho habla mucho yerra

Viene de la Vulgata, como tantos dichos, en este caso, y como no podía ser de otra manera,

del libro de Proverbios 10:19. *Qui autem moderatur labia sua prudentissimus est.* Groucho Marx tiene su versión particular de esta frase: «Si eres capaz de hablar sin parar, al final te saldrá algo gracioso, brillante e inteligente».

—Quien no se arriesga no gana

Lo dijo Juvenal en sus sátiras y desde luego es cierto. Su sentido exacto es que no ganas nada si no te juegas nada. Los americanos del norte tienen un refrán similar que dice: «Los ganadores nunca se rinden y los que se rinden nunca son ganadores». Los romanos antiguos, más poéticos, decían que la Fortuna (la diosa) ayuda a los que se atreven. *Audaces Fortuna iuvat.* Como saben los que han leído *El escudo arverno*, una aventura de Astérix.

—Quien quiera peces, que se moje el culo

O también como decían en la Roma de César: «Quien quiera nueces que casque la cáscara». *Qui e nuce nucleum esse vult, frangit nucem.* La cosa va de que quien quiera algo, que trabaje para conseguirlo.

—Quien tiene un amigo, tiene un tesoro

Ya lo decían nuestros abuelos romanos mucho antes de que en 1981 Sergio Corbucci hiciera la película del mismo título que protagonizaron Terence Hill y Bud Spencer. *Qui invenit amicum, invenit thesaurum.*

—Quien siembra vientos, recoge tempestades

Qui seminat iniquitatem, metet mala. Viene en la Biblia, en Proverbios 22:8 y viene a significar que quien siembra el mal, recoge lo peor.

—Ser una rémora

Sobre el pez que acompaña a los tiburones y que en latín se llama casualmente *remora*, se pensaba antiguamente que al unirse a los cascos de las embarcaciones las hacía ir más despacio, por lo que ser una rémora significa frenar a propósito la intención de otros. Se dice algo así como *Remora esse.*

—Sobre gustos no hay nada escrito

Resulta que también es un dicho que ya utilizaban nuestros abuelos romanos, aunque también puede ser que corresponda a la escuela escolástica medieval. Frase similar es «Para gustos, están los colores», y es que resulta que el dicho en latín decía exactamente: *De gustibus et coloribus non est disputandum*, o lo que es lo mismo, sobre gustos y colores, no hay que discutir.

—Sujetar un león por el rabo

Los romanos antiguos lo que decían era: Sujetar un lobo por las orejas, pero tiene el mismo sentido y es también peligroso. *Auribus tenere lupus.*

—Tanto tienes, tanto vales

Los romanos decían que si tienes un as, vales un as. *Assem habeas, assem valeas*. Cervantes, dieciseis siglos después, decía todavía: «Tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales». Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una abuela mía, que son el tener y el no tener.

—Tanto va el cántaro a la fuente...

Que se rompe, claro. Normal que este dicho tenga origen romano, porque eran muy de fuentes y de agua. Ellos decían: *Amphora quae saepius petit fontem valde periclitatur*. También, en el mismo sentido, se dice eso de tensar la cuerda o *Arcum intentio frangit*.

—Tantos hombres, tantos pareceres

La frase original es *Quot capita tot sensus*. Sobre eso de la disparidad de opiniones, Terencio en el siglo II a.C. lo que dijo exactamente fue: «Tantas cabezas, tantas opiniones», y todavía aparecen en el refranero varias versiones. Por cierto, que opinión viene de *opinio*, *opinionis*. En el libro de León Tolstoi (1828-1910) *Ana Karenina*, se puede leer la siguiente versión, todavía popular por muchos más motivos de los que se le ocurrieron a Tolstoi: «Si hay tantas opiniones como cabezas, debe haber también tantas clases de amor como corazones».

—Todo arte es imitación de la naturaleza

Lo dijo Séneca, en una época en la que todos podíamos distinguir lo que era arte y lo que no. También dijo que el arte es un servicio a la vida: *Artes serviunt vitae*. Si Lucio fuera a ARCO, no entendería nada, como nos pasa a nosotros.

—Todos a una

Ya sea en Fuenteovejuna o cuando se juntan los tres (cuatro) mosqueteros, los romanos decían *Ad una* y querían decir lo mismo. Ojo, no confundir con: «Nos vemos todos a las cañas a la una».

—Todos hablan bien de ti cuando estás muerto

Pues eso, que la gloria muchas veces viene tarde y que nadie habla mal de los muertos. Algunos, que en vida fueron vilipendiados, cuando ya no están con nosotros, parece que hubieran sido santos. Los romanos antiguos ya lo decían: *Nihil de mortuis nisi bonum*.

—Todos tenemos nuestra cruz

O en todas las casas cuecen habas, el caso es que todos sabemos qué nos atormenta y de qué no nos libramos, desde los albores del cristianismo hasta hoy. Antes lo que se decía es: «Todos, desde que nacemos, tenemos una enfermedad». *Totus homo ab ipso ortu morbus est*.

—Torres más altas han caído

Otra frase de Horacio: «Y caerán las torres más altas». *Et celsae graviore casu decidunt*

turres y sigue en vigor dos mil cien años después de pronunciada. Por desgracia, tras los atentados de las Torres Gemelas en 2001, tiene más actualidad todavía.

—Un águila no caza moscas

Este refrán derivó en el más nuestro de «Matar moscas a cañonazos», y tiene como contrario e igual de cierto el que dice: «Cuando el diablo se aburre, mata moscas con el rabo». El caso es cazar moscas. *Aquila non capit muscas*.

—Un clavo saca otro clavo

Los romanos decían: «Una cuña saca otra cuña», pero es verdad, igual que la mancha de mora, con mora verde se quita. *Clavum clavo expellere*.

—Una golondrina no hace verano

Los antiguos romanos lo decían hace tantos veranos ya... *Una hirundo non facit ver*.

—Una mala paz es mejor que una guerra

Lo dijo Tácito en el siglo I (*Pax melior est quam iustissimum bellum*) y es una de esas frases que sigue en vigor y en uso, junto con exactamente la versión contraria, que dice que es peor una mala paz que una guerra. Francamente, estoy más de acuerdo con la versión de Tácito. Quien dice que es mejor cualquier paz que una guerra, es que no sabe nada de, por ejemplo, nuestra posguerra, o lo que ocurrió del otro lado del muro de Berlín. Quién opina así ya se ha rendido y no es romano. Pink Floyd, en su tema *Ojalá estuvieras aquí*, del año 1975, cantaban: «¿Cambiarías un papel secundario en la guerra por ser el protagonista en una jaula?».

—Una mano lava la otra

Petronio, autor del siglo I de nuestra era, dijo esta gran verdad hace ya tanto. *Manus manum lavat*. El significado hay que preguntárselo a los que están —por causas de malversación de fondos públicos— en Soto del Real. Por cierto, Petronio fue la primera persona en la historia a la que se llamó *arbitrarius eleganciae* o «árbitro de la elegancia».

—Una tormenta en un vaso de agua

También es un dicho muy antiguo, citado por el mismo Cicerón ya como un refrán popular en el siglo I a.C. *Tempestas ex pelvi*. En su obra: *De las leyes*, libro III, capítulo XVI, cuando dice, hablando del padre del gran Mario: «*Gratidio levantaba, como se dice, tormentas en un vaso, tormentas que después el hijo de él, Mario, levantó en el mar Egeo*».

—Unas veces se gana y otras se aprende

O como decían los abuelos romanos: *Quod nocet, saepe docet*. Lo que te hace daño te hace más sabio.

—Vencer o morir

Lo dijo Cicerón, en su *De Officiis* (3.32.): *Aut vincere aut mori*. Frase heroica mil veces repetida en la historia. En una estrofa del himno de infantería del Ejército español, se lee:

Pues aún te queda la fiel infantería
Que por saber morir, sabrá vencer.

Y años antes, Fernández de Moratín escribió unos versos dedicados a Hernán Cortés, que dicen:

Canto el valor del capitán hispano
Que echó al fondo armada y galeones,
Poniendo en trance, sin auxilio humano,
De vencer o morir a sus legiones.

—Vender humo

Apuleyo, en el siglo II de nuestra era, ya decía de los que nos querían engañar, que nos vendían humo. *Fumum venderé*.

—Ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio

Antes que el Evangelio según san Mateo (7:3,) Cicerón, en el siglo I a.C., ya criticaba este defecto (*Tusc.* 3:30). *Est proprium stultitiae aliorum vitia cernere oblivisci suorum*.

—Vísteme despacio, que tengo prisa

El mismísimo emperador Augusto parece que fue quien decía habitualmente esta frase tan repetida. Lo que decía Augusto literalmente es: «Date prisa lentamente», que en latín se dice *Festina lente* y no tiene que ver con la marca de relojes ni con lentes de ningún tipo.

—Vive cada día como si fuera el último

Parece frase motivacional de esas que nos mandan por Facebook, pero es otra más de las muchísimas máximas de Horacio, y que originalmente se refiere a no creer en que hay un día más: *Quam minimum credula postero*. Steve Jobs, el gurú de Apple y próximo profeta, en uno de sus famosos discursos cuando tenía 50 años dijo:

Quando tenía 17 años, leí una cita que decía algo parecido a «Si vives cada día como si fuera el último, es muy probable que algún día hagas lo correcto». A mí me impresionó mucho desde entonces, así que desde hace 33 años me miro al espejo todas las mañanas y me pregunto: «Si hoy fuera el último día de mi vida, ¿querría hacer lo que estoy a punto de hacer hoy?». Y cada vez que la respuesta ha sido «no» por varios días seguidos, sé que necesito cambiar algo.

—Yo sé dónde me duele el zapato

Plutarco, que aunque era griego escribió sobre personajes romanos en sus *Vidas paralelas*, fue el creador de esta frase. Su origen, tal y como cuenta el autor, parece que está en que los amigos de Paulo Emilio, patricio romano, le recriminaban que fuera a divorciarse sin

motivo aparente de su mujer, que era bella, rica y honrada. Entonces él les contestó: «¿Veis mi calzado? ¿habéis visto otro mejor trabajado ni más elegante?, no ¿verdad? Sin embargo, yo sé por qué este calzado me lastima el pie. Más tarde la frase evolucionó y se popularizó: *Nemo scit ubi calceus urat, nisi qui eum portat*. Solo sabe dónde le duele el zapato el que lo calza.

—Zamora no se hizo en una hora

Los romanos decían Corinto o Roma, pero el refrán es igual. Lo de Zamora es por la rima, más que nada. Los abuelos romanos solían decir que nada se termina inmediatamente: *Non statim finis apparet*. O más como nuestro refrán: *Roma die uno non aedificata est*. Que quiere decir, evidentemente, que Roma no se hizo en un día, que cada cosa lleva su tiempo.

—Zapatero a tus zapatos

Cuenta Plinio el Viejo en nuestro siglo I, en su *Historia Natural* (36, 35,12) una anécdota de Apeles, el magnífico pintor griego del siglo IV a.C., en la que este le pidió consejo a un zapatero sobre cómo había dibujado unas sandalias en un cuadro. El zapatero, según parece, le aconsejó correctamente sobre lo preguntado, pero luego empezó a opinar sobre el resto del cuadro, a lo que el insigne pintor le respondió la frase que todavía es famosa para indicar que cada quien tiene que atender su cada cual: *Ne sutor supra crepidam*.

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

APARICIO, Pilar: *Mujer y Salud: Las escuelas de Medicina de mujeres*. Editorial Academia Española. Madrid, 2012.

APIANO: *Historia romana II. Guerras civiles (libros I-II)*. Traducción al castellano y notas a cargo de Antonio Sancho Royo. Gredos. Madrid, 1985.

BEARD, Mary: *Pompeii*. Profile Books. Londres, 2009.

—SPQR; *Una historia de la antigua Roma*. Editorial Planeta. Barcelona, 2016.

CAMPBELL HURD-MEAD, Kate: *A History of Women in Medicine: From the Earliest of Times to the Beginning of the Nineteenth Century*. The Haddam Press. Connecticut, 1938.

CÁMARA MUÑOZ, Alicia; GARCÍA MELERO, José Enrique y URQUIZAR HERRERA, Antonio: *Arte y poder en la Edad Moderna*. Editorial Universitaria Ramón Areces. Madrid, 2010.

CARCOPINO Jérôme: *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del Imperio*. Temas de Hoy. Madrid, 2001.

CARRILLO, Mónica: *El tiempo. Todo. Locura*. Editorial Planeta. Barcelona, 2017.

CÉSAR, Julio: *Comentarios a la guerra de las Galias*. Editorial Planeta. Barcelona, 1995.

CICERÓN, Marco Tulio: *La República*. Alianza. Madrid, 2014.

CUATRECASAS, Alfonso: *Amor y sexualidad en la antigua Roma*. Difusión. Madrid, 2009.

COROMINES, Juan: *Breve diccionario etimológico de la Lengua Castellana*. Gredos. Madrid, 2008.

DEL HOYO, Javier: *Etimologicón*. Editorial Planeta. Barcelona, 2013.

FERNÁNDEZ URIEL, Pilar: *Historia de Roma Vol. II*. UNED. Madrid, 2001.

FORNÉS, M.^a Antonia y PUIG, Mercé: *El porqué de nuestros gestos. La Roma de ayer en la gestualidad de hoy*. Editorial Octaedro-UIB. Barcelona, 2008.

- FRAZER, J. G.: La rama dorada. Fondo de Cultura Económica. Madrid, 2006.
- GONZÁLEZ, Julián y H. CRAWFORD, Michael: «The Lex Irnitana: A New Copy of the Flavian Municipal Law». The Journal of Roman Studies, Vol. 76. Cambridge, 1986.
- GOÑI, Carlos: Una de romanos. Ariel. Barcelona, 2007.
- GRANT, Michael: Julio Cesar. Bruguera. Barcelona, 1971.
- GRIMAL, Pierre: La civilización romana. Editorial Juventud. Barcelona, 1965.
- HOLLAND, Tom: Rubicón. Ático de los libros. Barcelona, 2016.
- IRIBARREN, José María: El porqué de los dichos. Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura. Pamplona, 1997.
- La Biblia Ecuménica. Edelvives. Madrid, 2007-2012.
- LANE FOX, Robin: El Mundo Clásico. Crítica. Barcelona, 2007.
- LAPORTE, Dominique: Historia de la mierda. Pre-textos. Madrid, 1998.
- LIVIO, Tito: Historia de Roma desde su fundación. Editorial Gredos. Madrid, 1978.
- LUCIANO DE SAMOSATA: Obras. Obra completa. Editorial Gredos. Madrid, 1997.
- MARCIAL, Marco Valerio: Epigramas. Editorial Fernando el Católico. Zaragoza, 2003.
- MONTANELLI, Indro: Historia de Roma. Plaza y Janés. Barcelona, 1961.
- NIETO SÁNCHEZ, José A.: Historia de Roma. LIBSA. Madrid, 2006.
- OLSON, Kelly: Dress and the Roman Woman. Routledge. Nueva York, 2008.
- OVIDIO NASON, Publio: El arte de amar. Editorial Mestas. Madrid, 2007.
- PERATONER, Amancio: Museo epigramático. Espasa. Barcelona, 1890.
- PETRONIO ARBITRO, Cayo: Satiricón. Akal. Madrid, 1996.
- PLAUTO, Tito Maccio: Comedias. Cátedra. Madrid, 2007.
- PLINIO SEGUNDO, Cayo: Historia natural. Obra completa. Editorial Gredos. Madrid, 1995.
- QUIRÓS CASTILLO, Juan Antonio y BENGOTXEA REMENTERÍA, Belén: Arqueología III; Arqueología medieval y postmedieval. UNED. Madrid,

2010.

ROLDÁN, José Manuel: Historia de Roma; la República romana. Cátedra. Madrid, 2007.

SALUSTIO, Cayo Crispo: La Guerra de Yugurta / La conjuración de Catilina. Sarpe. Madrid, 1985.

SEGURA MUNGUÍA, Santiago: Nuevo diccionario etimológico latín-español. Deusto Publicaciones. Bilbao, 2010.

SUETONIO: Los doce césares. Editorial Iberia. Barcelona, 1963.

TERENCIO AFRICANO, Publio: Comedias. Cátedra. Madrid, 2001.

TOLKIEN, J. R. R.: El señor de los anillos. Minotauro. Barcelona, 1993.

WHETSTONE JOHNSTON, Harold: La vida en la antigua Roma. Editorial Alianza. Madrid, 2010.

WIEACKER, Franz: «The Importance of Roman Law for Western Civilization and Western Legal Thought». 4 B.C. Int'l & Comp. L. Rev. 257, 1981. <http://lawdigitalcommons.bc.edu/iclr/vol4/iss2/2>.